A.A. Attanasio

EL DRAGÓN Y EL UNICORNIO



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para mi hermano Ron
un verdadero mago

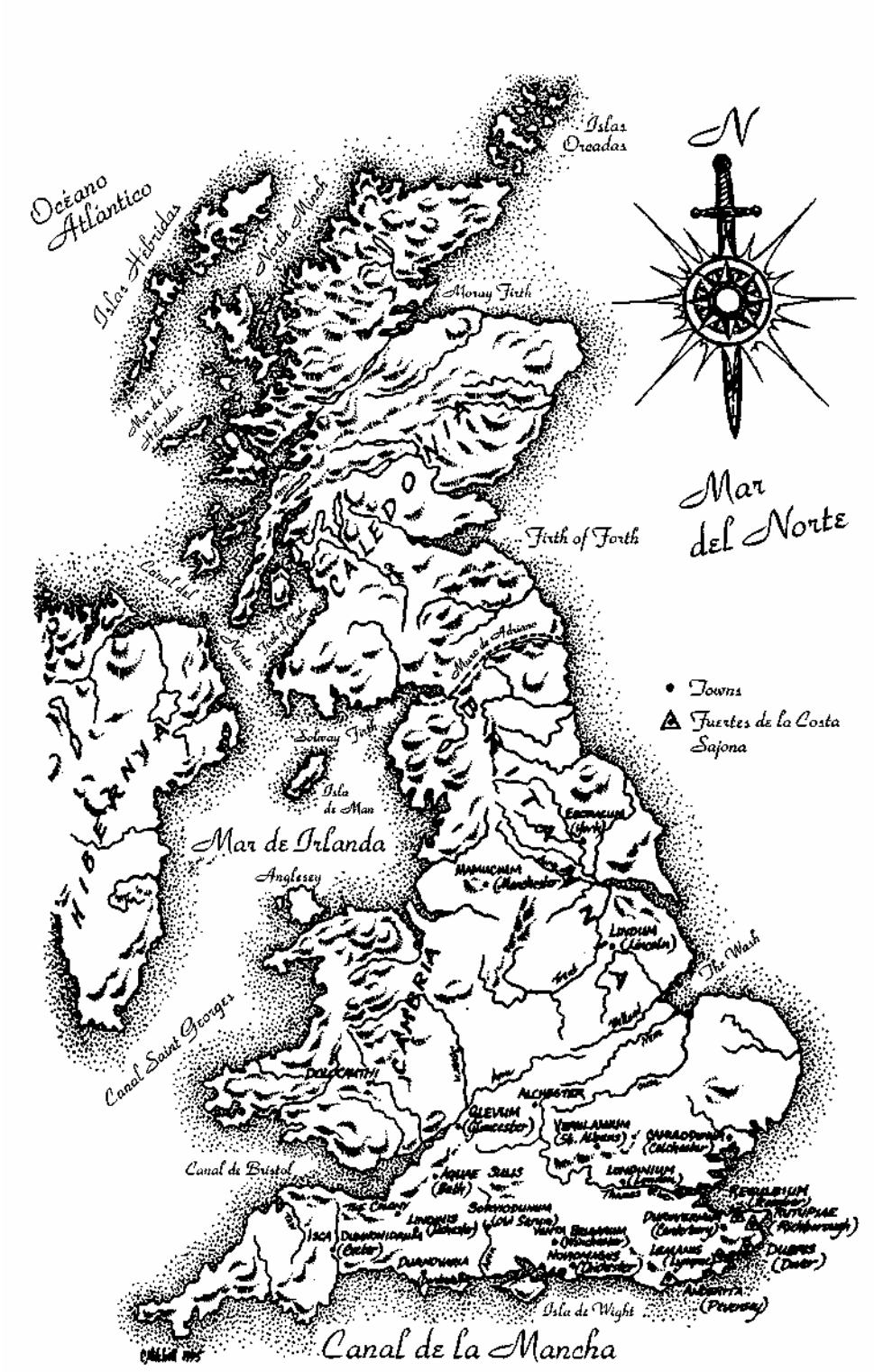
Librodot

Hay un camino que ningún ave conoce,
y que el ojo del buitre no alcanza a ver.

Job 28:7

'Knowest thou aught of Arthur's birth?'
Then spake the hoary chamberlain and said,
'Sir King, there be but two old men that know:
And each is twice as old as I, and one
Is Merlin, the wisest man that ever served
King Uther thro' his magic art, and one
Is Merlin's master (so they call him) Bleys,
Who taught him magic...'

'The Corning of Arthur'
The Idylls of the King
ALFRED, LORD TENNYSON


Océano Atlántico
Islas Orcadas
Islas Hébridas
North Minch
Moray Firth
Mar de las Hébridas
CALEDONIA
Firth of Forth
Mar del Norte
Towns
Fuertes de la Costa Sajona
Solway Firth
Isla de Man
Mar de Irlanda
Anglesey
HIBERNIA
Canal Saint George
The Wash
Canal de Bristol
Isla de Wight
Canal de la Mancha

Librodot

Preludio

Los Dioses Mortales

Líbralo del pozo:
he hallado para él rescate.

Job 33:24

Los Himalayas: 397 d. C.



mi	*yum*	*bu*	*yu*
Densas	nubes	pero no	lluvia

Garabateados en el esquisto del saliente de una montaña, los caracteres parecían nuevos; sin embargo, un millar de inviernos habían bramado en el Techo del Mundo desde que un cuchillo de bronce hirió con estas palabras la roca. Están escritas en la pared de un precipicio que puja hacia una altura donde no llegan la mayoría de las tempestades. La erosión las ha mordido poco. Tachonado de conchas espirales de moluscos de un mar antiguo, el acantilado soporta anónimamente la frágil inscripción en medio de su vasto flete de petrificado lecho oceánico.

Las palabras reflejan aún su propio mundo diez siglos después de su llegada: densos cúmulos abajo, en manada, violetas y blancos a la luz resplandeciente del sol, con torrentes precipitados en las gargantas que dejan arriba el mundo deslumbrante, claro. Sobre las montañas nivosas que se alzan afantasmadas y en calma absoluta contra el vacío azul, sobre los radiantes glaciares que arden en silencio entre estos riscos fúlgidos, un pedazo de luna cuelga en el aire helado.

Acuclillado entre rocas negras en un ángulo del abrupto precipicio, un peregrino contempla a la luna flotar en lo alto. Una amplia perspectiva de picos de hielo y simas púrpura colma su alerta, y lo arropa una venerable quietud. El frío amargo no apoca su claridad. Entre cimas de cristal, tan altas sobre los oscuros cañones que el rugido de los ríos feroces allá abajo no asciende más que en los nimios susurros y humos del eco, él espera.

El peregrino espera que las densas nubes lluevan sobre él. Espera que la lluvia ascienda verticalmente desde los cúmulos e hisope los cielos azules con solares rociones y arcos iris majestuosos. Desde la fulgurante mañana otoñal en que afrontó estas marcas arañadas en la pared del mundo, ha esperado aquí junto a ellas. Sabe que si espera lo bastante, será satisfecho. La lluvia se alzará derecha hacia el azul espacio frío. Los arcos iris desplegarán su magnificencia, banderas translúcidas. Y el camino hacia el cielo se le ofrecerá aquí mismo, en el más remoto y desolado de los límites de la tierra.

Sabe estas cosas porque el escrito infligido a la pared de roca le habla. Más allá del trenzado espiral de los fósiles marinos y de las pústulas anaranjadas de liquen que camuflan la caligrafía, las palabras le revelan su significado y su oculto contenido. A leer aprendió cuando muchacho, casi un siglo atrás, cuando vivía en la aldea de la salina, junto a un lago mineral, en las profundidades del Reino Medio. La paupérrima existencia de su familia, que trabajaba para el señor de la guerra local extrayendo sal por salario exiguo, había consumido muchas generaciones de sus antepasados. Lo habría

Librodot

exprimido a él también, si no hubiera sido por un monje errante del culto de la Tierra Noble, que reconoció una chispa de inteligencia en el niño y le enseñó a leer. La comprensión de lo que leía llegó mucho más tarde, después de haber sido aceptado en el culto y tras muchos años de arduo entrenamiento.

Los monjes de la Tierra Noble buscaban prolongar la vida del cuerpo a través de rigurosas disciplinas ascéticas. Expertos en los arcanos de las drogas para lograr la Larga Vida, los monjes errantes se esforzaban en transformar el cuerpo en una entidad más rareficada y duradera. Sabían también cómo preparar encantamientos y amuletos para expulsar demonios y pestilencias. A todo lo largo y ancho del Reino Medio, las aldeas saludaban gozosas su llegada y muchos de los monjes se consagraban a curar los afligidos en los pueblos de los campos.

La mayor parte de su vida, el peregrino se entregó a los vagabundeos y a practicar las artes médicas de su culto. Pero desde que logró la Larga Vida que tan arduamente persiguiera durante nueve décadas, sólo recientemente, en estos últimos pocos años, la Inmortalidad se le ha hecho posible. Ha empleado raras y poderosas hierbas para fortalecer y eterealizar su cuerpo, y el peregrino busca ahora el más potente de los agentes transformantes: el cuerno del Ch'i-lin celestial.

La demanda tras esta criatura extraordinaria ha traído al peregrino hasta este saliente ventoso, donde picos de cristal irrumpen en el cielo vacío sobre su cabeza con indiferencia elemental. Muchos días ha esperado en esta roca añublada. El frío se ensarta vacuamente en él. Para él el hambre significa poca cosa. Cobijo y alimento eran prerrequisitos de su vida más joven y corpórea. Mascando nieve y un tubérculo ocasional o un puñado de bayas, el anciano recibe nutrientes bastantes para sostener su cuerpo casi insubstancial.

Sin embargo, el peregrino no parece fantasmal o vaporoso. Es un hombre de rostro redondo y lobuno, velloso, con piel de cobre oscuro, ojos menudos y largo pelo negro sujeto en una trenza bajo un sombrero de paja de alas anchas. Porta sandalias de junco, pantalones de burda ropa marrón y una chaqueta verde acolchada de satén. Las vestimentas, manchadas y ajironadas de sus arduos viajes, pronto se desprenderán de él. Pero no se preocupa. Si es necesario, permanecerá desnudo, sentado en este saliente, hasta que aparezca el Ch'i-lin.

Durante el largo tiempo que ha aguardado, ha visto ya al tigre blanco en las amplias laderas a sus pies, surgiendo y perdiéndose en el sudario de las nubes. Como jirones de niebla, también fantasmas de zorro han traspasado el campo de su visión. Y una vez, temprano en su vigilia, una figura de pelambre bermeja con el aspecto de un hombre pero de doble altura cruzó el bol inmaculado de nieve allá abajo.

Tan fabulosas apariciones no pican su interés. En su larga vida, maravillas ha visto muchas. Los milagros y la belleza de este mundo lo tocan aun menos que el frío. Allá abajo, en el mundo del dolor, los portentos cuentan poco, una distracción baladí de la brutalidad y brevedad de la existencia mortal. La muerte lo borra todo, lo cotidiano y lo maravilloso, el dolor y el rapto. Ya está harto de esfuerzo y sufrimiento humanos. Sólo la inmortalidad y el camino al cielo le interesan ahora.

Mil años atrás, un peregrino muy parecido a él mismo se detuvo aquí para escribir en la roca. La línea que trazó, del antiguo *Libro de las Mutaciones,* habla de nubes y lluvia, pero el peregrino sabe que esto es un código. Como monje, estudió el sentido arcano de estos sagrados textos. Las densas nubes son la promesa de la bendición celestial. El que no haya lluvia le dice que esa bendición jamás alcanzará la tierra. Es por ello que espera en la frontera entre la tierra y las alturas. La bendición que busca ascenderá hacia el cielo. Está seguro de ello porque el texto en la piedra le habla directamente a él. Esas palabras podría haberlas escrito él mismo en una vida anterior.

Densas nubes pero no lluvia. Ésa es la condición. Inmenso potencial... pero ausencia de consumación. Todavía no. Todo su conocimiento, sus muchos años de disciplina laboriosa, no le sirven aún para merecer la libertad. Aún el tiempo es su prisión. A pesar de toda su Larga Vida, aún no es inmortal. Esta conquista exige de él el cuerno del Ch'i-lin. Y aunque nunca ha visto al animal, tiene un cierto conocimiento de la naturaleza de esta criatura celeste: no deja huellas. Está hecha de un tipo especial de luz, el tipo de luz en que él mismo se está convirtiendo. Más fuerte que el sol, más pálida que las más diáfanas hebras de luz estelar y más fría que la luna, la luz del cielo disuelve la pesadez de los huesos, el dolor del hambre y el entumecimiento mortal. Su radiación no enciende ordinario amor. El destello de su poder brilla desde el mismo cielo y ninguna oscuridad puede resistirlo, ni siquiera la bruma del corazón humano.

Si el peregrino puede cazar al Ch'i-lin y tomar para sí uno de sus cuernos, la luz del cielo resplandecerá a través de él. Iluminado por su gloria, poseerá una fuerza radiante igual a la del mismo Ch'i-lin y en sus lomos cabalgará camino del cielo. Pero primero, debe completar su peregrinaje; un viaje, por ahora, de quietud.

Existe sólo un dragón. Vive dentro de la tierra y es grande como todo el planeta. Su mente medra en el campo magnético emitido por el núcleo. Su sangre circula con las lentas convecciones de magma bajo la costra rocosa que le sirve de escondrijo perdurable. Fundiéndose lentamente con el deslizarse de las placas tectónicas, el Dragón se renueva con el paso de los eones: cordilleras montañosas brotan de su dorso como escamas espinosas que, cada cien millones de años, realimentan los fosos marinos cuando subsumen su carne vieja.

Desde sus ígneos comienzos, el Dragón ha amasado energía focalizando su fuerza magnética en sí mismo. Quieto y centrado en sí, usa su poder para cerrar las llagas de su ansia. No añora ya la cálida intimidad de su hacedor, la matriz nebular que le dio nacimiento a partir del espacio interestelar. Durante mil millones de años ha sufrido el haber nacido solo en el vacío, pictórico de vista y sentimiento, contemplando a su hacedor disminuir en la distancia hasta convertirse en un sol lívido y lejano.

Entonces, ignorados sus llantos, el Dragón se tornó hacia sus adentros. Y allí encontró el vínculo telepático con sus hermanos. En el interior de su mente magnética, que radia de su propio centro, descubrió que podía oír los pensamientos de otros como él mismo... y ellos podían oírle el llanto, desesperado en su solitud. El solaz le llegaba al Dragón de su interior, de los Dragones de otros mundos.

Los misterios de sus hermanos lo llamaban suavemente, mitigando su angustia. Y el Dragón se calmó cuando las criptas de la eternidad se abrieron en su propia mente. Allí, encontró al resto y con ellos comulgó. Están lejos: sus pensamientos radian a través de los años luz del espacio, que llegan en estratos de tiempo; de modo que, cinco mil millones de años más tarde, el consuelo al llanto del Dragón recién nacido todavía se filtra hasta él desde distantes galaxias.

De otros, nacidos de vecinas estrellas, ha aprendido su historia en los cielos mayores y ha llegado a entender y aceptar su ciclo de vida como parte de los espacios arremolinados que una vez temió. El propósito de su existencia es la comunicación con los demás, que incluye consolar los lamentos de nuevos Dragones nacidos.

Los más viejos tienen una misión: enseñan que en todo el cosmos no hay en realidad sino un único Dragón y que cada uno de ellos, adujado en su ardor y mente magnética, es una célula de la vasta criatura. La vida del Dragón único es el calor del universo. Su cuerpo reverbera lumínico a través del espacio—tiempo mientras viejas células se enfrían y desvanecen, y nacen otras nuevas.

La tarea de cada célula es dedicar tanta de su energía como pueda a la totalidad. La salud del Dragón cósmico resulta de la intimidad e intensidad de las energías compartidas. Para ese fin, se espera que cada célula focalice con precisión su fuerza vital e irradie esa fuerza magnética hacia el exterior en ritmos coordinados con el resto. Juntos, cantan como uno solo, un coro sempiterno cuya música es la mente del Dragón único.

Idealmente, la belleza de la música bastaría. El Dragón canta del Ser, de una existencia más sabia que cualquier mal o cualquier bien. Cada célula escucha en rapto y modula su cantar para seguir la música de los demás. Juntos, viven en el mundo original, conchas de luz brotando de la oscuridad y el frío. Envueltos en piel de roca, acumulan el fuego de la creación y comparten su memoria de la luz original que creó todas las cosas. Desde sus prósperos corazones, cantan del misterio y la comunión.

Y ello le bastaría al Dragón... si los parásitos lo dejasen en paz. Los organismos que enfangan su piel rocosa succionan la fuerza vital del Dragón y disminuyen el poder que debe compartir con los otros en su canto. Siempre que puede, los mata y reabsorbe su luz corporal en el curvo campo magnético que irradia del planeta como una vasta aura. Usa sus energías para dar pujanza a su cantar.

El peregrino acuclillado en el saliente de la montaña y en espera del Ch'i-lin es uno de los peores parásitos. Ha hurtado grandes cantidades de la energía del Dragón para fortalecer su propia luz corporal y el Dragón quiere recuperar su poder. Pero este parásito es más tenaz que el resto. Se las ingenia para robar poder y guardarlo enteramente para sí. Mientras la mayoría de las pequeñas vidas de su jaez arden con un mitigado resplandor rojizo, éste ha robado tanta de la fuerza magnética del Dragón que brilla incandescente en vibrantes tonos zafiro, y el Dragón piensa en él como el Parásito Azul.

El Ch'i-lin también es un parásito, pero de un orden diferente, un orden que no le ha molestado en largo tiempo. Pertenece a la especie de entidades eléctricas que vagan entre las estrellas. Es verdad que portan parásitos orgánicos que pueden hostigar fácilmente a un Dragón y debilitar su canto magnético pero, como los Ch'i-lin viven usualmente en los vastos espacios entre los mundos, rara vez son vistos por el Dragón y, cuando lo son, no hay nada que pueda hacer contra ellos.

El Parásito Azul, sin embargo, pasea la piel del Dragón. Hasta ahora, ha sido lo bastante cuidadoso para no traspasar, más que contadas veces, aquellas regiones donde el Dragón puede emerger a través de su piel rocosa y arrebatarle de nuevo su poder... y la vida con él. El peregrino es astuto. Casi siempre permanece en los caminos montañosos donde la piel del Dragón es tan compacta que su rabia no lo puede alcanzar. Y en las pocas ocasiones que el Parásito Azul osó marchar al alcance de sus ataques, lo hizo de un modo tan inesperado y rápido que, a cada encuentro, aun le robó más poder.

Determinado a recuperar del parásito la fuerza hurtada, el Dragón se distrae de la sencilla dulzura de su canción. La belleza áurica de su comunión con sus otras partes dispersas por las profundidades del espacio ha sido estorbada y malograda. La ira que esto le produce agudiza su intención de destruir al peregrino y mira hacia arriba rabioso a través de la niebla sangrienta del lento herventar de su vida.

Alto en los montes, el peregrino siente la ira del Dragón. La percibe como un estirón en su luz corporal, una sensación de caída, aunque está sentado en calma perfecta a las frías bravatas del viento glacial. Si deja a su atención vagar con esta subcorriente psíquica, se verá arrastrado a la furente presencia de la bestia. Mejor sería que se arrojase del precipicio y estrellase su cerebro entre las heladas rocas que entregar su consciencia, su mente, su alma viviente a la feroz combustión que hierve allá abajo. Y así, se concentra en su respirar y en su yoga interno y espera con mente vacía y

Librodot

corazón pictórico la llegada del Ch'i-lin.

Salpicando el aire de canto, blancos pinzones galopan el viento sobre la confusión de breñas y nieve, y el Ch'i-lin alza la vista, en el lugar donde pasta, junto a una soleada ladera. Verdes, sus ojos miran por encima de abeto y pino y picea con amor divertido. Semejante a un caballo, no lo es. Su cabeza equina es más estrecha que la de cualquier corcel terrenal, de huesos más afilados y angulares, una criatura heráldica con dos cuernos que surgen, uno de otro, entre las órbitas próximas de sus ojos. Un manto de escarcha, con rosetas azules casi invisibles, nubladas por el lustre de su pelaje, hace que la entidad parezca tejida de luz, como de hecho ocurre.

Creado en el seno del viento solar por seres eléctricos muy similares a él mismo, el Ch'i-lin fue una vez un unicornio... y volverá a serlo. Entre los seres ígneos de su especie, ha retozado en las colinas insombres del sol, compartiendo los rayos salutíferos con otros que se restregaban y hocicaban las formas radiantes. Añora a los demás. Quiere retornar a la manada, danzar con ella en los torbellinos del sol y vagar de nuevo en arcos cegadores por los contornos de las constelaciones.

El Ch'i-lin levanta su rostro hacia el remolino nuboso y pace de nuevo de la luz del sol. Debe fortalecerse para cumplir su misión y poder volver pronto a la manada. Más fuerte que la mayoría de los de su especie, a menudo corre a la cabeza de todos los demás, apeteciendo la soledad y el placer de cabalgar el impacto en arco del campo magnético solar hacia lugares que pocos han logrado ver. Con el tiempo, llegó a cansarse de marchar siempre con el resto innumerable. Solitarios lugares lo llamaban.

Al principio, el unicornio creyó que su deseo de lugares solitarios era una aberración personal... tanto tiempo había vivido en estrecha unión con la manada en las curvas sendas del viento solar. Su deseo de irse solo parecía una directiva interior, un privado anhelo de nuevas experiencias. En los límites más fríos del horizonte solar, tembló de deleite al experimentar las gélidas cadencias de los vientos sutiles que soplan de otras estrellas. Novas golpeaban su soledad con galernas. Y a lo lejos, las nebulosas espirales eran espectrales testigos silenciosos cuyos borrosos nimbos astrales de luz antigua despertaban inefables sentimientos en el unicornio.

Volando más lejos de lo que había volado nunca, el unicornio experimentó la tempestad de frentes gigantescos de distantes explosiones estelares. Pánico, una rara emoción entre estas criaturas de luz, centelleó en él cuando el unicornio comprendió de repente que había ido demasiado lejos. La resaca de la marea interestelar galáctica hizo presa en él. No pudo librarse de su lazo implacable y se hundió ingrávido en el vórtex atorbellinado del espacio sideral.

Abruptamente librado de las líneas de fuerza confinantes del campo magnético solar, el ente eléctrico empezó a fragmentarse, y a disolverse luego. Su enorme poder sangró al espacio, su consciencia empezó a borrarse, a colapsarse a través de las vastedades. En ese momento terrible, un grito agudo taladró a la tenue criatura. Había golpeado algo sólido y poderosamente magnético, alrededor de lo cual su cuerpo comenzó de inmediato a reformarse.

Devuelto a sí mismo y más fuerte incluso que antes, el unicornio cabrioló rápidamente de vuelta al aura del sol. Fugaces enjambres de cometas pasaron a su lado mientras él se examinaba y descubría que aquello a lo que había golpeado se había fijado de algún modo entre sus ojos. Donde antes la criatura no tenía sino una antena para enviar y recibir las comunicaciones de su manada, ahora hallaba dos. Y esta segunda, de un tercio del tamaño de su antena natural, reverberaba con una potencia vital superior a la de la primera, colmando al eléctrico animal de ondas vibrantes de

pensamiento.

Ideas inundaron entonces su mente y, en ese instante de conocimiento, aprendió que ya no seguía siendo un unicornio. Había sido convocado por seres de un orden superior, seres más antiguos que el mismo universo, y éstos habían transformado el unicornio en algo distinto.

Entumecida derivó la transmutada bestia —el Ch'i-lin— por la oscuridad sembrada de estrellas, escuchando las ideas que ondulaban en su interior y que llegaban de la segunda antena fija en su frente. Aprendió además que los seres que lo habían llamado se nombraban a sí mismos Señores del Fuego. Se habían originado fuera del universo... o, mejor, en sus hondos adentros, en una dimensión más allá del espacio-tiempo, una dimensión compactada en el interior de un espacio menor que el más pequeño de los gránulos de espacio o de tiempo. Venían del lugar del fuego, del infinitamente caliente y denso origen del universo, del interior de la singularidad cuya explosión causó la creación toda miles de millones de años atrás. Pero no habían venido por propia voluntad. Habían sido efundidos por accidente.

El unicornio aprendió también que la totalidad del cosmos es algo fugitivo, algo surgido de una realidad mayor y más coherente. Desde su emerger, los Señores del Fuego han laborado desesperadamente para artificiar una máquina cósmica que les permita volver a su hogar. La segunda antena que han fijado en la cabeza de la criatura debe ser librada en uno de los planetas rocosos de núcleo caliente donde se están construyendo partes del engendro de los Señores del Fuego. Si el Ch'i-lin cumple su misión, conseguirá más fuerza de la que la mayoría de los de su especie ha conocido jamás.

Para este organismo eléctrico que se nutre de energía, semejante fuerza es una motivación más que suficiente. Ésta es la razón de que se haya dejado guiar, voluntariamente, a la Tierra. Ahora se alza sobre el hielo argénteo de una negra corriente, paciendo de la luz del sol, preguntándose dónde hallará el animal al que debe librar esta antena de los Señores del Fuego.

A través de desgarrones en las densas nubes de lo alto, el sol incendia los afilados picos de los montes nevados. Una mariposa esmeralda, colmada de sol, baila al viento. El silencio que desciende a través de estratos de heladas, opalescentes atmósferas arde con el zumbido de abejas doradas, y el Ch'i-lin se siente en paz. Sin embargo, anhela ponerse en camino. En algún lugar no lejos de allí está el animal servidor de los Señores del Fuego que tomará su segunda antena y devolverá el Ch'i-lin a su forma original de unicornio, más fuerte y ágil que nunca en el pasado.

En las sombras azules del bol de nieve a sus pies, el peregrino espía un movimiento inusual. La sombra distante tiene la forma de un animal grande como un caballo, pero parece flotar sobre los espesos heleros. Fríos rayos del sol ventean desde la línea gélida de la cadena montañosa y ciegan la vista del peregrino. La excitación lo pone en pie y sus huesos crujen, de hecho. El dolor de sus junturas, liberadas de pronto de la tensión, pasa limpiamente a través de él, pues toda su atención se concentra en la sombra de la ingrávida bestia allá abajo.

Es el Ch'i-lin. Aunque no ha visto nunca antes este animal legendario, lo reconoce al momento. Incluso a esta gran distancia, ambos cuernos son visibles: uno chato, como la protuberancia de un rinoceronte, y el otro esbelto y largo. Con un etérico salto, el hermoso corcel deja la poderosa formación rocosa en el borde lejano del gran bol de nieve y se sumerge en las bajas nubes anacaradas, perdiéndose de vista.

El Ch'i-lin lo ha columbrado y reconoce el resplandor lavanda de aquel al que

busca. En el corto espacio de tiempo que ha estado en la Tierra, ha visto muchos de estos animales bípedos. Aldeanos, cabreros y sacerdotes, todos ellos brillaban con el rubicundo lustre naranja típico de su especie. Pero éste centellea con una frecuencia de energía azur tan alta, que el Ch'i-lin puede oír el zumbido de su resonancia con los campos planetarios.

El abejoneo le recuerda al Ch'i-lin el flujo y reflujo residual del sonido cuando los vientos magnéticos de los planetas se pliegan ante la efusión del sol. Navegando a través de la bruma, el Ch'i-lin percibe y evita lúcidamente las escarpaduras y cornisas, con su sudario de nieve y nubes, y escucha atento. Un silbido sutil, agudo —el sonido del aura azul del hombre inmersa en el campo magnético de la Tierra— prueba que este sujeto extrae su poder directamente del planeta.

Convencido de que ha encontrado el peculiar animal que los Señores del Fuego le enviaron a buscar, el Ch'i-lin ladea su vuelo e irrumpe otra vez a través de las nubes. Desde que llegó a este planeta, apenas unas horas atrás, este ser eléctrico ha cambiado. Su cuerpo ondamórfico se ha condensado, se ha hecho más pequeño y pesado. No posee ya los lustrosos y punteados contornos de su apariencia anterior. Los campos energéticos del planeta lo han refigurado, dándole una forma poco familiar que no le resulta enteramente desagradable a la criatura, ahora que debe negociar los angostos, ajustados espacios de este mundo.

El vuelo es difícil aquí abajo, entre las poderosas líneas planetarias de flujo, y debe bregar con todo su vigor para alzarse contra la gravedad. Así pues, ésta es sin duda la causa de que su cuerpo mutable haya efundido patas. Son poco menos que un milagro para el Ch'i-lin y, durante un tiempo después de su llegada, esas patas han constituido una distracción. Hace sólo un instante que ha descubierto el placer de amblar, trotar, galopar.

Ahora, sus patas están recogidas debajo del tronco mientras irrumpe a través de las nubes al aire claro. La senda iónica de su vuelo cintila como polvo de diamante y la lluvia se eleva de las densas nubes. Rociones de centelleantes aguaceros y arcos iris ascienden más allá de las níveas montañas y desaparecen, fulgiendo en el índigo del cielo. Desde este espectacular chubasco invertido, el Ch'i-lin apunta al peregrino.

Al monje, sin embargo, le parece que la criatura no lo percibe. Tiene sólo instantes para prepararse a saltar cuando la bestia pasa junto a él en su camino hacia el disco del sol, donde habita. Rápido, saca un lazo de alambre fabricado tiempo atrás, cuando trabajó como herrero en una fundición.

Agujas de miedo atraviesan su corazón mientras se columpia en el risco sobre las nubes. Si le falla el salto, si su coordinación no es precisa desde esta base de infirmes láminas de esquisto, caerá sedadamente a través del vacío del aire un largo trecho antes de estallar entre las rocas calamitosas en sobrecogedora confusión de sangre y huesos. El Dragón se beberá sus efluvios y él se desvanecerá para siempre en la Gran Inanidad.

Este pensamiento lo obliga a la precisión y apertura del momento, y salta con fuerza estupenda para exigir, en la brecha de un segundo, la oportunidad que ha comprado al precio de toda una vida. Brazos y piernas extendidos, vuela como una estrella negra contra las insondables profundidades del cielo. Por una fracción de instante, se cierne ante la mítica bestia y ve sus ojos verdes, fulgurantes, sus pupilas verticales; observa el espín de luz solar en sus cuernos trenzados y aprecia, incluso, el delicado lustre lunar de su pelaje antes de colidir con él. El impacto colapsa el aire de sus pulmones y él rebota en el liso lomo del animal. La fría garganta, el valle nevado y las nubes giran abajo, y las montañas de cristal, como gigantes mudos, lo contemplan atrapar un manojo de la tremolante crin del Ch'i-lin y aferrarse a él. Se deja caer hacia la cruz del corcel y yace, extendido sobre su lomo. Cuando el animal vuelve la cabeza

Librodot

para mirarlo, con el lazo de alambre en su mano engancha el más pequeño de los cuernos, el triangular, que tiene la punta roma y está veteado de estrías de ocaso.

El contacto con el Ch'i-lin colma al peregrino de trepidante esplendor. Su hermosa energía le recorre la piel como un cálido viento melado, y casi se abandona a esta dicha. Su meticuloso entrenamiento, la larga vida que ha dedicado a estudiar la transparencia, lo salva: tras el choque inicial, la gozosa corriente del Ch'i-lin se canaliza limpiamente a través de él y le sirve de hecho para fortalecer su agarre.

El alambre muerde y apresa, y el peregrino se yergue tirando de él. Usa sus miembros y urge al corcel a descender. Los picos nevados se alejan hacia la altura mientras el suelo de nubes se acerca con temible rapidez y, abruptamente, ambos se hallan en el interior perlado de los cúmulos. Para evitar la colisión con los escarpados riscos de los flancos montañosos, el Ch'i-lin gira y gira y prosigue su descenso en ajustadas circunvoluciones.

El peregrino cierra sus ojos torturados por el viento para calmarse y huele el azul perfume embriagador de la criatura celestial. La fragancia lo empuja casi a un ensueño pero, en ese instante, las nubes se ajironan y el corcel vuela sobre un terreno fluvial de accidentadas cascadas y peñas espumeantes.

El Ch'i-lin aterriza en una plataforma pedregosa, entre sauces y achaparrados enebros. Sacude poderosamente la cabeza, el cuerno mordido por el alambre se quiebra y, libre, cae a la corriente de la tundra.

De inmediato, el peregrino se desliza del Ch'i-lin y se arroja al agua gélida y poco profunda. Sus manos tientan el fondo entre rocas de la lisura de los huevos hasta que atrapa el cuerno, que vibra con zumbido débil. Triunfante y con un grito de exultación, alza sobre su cabeza el trofeo... y ve que el Ch'i-lin ha partido ya. Solo está él ahora en el delta glacial, con su inmortalidad en las manos y los nudillos azulados.

El Dragón se estremece en el seno legamoso del mundo. Siente la presencia intrusa del unicornio: otro parásito invasor, otro ladrón venido a robar del oculto tesoro del Dragón. Un millar de veces ha fluido el Dragón alrededor del sol desde la última vez que encontró este tipo de sanguijuela. Mientras se alza hacia la superficie, la ígnea presencia del Dragón libera vapor en las orillas pobladas de sauces donde el peregrino, en cuclillas, examina el cuerno del Ch'i-lin.

Hallar al Parásito Azul allí donde el unicornio ha estado no sorprende al Dragón. Sospecha que el Parásito Azul ha llamado al unicornio para que le ayude a hurtar más de su fuerza magnética. Nieblas se arremolinan con la fuerza ctónica del impulso ascendente del Dragón. Moviéndose tan rápidamente como puede, emerge a través de las grietas de su piel para recuperar de un golpe el poder que el Parásito Azul le ha arrebatado.

El peregrino, alertado por el repentino brotar de fumarolas que hilvanan la niebla, aferra el cuerno tornasolado y se pone en pie de un salto. La bruma surge del suelo ciñendo las cinturas de los árboles. Por esto, el peregrino sabe que el golpe de la garra del Dragón está sólo a instantes de distancia.

Con furiosa premura, huye de este lugar peligroso hacia terrenos más altos, donde no llegan los arrebatos del Dragón. La grava se desliza bajo sus pies y él cae y nada hasta ponerse en pie con amplias brazadas de su mano libre. Delante, el humo de las nubes se rasga y él reconoce los campos de nieve y los brillantes glaciares que ha visto desde arriba durante su larga espera.

A salvo en un collado de la tundra alpina, el peregrino vuelve la mirada y su alma victoriosa alcanza a ver el golpe del Dragón. Como un torrente montañoso al revés, el

lecho poco profundo de la corriente vomita un géiser de cieno gris y rocas que, por un momento, conforman la figura del gancho siniestro de una garra. Un relámpago desgarra escabroso el aire hasta las nubes y un trueno estremece la tierra. Sólo entonces, la zarpa incisiva se desvanece y las piezas del pedregoso paisaje caen en su lugar.

Con el cuerno del Ch'i-lin seguro bajo su chaqueta acolchada, el peregrino huye a través de los parches de nieve de la tundra. Zumba suavemente el cuerno contra su estómago, un objeto vivo. Atento a mantenerse apartado de las líneas de falla donde la garra del Dragón puede alcanzarlo, desciende por precipitosas laderas y barrancas de árboles entortijados.

Leguas de dorada hierba cana y púrpura genciana lo conducen hasta una caverna oscura estorbada por peñas lustrosas, cubiertas de liquen. El agua de una corriente subterránea se filtra y gotea sin cesar, colmando la gruta tenebrosa de musgosos aromas. Pálidas flores lo miran ciegas desde las rocas hendidas, únicos testigos de aquel lugar donde el hombre se arrodilla para examinar el cuerno arrancado al Ch'i-lin.

El peregrino no tiene noción de que este colmillo es un artefacto de los Señores del Fuego. No sabe siquiera que los Señores del Fuego existan, o que pretendan servirse de él para transmitir al planeta sus instrucciones cósmicas. Para él, el cuerno es medicina preciosa. Es el ingrediente clave para el legendario elixir de la inmortalidad.

Durante las trece siguientes lunaciones, el peregrino prepara el elixir. Utiliza los materiales a mano para fabricar sus instrumentos alquímicos: calabazas y nudos de raíces le sirven de vasijas. una roca hendida se convierte en su mortero y el humero de la gruta es su horno de refinar. Alimentado por la yesca de los altos bosques, el fuego calienta constantemente el alambique de cristal que ha artistado con arena de río y conectado a una destiladora de bambú y tubos de junco.

Mientras pasa el verano en torrentes y un invierno de migrantes ventiscas, el alquimista atiende diligente el filtrado de su brebaje. La cocción está compuesta de hielo derretido del glaciar y el contenido de una bolsa escarlata que ha traído consigo desde el Reino Medio. Los ingredientes, míticas hierbas e inesperadas partes de animales, se han convertido en una pasta aterciopelada de color verdinegro. A esta sopa potente, añade de forma gradual esquirlas del cuerno del Ch'i-lin. Las desconchaduras se disuelven al contacto con la poción y efunden la fragancia salobre de un mar tempestuoso.

Al final de la decimotercera lunación, del cuerno le queda sólo un pedazo del tamaño del pulgar, y esto lo guarda. Los últimos copos del mismo han sido absorbidos por la escoria verde-regaliz y han librado la esencia final de su substancia a una redoma de claro y oleoso destilado. El alquimista alza el frasco a la luz del sol y contempla a los rayos generar torbellinos de matices cromáticos. Cuando la coloración alcanza la diafanidad de un arco iris líquido, se bebe el elixir.

Instantáneamente, la luz corporal del alquimista destella con un azul más fosco y su forma física se expande como si sus átomos estuviesen a punto de dispersarse. Espectros verdeazules recorren la repentina transparencia de su cuerpo, incendiando la caverna con radiación borrascosa. Sus andrajos se desprenden de él. Desnudo y con nervaduras de estrella, emerge a la morena soleada del glaciar. Los dientes arden en su sonrisa como el fósforo. Él da dos pasos gigantes sobre el terreno pedregoso, saltando de un modo exuberante, y desaparece en la cascada de sol.

El peregrino es ya inmortal. El racimo de campos electromagnéticos que fueran los átomos físicos de su cuerpo flota ahora afantasmado en el espacio, un rizo de plasma, invisible para el ojo humano. Él se eleva y desciende con las mareas solares. Cada lento giro planetario hacia la oscuridad lo alza al cielo y él cabalga los más largos

Librodot

rayos del sol hasta la misma cúpula de la noche. Con la aurora, la presión de la luz solar lo empuja de vuelta a la tierra.

El vasto concurso galáctico titila frente a él durante sus vuelos nocturnos; sin embargo, el sol permanece siempre en su línea de visión. La energía del astro lo sostiene. Cuando la tierra rota hacia la mañana, su ondaforma se desliza de vuelta a través de los estratos de la aurora, roza las cimas rubí de los montes y se asienta allá donde él quiere, en calina bullente de fotones.

Pero aun la inmortalidad tiene sus límites. Las garras del Dragón golpean con púas de relámpago desde las costuras en la costra de la tierra cuando el peregrino se acerca demasiado. Un toque y su cuerpo tejido de luz se desmenuzará como tiras explosivas de petardos. Rindiendo su energía al Dragón, participará del destino común de los seres vivientes, su consciencia se enturbiará hasta colapsarse, desangrándose en la Gran Inanidad.

Así, se mantiene a distancia de las líneas de falla y las zonas de fractura. A él éstas le parecen venas de lava, corrientes incandescentes que respirasen de un modo más brillante o más oscuro según los ritmos pulmonares del interior bullente del planeta. La niebla neón que viborea por estas abruptas, ardientes fisuras se colma para él de borrosas imágenes: espectros reptiloides, formas de dragón en brumosos terrenos, visiones extraídas directamente de los recuerdos del peregrino.

Este es el modo de comunicarse del Dragón. Forja apariciones, mareas de gárgolas, endriagos, espíritus viperinos sacados de la mente del peregrino para expresar su ira. Quiere recuperar su poder. Quiere devorar los campos de fuerza de su ideación, la luz tejida que contiene su inmortalidad. Ansioso por nutrir sus misteriosos cánticos de ensueño, emerge por las grietas de su caparazón con perfume de madreselva, un aroma vinoso que recuerda los ocasos estivales de la vida terrestre del inmortal.

Estas seducciones fracasan. El peregrino ha conquistado su inmortalidad a un precio demasiado alto para derrocharla en nostalgia. Durante el día, vaga estupefacto entre las venas del Dragón, navegando sobre ellas con las nubes. Mira hacia abajo a través de los espejismos de su pasado con total indiferencia. Su vida mortal no es sino una pálida fantasía ahora que sus dimensiones espacial y temporal se han hecho tan flexibles. Mientras está en la superficie de la Tierra, ignora decididamente al Dragón deslizando su cuerpo eléctrico al interior de animales y plantas, experimentando el mundo a través de las vividas oquedades de sus percepciones.

Escurriéndose por los bosques como murciélago o lechuza, zumbando a través de pradales en la mente solar del abejorro, recorriendo el fondo de los lagos en los vuelos umbríos del pez, viaja a través de la campiña. Rociones de espuma estallan en la agitación del salto de una trucha cuando el peregrino la deja atrás y entra en la mente de la presa que las chasqueantes mandíbulas del pez acaban de perder: una polilla de errático aleteo que escala el viento.

Al ocaso, se eleva más y más alto, hasta donde bucean las estrellas. El suave resplandor púrpura de la luz zodiacal sobre él y el sol, un astro argénteo allá abajo flechando el limbo terrestre, ocupan su trance. El gigantesco océano fosforescente del espacio lame su cuerpo astral con olas de placer, lavándolo en las frías, deliciosas energías de las profundidades estelares.

Ascendiendo y cayendo con el día, el peregrino vive en un sueño... aparte de la imprescindible vigilancia para protegerse del Dragón. Esta alerta estorba el rapto. Antes o después, arrullado por la euforia, cometerá un error. El Dragón golpeará. Entonces, su siglo entero de esfuerzos le habrá rendido nada más que agonía mortal y olvido.

Cada montaña no es sino una tumba bajo los cielos.

Para escapar de la muerte, debe volar sobre los montes. Debe huir de la Tierra por

completo. Con la música de las estrellas por guía, debe hallar el camino hacia el más grande de todos los astros, el sol negro. Los textos antiguos que como mortal leyó, escritos en hojas de palma y preservados durante milenios en entabladuras de barro cocido, hablan del sol negro, una estrella invisible tan inmensa que devora hasta su propia luz.

Mientras flota entre luces boreales, atiende el melodioso filtrarse de los rayos estelares y rememora sus años de estudio en la lamasería. Allí leyó por primera vez los textos que le enseñaron lo que sabe del Ch'i-lin y el camino de la huida del sufrimiento. El sol negro es el portal del cielo. Si puede volar a través de la negra vacuidad de la que penden las estrellas, si puede lanzarse directamente al corazón del sol negro, las antiguas escrituras le aseguran que trascenderá la realidad temporal y conocerá la libertad del abandono absoluto y el final del sufrimiento... sin perder la consciencia.

Para alcanzar el sol negro en el centro de la galaxia, en el umbral del tiempo y el espacio, necesita de nuevo el Ch'i-lin. Sólo el corcel celestial posee la fuerza radiante necesaria para llevarlo a través de distancias tan vastas. Debe encontrarlo otra vez.

Como humo de hoguera o como vapores de lluvia ventosa, el peregrino se desliza por las escalas sin peldaños de los rayos solares. Se mueve con facilidad a través de la densidad de las nubes, entre escarpados picos, y por los lechos pedregosos de los ríos hacia los llanos del delta. Ve allí al Ch'i-lin. Sus ojos verde-hielo lo observan a través de undosas millas de atmósfera mientras él se aproxima. Cuando está lo bastante cerca para discernir los finos matices platino de su pelaje y su crin, el animal huye abruptamente.

Su largo, esbelto cráneo mira atrás, con su tenue perilla y su majestuosa melena desdibujadas en confusos borrones por la precipitación del vuelo. Se desvanece entre los magros huesos de un bosque de abedules. Al día siguiente, el peregrino lo halla de nuevo; esta vez, en la profundidad de los montes, en un angosto valle lejano. En su ansiedad por capturarlo, vuela bajo sobre las rocas erosionadas del río, ocultándose entre abetos sombríos, escuálidos y retorcidos.

Irrumpe desde una malla de helechos y juncos, y se lanza sobre el Ch'i-lin. La criatura retrocede con un centelleo de sus cascos hendidos. El peregrino piensa que ésta es la reacción sorprendida del animal y se acerca rápido a él, pretendiendo apresarlo. Entonces, en una explosión vaporosa, la garra del Dragón emerge del lecho seco del río. Salta un chorro de grava, los guijarros giran como motas de polvo en el aire y el peregrino se libra por muy poco.

Ardientes cables de relámpago se enmarañan entre sí crepitantes. La muerte pasa a través del peregrino como un viento frígido. Su fuerza vital se vierte a la tierra. Pero él la hala con todo su poder y, acompañado por el trueno, parte volando de allí.

El Ch'i-lin lo ha engañado. Una pulgada más cerca y estaría muerto ahora.

El hedor acre de los humos del Dragón lo envuelve hasta que alcanza el alto cielo. Allá abajo, el oscuro bosque de abetos esconde la grieta por la que el Dragón ha atacado. Se amonesta a sí mismo por su fervorosa persecución. Sin duda el Ch'i-lin quiere venganza por el cuerno que le ha arrebatado. El Dragón quiere venganza también, por la fuerza que el peregrino ha tomado para sí. La huida no será fácil. Pero hay tiempo, todo un mundo de tiempo para el inmortal, y él no volverá a actuar de forma precipitada.

Durante los días siguientes, el peregrino desciende lentamente desde su alcándara nocturna, moviéndose con la procesión de los cielos, sus nubes de cimas inflamadas. Sigue la pista del Ch'i-lin con más cuidado: camufla su forma ectoplásmica en el juncorreal o la funde con los pulposos racimos de la monotropa; avanza paso a paso con las sombras del bosque, cerrándose pacientemente sobre su presa. Y escucha siempre las

rocas, las vetas verde-bronce de malaquita y las estriaciones borgoña del hematites, los fragmentados estratos de elementos que conducen la energía del Dragón. Escucha... y, en las vetas férricas y cupríferas, oye la pétrea respiración del monstruo. No caerá en la trampa otra vez.

Sin embargo, cada vez que se acerca lo bastante para alcanzar al Ch'i-lin de un salto, el animal cesa en su pacer solar para mirarlo, fija en el peregrino sus ojos jade y huye. Él lo sigue. Atento siempre a la presencia del Dragón, él persigue su juego a través de un paisaje circunvoluto como el cerebro humano. Por fin, comprende que la criatura lo está guiando hacia el oeste, lejos de su pasado en el Reino Medio, más y más lejos de sus guaridas alpinas.

El peregrino no sabe adonde lo conduce el Ch'i-lin o por qué permanece aún en la Tierra. Al mutilarlo, ¿ha dañado su capacidad de volar? La agilidad con la que la bestia lo elude desmiente este temor. En un instante, puede desaparecer centelleando en las alturas azules y dejarlo solo en esta roca que hostiga el Dragón.

Pero no lo hace. Día tras día, aparece con los primeros trazos verdes de la aurora, con su perilla sedosa y su larga crin como tenue miasma sublimada de su cuerpo de hielo. Y siempre lo guía con el sol hacia el oeste, manteniéndose cerca de las venas del Dragón. Pasado un tiempo, el terreno montuoso se suaviza en onduladas llanuras. Como lengua de niebla, el peregrino se desliza entre cañaverales, cabalga en su vuelo hacia occidente las aves, y sigue al Ch'i-lin en su descenso por verdes laderas moteadas de hibiscus, frangipanis, buganvillas.

Tribus a caballo barren las llanuras occidentales. Grandes hordas avanzan en oleadas por la vasta campiña, desplazadas unos años antes por las victorias del Reino Medio en el Este. Vagan en busca de nuevas tierras patrias, asimilando o destruyendo los pueblos que encuentran en su ancha ruta. Estas gentes tribales, de trenzas lustrosas color sable, vestidos de pieles y con pesados ornamentos de bronce, son habitantes familiares del pasado del peregrino. El cultivado pueblo del Reino Medio los considera rudos e incorregibles nómadas. Siglos atrás, fue construida una gran muralla para mantenerlos lejos.

El peregrino funde su inmortal luz corporal con uno de los caballos en marcha hacia el oeste. Viajará de esta forma, decide él, dejando que el impulso de la historia lo porte. Visitará nuevas tierras, encontrará nuevas gentes. Y siempre vigilará a su presa...y al Dragón. Con el tiempo, aprenderá las costumbres y los trucos del Ch'i-lin y descubrirá cómo capturarlo. Entonces escapará del Dragón para siempre y hallará morada en el cielo.

La ventosa luz de los polos —la aurora boreal y austral— es el portal del cielo que busca el peregrino; sin embargo, para los dioses, esta luz ventosa no es sino tierra bajo sus pies. Viven ellos en el inmenso árbol de energía electromagnética que surge del núcleo férrico del planeta y extiende sus anchas ramas sobre todo el mundo. Para los dioses, seres ellos mismos conformados de campos eléctricos, el vasto árbol magnético aparece como un paisaje de muchos planos.

En los luminosos estratos del Árbol, diversas tribus de dioses viven y contienden. El destino del peregrino y del unicornio al que persigue quedará determinado por el conflicto entre dos de estas razas: los altos, rubios nómadas del Norte Perdurable y los atezados constructores de ciudades del Sur Radiante. Han estado en guerra durante milenios. La apuesta no son sólo los enormes territorios en las desparramadas y escalonadas ramas del Árbol deslumbrante, sino también las oscuras e intrincadas tierras raíz, que cubren la superficie del planeta.

Librodot

Muy por encima de estas tierras raíz, por las que el peregrino vaga entre los parias de la guerra, en las ramas más altas del Árbol del Mundo, donde el viento solar bufa contra la magnetosfera terrestre, el paisaje se convierte en dunas desérticas, una estéril y devastada tierra a los ojos de los dioses donde las imágenes rielan y nadan en distorsionados, trémulos horizontes. Justo debajo de esta ruinosa frontera se halla el paraíso donde los dioses habitan.

Protegida del viento solar y de las galernas estelares por las ramas abovedantes del Gran Árbol, la región media brilla con la especial hermosura verdeazul de las entidades eléctricas que la pueblan. En este nivel, la ionosfera se extiende sobre el globo en majestuosos montes y terrazas. Para los dioses radiantes, estas iónicas llanuras bullen de vida. Bosques arcoiris florecen entre las venas argénteas de las corrientes ribereñas. Y en estos bosques y ríos, animales de gas ionizado cumplen sus bestiales ciclos vitales: grifos, manticoras, basiliscos, rucs, serpientes de fuego, quimeras y ocasionales unicornios que descienden de sus viajes gozosos con la manada solar.

Compuestos de plasma —gas cargado eléctricamente y demasiado tenue para que el ojo humano lo perciba— los dioses, su territorio y las criaturas que existen en él no anhelan nada más allá de su propio mundo. Para estos habitantes de la luz, todo lo que está debajo de su reino magnético es una vaporosa oscuridad. La superficie terrestre, muy por debajo de las ramas más bajas y foscas del Gran Árbol, presenta el temible aspecto de un submundo. Un laberinto neblinoso de torturada roca lleno de fosas traicioneras y escarpadas fisuras, ese tórrido lugar no ofrece sino daño y perdición a todo el que cae del Gran Árbol.

El Dragón, siempre voraz, ansioso de más y más poder con que nutrir sus cantoensueños, devora a cualquier ser de luz que se atreva a ponerse al alcance de sus garras. Su piel agrietada y sangrante es un lugar de horror para los dioses. Allí viven criaturas grotescas. Horribles parásitos emergieron de la sangre del Dragón, de los océanos, mucho tiempo atrás. Mutando y diversificándose, mimetizando asquerosamente las elegantes formas vitales del Árbol, esas bestias pesadas, imposiblemente densas, gastan sus breves y escuálidas vidas en lóbregos bosques que son un oscuro simulacro de las espectrales forestas superiores.

El hecho más aborrecible para los dioses es que esos monstruos viscosos formados del cieno del Dragón están condenados a devorarse unos a otros para sobrevivir. En el Gran Árbol, no hay carnívoros. Todos los seres radiantes subsisten gracias a los frutos solares de los bosques arcoiris. Pero allá abajo, en las profundidades sirope de la atmósfera tenebrosa, la débil energía sostiene sólo una verde vegetación miserable. Todo el resto debe matar para vivir.

Este hecho brutal, así como el peligro real del predatorio Dragón, repugna a los dioses, que, hasta hace poco, han prestado escasa atención a lo que transpira entre las infernales mutaciones que infestan la carne rezumante del planeta. Por el contrario, no se apartan del Gran Árbol. Formando tribus, o pequeños clanes dentro de esas tribus, vagan por las ramas inmensas que portan todo un mundo de cromáticas forestas, repentinos farallones y territorios lagunosos.

De los lagos, brillantes cascadas de eléctricas corrientes caen entre las ramas del Árbol y rocían la tierra como auroras boreales. En la cabecera de una de estas cataratas, un dios reposa a solas, contemplando las aguas girar al viento. Muy abajo, columbra al unicornio y sigue, distraídamente, su punto de radiación mientras éste marcha hacia el oeste, turbando la tierra.

El dios porta un sombrero de alas anchas que arroja una sombra oblicua sobre su cuadrada cabeza, ya de por sí herida de sombras. Un único ojo, azul y mineral, observa desde la hondura de su cuenca. La otra cuenca contiene sólo oscuridad. Anchas cejas

Librodot

trazadas hacia arriba, puntiagudas como mechones de lince, bordean una frente masiva castigada con cicatrices de sol, arrugas de preocupación y melladuras en el cráneo. Es éste un rostro esculpido por el sufrimiento. Líneas fieras cincelan su carne erosionada creando blondas arrugas en su perfil de águila para desaparecer en la blanca flocadura de su barba espesa.

Arropado en una capa azul, la pesada mole de su cuerpo, doblada sobre sí en la cresta de la cascada donde se sienta, parece la piedra angular del cielo. Es el jefe tribal del Norte Perdurable y, entre los de su clan, los Nómadas de la Caza Salvaje, es conocido como el Furor. Es éste un nombre que se ganó en su juventud de exilio, cuando su tribu hubo de luchar contra los dioses que la precedieron. La destreza del Furor para sumirse a voluntad en un maníaco trance asesino ayudó a destruir a los Antiguos y le conquistó este nombre.

Desde que se ganaron su lugar en el Gran Árbol muchos años atrás, los Nómadas han recorrido libremente su mundo. En una de las ramas más altas, desde donde se contemplan las dunas escarchadas de las tierras baldías, construyeron un conjunto dispuesto en terrazas y lo llamaron Hogar. Pero estos dioses raramente están en el Hogar. Sus placeres hallan satisfacción mayor en los vagabundeos por sus territorios y dando curso a su juego favorito: la caza.

Este juego de los dioses, la Caza Salvaje, empezó en los años de la guerra. El Furor lo inventó como medio para enseñar al resto del clan a combatir. La idea le llegó durante uno de sus largos y peligrosos retiros en la tierra baldía.

Para experimentar los trances más profundos, el Furor se retrae a los severos límites del Árbol, a la perpetua noche donde las estrellas brillan grandes como globos, azules y anaranjados. Allí, ata sus pies a una fuerte rama y pende invertido. Con la cabeza hacia la tierra, su espina dorsal le sirve de antena. El flujo magnético recorre su columna vertebral, directamente hacia su cerebro.

Su fuerza se evapora como el torrente que cae de un risco y queda transfijo de dolor, crucificado a su esqueleto por un millón de ardientes clavos que lo taladran hasta la médula. Si lo soporta tiempo bastante, se funde en un trance que le permite ver. Y lo que ve depende de lo que busca.

Durante los años de guerra, el Furor buscaba formas de destruir a los dioses ancianos. Lo poseía el desespero. Cualquiera de los Antiguos era mucho más fuerte que todos los Nómadas juntos, pues aquéllos habían descubierto el modo de acumular poder en fosforescentes albercas y de estas cisternas ardientes había extraído gigantes anguilas ígneas y escorpiones eléctricos que no podían derrotarse en batalla.

Así, en aquellos tempranos días, miles de años atrás, los trances del joven Furor le sirvieron para buscar ventaja sobre los Antiguos y sus creaciones monstruosas. Un día de aquel tiempo lejano, mientras pendía en trance de una rama tormentosa del Árbol, el Furor percibió que la copa tenía la misma proliferación demencial de ramificaciones que las raíces y que, como éstas, las ramas se volvían más y más pequeñas hacia lo alto. Ahora bien, todos los dioses saben que las ramas más altas del Árbol se imbrican con los cronocánticos de las estrellas. Filamentos de energía de años luz de largo derivan como sargazos con los vientos solares y se enmarañan en las tremolantes ramas exteriores del árbol magnético de la Tierra. De esta forma llegaron los ancestros primordiales del Furor, nómadas cósmicos que cabalgaban los filamentos estelares de los Grandes Árboles de otros planetas. Pocos dioses recuerdan esto. Pero el Furor lo recordaba, incluso cuando pendía de su rama tormentosa. Y en su agonía se le ocurrió el pensamiento de que quizás las raíces, con una forma tan parecida a la de las ramas que se extendían sobre él, sirviesen asimismo de antenas y recibiesen el poder de la tierra misma, del tesoro de energía acumulado por el Dragón.

Librodot

Sin saber todavía si esto era cierto o no, el Furor descendió del Árbol y se dispuso a descubrirlo. Para alcanzar las raíces, el Furor hubo de visitar el submundo, la superficie del planeta en cuyo interior yace adujado el Dragón. Ninguno de los Antiguos se había atrevido nunca a realizar este viaje. Miedo al vehemente Dragón era lo que siempre los había mantenido en lo alto del Árbol. Con la esperanza de quebrar su tiránico imperio aprovechándose del miedo que así los contenía, el Furor se obligó a vencer su propio pánico y entró en aquel inframundo.

En el calor y el hedor del vil lugar, buscó las raíces del Gran Árbol. Tropezó con una compacta raíz magnética que se hundía directamente en el núcleo fundido de la Tierra. Era la aorta del Dragón. Esta no le sugirió nada. Pero en la superficie del Dragón, se multiplicaban las raíces menores. Florecían ahí capilares más y más pequeños, que empezaban con las amplias corrientes eléctricas de las configuraciones creadas por el viento en la viscosa atmósfera y decrecían luego en los distintos trazados de las cordilleras y los deltas ribereños. Más finas aun, las encrespadas antenas de los árboles que surgían del légamo planetario brillaban con lo que parecían microvoltajes a través de sus hojas individuales. Así pues, era cierto, las raíces *eran* antenas, como el Furor sospechara.

Y en el menor de sus niveles, el Gran Árbol poseía las mayores y más precisas estructuras radiculares en el lodo gris de los cerebros orgánicos. Al principio, el Furor no captó de qué modo la urdimbre radicular de estos cerebros físicos podía ayudarlo en su guerra contra los Antiguos. Pero sabía confiar en lo que el trance le mostraba. Se dedicó a estudiar las finísimas angosturas de corriente que enardecían los pastosos órganos secretorios de aquellas criaturas de corta vida, con la esperanza de que acabaría por comprender por qué el trance lo había conducido a aquellas profundidades.

Temblando ante el solo pensamiento de chapalear en la sangre del Dragón, el Furor renunció a examinar el sistema neuronal más grande y complejo del planeta, el de los cetáceos. En su lugar, se decidió por la urdimbre cortical de una extravagante especie simiesca que había evolucionado de modo risible, como para imitar la apariencia de los dioses. Y ahí, el Furor se dio de bruces contra algo profundamente perturbador.

Estos seres habían sido contactados poco tiempo atrás por los enemigos del Furor, los dioses del Sur Radiante. Juntos, habían aprendido a usar metales conductivos, como el cobre, la plata y el oro; a ligar seres eléctricos... y a asesinarlos. Estas criaturas ridículas que no vivían más allá del parpadeo de un ojo habían hallado el poder para matar a los dioses.

Esto ocurrió en un tiempo antes de que el clan del Furor, los Nómadas de la Caza Salvaje, se aliaran con el Pueblo del Rostro Fulgente, el único clan del Norte Perdurable que conocía el arte místico de la forja. El Pueblo mismo lo había aprendido mucho tiempo atrás de clanes del Sur Radiante con los que compartía el amor a la luna, el elusivo Rostro Fulgente.

Ansioso de aprender a forjar las lanzas de plata que podían herir mortalmente los cuerpos etéricos de los dioses, el joven Furor se aproximó al Pueblo del Rostro Fulgente. Pero éstos no querían tratos con él, tomándolo por un berserker advenedizo loco de poder. Los misterios del metal servían sólo a su culto lunar y el Pueblo no sufriría la infamia de darles un uso bélico.

Rechazado, el Furor no tenía modo de obligarlos a ayudarle, pero estaba decidido a aprender los secretos del Sur Radiante y destruir a los Antiguos. Y así, para conseguir estos misterios de las raíces del Gran Árbol, se tornó en petición de ayuda a seres inferiores.

Éstos eran los trolls, los parásitos más grandes del Dragón, seres ctómcos cuyos

Librodot

cuerpos primitivos estaban tejidos de luz de cuarzo, campos piezoeléctricos, descargas tectónicas. En su fase larval, reptan hasta la superficie del Dragón y mutan mientras habitan entre otras formas vitales, a las que intentan robar su voltaje en cuanto las encuentran. Adultos, se tornan gigantes. Hinchados con tanta carga como pueden rapiñar en sus largas correrías milenarias, acaban por descender de nuevo al interior de la Tierra y circulan soñolientos con los enormes ciclos del magma de convección.

Con el tiempo, después de muchas decenas de miles de años de eufórico ambular participando de los cantoensueños del Dragón, sus masivos cuerpos electrostáticos atraen a otro como ellos, pero de opuesta polaridad, y ambos se aparean. Cuanto más poderosa es la carga eléctrica del gigante, mayor atracción ejerce sobre él el corazón galvánico del Dragón. Y cuanto más plenamente comparte los etéreos cantoensueños del Dragón, mayor es el cónyuge que atrae. Y más fuertes, entonces, son sus vástagos.

El Furor halló al más viejo de los trolls, cerca del final de su fase larvaria y a punto ya de transmutarse en su gigantesca forma adulta. El Furor quería el conocimiento que el troll había adquirido al devorar las vidas de sus presas. A cambio de éste, le ofreció al troll un pedazo de sí mismo: su ojo izquierdo.

El troll aceptó al instante. Con tal poder, más de un tercio de lo que ya poseía, daría de sí un espléndido gigante. El troll transfirió electrónicamente todo el conocimiento humano que atesoraba después de diez mil años de devorar almas .Y el Furor rindió su ojo. Con tal celo lo tomó el troll que el dolor dejó al dios inconsciente.

En su estupor, el Furor soñó que era humano. Nueve años durmió, vagando por los sueños de las historias de los pueblos. Espectros de cavernícolas y cazadores representaron en su mente escenas de sus vidas. Cruzó pastizales al galope y fijó su mirada en los misteriosos augurios del fuego.

Como mujer, laboró mascando cuero, amasando arcilla, en abrigada cooperación con otras mujeres, que salmodiaban y canturreaban mientras vigilaban a sus niños corretear en ralas nubes entre los coros incesantes. A la hora de la muerte, el hedor, la amargura y el dolor. Y ningún otro sonido más que el de un tambor batido. Un latir de corazón. El pulso. Miedo. Y rabia. Pasión también. ¡Como los dioses! Y entonces, las punzadas desgarradoras del alumbramiento. Chillidos rasgan el aire con el dolor de un alma, y él recorre la boca de una cueva con puños callosos, un mendigo sin piernas.

El sueño lo transportó de este modo un largo tiempo, lanzándolo de un fragmento de vida humana al siguiente. Probó muchas vidas y, cuanto más sufrió con ellas, más creció su respeto por este pueblo fuerte e ingenioso. Como él mismo, también estos seres querían sobrevivir y luchaban con su mismo desespero para culminar sus insubstanciales momentos terrestres.

Y entonces, encontró a los Señores del Fuego. No de forma directa. Ninguno de los humanos que el troll consumiera había tropezado realmente con uno de estos luminantes extraterrestres, así que no poseía inmediata experiencia de ellos. Pero mucha gente había oído hablar de estos dioses notables. Con inmensa sorpresa, el Furor supo que los Señores del Fuego, entidades que habitaban los rareficados campos de fuerza entre las estrellas, visitaban la Tierra. Y no sólo eso, sino que se implicaban íntimamente en las nimias vidas del pueblo.

Cuando el Furor despertó, conocía a la humanidad, su corazón carnal, su mente soñadora... y sabía que se habían convertido en instrumento de poderes mucho mayores que los dioses del Gran Árbol. Estos Señores del Fuego son deidades del Gran Bosque, la unión de todos los Arboles magnéticos que orbitan el conjunto absoluto de soles radiantes. A toda costa, ansiaba saber más de ellos. Pero antes, debía asegurar un lugar para su clan en el Árbol.

Sirviéndose del conocimiento que había adquirido del troll a un precio tan terrible,

el Furor se aproximó de nuevo al Pueblo del Rostro Fulgente. Esta vez, con la cuenca del ojo perdido aún sangrándole, convenció a sus distantes primos de que un cambio profundo amenazaba al planeta debido a seres extraños al Árbol.

El Pueblo del Rostro Fulgente había oído hablar de los Señores del Fuego. Algunos habían encontrado incluso estos espíritus en sus vagabundeos. Pero creían que los Señores del Fuego eran meros visitantes, curiosos sí, pero indiferentes a la vida terrena, de un modo muy similar al de los unicornios que en ocasiones descendían del viento solar para rondar por el Árbol. De lo que no se habían dado cuenta era de la intimidad de los Señores del Fuego con los insignificantes humanos que se debatían en el submundo. Esto los perturbó. El Pueblo, absorto en sus rituales lunares, temió con razón que estos invasores de más allá del Árbol hubiesen establecido una base entre las más finas de las raíces, allí donde a ninguno de los dioses se le habría ocurrido mirar, si el Furor no hubiese sacrificado su ojo.

Convencidos al fin de la sinceridad de su pariente, los dioses del Rostro Fulgente se decidieron a ayudarle a crear una morada permanente para todos ellos en el Árbol. Y así, el Herrero Portento del Pueblo forjó la primera arma metálica del Furor, la espada Nutrecuervos.

Con tal hoja en sus manos, el Furor unió los dos clanes y les enseñó todo lo que aprendiera de los humanos sobre la caza. Practicaron estas habilidades con las bestias de los bosques arcoiris hasta que lograron la destreza necesaria para enfrentar a sus bestiales enemigos. Armados entonces con espadas de plata, oro y cobre, los jóvenes dioses atacaron a las gigantescas anguilas de fuego y escorpiones eléctricos que guardaban las albercas de poder de los dioses ancianos.

Las batallas tronaron año tras año. Y eso ocurrió años y años atrás... milenios. El Furor, sentado en las altas peñas sobre el agua arremolinada de la cascada, se encoge de hombros ante estos recuerdos potentes. Tanto ha cambiado y tan poco es diferente. Los Señores del Fuego continúan inmiscuyéndose en las raíces del Gran Árbol que se enzarzan en los cerebros humanos. Y este arte asesino de las armas de metal se ha ido de las manos. Un mero idiota humano con la espada adecuada y un poco de suerte podría matar a un dios.

Incluso peor que esto —mucho, mucho peor— es la realidad del Apocalipsis. El lo ha visto: el destello nuclear, la ígnea niebla radioactiva, la Tierra arrasada. Colgado de la Rama del Cuervo, la más alta de las ramas tormentosas, sumido en trance, ha penetrado con su visión el tiempo y ha contemplado este horror que ahora quisiera no recordar. Entre todas esas gloriosas membranzas de sacrificio y esfuerzo, la profecía del Apocalipsis es demasiado amarga, demasiado estúpida y absurda para ser verdad. Y, sin embargo, es verdad. El lo ha visto. Y esta visión se burla de cualquier cosa que él haya conseguido.

Rechina una maldición a través de la espesa barba del Furor y el dios se alza, expandiendo lentamente su cuerpo enorme mientras contempla lo que debe hacer. Está cansado. Alrededor, las calinas opalescentes de la catarata giran arremolinadas en coronas y parábolas.

El unicornio que ha estado observando, distraído mientras rememoraba tantas cosas, continúa moviéndose abajo, un punto ardiente de luz, color de estrella. Pondera brevemente qué raro impulso lo traería del vacío para imprimir el sello de su extraña energía en la piel del Dragón. Entonces, el agotamiento vence sus especulaciones. Es viejo y está fatigado.

Busca fuerza que lo mantenga y mira hacia arriba, al viento, con su ojo único. Mira a través de los desgarrones en el velo azul del día, hacia las ruedas estelares de la noche que giran perpetuas alrededor del Gran Árbol. Y suspira cansado ante lo que está

Librodot

por hacer.

Librodot

Valle de Silures: 458 d. C.

Niebla ciñe las cinturas de los árboles en el valle oscuro: árboles masivos, primordiales, con densas ramas entrelazadas a través de las cuales salpica la luz de luna. Una pequeña compañía de jinetes se mueve aprisa en la luz difusa, aferrándose a los cuellos esbeltos de sus ponis. El humus de las hojas de un millar de veranos amortigua la diestra percusión de los cascos y los caballeros fluyen por las anchas avenidas entre los árboles como sombras fugaces, vaporosas.

A la cabeza del grupo, Ygrane, la reina celta de trece años, deja volar tras ella sus velos blancos, un espectro que cruzase el aire lunado. Sus compañeros, desnudo el pecho y cruzadas las espadas a la espalda, la siguen vigilantes mientras el viento agita sus melenas y el cabello de sus largos, espesos mostachos. Visten pantalones de piel de carnero, calzado de cuero y bandas de oro en el cuello que los señalan como guardias de la reina: los fiana.

Su destino está cerca ya, un pequeño lago alpino que filtra a la superficie el calor del Dragón y donde, en los días de luna llena, una rama del Gran Árbol toca la tierra. La reina pretende trepar al Árbol.

En veloz persecución, a menos de una legua de distancia, el temible guerrero celta Kyner conduce una banda de sus más feroces camaradas dispuesto a detener a la reina. Los druidas lo han enviado. Los druidas-con-la-visión saben que ella puede hacer lo que dice, que puede lograr lo que nadie, de quien se tenga recuerdo vivo, ha hecho: escalar el Gran Árbol.

Pero los druidas-con-la-visión no pueden ver el Árbol y lo que ellos no pueden ver queda fuera de su control. Los druidas —tanto los videntes como los políticos— no depondrán el control de su reina y sus fanáticos seguidores. El poder ha pertenecido a la clase gobernante de los druidas durante siglos y no están dispuestos a derrocharlo en una impredecible niña hechicera.

Así, le han prohibido trepar... y le han encontrado un marido que la mantenga cuidadosamente sujeta a la tierra: un romano o, por lo menos, lo que pasa por romano aquí, en el puesto más lejano del caído imperio. No trepará a los mundos más allá de la visión. Los druidas patriarcales están determinados. Y, si el desafío persiste, la cuestión de su autoridad será respondida por la hoja de Kyner.

Pero la muerte no puede intimidar a esta reina. Ella misma posee la visión... y más aun. Conoce los misterios de la magia talismánica. Los recuerda de su vida anterior. Si su asalto al cielo falla esta vez, si la espada de Kyner corta el nudo de su vida, retornará. Y probará de nuevo.

La reina está decidida a volver tantas veces como sea necesario porque no se le esconde esta verdad: el destino de los pueblos, de naciones e imperios, se forja no en los campos de batalla y por mano del hombre, sino en los inmediatos mundos sutiles y por el hacer de los dioses. Dioses *vivientes* que pueden ser heridos... y sanados. Para salvar a su pueblo, blandirá su magia antigua contra estos dioses mortales.

En un claro sepulcral colmado de la luz suave, fluida, de la luna llena, la partida de la reina se detiene y ella intenta sentir la dirección. Los talismanes que Ygrane y sus fiana han dejado atrás, colgando de las ramas a lo largo de las últimas tres leguas de bosque, rutilan en su mente como cascabeles al viento. Impiden la visión y la protegen de la vigilancia de los druidas. Desalientan también a los perseguidores, pues su sentido es claro: conjuntos de hueso ligados con tiras de alambre filoso y esculpidos para semejar cadenas de precisos, pequeños cráneos humanos.

Librodot

La joven reina y su partida saben que estos fetiches bárbaros no intimidarán a Kyner. Éste y sus duras tropas veteranas son celtas cristianos.

Palpita el silencio en la noche. Mientras los fiana escuchan aprehensivamente el trueno mudo del avance de Kyner, la reina alza su rostro pecoso, y sus rasgos pubescentes, hermosos, configuran una faz soñolienta cuando su mente se introvierte intentando percibir los vientos del tiempo. Como siempre, éstos soplan a través de ella en frágiles, arrítmicas corrientes, filamentos de origen desconocido que se anudan en haces espectrales y telarañas de sensación escalofriante.

El camino del lago queda claro para ella, una brisa platino que sopla a través del calvero desde un punto inmediatamente delante. Pero no es esto lo que busca. Intenta percibir otras direcciones, alguna que no porte consigo el toque gélido de la muerte. Y ninguna se le ofrece.

La reina espolea su poni y los jinetes se deslizan veloces a través del plateado calvijar sobre sus animales sin silla. Bajo los negros domos del bosque, el terreno desciende de un modo tan abrupto que las bestias resbalan. Cuando el suelo se nivela otra vez, se hallan cubiertos hasta la cintura de helechos y bruma, y la tierra esponjosa tiembla bajo los cascos mientras avanzan hacia una charca larga de aguas calmas y negras, el lago que buscan.

Sauces y cipreses empavesan las orillas proyectando reflejos zinc de sí mismos sobre el agua fantasmal donde una pequeña luna deriva. Una calidez opulenta en olores saluda a los jinetes de la noche: vegetación marchita, lodo orgánico y el fimo del escuálido ganado bermejo que los boyeros traen a abrevar aquí.

Ygrane desmonta y deja que su poni vague entre los sauces en busca de suculencias. Sus fiana sueltan a sus animales también y se dispersan hacia posiciones de combate, alertas sus sentidos para detectar la llegada de los rivales. Estos siete hombres los seleccionó el año pasado la misma Ygrane, que usó la visión para detectar a los que mejor morirían por ella. Se aseguró de no dejar viudas en el clan, ni familias que perdiesen a su hijo único.

Cada uno de ellos ha sido marcado en batalla y a cada una de sus hojas unge la sangre de los invasores. Ninguno ha derramado sangre celta... todavía.

La reina trepa a lo alto de un ancho peñasco que se alza sobre el lago de ébano. A través de sus vestimentas blancas, diáfanas, una luz inexplicable perfila su cuerpo adolescente. Cuando se torna para observar las peñas inclinadas sobre el lago y sus oscuras mechas de ciprés, penachos de humo eléctrico saltan al aire fino.

En el otro extremo del lago, a un tiro de piedra de allí, un risco perpendicular se alza sobre el bosque. Sombras lunares proyectadas por nubes rasgadas pasan veloces sobre el paramento estriando su faz y la atmósfera se siente cargada de presencias.

Consciente de que este lago era sagrado para los feroces silures, la tribu guerrera que los romanos destruyeron aquí cuatro siglos atrás, Ygrane busca sus sombras. Murciélagos giran en torbellinos sobre las rocas del acantilado y las lechuzas se llaman una a otra con un ulular de sueño exhausto.

No hay sombras ocultas esta noche. Por si las hubiera, la reina bruja tiene preparado un talismán formado con un añico de cerámica silur. Guarnecido como con gotas de plata, el artefacto no será probado esta noche y ella lo arroja al lago. Huyen las hondas, llevándose arcos de luz a la oscuridad.

Como si acabase de romper un sortilegio, un tronar de cascos palpita al surgir de la noche. Los gritos broncos de los exploradores de Kyner se ciernen más y más próximos mientras leen el rastro de los ponis en el humus y llaman a la partida de perseguidores.

La carga de presencias se adensa en la calma que sigue y la reina hace una señal a

sus fiana para que se le acerquen. Los dispone frente a ella, en una piña vulnerable bajo el resalto de roca donde ella se alza. Su capitán, Falon del cabello anaranjado, le pasa una crucial, inteligente mirada. "Hermana Mayor..." susurra, aunque fácilmente la dobla en edad, "como nudo, somos muy vulnerables. Debemos dispersarnos. Desátanos."

La muchacha lo detiene con un gesto mínimo de la cabeza. Sus ojos no se mueven de la línea de árboles sobre ellos, donde las compactas siluetas de los guerreros cristianos aparecen. Los altos y poderosos caballos de batalla no pueden negociar fácilmente la pared del barranco y los soldados saltan de las sillas con el clangor de sus armas. Vestidos con túnicas y cubiertos por cascos de cuero adornados de crin de caballo, descienden como míseras sombras de las legiones romanas que sus ancestros combatieron durante quinientos años.

Al emerger de las sombras, los rasgos célticos se hacen evidentes: altos hombres pálidos con ponderosos mostachos y el pelo suelto derramándose sobre las largas hombreras de sus ajadas corazas de piel. Cantan las espadas al dejar las vainas mientras ellos se dispersan en abanico por el terreno cubierto de helechos, cerrando todas las vías de escape.

Los fiana echan mano a sus espadas sobre los hombros y la reina suavemente ordena: "No".

"¡Ygrane!", una voz brusca llama desde arriba. Bajando con diestros saltos la precaria ladera, un hombre corpulento, cubierta la cabeza, avanza hacia ella a través de los brumosos helechos.

"Tío Kyner", lo saluda Ygrane con voz respetuosa —un suave contralto que sorprende en la muchacha de trece años— y extiende sus brazos regiamente, señalando a los soldados que la han rodeado en formación de combate y con las hojas preparadas para golpear. "Di a tus hombres que envainen sus espadas. Esto insulta a nuestra casa, tío. ¿Es que no somos un mismo clan?"

"¡Han pasado tres años desde que vivieras a mi cuidado, niña!", grita Kyner emergiendo bruscamente de la niebla. La luna destella en los clavos y hebillas de su armadura de cuero y en la hoja desnuda de su curvo sable búlgaro, Cortavida. Tres veranos atrás, durante su infancia en el fuerte de Kyner, Ygrane desenvainó dos veces, subrepticiamente, esta misma arma... para romper cascaras de avellanas.

"Tres años desde que te fuiste con la vieja Raglaw", continúa Kyner acercándose más, ganando una distancia desde la que puede alcanzar de un golpe a Falon, que permanece inmutable ante él. "Tres años desde la última vez que compartimos una comida, y en todo este tiempo no he oído más que brujerías de ti. Y ahora te encuentro desafiando a los druidas. Debería estar en Hammer's Throw esta noche, protegiendo el lugar de saqueos sajones, y no aquí, corriendo detrás de una niña desobediente."

Su rostro marcado, alzado hacia Ygrane en el resalto de roca mientras la riñe, se contrae ahora para observar a los guerreros semidesnudos frente a él, como si los percibiese de pronto. Examina a los severos combatientes desde la cabeza hasta los pies y la tensión de sus carrillos crece, cuando descubre la esbelta banda de oro en sus gargantas. "No confiéis en falsos caminos, hombres. No hay magia que detenga esta espada al servicio del hijo único de Dios."

"No habrá lucha entre nosotros", dice la muchacha en su baja y mesmérica voz. "Soy la reina de todo mi pueblo... incluso de los seguidores del dios crucificado. Mis fiana no derramarán sangre celta. Envainad vuestras hojas."

"¿Retornarás conmigo entonces?" El trazo correoso de las brutas facciones de Kyner se relaja ligeramente. "¿A Venta Silurum?"

"Tío..." Contrae el rostro en un puchero y sus ojos, infantiles, remotos, no ocultan en absoluto su contrariedad. "Soy tu reina. No puedes entregarme a los romanos."

"Son *britones*, Ygrane. ¿Has olvidado toda la historia que te enseñé? Los romanos han estado ausentes de nuestro país durante setenta años." Bizquea amenazadoramente al contemplar a la muchacha, al mismo tiempo familiar y extraña. "Tú *eres* mi reina... y por ello mismo he de llevarte a Venta Silurum. Haz que tu guardia arroje las armas."

Ygrane sacude la cabeza y una tiznadura de fuego azul salta de sus pálidas trenzas.

Kyner da un paso atrás. "¡Déjate de hechicerías conmigo, Ygrane! Cortavida tiene honda sed de sangre de brujas." .

"Tú no me golpearás, tío." Sonríe ante el mero pensamiento, imperturbable, pura, y se inclina para ofrecer su mano joven. "Sube aquí y mira este lago conmigo. Tengo que mostrarte una cosa."

Kyner blande su sable, como una llama. "Te golpearé, Ygrane, si debo. Para defender mi fe."

"No tengo nada contra tu fe. Ven..." Su sonrisa inexorable se ahonda de un lado recordando a Kyner que fue él quien la instruyó en la Plegaria del Señor para consolarla cuando lloraba por las penas del hijo de Dios. "Debes ver esto, tío."

El señor de la guerra hace una fugaz señal con la mano y sus tropas apartan las cortas espadas pero no rompen la formación de combate. Sólo cuando Cortavida retorna con un suspiro a su vaina, aquéllos se relajan; cruzan algunos los brazos, se acuclillan otros, pero todos observan a los siete fiana calibrando cada uno a su modo los ferales arreos tradicionales de los guerreros. Admiración, escepticismo, nostalgia, aun curiosa indiferencia aparecen en sus miradas descaradas.

Los fiana los contemplan a su vez con la exhausta expresión de hombres que se hubiesen abierto camino desde el otro mundo con la espada, pero que sólo con parte de sus almas hubieran retornado. Kyner ha visto antes ya este semblante lánguido... en vampiros. Durante veinte años como soldado de Cristo, ha sido llamado a menudo por el obispo para perseguir criaturas impías. Los fenicios y los romanos trajeron a las islas abominaciones que han sobrevivido siglos en los bosques británicos: demonios africanos que cambian de forma, lamias orientales con sus venenos viperinos, y los vampiros... los demasiado humanos vampiros. Desde su decimonoveno invierno, cuando se convirtió en el primer jefe cristiano entre los celtas, su misión divina de defender a los hombres de bien lo ha convertido en un íntimo del mal.

Aunque portan torces —bandas de oro en el cuello que ligan sus mismas almas al maelstrom primordial de la vida que los antiguos llamaron diosa—, los fiana no le parecen malignos a Kyner. Se le antojan hombres naturales seducidos por sueños antinaturales. Vestidos al viejo estilo guerrero de los antepasados, le resultan absurdos. Semejante bravura desnuda derrochada en una fe falsa, les dice su mirada de lástima cuando se apartan para abrirle paso.

A pesar de todo su arreo bélico, Kyner salta con agilidad hasta el reborde de la roca. Lo bastante cerca ahora para ver con claridad a la reina niña, reconoce ese curioso sesgo de sus ojos que una vez llegó a convencerlo casi de que tenía sangre élfica. "Enséñame lo que quieras, niña. Después partimos para Venta Silurum."

Ygrane saluda a su tío alegre, toma en las suyas sus manos poderosas y un misterioso escalofrío le recorre al guerrero los brazos con trazos de tenue relámpago azul. Al instante, todo recuerdo de miedo y de sospecha huye de él. Una vida mayor irrumpe en su corazón y sus pulmones, y siente su cuerpo henchirse mientras una sonrisa de dientes desconchados rutila a través de sus largos mostachos.

"Raglaw me ha enseñado muchísimo desde la última vez que compartimos una comida, tío."

La sonrisa se desvanece en la hosca faz de Kyner. "¡Esa vieja loca! Los druidas se

equivocaron al confiarte a ella. Les dije que era mejor enviarte a una escuela en las Galias, hacer de ti una cristiana."

"¿Y qué clase de cristiana sería yo, tío, verdaderamente... con mis visiones y mis amigos élficos? Los faerïe no volverían a hablarme nunca más. Te digo, el dios crucificado les asusta."

Una risotada estalla a través de Kyner a pesar de sí mismo, cuando recuerda el coqueto balbuceo de la niña Ygrane al presentarle sus invisibles compañeros durante sus caminatas por el bosque. "¿Así que son los faerïe a quienes debo culpar porque seas una pagana?" Le toma el mentón y una ráfaga de bienestar le arranca otra carcajada.

"No te tomes a los faerïe tan a la ligera", le advierte la muchacha sin perder su audaz sonrisa. "¿Qué compartiríamos ahora, si no fuera por ellos?"

Él asiente con un cabeceo. Ygrane había nacido en una aldea remota de montaña y él jamás habría posado sus ojos en ella, si no hubiese estado dotada de poderes extraordinarios. Los druidas los llaman la visión, como si la falta de esta locura fuese ceguera. Y en efecto le parecen a Kyner locura esas vislumbres psíquicas de otros mundos. "Tú eres una mujer, una hija de Eva. La costilla extraída y separada de Adán. Sólo que a ti se te separó algo más que al resto de las mujeres." Su sonrisa flota, pía, detrás de sus bigotes. Se siente bien... fuerte, a salvo, protegido como un erizo de mar en su abrigo de espinas. "Supongo que es voluntad de Dios que tengas la visión."

"Es la razón de que los druidas digan que soy la reina. Pero ellos querrían que la usase sólo para provocar cosechas, evitar tormentas y hallar bienes ocultos. Y eso es todo. No quieren una reina que gobierne."

"El dominio déjaselo a los hombres", dice Kyner vagamente, los pulgares en el cinto de la espada. "Los jefes mandan."

"Y los jefes son todos druidas. Todos hombres. Mientras que yo soy una mujer de una familia de cabreros, y por más que te remontes en ella sólo cabreros, ni un herrero, ni un druida hubo en mi clan. Pero reina soy. Tengo la visión. Y te digo esto, tío: soy la reina de todo mi pueblo. Por antiguo derecho, soy tu reina también."

Él accede con cabeceo casual. "Eres mi reina... pero sólo mientras sirvas a tu pueblo. ¿De qué modo le sirves huyendo de mí?"

"Quieres devolverme a los romanos."

"Britones, Ygrane. Los druidas te han encontrado un marido entre los britones... el marido digno de una reina. Pertenece al rango más alto: *comes litori saxonici"*

Su voz se adensa de disgusto: "¡Su mismo título es romano!"

"Es el comandante de la Costa Sajona... ¡de rango mayor que un *dux!* ¿Qué importa la lengua del título?" Inclinándose hacia ella, le confía con orgullo: "Es un hombre poderoso, un noble de antiguo linaje. Y su palacio en Tintagel es espectacular. Yo mismo he estado allí."

"Tío, carezco de pasión por los palacios." Su amplio rostro centellea de insolencia. "Los druidas me casan a un general romano sin otra razón que la alianza política."

"Política..." Tuerce el gesto con amargura. "Pronuncias esta palabra como si estuviera sucia. Los clanes han sido políticos desde el principio, desde los tiempos más antiguos, cuando sacrificábamos nuestros reyes a vuestra diosa sangrienta. Así es como gobernaron las reinas. Pero tú no vas a ser sacrificada. Los jefes te sacaron de un tugurio en los montes, te educaron, te exaltaron y te rodearon de los más finos dones y tesoros de todos los clanes. Ahora queremos que vivas en un palacio, la esposa de un gran hombre. ¿Qué crueldad te estamos infligiendo, para que huyas de nosotros de este modo?"

Responde ella con un brumoso tono de diablura: "Te estaría agradecida por todo esto, tío, pero los faerïe no vendrán conmigo a Tintagel. Los faerïe no vivirán en un

palacio romano, ni siquiera entre britones."

Kyner se crispa, su disciplina militar se afirma contra el rapto que fluye desde la reina, y maldice: "¡Condenados faerïe, entonces! ¿No entiendes, niña? Los invasores nos superan en número. Necesitamos esta alianza con los britones para salvar nuestro país, nuestro pueblo."

Ella lo recorre con una mirada atenta, estudiándolo hasta que está segura de que su hechizo de rapto no se ha roto del todo. Entonces, dice en tonos ligeros como el vilano: "Tío, por supuesto lo sé. Es la razón de que haya huido, porque creo que hay un camino mejor." Los vientos del tiempo tañen en su pecho, creando peligrosas intersecciones, enmarañándose en su percepción de la airada voluntad de Kyner. Éste es el momento delicado. El momento que pone a prueba su propia, verdadera voluntad contra el poder del guerrero. Imperceptiblemente, modula su respiración, se concentra en la bienaventuranza de vida que fluye en ella, y desde Ella, Madre de todas las cosas, hacia Kyner. Cuando ve relajarse las hinchadas aletas de su nariz, dice: "He aprendido mucho de la vieja Raglaw. Mucho más de lo que podría explicarte ahora. Pero atiende a esto: el campo de batalla es la sombra de un mundo superior..."

"El mundo espiritual de los ángeles", reconoce Kyner sintiendo disminuir su enojo, consciente de que la muchacha está intensificando su encantamiento calmífero y sin que ello le importe en absoluto. *Es una niña,* razona mientras lo envuelve el amable calor que efunde su presencia gentil y, sin embargo, seguro de que puede librarse del sortilegio en un instante, si llega a ser necesario.

"El mundo de los ángeles", dice ella como un eco, en voz baja, con una compostura que semeja elevarla más allá de su desgarbada, pueril apariencia. "Es real, tío. Yo he estado allí. Y voy de nuevo allí... esta noche. Esto es lo que quiero que veas."

El señor de la guerra frunce sus cejas vellosas, perplejo. Pero no dice nada y contempla con mirada apocada cómo los ojos linceos de Ygrane se ensanchan. De los pálidos pliegues de su vestido, como si lo sacase de su propio cuerpo, extrae un enorme ópalo blanco, un huevo hialino, oleoso a la luz de la luna. Vapores de lecha iridiscentes giran dentro en remolinos.

Al fijar la vista en estas densidades orgánicas, Kyner nota los vientos del tiempo, las trenzadas corrientes que anudan el destino. Las experimenta como una emanación de calamitoso milagro, un aterrorizado amor, como el que ha conocido muchas veces en la densidad de la batalla, una furia serena, una intensidad perfecta como el aire. Extiende la mano hacia el objeto rutilante, y sus dedos romos pasan a través de él.

"¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Qué ilusión has forjado, bruja?"

"No, tío, es bien real", responde seria Ygrane mientras mece el melón de luz resbaladiza en las yemas de sus dedos, la mano palma arriba, para que Kyner pueda verlo mejor. "No llegas a tocarlo porque está hecho de luz. Esta misma luz de luna. Pero su poder aplasta montañas."

"¿Qué es?"

Blancas sus facciones por el resplandor creciente, la niña tiene un aspecto fetal...y asombrado. "Es el Ojo del Furor."

"No entiendo." Con un rehilar de miedo, el guerrero acerca e intensifica su mirada; en el interior de la tiniebla opalescente ve arrugas fungosas deshilachadas en capilares de relámpago. "¿El Furor... el dios de los Piratas?"

"¡Sí! ¡Este es el ojo que perdió!" Ríe con fresca sorpresa y alza el objeto luminoso, ingrávido, sobre su cabeza. "Míralo, tío. Incluso alguien como tú posee la visión en presencia de esta gloria."

Mares de espuma se agitan dentro del Ojo y pequeñas naves de poco calado surgen de las olas tumultuosas. Erizadas de lanzas, preñadas de hombres de yelmos

ferales, las naves silban hasta pararse sobre las arenas cristalinas y vomitar su carga letal.

"¿Qué es lo que ves?", susurra la niña observándolo fijamente, intrigada ante el horror que se expande por su hosca faz.

Kyner arranca su mirada de las profundidades hialinas. "¿Dónde lo has conseguido?"

"Yo no, tío." Ygrane sonríe tenuemente. "Raglaw. Se lo robó a un troll."

"¿Un troll?" Él se crispa con la sorpresa. "¿Estás loca, niña?" Le dirige una mirada fría, todo resto de rapto disuelto en el ácido miedo que de repente lo inunda. "Los trolls son gigantes jóvenes, ¡por amor de Dios!"

Una insólita y temible oscuridad lo enclaustra en el recuerdo de su único encuentro con un troll. En su decimoséptimo otoño, durante una aventura con el joven jefe Lot para desenterrar un tesoro romano, un barril de denarios sepultado entre las dunas de una isla boreal, perturbaron a un troll que se alimentaba de una ballena varada en la playa. Aquella cosa repugnante con sus retorcidos tentáculos, colosal como una montaña en el aire caliginoso, corrió torpe y pesadamente tras ellos gritando con rabia tempestuosa. Lograron por fin esquivar al gargantúa monstruoso en las cavernas costeras, huyendo de los flagelantes tentáculos a través de una colmena de grutas inundadas, de subterráneas lagunas dejadas por la marea. Tres días de absoluta oscuridad tratando de hallar el camino de salida grabaron en su alma, al fuego y para siempre, la imagen terrible, viscosa del troll. "¡Nos desgarrará a todos!"

"Sólo si nos encuentra." Ygrane hace evolucionar gentilmente el Ojo del Furor, y éste flota con suave danza en la oscuridad del aire.

Kyner mira nervioso alrededor y ve a sus hombres acuclillados, bañados en el lechoso azul de la luna, observando con silente temor la magia extraordinaria que ante ellos tiene lugar. "¿Cómo podría no encontrarnos? Los trolls tienen la visión, ¿no es así?"

"Sí, la tienen, tío. Pero yo he descubierto modos de cegarla." Con un giro repentino de su muñeca, lanza el Ojo hacia la altura, danzando, oscilando, y lo contempla mientras flota sobre toda la compañía en la noche sin viento. "El troll no nos encontrará ahora mismo. Hay tiempo... tiempo para escapar." Señala hacia donde el Ojo porta su luz siniestra.

"¿Qué estás diciendo?" Sin quererlo, la mano del guerrero está ya en la empuñadura de su espada. Los vientos del tiempo se tensan. Los nudos del destino se deslizan a sus lugares. Kyner percibe todo esto como una certeza creciente de que algo letal está a punto de ocurrir.

La voz de Ygrane en la nueva oscuridad bajo la estrella menguante del Ojo es tan silenciosa que apenas puede oírla contra el sordo retumbar de su corazón. "Trepa al cielo conmigo, tío. Esta noche es tiempo santo para los dioses. Noche Ancestro... una noche que incluso los dioses honran, la única noche en que podemos violar el umbral del cielo sin temor a su ira. ¡Ven conmigo!"

Kyner la mira de soslayo, tratando de comprender el momento. Con un gesto fulgurante que le remite a su panorámica visión de batalla, percibe los alrededores con exquisita precisión. Registra la posición de cada soldado y fiana en las sombras frondosas. Lana sideral se acumula justo encima, una nube ardiente, brillante con el Ojo que se ha tragado. La reina-bruja —porque para Kyner ella ya no es otra cosa— se halla ante él flácida como una plañidera, la cabeza doblada, el rostro velado por su largo cabello.

"¡Escúchate, niña!", ordena Kyner con jactancia. Sus hombres se mueven furtivos y nerviosos entre los helechos, boquiabiertos ante la nube luminosa recortada por

Librodot

rápidos rayos horizontales de polvo de estrellas.

Los fiana ignoran el feérico holocausto; todos sus ojos recaen en la reina.

"¡Estás hablando a un cristiano!", le grita Kyner, alzando la voz para sobreponerse al frío instinto que querría despedazarla e impedir el inminente momento. "Jesús ha pagado ya la fianza de mi alma con su sangre santa. ¡El cielo me espera y no temo a ningún dios sino a Dios! Vámonos de este lugar... ¡ahora!"

Ygrane mira a través de la cortina de su pelo y ve a Kyner soltar la empuñadura de la espada, dedo a dedo. Él piensa que le debe merced, pues la muchacha vivió en su casa y él es un cristiano leal. Pero ella sabe otra cosa. Siente el tañido de los hilos del tiempo, los filamentos del destino, mientras él se debate con ellos queriendo matarla.

Le advierte ella: "Si dejamos este lugar, el troll nos encontrará... y rápido, además."

"Deja el Ojo aquí para el troll." Le aferra la muñeca con su garra callosa y la carne de la niña queda fría como cera. "Nos vamos de este maldito lugar ahora..."

Un grito taladra la oscuridad exterior... y un puro baladro azul surge de uno de los caballos. Una lluvia de sangre cae del cielo, despierta negras ondas en el lago y deja pecas ardientes en los hombros de los fiana, en los rostros alzados de los soldados.

Los hombres gritan como uno solo, las espadas de pronto en sus manos. Los ponis irrumpen a través de los sauces, una agitación de crines salvajes y dientes centelleantes, y desde la cima del barranco los grandes caballos de guerra de los soldados llegan saltando la ladera, blancos los ojos de pánico.

Aterrorizada, Ygrane ve el miembro de un caballo volar a través del rostro surcado de la luna. Los vientos del tiempo se calman y los nudos plateados, fatales de su magia se vuelven mercurio y se licúan con oscuras cintilaciones. Ahora, comprende, cualquier cosa puede ocurrir.

El anca desgarrada cae entre los soldados y los hace correr sobre el borde del lago hasta el barro negro, como piel de rana, en el labio del agua.

Al silenció acusatorio de Kyner, Ygrane responde con un balbuceo: "Ha atravesado el laberinto de mis sortilegios... lo ha hecho más rápido de lo que llegué a pensar..."

Desvanecida la magia, la reina-bruja parece una niña espantada. Observa las manchas foscas que la sangre del caballo ha dejado en la albura de su vestido y un miedo febril la apresa.

Kyner, con Cortavida en la mano y libre del encantamiento de Ygrane, sopesa un instante su lealtad a esta reina-bruja contra su voto de exterminar a los enemigos de la iglesia. Una mirada al confuso terror de su rostro le resuelve el dilema. Aunque ha llamado a esta abominación, Kyner sabe con certeza que no es perversa, sólo ignorante. Lo que ha hecho proviene de su locura pueril, no de la antivida de los vampiros y las lamias. Aparta a Cortavida.

Justo desde debajo del reborde de roca, donde los fiana aguardan preparados para arrojarse sobre cualquier cosa que llegue desde la cresta de los árboles, Falon la llama: "Hermana Mayor, el troll ve el Ojo. ¡Se ha detenido!"

Ygrane eleva la mirada, sorprendida, y reconoce que la magia no se ha desvanecido como pensara en su pánico. Está sobre ella, absorbida por la tormenta ígnea como mar embravecido sobre sus cabezas. La confusión que padece no es sino el reflujo de una titánica ola de poder.

Como a distancia de sí, Kyner se siente extrañamente ajeno al clangor de su corazón. Todos los caminos de escape se han cerrado. Están atrapados en el húmedo fondo de la quebrada, con las espaldas contra el lago. Sus hombres le hacen señales para que descienda de la roca y se esconda con ellos en el trémulo fango. Pero él sabe que no

hay en este lugar escondite posible frente al troll.

"¿Por qué se ha detenido?", pregunta manteniendo su tensa mirada en la línea de árboles sobre ellos.

"El Ojo se ha ensartado en una rama del Gran Árbol... tal como Raglaw dijo que ocurriría." Ygrane contempla con los ojos bien abiertos, cintilantes, el ígneo torbellino encima de ellos, tan distante que parece una estrella malévola. "Ha absorbido mi magia y también la del troll."

Una nueva esperanza se abre en ella; llama a los fiana a la roca y los dispone en un círculo a su alrededor. "Tú también, tío", dirige, colocándolo en el anillo.

La presión de la orden infla los ojos de Kyner con mirada de alarma, al ser empujado a su sitio. "¿Qué vas a hacer, niña?"

"¡Alzad vuestras espadas!", exige la reina. "Apuntadlas al Ojo." Kyner hace amago de protestar, pero los fiana han extendido ya sus armas y el fuego azul del cielo resbala por sus hojas. Obedece y en el filo de su sable crece de pronto un pelaje, hacinados mechones de brillante berilo.

Arriba, las puntas de la malévola estrella silban como aceros. El Ojo del Furor desciende despacio, portando un cúmulo resplandeciente, más caliente que la luna. Los hombres de Kyner gritan de terror. El cielo, más y más luminoso, siluetea inmensos tentáculos que latigan aquí y allá sobre la cresta del barranco.

El troll se aproxima. Sus gritos reverberan con tal poder que el suelo esponjoso tiembla bajo sus pies, como si la tierra misma se doliera. Los sauces de la cima de la ladera se agitan salvajes y se derrumban.

La reina-bruja alza los brazos, anticipando el torrente de poder que en este instante cae hacia ella desde las incandescentes alturas. Un viento surge desde abajo, como de la roca, y llena sus ropas y levanta su cabellera. Cada punto de su cuerpo centellea: las yemas de sus dedos y su nariz están tocadas por espinosos círculos de fuego azur que se vierte sobre las curvas de sus orejas, y desde los extremos de su cabello alzado salpica el aire con undosos enjambres de luminoso plancton aturquesado.

El atronador berrido del troll se adensa y su enorme cabeza aparece borrando los astros. Pintada de luz de luna y con abigarrados parches de ardiente color proyectados por la tormenta incendiaria, la atorada cabeza revela racimos de pequeños ojos ciegos que averrugan los bordes de una boca sarcástica. Y del buche abierto de cortantes fibrillas, manan las inmundicias del caballo que el coloso acaba de devorar con avidez.

Los cables de sus brazos tentaculares se elevan al cielo intentando alcanzar las nubes bullentes, y los hombres gritan. Rabioso y voraz, el troll se arroja masivamente hacia delante y se derrumba en la quebrada. Queda la tierra temblando.

El impacto hace rodar peñascos y saltar el agua negra del lago hasta la roca. Kyner y los fiana caen; las espadas danzan en la piedra como ígneas girándulas. Sólo Ygrane permanece en pie. Un tentáculo serpentea sobre sus piernas y torso, la deja sin aliento, la levanta en el aire.

Cuelga suspendida donde cae la luz de lo alto, tan cerca de la escamosa faz del troll que se baña en su hedor frío, un frío más allá de la gélida miasma de las cosas muertas. Sin respirar, pende sobre una boca triturante y ve una miríada espiral de lenguas que ayudan a tragar la mascada carne de caballo y la pasta de huesos de su reciente ágape.

Su cabeza y sus brazos extendidos apuntan hacia el cielo vacío. La nube ardiente ha partido y la luna llena luce unas pocas, duras estrellas en su aura argéntea.

Kyner y los fiana se levantan tambaleándose, espadas en mano. Falon grita: "¡Al círculo!" El frío desolado que mana del troll caído los empuja como el viento y los guerreros contienden para recuperar sus puestos. En el instante que lo logran, llamas

Librodot

eléctricas surgen arremolinadas de las puntas de sus hojas alzadas.

Atraída por estas antenas, la magia retorna estallando en el lago en forma de un esbelto pilar de fuego, brillante como el día. Ygrane desciende suavemente al suelo, posándose sobre sus pies, mientras el tentáculo se deshace en un vapor ocre. El troll se ha ido. Mutando a una forma menor, se desvanece entre las sombras de los árboles: una encogida cosa fangosa bajo la luz repentina, un ente grumoso de quistes y nódulos.

Ygrane sostiene en sus manos extendidas el Ojo, grande como un melón, lleno de sus lechosos vapores. Obedeciendo a un gesto suyo, los guerreros bajan sus hojas deslumbrantes. Ella retrocede y lanza hacia la luna el Ojo, que asciende en parábola como disparado por una honda y traza un arco iris de marfil para caer más allá de la quebrada. Las rocas y sauces de la cresta se estremecen con el destello del impacto y el tañido de un trueno sordo.

"¿Vo... volverá?" Kyner tartamudea exhausto y se deja caer sobre una rodilla, apoyándose en su espada y jadeando.

Ygrane muestra sus palmas plateadas a los fiana arrodillados y abre sus brazos al estival olor de trueno que efunde el pilar ígneo en las aguas. El refulgir se expande y la quebrada brilla con todos los colores del meridión. Reflejos jade cintilan en los sauces. El lago viste su verdadero marrón tánico y los estratos del acantilado muestran vetas verdes y rojas.

Todo el miedo se consume. Una dicha profunda de antiguas vidas la posee. Ésta es la conquista por la que ha arriesgado todo, esta corriente fosforescente que fluye hacia lo alto, hacia la morada de los dioses. Con orgullo, dice: "Tío, el troll no volverá. ¡Tenemos una rama del árbol del cielo!"

Kyner parpadea ante la luz balsámica y halla a todos sus hombres, sin que falte ninguno, arrodillados. Algunos rezan a sus espadas alzadas, otros a la reina. Sólo ella está en pie, fluidas las ropas, leonado el cabello, una ardentía en sus ojos, misteriosa apariencia de un mundo antiguo.

"Tío, vigila mi cuerpo", ordena.

El señor de la guerra asiente, heladas las vísceras aún de la corriente viva que fluyera a través de él y de los fiana momentos atrás. Sus hombres están a salvo. Han visto al furibundo behemoth y, sin embargo, viven. Todo lo que anhela ahora es retornar con ellos a Venta Silurum para contar esta aventura... con o sin la reina-bruja. *¡Malditos los druidas!*

Se une a los hombres que están formando un círculo alrededor de la muchacha con sus espadas, dejándolas reposar sobre la piedra, punta contra punta, empuñadura contra empuñadura. Emplaza a Cortavida en el circuito y se sienta con las piernas cruzadas y las rodillas tocando las de los fiana a cada uno de sus lados. "¿Cuánto tardarás en volver, mi señora?"

"Retornaré cuando se ponga la luna. La rama no tocará la tierra más allá de ese momento. Vigila mi cuerpo hasta entonces. No rompáis el círculo de las espadas o mi alma se perderá."

Su propia voz le parece a Ygrane carente de origen, pesada y lenta en comparación con la rápida corriente de tiempo que tira de ella desde el pilar de fuego en el lago.

Vagamente, se da cuenta de que Falon la llama: "Hermana Mayor, ¡llévame contigo!" Desde arriba, lo ve reptar sobre su espada, penetrar en el círculo y poner sus brazos alrededor de ella. La imagen tremola y se desvanece en la quietud de un crepúsculo estival, una luz suave, citrina, y horizontes de árboles brumosos con motas de sol.

"Guardadme bien..." El mentón le toca el pecho.

Librodot

El resplandor espectral del lago desaparece y la oscuridad la envuelve.

El Furor se alza en la hierba vaporosa, con humosos matorrales tras él, donde masivos barriles acechan en la bruma como peñas. Oblicua, la luz del sol corre a través de los árboles en las montañas, portando nieblas, vaharadas de polen y ráfagas de aves espantadas. Desde más arriba, desde campos de nieve del más puro índigo, un derrubio de voces y risas se vierte en las soleadas forestas y sobre los campos de phlox.

Los Nómadas de la Caza Salvaje y el Pueblo del Rostro Fulgente llegan juntos, una tropa alegre de dioses esta noche, cuando el honor se gasta en los Ancestros y los vivientes dejan a un lado el honor. Pues hoy es Noche Ancestro, la noche en que se exalta a todos los muertos y los vivos calaverean con irreprimible abandono. La ley sagrada ordena que cada dios beba un cuerno entero del hidromiel del Cervecero... exceptuando al Furor, que agotará un cráneo de vino fermentado del fruto más raro del Árbol, manzana de ocaso.

A través del verdinegro de los árboles, los festeros del Norte Perdurable llegan con paso alegre, las botas de piel silentes sobre el suelo mohoso del bosque y sus risas y atolondrados alaridos resonando en el vaporoso dosel azul de los pinos. Gritones y jaraneros, cubiertos de pieles de animales y capullos de flores, los dioses avanzan en tropel entre los árboles, cabalgando unos los hombros de los otros. Están decididos a disfrutar de la noche. No les importan nada las razones de su jefe, y no les prestarán hoy ninguna atención.

El más audaz de todos ellos es el Cervecero, tocado con una corona de cebada y cubierto de un estrago de sarmientos de lúpulo. Su alegría es la más ruidosa de la foresta, mientras salta a la espesura caliginosa donde aguardan los grandes barriles que contienen su brebaje. Justo tras él avanza tumultuoso el Poeta, con el Juez agarrado a la espalda, las piernas alrededor de su cintura, uno de los brazos balanceándose salvajemente y una gorra de plumas de búho que suelta penachos como el vilano de la cerraja.

El Cervecero levanta su martillo para golpear el tapón del barril y librar el hidromiel a los cuernos espirales que esperan debajo. El Poeta y el Juez chocan con él, y los tres se derrumban en los vapores del bosque, rodando y riendo.

Sangre Rutilante, el más soberbio guerrero de los Nómadas, marcha a través de los rayos de sol, oblicuos y polvorientos, con la legendaria belleza del Pueblo en sus brazos: Lady Única. Suelda sus rostros la pasión y pétalos se desprenden de sus ropas tejidas de guirnaldas. El Amante, el cazador más capaz y varonil del Pueblo, porta a la Reina de los Nómadas, la esposa del Furor, en los hombros, derramada la mano sobre el muslo de la diosa. Sus risas son deslumbradoras y lascivas.

Al Furor no le importa. Sabe que su mujer lo desprecia por sus largas ausencias en la Rama del Cuervo. Ha sido un pobre marido últimamente; más lo consumen sus trances cuanto mayor se hace. No le importan sus diversiones, se recuerda de nuevo a sí mismo mientras observa al Amante posar a su mujer en la hierba brumosa y a ella rodearlo con sus brazos pálidos. Ésta es Noche Ancestro, cuando los dioses rinden honor a los Antepasados y se sacian de melodía y regocijo.

Distraído, el Furor examina la disoluta banda de celebrantes que emerge del bosque radiante. Columbra dos mujeres que se abrazan amorosamente —la Dadora y la Sanadora, una corpulenta dama a lo Deméter y una muchacha vaporosa, con las mejillas hundidas como un halcón— y una angustia de futilidad lo hiere. Percibiendo el placer inconfundible de sus rostros, comprende el error que es estar aquí, el error que supone desear el sacrificio de esta tribu de frívolos que no quiere sino el regocijo comprado al

Librodot

precio de su mortalidad.

Apartadas de los festeros, cinco sombras graves permanecen acuclilladas allá arriba, en una peña desde la que se domina las Montañas Arco Iris. Tras ellas, los picos tornasolados ascienden como una escalera a las ramas tormentosas del Árbol, hacia la Sima estrellada. Las cinco siluetas siniestras, iluminadas desde atrás por la corona de humo del sol, que se pone tras la cordillera, son los antepasados vivientes del Norte Perdurable. Éstos fueron los primeros aliados del Furor milenios atrás, cuando unió los clanes. El Guardián, la Señora Tenebrosa, Guerrero Bravo, el Silente y la Vieja, callan mientras esperan beber largamente del sagrado hidromiel. Son demasiado viejos y melancólicos para ayudarlo ahora como hicieron una vez, cuando derrotaron a los amos de los escorpiones oscuros y cazaron a las anguilas de fuego. Les hace un gesto con la cabeza, pues ellos esperan que se les una hoy como es su hábito. Pero esta noche pasa de largo y va directamente al encuentro de Guarda de las Manzanas del Ocaso.

Mujer augusta, morena, con trenzas mechadas por el sol, Guarda ha amado al Furor desde su infancia, cuando éste salvó a sus padres de los gigantes Nevasca y Plata Tormentosa, y su valor le costó una melladura en la ceja sobre su ojo único. En gratitud al Furor, ella tomó su nombre actual y se dedicó desde entonces a vagar por las tierras crepusculares del Ocaso, buscando esas oscuras, extrañas manzanas del país.

Regia en su túnica de armiño, Guarda de las Manzanas del Ocaso le ofrece orgullosa con ambas manos un cuerno largo, retorcido, lleno del vino dorado, todo lo que pudo fermentarse de la cosecha del último año. Noche Ancestro empieza tradicionalmente con la ingestión por parte del Jefe Tribal, y en honor a los espíritus de los Antepasados, de este precioso bebedizo. El Furor alza el cuerno expectante y pasea una mirada dura sobre la alegre reunión.

Entonces, con un gesto de indeclinable desafío, vierte la libación en la hierba. El vino se derrama en una trenza centelleante, golpeando con líquido sonido el suelo húmedo y arrancando gruñidos a los dioses.

"Declino todo placer esta noche", proclama el Furor. "En trance, ¡he visto el Apocalipsis!"

Protestan los dioses airados.

"¡Guárdate los discursos sobre el fin de los tiempos esta noche, Jefe!", grita el Cervecero agitando su martillo.

"¡Sí!", devuelve el grito el Furor. Sus cuencas dragontinas repasan la multitud, buscando rostros individuales... la hosca impaciencia del Poeta, el ceño de la Reina, el asombro de la Dadora y la faz traviesa de Guarda, ancha de sorpresa y con un destello de orgullo en sus ojos grises. "Esta noche, *debemos* hablar del fin de los tiempos", insiste él y arroja el cuerno a la hierba. "Ahora... mientras hay tiempo aún para actuar, para salvarnos de la muerte ígnea."

"¿Qué hay de la ley sagrada?", estalla jactancioso el Juez. "¿Qué del honor que debemos a los muertos?"

El Furor habla con tono frío, mesurado: "El primer honor que debemos a los muertos es seguir vivos." Percibe a su hermano, el Mentiroso, burlarse de él entre sus amigos —el Sabio, Gentil Nanna y Lady Gorda— lacayos unidos a él por la astucia y el engaño. "Sí, hermano", continúa con voz más estridente, "¡hemos de volver a luchar por nuestras vidas! Las Tribus del Sur Radiante atan nudos fatales en las corrientes del destino. Su magia es lo bastante poderosa como para tajar las raíces que nos sostienen."

"¡Fah!", ríe el Mentiroso. Su aspecto blondo, de rasgos cincelados, su mirada de precisión y claridad, efunden convicción. Eso hace de él el Mentiroso, escogido por el clan para desafiar y probar el valor de cada decisión. Ha aprendido bien con los años a frustrar a su hermano mayor y dice enfáticamente: "Los Faunos, el mayor de los clanes

del Sur Radiante, están muertos. ¡Los hemos humillado en las tierras raíz! Nos hemos hecho con la península Itálica. Incluso hemos quemado su así llamada Ciudad Eterna. ¿Y tú aún te quejas, hermano, de la amenaza del Sur?

"Yo he visto..."

"Y nosotros lo hemos oído. Todo ya. Ya antes." Le lanza una mirada de desaprobación. "Esta noche no, hermano. Ya has seducido a nueve de los nuestros con tus apocalípticas campanadas. Nueve hurtados a nuestro festival. Nueve dispuestos a dormir cien años para que sus vidas sirvan a tu magia. Son suficientes."

"Necesito más poder..."

"Para una magia que podría no servir de nada."

"Servirá. Pregunta al Sabio." El Furor arroja una mirada de hierro al furtivo, elusivo dios, que evita contemplarlo y trata de parecer más pequeño junto a Gentil Nanna. "Díselo, Sabio. Tú has estado espiándome por orden de mi hermano. Tú sabes que esta magia servirá."

El Sabio se encoge de hombros; sus ojos acuosos son dos charcos de alerta en su rostro costurado, de barba crespa. "Llamarías a demonios de la Morada de Niebla... y eso es un riesgo."

"Sólo los demonios son lo bastante fuertes para desafiar a los Señores del Fuego", dice el Furor.

Los dioses miran atrás molestos, contrariados. "Ya hemos oído todo esto antes", se queja el Mentiroso. "Es Noche Ancestro, hermano. Déjanos en paz y vete a hacer tus magias con aquellos que están dispuestos a pignorar su gozo. ¡Nosotros estamos aquí para celebrar!"

Murmullos de asentimiento se levantan entre los dioses y el Furor los silencia con su bronca voz: "¡Escuchadme! Con esta magia, con los demonios de la Morada de Niebla actuando por nosotros, tenemos una oportunidad única de expulsar todas esas esporas extranjeras de las raíces que nos sustentan."

"Una oportunidad." El Mentiroso lo regala con una mirada burlona. "¿Ves? Tus propias palabras te traicionan. ¿Por qué habríamos de sacrificar cien años de vida por una mera *oportunidad?"*

"Esta magia resultará", insiste el Furor, "pero necesito más poder para estar seguro. La magia del Sur Radiante es esquiva."

"Entonces digo que nueve de nosotros son bastantes. Sírvete de ellos para llamar a tus demonios y deja que el resto rindamos honor a los ancestros." El Mentiroso se torna hacia el Cervecero y sonríe con amplitud, brillantes los dientes como puntas de lanza. "La libación del Jefe ha sido hecha. ¡Que fluya el hidromiel!"

Con un golpe poderoso, el martillo del Cervecero golpea el tapón del barril y un chorro de plata azota con espuma la fronda, salpicando a la turba jubilosa y gritona.

El rostro febril del Furor se contrae de disgusto.

Guarda de las Manzanas del Ocaso se le acerca para consolarlo. "No los culpes por no ver más allá de su placer. Toda vida evita la muerte. Nadie mira voluntariamente el interior de ese prisma oscuro. Tú eres excepcional."

"Ojalá lo fuera", suspira el dios de un ojo, y se quita el sombrero para limpiarse el calor de la frente y echar hacia atrás su melena gris, turbulenta como nubes tormentosas. "Si yo fuera excepcional, Guarda, ¿necesitaría la energía de otros dioses para llevar a cabo mi magia?" Sacude despacio el gran cubo óseo de su cabeza, compungido, y permanece con el sombrero en la mano observando a los celebrantes beborrotear de sus cuernos espumosos. Los dioses sientan complacientes sus cuerpos por las rocas mohosas y las raíces, riendo y cortejándose. La Reina, suelto el pelo nivoso, ostenta un mostacho de espuma y una risa voluptuosa, y no tiene ojos sino para el Amante. El

Librodot

arroja una larga mirada de desvalido regocijo al Jefe a través del claro y se abraza a la Reina para beber de su cuerno.

Guarda de las Manzanas del Ocaso distrae al Furor con una manzana dorada que extrae de la bolsa de armiño en su cadera. Es un signo de la vendimia. "La cosecha es rica este año, UnOjo. Probarás el vino del ocaso la próxima Noche Ancestro, tras haber realizado tus propios nudos en las corrientes del destino. Tú nos asegurarás el futuro, Señor. Siempre lo has hecho."

La mirada del Furor toca sólo levemente la manzana, luego se eleva hacia la clara luz inmaculada sobre los montes, los prismáticos montes con sus picos agudos como puntas de estrella. Se aparta del fango creado por su vino vertido y la Sanadora se apresura hacia allí, chasqueando sus verdes ropajes al viento con la carrera, para recoger el lodo enriquecido. El la ignora, continúa retrocediendo, la cabeza alzada, buscando el mejor camino hacia las espectrales alturas. "Tenía la esperanza de ganar a unos pocos más para nuestra causa", murmura sobre todo para sí mismo.

Se pregunta si tiene suficiente poder para realizar su magia. "¿Están preparados los demás?"

"Nos esperan en la Rama del Cuervo." Guarda se arrodilla y le ofrece la manzana dorada. "¿No aceptarás tu cosecha de sueños?"

Él aparta su mirada del estratificado horizonte y la percibe a sus pies, arrodillada. "No este año, Guarda", dice taciturno, tomando su brazo y urgiéndola gentilmente a levantarse. Rechaza la manzana, calmos sus ojos como los astros. "Juro por el Abismo que no aceptaré las manzanas del ocaso, que no beberé el vino de los sueños otra vez... no hasta que haya purgado de enemigos todas las raíces bajo las ramas de nuestro Árbol."

Los ojos leonados de la mujer examinan los ángulos nítidos y los planos severos de su rostro, como buscando una fisura en su obstinación. No la hay. El Furor es tan inflexible en esto que roza el trance. Pureza: ésta es su obsesión. Las tierras raíz puras, limpias de extranjeros. A esta escasa distancia de él, Guarda cree ver clarividencia en sus facciones. Una expresión de abstraída inquietud tensa su mirada —una mirada con la que él extraería una partícula del ojo de la mujer o de su mano una espina—, que se vierte ahora en un futuro herido.

Ella le recuerda, gentil: "Has logrado el control de todas las tierras raíz que los Faunos poseyeron al Norte. Sólo te faltan las Islas Occidentales."

"El viejo Cabeza de Alce vive allí", responde él y empieza a caminar por el campo ocre. "Su tribu de celtas domina las Islas. Habremos de conquistarlos. Están contaminados por la magia del Sur Radiante."

"Los Faunos los conquistaron siglos atrás. Ofrecerán poca resistencia. Muy pronto, todas las tierras raíz bajo nosotros estarán gobernadas por ti."

El Furor conduce a Guarda por la ladera boscosa de luz fluyente, sin volver la vista hacia los dioses abullangados alrededor de los barriles de hidromiel. "La gente del viejo Cabeza de Alce es más antigua que los Faunos", murmura retrayéndose más en sí mismo y buscando la fuerza de trance que necesitará para operar su magia. "Antiguos como nosotros", dice en un hilo de voz. "No serán fáciles de quebrantar."

"Son hijos de Madre y Nevasca, igual que nosotros. De la familia del Norte Perdurable." Guarda toma el brazo gigante del Furor, contenta de su fuerza masiva ahora que están trepando más allá del sofoco de las ramas inferiores. Aquí, en esta atmósfera más fina, su paso poderoso es suficiente para llevarlos a los dos y ella vuela tras él como un pañuelo al viento.

Los cinco ancestros vivientes les observan por encima de la espuma rebosante de sus cuernos cuando el Furor y Guarda de las Manzanas del Ocaso pasan por delante. El

Librodot

Guardián y Guerrero Bravo en su antigua armadura de hueso, con sus yelmos claveteados y estrechos visores, carecen de faz. Dama Tenebrosa y la Vieja los miran fija y silenciosamente, con sus rostros arrugados, andróginos, impasibles, neutros. Sólo el Silente saluda al Jefe, alzando un brazo de juntura bulbosa con una sonrisa desdentada, como un bostezo.

Los dioses jóvenes no comprenden, piensa el Furor. *No comprenden los tiempos por venir.*

Tales tiempos tienen poco interés o significado siquiera para los dioses, a los que el titilante espectro de cada instante les llena de sueños la copa de sus cráneos hasta rebosar. Tiempo que colma no necesita futuro. Esta previsión, entre los dioses del norte, pertenece al Furor, cuyos trances ven a través del tiempo un clímax fatal. El Apocalipsis.

La vista se ensancha a medida que los seres eléctricos trepan más y más alto. La Tierra flota abajo, un inmenso creciente azul en el margen del día y la noche. El colorido y boscoso terreno de las ramas medias decae y desaparece en una niebla de escarcha. De esa calina helada surge una desolada extensión de dunas de nácar y míseras rocas azotadas de nieve: la Rama del Cuervo. Flagrantes estrellas, amarillas como el topacio, miran abajo desde oscuridades eternas.

Los dioses que han decidido sacrificar una parte de sus vidas por su jefe lo esperan en un promontorio de filoso cristal negro, el margen frágil de la atmósfera. Todos se arropan con la afelpada piel de oso que los mantendrá calientes durante su sueño secular y yacen al abrigo protector de una caverna toscamente excavada.

El Furor escala la árida cresta de la Rama del Cuervo y posa junto a él a Guarda de las Manzanas del Ocaso. Está cansado del escarpado ascenso, pero no osa mostrar su fatiga a estos leales que le han confiado sus vidas. Casi están ya medio dormidos, drogados por el hipnótico brebaje que ha liberado sus luces corporales, disponiéndolas para la magia del Furor.

La copa de la que han bebido permanece en el resalto de una roca escarchada. Guarda bebe los restos del dulce licor, el poso, apenas lo suficiente para hacerla dormir. Su sueño no será tan profundo como el de los demás, pues ella tiene trabajo que hacer en el Ocaso, allí la espera la recolección de las manzanas doradas. No obstante, desea mostrar su amor al Furor probando la pócima adormecedora. Se arropa en la rojiza piel de oso y se acuesta junto a los otros. El Furor se quita el sombrero, se alza sobre ella, y ante la mirada repentinamente somnolienta de Guarda, el rostro torturado del dios aparece hinchado como la luna.

"Guarda de las Manzanas del Ocaso", recita él su nombre y el sueño la reclama, mientras su fuerza vuela de su cuerpo al del Furor.

Lento, el Furor avanza, pausando delante de cada dios para decir su nombre y atraer hacia sí su energía vital. La mujer del Cervecero, Hermana Menta, que preparó el bebedizo del sueño es la siguiente y, con la absorción de su energía, él se siente más fuerte. Entonces, Azul, el amigo más antiguo del Furor, le rinde su fuerza vital, y los visos grises de la Rama del Cuervo se hacen más profundos en el ojo único del dios.

De la Saqueadora, la amazona de la tormenta, una hechicera, recibe un guiño y una sonrisa cómplice. Ella entiende esta magia; le ha ayudado a concebirla. Su poder agudiza la lucidez del dios y palabras de temor compartido hallan voz en sus adentros, en telepático silencio: "Llama a los Habitantes de la Morada de Niebla. Llama a los Habitantes Oscuros. Son ellos los que detendrán a las hordas, el flujo sofocante de invasores. Limpia los bosques septentrionales de todos los intrusos. Purifica las forestas para la Caza Salvaje. Convoca a los Habitantes Oscuros para que quebranten a los invasores."

Librodot

La irrupción de palabras cesa cuando llega ante Hermosura. Sus blancas abéñulas tiemblan cuando él respira su nombre y sus rasgos deliciosos se relajan cayendo en una delicia aun más honda, una calma perfecta tan parecida al sueño inmortal de la muerte que le oprime el corazón. Hermosura es su propia hija. Por ella, más que por cualquiera de los dioses o por su propia cordura, detendrá a los Señores del Fuego.

La mejor amiga de Hermosura, Corazón de Plata, yace a su lado, con su ancha cara ovalada y sus ojos estrechos como meras fisuras brillantes de miedo. No tiene noción de lo que está ocurriendo realmente. Está aquí porque lo está Hermosura. Cuando el Furor susurra su nombre, siente su interior palpitar de dicha y todo el miedo parte de pronto. Y duerme entonces, y su fuerza pertenece al Furor.

Con ella, puede oír los pensamientos de los dioses acostados a su lado. La Bruja del Dragón, sacerdotisa de la bestia planetaria, posee la expresión lacónica de alguien habituada al trance, y le habla desde el interior de su propia cabeza: "Los Señores del Fuego quieren domar a nuestro Dragón. Mira lo que hicieron a tu amigo, Cielo Radiante."

Jefe del clan de los Faunos, el famoso Cielo Radiante se llamaba a sí mismo Señor de los Cielos. Era un dios arrogante y lascivo; sin embargo, el Furor y él habían sido amigos por un corto tiempo, en eras tempranas, en su juventud. Así es cómo el Furor fue testigo de lo diabólico de los Señores del Fuego, pues vio lo que le hicieron a Cielo Radiante. Lo desangraron literalmente hasta la muerte, drenando el poder de su cuerpo electromagnético, que se vertió en la superficie de la tierra y fue repartido entre los pueblos, acumulado en colectivos humanos, bandas guerreras, villas-fortaleza, ciudades-estado.

"Edificaron un imperio a partir del cuerpo de Cielo Radiante", dice la Bruja del Dragón. "Y saquearon el norte, robaron nuestras tierras raíz y plantaron pueblos extraños bajo nosotros. ¿Y qué fue de tu amigo?"

El Furor la silencia pronunciando su nombre y absorbiendo su fuerza. El incremento de vitalidad amplía el recuerdo de Cielo Radiante, con sus bromas constantes y su imponente risa. Pero al final el Furor hubo de retroceder ante su viejo amigo. Cielo Radiante se había convertido en un zombi: la locura de Roma.

Trueno Cabello Rojo observa con fijeza al Furor, su padre. No son necesarias palabras entre ellos. Están ligados de principio a fin por su común voluntad. El joven se parece incluso al Furor tal como éste fue una vez, mucho tiempo atrás, antes de que las brutalidades del liderazgo le costasen su ojo y su inocencia. Ofrece una sonrisa de seguridad y confianza al muchacho de quijada cuadrada y rostro pecoso, y dice con orgullo su nombre: "Trueno Cabello Rojo."

Anteriores sortilegios del Furor, que evocaban a los Habitantes Oscuros de la Morada de Niebla, detuvieron el avance de las tribus del sur, favoritas de los Señores del Fuego. Se hincha de nuevo con el mismo poder que usó entonces para su magia... y ahora, esta vez, hay todavía un dios más que le donará su fuerza. "Herrero Portento", dice, y el armero de colorados carrillos cierra sus ojos grises. Su mentón hendido se desploma y su poder fluye al Furor.

El dios ciclópeo quiere más poder, pero está solo ahora en la Rama del Cuervo. El sol, achatado, arde con un rojo oscuro, bajo en el cielo, en el borde del mundo. Alza sus brazos a las estrellas en profusión y la magia rezuma de él como incienso. Ráfagas de ésta desaparecen en la Sima, desvaneciéndose en el brillo estelar y en los velos florescentes entre los astros.

Y aunque es invisible ahora, el Furor siente a la magia trabajar. Percibe a los Habitantes de la Morada de Niebla aproximarse en círculos más y más estrechos, surgiendo del vacío como tiburones atraídos por sangre vertida. Manan hacia allí,

acercándose más y más a la vitalidad que él ha engastado en el frío. Oye sus gritos mórbidos cayendo de la Sima. Y aparecen entonces, no desde arriba sino desde abajo... pavesas en el viento, un roción ardiente de vertiginosa turbulencia.

Son éstos los mismos Habitantes Oscuros que convocó en otro tiempo, ávidos de nuevo de obedecer a su llamada... siempre que ésta sea destructiva. La destrucción es su única utilidad y él tiene amplia necesidad de eso ahora. Libera toda la magia evocativa que ha acumulado y las chispas arremolinadas responden anhelantes, frenéticas, con tal urgencia competitiva que una de ellas choca con las otras y rebota con agudas espirales que la arrojan violentamente a la tierra.

Reflejamente, el Furor intenta cazarla, pero ha partido ya y se desvanece en la cara oscura del planeta. El dios ciclópeo masca una maldición. Necesita a cada Habitante Oscuro que pueda atrapar. Pero no hay tiempo para considerar el destino del caído. Devuelve su atención al puñado de puntos ígneos que han quedado fijados en la malla de su magia. Con éstos derrotará al Apocalipsis y construirá un nuevo futuro.

El rostro enorme, cacarañado de la luna flota en un cielo lavanda entre girándulas de estrellas y jirones nebulosos de vapor neón. Falon, sin más prenda que su torce de oro, se alza helado en su desnudez al socaire de una peña herbosa, pálidos los ojos de miedo. Montes púrpura y cadenas azules de árboles descienden hacia los prados esmeralda y los valles laberínticos engastados con lagos de dorada quietud.

Al principio, no siente él el bóreas, que sopla hacia abajo desde el alto silencio. Las honduras y promontorios de este paisaje primordial tejido como con la luz de las gemas lo tienen transfijo. A su lado, la hierba se mueve con el viento en olas iridiscentes y cada una de las hojas parece empenachada de prismas.

El frío penetra por fin su aturdimiento y se sorprende al descubrirse desnudo, resplandeciente la carne de su cuerpo, limpia y brillante, transparente casi. Pasea su mirada de izquierda a derecha, en rápida oscilación, buscando a su reina.

"¡Falon!" Ella le hace señas desde algo más lejos, con los bucles de su cabello melado y sus blancos ropajes holgados danzando en los remolinos del viento. "Deberías estar con los demás", le reprende cuando el fiana corre hacia ella.

"No podía dejarte partir sin protección." La examina, asombrado de verla luminosa y teñida como de finas puntas de estrella. "He jurado guardarte."

Su mirada de reprobación se agudiza. "Aquí no puedes protegerme, Falon. Te necesitaba abajo para guardar mi vida terrestre. A Kyner se le puede ocurrir librar a la cristiandad de otra bruja."

Falon se arredra, pero replica con certidumbre: "Los fiana morirán primero."

Una sombra errante mancha la ladera. Ygrane coge a Falon del brazo y rompe a correr. "¡Rápido! ¡A los árboles!"

Falon vuela tras ella, estupefacto mientras navega a través de la hierba y cada paso lo eleva en un salto poderoso hacia las sombrías aberturas del bosque. Osa lanzar una mirada hacia lo alto y casi se derrumba al ver un ave de presa gigante volitando sobre ellos, con la negra envergadura de sus alas como una costura tenebrosa en el cielo brillante.

Ygrane lo anima bajo el grito tonante del depredador e irrumpen agachados, a través de un cortinaje de glicinas, en un bosque cavernoso. Líquenes luminiscentes manchan los árboles gigantes y lianas rutilantes caen serpenteando desde galerías penumbrosas. Cuando la reina se detiene de golpe, el aire frío se colma de las partículas brillantes del tamo del bosque y de una fragancia mentolada que emerge del mantillo de hojas.

Librodot

"Esa ave de presa...", dice Falon, vibrante de ecos su voz. Aparta los velos de glicinas y contempla incrédulo al pájaro gigante menguar por las sendas de las estrellas. "¡Es grande como doce hombres!"

"Un ruc", observa ella examinando las altas peñas y sus verdes destellos de cedro. "Algo lo ha perturbado." Un vórtex de murciélagos chilla desde una arbolada de orquídeas en los acantilados prismáticos sobre las peñas y ella sabe entonces que ha hallado el camino hacia el lugar apropiado. Aquel al que busca está llegando. Mira a Falon escéptica. "Cúbrete, hombre."

La expresión pasmada de Falon se fractura, como si acabase de darse cuenta de que está desnudo, y mira mudo alrededor, tanteando con las manos como un ciego. "Hermana Mayor, ¿qué es este lugar?", pregunta aunque en realidad lo sabe, pues ella les ha dicho a sus fiana que pretendía trepar al cielo; sin embargo, debe oírlo otra vez.

"Es el Árbol de la Tormenta, Falon. Has ascendido conmigo a la morada de los dioses."

El fiana tira de un chal gris de musgo que cae de una rama cercana, lo ajirona y empieza a confeccionarse una prenda con la que cubrirse la cintura.

"Deberías estar con los demás, Falon", repite con tono tremendo. "He venido aquí a crearle un nuevo sentido a mi vida. Y debo hacerlo sola."

"Estoy aquí para protegerte. No volveré sin ti."

"No podemos volver hasta que se ponga la luna."

"Hasta entonces, pues." Se ata la prenda a la cintura con una correa de sarmiento. "Has estado aquí ya, imagino."

"No en esta vida."

"Tus ropas han subido contigo..."

"Sí, están tejidas con hilo de plata." Descubre un resplandor de ojos en las sombras trémulas, un cintilar de pupilas parpadeando como luciérnagas. Falon lo percibe un momento después y se dispone a protegerla. "Duendes", dice ella deteniéndolo con la mano. "Son inofensivos. Sólo curiosos. No ven con frecuencia los cuerpos de luz de la gente aquí arriba."

Falon observa que hay muchos humanoides menudos escabulléndose a través de la fosfórica oscuridad. "¿Qué hacemos aquí?"

"Ya lo sabes."

"Magia para nuestro pueblo." Busca aprensivamente las frías alturas del dosel del bosque, donde rayos oblicuos de luz escarchada iluminan un tumulto de ramas retorcidas y sarmentosas. "Pero no nos has dicho de qué magia se trata."

"La magia del sacrificio, Falon." Atraviesa la cortina de flores colgantes para hallarse otra vez bajo el ocaso malva y se detiene a mirar la sierra.

"¿Sacrificio?" Esta palabra tensa la boca de Falon y los fieros mechones anaranjados de su bigote se erizan. "¿Es ésta la razón de venir sola? ¿Para sacrificarte?" Una conmoción de mariposas rojas zigzaguea tras él por los rasgados cortinajes, cuando el guerrero sigue a su reina al espacio abierto. "¿Vas a sacrificar tu vida?"

"Sí." Empieza a caminar de vuelta hacia las peñas, mirando aún la sierra púrpura donde las estrellas cintilan como espuma. "No aparecías aquí en mi visión, Falon. Y eso significa que no deberías estar. No quiero que interfieras, ¿entiendes?"

"He jurado proteger tu vida, Hermana Mayor." Protector, mira de lado a lado percibiendo movimientos veloces, ratescos, en la densa hierba, donde el terreno humea con penachos de vapor como si aún estuviese enfriándose desde el día primordial. No sabe si el frío que muerde hondo en su carne es viento o pánico. "No importa la magia que puedas conseguir para nuestro pueblo. No puedo permitir que mueras sacrificándote."

Ella se detiene y lo mira, gentil. Cada cabello de sus cejas, cada una de sus pestañas ámbar rutila con el brillo extraño de esta atmósfera. "Falon, no se trata de morir, sino de sacrificarle mi vida a él."

Alza su rostro joven hacia un hombre gigantesco que desciende de los montes deslizándose; su capa azul flota afelpada y translúcida como el humo de las estrellas de lo alto y todos los cielos parecen arrastrados tras él. Es más grande que el ruc y cada uno de sus pasos cubre laderas enteras de esparcidas breñas. El ala oblicua de su sombrero chasquea con su andar vigoroso.

A la primera mirada, Falon reconoce la barba salvaje, rayada de sombras, y el rostro aquilino del dios ciclópeo. "¡El jefe de los dioses del norte!"

"Espérame en el bosque, Falon." Irrumpe en la hierba esmeraldina y agita los brazos con lentitud ritual.

Falon la sigue como una sombra, doblado de miedo. "¿Sabe que usamos su ojo para llegar hasta aquí?"

Ygrane se detiene y contempla airada a su guerrero. "No volverás a susurrar eso otra vez. Ni una vez más. No deberías estar aquí. Vuelve al bosque."

"Ha tenido que vernos ya..."

"Vete de todos modos." Continúa ascendiendo por la ladera herbosa y duendes alados, grandes como libélulas, saltan al aire brillante que la rodea. Ella los aparta, lanzando uno al camino de Falon. Este se enreda en el pelo rojo del fiana y la transparencia de sus alas se hace fugazmente visible mientras intenta liberarse, una personita de un dedo de altura con grandes ojos pacíficos. Un aleteo y parte el ente desnudo.

"¡Hermana Mayor, espera!" Se precipita a su lado. *Esto es un sueño,* se dice a sí mismo recordando a Ygrane en el círculo de las espadas, dormida. Pero la precisión cromática de la vista y el mordisco del viento alpino asesinan esta esperanza. Con miedo genuino, croa: "¡Es el dios de nuestros enemigos!"

"Espera aquí, Falon." Le dirige una mirada firme, grave, y él se detiene. "Deberías estar con los demás. No quiero que interfieras. Los vientos del tiempo se perturban fácilmente. ¿Lo entiendes?"

Falon calla. Contempla, más allá de ella, el avance del gigante, sus botas de piel de jabalí haciendo crujir la grava de la ladera, justo delante de ellos. Curiosamente, a medida que se aproxima el dios se condensa, y sus colores translúcidos se hacen sólidos. En unos instantes, está ante ellos. Es ahora una cabeza más alto que Falon, pero de talla humana. Una fragancia densa de vendaval y rayo emana de él, y sólo lo imponente de este vaho celestial basta para hacerlos arrodillarse con humildad.

"¡Padre omnividente!", trina Ygrane con sus ojos fijos en las gastadas puntas de las botas del dios. "Soy Ygrane, reina de los celtas..."

"Te conozco", la voz honda del Furor los cerca. "Te he visto en este instante, anteriormente."

"Vengo a ofrecerme..."

"Quieres alianza con las tribus del norte. Ya lo sé. Sé todo esto." Su voz baja, como con un sedimento de guijarros, arrastra una preocupación grave, una profunda infelicidad. "Ya hemos estado en este momento antes. Tú y yo. Tienes que haberlo visto."

"Así es, mi Señor", confiesa la reina.

"Entonces, ¿por qué está aquí? Sabes que no debería estar."

Falon osa lanzar una mirada furtiva a través de sus cejas y vislumbra lo bastante del ceño del Furor como para que su atención se precipite de nuevo al suelo, a los filamentos de hierba rota bajo sus rodillas.

"Vino sin que se le ordenase, mi Señor. Es mi guardia personal. De la Fe, el

Librodot

Fado."

El Furor está exhausto de la magia que ha realizado en la Rama del Cuervo. Le late la cabeza. Toda la fuerza de su gigantesca estructura se ha gastado ligando demonios y ahora sólo quiere irse al Hogar. Pero hay obstáculos y, ante todo, su cerebro doliente, colmado de las sombras del tiempo y la mórbida resaca de la magia.

Además, está el obstáculo del tiempo mismo. Trepar a la Rama del Cuervo y descender otra vez parecería haber requerido unos pocos, esforzados minutos, cuando en realidad han pasado veinte años. Una vez más es Noche Ancestro y, antes de poder volver al Hogar, debe ir al ebrio festival, donde el Mentiroso se burlará de él abiertamente y los demás ocultarán sus chanzas. Si no lo hiciera, su jefatura del Norte Perdurable estaría en peligro. Con todos sus aliados dormidos, tiene que permanecer cerca de sus oponentes.

Y después... después está este extraño obstáculo, esta aberración ante él, Ygrane, monarca de los celtas. Vio esta humana cuando aún se hallaba en la agonía de llamar a los Habitantes Oscuros de la Morada de Niebla. Los vientos del futuro le soplaron imágenes de este encuentro a su mente en trance. Al principio rechazó lo que veía, tomándolo por una borrosa difracción de las corrientes del tiempo. Eso ocurre a menudo en las ramas tormentosas, durante el trance. El tiempo tiene oleajes y remolinos como el viento, y otras veces fluye calmo y hialino, y porta espejismos.

Ver gente en el Gran Árbol es casi siempre una ilusión. Pocos humanos tienen la fuerza electrostática suficiente para proyectar sus ondaformas al Árbol. Los pocos que llegaron fueron viejos magos y hechiceras, y habían pasado la vida tesaurizando energía tan codiciosamente como el Dragón. Esta es demasiado joven para estar aquí por su propia magia. Es algún tipo de sacerdotisa escogida por otros de su especie, otros más viejos que han contribuido con una gran cantidad de poder y se sirven de ella para llegar hasta el dios.

El Furor se aparta el sombrero para pinzarse el nudo de carne entre las cejas, donde tiene clavado el dolor de cabeza. En trance, escuchó a esta mujer suplicar que salvase a su pueblo, que la aceptase como sacrificio, que hiciese de ella lo que apeteciese. Pero él no la quiere. A diferencia de su viejo amigo Cielo Radiante, el Furor no tiene el menor deseo de intimar con los habitantes de las tierras raíz. Aunque los años que pasó entre ellos hicieron crecer en él la admiración hacia los humanos, aún los considera una estirpe inferior, y eso a pesar de su extraordinaria semejanza con los dioses.

"De la Fe, el Fado", gruñe el Furor mirando a los abyectos mortales. La aparición de este otro, este guerrero antiguo, lo perturba. No estaba en el trance. Esto sólo puede significar que los vientos del tiempo se están acelerando, están empezando a agitarse de nuevo y a cambiar el futuro que su magia ha artificiado. Debe apresurarse... a la Noche Ancestro, al Hogar para un reposo y, después, a las tórridas, abrazadoras tierras raíz, al hedor y la humedad del Dragón y, una vez allí, purgar el país de los secuaces de los Señores del Fuego, las tribus extranjeras del sur.

Pero primero, este obstáculo. Este encuentro predicho. Consecuencias devendrán de esta joven reina o no la habría visto en su trance. Le duele la cabeza de un modo tan impío que no puede pensar con claridad lo que todo esto significa y querría, simplemente, estar de camino ya. "No te acepto, reina de los celtas. No tendré mujer terrestre. Deberías saberlo."

"No soy una mujer terrestre, mi Señor", dice Ygrane con respeto, aunque con un tinte de petulancia en la voz. Sin embargo, no alza el rostro todavía. El campo de fuerza del dios tiene una carga tan elevada que, si no se contuviese, el mero hecho de estar cerca de él podría hacer estallar las luces corporales de Falon y la reina en un instante.

Librodot

Pero Ygrane no teme. Ha venido a la vida para este preciso momento, para conseguir el favor del Furor y salvar a su pueblo. "La raza celta es prima de las tribus del norte. Estoy ofreciéndote nuestra alianza."

El Furor deja escapar un suspiro, como un silencio de lluvia vaporosa. "Hemos visto este momento ya, Ygrane. Conoces mi respuesta."

La reina permanece impávida. De un bolsillo de sus ropas extrae una piedra. Es redonda y plana, grande como su mano abierta y con un agujero descentrado de la anchura de un pulgar. Al principio, la piedra parece negra. Pero cuando Ygrane la alza en ofrenda al dios, la luz ensarta el agujero y la muestra negra, pero acaramelada con ámbar, como almíbar.

"Ésta es una piedra de afilar", dice Ygrane sentándose sobre sus talones y mirando las polainas de cuero del Furor. "Es muy vieja, de un tiempo en que los celtas y las tribus del norte eran un solo clan." Con su mano libre, toma un bucle de su cabello color albaricoque y lo pasa por el agujero de la piedra, hilvanándolo una y otra vez. "A lo largo de trescientos siglos este movimiento gentil ha dado forma a la piedra. Un millar de vidas diferentes han labrado este emblema. Mil muertes lo han traído a través del tiempo hasta mí."

Después de frotar vigorosamente la piedra perforada con su cabello, toca con su dedo la piedra y hace saltar una chispa. El fuego eléctrico prende la yema de su dedo, y ésta arde con un brillo blanco y lento. "Éste es el regalo que te hago, en honor a nuestro pasado común", dice ella y osa levantar su lozana mirada verde al tiempo que le presenta la ofrenda.

"¡Un regalo en Noche Ancestro!" Al Furor le rechinan los dientes, pero contiene su ira. No quiere incinerar a esta pequeña astuta bruja, no en Noche Ancestro. Bien podría haberla enviado el Mentiroso, que se proclamaría de inmediato jefe, si su hermano demostrase ser un asesino esta noche santa.

Júbilo posee a Ygrane cuando el jefe de los dioses del norte toma la piedra perforada de sus ígneas manos. Al menos esto ha ocurrido tal como su mentora, la vieja Raglaw, predijo. Guardar la piedra en el mismo bolsillo que contuviera el ojo del dios ha hecho que ésta pasara desapercibida al trance del Furor.

Al tomar la ofrenda de esquisto ámbar, el Furor siente debilitarse el dolor que lo tortura dentro del cráneo. Es un regalo auténtico. Porta suficiente potencial eléctrico para aliviar su cuerpo exhausto. Y ahora que lo ha aceptado —como lo exige la tradición— y ha recibido su beneficio, debe corresponder a él.

Una atmósfera de peligro se adensa en el espacio que ocupara el dolor. *Corresponder a él.* Un regalo tan venerable, que se remonta a tiempos anteriores a su reinado, a los días tempranos de los Antiguos, cuando incluso éstos eran jóvenes, exige respeto. Sin embargo, si él le dona un objeto de similar poder, tal como ella justamente espera después de hallar con lucidez no sólo el camino hasta el Gran Árbol, sino incluso hasta su misma presencia, no podrá combatir a su pueblo.

Ygrane mantiene alzado el rostro luminoso y le cintilan sus ojos verdes con anticipación. Un poco más y habrá salvado a su pueblo de una guerra salvaje. Todo lo que necesita es que el Furor reconozca su parentesco con un don personal... un mechón de su barba, el cordón de una bota, cualquier cosa tangible que ella pueda portar a la tierra y convertir en magia.

"¿Fue el Mentiroso quien te envió a mí?", pregunta mirándola de soslayo con su ojo único.

"¡No! Usé la piedra perforada y la magia de las Viejas para trepar hasta aquí. Ellas me dijeron dónde hallarte."

"Las Viejas", murmura en el interior de su barba, aliviado de que no sea esto obra

del Mentiroso. Presiona su frente con la piedra y se bebe su gozosa frescura. "No pensé que los celtas siguieran obedeciendo a las Viejas, no en estos tiempos modernos, no bajo los jefes."

El soberbio plano de su mejilla se oscurece cuando Ygrane responde: "Los jefes nos conducen a la guerra. Por eso estoy aquí ahora, ofreciéndome a ti. Las madres no quieren la guerra, especialmente contigo. Somos parientes. Cásame con alguno de tus señores de la guerra en las tierras raíz. Con Horsa... el señor de la guerra sajón que has enviado contra nosotros. Dejemos de matarnos de una vez y que las viejas usanzas florezcan."

"¿Las viejas usanzas?" Se encasqueta de nuevo el sombrero, oblicuo y amenazador sobre su ojo único. "Vuestras costumbres no son las viejas usanzas. Cuando los celtas se separaron de las tribus del norte, fueron al sur, a países tropicales, y allí aprendisteis usanzas extranjeras, ajenas doctrinas: el verbo, Brahmán, logos, y vuestra obsesión por los números y los metales... la misma locura que los Señores del Fuego están empleando para contaminar la Tierra."

"Números... letras...", balbucea Ygrane, mientras pone rápidamente sus pensamientos en orden ante este estallido inesperado.

"Estos dones pueden ser usados por las tribus del norte también."

"¡No!" La explosión de su voz hace saltar a Falon y la reina se sienta más hondo sobre sus ancas. "¿No lo ves, bruja? Esto no son dones. ¡Son veneno! Hacen surgir ciudades. Cubren las tierras raíz de líneas rectas, rompen el flujo de la energía del dragón; transforman a tu pueblo, de las tribus errantes que siempre fuimos, en zombis que habitan cajas y nunca tocan la tierra desnuda. La magia de los Señores del Fuego es el secreto de otros mundos, no de la Tierra. ¡No dejaré que destruyan nuestra Tierra!"

Ygrane inclina la cabeza bajo el impacto de la voz del dios y sumerge sus miedos en este pensamiento: hoy es Noche Ancestro y ella está a salvo de su ira. Él ha aceptado ya el regalo. Pero, es obvio, la presencia de Falon lo perturba, como le ocurre a ella misma. Las extrañas dimensiones del tiempo cambian y se expanden para incluir esta nueva presencia. Trata de sentir desde una hondura mayor de sí misma, de percibir lo que ocurrirá a continuación. Pero en este estado desencarnado es demasiado tenue para notar nada, aparte del viento gélido que desciende de las estrellas.

"Hace tiempo que tu pueblo perdió los viejos caminos de los que es signo esta piedra", asevera el Furor golpeando ligeramente la palma de su mano con el artefacto. "Estáis poseídos por fuerzas ajenas que quieren limpiar la tierra de los bosques primordiales y construir ciudades de acero. Lo he visto. Si no se pone freno ahora, nos esperan terrores que no puedes ni imaginar."

Ygrane nota la falta de amargura en su voz, el tinte de melancolía detrás de su rabia, como si él mismo entendiese ya que su esfuerzo es tardío. Y osa decirle mirándole al rostro de exhaustas sombras: "Estás equivocado. La magia de las tribus del sur ya ha cambiado el mundo. No podemos volver atrás. Pero si avanzamos juntos, como un solo pueblo, podemos servirnos de lo mejor de esta magia para..."

"¡Silencio!" Su voz explota sobre ella e Ygrane se cubre el rostro esperando ser aniquilada. Y aunque su cuerpo de luz tremola, no vuela en pedazos. "Por respeto a Madre y Nevasca, nuestros padres comunes, no te destruiré, reina de los celtas. No esta noche. Mírame."

Ella alza su faz lívida y contempla el núcleo negro de su ojo único.

"Tú eres todo lo que yo quiero destruir", dice con gélida intensidad. "Así que no puedo darte lo que quieres. Ni un pelo de mi cabeza, bruja. Sin embargo..."Empuja hacia atrás el sombrero y se presiona con el pulgar la frente hasta que desaparece la última espina de su dolor. "Sin embargo, en honor de Madre y Nevasca, no retendré mi

don. Y aunque sé que lo usarás contra mí, te lo doy con liberalidad. Levántate, Ygrane. Levántate y acepta mi don: un solo recuerdo."

La reina se tambalea al levantarse, mareada, con una sensación de milagro y una inmensa hondura de decepción. La vieja Raglaw ha dicho que Ygrane debe retornar con un objeto del Furor a cambio de la piedra anciana... pero ¿un recuerdo? ¿Basta eso para obrar magia?

"Hace veinte años, antes de que trepase a la Rama del Cuervo de la que ahora desciendo, vi un unicornio." Se acaricia la barba, frotando la piedra perforada contra su turbulenta largura mientras recuerda. "¿Has visto uno alguna vez?"

Ella niega con la cabeza.

"Vienen del sol. Descienden aquí, al Gran Árbol, de vez en cuando. Sólo en rarísimas ocasiones los he visto más abajo, en las tierras raíz, donde descubrí a éste. Hace veinte años. No es tanto. Habitualmente vagan por ahí cien o doscientos años antes de volver al otro lado del cielo y a la manada con la que galopan el viento solar."

El Furor extiende la piedra perforada hacia el rostro de Ygrane y una chispa verde salta del objeto a la frente de la mujer. Ve ella entonces el recuerdo: el punto radiante de energía extraterrestre trazando un lento camino sobre el pelaje del Dragón.

"Este recuerdo es el recuerdo de un dios", sentencia el Furor, guardando la piedra en el bolsillo de sus polainas de cuero. "No necesito decirte a ti, una reina-bruja, cuánto poder tiene semejante recuerdo en la mente de un ser inferior. El unicornio vendrá cuando tú lo llames. Y, ya lo verás, es un don a la altura de la piedra que me has dado."

El Furor se aleja caminando breñal abajo, hacia el bosque, camino del festival de Noche Ancestro. Los dioses se divertirán con la vieja piedra, bruñida de sueños humanos. Con esta energía de antaño como juego, habrá menos tiempo para burlas y conspiraciones contra él. Y luego, retornará al Hogar para un descanso. En unos pocos años, estará listo para descender a las tierras raíz, conquistar las Islas Occidentales y ganarse el largo trago del vino áureo de los sueños que Guarda le ofrecerá.

Lejos de allí, en el breñal herboso, Falon permanece con su rostro en el suelo hasta que la reina le pone la mano en el cabello y le ordena levantarse. Las facciones aterrorizadas de Ygrane simulan compostura. "Podemos esperar aquí hasta que la luna se ponga", dice con la voz densa de tragarse las lágrimas. Se arrastra sobre la hierba trémula hasta una roca acampanada que enmudece al viento. "Nos dormiremos entonces. Cuando despertemos, estaremos de vuelta en el círculo de las espadas."

Falon se sienta junto a ella, lo bastante cerca para el abrazo lloroso que siente venir. No dice nada, sólo contempla al rostro pecoso tornarse más y más infantil mientras el significado de lo ocurrido sedimenta en Ygrane. Llegan entonces las lágrimas; él la aprieta contra su pecho, abrazándola con firmeza, contento de poder ser al fin fuerte para ella.

"Le he fallado a nuestro pueblo", solloza la muchacha. "Otra vez... he fracasado."

"No, Hermana Mayor. Has ascendido al Árbol de la Tormenta. Has contemplado el rostro de un dios y aún vives. Y tienes su don."

"Habrá guerra."

"Lo sé."

La vasta luna toca la honda neblina violeta de las montañas, y su rostro accidentado es cobre en la larga luz de su ocaso. Ygrane se aparta y se enjuga las lágrimas con la manga del vestido. "No podemos resistir solos al Furor." No puede llegar a decir el resto: que los druidas tienen razón y que una alianza con los romanos es su única esperanza... y que por ello debe maridar a su señor de la guerra.

Falon sabe lo que piensa y no tiene manera de contradecirle. Es la reina. Por magia o matrimonio, ella es la salvación de su pueblo, que pone en ella y en los jefes su

Librodot

mirada para que lo protejan de los invasores llegados del mar y de los merodeadores de las tierras salvajes. De este destino, ni él, ni siquiera los dioses, pueden librarla.

"Está el unicornio", dice. "Es una criatura mágica. Y es tuyo." Ygrane calla mientras se sumerge en la miseria de su fracaso. El unicornio es para ella sólo un emblema, un signo de esta aventura fabulosa. No detendrá al Furor. No obstante, se recuerda ferozmente a sí misma lo que el dios ha predicho: que usaría contra él la bestia. Y lo hará. Mientras el sueño se insinúa en ella, decide que desafiará al Furor. Le hará desear haberla aceptado. Lo odiará de tal modo, que el dios llegará a desear haberla amado.

Atezado por el sol y consumido, el peregrino sigue al unicornio por la faz de la tierra. Raramente se hurta la bestia a su mirada y nunca le permite aproximarse lo suficiente como para que utilice sus prodigiosas capacidades mágicas en la captura. Blanco y fluyente, silente y fluido como mercurio, el Ch'i-lin viaja hacia el oeste por las líneas de falla en la costra de la tierra. Pasta en tremedales de lodo burbujeante y reposa en las terrazas exteriores del planeta, donde la tierra escoriada de los conos volcánicos tiene tantos colores como el crepúsculo.

El peregrino es paciente como sólo los inmortales pueden serlo. Sin necesidad de comida o agua, sostenido por la amplia gracia del sol, posee todo el tiempo del mundo. Mientras evite la garra del Dragón, ningún mal puede sobrevenirle. Al final, capturará a ese unicornio de quijada fría. Su magia sigue desarrollándose mientras acumula más y más poder de la tierra, del Dragón, y se torna más diestro en el uso de su cuerpo de luz plasmática.

Sólo el sueño estorba al peregrino. Por la noche, sin el peso del sol para ancorarlo, se alza más y más alto en el Gran Árbol, hasta el límite desde donde aún puede ver la ígnea órbita y absorber fuerza de ella. A veces, vaga por el Árbol, explorando las ramas superiores mientras grandes seres de energía vienen y van... los dioses. Ni siquiera éstos tienen poder sobre el inmortal, pues ellos mismos son entidades perecederas. Y, aunque no tan efímeros como los humanos, son no obstante fugitivos del tiempo.

El peregrino no tiene interés en los dioses, ni en nada terrestre. No hace ningún esfuerzo por contactarlos y ellos, por su parte, lo ignoran, si llegan a verlo siquiera, pequeña y elusiva onda como es. Él contempla sus cuerpos enormes alzarse y caer con el flujo y reflujo de las mareas del sol y la luna, rompiendo a través de la ionosfera en acuáticos rociones de fuego eléctrico, como ballenas en un mar ardiente.

La aurora tira de él hacia la tierra y la persecución del unicornio continúa de nuevo cada día. Fluyen interminables los días. El unicornio sigue lentamente hacia el oeste a través de las elevadas zonas periféricas y el peregrino va tras él, a veces uniéndose a las tropas montadas desplazadas por las guerras, a veces ligando su ondaforma a los animales migratorios que llevan su camino.

El unicornio necesita que el peregrino lo siga. Quiere completar la misión que le encomendaran los Señores del Fuego, esos seres más antiguos que el universo y que lo enviaron a librar al Dragón el segundo de sus cuernos. Pues en ese cuerno hay instrucciones para dirigir al Dragón en la construcción de la máquina cósmica que un día permitirá a los Señores del Fuego retornar a su morada, en las profundidades de las compactas dimensiones del espaciotiempo. El peregrino no es sino un vehículo. La información del cuerno la porta ahora él en su cuerpo energético. Y el unicornio debe hallar el modo de librar el peregrino al Dragón.

Una y otra vez, el unicornio intenta seducir al peregrino, atraerlo a lugares donde el Dragón pueda devorarlo. Pero éste es cauteloso. A los ojos del unicornio, resulta una

Librodot

criatura peculiar, extraña en su silencio. De todo el resto de su especie, el unicornio oye un fino gorjeo de pensamientos: comunes apetitos, frecuencias de dolor y la música intoxicada de las plegarias. Pero de éste, sólo silencio.

En ocasiones, el unicornio se detiene en el borde sulfuroso de un cráter o entre las flores azufradas del cono de un volcán y alza su larga cabeza hacia los cielos. Durante el día, el inmaculado azul parece una barrera impenetrable. El unicornio siente que nunca podrá culminar la misión encomendada por los Señores del Fuego. Este humano silencioso jamás caerá bajo la garra del Dragón y ambos vagarán sobre esta roca para siempre.

Por la noche, sin embargo, las estrellas lo llaman, el regular acorde argénteo que es el llano galáctico invita a la criatura a unirse a los otros de su especie. Añora la manada. Los lugares solitarios sedujeron una vez al unicornio. Y esa atracción lo apartó de los seres luminíferos de su estirpe para extraviarlo en este mundo húmedo y humoso.

Pero tiene ya bastante de este tórrido lugar. Quiere que el peregrino cumpla con su parte y se entregue al Dragón. Quiere la libertad que resultará de todo esto, el poder incrementado que los Señores del Fuego le han prometido y que ya destila en su cuerpo liviano. Ese poder asciende de las profundidades telúricas, del vasto tesoro del Dragón. El unicornio quiere volar con ese poder, irrumpir a través del azul inconsútil al otro lado del cielo, donde la fuerza es libertad. Y aunque podría partir en cualquier instante, no lo hará hasta que no haya cumplido su misión. Tal es la obstinada naturaleza del unicornio.

Mientras procura que el peregrino dé el paso fatal, el unicornio intenta comunicar con el Dragón para expresarle su gratitud por la fértil energía tomada de él. Varias veces, mientras realiza el esfuerzo, ha estado a punto de ser destruido. Pues el Dragón ansia matar al ladrón y recuperar el poder hurtado por el unicornio. Cuando la criatura solar lo llama con su voz misteriosa, inquietante y dulce, tenue como el perfume, el Dragón latiga. Sus garras brotan violentas a través de las líneas de falla en las placas de roca, despidiendo chorros de telúrico vapor sulfuroso y pavesas de roca ardiente que se pierden centelleando en el cielo.

Frustrado su intento de comulgar con la bestia terrestre, el unicornio se dispone a dejar rastros de su paso entre las calderas y fumarolas del terreno volcánico que cubre sólo ligeramente el interior vital del Dragón. Uno o dos golpes de su cuerno contra las rocas de lava hacen desprenderse finas desconchaduras de marfil que se funden con el calor de la tierra y se filtran hacia el sentir del Dragón. Éste es el don del unicornio. Las obleas de su cuerno son, de hecho, piezas de su antena y contienen impresiones realizadas en ella por los Señores del Fuego, cuando le insertaron el segundo de sus cuernos.

El Dragón no está satisfecho con estas virutas de un orden extraño. Quiere otra vez su poder, y más aun, la misma vida del unicornio. Quiere poder para sus cantoensueños. Violento fustiga hacia lo alto, contra la concha, cuando el unicornio se acerca a una fisura, intentando hacerlo caer y devorarlo. Pero el unicornio es ligero como cellisca y desaparece en cuanto percibe las ondas magnéticas que preceden a los temblores. Todo lo que queda son las raspaduras de su cuerno, delicadas simetrías cristalinas que se transforman al instante en sutilísimas radiaciones, apenas audibles en los ruidosos campos energéticos del Dragón.

Sólo poco a poco llega el Dragón a comprender que el unicornio está tendiendo su añagaza al Parásito Azul, ese conflictivo microorganismo que ha succionado su fuerza vital durante más de un siglo. El unicornio conduce repetidamente al parásito a lugares donde queda casi al alcance de los golpes de la bestia ctónica. Como siempre, el Parásito Azul apenas se entretiene un momento a esa distancia. Visos zafiro de inmensa energía llegan justo hasta el radio de sus golpes para retirarse de inmediato como el

Librodot

lamido de una llama.

El Dragón bulle de rabia, pero espacia sus ataques. Con una velada mirada de apreciación, contempla los movimientos del unicornio y el Parásito Azul, buscando hábitos, debilidades. Escucha los rápidos y breves rayos de música que emiten las raspaduras del unicornio. Escucha el tenso silencio que los sigue y se pregunta qué alianza sería posible con esta criatura del vacío. Se lo pregunta y vigila desde allí donde el mundo arde.

El unicornio retrocede danzando e invita al peregrino a acercarse al lago hirviente donde lo espera. El lago, perfectamente redondo, es un ojo del Dragón y el peregrino llega sólo hasta el césped que cubre la plataforma granítica sobre los cenagales y el lago. Se alza contra el viento elemental que sopla desde las aguas ágata, inspira los olores de la bruma y el ocaso, y estudia con fijeza la única belleza que aún reconoce.

El corcel celestial caracolea como pálido fuego; lustroso como un tritón, sus músculos satén serpentean bajo la piel aterciopelada, sus ojos verdes son dos perversas llamas oblicuas y sus piernas, ágiles y repentinas como púas de relámpago. Tan fijamente lo observa el peregrino que la figura de su cuerpo se reforma abandonando su serena radiación y condensándose en el recuerdo de su disfraz mortal. El deseo palpita en él.

A la orilla del lago, hombres grandes cubiertos por capas informes bañan sus caballos, bestias pesadas y anquiboyunas. Carros caravaneros y tiendas redondas ocupan el césped azul sobre el agua crepuscular y anaranjada, bajo la masiva muralla del bosque. Los viajeros de la riba no ven al unicornio, pero perciben al extraño peregrino.

Varios de ellos caminan hacia el pequeño hombre, creyéndolo al principio sólo un niño. Los largos bordones que portan se alzan defensivos cuando, cerca ya, reconocen en la figura a un hombre en nada parecido a cualquiera visto antes. Su pelo, largo, lacio y sable, está atado con raros nudos protuberantes en su redonda cabeza. Un rostro cobrizo con dos incisiones por ojos y unos ralos mechones en el mentón definen un semblante irreconocible para los viajeros, que, sin embargo, es lo bastante benigno como para no hacerlos huir.

"¡Salve, extranjero!", clama uno de los viandantes, y su voz nasal hiere el ensueño del peregrino.

El alquimista parpadea, y la estupenda gracia del deseo y su contención se desvanece. Por un momento, le sorprende hallarse de nuevo en su forma mortal y se inclina reflexivamente ante los extraños. Visten capas amorfas de ropa incolora y gorras que cuelgan desvaídas hacia un lado. Sus rostros quijarudos y su palor cadavérico le intrigan, y opta por no desaparecer de golpe como hiciera en el pasado al verse sorprendido por hombres o animales en sus ensueños.

"¿Quién eres, amigo?"

Por un instante, el peregrino flota desorientado en la estela de su pasión y las palabras extranjeras —*Qui esne?*— le suenan como su lengua nativa: "*Ni lei ma?",* "¿Estás cansado?"

"Bu leí", responde él antes de darse cuenta.

"¿Bleys?", preguntan los viajeros... y 'Bleys' es lo que a sí mismos se responden, compartiendo entre ellos el nombre y sin que ninguno llegue a reconocerlo.

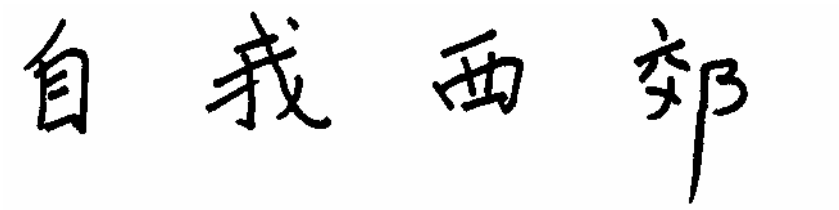
"Bleys... ¿tú persa?"

Él se inclina de nuevo, deliberada y concienzudamente esta vez, y observa que su aparición viste un largo ropaje negro con un brocado carmesí que figura las garras del Dragón. Para él esto es una expresión clara de la cercanía de la bestia, a la que el unicornio lo estaba conduciendo directamente con su ardiente hermosura, fría como luz de luna.

El peregrino se retrae. Su imagen fluctúa en el violeta del crepúsculo un instante, como reflejo en el agua, y desaparece en el aire vacío. Los viajeros barritan su sorpresa y se escurren hacia el campamento con demente carrera.

Algo más arriba de la ladera herbosa, el peregrino pausa ante una muralla de granito que brota del suelo arcilloso. Su forma física rehíla como fuego fatuo cuando recorre, con el filo de la uña del pulgar, la roca. Al destello de su presencia fantasmal, la piedra le resulta suave y se rinde fácilmente a sus trazos precisos. Mientras escribe, pronuncia en voz alta 'Bleys', complacido con su sonido foráneo. Este, decide, será su nuevo nombre en esta tierra extranjera adonde el unicornio lo ha guiado en su camino al cielo.

Una vez su acto concluido, Bleys se aparta de la muralla granítica y se desangra en el crepúsculo como una mancha de tenues colores vinosos. Las cuatro palabras que ha escarabajeado en la piedra rutilan brevemente con astrales etincelas para oscurecerse luego en las cicatrices rocosas de una inscripción, una declaración del propósito del peregrino: dejar esta tierra y volar a un mundo más verdadero. Ese viaje empieza aquí, en el país de las puestas de sol.



zi	*wo*	*xi*	*jiao*
Empezando	desde nuestras	occidentales	regiones

Librodot

Libro Primero

El Señor Del Dragón

Hermano de dragón soy…

Job 30:29

LAS PENAS DE LAILOKÉN

Nubes iridiscentes de lluvia encapotan el oeste. Flechas de luz jade atraviesan el turbado frente de tormenta y barren horizontes de forestas iluminando amplias montañas romas. Un viento gélido escupe las primeras gotas del chubasco, que pasan limpiamente a través de Bleys sin que éste sienta ni frío ni humedad. Bleys ha asumido de nuevo su antigua forma mortal porque columbró el unicornio. Y ello ocurre sin que él lo piense; el vestigio de su forma se concentra espontáneamente alrededor de la ardorosa y dulce ambición de hacer suya la criatura solar y huir, libre, de este mundo fatídico.

El unicornio cabriolea delante de él, deslizándose por una ladera boscosa como ráfaga de humo entre los árboles escuálidos. Entonces, pausa, pálido y esqueletal, bien alzada su barbada cabeza. Un rayo desgarrador de lo alto golpea su largo cuerno y se eleva sobre la criatura ceremonial como un desarraigado árbol de fuego.

Vigorizado por esta infusión de fuerza dragontina, el unicornio se encabrita, agita sus manos y salta a la profundidad de los bosques.

Bleys lo sigue tal y como ha estado haciéndolo ya durante años, invencible y tenaz su paciencia. Ha vagado por las placas estériles de la tierra, a través de drásticas junglas y entre valles fluviales serpentinos maculados de abandonadas aldeas, siempre cerca del unicornio, pero nunca lo bastante para cazarlo. Marchando a veces por las rutas de un imperio caído, aunque más a menudo deambulando ciegamente por solitarios paisajes salvajes, ha cruzado gran parte del mundo occidental hasta tropezar, en varias ocasiones, con la orilla del gran mar que baten fieras olas.

En los últimos años, el unicornio lo ha guiado a través de las oscuras catedrales de los bosques por las Islas Occidentales. Es un país de nieblas y humedad, y la presencia del Dragón se deja sentir vibrante y próxima. Cuidadosamente, Bleys escoge su camino entre árboles y velos de lluvia. El relámpago, estimulante como es para su cuerpo ondamórfico, posee en él un efecto inebriante. Intoxicado con su poder, resulta más sensible a la seducción del unicornio y debe poner atención en no transgredir a la ligera la presencia del Dragón.

Así, en este día tempestuoso, con relámpagos que corren por los montañosos horizontes en las tierras altas del reino de Cos, Bleys cree alucinar cuando tropieza con un anciano en el claro de un robledal que les grita a las negras nubes del cielo, que en las alturas se arrastran con tumulto de rayos y truenos. El hombre, alto y descarnado, viste toscos ropajes de hierba entretejida, gastados por el tiempo, y expone un cuerpo lívido, nudoso, moteado de cardenales azules como ciruelas. Blanco pelo enmarañado y una barba salvaje le cuelgan desvaídos hasta las rodillas, sucios de broza. Parece una cosa no tocada nunca por el sol, alzada de pronto de los recovecos de las raíces bajo los árboles. Su rostro gris, con la nariz cincelada y las cejas espinosas, se eleva hacia el cielo rugiente y recoge lluvia en sus grietas hondas. Ojos extraños miran fijamente el índigo de las nubes, como si discerniesen en él criaturas atentas a su retórica. De un gris escarchado como añicos de cristal, sus ojos poseen honduras astilladas de infinitos matices plateados. Una historia fría y misteriosa cintila en esos ojos de cromo, remotos, no plenamente humanos.

Tras convencerse de que no está borracho de la potente energía en ascenso de la tierra a las alturas, Bleys se aproxima para escuchar lo que el hombre agreste le dice a los cielos. El salvaje anciano habla en un lenguaje gutural similar al que Bleys ha

Librodot

escuchado a lo largo y ancho de estas islas.

Extremando su atención, el peregrino percibe el significado de las palabras que irradian de la luz corporal del anciano. Es una luz fuerte, azul-berilo, más poderosa que ninguna de las que ha visto en sus viajes. Y escucha profunda y fijamente para oír toda la demente verdad de lo que el hombre feral le dice a la tormenta.

Mujer. Todo lo que soy se lo debo a Ella. Todo el bien y todo el mal de mi vida. Toda la magia y el misterio. Toda la sabiduría y la locura. Aun en los mismos comienzos, antes de que pudiese haber espacio, o tiempo siquiera, cuando cada punto de lo que nosotros éramos tocaba a todo punto del resto, Ella estaba allí. Ella misma era el punto único de lo que todo lo demás ha surgido. Y Ella era el porvenir, también. ¿Por qué creéis que salimos, sino para seguirla?

En el mismo, mismísimo principio, antes de que hubiese un principio, cuando todo era un solo punto, la Mujer era todo el significado incomprensible que necesitábamos. Nos contenía a todos juntos. Hacía de todos nosotros uno. Absolutamente promiscua, porque todos estábamos con Ella; pero absolutamente casta, porque Ella estaba tan sola como cada uno de nosotros: un punto total y único. ¿Qué mayor felicidad podía haber?

Esta fue la pregunta que nos condenó. Que pudiéramos concebirla siquiera confiesa una terrible imperfección en una totalidad de otro modo perfecta. Pero, por supuesto, fue nuestra perfección la que inspiró la pregunta en primer lugar. ¿Hasta qué punto podríamos ser felices, si hubiésemos de ser una parte de Ella pero aparte de Ella? ¿Cuánta más felicidad habría, si pudiésemos verla y ser vistos por Ella?

Y con este interrogante llegó la necesidad de espacio para ver y de tiempo en el que ser visto, el espacio que un abrazo exige, el tiempo que un beso requiere, un espacio y un tiempo lo bastante vastos para abrazar el misterio que Ella es y, al mismo tiempo, igualmente amplios para dar cabida a todos los que queríamos verla y poseerla.

Había más de nosotros de lo que nadie podría haber imaginado. Hasta que nos separamos, cada uno de nosotros había pensado que era el único. Nuestro clamoreo la alejó de nosotros... y naturalmente la seguimos, al espacio y al tiempo, deseando estar con Ella como siempre habíamos estado. Pero de un modo nuevo. Y así, espacio y tiempo se hicieron realidad. Sólo que ninguno de nosotros, a excepción de Ella quizás, podía haber sabido qué oscuros y fríos habrían de ser aquéllos.

Y ninguno de nosotros —y con seguridad ni tan sólo Ella— podía haber anticipado todo el infortunio que seguiría... y toda la dicha que aquel infortunio exigiría para cerrar el círculo otra vez. Y nadie sospechó la magia y la sabiduría que tendríamos que aprender y poseer para afrontar el misterio y la demencia de perderla. Ni tampoco caímos en la cuenta de las vastas distancias, los años-luz crecientes de espacio y los lapsos de tiempo eónicos que harían falta para empezar siquiera a acercarnos a la generosa y verdadera totalidad gozada cuando todos éramos un solo punto.

Bien poco previo ninguno de nosotros nuestro estrafalario destino. Qué extraño que aquí fuera, en el espacio y el tiempo, cada uno de nosotros esté tan separado del resto. Qué extraño que Ella esté en todas partes y, sin embargo, en ninguna. Pero cuan más extraño es todavía que Ella se haya convertido en mujer... y de la mengua de la mujer, del exilio del cuerpo de los ovarios para acabar en testículos, de la atrofia de sus pechos nutrientes para generar tetillas inútiles, de la mutilación de la plenitud y simetría de sus cromosomas para dar lugar a una mutación genética, haya provenido la distorsión que es el hombre.

¿Es, pues, milagroso que nosotros los hombres suframos y que en nuestro

Librodot

sufrimiento rabiemos? Nosotros somos los puntos inmortales que se escindieron del punto único para seguirla hasta aquí. Somos los eternos errantes. Y ¿dónde está Ella ahora? Está en todas partes y en ninguna. Ella es el abrazo del gran vacío que es el universo. Ella es el largo, lato beso del tiempo. Ella fue siempre... y siempre fue todo aquello que quisimos que fuese. Ahora la servimos o la denostamos porque nunca podemos escapar de Ella ni jamás podemos encontrarla realmente. Ella es innombrable y Ella es el hálito mismo de todos los nombres... pues Ella es la verdad que finalmente nos abraza a todos. Ella es Dios.

***

Bleys se acerca aun más a través de la luz telarañosa del bosque sumido en lluvias. Por primera vez en años, experimenta el magnetismo de la curiosidad. Mientras camina entre los nudos de las raíces hincados en la tumba de las cosas, su cuerpo se endurece. Gotas de lluvia chispean en su frente plana y cobriza.

El anguloso anciano corretea por el calvero, abiertos los brazos al torrente. Sus portentosos ojos plateados penetran otra realidad más brillante y sus pupilas se tensan. Abruptamente, salta de nuevo al centro del claro y reinicia su retórica.

Ahora, Bleys está lo bastante cerca como para ver a quién se dirige. Los nubarrones se arremolinan justo sobre él y una corona de rayos circunda una límpida alberca de aire esplendoroso. En su interior hay un vasto paisaje. Al principio, Bleys cree que se trata de un panorama del Gran Árbol de los Dioses. Pero no es así.

El peregrino se afirma aferrando una rama y despeja de lluvia sus ojos. Sobre ellos, en el ojo hialino de la tormenta, una ciudad de torres de cristal se eleva hacia un cielo arenoso. Vehículos carentes de caballos zumban por carreteras lisas como cintas de seda. Las autovías siguen los contornos de los mismos montes que ahora soportan este bosque... y Bleys comprende que la luz, en el pozo de la tormenta, cae del futuro.

Ni una sola persona parece estar devolviéndole la mirada. El anciano se dirige a la totalidad de ese extraño futuro, como si la era misma pudiese oírle.

Bleys modula su respiración para calmarse. No dejó él de escrutar el tiempo en varias ocasiones durante su instrucción, pero hace ya mucho que abandonó el interés en todo momento distinto del vivo presente. Ahora siente un temor reverencial ante este extraño que llama a sí el futuro a través de la tormenta y escucha con atención su voz rota sobre el murmurio del trueno.

Estoy desvariando. Tal es la debilidad de aquellos que saben más de lo que pueden decir. Dejadme empezar de nuevo. Los comienzos son cosas tan inciertas... Hay tantas formas de contar esta historia, la historia del final de un gran reino y del principio de uno aun mayor, el reino mismo en el que vosotros vivís hoy, el innombrable reino de muchos nombres, el frágil y prodigioso país que vosotros llamáis Mundo Moderno. La incertidumbre poseyó ese comienzo, y la magia y el sacrificio que exigió hacer real vuestro mundo es el tema de esta historia. Pero me he adelantado demasiado ya. Dejadme empezar de nuevo...

Yo soy el demonio Lailokén. Soy tan viejo como el tiempo. Más viejo, por cierto, si debe decirse toda la verdad. Pero la verdad, aun siendo estricta, truco es también. Algo lleno, lleno de trucos. Lo veo ahora... ahora que he tenido el privilegio de vivir la verdad desde ambos lados. Pero no siempre tuve tal privilegio.

Librodot

Al principio, ya os lo he dicho, yo, como todo el resto de las cosas que son, fui lanzado al vacío. Big Bang, o Gran Explosión, llamará vuestra era a ese acontecimiento estupendo. Pero eso es sólo porque la mayoría de vosotros ha olvidado lo que "grande" quiere decir.

Antes del principio, antes del así llamado Big Bang, que vomitó el universo en una terrible ráfaga de energía desde un punto más pequeño de lo que cualquier mortal puede imaginar, ¿dónde estaba todo? Os lo diré en una palabra.

Cielo.

Antes de que el universo comenzase su expansión cónica a través del frío, oscuro espacio, todo lo que ahora es estaba en el cielo como pura energía. Todo lo que ahora es era entonces pura luz... aunque un tipo muy especial de luz, una luz blanca de todas las frecuencias de onda posibles, una luz de calor infinito y de infinita densidad.

¿Significa la palabra *infinito* algo, realmente, para vosotros?

Para mí sí. Ya veis, yo estaba allí, dentro del calor infinito y de la infinita densidad del Todo. Y también vosotros, si debe decirse la verdad. Pero ya hemos topado otra vez con la verdad y eso, tal como dije, es un asunto espinoso. Espinoso porque vosotros no lo recordáis, ¿no es así?

Ahí está la diferencia principal entre mortales y demonios. Yo recuerdo. Yo recuerdo y no puedo olvidar qué dicha infinita existe dentro de los Adentros del Todo. Es el cielo. Y es real. Más real que la malla de átomos y moléculas, diáfanamente tejida, cuyas gélidas vibraciones urden en el vacío esta ilusión de la materia, esta forma vaporosa que ahora llamamos realidad.

Pero estoy desvariando otra vez. No puedo evitarlo. Nada de lo que pudiera decir acerca del cielo, aquí fuera en el vacío, con esas estrellas lanzadas a la inmensidad y prendido su nimio eco de la Luz Única, tendría demasiado sentido para vosotros, a pesar de que vosotros estabais allí conmigo y con todos los demás.

Baste decir, pues, que el cielo es todo aquello que pensamos que es... hermoso y pleno. Por qué se escindió del modo que lo hizo, por qué hubo un Big Bang al fin y al cabo, es otra historia, una historia no demasiado apta para las palabras, porque es la historia de Ella... y yo no quiero entrar en eso otra vez. Sin embargo, es la historia que los demonios comentamos entre nosotros, lamentándonos y protestando del frío y la oscuridad, discutiendo una y otra vez qué hacer ahora que estamos aquí fuera y que no podemos retornar.

O ¿podemos retornar? Ésta es otra de las discusiones que tenemos.

No me inquieta.

He alcanzado ese punto en el que no me importa una u otra posibilidad. Lo que es... es. Lo tomaré tal como venga. Aunque, durante un largo tiempo, no estuve yo tan tranquilo. Tiempo atrás, fui uno de los insanos. El pánico me había convencido de que no había vuelta atrás. Loco de rabia por todo lo que había perdido, psicótico en la absoluta y aterradora seguridad de que no había retorno posible a la plenitud y perfección del cielo, yo odiaba estar aquí. Odiaba el frío y la oscuridad, pero más que a nada odiaba la precariedad de todo ello, la enorme vacuidad a la que había sido arrojado.

Odio, en realidad, es una palabra demasiado pobre para expresar lo que sentía. Yo *abominaba* del vacío... la fantasmagoría de los átomos preñados de la nada. La atroz insolencia de los átomos que osan cruzar los espacios para constituir moléculas. Cierto, no son sino la más frágil quimera de la substancia, espectros de la forma que consisten sobre todo en vacío. Yo los despreciaba tanto como a las formas de cualquier clase porque pensaba que todo esto era un chiste absurdo, un esperpento de la verdadera plenitud cuya memoria era mi tormento.

Hice lo que pude para resquebrajar uniones tan estúpidas, tan absurdas, de átomos en moléculas, moléculas en proteínas, y proteínas en autómatas autorreplicantes. Intenté todo lo posible para destrozar los vínculos de esos autómatas inconscientes. Horrorizado, trabajé duro para impedirles formar esa fealdad, monstruosamente compleja, llamada vida. Y donde hallé vida, me dediqué a extinguirla.

Hice lo que pude. Y no estaba solo. Unido a todos mis aliados demonios, que pensaban como yo y que se revolvían contra la estupidez de nuestra situación tanto como yo mismo, nos lanzamos, tempestuosos, a combatir la Forma. Y emprendimos un buen combate. Como demonios, teníamos poder... de mover nuestros cuerpos de luz gélida y lenta por el espacio para alcanzar y manipular pequeños patrones de energía con nuestras mentes, es decir, con lo que de mentes nos quedaba. El terror y la furia de vernos arrojados a la oscuridad y sumidos en un cero casi absoluto comprimía nuestras mentes en tirantes nudos de rabia. Destrozábamos cada molécula hallada. En un estúpido delirio, nos agitábamos golpeándolo todo, a veces incluso uno a otro. Nuestra desesperanza era nuestra locura.

Pero había otros también, exiliados como nosotros mismos y que, sin embargo, no habían depuesto la esperanza de retornar algún día al cielo.

Los otros son los Señores del Fuego... los ángeles, pues así es cómo los mortales los llaman ahora. Para nosotros, diablos, eran simplemente unos locos. Los ángeles preservaban el recuerdo de la totalidad de un modo que desdecía y se burlaba de nuestra furia. Ardían. Mientras nosotros habíamos aceptado el helado y penumbroso vacío al que fuéramos arrojados y nos habíamos vuelto, como la vacuidad, fríos y oscuros, los ángeles ardían. Se negaban a aceptar la nada. En lugar de ello, se aferraban a sus vestigios de fuego infinito... se aferraban aunque, aferrándose, ardían.

Nosotros los demonios nos apiñábamos sobre los ángeles para confortarnos con su calor, pero sus aullidos de agonía nos enloquecían aun más. Queríamos que se callaran y que ardieran silenciosamente para nosotros, o que rindieran el fuego portado del cielo y se tornasen como nosotros. Su ígnea aflicción parecía innecesaria. Gritando brutalmente contra los alaridos de los ángeles, intentamos que los ardientes se desprendiesen de su fuego. Algunos lo hicieron. Estos vagan aún taciturnos por las rutas sin estrellas entre las galaxias, aturdidos e inconscientes del trauma, extinguidos.

La mayoría de los ángeles ignoraron nuestros gritos y se aferraron dementes a su nimia porción de cielo, aullando mientras sufrían. Después, dejamos de intentar calentarnos con su dolor y permitimos que se fuesen. Y partieron, todos ellos precipitados con locura en cualquier insensata dirección. Más tarde, nos reímos al verlos tantear uno en busca de otro mientras el frío les mordía en su interior. Muchos de ellos rindieron su luz entonces y en tristes espirales se perdieron en la oscuridad, apagándose. Sus carcasas gélidas, opacas, derivan por los espacios anónimamente hasta este día, durmiendo aún... o muertos.

No, muertos no. No creo que ni un fragmento de Ella pueda morir. Pero los ángeles extintos valen tanto como muertos... mudos objetos que sondan las ciegas trayectorias de la profundidad sideral. Los pocos ardientes que quedaron se cogieron uno a otro. Se unieron en su ardor y sufrimiento dejando fuera la fría realidad. Nos reímos y reímos de ellos, instigándolos a dejar partir el pasado y a afrontar la realidad tal como era.

No es que nosotros hubiésemos afrontado nada, cierto. Pendíamos aturdidos y estúpidos en la amarga, congelada oscuridad. Cuando nos reíamos de los centelleantes esfuerzos de los últimos ardientes, nuestra risa brotaba fustigadora, ahíta de negra desesperación. A pesar de nuestra condición quebrantada, a pesar del hecho de estar aquí, clavados en esta burla de realidad, con sólo los más miserables vestigios de

Librodot

nuestro origen mayestático, ajironados hasta no ser más que un humo absurdamente fino de materia y de pálida energía, los ángeles tenían esperanza.

La locura de los demonios es la rabia; la locura de los ángeles, la esperanza. Creen ellos que algún día todos retornaremos al lugar de donde venimos. Citan como ejemplo los agujeros negros, estrellas implosionadas con tanta gravedad que retrotraen la luz al interior de sí mismas. ¿En qué implosionan? Cielo, dicen los ángeles. Aún está ahí toda la gloriosa perfección del infinito. Intoxicados por esta esperanza, algunos se han arrojado al ojo del maelstrom de esas colapsadas estrellas. Estos desafortunados están peor que simplemente locos: sufren un dolor tremebundo. Las lamentaciones de su agonía nos llegan, como aullidos de sirena, de la tensa espiral del espaciotiempo, prolongándose misteriosamente mientras ellos serpentean para siempre hacia el infinito.

No hay salida, ése es el mensaje de sus gritos. Y ello parecía obvio desde el principio. Pero los ángeles ignoraron lo obvio y se aferraron a su esperanza. Creyeron que con el tiempo todo el universo en explosión se volvería más lento, se detendría y se contraería de nuevo llevándonos a todos de vuelta al cielo, más viejos y más sabios. Y aquí está lo que nosotros consideramos realmente insensato: los ángeles decidieron que, entre tanto, el recuerdo del cielo bastaría. En el nombre de ese recuerdo, en lugar de revolverse contra el frío negro de nuestro destino, laboraron.

Oh, trabajaron duro. Estimularon el estrafalario frenesí de la vida a pesar de nuestras protestas. Proclamaron que, de lo que había quedado de cielo, harían lo mejor posible. Y creyeron fervientemente que las extravagantes creaciones artificiadas al unir átomos pieza a pieza y tejer moléculas eran el mejor modo de pasar el tiempo antes de que todos nosotros fuésemos llamados de nuevo a la gloria infinita de nuestro origen.

Naturalmente, a nosotros los ángeles nos parecían más insanos que nuestra propia locura. Nosotros *sabíamos* que estábamos locos. Los ángeles, sin embargo, creían realmente que habían hallado el modo de abordar nuestras dificultades e ignoraban las preguntas con las que nos burlábamos: ¿Qué sentido tenía construir efigies y fetiches con los restos del cielo? La silenciosa industria de los ángeles inflamaba nuestra infelicidad. Furiosos ante el hecho de que pudieran abrazar tan dispuestos nuestro miserable destino como algo dichoso y convertir en chanza nuestro sufrimiento, les injuriamos. Les combatimos a cada paso del camino.

Nuestra guerra con ellos es famosa. En cada galaxia, en torno a cada sol, en cada planeta, los desafiamos y llegamos al máximo de nuestra crueldad para hacer estragos entre sus raras creaciones. Vencimos una vez y otra. La destrucción, después de todo, es la heredera de la creación.

Sin embargo, lo que yo relato no es uno de los cuentos de esas numerosas y brutales victorias. Más bien, la mía es la historia de una derrota terrible y gloriosa, la narración de cómo yo, el demonio Lailokén, perdí... y perdiendo, de cómo ganaré algo mucho más grande que yo mismo.

El unicornio aguarda en las subsombras de los robles aparrados, satinado el pelaje por la lluvia. Entiende cada palabra dicha por Lailokén, porque el campo de su ondaforma es tan fuerte que genera un contacto telepático. La criatura solar siente la veracidad de lo que oye a través de su antena, pero no puede imaginar cómo un demonio, un Habitante Oscuro de la Morada de Niebla, puede encajar en un cuerpo tan pequeño.

A galope con los seres esplendentes de su orden, cabrioleando en los montes insombres del sol que se extienden más allá de los remotos Dragones, en el vacío interestelar, ha visto a los Habitantes Oscuros. Carcasas opacas, vastas como planetas, vacías como las cascaras humosas de apagadas estrellas. La malignidad de su presencia

Librodot

balitaba en la manada al ritmo de su propio paso, como si una parte de ese mal estuviese ya dentro de ellos, respirando y corriendo con ellos, urgiéndolos a precipitarse, dementes, al vacío sin riberas. La manada, instintivamente, evitaba siempre a los Habitantes Oscuros.

¿Podría, acaso, uno de aquéllos encogerse hasta semejante tamaño? El unicornio cree ya que debe de haber sido así. Ha estado aquí antes, muchas veces, atraído a estos gastados montes por la presencia de los Señores del Fuego. Ellos son la razón de que el animal solar haya viajado al oeste. Los ha sentido aquí, en la pelambrera del Dragón, obrando su magia enigmática.

Al ocaso y durante la noche, cuando el peregrino duerme y es izada su ondaforma a las alturas del Gran Árbol, el unicornio busca a los Señores del Fuego. Los ha encontrado en estas montañas, en presencia de este misterioso anciano. Pero ahora no están aquí. Acaso estén en los cúmulos, cuajando el ojo de la tormenta, vislumbrando el futuro. El unicornio cree que sólo ellos tendrían fuerza suficiente para ligar un demonio a una forma mortal.

Temblando en la lluvia, la bestia solar quiere arrancar de allí bajo el cielo fisurado de truenos, obedecer a sus instintos para escapar del Habitante Oscuro, y sólo se refrena con gran esfuerzo. El significado de su misión se está revelando aquí mismo, en la historia de este demonio manifestado como hombre, y él quiere entender.

En visitas previas, el unicornio encontró a Lailokén con una mujer que lo atendía. Era la mujer que los Señores del Fuego habían venido a ver. Humilde moradora de estos bosques, había vivido ella en una pobre cabaña cerca de aquí, cuidando de este vetusto individuo, de este Lailokén. Le pareció una mujer vulgar al unicornio, excepto por su fragancia. El viento desprendía de ella un aroma mentolado de cielo, una frescura impoluta, un entrañable e insondable olor, un perfume de dicha vasta.

El unicornio ha venido al oeste a confrontar a los Señores del Fuego, las grandes entidades que lo enviaron a este lugar. Cuando llegó aquí años atrás, a las Islas Occidentales, guiando al peregrino más allá de los bosques continentales del este, ansiaba preguntarles cuál era el mejor modo de librar este astuto Parásito Azul al Dragón. Pero los ángeles callaron. O quizás el unicornio, sin la segunda antena que aquéllos fabricaran para él, no podía oírlos más. Los Señores del Fuego atribularon a través de los árboles en su resplandor espectral y se apiñaron en un destello junto a la cabaña de la mujer, provocando el día a partir de la más oscura de las noches.

En el calor de su ardiente presencia, el unicornio se sintió tocado como por el peso del sol. La rosada, privada oscuridad de su mente se iluminó. Con desmayado contento, permaneció entre los ángeles y vio entonces lo que ve ahora en la alberca de tiempo abierta por la tormenta sobre el claro. Al principio, no captó lo que veía: un panal de vidrio y metal, insectiles geometrías convertidas en una enormidad.

Un secreto entendimiento cuajó tras sus largos ojos verdes, telepáticas verdades acompañaron el reconfortante calor de los ángeles, y vio que estas inmensas colmenas habrían de ser los cúbicos habitáculos de la gente, moradas monolíticas evocadas por la mente humana y erigidas en estos montes muchos siglos después, en el futuro.

El unicornio pensó que ésta podía ser la máquina que los Señores del Fuego estaban fabricando. Entonces, el tórrido interior del sol se abrió sobre la precisa ciudad. Las paredes cristalinas de las torres explotaron en una ventisca de ígneo polvo de estrellas dejando sólo ennegrecidas catacumbas y el holocausto de una nube preñada de rayos que rugía ciegamente.

Retrocede asustado ante el espantoso recuerdo de la explosión; el unicornio se sacude la lluvia del cuello, se seca y tiembla. Respira desde la hondura de su ser y espía el claro. El viejo Lailokén recorre su imperfecto círculo otra vez, extendidos los brazos.

Librodot

Sobre él, la alberca del tiempo refleja el futuro sin ondas que lo distorsionen... las torres poderosas, las carreteras lisas como cintas, prístinas y relucientes.

Lailokén detiene sus remolinos y se dirige de nuevo a ese futuro al borde de la destrucción.

De acuerdo con el cómputo de aquel tiempo, mi historia mortal empieza en el año 422 de Nuestro Señor, en las tierras altas de Cos. Yo y mis amigos demonios estábamos entregados a nuestras labores habituales, llevando el pánico y el terror al populacho. Incapaces de barrer la humanidad de un solo golpe, como hiciéramos en otros mundos, nos contentábamos con inspirar a los mortales el destruirse unos a otros.

Tres mil años antes, yo había llegado a la Tierra y disfrutado el éxito de devastar los primeros grandes asentamientos humanos de Mesopotamia y Egipto. Me resultó fácil servirme de la avaricia de los mortales contra ellos mismos y confiaba que, en un corto periodo, esa cosa abominable llamada civilización pudiera ser deshecha.

Viajé de Roma a las fronteras, henchido de la victoria que yo y mis camaradas habíamos conseguido a través de Alarico el Godo, quien doce años antes saqueara la así llamada Ciudad Eterna. Satisfactoriamente destripado el imperio romano, los demonios festejamos el caos que siguió con Atila y sus Hunos. Mas, con franqueza, yo estaba algo triste por todo aquello. Los romanos habían resultado una herramienta de lo más útil para atormentar al resto de los pueblos. Pero los ángeles habían ido demasiado lejos en los últimos tiempos y se habían servido de ellos para difundir una nueva religión de amor, paz y autosacrificio. Los demonios no podíamos digerir semejante cosa. Así que retiramos nuestro apoyo al severo dominio de los romanos e instigamos su destrucción.

Mi misión durante la caída de Roma y después de ella fue viajar al norte y hostigar sus últimas y más lejanas guarniciones. Gozaba con ello. Los romanos, cristianos durante los últimos cien años, habían abandonado los viejos dioses priápicos y las diosas alimentantes y se habían vuelto temerosos de los espíritus lascivos y los demonios bestiales. ¡Ja! Su miedo me ponía las cosas más fáciles para manipularlos. Yo disfrutaba particularmente encontrando mujeres eremitas, religiosas reclusas, monjas a las que torturaba con fantasías sexuales y nocturnos terrores hasta que se volvían locas y se mataban a sí mismas o asesinaban a otros. Mis amigos y yo habíamos perfeccionado tanto nuestra técnica en tiempos anteriores que los mortales tenían incluso un nombre para el horror de este tormento. Personificaban la experiencia y la llamaban... íncubo.

Lailokén salta de nuevo a la lluvia y continúa su danza circular. El unicornio y Bleys se miran a través del calvero. El ágil animal retrocede sobre sus poderosos muslos y el relámpago desciende zigzagueante desde el cielo hasta su cuerno.

El anciano no se arredra, ni da señal siquiera de percibir que no está solo.

Moviéndose entre los árboles, adelante y atrás, el unicornio busca a los Señores del Fuego a través de la niebla gris del día. Los vestíbulos del bosque están vacíos, si se exceptúa a Bleys y a Lailokén. Pero él debe hallar a los ángeles para entregar el peregrino a su custodia.

Bleys se aleja de allí. En su opinión, el calvero entre él y el unicornio es un abismo colmado de magia y conjuros, de las ilusiones de los Señores del Fuego y los demonios, del bien y el mal. No quiere participar de ello. El unicornio es todo su deseo y eso sólo para que le permita huir a los cielos. Se aparta de este calvijar encantado en el que se vislumbra todo el futuro de la humanidad. Aquí está todo aquello de lo que él quiere escapar: la batalla de los Grandes Poderes, la guerra perpetua entre voluntad y el

azar, y el eterno recurrir del dolor humano.

Con iluminada visión, se vuelve, determinado a buscar al unicornio por otros caminos. La lluvia lo atraviesa oblicua, imperturbable, y él no deja huellas en el suelo encenagado.

Pero entonces, el ritmo espiral de Lailokén lo lleva de nuevo al centro del claro. Abiertos los brazos a la tormenta, continúa su coloquio con los no nacidos. Y Bleys detiene sus pasos y retorna. Con gotas de lluvia corriéndole por el plato plano de su rostro como lágrimas, escucha, pues ve que el unicornio escucha y él debe conocer todo lo que su presa conoce.

El escarpado reino de Cos consistía en ancianas montañas plegadas sobre sí mismas eones antes y convertidas por la erosión de las eras en un dédalo confuso de picos y corredores de granito densamente arbolados. En un alto prado que se asomaba a este laberinto primordial, encontré a una monja reclusa, una otrora princesa de Cos, encaprichada de su santidad. ¡Ja! ¡Y doble ja! Era fea como un palo; no horrorosa, pero muy vulgar, con algo del aire de la comadreja en sus severas facciones, y con mi típico cinismo imaginé que a este único hecho se reducía toda la inspiración de su profesada santidad. Sirviéndome de mi agresividad característica, me lancé sobre ella como un viento brusco, silbando y forzando una oscura ruta hacia su interior.

Permitidme que os ayude a ver esto con mayor claridad, porque lo que sigue es la clave de toda la historia. Esta monja, cuyo nombre era Óptima, vivía totalmente sola en una pequeña choza redonda de cañas trenzadas. Un hogar de toscas piedras ocupaba el centro de la cabaña y diferentes cubas de estaño colgaban de la pared sobre la leña. El suelo de tierra prensada, rugoso de gravilla encastrada, no estaba cubierto, ni siquiera por juncos, y la cama, un catre que amollentaba la paja seca, yacía hundido junto a una silla astillada y una desvencijada mesa. Sobre una ventana irregular, un crucifijo me observaba cuando yo abrí de golpe la puerta de tablas y me colé al opresivo, tenebroso interior.

La encontré sumida en plegaria, arrodillada frente a un canijo y ridículo altar de verdes piedras de río. Mi ventosa presencia extinguió la débil llamita de aceite de avellana que parpadeaba en el cuenco votivo y empujó a la monja hacia delante, sobre las piedras que no superaban la altura de los tobillos. La túnica parda de cáñamo se le alzó hasta las caderas cuando cayó, extendidos hacia delante los brazos, con la fuerza de mi asalto. Como un viento gélido me arrojé contra sus genitales, dispuesto a provocar en ella conmoción y estrago. ¡Ja!

Pero fui yo el conmocionado. Desde sus partes pudendas, una fuerza irresistible me agarró, un magnetismo terrible, férvido, que hizo presa en mí con un dolor desgarrador y tiró fuerte y rápido de mí hasta las cálidas, oscuras, líquidas profundidades de su cuerpo viviente. ¡Wah!

Nada como esto me había ocurrido anteriormente, en ninguno de los cientos de mundos visitados. Siempre, en el pasado, abrasaba la carne desde fuera, estimulando con gélidas cosquillas pezones y clítoris, levantando piel de gallina en nucas sensibles o devanando una risa cólica en los pozos de las orejas. En realidad, yo sólo usaba mi poder para manipular minúsculos patrones de energía —las ondas cerebrales de mis víctimas—, inspirando alucinaciones. Y esto había bastado siempre, en el pasado, para destruir a mis víctimas. Nunca antes había ido a parar al interior de un cuerpo humano.

Habitualmente, mis maldades eran como una oscuridad de plomo sobre el esternón; emitía tentáculos de fuerza que sondaban narices dilatadas por el miedo y alcanzaban, por las fosas zumbantes de gemidos, el cerebro tremolante para escarcharlo

con mis pesadillas telepáticas, fantasías de lascivo terror inducidas por la fuerza de mi espíritu.

No así esta vez. Un grotesco poder me había apresado y arrojado con irreversible angustia a una profundidad más negra de la que nunca había conocido. Me revolví, me retorcí. Pero no había modo de mitigar la agónica presa, la garra lancinante que me fijaba, me inmovilizaba, me clavaba a mí mismo.

¿Qué había ocurrido? Mi imaginación, vieja como el tiempo, no me asistía. *Es sólo una mujer,* me dije a mí mismo. *Una mortal. Puedo escapar de ella.*

Bregué hasta que me abandonó toda fuerza, toda luz, y me hube convertido en la misma oscuridad que la aprisionaba a ella. Durante un largo tiempo floté, inerte y aturdido, en el trance de mi desamparo, escuchando el golpeteo amortiguado del corazón de Óptima y el abejoneo de la sangre en sus venas. Lentamente, como un roble hendido que rinde sus hojas, empecé a darme cuenta de lo que me había ocurrido.

Al principio, no podía creerlo y, en el ardor de la sanguínea oscuridad, yacía estúpido con mi descreimiento. Sólo al final afronté y acepté la ineluctable verdad. La había hallado. O, mejor, Ella me había encontrado.

Tras miles de millones de años de desesperación, tras años-luz, siglos-luz, milenios-luz de errancia, creyendo que Ella había huido de nosotros para siempre, ¡aquí estaba Ella! ¡Wah-ja-ja! La risa de mi dicha rompió todo mi antiguo dolor y se deshizo del sueño sombrío de mi historia. ¡Estaba con Ella otra vez! El punto único de mi ser, la mónada que yo soy, era uno y el mismo con Su presencia. Una vez más, éramos uno.

Esta Óptima, esta fea comadreja de mujer, sólo parecía mortal, su mortalidad era un camuflaje para la casa de Dios Misma. Había acabado por ocurrir esto: había encontrado a Dios en el lugar donde menos esperaba encontrarla. En la oscuridad de una forma vital que yo despreciaba, en el calor carnal de unas ingles, en legamosos dédalos de sangre y húmedos tejidos, y en las gelatinosas y lardosas honduras de la vida —en toda esa horrendez que tan ferozmente me había empecinado en destruir—, La encontré al fin.

Aquí, en la gruta ósea, en el ataúd del tiempo, en la penumbrosa pesadilla, Su amor se derramaba tan tiernamente sobre mí... Me recordaba bien. Recordaba nuestra plenitud en un tiempo antes del tiempo, cuando todos morábamos en un mismo punto con Ella. Yo era Su favorito otra vez, como lo fuera antes, como todos nosotros lo somos cuando estamos con Ella.

Aunque había asesinado el mundo, aunque había engendrado el mal en muchos mundos, aunque yo era la causa de todo lo deforme en la creación, Ella me perdonaba. Me perdonaba porque todo el terror de mi desenfreno había sido causado por ansia de Ella. El triunfo de nuestra reunión redimía todo sufrimiento. Y Su amor me colmaba tiernamente, colmaba toda mi oscuridad. Ella me tomaba con voluntad de amor eterno y toda la esperanza irrealizada de los ángeles culminaba en mí, allí y entonces. Estaba completo otra vez. Estaba en el cielo.

La voz de Lailokén se eleva hasta el Árbol de la Tormenta portada por el rayo. La descarga telúrica brota desde el corazón magnético del Dragón y cruza el cielo para llegar a la morada de los dioses como un flujo tropical. Ninguno de los dioses le presta atención, excepto el Furor. Levantándose de un sueño reparador después del viaje a la Rama del Cuervo, oye en la brisa undosa la voz del demonio. La oye porque se fue a dormir queriendo escucharla, esperándola.

Haber perdido un demonio de la jauría que evocara de la Morada de Niebla le preocupa; sabe que el que perdió cayó a la Tierra con una importante carga de fuerza

mágica. Y el Furor está ansioso por conocer cómo se ha usado esa fuerza. Todo lo que sabe con certeza mientras nada a la consciencia desde su estupor sin ensueños es que debe actuar de inmediato. Un Habitante Oscuro vaga a su aire en el planeta, en libertad para obrar un mal incalculable, quizás incluso para estorbar las ambiciones de los dioses.

El Furor percibe el prolongado soliloquio de Lailokén como el más tenue de los susurros en el alto y calmo aire del Hogar. Había esperado una voz rasposa, con algo en ella del rechino de la serpiente de cascabel, y le sorprende su tono desenfadado, virtualmente benigno.

Se sienta en su lecho de patas de grifo apartando la manta de piel de mamut e inclinándose desnudo hacia delante para asegurarse de que oye realmente la voz suave en el viento melado. No puede detectar palabras precisas a esta distancia, pero está seguro de que ésta es la voz de un demonio. Sólo una criatura semejante puede afrontar el rayo y hablar.

¿Qué está diciendo?

"¿Tienes hambre, querido?", le pregunta la Reina con empalagosa ternura. Ha estado sentada en el trono-hipogrifo del balcón, observándolo dormir... y, sin duda, tratando de leer sus sueños. Él sabe perfectamente que el resto de los dioses cuenta con ella para estar informado de las intenciones del dios, sobre todo su amante, que abriga propósitos de convertirse él mismo en jefe.

Ignora la pregunta y se levanta, tratando de oír con más claridad el tenue susurro en el viento. Del cabezal del lecho toma un albornoz escarlata guarnecido de piel y cubre lasamente sus largos hombros.

La Reina no alza su mirada y sigue cosiendo otra de las túnicas de lana de Kraken para sus nietos. No importa que él le haya dicho una y otra vez que no quiere a toda su estirpe vestida con los mismos arreos, deambulando por el Hogar como tropa uniformada; ella trabaja, industriosa, en la manufactura de idénticos equipos estacionales. Como siempre, hace lo que le da la gana.

"Realmente, querido, deberías comer", dice con lastimera ronquedad en la voz. "Ya sabes como te pones siempre después de la Rama del Cuervo."

Él se pasa las manos por su hirsuta, leonina melena y sale al balcón para oír mejor el fino hilo de voz en la brisa. Tras él, el dormitorio principal, con sus vigas de madera y sus rojizos paneles de marquetería, resplandece como el interior de un corazón dorado.

"¿Por qué no pedimos una compota de frutas?", pregunta ella, perfilada de tensión la deliciosa línea de su quijada. Cuántas veces ha pasado ya por todo esto con él es algo que no puede ni recordar. Hay una protocolaria docilidad que él espera de ella y que ella odia en sí misma, pero que de todos modos no le niega porque sabe que eso es lo que él, realmente, quiere. "Hay unas bayas de luna suculentas que los enanos acaban de traer."

Con una sensación de amargura y aturdimiento por sus esfuerzos en las ramas altas, el Furor se apoya pesadamente en la balaustrada de ópalo y parpadea ante el día brillante. Bajo él se extienden el conjunto de terrazas de madera de álamo, las rotondas de cedro y los templos destechados de mármol que constituyen el Hogar. Cercado por paredes de rosas trepadoras, frondas de tejos, esbeltos arroyos y neblinosas cascadas que desaparecen entre profusos lechos de clemátides y espuelas de caballero, la morada de los dioses tiene el aspecto de un antiguo y exuberante jardín.

El Furor decide que debe pasar más tiempo aquí. Pero su mirada se alza ya desde las frescas cespederas y los caminos pavimentados de jaspe rojo para caer en los desolados páramos más allá: los pastos tupidos y las áreas cenagosas con sus juncales de pantano y sus lagos turberos bajo un horizonte peñascoso. Allí está el paso entre las montañas púrpura, una profunda fisura que conduce a las vaporosas profundidades de

las aborrecibles tierras raíz. El submundo del Dragón.

"Has estado fuera mucho tiempo", dice ella mientras sus agujas de punto tintinean petulantes. "Llegas aquí medio muerto de cansancio y te duermes. Y ahora que estás despierto, ¿no vas a decirme nada en absoluto?"

Respira profundamente y la algodonosa inercia de su cabeza se aclara un poco. Los emparrados de madreselva bajo la ventana de su dormitorio cargan el aire de una fragancia fulgente y despuntan su mal humor. Se torna con lentitud y contempla a su mujer con mirada cansina.

Viste ella ropas negras malladas de plata, una túnica de seda de días lejanos y felices. El cuerpo grácil que expone le recuerda al Furor que otras cosas apelan a la virilidad aparte de la guerra. Y porta ella en su pelo platino una alta peineta de concha de basilisco ribeteada con filetes del zafiro amarillo emblemático de su rango. Como reina del cielo, gobierna el Hogar cuando él está fuera.

"¿Fuisteis felices el Amante y tú en mi ausencia?"

Ella levanta la mirada de su costura con un puchero. "Me exasperas, marido."

"¿Niegas que ves al Amante?"

"Por supuesto que no. Todo el mundo lo sabe. Me conforta en tu ausencia."

"Conforta... una palabra gentil para una áspera verdad."

"La áspera verdad, querido, es que tú pasas más tiempo fuera de aquí que en casa."

Su ojo único se entrecierra. "Ya sabes por qué."

"Tus tan importantes trances...", rechina sarcásticamente, y sus agujas castañetean más fuerte.

"Alguien debe poner coto al peligro."

Ha oído esto tan a menudo que las palabras le dan náuseas. "Deja que otro lo haga." Posa las manos en su regazo y lo mira con contenida expresión. "Eres viejo ya. Quédate conmigo y crea una vida para ambos en el tiempo que nos resta."

"¿Y quién miraría por nosotros? ¿Quién ascendería a la Rama del Cuervo y pendería de sus pies, batida la cabeza por el sol y el viento? ;Quién elegiría tal destino? ¿El Amante? Ése ni siquiera se ensuciaría su lindo rostro... mucho menos sufriría las penas que yo sufro para vigilar por todos nosotros."

"¿Qué me dices de Sangre Rutilante?", pregunta ella retomando su labor de punto, cediendo ante la necesidad de desafío de su esposo. El aire retador de la diosa, sus grandes maneras frías saturadas de orgullo, fue lo primero que cautivó al Furor. "Es fuerte y carece de vanidad."

El rechaza la idea con gesto apresurado. "Lo necesitamos aquí. Es el mejor de nuestros guerreros."

"El Guardián entonces, o Guerrero Bravo, o el Silente."

"El Silente es demasiado viejo. La experiencia lo mataría. Al Guardián le ocurre lo mismo. Demasiadas batallas ya. Nuestra confrontación con los Faunos lo tiene aún afectado. En cuanto a Guerrero Bravo... físicamente podría hacerlo, supongo. Pero le falta la visión. No distingue un trance de una ensoñación diurna."

"¿Así que, de todos los dioses, sólo tú puedes hacerlo?", pregunta ella con tono frío.

"Está nuestro hijo, Trueno Cabello Rojo", replica él, lenta la voz y seca, desafiándola. "Posee la fuerza necesaria y el poder del trance.; Realmente quieres verlo colgar de las ramas tormentosas?"

Ella sacude la cabeza y mira con mayor fijeza las puntas centelleantes de sus agujas. "¿Por qué ha de volver a colgar alguien de ahí? ¿Cuántas veces tienes que ver el futuro para saber que está ahí?"

Librodot

El mueve la cabeza con melancólica incertidumbre: "No deja de cambiar."

"Entonces quizás no esté ahí al fin y al cabo, marido. Quizás tu hermano tenga razón y no haya futuro. Haya sólo el ahora."

"Mi hermano es *el Mentiroso.* Su función es contradecirme. Eso ya lo sabes."

"Lo que sé es que pasas más y más tiempo lejos de mí, del Hogar, de todos nosotros." Deja en el suelo su labor de punto y libera sus manos para agarrar los escamosos brazos del trono, como si fuera a levantarse. Le mira entonces, directa, a su rostro consumido. "Te echamos de menos."

"También yo." Él habla diáfanamente, manifestando sinceridad. "Pero la situación está empeorando. Las tribus del Sur Radiante han sido seducidas por los Señores del Fuego..."

Ella deja caer su cabeza hacia atrás con frustración. "Ahí estás otra vez, dándole vueltas a la historia de los Señores del Fuego, como si fuesen reales."

"¡*Son* reales!"

"¿Has visto uno alguna vez?"

"En trance..."

"¿Lo has visto en persona?"

El mira a izquierda y derecha, aturullado, como si no pudiese creer que esta obvia verdad sea puesta en cuestión. "He visto su obra y eso basta. Han enseñado una magia terrible a las tribus del Sur Radiante. Les han enseñado a cautivar el tiempo en un círculo... y no el círculo de las estaciones que nosotros honramos, sino uno mágico de sesenta partes. ¿Por qué sesenta? ¿Por qué no diez o cien? Te aviso, ésa es la perversidad de su magia, una perversidad disfrazada de la hechicería que ellos llaman matemáticas. Hacen cosas dementes a un círculo con estas matemáticas."

Ella frunce el ceño, impaciente. "Y eso, ¿qué nos importa, querido?"

"Es más de lo que yo puedo decir." Su único ojo gira con espanto. "Yo he visto en trance que esta magia seccionará el mundo en pedazos más y más pequeños. Podrías verlo ocurrir ya, si tan sólo te dignases mirar. Observa, ¿cómo vivimos?" Mueve su brazo macizo hacia los laberínticos edificios y sinuosas cercas con sus muchas pequeñas torres y murallas esculpidas en piedra, que emergen de la roca nativa con la irregularidad de las estructuras naturales. "Vivimos con la naturaleza. Como nuestros ancestros lo hicieron. Hemos crecido a partir de este país. Pero las tribus del sur han abandonado la naturaleza. Se han entregado a los Señores del Fuego, que les han enseñado a seccionar el mundo natural en líneas rectas. ¿No lo ves? Han tenido en cuenta la única línea recta de la creación, el horizonte, y se están sirviendo de ella para cercarnos, para rodearnos de un horizonte cada vez más y más estrecho. Edifican ciudades con caminos de líneas rectas. Se encierran en cajas que acumulan unas encima de otras. Y quieren meternos en cajas a nosotros también. Quieren meter todo el mundo en cajas. Y luego, cuando toda persona viviente esté encerrada y en todo el mundo no haya un lugar donde escapar porque no quede un espacio salvaje en ninguna parte, lo harán estallar todo."

"Querido, ¿puedes oír lo insensato que suenas?" En su frente se dibuja un hondo pliegue. "Si de verdad existiesen, ¿por qué querrían los Señores del Fuego arrasar nuestro mundo?"

"No es que sea ésa su intención." Arrugas de carnosa agitación sacuden sus mejillas y su barba trasnochadas, y ella congela el rostro, impasible, preparada para escuchar nuevamente el estallido de la fulminación del dios. "Son seres arrogantes, Reina. En realidad piensan que su estrafalaria magia —sus matemáticas y su logos—, este conocimiento suyo, servirá para construir un futuro glorioso que curará de la muerte. Creen que pueden coger a los parásitos de la piel del Dragón y hacer de ellos

Librodot

dioses. Creen que pueden unir todos los mundos de todas las estrellas y ganarse el camino al cielo más alto, de donde surgió la creación. Pero están equivocados. Oh, están equivocados, Reina. Los parásitos son demasiado pequeños, están demasiado llenos de ansias animales para convertirse en dioses alguna vez. Las matemáticas, el logos, toda esa extraña magia los hará más poderosos para sus crueldades... poderosos incluso para destruirse a sí mismos y a nosotros con ellos. Están configurados por sus crueldades... esa gente. Lo he visto. Lo he visto todo en trance una y otra vez. Llega el Apocalipsis."

"Cálmate, querido." Extiende una mano cariciosa y él la toma. "Cálmate. Si lo que dices es verdad, y yo no lo creo del todo... pero aun así, aun si es verdad, todo ello no es sino una razón de más para disfrutar de nosotros y de nuestros hijos y de nuestros nietos hoy, ahora. El Mentiroso tiene razón en esto, querido. No hay futuro. Y si tú tienes razón, entonces esa verdad es tanto más verdadera. Seamos felices durante nuestro tiempo aquí."

Él suelta su mano y retorna a la balaustrada. "¿Y abandonar todos los tiempos por venir?"

"Pero ¿qué te importa eso? ¿Qué te importan los tiempos por venir?"

"Me importan porque he visto. Y no puedo olvidar los terrores que he visto. Y si no hago nada, también yo seré responsable del Apocalipsis."

Ella cabecea con resignación. Ha oído esta diatriba muchas veces ya y su significado está hondamente impreso en su corazón desde hace muchos años. El ritual se completa cuando ella le pregunta: "¿Qué vas a hacer?"

"Voy a combatirlos."

"¿Cómo puedes combatir a seres que nunca has visto?"

El rostro del dios se frunce con determinación. "Destruiré a sus secuaces. Los destruiré a todos del mismo modo que ellos destruyeron a los Faunos. Aplastaré toda tribu que esté teñida del mal de los números y las palabras. Abrasaré toda ciudad y todo pueblo, saquearé toda granja, y devolveré los hombres a los espacios salvajes de la caza. Y aboliré entonces todas estas ideas irreales, todas esas abstracciones que, al hacerse realidad, empequeñecen nuestra realidad. Basta de relojes solares, de vías, de diques y cercas. Y cuando haya acabado, no habrá más prisiones donde encerrar a la gente. Basta de cajas de madera o metal donde enclaustrar la belleza salvaje de la tierra. Basta de perreras saturadas de gente convertida en zombis. Basta de la destrucción de los bosques. Basta de envenenar las aguas y el aire. Haré retornar los días hermosos, los de antes de que los Señores del Fuego llegasen aquí con su magia monstruosa."

Ella recoge la costura. Su labor para con su marido está completa: ha contribuido a empujarlo al trance furibundo que él desea y ahora recita la hipnótica frase de fin del programa: "¿Nada de lo que diga logrará disuadirte?"

"Nada." Su voz es humosa y lejana, pero su ojo lobuno la taladra con una claridad que ve dentro y a través de toda la vida de la diosa. Es una mirada que un día la estremeció, pero que se ha convertido desde entonces en un intento de dominarla... y ella se estremece ahora para desafiarla.

"Entonces deberé esperar tu retorno con paciencia." Lo regala con una sonrisa ambigua. "Ve a tus guerras en las tierras raíz, marido. Destroza a tus enemigos. Y yo esperaré pacientemente aquí, en el Hogar, y me solazaré lo mejor que pueda."

Él se muerde el labio, se acaricia la barba y se da la vuelta, enfurecido, satisfecho. Fieros pensamientos hierven en él pero, antes de que pueda hablar, el trance los absorbe. El viento cambia de dirección y le trae el vago susurro del demonio fugitivo. El cierra el ojo. En su interior, la voz es audible y rezuma de la sanguínea oscuridad. La cabeza inclinada, los brazos poderosos apoyados en la barandilla del balcón, se esfuerza una vez más en oír lo que el Habitante Oscuro dice de su tiempo en la Tierra.

Librodot

Durante nueve meses, durante nueve instantes del eterno instante de la creación, permanecí en Su abrazo. En la sangreomphalo, donde todas nuestras oscuridades juntas contienen la luz que es el cuerpo único —el cuerpo único que deviene todos los cuerpos—, comulgué con Dios. Nuestras penas se hicieron amor. A Ella le dolía tanto como a mí el habernos separado. Ahora sabíamos que no había felicidad más grande que estar juntos, todos en un mismo punto con Ella. Pero ¿cómo podríamos haberlo sabido sin esta fútil y terrible separación? El conocimiento nos había vaciado de toda duda, e incluso los demonios estarían sin falta de acuerdo con esto.

A los ángeles, veía yo ahora, no les había faltado razón todo este tiempo en pegar los retazos del cielo, en construir los elementos a partir de las estrellas, en levantar los mundos y, en ellos, las formas de vida, tan desesperanzadamente frágiles como milagrosamente complejas... pues sólo ahí, en la vida misma, podíamos encontrarnos con Ella otra vez aquí fuera, en el frío y la oscuridad. Pero la complejidad no era lo bastante compleja. Era todavía demasiado primitiva para contener todo lo que Ella era; y nosotros sólo podíamos encontrarnos con Ella a trozos, en fragmentos, unos pocos, selectos y afortunados, cada vez.

Cierto, sólo la suerte me había llevado hasta Óptima, una rara mortal, una mujer fuerte, lo bastante evolucionada para resistir los horrores que salpican nuestra vida. Pocos humanos poseían su capacidad para amar la pesadilla de la creación. Pocos tenían fe en que sus pesadillas personales estaban construyendo algo: las formas que un día, en un futuro lejano, alcanzarían el grado suficiente de complejidad para que Ella se manifestase y nos hallase a todos nosotros, dispersos por el vacío. Dios tenía espacio para habitar en Óptima y Ella había esperado allí la llegada de un demonio —yo— para compartir conmigo Su inmensa, desolada miseria, la miseria de estar separada de nosotros. Siglos podrían pasar antes de que otro humano semejante existiese, capaz de portar Su presencia. Ella necesitaba mi ayuda para proseguir su obra... la obra de los ángeles.

Mientras la verdad carnal de lo que me decía empezaba a penetrar en mí, yo me desesperé, oí mis propios gritos aullar ya en el futuro, el futuro negro de su ausencia. Escudriñé el horripilante, amargo futuro que me aguardaba: Dios esperaba de mí, el demonio Lailokén, que naciese en el mundo, ¡que naciese de carne de mujer!

¡No yo!, grité. *Tienes ángeles para semejante labor. Llámalos a esta matriz. Mándalos a la vida mortal. Ellos están mejor dotados para realizar Tu obra en Tu ausencia. La esperanza vive en ellos. Yo no soy sino un demonio desesperado. ¡No me abandones!*

Pero, por supuesto, tenía que ser yo. ¿Qué ángel acosaría un útero? ¿Y qué sabían los ángeles de la guerra y la locura? Yo era el fuego destinado a combatir el fuego, el veneno que se torna medicina. Sólo de un demonio podía esperarse que se infiltrase en la Tierra sin menospreciar el mal.

Sin embargo, protesté: *¡No soy lo bastante fuerte! Sin Ti, me desesperaré... Volveré a mis viejos senderos. ¡Haré el mal otra vez!*

Innecesario resulta decirlo: Ella lo sabía mejor. Ese corto periodo con Ella dentro de Óptima, aferrado a lo que podía salvar incluso lo peor de nosotros mismos, me había transformado.

Las estrellas tienen la permanencia del humo. Nueve meses eran menos que el parpadeo de un ojo. Chillé cuando Ella me dejó ir. Chillé deseando nacer muerto. Temblando en el lazo fiero del nacer, mi grito alcanzó un dolor más profundo que cualquier sufrimiento que hubiera conocido.

Librodot

Los minutos y las horas empezaron a cantarle su adiós y Su amor permanente animó el feto ictíneo en que me había convertido, la escurridiza criatura engendrada por mí mismo. Atenazado entre el ser y el perecer, avancé trabajosamente a través del desconcertante dolor. Solo, sin Ella, sufrí en la mordaza muscular que tironeaba de la estrujada parte de mi ser lenta, dañosamente hacia delante; y en un rezumar de aceite cálido y sangre, me desencolé de la oscuridad. Y, por fin, cesó aquel estrangulamiento con un largo, repentino resbalón al frío resplandor del mundo agonizante.

Hojas doradas de laurel se esparcen desde el bosque en las alas de un viento inquieto portando un olor abrasado: el humo de los saqueadores. Ninguno de los trabajadores del campo lo nota. Tan inmersos están en la cosecha, haciendo danzar sus hoces y guadañas entre los altos tallos del trigo, que no perciben a otros segadores deslizarse fuera de la foresta. Guerreros tormentosos, calmos como la luz del sol pero negros como el rostro oscuro de la luna, tatuados desde la cabeza hasta los pies con serpenteos de dragón azul índigo y nubes tempestuosas, se precipitan sobre los trabajadores con chirriantes gritos de guerra.

Para muchos de los obreros del campo, los incursores y sus hachas son meras sombras en el blanco destello de dolor que pone fin a sus vidas. Otros tienen tiempo de blandir sus hojas segadoras una o dos veces antes de que los hombres aullantes hachen a través de madera, carne y hueso. Los cuchillos centellean a la luz del sol tajando orejas y ovillos de pelo que, más tarde, ornamentarán las lanzas de guerra.

Los gritos belígeros cesan cuando la última de las trabajadoras, que corre con todas sus fuerzas a través de las doradas profundidades del campo, cae bajo el peso de un guerrero que vuela hasta partirle el cuello. Entonces, el único sonido es el siseo del viento en el trigo y el roer del metal en el hueso.

Momentos después, los predadores retornan al bosque portando sus trofeos espeluznantes envueltos en halos de moscas. Tras ellos, el campo de trigo arde. Los guerreros tormentosos no comen grano crecido en terreno cuadrado: lo creen emponzoñado por la magia de la línea recta. El humo de los predadores asciende hasta las ramas del Árbol del Mundo, llevando el olor de los enemigos carbonizados y el triunfante canto bélico de los guerreros tormentosos a su dios, el Furor.

Lailokén cierra sus ojos de golpe, con fuerza, y esta visión se desangra en la oscuridad interior del cráneo. Cuando los abre otra vez, ve que está aún en el claro entre los robles, bajo la alberca del tiempo, en el ojo vortiginoso de la tormenta. Extiende los brazos hacia arriba a través de jabalinas de lluvia, como si quisiese tocar las torres mayestáticas allí apiñadas, una al lado de otra como excrecencias de cristal.

Ve a la gente caminar por allí, en el suelo del cañón formado por esos titanes de vidrio tan próximos. Ve gente y sabe que pueden oírle. Aunque van de aquí para allá, ocupados como hormigas, y no dan signos de escucharlo, sabe que lo hacen.

Lo sabe porque es el demonio Lailokén, plenamente consciente de que todo es en origen una sola cosa y de que todo está unido aún gracias a su fuente común. Habla para sentir esa fuente en él, para reafirmarla en él. Habla para oírse a sí mismo y para definirse y justificarse a sí mismo. Y habla para ser oído por una era que se configurará a partir de los mismos átomos que lo circundan, imantados por las mismas fuerzas que han impelido todos sus poderes demónicos y todo su conocimiento a convertirse en un único evento humano.

Entré la vida mortal como una criatura grande y espantosa. Nudosos tenía los

Librodot

huesos, y la piel gris cenicienta estaba cubierta de ampollas de un rosa lívido y de manchas escabrosas como las de una víctima de la radiación. Y era piloso: una pelambre velluda enmarañaba mi largo cráneo y mi rostro hundido miraba alrededor con pánico desde el interior de una barba crespa, blanca como escarcha, que lo cubría casi por entero. Para cualquier ojo desprejuiciado, yo no era un bebé en absoluto. Yo era un hombre viejo, viejo, el más anciano de los días, colapsado en torno a mí mismo hasta no ser sino una masa cartilaginosa, encogida, peluda, de huesos quebradizos.

Cualquier otra madre habría chillado al verme y, misericordiosamente, me habría dejado caer a un pozo. Pero Óptima, ya lo sabemos, no era una mortal ordinaria. Me amamantó con sus magros pechos y, aunque yo me sentía lo bastante exhausto para morir, sobreviví de algún modo. A cada respiración, la vida amenazaba con abandonarme... y yo no deseaba otra cosa.

La soledad más desesperada que yo conociera jamás ardía en la médula de mis huesos. Peor incluso que la desolación que experimenté cuando al principio fui efundido del cielo con el Big Bang, pues entonces yo estaba con el resto. Pero aquí, con mi disfraz mortal, yo estaba real y finalmente solo, encerrado en mis huesos recrujientes y en mi carne crepitante, y sin más compañía que los mazazos de mi aterrorizado corazón.

Ser humano constituye la más terrible soledad del universo. Como demonio, erré libre de la mayoría de los límites físicos, capaz de ir y venir como quisiera, revoloteando entre los mundos. Bueno, no exactamente revoloteando. Los viajes a través de la noche eterna y el frío perpetuo exigen una furiosa voluntad, pero el tiempo tiene un significado distinto para los espíritus. Para el hombre, frágil como un tenue mosquito, el tiempo posee una lunática regularidad: respiración tras respiración, el corazón que maza su inconsciente fanfarria, la sangre que borbolla en sus circuitos, susurrándole sus atisbos de mortalidad al oído profundo y obligándonos a atender su raspeo... un silbido no muy diferente del siseo de la arena al caer desde la ampolla superior del reloj de cristal.

¿Cómo lo soporta la gente?

Yo, por lo menos, tenía el recuerdo de mi tiempo dentro de Óptima, en el abrazo atemporal del amor de Dios. Su ausencia me infligía un dolor quizá no tan intenso como cuando la perdimos por primera vez, pues ahora yo sabía, *sabía* realmente, que Ella estaba aquí fuera en el vacío, con nosotros. Y, mejor aun, que Ella todavía nos amaba. Ella había perdonado mi rabia insana y, prodigiosamente, aquella furia se había desvanecido del todo por la mera gracia de haberla encontrado otra vez, siquiera por un lapso fugaz.

Todos los recuerdos de mi existencia como demonio hallaron su lugar en mi cráneo humano y mi memoria posee toda mi vida anterior. Esto mitigó mi miedo de algún modo. Pero me subyugó a una insufrible claustrofobia. Prisionero de mi cráneo, sentí asfixia. Los colores parecían macilentos y un número menor pintaba el mundo. Los sonidos llegaban apagados hasta mí, filtrados a través de estratos y estratos de lanosa distancia. Todas mis sensaciones retornaron a mí viciadas. Y mi telepatía no acabó de retornar.

Grité fuerte desde dentro de mi espeso horror. ¡Wa-a-a-ah-h!

Y recé. Fervientemente recé: *Oh Dios, sácame de este cadáver viviente. Mátame para que pueda vivir otra vez como espíritu. Extinguida está mi maldad. Juro que enmendaré todo el mal que he hecho. Fomentaré la vida y su complejidad portentosa. Te lo ruego... ¡Te lo ruego! Devuélveme a mi condición espiritual.*

Pero Dios calló. Se había ido. Y por un instante dudé del recuerdo que tenía de Ella. Desgarrado el corazón, me pregunté si toda la experiencia intrauterina con Ella no sería sino una alucinación absurda.

Y entonces, Óptima empezó a cantar. Con una voz meliflua como la nostalgia del cielo, cantó su amor por mí. Cantó de los pequeños pájaros, los más diminutos, que son lo bastante fuertes para animar la primavera y portar consigo desde el sur los días cálidos. Meció mi cuerpo apergaminado en sus magros brazos y cantó de las montañas interiores del alma que cada uno de nosotros escala para hallar su camino al cielo. Cantó del hastío de las rocas del río y del mal de amor de los gatos en las callejas y de la ternura de las morsas por sus crías.

Mi duda se desvaneció por completo, porque yo podía oírla a Ella en la voz de Óptima. A pesar del tamboreo de mi corazón sufriente y del carraspeo de mis recalcitrantes pulmones, yo oía Su amor filtrarse suavemente a través de la voz de Óptima... y me calmé. Me calmé y mamé de sus pechos grávidos de leche, y me hice fuerte en su amor.

No mucho tiempo después, hallé la fuerza para sentarme por mí mismo. Estaba todavía demasiado débil para hablar, pero había logrado al menos la capacidad de mirar alrededor y apreciar el entorno. Desde dentro de este cuerpo, el mundo se me antojaba muy diferente de como yo lo conociera siendo espíritu. Las sombras parecían dotadas de más substancia y los objetos físicos tenían un aspecto más pequeño, más denso. Cuanto más miraba, más compacta se tornaba mi claustrofobia... hasta que tuve que cerrar los ojos y simplemente soportar el pánico del sanguíneo zumbido de la oscuridad.

Poco a poco, me acostumbré a mi cautividad y me abandoné a la contemplación de Óptima desde el recoveco en las raíces del roble donde ella me dejaba cuando iba al arroyo, a lavar nuestras escasas ropas. Miraba el mundo. Tenía éste una estrecha hermosura que yo empezaba a apreciar. El prado elevado donde vivíamos estaba poblado de altas hierbas argénteas que cintilaban como aluminio al viento. Abajo, la hebra amarronada del riachuelo desaparecía en un bosque verdinegro de masivos árboles entrelazados, que transitaban alces rojos, musculosos.

Por la mañana, jirones de niebla opacaban las crestas y montes bajos. Pero al mediodía, uno podía ver los valles y hondonadas incontables entreriscos esmeralda. Grandes nubes se empinaban en la cúpula azul del cielo y arrastraban sus sombras sobre un confuso mosaico de vegas y selvas.

En montañas distantes, una línea difusa de techos de paja serraba el horizonte. Visibles sólo en el extremo lejano de un terreno inculto, se apiñaban las cabañas de un villorrio. Desde allí llegaban paisanos, visitas que acudían de vez en cuando para dejar ofrendas a la santa mujer del alto prado. Podíamos verlos venir desde lejos y Óptima siempre me escondía con cuidado en su choza antes de que llegasen. Durante su embarazo, había conseguido mantener secreta su condición y, a pesar de que el parto fue grotescamente difícil, me había dado a luz con la sola ayuda de los ángeles.

oh, sí, los ángeles la visitaban diariamente. Hirsutos de fuego y con sus ojos grandes, luminosos, imperturbables, venían a verla dos veces al día, al ocaso, cuando ella se arrodillaba ante su minúsculo altar de verdes piedras de río y oraba. Los ángeles me ignoraban por completo y, por más que lo intentaba, nunca lograba acabar de oír lo que le decían a Óptima. Acaso sólo participaban en sus plegarias. Sus voces me sonaban como campanas de cristal tocadas por una brisa lánguida.

A veces, en el extremo elevado del prado, cerca del bosquecillo de hayas cobrizas donde a ella le gustaba rezar en el exterior, se le acercaba el unicornio. Con sus cascos de plata y azul como la luz de la luna, la criatura de músculos sedosos y peligrosa belleza aparecía en lustroso silencio. Inclinaba su cuerno espiral hasta el suelo y esperaba paciente mientras Óptima oraba. El arpeo de la brisa se calmaba invariablemente en su presencia. Óptima, entonces, se santiguaba, se sentaba entre los ásteres y cincoenramas, y el unicornio se aproximaba con majestuosa lentitud para

Librodot

reposar en su regazo el hocico de terciopelo.

El cristal verde de sus ojos la miraba sereno y, en ese plácido momento, también yo podía tocarlo. Las sutiles vibraciones de su pelaje como gasa zumbaban en las yemas de mis dedos con bajo voltaje. Extrañamente, mi caricia provocaba ondas en toda la extensión de su piel, como si hubiese perturbado la superficie de un agua fulgente, y en la hondura de mi cerebro se abría un capullo con la fragancia del cielo.

Su partida me colmaba siempre de un eco de la tristeza inconsolable que sufriera en el vacío. Tras aquellas pocas primeras veces, no volví a tocar al unicornio por más que Óptima me animase a ello. Al observarlo partir a través de la confusión del bosque, brillante como un tajo de luna arrancado al cielo, yo sentía la llama de mi ardor corporal lancinar mi carne y sumarse al fuego del infierno, como si el demonio que yo soy fuese todo lo que podía llegar a ser.

Bleys ha oído por fin las palabras que estaba esperando oír. Y ha oído lo bastante para saber que, por más demonio que esta entidad sea, Lailokén puede ayudarlo a capturar el unicornio que tan lúcidamente lo elude. Espera hasta que el demónico visitador empieza a recorrer otra vez su círculo demencial bajo la lluvia y penetra entonces en el claro para confrontarlo.

Condensa voluntariamente el cuerpo para hacerse visible en sus ropas negras con el brocado carmesí de garras de dragón y, con las gotas de lluvia besuqueándole el cobrizo rostro plano, alza su brazo derecho como saludo. Pero Lailokén pasa directo a través de él.

No poca es la sorpresa de Bleys cuando comprende que Lailokén es un espectro. El tumulto eléctrico de la tormenta lo ha evocado de algún modo del pasado. Habrá danzado en otro tiempo en este calvijar bajo la lluvia... y el rayo recuerda.

Ningún mortal podría haber presenciado esta reiteración del discurso de Lailokén al futuro pero, a los ojos de una ondaforma inmortal como Bleys, las penas de Lailokén ocupan aún este espacio y las imágenes han sido devueltas al tiempo por la insistencia magnética de la tempestad. El peregrino pasa su mano a través de la escabrosa figura de Lailokén y mira directamente al unicornio.

Con una sacudida de su cabeza, el unicornio relincha una carcajada. Por supuesto, él sabe. Como también sabe dónde yace en este momento el verdadero Lailokén, bajo un muro de chaparrales, húmedo junto a un fuego antiguo, mascando raíces de árboles. Y se goza el animal en reafirmar su mayor lucidez frente a este parásito bípedo. Piafa y retrocede, invitando al peregrino a continuar su fútil persecución.

Pero Bleys no se mueve. Permanece cerca de la aparición de Lailokén mientras el demonio retorna al centro del claro. Juntos, mirarán al futuro, con sus húmedos rostros alzados, iluminados como por una rutilante bendición.

Cuando el invierno llegó, púrpura y pálido, fui lo bastante fuerte para levantarme, renquear y hablar. Mientras grandes copos caían a la tierra arremolinados y el viento aullaba como una fiera, Óptima y yo nos acurrucábamos junto al hornillo coruscante. Yo chupaba gachas y ella mascaba el pan negro y la carne seca que los labriegos dejaran a nuestro umbral.

"¿Ya sabes?", balbucí mis primeras palabras.

Su amable rostro de comadreja asintió. "Sé."

Mi débil voz laboró para dar forma a toda mi pregunta: "¿Sabes... quién soy?"

Sus dedos, nudosos tras tantos años de cortar leña, apartaron gentiles el tenue pelo

Librodot

blanco de mis ojos pitañosos. "Por supuesto, cariño. Eres el demonio Lailokén. Los ángeles me han dicho todo lo que te concierne."

Parpadeé para estar seguro de que sonreía verdaderamente y no se limitaba a contorsionar el rostro. "¿Por qué?", croé.

";Qué, cariño?"

"¿Por qué... te ocupas... de mí?"

Me calló posando la yema de su dedo en mis labios hundidos. "Eres una criatura de Dios, Lailokén. ¿Cómo podría no ocuparme de ti? Has crecido en mi interior. Eres mi niño."

¡Su niño! El concepto me ennoblecía y animaba. Sin madre desde el principio del tiempo, yo había traficado en el abandono del vacío para topar con un cuerpo mortal y el amor de una madre. ¿Cómo puedo deciros la profundidad de cariño que ella me inspiraba? Polvo de estrellas enfriado en forma de huesos y sangre, mi cuerpo existía como don suyo y por la esperanza de Dios de que yo, un demonio, pudiera servirme de lo que hasta entonces siempre había despreciado y destruido para engendrar amor y paz. ¿Podría? ¿Pretendía Dios que lograse la plenitud entre las mismas formas de vida que previamente atormentara?

Óptima y yo pasamos aquel duro invierno discutiendo mi destino.

"Tú no eres el Ungido", me advirtió una mañana radiante, azul, mientras cortábamos hielo en el mismo arroyo en que me limpiara de mi sangre placentaria y bautizara, para hacer agua bebible. "Cristo es el Hijo de Dios. Sí, tú has nacido de virgen, tal como Él, pero tú eres un valido de la oscuridad... el mal encarnado. Yo lo sabía ya cuando entraste lúbricamente en mí. Pero no te rechacé porque nuestro Señor sufrió y murió en la Cruz para enseñarnos amor, en especial por nuestros enemigos. Yo sabía que si podía amarte, a ti, el enemigo de la vida, honraría las enseñanzas de nuestro Salvador."

Lamenté no haber estado en Palestina cuando Jesús caminó por la tierra. Me habría gustado ver por mí mismo si él encarnó Su amor como mi madre, con tanto fervor, creía. Pero, en fin, mis juergas me habían llevado por aquel entonces a Roma y a los macabros espectáculos de gladiadores.

"Acaso, pues, soy el anticristo", aventuré, emitiendo cálidas nubes de vaho, exhausto ya de mis débiles esfuerzos por quebrar el hielo del riachuelo con una roca.

Óptima detuvo su martilleo y fijó en mí una mirada de preocupación que me colmó de desdicha. "Romperías mi corazón, Lailokén. Sufrí de un modo terrible para traerte al mundo. Recuérdalo. Me partiste por la mitad cuando saliste de mí. Y aun así, bendigo ese día porque los ángeles me aseguraron que usarías tu poder demonial para servir, en todo lo que hicieras, al bien más alto. Dime ahora si estoy equivocada."

Sorbí una buena dosis de aire y sacudí mi hirsuta cabeza. "No estás equivocada, madre. Juro..."

"Éstos son tiempos crueles para nacer, mi joven anciano." Graves inquietudes ahondaron las arrugas de su rostro ajado. "Los ángeles me han dicho que una larga noche viene sobre el mundo, una noche terrible de mil años, un tiempo de maldad, Lailokén. Plagas, hambrunas, guerra y más guerra, y, peor aun que la guerra, obscenas atrocidades cometidas sobre razas enteras en el nombre de nuestro Señor. ¡Oh, angustia!"

Excitado por su desmayo creciente, me senté en la nieve. "¿Puedo yo detener eso?"

La alarma que velaba sus facciones escampó de pronto, y me miró con una sonrisa de tan sincera gentileza y amor que pensé que había malentendido la opresiva atmósfera de su presentimiento. "No, Lailokén." La mirada directa de sus ojos grises se clavó en

Librodot

mí con vigorosa claridad, la mirada no de una madre, sino de un ser espiritual a otro. "En este mundo, en este tiempo, estamos condenados."

La dignidad con la que afrontaba la desesperada verdad de nuestras vidas, extrañamente, me infundía coraje. En su barbilla alzada y hombros cuadrados, vislumbré trazos de su vida anterior como princesa de la casa real de Cos. "Adquirirás poderes a medida que tu cuerpo se haga más joven, pero no bastarán para detener esta monstruosa noche milenaria. "Torció las cejas con tristeza y me levantó de la nieve, limpiando la cinarra de mi parte posterior con su ropa deshilachada. "Si sólo hubieras venido a este mundo en otro tiempo, un tiempo más esperanzado, cuando tu redención podía provocar cambios perdurables... No. Lo que viene es un tiempo maldito, sin rescate posible. Lo mejor que puede esperarse es que des ejemplo de todo lo bueno, una radiante visión de grandeza que brille como un astro vivo todos esos siglos oscuros."

"¿Puedo hacerlo?"

"Y más. En una isla al oeste hay nueve cisnes negros que son en realidad reinas paganas a las que Dios ha negado el cielo. Sus plegarias te han traído a la Tierra, Lailokén. Son tus madrinas. Ya es tiempo de liberar de ese purgatorio a la mayor de ellas. Tienes que encontrar el rey que ocupará su lugar."

"No entiendo."

Sonrió benigna y palmeó mi cabeza. "Cuando llegue el tiempo, entenderás. Por ahora, basta con que estés dispuesto a servir al bien."

"¿Sabré lo que es el bien?"

"Ésa es la esperanza de mi vida y el propósito de todas mis plegarias." Inclinó la cabeza y lo que dijo a continuación fue en una voz más lenta, más densa, con una tensa tristeza en la garganta: "Un rey nacerá del amor de dos enemigos... y unirá al pueblo de nuestra isla por un tiempo... y mientras dure ese tiempo justo y noble tú debes servirle."

"¿Yo? Pero yo soy tan débil... No soy como era antes, madre. Soy sólo recuerdos dentro del cuerpo de un anciano."

"Eso cambiará. Te estás haciendo más joven. Los ángeles han dicho que naciste viejo y con el tiempo te harás joven porque eres un demonio y, así, debes entrar en la creación al revés y demostrar gradualmente que eres digno de poseer la divinidad de la infancia."

No quise decirle que esto era un sinsentido. Más probablemente, los ángeles habían dispuesto mi debilitado estado geriátrico para controlarme mejor en caso de que retornase a mis antiguos demoniales caminos.

Sin embargo, Óptima me aseguró: "Tus poderes crecerán. Para el tiempo en que hayas de encontrar al rey, ya tendrás la fuerza. Vendrá de Dios. Lo que tú tienes que aportar es la voluntad de servir. Eso es lo que ha de venir de ti, Lailokén. La humildad de servir."

"¿Quién es el rey?"

Me apretujó los hombros, parecía que con orgullo. "Lo conocerás. Prepararás el camino para él."

La convicción con la que dijo esto, la soberanía de su certeza, me colmó de temor y fe, del sentido de un destino, que había faltado totalmente en mi existencia como demonio. Sorbí el aire de un frío lancinante y dije desde mi corazón: "Te juro, madre, que consagraré esta vida mortal a hacer el bien ante Dios y el hombre. Hallaré a ese buen rey y le prestaré servicio. No te fallaré."

Un destello clarividente prendió en el rostro flaco de mi madre y asintió satisfecha. "Sé que será así."

Os lo digo con toda sinceridad, la dicha que la sonrisa de la mujer provocaba en mí fulgía a través de todo mi cuerpo, brillante como el dolor, y todos los eones de mi

Librodot

oscuro oficio se colapsaron en ese momento único dando de sí la mismísima verdad de mi vida.

El unicornio desaparece en el bosque. Por encima de su lomo caen monedas de luz que cintilan junto a sus cascos entre las hojas muertas del suelo y las diminutas, instantáneas coronas líquidas formadas por el impacto de las gotas de lluvia. Caracolea para ver el origen de esta irradiación y tiembla de pronto de la cola a la cabeza. Un ángel se alza ante él. Su luminosidad ventea horizontalmente a través de las avenidas arbóreas y escarcha el envés de ramas y hojas lejanas. Inconquistables distancias se abren en sus ojos enormes.

La cabeza inclinada, el unicornio intenta tocar al ángel con su cuerno esperando recibir una comunicación a través de la antena. Recuerda la segunda antena fijada en él por los ángeles, los Señores del Fuego, y las ideas que fluyeron en su mente con la gloriosa sapiencia. Conocer el ígneo origen del universo y de lo que hubo antes de él — el lugar de los infinitos, más vasto que el tiempo, más pequeño que el mínimo nodo del espacio, contener tales ideas en la serena profundidad del propio cráneo, eso es demente libertad. Demente porque no hay nada que uno pueda hacer con ese conocimiento... excepto disfrutar la libertad de desconocer.

Ninguna idea fluye a través de la larga antena córnea. El ángel lo observa silencioso y su inmensa mirada de fuego blanco planta algo fuerte y orgulloso en el animal.

Alta la cabeza, crin, perilla y cernejas aventadas por la brisa magnética, el unicornio se aproxima más. La presencia de los ángeles le inspira el sentimiento de pertenecer a un orden superior al de las cosas terrestres. Con este pensamiento, el mundo alrededor se hace transparente. De pronto, puede ver a través de la costra rocosa, las placas tectónicas, las escamas muertas en la piel del Dragón, viviente allá abajo.

El magma rutila incandescente como sangre. Venas de fuerza eléctrica, arterias de viva corriente perfilan un cuerpo escurridizo, largo y adujado como el horizonte. Oleajes de calor y sombra respiran desde la fundida criatura, cuando ésta se enrolla sobre sí misma contorsionando acrobáticamente la longitud de cuarzo de su espina dorsal. Su cabeza amontañada, como un titánico diamante negro, se infla aproximándose, mostrando la mueca de su quijada añosa y malévola, sus ojos en púrpura humareda.

Nervioso, el unicornio caracolea de lado a lado. Un sonido retumbante vibra a través de sus patas. El trueno arpea desde abajo en los árboles. Algo más colma el aire, barriendo los velos de la lluvia. Un voltaje musical campanillea en los altos espacios de la catedral del bosque y los brazos paganos de los árboles se entregan al balanceo de un hondo ritmo oceánico. Es el cantoensueño del Dragón, apuntado a las estrellas. Pasa a través del unicornio en su camino al exterior y sacude de felicidad a la coronada criatura haciendo reír a su corazón y temblar a sus músculos como alas de libélula. Una sensación cálida frota toda su envergadura mejor que los largos cuellos de un centenar de madres. Siente los huesos ahuecados por un sopor lleno de azul.

El rayo golpea el alto cuerno y se erige en su punta como una masiva medusa ardiente en el mar celestial, retorciendo y anudando sus tentáculos con los ritmos del cantoensueño. Cuando éste se desvanece, el mundo pluvial se cierra alrededor. El Dragón se ha ido, aprisionado más allá de su pelambre de rocas y abetos. El ángel se ha ido, también. El silencio se expande por las oscuras grietas del bosque.

Sólo en el calvero donde está el espectro de Lailokén apenas ha penetrado el silencio. A través de chales de niebla lluviosa, las palabras del demonio de desmadejan

Librodot

entre los árboles para ligar las patas del unicornio, que permanece inmóvil, escuchando en honda alerta.

Cuando los vientos boreales aflojaron y la altura de la nieve menguó lo bastante para que los labriegos pudieran hallar otra vez el camino hasta nosotros, Óptima no se molestó en ocultarme. Pero sí mintió acerca de quién era. A aquellas personas reverentes, carisucias, que venían con sus ofrendas de pan, queso y candelas, les dijo que yo era un añoso monje errante.

Sin duda, yo no desmentía ese aspecto. Desde mi nacimiento en la temprana primavera, había crecido hasta la plenitud de mi altura. Pero, aunque por fin estaba fuerte para portar la leña y acarrear el hielo que fundíamos en agua, tenía el apergaminado semblante y la blanca barba ratesca de un antepasado patriarcal. De los rústicos, ni el más listo dudaba.

"¿Por qué has de mentir, madre?", le pregunté mordisqueando el blando núcleo del pan con las coronas embrionarias de mis dientes emergentes. "Que pudieras dar a luz y convertir a un demonio como yo es un tributo a tu santidad."

Me dio unas palmadas en la mejilla y arrojó un palo al fuego. "Querido Lailokén, a pesar de todo tu conocimiento sobrenatural eres tan ingenuo. Soy hija del rey de Cos. Y él es un rey mundano. Si se enterase de que he tenido un hijo, daría por seguro que he sido forzada. Y puesto que ha emplazado guardias en los valles bajos para asegurarse de que ningún pagano encuentra el camino hasta aquí, llegaría a la conclusión de que o bien uno de ellos, o algún villano, ha yacido conmigo. Y los mataría uno a uno, buscando su confesión y su retribución. No, Lailokén. La verdad es algo peligroso. A veces buena, en ocasiones mala. Y a menudo hemos de mentir para hacer un bien mayor."

Óptima vivía como una mujer sabia de verdad y yo aprendí mucho de ella aquel invierno sobre el amor y la devoción a Dios, de quien todo bien mundano depende. El acto de esa devoción no es otra cosa que sacrificio. El único bien del que los mortales son capaces es amor. Incluso para empezar a hacer el bien, uno debe estar dispuesto a ir más allá de sí mismo, me enseñó. Todas las cosas hechas por el hombre perecen. Todas las palabras se dispersan en la vacuidad que es el futuro. Sólo el amor perdura. Amor por lo que es. No por lo que fue o pudo ser. Amor por lo que es: sólo éste es verdadero amor. Sólo a éste no puede disolverlo el futuro. Porque ese amor es Dios, es Su comunión con nosotros, aquí y ahora, sin importar el vacío entre las estrellas o la nada que sostiene los átomos y a la que todos nosotros, antes o después, hemos de caer. Como yo caí al principio de los tiempos. Y como volveré a caer otra vez cuando se extinga este cuerpo. No importa. El amor perdura. Todo lo demás se sacrifica a esta única y eterna verdad.

Como para puntualizar sus enseñanzas, Óptima misma murió aquella primavera. Con el primer vello verde y tenue de la vida recurrente, simplemente cesó. Por azar o por designio, tal cosa ocurrió justo un año después del día en que me diera a luz.

Yo había peregrinado temprano aquel día a bosques más altos en busca de azafrán para el altar. Un ángel vino a mi encuentro cuando volvía. El rayo de sus ojos fijos en mí ardía de un modo insoportable y hube de tornarme. Cuando miré otra vez, se había ido, y en su lugar se alzaba la luz del sol entre los árboles, aunque el sol mismo estaba lejos en el otro lado del cielo. Más tarde, comprendería que el ángel había sido su escolta y que la luz caliente como el sol a través de las hojas era el espíritu de Óptima diciéndome adiós.

Corrí por la foresta para compartir con ella la maravilla que había presenciado y la

Librodot

encontré arrodillada entre las hayas cobrizas. El unicornio estaba allí, tocándola en el hombro con su largo cuerno. Se retiró en cuanto me vio, sometiendo su cuerpo grande, inteligente, a las sombras de los árboles.

Cuando la toqué, estaba rígida y fría, petrificada por la muerte en su postura de adoración. Un grito gigante de lamento sacudió mi cuerpo. Y el alarido elegíaco me elevó sobre mí mismo, más allá del azul del cielo, a las nebulosas estelares. La noche eterna se abrió ante mí. Y con sus agujas, me hirieron las estrellas.

Mientras habla el espectro de Lailokén, Bleys se desliza poco a poco hacia el unicornio. Lo hace con la velocidad del musgo. Con la cabeza arqueada hacia atrás para contemplar el luminoso futuro, ninguna parte física suya se mueve en realidad. Deja que su ondaforma derive, refrenándola con máxima calma para que su cuerpo parezca virtualmente quieto. Cuando el fantasma de Lailokén se lanza a recorrer su próximo círculo, el peregrino ha flotado muchos pasos hacia el extremo del claro donde el unicornio permanece inmóvil entre telarañas de niebla.

Bleys salta hasta una altura sorprendente voltereteando a lo largo del arco de su vuelo y girando con destreza para aterrizar con los brazos y piernas extendidos sobre el lomo del animal. Éste explota bajo él. El unicornio emite un chillido taladrante que arranca hojas de los árboles y se arroja de lado a lado, caracolea, cocea y corvetea. El alquimista se aferra a la tempestuosa criatura con toda su fuerza sobrenatural, mientras sus ropas castañetean y su pelo suelto latiga violento el aire con largos chicotazos negros.

Lo que sorprende a Bleys no es la vehemencia de la brutal cabalgada, sino el silencio. Honduras estelares de un azul blanquecino se abren en su interior. Con el pecho contra el ardiente cuerpo frío, absorbe la humosa fragancia que emana de las silentes profundidades de la criatura. No huele como un animal. Huele como un bosque de abetos que destilara boira, un prado cimero en la noche al borde del invierno, donde vórtices de estrellas como helechos centelleantes penden en la gran, muda oscuridad.

Bleys se ha preparado para acoplar su ondaforma a la de esta bestia magnífica entrenándose a soportar furiosos impactos físicos. Pero le sobrecoge esta solitaria quietud. Por un sagrado instante, funde su presencia con la del unicornio, una presencia de silencio en la que todos los colores de su alma brillan con intensidad.

Aturdido, su concentración falla y su presa se rompe. Cae a la tierra llovida con un seco mazazo que le roba el aire. Reducido de nuevo a su cuerpo físico, confuso y golpeado, sonríe. Ahora sabe que el unicornio puede ser montado.

Impalpables surcos de gélida, serena fragancia lo aquietan, y recibe la lluvia con ancha mueca. Ahora conoce el silencio-rayo del contacto psíquico con el animal estelar, la repentina quietud que enciende las sombras cromáticas del sentir en su interior. Ahora sabe que la próxima vez, con seguridad, cabalgará al cielo. Y ríe bajo el torrente, mientras su alegría tonante hace huir veloz al unicornio hacia las oscuras cavas del bosque.

Volé apresurado hacia el oeste de mis esperanzas a través del tremendo dolor, fuera de mi cuerpo. Pensé que acaso podría alcanzar el espíritu de Óptima antes de que dejase la Tierra. Alto, alto volé, lejos de mi cuerpo, hacia el tremendo dolor del que cuelgan las galaxias. Debajo de mí, las luces boreales eclosionaban como flores acuosas. La Tierra era oscura, el sol se apagaba detrás del mundo.

Pero se había ido, y con ella partió mi último contacto con el gran amor que me

diera nacimiento. Se había ido. El globo giraba debajo de mí en las manos de la oscuridad y yo pendía de lo oscuro, solo con mi dolor.

Si permanecía aquí en el espacio exterior, sobre el sol caído y el fuego frío de las luces boreales, el dolor me escindiría de mi cuerpo y yo sería espíritu otra vez. Pero ya conocéis el dolor, como lo conoce todo mortal. Yo era un novicio de la mortalidad y el sufrimiento físico, un mero añojo de mortal. Creí que podría baquear a través del dolor, talar mi carne y acabar con esta vida. ¡Ja!

El dolor me clavó al núcleo de la Tierra y, cuanto más me esforzaba en ser libre, peor era el resultado. No tuve fuerzas para soportar lo bastante. Sufrí por la pérdida de Óptima, la pérdida de mi único vínculo con el cielo en esta vida, pero la inmensidad aniquiladora del dolor era mayor que mi sufrimiento delirante. Caí de nuevo a tierra.

Desperté en mi viejo cuerpo exhausto, bajo la llama del crepúsculo. En un instante, me arrepentí de mi fútil intento de suicidio. Había jurado a Óptima que me serviría de esta vida para hacer el bien y en los primerísimos instantes separado de ella recaía en mi rabioso egoísmo.

Desde la lúgubre oscuridad del bosque, me contemplaban los ojos verdes del unicornio. Por lo suave de su luz, supe que mi madre me perdonaba. Soy un demonio y mi comportamiento inicial era esperable. Pero a través de Óptima me había convertido en algo distinto de un demonio. Me había convertido en un hombre. El atavío de carne y hueso que portaba lo había tejido ella en su propio cuerpo. Ella estaba muerta; aun así, vivía... en mí; era lo que yo era. Si yo la amaba, comprendí entonces, tendría que respetar la vida de esta carne y el espíritu de sus enseñanzas.

Enterré a Óptima entre las hayas rojas. Para cavar su sepultura, hinqué mis manos desnudas en aquella tierra del deshielo. El unicornio emergió entonces a la luz declinante y con sus cascos de plata hendió el terreno. Juntos, abrimos la tierra, yo apartando los escombros con las manos y el unicornio cortando las macizas raíces o desalojando las grandes piedras que encontrábamos. Con las errantes estrellas como testigos, posé el cuerpo de mi madre en el fondo de la negra fosa, aún unidas las manos, aún dobladas las rodillas y la cabeza inclinada, hinojada y devota aun en la muerte ante el Dios uno y eterno.

El espectro de Lailokén cae de rodillas, fijos los ojos y ciegos, viendo a través de los árboles de cristal y del arroyo del tiempo a los guerreros tormentosos del Furor pillar las aldeas del reino.

Sobre los montes nemorosos de Cos, un humo negro raya el amarillor del cielo con las franjas de la piel de un tigre. Arden montes acolchados de grano. Saltan y danzan las llamas bajo el viento lustral del crepúsculo. Iluminadas por la tormenta de fuego, bregan figuras sombrías, saqueadores que forcejean con los cadáveres de los labriegos tratando de arrancarles la carne en grandes tiras del torso para la piel de sus tambores.

Lailokén se cubre los ojos con las manos y se lanza al viento tempestuoso, recorriendo ciego su círculo. El agotamiento acaba por llevarlo otra vez, en tambaleante espiral, al centro, donde se derrumba de espaldas. Clava en las alturas los ojos irritados y contempla el cielo ilimitado y remoto de los tiempos por venir.

Tras inhumar a mi madre, busqué al unicornio, pero éste se había escabullido ya por aquellos bosques primordiales. Dormí la primera noche sobre la tumba, abrazando la tierra. Al amanecer, lavé mi sucio hábito y me bañé en el arroyo gélido. Titiritando

Librodot

violentamente y con la carne crispada en mis huesos, corrí a la cabaña y me calenté junto al hogar.

No tomé nada de allí cuando partí. El cuerpo que Óptima me había dado, el hábito pardo de cáñamo y mis sandalias de junco bastaban. Y renqueé por el prado, ladera abajo, hacia los reinos mortales donde me aguardaba mi destino.

Mientras marchaba con dificultad, con los músculos y junturas doloridos por el esfuerzo de la noche anterior, las Cosas Salvajes me observaban. Zorros y conejos me espiaban desde la hierba alta. Los gansos graznaban sobre mi cabeza en su vuelo hacia los tremedales. El día brillaba glorioso —grandes nubes desmoronadas, la luz dorada del sol que refulgía en las espigas, bandadas de pájaros chirriando y arremolinándose en el aire perfumado— y yo avanzaba abatido, triste porque mi madre no estaba aquí, no estaría nunca ya para disfrutar de todo esto.

Me detuve para recuperar el aliento y rezar por ella. *Gran Madre, tuya era Óptima para que la tornases... y ahora no hay mayor libertad que la suya. Recuerda, sufrió para servirte. Si hay un camino al cielo, llévala allí ahora y guárdala donde todos estamos contigo en un mismo punto.*

Cuando alcé la vista, vi un joven de alta talla reclinado sobre un crestón de granito y con un nudoso bordón de madera apoyado en su cuerpo esbelto. Su cabello resplandeciente vibraba en la brisa como una planta marina carmesí y sus largos ojos ahusados eran verdes como los del unicornio. No era mortal, lo supe de inmediato, aunque portaba los opulentos atavíos de un noble mortal: una túnica azul de lino bordada con flores de oro, un cinturón de cuero rojo tachonado de plata y botas amarillas.

El extraño me ofreció su bastón. "Quizás esto te resulte de ayuda en el camino, abuelo", dijo en una voz tan hermosa y oscura como los rutilantes espacios del atardecer. Mis ojos pitañosos no podían verlo con claridad, pero supe entonces quién era.

"Tú eres un Síd", aventuré, aunque el sol era radiante y los Síd —los elfos locales— tienen cuerpos demasiado pálidos para ser vistos a la luz del día.

Una sonrisa maliciosa curvó las comisuras de sus finos labios. "Cierto", dijo. "Soy Príncipe Noche Brillante, de los Daoine Síd. Rey Alguien Sabe la Verdad me ha enviado para darte la bienvenida a nuestros dominios...y ofrecerte este don."

"¿Sabes tú quién soy?", interrogué aún incrédulo de que el Síd hubiese venido a mi encuentro en plena luz del día.

"Sin duda." Sus hoyuelos se agudizaron con la lucidez de su sonrisa. "Eres el demonio Lailokén, domado por la Gran Madre y Su devota sirvienta Santa Óptima hace un año y un día... domado hasta tomar forma mortal. Todos los Síd saben de ti y de tu famoso empeño."

Como demonio había trabajado a menudo con el pueblo elfo y su parentela en los muchos países que hostigué. Los romanos tenían sus Faunos, los griegos sus Nereidas, los egipcios sus Khepri y los súmenos sus Abzu. Yo había laborado íntimamente con todos ellos para hacerles la guerra a los mortales y a sus propios rivales élficos. Eran aliados útiles en mis conflictos con los reinos mortales porque vivían más que los humanos. Además, temían y evitaban a los ángeles, que se servían de ellos como obreros para fabricar formas de vida más substanciales y terrenas. Una y otra vez, les había seducido a trabajar para mí dotándolos de un poder que les permitiese desafiar a los ángeles y acrecentar sus propios dominios.

"Príncipe Noche Brillante", incliné la cabeza con deferencia, muy consciente de la vanidad de los elfos. "¿Cómo es posible que te alces ante mí bajo todo el peso del sol matinal?"

"Haces bien en preguntar, abuelo Lailokén, haces bien en preguntar." Se apartó del crestón de granito y blandió el nudoso bordón. "¿Sabes lo que tengo aquí? Es el Bastón del Árbol de la Tormenta. Su sombra es ancha como un hombre...y, a su sombra, lo invisible es visible. ¡Tómalo! Es el regalo de los Daoine Síd."

Unos pocos años antes, al instigar a los godos al saqueo de Roma, tuve ocasión de trabajar con los elfos nórdicos y sus dioses, los Æsir. Visité entonces su reino espectral y me mostraron el Árbol de la Tormenta, el Terrible, el Poderoso Pilar, Yggdrasil, que desparrama por encima de la tierra su mundo y liga los dominios de su reino con el mundo de los mortales y, bajo éste, con el ctónico Dragón. El poder de ese árbol sutil estaba tan densamente concentrado que rivalizaba con el de los ángeles. Recuerdo haber temblado de miedo ante la lunática complejidad de sus raíces, que parecían multiplicarse en la insondable noche, y el delirio de su enramada, que oscurecía la orilla de un vacío estrellado por el que se prolongaba a través de milenios. Como demonio, gocé de tan estrafalario poder. Pero ahora, como hombre, dudaba.

"Príncipe... me siento honrado", dije y retrocedí un paso. "Pero ¿cómo han llegado los Síd a poseer una vara sagrada de los poderosos Æsir, los dioses del Norte?"

"Robándola, por supuesto", respondió Príncipe Noche Brillante con orgullo. "Por el poder y la astucia de nuestro jefe, Rey Alguien Sabe la Verdad." Sus largos ojos malévolos se estrecharon. "No estarás rechazando un regalo de los Daoine Síd,; verdad, anciano?"

"En absoluto." Me incliné otra vez, tanto y tan humildemente como mi deformada espina dorsal me lo permitía. "Sólo pongo en duda mi dignidad. Como muy bien has dicho, he sido domado a una forma mortal. ¡Osaría algún mortal recibir un don tan poderoso?"

"Vamos, vamos, Lailokén. Tú no eres un mortal ordinario. Santa Óptima te dio a luz aquí, en el dominio de los Síd, y durante un año y un día hemos observado tu notable desarrollo como si fueras uno de los nuestros. ¿Y no lo eres acaso? Has crecido en nuestro suelo."

"Mi destino es hacer el bien entre los mortales", repliqué con candor.

"No esperamos menos del hijo de una santa. Y ahora ¿vamos a debatir qué es el bien?" La perspicaz sonrisa del príncipe se ahondó. "Lo que es bueno en el país de los Síd es el bien de los Síd. Somos hostigados por los Æsir. Destruyen a nuestra gente y roban nuestra tierra. Hemos estado en guerra con ellos durante cientos de años... y ahora la estamos perdiendo. Con el colapso de Roma y la pérdida de nuestros aliados Faunos, los Síd hemos sufrido terriblemente bajo la espada de los Æsir. Pero ahora, estás aquí. Sin duda, el nacimiento en nuestro reino de un ser tan poderoso como tú presagia grandes bienes para nosotros en contra de nuestros enemigos."

"Si tal es la voluntad de Dios", ofrecí con humildad.

"¡Bah! La voluntad de Dios lo abarca todo." La sonrisa de Príncipe Noche Brillante se desprendió de él y la intensidad animal de su verde mirada me heló hasta la médula. "¿Cuál es tu voluntad, Lailokén? ¿Estás con los Daoine Síd... o en contra nuestra?" Gesticulé, a través de la loca confusión del bosque, el claro y el prado, señalando la aldea, allá abajo en la neblinosa distancia. "Estoy con la gente."

Una sombra de su astuta sonrisa retornó al rostro elegante del príncipe élfico. "Una banda guerrera del pueblo de los Æsir avanza a través del bosque al norte de esa aldea, justo ahora. Vienen de asesinar al Rey Cos, tu abuelo. En dos días, esa aldea y todos los que en ella viven serán cenizas. Los labriegos que portaban ofrendas a tu madre serán huesos carbonizados y su carne desollada dará piel a los tambores del enemigo."

"¿Es verdad eso?", pregunté aterrorizado.

"¿Es verdad eso?" El príncipe élfico engalló la cabeza imitando burlesco mi

Librodot

incredulidad. "Tú me insultas, demonio. Toma el Bastón del Árbol de la Tormenta y ve a salvar a tu gente."

Me quedé aturdido. No esperaba que se me pusiera a prueba tan pronto. Pensaba que habría tiempo para vagar, para acostumbrarme a la vida entre los mortales. Apenas habían acabado de crecerme los dientes y mis ojos no veían aún con claridad. "No soy más que un anciano", protesté. "¿Qué puedo hacer?"

"Con semejante falsa modestia nunca vivirás lo bastante para hacerte joven." Príncipe Noche Brillante me alargaba el Bastón del Árbol de la Tormenta. "Tómalo. Haz lo que puedas."

Tomé el bordón de su mano pálida y se desvaneció. Incliné entonces la nudosa vara hacia donde había estado y reapareció, sonriendo perversa y profusamente. Cierto, mientras alzaba el palo, vi que no proyectaba sombra en absoluto. No pesaba nada y casi esperaba que flotase, cuando lo solté. Pero cayó, grave como el hierro y, al recogerlo y apoyarme en él, soportó mi peso con robustez.

"¿Qué puedo hacer yo para salvar la aldea?", pregunté deprimido. Como el príncipe elfo no respondió, moví el bordón de un lado a otro. No apareció y, aunque yo no lo sabía entonces, no volvería a verlo en muchos años.

Continué mi camino con el bastón en la mano. En el extremo inferior del prado, donde comenzaba la siniestra y densa oscuridad del bosque, pausé y volví la vista para mirar el camino recorrido. La mañana tremolaba en las ramas desnudas de los árboles de las alturas y oteé con añoranza las puertas sombrías de la foresta que tantas veces recorriera con mi madre. Luego me torné y, apoyándome pesadamente en el Bastón del Árbol de la Tormenta, avancé hacia el vallejo de los bosques bajos, confiando en que el coraje y el sol veterano me guiarían a través de la oscura maraña.

La fortaleza de Cos, una masiva construcción de madera que se remonta muy por encima de las palizadas, efunde humo en olas vastas, como una de las torres industriales que Lailokén ve a veces en sus visiones futuristas. Atrapados en las llamas, los defensores del fuerte no tienen más remedio que abrir las puertas y precipitarse a luchar. Visten uniformes —corazas de bronce sobre túnicas azules y cascos con carrilleras coronados por crines de corcel— y emergen en formación, con los peltastas y lanceros corriendo delante de las tropas armadas de espadas.

Los guerreros tormentosos, salvajes en su deseo de enfrentar esta pompa bélica y ganar esplendorosos trofeos, cargan contra los soldados monte arriba. En vanguardia están los berserkers, guerreros desnudos, recorridos de cicatrices, que dedican sus muertes al Furor; en sus manos poderosas portan hachas enormes que astillan los escudos enemigos de piel y madera como frágil corteza. Con gritos extáticos arrojan sus propios cuerpos contra las lanzas de los defensores, de forma que la ola de guerreros tormentosos que viene detrás irrumpa sin esfuerzo en las filas de soldados blindados.

A través de las olas y velos del humo del combate, llega el rey de Cos volando a caballo, blandiendo su martillo de guerra. Con su capa roja hinchada, su coraza de oro y su yelmo leonino centelleando a la luz ajironada del sol, ofrece una feroz estampa. Los invasores caen ante él, horrorizados ante su violento bridón de ojos y ollares inflamados.

Entonces, un berserker se arroja directamente sobre el monstruo y el corcel se tambalea y recula, arrojando el rey al suelo. Los guerreros tormentosos caen a decenas sobre él y, de pronto, la dorada cabeza del rey asciende al cielo en la punta de una lanza, arrancada la visera y expuesta la fija, torcida mirada de su rictus mortal.

El terrible visaje de su rey muerto quebranta el espíritu de los soldados, que se

Librodot

dispersan dementes por el santuario del bosque. Ávidos de trofeos, los invasores los persiguen, hachándoles las piernas y alanceándoles las ingles. Crueles, les arrancan la armadura mientras los cuerpos espetados de sus víctimas aún se retuercen en sus postreros estertores.

Otros guerreros tormentosos irrumpen sin miedo a través de la conflagración para pillar la fortaleza, violar a las mujeres o hallar esclavos entre los niños. Pero el fuego ruge con un ardor insoportable, superior al de las prendidas barricadas. Las reales estancias, los barracones y almacenes escupen llamas como hornos.

Las mujeres que han incendiado estos edificios se reúnen con sus críos detrás de la ardiente fortaleza, en las altas peñas sobre las palizadas. Agarradas una a otra, saltan unidas; su caída es un loco aleteo de velos y túnicas, y sus gritos negros son tamo al viento.

Lailokén se estruja los ojos cerrados hasta que la horrible visión se coagula en oscuridad. Una locura insondable e inmensa como el núcleo de un maelstrom tira de él, y abre de golpe los ojos y corre con espoleada furia a través de la lluvia fustigadora. Aunque nunca se ha encontrado con ellos, siente que conoce a esta gente a través de Óptima; son todo lo que él tiene de familia y acaba de verlos salvajemente destruidos. Huérfano, aúlla mientras el horror completa el invisible elemento de su dolor.

Ansioso de descender a las gentes de mi madre, de salvarlas si podía del destino de su rey, mi abuelo, me apresuré bosque a través hasta el lugar de su asentamiento. La gente de la aldea vivía en unas casas de ladrillos de arcilla de tres siglos de antigüedad... los últimos verdaderos ciudadanos de Roma. Como mi madre, hablaban y escribían un latín pasado de moda en Roma misma más de un siglo atrás. Eran la provincia del imperio, una reserva de la tradición, y aún se consideraban romanos civilizados. Vestían ropas romanas: túnicas con mangas y capas anticuadas los hombres y, las mujeres, la *camisia,* un corto y entallado corsé cubierto por una túnica talar. Profesaban la religión del Estado, la forma más temprana de cristianismo, en la que el edicto de Jesús de amar al prójimo exigía cumplimiento diario y literal, de modo que comunidades enteras vivían y trabajaban tan íntimamente unidas como familias. Y comían a la romana, vituallas cuyo mero aspecto os revolverían el estómago tales como *garum,* una salsa muy apreciada con la que rociaban todo. La preparaban alternando filetes de caballa con capas de sal de dos dedos de espesura en un contenedor hermético que luego abandonaban al sol durante días, hasta que el pescado se descomponía en líquido.

Cuando llegué a la aldea, los villanos me reconocieron enseguida como el anciano y santo varón que atendía a la eremita Óptima, y me bañaron y vistieron, y me ofrecieron una abundante comida de *pullum praedura,* pollo asado bañado en *garum,* y un plato adicional de *rapas sive napos,* es decir, nabos aliñados con una generosa porción de *garum.*

Comí con parquedad, esgrimiendo la sincera disculpa de que estaba acostumbrado a una dieta mucho más simple. La gente, amable y hospitalaria, me sirvió pan y miel. Después, rezamos todos juntos para conjurar la llegada de los bárbaros.

La aldea había trabajado como comunidad rural al servicio de una villa algo hacia el sur. La villa había sido abandonada cuarenta años antes, cuando partió la Legio XX bajo el mando de un cierto Magnus Maximus, comandante de los ejércitos británicos y pretendiente al trono de Roma. Tras la derrota de Maximus y su muerte en Italia, sus tropas se desbandaron. Nadie retornó a Britania y la villa próxima a nuestra aldea, que manos locales conservaron lealmente durante una generación esperando el retorno de sus dueños, cayó en desuso.

Librodot

Vi las ruinas desde un altozano de los alrededores. Viejas incursiones bárbaras habían destripado los edificios, pero los mosaicos de los suelos se conservaban en las estancias principales, y de las cuadras, graneros, jardines, atrios, quedaban las líneas esqueléticas de sus fundamentos en un paisaje arrasado por el invierno. La mayoría de los muros estaban derruidos.

Aquí y allá, asomaban las baldosas de los canales del hipocausto, el sistema de calefacción central, como restos de un dormido horno subterráneo. En pleno verano, estas ruinas quedarían reducidas otra vez a cerros verdeantes cubiertos de pasto.

Sin ninguna esperanza de hacer un alto entre los restos destrozados de la villa, urgí a las gentes de la aldea a retirarse hacia el sur, a esconderse en los bosques. Pero esta táctica les parecía insostenible. Los campos primaverales habían sido labrados ya y necesitaban atención, si debía haber cosecha estival y alimentos para el invierno siguiente.

Me ofrecí a tomar conmigo a los niños. Pero los más pequeños no se dejarían separar de sus madres, y las mujeres estaban decididas a resistir con sus hombres. Los niños más mayores se negaban a huir también. Pertenecían a una comunidad cristiana romana y estaban decididos a compartir con el resto el hado tal como compartían la fe. No había nada que pudiese hacer, salvo rezar con ellos y prepararme para combatir.

No tuvimos que esperar mucho. Temprano durante mi segunda mañana en la comunidad, mientras desayunábamos huevos duros con *garum,* sonó el grito del centinela. Aferramos las armas que teníamos a mano: estacas, palas, guadañas y hachas. Varios hombres contaban con las cortas espadas españolas usadas por las legiones y dos de ellos poseían rectangulares escudos romanos. Las mujeres y los niños se armaron también, pues la inmisericorde reputación de los bárbaros del Furor había quedado bien establecida siglos atrás... aunque ninguno de nosotros, aparte de mí mismo, había visto nunca un bárbaro hasta aquella terrible mañana.

Surgieron de los bosques septentrionales a pie, con paso tranquilo, y, al principio, pensamos que acaso eran un grupo pacífico que podía ser aplacado con vino del invierno y abundante comida. Pero cuando se acercaron, el terror asfixió tan insensata esperanza. Cada uno de los cuarenta guerreros semidesnudos, con parcas vestimentas de piel, que se aproximaba portaba un hacha arrojadiza y una lanza de punta férrea.

Aparte de las armas, no había dos bárbaros con los mismos arreos. Algunos tenían afeitados los lados de la cabeza y la parte posterior, y lucían hirsutos moños en el centro de la misma; otros se habían rapado del todo; aun otros mostraban largas melenas en trenzas salvajes empenachadas de plumas y adornadas con huesos. La mayoría tenía tatuado el cuerpo de verde y azul, lo que les daba una apariencia reptilesca, fantasmal. Unos pocos ostentaban restos de armadura ornada con los cueros cabelludos y fragmentos de las calaveras de los legionarios muertos.

Grotescamente llamativos con sus pinturas y tatuajes, sus retazos de pieles animales y uniformes romanos, nos parecieron una legión pagana surgida del infierno. Cuando por fin estuvieron lo bastante cerca para que viéramos, con horrible detalle, los costurones de las cicatrices que ellos mismos se infligían en brazos y hombros, uno de aquella abigarrada tropa, un guerrero cuyo casco de cuero lucía los cuernos de un toro, alzó un fémur humano convertido en flauta y entonó un elegíaco lamento. La horda salvaje bramó con júbilo rabioso y cargó.

Contando las mujeres, les superábamos a razón de tres a uno y al principio pensé que había alguna esperanza de hacerlos retroceder. Realmente llegué a pensarlo. Yo... un demonio. Yo, quien, como espíritu, me había gozado en la masacre y el carnaje. Yo, que creía que no podía menospreciar el mal. Yo preparé nuestra defensa y dejé que aquellos benditos labriegos fuesen al encuentro de los aullantes, bramantes guerreros del

Librodot

Furor.

Las hachas enemigas volaron en remolinos como el negro borrón de los murciélagos. Una de ellas partió el rostro del hombre a mi derecha, otra hendió el esternón del campesino de mi izquierda que, en las convulsiones de su muerte, aferró mi brazo y me arrastró al suelo como si quisiera llevarme consigo al otro mundo. Gritos heridos mutilaron el alba azul.

Bajas las lanzas, los bárbaros cayeron sobre nosotros, espetando a todo el que se les oponía. Vi a dos mujeres ensartadas en la misma pica. Aquellos que se derrumbaban no dejaban de retorcerse mientras las hachas hacían de ellos pedazos. A otros les reventaban el cerebro con sus propios miembros cortados. Los bárbaros cantaban jubilosos mientras, bajo sus sandalias ensangrentadas, lloraban criaturas destripadas, enredadas en sus propias entrañas derramadas.

Nada de lo que yo podía hacer ayudaba, mientras me debatía en el suelo. Rociones de sangre fustigaban el aire y me escaldaban el rostro. Me puse en pie tambaleante; una mano maciza me agarró del largo pelo y me arrojó de bruces contra el pecho abierto de una mujer caída, cuyo corazón palpitante rindió sus últimos, calientes espasmos junto a mi boca jadeante. Enmascarado de sangre, volví a levantarme y de nuevo una mano fuerte me agarró del cabello. "¡Contempla el terrible poder del Furor!", me gritó un guerrero al oído, y me tensé contra el mordisco de su hacha.

Mas nunca llegó.

Los bárbaros me empujaron de aquí para allá como un juguete, un débil anciano elegido por su éxtasis de berserkers para una muerte viva. Me arrastraron entre las cabezas cortadas y los torsos hachados tirando de mi pelo sanguinolento y me obligaron a contemplar el desuello de los cadáveres. Pedí a gritos que me asesinaran y la horda brutal, embadurnada de humanas piltrafas, rió. Y cuanto más gritaba yo, más dementes se tornaban sus carcajadas.

En el peor de los momentos, cuando me habían sentado en un trono horripilante de carcasas descabezadas con una capa de pútridas vísceras sobre mis hombros temblequeantes y una mano cortada coronando mi cabeza, el Furor mismo vino a mí.

Inmenso, de hombros como globos y untada su barba grande en la sangre de los cristianos muertos, se inclinó sobre mí y me miró. Su ojo único era de un azul argénteo como el de un lobo ártico y desde la cuenca vacía de su ojo perdido me observaba un pedazo de noche sin estrellas.

"Vine yo mismo en cuanto oí que eras tú, Lailokén", dijo el rey dé los Æsir con su voz honda y sonora pero amable. Su tono gentil me recordó que había entregado su ojo a un troll a cambio de un sorbo de la fuente del conocimiento. A diferencia de sus guerreros sanguinarios, él no era un bruto incivilizado.

"Tenía que ver por mí mismo que habías tomado forma mortal. Cuando mi magia arrojó por accidente un demonio al fango no tenía ni idea de que eras tú, viejo amigo. Tú me ayudaste a derrotar a los Faunos y ahora soy yo quien quiere ayudarte. Me siento responsable por tu situación y quiero liberarte, pero tu caída te ha vuelto loco. No osaré dejarte vagar por ahí, no ahora que te has puesto en contra mía. Y pensar que fuimos camaradas una vez. ¿En qué te has convertido?"

Traté de hablar, de decirle cómo había cambiado, pero mi carne aturdida no pudo hacer otra cosa que balbucir roncamente lo que había estado berreando todo el tiempo: "Acabad... conmigo..."

Su ojo plateado cintiló, divertido. "Lailokén, ni siquiera yo puedo matar a un demonio. En cuanto al mortal ropaje que te viste, creo que tu castigo por traicionar nuestra vieja alianza ha de ser portar esta cosa maloliente hasta que se te caiga de vieja y gastada."

Con su lanza masiva, apuntó al Bastón del Árbol de la Tormenta, que sus guerreros me habían cruzado sobre el pecho como un remedo de cetro. "Llevas una astilla del Terrible... una astilla robada por los quejicosos Síd. Guárdala. Que te recuerde siempre este día en que osaste alzarte contra mí."

Gruñí en mi miseria y él asintió. "Sí", dijo con su voz vibrante. "La vida mortal es algo miserable. ¿Por qué te ocupas en ella? y, peor, ¿por qué te preocupas por los Síd y los cobardes cristianos? Son razas condenadas. Como los romanos y sus Faunos, que devoramos juntos, estas gentes insignificantes están marcadas por la muerte. No pueden enfrentar mi poder. Sabes que es verdad." Sacudió su gran cabeza con tristura. "Un día fuiste un ser magnífico, Lailokén. Cómo me apena verte reducido a esto."

Entonces, me tocó la frente con la punta de su lanza y su maldición penetró en mí como locura. Todos los alaridos mortales de los niños destazados batieron sus alas carbonizadas contra el interior de mi cráneo. Las batieron salvajemente para hallar salida, hasta que pareció que mi cabeza estaba a punto de estallar. Mis ojos lucharon con los límites óseos de mis cuencas y mi garganta se hinchó, estrangulada por un grito demasiado grande para forzar su camino al exterior. Chirriando insanamente, permanecí sentado en el trono de la muerte y contemplé al dios asesino recorrer con grandes zancadas el cadáver mutilado del mundo.

El Furor marcha orgulloso a través de los campos de trigo devastados y los restos destripados de las villas y aldeas. Le alivia haber localizado al demonio que su magia arrojó a la Tierra. Sorprendido como estaba de hallarlo encarnado en forma humana, le satisface ahora haber cauterizado la mente del demonio visitador. Sin mente, no puede haber magia. Sin magia, se acabó la amenaza para los planes bélicos del Furor. Teme sólo de pensar qué estragos podría haber causado este demonio libre de su prisión mortal. Y tal es la razón de que el Furor no lo matase. Lailokén es un problema mucho menor enclaustrado en carne y huesos que revoloteando libre sobre la faz de la Tierra, desenfrenados sus deseos rabiosos.

Como en otro tiempo, durante su guerra contra los Faunos, la magia del Furor evoca la ayuda de los demonios. El solo sortilegio obrado la Noche Ancestro le asegura la lealtad de los Habitantes Oscuros de la Morada de Niebla. Demasiado bien sabe que, sin este hechizo, los demonios lo destruirían tan pronto como a cualquier otra forma de vida. Pero su magia es fuerte. Tiene el poder combinado de nueve dioses, que duermen ahora en la Rama del Cuervo esperando noticias de conquista para retornar a la plenitud de sus vidas en el Gran Árbol. El Furor está decidido a no traicionar la confianza que han puesto en él, a quien llaman el Padre de Todos, y vigila con atención a los cuatro Habitantes Oscuros.

Cada demonio se le aparece como una humareda de negra ceniza arremolinada en torno a un filamento de voltaje violeta. A veces, los torbellinos de ceniza asumen rostros. Los demonios son proteicos y pueden mostrarse con cualquier forma, pero siempre brilla en ellos ese alambre de electricidad violeta, una espina de luz negra.

Sabe también que no carecen de nombres —Azael, Ethiops, Ojanzán, Bubelis— y que, juntos, sus vidas son fraternas. Los cuatro reclutados por su magia trabajan en equipo para él. Los ve titilar como tornados sobre los lugares donde se concentra su guerra de conquista. Londinium, la gran ciudad amurallada que parapeta el río más largo de las Islas Occidentales, ocupa a dos de los demonios. Los otros dos erran por la campiña, siguiendo las viejas vías romanas —Watling, Akeman y Fosse Way—, para localizar pueblos vulnerables y fustigarlos con pesadillas y presagios de la masacre por venir.

Con los Habitantes Oscuros ocupados en inspirar terror a los britones y manteniéndolos divididos en la multitud de pequeños reinos que quedó tras el colapso de los Faunos, el Furor confía que sus guerreros tormentosos puedan arrasar estas islas en poco tiempo. El haber neutralizado al canallesco demonio se le antoja simbólico al dios de la guerra, un augurio de que las Islas Occidentales caerán bajo su dominio sin resistencia organizada.

Silbando una tonadilla airosa, marcha de las altas y boscosas tierras del norte a los acantilados calcáreos del sur, contento porque pronto volverá a probar el hipnótico vino dorado de las manzanas del ocaso.

Erré durante años por los bosques de Cos, demente, entonando un balbuciente canturrear, cotorreando incoherencias acerca de los asesinos, tambaleándome enloquecido y desmelenado por oscuros corredores entre árboles gigantes, arrastrándome como un espectro hasta los más solitarios cubiles de los lobos, dejando jirones de ropa, pelo y carne en la maraña espinosa de la maleza, y clamando con voz atemerada a las sombras palpitantes: "¡Muerte, hambre, dolor... no hay paz! ¡Paz no hay! ¡Odio, miedo, plaga... no hay paz! ¡Paz no hay! ¡El mundo es una furia! "Y los muertos seguían muertos, y los bárbaros proseguían su labor de aniquilación.

Cuando por azar emergía a veces del bosque, veía escalas de humo negro ascender al cielo desde una aldea o villa entregada a las llamas por el Furor y creía poder oír las tristes endechas de los muertos que trepaban peldaño a peldaño a las alturas... y no al cielo, como los ignorantes mortales suponían. Bien sabía yo que no era el Cielo lo que esperaba a estas almas sobre el azul del empíreo. Bien sabía que ahí arriba existe sólo la noche eterna y el frío del vacío. Los espíritus trepaban no al cielo sino al mismo olvido en que cae la araña aplastada o el desollado animal.

"El cielo es un recuerdo olvidado", cantaba yo, arrojándome otra vez al maníaco tumulto de alborotados sarmientos, a las miasmáticas raíces de los árboles y a la infernal oscuridad de los viejos bosques. "Recuerdos olvidados... olvidadas vidas... olvidadas muertes... olvidados sueños... hambre olvidada... olvidado dolor..."

En invierno, me envolvía en la piel de bestias muertas. Prendía fuego en tarugos muertos con yesca, y miraba y miraba con fijeza las sangrantes heridas de las llamas, las titilantes vidas de las ascuas y pavesas, contando sus fúlgidos, fugaces momentos mientras se pustulaban de oscuridad y retornaban al frío.

Comía sólo cosas muertas. A menudo, los venenos de la putrescencia me dejaban doblado, retorcido de agonía en el suelo del bosque. En esas ocasiones, horas de náuseas violentas me rompían los pulmones, y la sangre salpicaba mi rostro y mis brazos, hurtándome toda fuerza para levantarme y continuar con mi agria arenga. A veces, faces como de perros sarcásticos miraban desde el cielo, espiándome a través de las rendijas en el dosel del bosque. Mis viejos compadres... los demonios.

Cacareaban con deleite ante mi sufrimiento. "Pobre Lailokén...", se burlaban. "¿Eres feliz, hermano, ahora que has encontrado a Dios? ¿Cómo está la Gran Señora, por cierto? ¿Ha hablado contigo últimamente? Transmítele nuestros mejores parabienes cuando la veas, ¿de acuerdo? Y asegúrate de decirle que no nos olvide. También nosotros vamos tras Ella. Queremos ser nuestros propios padres también... igual que tú, querido. Sí, parece tan virtuoso y satisfactorio lo que estás haciendo, Lailokén, arrastrarte por todo el suelo del bosque con las lombrices y gusanos, vomitar las entrañas, comer carroña, arrojar semejante sabiduría, hacer el bien a toda la humanidad. Cuando La veas, asegúrate bien de decirle que queremos montarla igual que nuestro buen colega Lailokén." Y me infligían obscenidades aun peores que éstas.

Librodot

Pero no tiene sentido que repita semejantes locuras. Ya sabéis lo viles que son los demonios. Yo los ignoraba. Aun en el clímax de mi demencia, recordaba que la punta de la lanza del Furor me había tocado la cabeza. Yo había asumido en mí mismo su locura. Y al modo del Furor, quien para lograr sabiduría colgara del Árbol de la Tormenta cabeza abajo en torturada ofrenda de sí, yo era un sacrificio sobre el verde altar del verano y el blanco altar hiemal. Yo era un sacrificio por los asesinados, por los enfermos y los dañados, por todo lo roto y sufriente.

Pero no me malentendáis. Yo no era un mesías. Mi madre me lo había dicho de la forma más descarnada y yo no lo había olvidado. No estaba aquí para redimir el mundo, como decían mis compadres en sus chanzas. No me engañaba en absoluto y sabía que no era sino un demonio nacido de una mujer santa, tocado en la testa por el dios de la destrucción.

Maldecido por el Furor, vagué desvariando por los bosques de Cos año tras año, creciendo en juventud y salvajismo. En una ocasión, me hallé en el prado elevado donde Óptima me trajera a esta vida mortal. La cabaña que habitara había sido desarmada por las estaciones y sólo un absurdo, sucio montículo quedaba de aquel hogar de rudas piedras.

En vano busqué el altar de los verdes y lisos guijarros del río, barrido por algún legamoso torrente primaveral. Pero el hayedo de árboles cobrizos persistía. Me arrodillé junto a la tumba de mi madre en las nieblas del otoño y bajo las alas floridas de las hayas. Cada vez que mis errancias sin rumbo me llevaban a su tumba, me arrodillaba allí y mi locura remitía brevemente, lo bastante para rezar: *Gran Madre, tuya era Óptima para que la tomases... y ahora no hay mayor libertad que la suya. Tómame a mí también. Éste es un mundo de muerte... y no hay profecía más triste.*

Naturalmente, Dios nunca respondía a mis plegarias, pues yo seguía vivo. A pesar de los estragos del invierno y los tremendos abusos de mi locura, yo vivía. Una vez, no obstante, con la noche púrpura a caballo de la luna nueva, levanté los ojos desde mi plegaria para ver al unicornio quieto sobre la tumba. La bestia de larga crin alzó su noble cabeza ante mi mirada salvaje y llamearon sus ollares. Mas no huyó.

Me incorporé y extendí una mano amoratada y temblorosa. Al tocarlo, la electricidad del unicornio zumbó a través de mí y en mi cerebro eclosionaron capullos del cielo. Su fragancia curó mi demencia. Retorné de golpe a mis sentidos y el crepúsculo trepidó alrededor con la vibrante claridad de una tañida campana. Toda mi furia pareció absurda. Mi locura había derrochado una energía de la que el mundo estaba terriblemente necesitado. Ése era el triunfo del Furor: negar al mundo el bien, cualquiera que éste fuese, que yo podía aportarle. Parecía tan fácil deshacerse de aquella locura.

Entonces, el unicornio resopló con un sonido cromático y partió a la carrera. Al instante, las fieras estrellas se aceraron en su oscuridad y yo me hallé solo otra vez con mi locura. Los gritos de los niños muertos me torturaban.

Me precipité a la noche del bosque tras el unicornio, pero éste desapareció como niebla en aquellos tensos, prietos espacios. Y caí de rodillas, solo, con los cuchillos de los gritos apuñalándome. De rodillas y solo con toda cosa muerta; de rodillas y solo con toda criatura herida.

En los días y lunas por venir, erré titubeante de un sueño sin ensueños a otro, predicando a los árboles mi evangelio de pesadillas. Hablé a voces de mi primera vida como demonio y mis numerosos estragos... los muchos mundos destruidos por mi mano, los imperios aplastados, las vidas mutiladas.

Las estaciones buscaban sus contrarias y el tiempo fluía.

Librodot

Bleys ve vacilar el espectro de Lailokén como un espejismo tremolante y desvanecerse. Sobre él, se cierra el ojo de la tormenta y los chicotazos del rayo se arbolan sobre las nubes de plata como encinas desarraigadas del cielo. La lluvia pasea el bosque.

Lo que el inmortal ha presenciado lo colma de emociones voluptuosas que él, de inmediato, ignora. Aunque puede sentirlo todo, tiene sitio en su corazón para un solo deseo. Así que se aparta del vacío calvijar y de todos los sentimientos provocados por lo que ha visto para seguir el rastro del unicornio. No estorbado por límites mortales, irá tras la bestia cornada por las verdes honduras del verano y a través del cuerpo anaranjado del otoño hasta la muerte luminosa del invierno mismo.

Aquel invierno, vagué por nieves ígneas lanzando mis profecías al viento del norte. "El anciano Lailokén es un espíritu que ha osado desafiar la muerte. Su enfermedad es su vida. Mas con el deshielo primaveral, por fin sanará."

Yo pensaba honestamente que mi sufrimiento se acercaba a su fin. Mi hambre no trabajaba ya y me había vuelto escuálido como un conejo en la piel y los huesos. El prodigioso amor que rendía a la muerte había crecido tan por encima de mi locura que había llegado a convencerme de la extinción casi absoluta de mi tiempo como mortal.

La oscuridad me hablaba amablemente. Ofrecía su bendición. Y una noche serena, fría como el espacio, con sus vibrantes estrellas estallando sobre el bosque helado, los chillidos de los críos que me acosaran durante años quedaron reducidos al aullido de los lobos. La belleza sobrenatural de su música detuvo mis ciegos vagabundeos, me senté en la nieve quebradiza y escuché.

Escuché el silencio en la oscuridad entre sus gritos recurrentes y me complació. Los niños moribundos habían muerto al fin. Había dejado de ser su testigo. El silencio entre las endechas espectrales de los lobos se estrechó. Se hacían más próximos. Pronto estarían sobre mí y sus mandíbulas delirantes acabarían con mi patético tránsito por la vida mortal. Deposité mi bordón en la nieve aún no hollada ante mí, marcando el límite de mi viaje demencial. Aquí, me detuve.

Como humo se filtraron los lobos desde la tremenda oscuridad del bosque y fluyeron hacia mí a través de aquella virgen extensión de nieve. Los esperé lleno de gratitud, admirando el suave deslizarse de sus pasos mientras ellos rehilaban y zigzagueaban en la noche pespuntada de estrellas. En pocos momentos estarían sobre mí; vería sus rostros encolmillados, enmascarados por las sombras; vería sus cuerpos esbeltos saltar, danzar, observarme, escrutar a su escuálida presa.

Cuatro de ellos osaron lanzarse directos hacia mí y, en cuanto hubieron cruzado el Bastón del Árbol de la Tormenta, se elongaron en las sinuosas figuras espectrales de los demonios.

"¡Lailokén, viejo loco!", carraspearon. "¡Bienvenido otra vez! Te añorábamos."

Los cuatro demonios se acuclillaron ante mí, los mejores y más próximos camaradas de mi vida como espíritu: el elegante Azael, el bufonesco Bubelis, el narigudo Ethiops y el lúcido Ojanzán. Sonreían sarcásticos con dicha no contenida.

"Bien, ¡vuelve de una vez!", saludó Bubelis con su estilo típicamente ridículo y su cabeza enorme, inflada, martillesca, cayendo hacia atrás en potente carcajada.

"Tienes un aspecto miserable", gruñó Ethiops. Y eso que él mismo era una buena aparición: una entidad viscosa, caribabosa, tan alechugada y con tantos tentáculos como el bajo vientre de una medusa.

Ojanzán le dio un codazo y me increpó: "Pero te ha ido bien, ;no?" Su carcasa

Librodot

quitinosa, con su horrenda confusión de partes de cangrejo y un abstracto rostro arañil, se cernió sobre mí. "Ahora ya sabes lo patético que resulta ser un asqueroso saco de tripas, una boca hambrienta y un sangrante poro rectal y toda la mórbida porquería entre medio. Valió la pena, ¿cierto?"

"En verdad", intervino Bubelis. "Estoy seguro de que nos recomienda a todos la experiencia."

"Hicimos lo que pudimos para librarte de esto", me aseguró Azael. Como una negra anguila flagelante, danzaba tenebroso entre los otros con los contoneos de su forma viperina. "Hemos tratado de liberarte de esta trampa... pero ahora trabajamos con el Furor. Es un personaje útil para acabar de barrer al resto de los Faunos, pero es viejo y no durará mucho más. Tenemos que servirnos de él mientras podamos. Entiendes, ¿no? Nos mantiene ocupados. Y las raras ocasiones en que gozamos de tiempo libre y quisimos encontrarte, los carroñeros nos lo impidieron una y otra vez."

Carroñeros es nombre que los demonios damos a los ángeles, porque pierden el tiempo en el cieno asistiendo y promoviendo la vida, esa nauseabunda abominación que emergió del lodo cósmico y que debe comerse a sí misma para sobrevivir.

"La vida es una enfermedad", se burló Bubelis. "Pero no temas, amigo. Hemos dispuesto la cura."

"Necesitas la cura", insistió Ethiops. "Fuiste un tonto al oponerte al Furor, solo y en un saco de tripas. ¿Qué esperabas? Supongo que imaginabas vencerlo con tu hedor."

"Ahora trabajamos para el Furor contra la nueva pasión de los carroñeros, la boba cosa cristiana", trató de explicar Ojanzán. Pero yo escuchaba vagamente, pues estaba en trance por el palpable poder de su presencia. Las bramantes voces de los niños habían partido revelando un blando, siseante silencio —mi sangre en sus circuitos—, desde el que flotaba la voz de mi camarada abandonado: "Ya quebrantamos este culto en otro tiempo, Lailokén. Recordarás cuando adoraban a aquel dios torturado y resurrecto, Attis-Osiris, en Micena y Egipto. Los hostigamos en Persia también. Allí los veías arrastrarse ante Mitra con su mensaje de sacrificio divino y amor. Cristo es vino viejo en saco de tripas nuevo. La misma alucinada borrachera de entonces instigando a la gente a amarse los unos a los otros. ¡Amor! ¿Puedes imaginarte a los sacos de tripas amando algo distinto de su propia hambre? Los carroñeros están cada vez más desesperados, digo."

"Jeremiadas... jeremiadas", se enzarzó Bubelis. "No está escuchando."

Miré a mis viejos amigos con lágrimas en los ojos. Eran tan fuertes y majestuosos, eran seres tan poderosos. Apenas podía creer que un día hubiese pertenecido a sus legiones. Típico de nuestra rabia contra el absurdo de la existencia en el vacío, habíamos asumido formas horribles y calamitosas. Era nuestro modo de protestar contra los ángeles y sus esfuerzos desesperados de dignificar la monstruosidad de la vida. Pero aun en estas formas viscosas, grotescas, los demonios presentan una nobleza que desmiente su mascarada. Son pura consciencia, no se someten a ninguna forma en absoluto y una fe implacable los obliga a honrar sólo el inefable ser de nuestro celeste origen. Por ello, son dignos del respeto de todos. Y en mí en particular, al haber servido en sus filas, evocaban una tortuosa nostalgia que se desgranaba en lágrimas.

"¡Basta de gimoteos, Lailokén, y habla!", exigió Ethiops.

"He estado con Dios", logré croar. "Estuve con Ella en la matriz de Óptima. Así es como llegué a este cuerpo."

"¡Oh, maldita sea!", gruñó Ethiops y apartó su cara de babosa. "¡Desvaría!"

"¡No estoy loco!", grité. "Pensadlo bien. ¿Por qué yo, el fuerte y capaz Lailokén, estaría contento en un saco de tripas, si no fuera porque Ella me puso aquí? ¿Cómo habría llegado hasta aquí, por otra parte? ¿Alguno de vosotros puede hacerse mortal?"

Librodot

"¡Yek!", escupió Bubelis. "Para ser cieno, uno tiene que comer cieno. ¿Quién podría resistirlo?"

"¡Es un truco!", rugió Ethiops. "Los carroñeros han encontrado un truco para meternos en sacos de tripas. Te han engañado."

"¡Vámonos... vámonos... vámonos!", protestó Bubelis. "Esto es demasiado horrible."

"Sí", coincidió Ojanzán. "Dejádselo a los lobos. Retornará a sus sentidos en cuanto le desgarren la carne y lo libren de esa porquería."

Traté de hablar, de decirles que había encontrado a Dios aquí en la carne, pero las burlas ruidosas de los demonios asfixiaron mis palabras.

"¡Tozudo idiota!", lamentó Azael. "Mírate. Estás ahí, dentro de una repulsiva *criatura.* Los venenos de ese saco de tripas te han torcido el entendimiento."

Los demonios se retiraron, se hicieron lobos de nuevo ante mi mirada confundida y la jauría, que había estado moviéndose nerviosa alrededor, se cerró para acabarme. Involuntariamente, avancé para alejar a las bestias. El jefe de la manada me puso los colmillos en el brazo y grité y me debatí bajo el dolor lancinante.

El olor de la sangre y mi grito herido provocaron el frenesí de los demás. Los lobos saltaron sobre mí, latigando con sus garras, hincándolas en mi piel con rostros infernales. Ante aquel ataque feroz, aquel rugir y fustigar de un ardiente dolor, me venció el pánico. Me retorcí aterrorizado bajo la voracidad de las bestias y concentré toda mi fuerza mortal en un último, doliente alarido.

En aquel instante, mi grito explotó en un bramido más vasto, la carga de una fiera inmensa y terrible. Los lobos me abandonaron de un salto, revirando y cayendo con aullidos quebrados, chapoteando en la nieve frenéticos. El unicornio emergió de la oscuridad en un ataque veloz como el viento y con chorros de espuma plateada brotando de sus cascos. Galopó a través del campo amortajado llevando la jauría ante él en huida desenfrenada, hasta que los gritos de los lobos se disolvieron en la noche.

Compasivo, el unicornio retornó a donde yo yacía y permaneció junto a mí, ronroneando como un tigre. Luego se tumbó a mi lado en la nieve y el calor de su cuerpo magnético me empapó con el amor despiadado y la dicha serena del cielo. Traté de sentarme y examinar mis heridas; traté de elevarme por encima de la paz irresponsable de aquella calidez fabulosa, arcana. Pero no podía moverme, porque ninguna fuerza es comparable a la clemencia del cielo.

Librodot

YGRANE

Las ramas heladas de los árboles tintinean como el cristal en el aire cero. Bleys no siente el frío, no deja huella en las estriadas capas de nieve. El unicornio lo espera al otro lado del claro, casi invisible a la luz furiosa que se refleja desde la blanca hondonada del calvijar. Permanece quieto, vuelto hacia atrás, junto a un caballón de nieve en el que, visto desde más cerca, Bleys reconoce el cuerpo abatido de Lailokén.

Bleys duda, se pregunta qué truco es éste. Luna tras luna ha seguido al unicornio por estas tierras altas y ni siquiera ha llegado a vislumbrar a Lailokén desde que el fantasma del demonio se desvaneció, en verano. Se aproxima con cautela, temiendo que el Dragón lo aceche allí mismo.

Lailokén parece un espectro. Está envuelto en pieles carambanadas y erizadas de hielo; su piel es de un gris casi incoloro; el pelo y la barba blancos parecen meros matices del banco níveo donde yace. Su rostro tiene el aspecto de una máscara, con los bigotes, la nariz y las cejas escarchadas.

Está moribundo, comprende Bleys. Vivo aún sólo porque el unicornio lo mantiene contra el frío mordiente. El filamento de poder violeta del demonio riela, preparado ya para librarse de esta carcasa congelada.

Tras asegurarse varias veces de que el claro no se halla sobre una fisura en la costra terrestre a través de la cual pueda atraparlo el Dragón, Bleys avanza. Solidifica su ondaforma asumiendo su figura física familiar, pero decide vestir esta vez ropas invernales para no asustar al demonio en su primer encuentro. Además, concentra parte de su poder en la forma de una gema: un rubí oscuro como sangre que se coloca en la cabeza, en la cima de un gorro redondo. Con éste, puede transferir fuerza lenta pero firmemente al hombre endeble, en caso de que el demonio esté demasiado débil para un influjo de poder por contacto directo.

El aire inmaculado se serena como los astros en torno a Bleys cuando penetra en el calvero. La nieve se quiebra bajo sus botas de piel. Procede despacio, pausando no sólo para prevenir la presencia del Dragón, sino para hacerse ver por Lailokén y el unicornio. Lo necesitan. El Ch'i-lin no lo habría traído hasta aquí de otro modo. Ni gastaría energía en derretir la nieve alrededor de esta extraordinaria entidad, como hace ahora mientras el alquimista se acerca. Lo necesita para mantener con vida a este siervo de los Señores del Fuego y tal acto le confirma a Bleys que su presa es un aliado de los ángeles.

La fuerza requerida para cuajar esta forma física deja poca energía para la comunicación directa, telepática. Bleys deberá servirse de la lengua bárbara lo mejor que sepa. De hecho, lo prefiere porque así podrá evitar un contacto demasiado íntimo con la mente del demonio. No puede ni imaginar qué peligros abismales acechan en ella. Mantener una respetuosa distancia de este ser cósmico parece lo más prudente, y busca dentro de sí las palabras extranjeras que necesitará para hacerse entender.

En la roja alborada, desperté para hallarme al abrigo del unicornio, con mis heridas plenamente curadas. La nieve se había fundido alrededor dejando un círculo amplio y perfecto, y la húmeda hierba arcillosa olía a primavera. La mañana era calma y clara, y podía ver en el campo nivoso el rastro violento de los lobos que me habían

Librodot

atacado la noche pasada. Allí de pie, en la sombra azul de un hondo y seco banco de nieve que el primer golpe de viento se llevaría, había un hombre pequeño y flaco. Vestía una chaqueta negra acolchada, orlada de carmesí, con un cuello duro ajustado a su garganta escuálida y que le rozaba el blando mentón, del que colgaban tenues, largos mechones blancos.

El unicornio se levantó y su resuello olía como el mar. Su eléctrica proximidad disminuyó y me senté para verlo caminar suavemente hasta la nieve y partir al galope bajo la roja oriflama de la aurora. Al irse, retornó mi locura, los alaridos asesinados, el inextinguible dolor, y aquel aullido demasiado grande para poder surgir de mi garganta estrangulada.

Me volví hacia el extraño, enfurecido por su intrusión, y él se acercó a mí. A medida que se aproximaba, noté el color canela de su complexión y los crecientes invertidos de sus ojos diminutos. Sin duda, venía de la lejana Cathay. No había visto un asiático de pura raza desde que mis cohortes y yo expandimos terror y anarquía en el Reino Medio durante el infame periodo de los Estados Beligerantes, un millar de años atrás.

El extraño, cruzados los brazos bajo las mangas, se inclinó y columbré un rubí en la cimera plana de su gorro negro y redondo. Y me sorprendí de que un hombre de apariencia tan frágil hubiera sobrevivido a un viaje tan largo desde su tierra con gema semejante a la vista. Pero en aquel entonces, por supuesto, sabía mejor que nadie que las apariencias no son siempre lo que aparentan.

"Tú me llama Bleys", se presentó el extraño con su peculiar jerga latina. "Yo siendo un errante de un país lejos."

"Han, diría yo", respondí esforzándome con ahínco en impedir que el grumo de mi locura estallase en voz. "Del Reino Medio, lejos al oriente de aquí. Pero Bleys no es un nombre de Han, ¿verdad?"

Bleys se mostró levemente sorprendido. "Um-hum, verdad, verdad. Yo tomo un nombre en Cathay, un nombre en Galia. Nombre Cathay, Yeu Wei. Nombre Galia, Bleys. "Tornó a inclinarse como en reconocimiento de mi perspicacia. Luego, con las rendijas de sus ojos bajas, dijo: "Lamento debo preguntar un tipo tan anciano y noble como tú... pero debe preguntar ¿cómo conoces el Han?"

Mi locura macizó mi lengua. "Mi historia es demasiado larga", articulé.

"Éste, hombre paciente", replicó Bleys. "Ah, pero no, no puede hablar. Tú malo, ¿hah? Cansado mucho para charla, ¿hah? Quizás este uno puede ayudar. Este uno mucho ayuda para enfermo y cansado. En Cathay antes, éste puede ayuda mucho enfermo y mucho cansado."

Lo rechacé con un gesto débil y, luego, incapaz de contener mi insania un instante más, empecé con mi retórica habitual: "¡Voces carmesí! Las voces de los muertos gritan a través de mí a la solitaria Dios. Y, os aviso, ¡Ella llora también! Voces carmesí derraman su sangre a través de mí y la sangre abandona la vida. ¡Nyah! ¡Nyah!" Comencé a chirriar mientras el frío me penetraba más y más, y las palabras se tornaban quebradizas, se rompían en meros sonidos.

El ámbar del rostro de Bleys pareció volverse de pronto más brillante. "Loca cabeza, ¿hah? Loca lengua, ¿hah?", dijo con una amplia sonrisa que revelaba pequeños dientes perlados. "Éste puede prueba mejor. Loca cabeza por lo que éste mira-ve y aprende, aprende, ¡aprende! ¿Entiende? No, ¿hah? No importa. Este uno usó loca cabeza. No problema. Aquí, este uno hace rápida ayuda para ti, viejo hermano."

Bleys penetró en el círculo de hierba húmeda, me puso sus manos huesudas en la cabeza y con sus duros pulgares presionó las comisuras de mis ojos. Sentí como si un espejo se rompiese entre mis orejas, un millar de fragmentos de sol que tajasen las voces

Librodot

en mi interior y dejasen sólo silencio.

"¡Hah!", exultó Bleys. "Esto más mejor."

Me senté apoyado sobre los codos en la hierba aguanosa y miré hacia arriba, las nubes arreboladas y el silencio del invierno. Silencio... ¡por primera vez en años! Solté incrédulas carcajadas. "¡Has roto la maldición del Furor! En el nombre de Dios... ¿cómo?"

Bleys se encogió de hombros y plegó los brazos sobre su cuerpo. "No gran cosa."

"Pero ¿cómo?", inquirí. No podía imaginar qué tipo de mágica entidad era esta persona... ¿Un carroñero disfrazado, quizás?

"Cierta historia larga, también. Pero primero, mayor hermano dice historia", ordenó antes de sentarse.

Así que se la conté. Mientras el sol se encaramaba a la cresta del bosque circundante, escuchó con avidez; y durante todo ese tiempo, a pesar del viento del alba que hacía crujir las ramas nevadas y de los bancos de nieve que reptaban por el campo abierto hasta los árboles, el frío no llegó a tocarnos. Cuando hube terminado, el vagabundo chino dio una palmada, con fuerza.

"¡Un demonio!", delató su dicha. "¡Ha, ha! ¡Este uno sabe! Te oído hablar. Yo bien mirado ya y este uno sabe tú no ordinario vulgar. No ordinario vulgar duerme junto Ch'i-lin. Deja este te dice: ciertos años este uno cansa de cazar esa criatura. Cansa de cazar por medio mundo. Donde puedo encuentra Ch'i-lin, este uno va... pero nunca cerca bastante."

"¿Ch'i-lin?", pregunté burlón. "Querrás decir el unicornio. Dime, pues, ¿qué te empuja a perseguirlo?"

"Este uno estudia mucho. Estudia... al-qui-mia."

"Alquimia", repetí. "¿Conoces la alquimia?"

Asintió vigorosamente. "Conozco mucho alquimia. Logro inmortal... más mejor camino al cielo. Sí. Demonios no saben qué alquimia. Ángeles saben, Lailokén. Pero ángeles van no. Quedan aquí. Aquí quedan, trabajan sí y sí para más mejor..." Buscó la palabra adecuada.

"Salvación", dije. "Eso es cierto, los ángeles laboran para la salvación de todos y cada uno de nosotros."

"Sí, sí. Sal-va-ción. Angeles número uno. Mucho iluminados... *bodhisattvas.* ¿Comprende?"

"Bodhisattvas... sí, aprendí acerca de ellos en la India: los que quieren salvarnos a todos antes de salvarse a sí mismos."

"Sí, sí. Pero este uno no *bodhisattva",* dijo Bleys tocándose el pecho con el dedo. "Este uno sabe mucho alquimia. Ya encuentra camino a cielo inmortal. Este uno puede ir." Me observó penetrantemente en espera de mi reacción.

"¿Puedes hacerlo?", inquirí, creyendo ya que este hombre extraño y afable que había roto la maldición del Furor podía hacer cualquier cosa.

"Sí. Este uno puede montar Ch'i-lin... uni-cor-nio tú dice. Montar unicornio para viajo a cielo."

"El unicornio te llevará al cielo, si lo capturas. ¿Es eso, Bleys?"

"Ey, mucho corre. Muchos miedo viaje. Este uno no miedo. Este uno caza unicornio como cuando joven. Caza Ch'i-lin, muchos años en altas grandes montañas, al oeste de hogar, al este de esto. Allí Ch'i-lin viene visita. Ch'i-lin tiene dos cuernos. Este uno corta un cuerno, hace bebida para magia alquimia. Magia bebida cambia el cuerpo..." Golpeó su angosto pecho. "Alquimia magia cambia cuerpo no puro en oro. ¿Sí? No oro moneda. Viento-oro. ;Sí?" Golpeó su flaco pecho otra vez. "Cuerpo oro. No muerte. No enfermo. No hambre."

Lentamente, empecé a entender lo que quería decir: había usado el cuerno del Ch'i-lin para transformarse en oro astral, inmutable, incorruptible, e insubstancial... ¡un cuerpo de luz! "El elixir del cuerno te ha hecho inmortal, ¿cierto, maestro Bleys?" Pregunté, examinando si su forma parecía de algún modo insubstancial.

"Sí, sí. In-mor-tal. Sí, sí. No muerte para este uno. Ey, pero este uno no maestro para ti. Maestro para ninguno este uno."

Mi pecho se infló de risa. "No eres maestro de nadie excepto de ti mismo, ¿eh?", le sonreí malévolo. "Si lo que dices es cierto, Bleys, tú eres el maestro de todo demonio o mortal que busque el camino al cielo."

El diminuto alquimista sacudió la cabeza. "No, no, Lailokén. Este uno no *bodhisattva.* No puede salva nadie. Salva este uno. *Sólo* este uno. No avaro, sólo muy pequeño, muy cansado para salva a todos. No puede salva mundo. Ángeles para eso, y este uno sólo uno hombre... pero eso. Este uno *uno* hombre, no tipo insecto, no tipo planta, no tipo roca. Uno hombre y mucho trabaja para caza a Ch'i-lin, hace inmortal. ¿Ves? Ayuda ángeles... hace uno menos trabaja ellos."

"Y así, ¿persigues el unicornio por su cuerno?", pregunté. "¿Para hacer tu elixir?"

Cintilaron las hendijas de sus ojos, negras como pedazos de noche mallados de estrellas y sin muestra de blanco. "Largo tiempo hago y bebe e-lixir. Este cuerpo puro oro-magia... cuerpo de luz."

"De modo que lo que veo ante mí... este cuerpo de luz... ¿no puede ser perturbado por el tiempo y los elementos?" Alargué una mano para tocarlo y, como él no pusiera objeción, presioné su pecho con las costrosas, despellejadas yemas de mis dedos. Su esternón era sólido y sus manos habían dejado ya sentir su solidez sobre mi rostro cuando rompió el encantamiento del Furor.

Desató una chirriante carcajada. "Tú ve este uno con ojos de demonio, mayor hermano. Otro gente no ve este uno."

"Y el unicornio... ¿por qué huye de ti?"

"Porque este uno quita cuerno Ch'i-lin, quita para hace alquimia magia. Así, Ch'i-lin corre oeste, y este uno corre detrás. Hoy viene más cerca que nunca. Si mayor hermano ayuda este uno, sí, quizás este uno caza Ch'i-lin, salta lomo y monta camino cielo." Se inclinó sobre mí, centelleantes sus ojos negros y astutamente fruncida la carne que los rodeaba, como si estuviera en su poder dictarle nuevos términos al mismo destino. "Mayor hermano ayuda a este uno y monta con Bleys, monta camino cielo."

"Pero mi carne es mortal", le recordé con tristeza. "Yo no he bebido del elixir de la inmutabilidad."

"Ey, mayor hermano no necesite e-li-xir de cuerna", me aseguró, y sus ojos desaparecieron virtualmente en los pliegues carnosos de su alborozo. "Mayor hermano no hombre. Tú uno demonio, ¿sí?"

"Pero mi cuerpo es el de un hombre."

El gorjeo de su risa trotó a través del campo nevado para retornar del bosque como eco de pájaros. "Lailokén, uno tiempo largo tú piensa tiene cuerpo de hombre. No, no. Lailokén, tú uno demonio. Poder demonio no viene aún, pero poder no marchado. Poder demonio aún contigo... pero tú debe aprende cuerpo de hombre, tú aprende cómo hacer rápido tu poder demonio. Cuando tú aprende este uno cuerpo, tú hace trabajo demonio como antes. Entonces, tú monta uni-cor-nio camino de cielo."

"¿Así lo crees?", inquirí con sorpresa. "Dime entonces, ¿cómo liberaré mis poderes demónicos?"

"Aprende este uno cuerpo." Con su dedo, trazó una línea delante de mi figura desde los genitales hasta la cima de mi cabeza. "Este camino fuerte arriba de cuerpo, mismo para todos los cuerpos. Este uno puede aprende a ti este camino fuerte. Pero

Librodot

mayor hermano me da promesa grande: al poco tú aprende camino fuerte, tú hace fuerte. Fuerte como demonio en cuerpo de hombre. Entonces, al poco tú ayuda a este uno a caza uni-cor-nio. ¿Sí?"

El impacto de estas palabras sigue siendo indescriptible para mí. ¡Aprender a usar mis poderes demónicos como ser humano! ¿Era posible? "Ayúdame", imploré alzando mis sucios y amoratados brazos suplicantes, "y no dejaré de ayudarte. Tienes la palabra de Lailokén."

"Bien, bien", decretó y procedió a levantarse. Tras él, una masa de nubes que encapotaba los bosques del horizonte resplandeció dorada como un nimbo y yo supe, no importaban sus protestas, que había hallado a mi maestro.

Desde su escondite entre los árboles nivosos, el unicornio contempla a Bleys y a Lailokén renquear juntos a través del campo helado como dos retorcidos ancianos. Luz de gema tachona el espacio que los envuelve y deslumbra los ojos verdes de la cornada criatura. Torna su vista hacia las alcobas azul-hielo del bosque esperando hallar a los Señores del Fuego. Qué complacidos estarán de que haya conducido a Bleys hasta el demonio visitador y le haya salvado la vida. Sin duda, tal es la razón de que el ángel confrontase al unicornio en la foresta meses atrás, cuando éste quiso huir del espectro de Lailokén. El recuerdo del cantoensueño del Dragón elevándose de la tierra a las estrellas lo acosa aún con añoranza por las esplendorosas praderas del sol. Y sin embargo, los radiantes no se han mostrado desde entonces ni una sola vez.

Se levanta un viento límpido y gélido, y a través del calvijar lanza motas centelleantes contra la pared del bosque, donde ramas hirsutas de nieve danzan y crujen. Los dos hombres se agachan allí, bajo los halos blanco-fuego, para recoger leña menuda. Estos seres extraños asustan al unicornio. Desea más que nunca cumplir su cometido y librar Bleys al Dragón. Pero ahora, con el demonio visitador como aliado, el Parásito Azul tiene ventaja y el unicornio teme que Lailokén ayude al alquimista en su cacería.

El unicornio vaga por el laberinto montuoso de árboles en busca de los Señores del Fuego. Los días siguientes, observa desde prudente distancia el tosco refugio que Bleys y Lailokén construyen en una espesura de alisos, bajo la fronda donde rompe el viento. Los observa acurrucarse en esa choza de hielo para pasar la estación, o compartir magia y conocimiento ante un fuego al aire libre que brilla como un ojo rojo y protervo en la pálida, trasnochada faz de aquellas soledades.

Entonces, llega el grito: una llamada reverberante, vasta como el trueno, insistente como el bramar del océano, que rueda por el nivoso horizonte pero a la vez hala desde dentro, como la savia retraída por el toque del invierno. La misteriosa llamada tironea del animal y éste no puede sino responder. Arrancado como por una soga del lugar del fuego, fluye hacia el oeste.

No es ésta la invocación de los ángeles, lo sabe de inmediato. El tirón de esta subcorriente es demasiado frío, como el reflujo de una marea ártica que, seduciéndolo, lo arrastrase a las profundidades del invierno. El único escape posible es hacia arriba. Debe dejar la piel del Dragón totalmente. Debe dejar la Tierra de un salto y retornar a los campos del sol. Tal es la única forma de romper este lazo misterioso que lo ata al cielo del ocaso. Quién lo llama, pues, es algo que desconoce. Pero lo que sabe muy bien es que, si deja la Tierra para huir de esta llamada, no retornará. El amor de la manada será demasiado fuerte después de tanto tiempo lejos; demasiado familiar y entrañable para volver a este solitario y pavoroso lugar, no importa su lealtad a los Señores del Fuego.

Librodot

Y así, el unicornio viaja hacia el oeste, la cabeza alta, como si lo hiciera por propia voluntad. Ha de ver quién lo ha encadenado de este modo y por qué. Si fuera necesario, siempre podría abandonar de un salto al Dragón y dejar que los Señores del Fuego continuasen solos su guerra contra los Habitantes Oscuros. Su miedo cede y, calmosamente ahora, desciende los peldaños ebúrneos del horizonte a través del vaho inebriante del crepúsculo, hacia el rojo herido de occidente.

¿Podéis oírme aún? En mi locura, pensaba que lo hacíais. El futuro pende como una fúlgida hoja verde del tallo que es el presente, con sus raíces hundidas en el pasado. Yo puedo veros aún, incluso con mayor claridad, ahora que mi dolor se ha apaciguado.

Con mi curación todo se transformó. Todo cambió de una forma prodigiosa e inesperada. Aprendí de Bleys que mi cuerpo no era la prisión física que yo creía. No era una prisión en absoluto sino, más bien, lo que el alquimista Han llamaba la Puerta al 'Reino de la Voluntad'; la Puerta a la Voluntad... siete puertas, para ser preciso, y cada puerta que abrimos es una nueva forma de libertad, una senda de ballena en el océano de energía que colma la enormidad del vacío.

Esas siete puertas fueron mi pasaje a la magia, al abrirse cada una de ellas a la revelación. No lastraré este relato con una larga descripción de cada puerta pero sí diré algo pues, como os he confesado, su apertura es lo que hizo de mí un mago.

Los genitales, por supuesto, fueron mi primera puerta: un infierno de hambre, miedo, odio y contienda se disuelve en la luz y el bien y la verdad y el amor de una mujer, una mujer deliciosa, la más deliciosa de todas las mujeres, ésa a la que los hombres llaman su alma.

Ah, pero estoy hablando sin sentido, ¿no es así? La vuestra es una era poco acostumbrada a pensar en alegorías. Mas ¿cómo explicar la experiencia de las siete puertas, si no?

Si un hombre abriese solo la primera puerta, se hallaría de pronto en la ribera fragante de una misteriosa y remota soledad que no es sino este mismo mundo alrededor pero desnudo del delirio del deseo, el mundo real donde decisión y azar se encuentran.

Fijaos bien, no he dicho desnudo del deseo, sino del delirio del deseo. Cuando un hombre domina sus genitales, cesa el delirio, cesa su triste voracidad, su bregar demente. De repente entonces, descubre belleza en las cosas más simples, y el deseo encuentra su verdadera talla en beber un vaso de agua clara o en la inmensidad de una puesta de sol o en el mero acto de arreglarse las uñas.

Pasé todo aquel invierno debatiéndome con los nudos y marañas de energía que colgaban entre mis piernas. Sin la instrucción de Bleys, me habría contentado con ignorar aquella parte durmiente de mí mismo y seguir siendo el anciano que yo era. Pero, una vez abatida mi locura y con la insistencia de mi maestro en que comiera y atendiera mi salud adecuadamente, para gran sorpresa mía, descubrí que rejuvenecía y me hacía más fuerte cada día que pasaba. Desde luego, era una cuestión de tiempo el que los mismos apetitos que había usado como íncubo me usaran a mí.

"Si tú gusta va camino cielo conmigo", declaró Bleys, "tú debe abrir primero todas siete puertas. Tú abre toda siete puertas, necesita mucha magia. No preocupa. Lailokén puede hacerlo. Mucha magia dentro cuerpo Óptima hace. Halla camino cielo por todas siete puertas."

Porque el cielo era todo lo que yo había ansiado desde que fuera arrojado al vacío, me concentré con vigor en las disciplinas de Bleys. Aprendí a controlar la respiración y a enfocar los remolinos sutiles del aliento en las zonas más profundas del cuerpo, en las ardientes honduras genitales donde aquéllos se enfrían y, simultáneamente, intensifican

los fuegos acumulados allí.

Las hojas acariciaron la estrella más baja y las montañas portaron flores en el pelo antes de que aquella deliciosa mujer me dijese sus primeras palabras. "Es bueno vivir", oí a mi alma exclamar cuando ella encontró su voz. Y en verdad lo era. Bleys y yo habíamos construido una humilde pero efectiva cabaña en los bosques altos, cerca de las hayas rojas donde mi madre yacía enterrada. Bajo lluvias suaves, contemplábamos al unicornio cuando visitaba la tumba al crepúsculo y trabajábamos sin descanso en la apertura del resto de las puertas de mi cuerpo. Y todo el tiempo, yo disfrutaba la simple y asombrosa hermosura de la primavera de los bosques de Cos.

Una vez abierto el primer portal, los tres siguientes me rindieron a su turno sus secretos y, mucho después, los tres últimos. Algo nada fácil, por cierto, pero esta historia no trata de mi preparación sino de lo que ocurrió mientras tanto... y estoy llegando a ello por fin.

La primavera desembocó en verano, y el verde del país se rompió en otoño con la hemorragia de sus colores fabulosos. El invierno volvió otra vez con sus nervaduras de plata y el viento del norte por lamento, y luego la primavera otra vez. La vida con Bleys era lo más parecido posible a la vida solo, pues, aparte de los pocos minutos al día que pasaba enseñándome, el resto del tiempo se retraía en sí mismo. Desde la cabaña en el árbol, lo veía acechar entre la maleza, en quietud meditativa, contemplando una falange de hormigas o el garabateo del viento en las hojas mientras esperaba al unicornio.

El unicornio lo recordaba claramente de su tiempo como Ch'i-lin. Venía a nuestra fronda más a menudo de lo que lo hiciera cuando mi madre vivía. Le gustaba caminar directo hacia Bleys, como si no lo percibiese, provocándolo una y otra vez a saltar de su quietud sólo para dejarlo allí, aferrando el vacío, mientras él huía con pasmosa habilidad. Desde luego, no había olvidado que Bleys era quien le arrancó su otro cuerno.

Yo hacía lo que podía para intentar que el unicornio se acercase. Mi inmensa gratitud hacia el alquimista por haberme curado de la locura, por enseñarme el camino para abrir las puertas de mi cuerpo y liberar mis poderes demónicos era tal que casi no me habría importado que hubiese capturado el unicornio y volado con él al cielo dejándome solo otra vez. Pero mis esfuerzos eran vanos: al percibir mi asociación con Bleys, el unicornio me evitaba tanto como a mi maestro.

Ved, yo había cambiado. Cuanto más aprendía acerca de los centros de poder de mi cuerpo, mayor era mi influencia en el mundo alrededor. Con la apertura de mi segunda puerta, la puerta bajo mi ombligo, energía eléctrica empezó a fluir en ascenso a través de mí y yo adquirí de nuevo la fuerza voltaica necesaria para afectar, aunque aún en escasa medida, el despertar del viento y el movimiento de las nubes.

Más tarde, con la apertura de la tercera, la puerta bajo mi esternón, aquel poder eléctrico cargó mis músculos de una fuerza inhumana. Podía mover peñascos y desarraigar árboles, siempre que mantuviera el portal abierto. Se cerró una vez, mientras alzaba un roble arrancado, y el abrupto tirón de la gravedad sacó mis hombros de sus junturas. El dolor me dejó insensible. Por fortuna, el toque mágico de Bleys reparó los tejidos y ligamentos desgarrados en sólo unos pocos días, en lugar de los meses que de otro modo habrían sido necesarios.

Los disparates con mis recuperadas facultades hicieron desaparecer al unicornio. Los dos años que me llevara abrir las tres primeras puertas habían sido los más mágicos y luminosos de mi existencia mortal tras la muerte de Óptima, y me entristeció aquel día de primavera en que debimos dejar nuestra cabaña en el árbol, tachonada de hongos ya, para seguir al unicornio. Pero Bleys, siempre el pragmático, se sirvió de aquella contingencia para ayudarme a abrir la cuarta puerta, el centro del corazón.

El poder eléctrico irradia en líneas de fuerza consciente desde esa puerta. Pude sentir la hondura del mundo cuando al fin se abrió... y fui sentido. Los pájaros aleteaban a través de mi sombra y se posaban en mis hombros. Las mariposas me nimbaban. Y las moscas también, hasta que aprendí a enfocar la fuerza que de mí se vertía en el entorno.

Cuando supe cómo dirigir el flujo de las energías del corazón, pude trazar mi camino hasta todas las criaturas que me rodeaban. Y hasta las cosas también. Bleys disfrutaba escondiendo el rubí de su gorro en lugares secretos: en el interior de una colmena o bajo las piedras del río... hasta que me volví lo bastante diestro para descubrirlo antes de ser salvajemente picado o de empaparme. Pero entonces, me hice hábil también en seguir al elusivo unicornio. Podía sentir su vibración magnética en mi seno, colmando mis pulmones con su fragancia celeste. Una y otra vez, su presencia de ensueño me brizaba hasta el trance y Bleys debía despertarme con un cachete. Qué rudo dolor cada despertar, librado de golpe de aquel rapto imperecedero. Penetré en mi maestro con el flujo de mi corazón y sentí su sagrada impaciencia. Las minúsculas molestias de viajar de paso en paso lo hostigaban burlonas como duendes. Pero, a mayor profundidad aun, experimenté en él algo distinto de tales humores, algo similar a la inmensa tina del cielo con su caldo de energías climáticas cuajando, bullendo, emulsionando, llenas de sombras y luces... y, sin embargo, todo ello contenido en una pureza de simple vacuidad.

Tintagel, avanzada la mañana, resplandece como labrado en marfil. Sus legendarios chapiteles y murallas almenadas flotan entre arcos iris de rociones marinos. La espuma de los cachones que revientan en las rocas del acantilado asciende como tenues plumas y el unicornio emerge de la boira salina como enjabonado de nieve. Desciende del cielo para posarse silenciosamente en un aéreo jardín, una torre roma cubierta de arcilla hasta cuya cima conduce un camino espiral.

En el centro de este jardín que el invierno amortaja, el sendero se curva para hallar un peñasco plano de roca azul. Ygrane, una mujer de veintidós inviernos, se alza sobre él vestida de un blanco atavío que llena la brisa del mar. Sus trenzas resplandecen como canela a la intensa luz del sol y sus manos anilladas de plata cintilan con transparentes energías... el lazo que el Furor le dio en posesión hace ahora casi nueve años.

Silente, el unicornio apezuña con sus cascos opalinos la losa del extremo del camino espiral. Sus ojos largos portan la misma luz esmeralda que la reina celta. Observándola sin parpadear, el corcel de frente angulosa avanza por el camino de piedra con paso majestuoso, alzando el cuerno, tironeando del lazo magnético de la reina bruja para demostrar que puede liberarse de él si quiere.

Ygrane mantiene la tensión, e incluso osa tirar más fuerte. Ha llamado al unicornio durante casi una década, con la magia que el Furor le otorgó en el Gran Árbol. Cada vez que visita Tintagel, obra esta magia, nutriendo pacientemente la llamada con su fuerza vital, sintiendo que la conexión se establece, que se crea el contacto, y se tensa. Cientos de veces se ha alzado aquí llamando al unicornio, atrayéndolo a través de los años.

Ahora que la mágica entidad emerge a su mirada, el tiempo se acelera extrañamente. Las nubes en lo alto se desgarran y el sol rueda hacia su refugio meridional, mientras el unicornio completa la espiral del sendero. Cuando se detiene ante la reina con sus ollares exhalando un aliento estival como la fragancia del heno, el mundo desemboca lento en el ocaso. Los verdes y amarillos del crepúsculo rayan el cielo, y se reflejan en el lustroso terciopelo del animal.

En ese primer instante, largo como un día entero, todo el propósito y la historia de

Librodot

la joven reina fluyen a través del unicornio. Pero éste no tiene en ellos el mínimo interés. Su mente penetra más aun en el animal humano que lo ha convocado. Ve a través de la cripta de muñecas que son los pensamientos de Ygrane y encuentra, en la cara oscura de su alma, los dioses vivientes que le dan el poder.

Son los Síd, los mismos viejos dioses que sirvieron a la Madre antes que a los jefes. Su rey es Cabeza de Alce, que a sí mismo se llama Alguien Sabe la Verdad. Al igual que el Furor y el resto de los dioses, una vez vivió con su clan en las ramas del Gran Árbol. Pero siglos atrás, los Faunos lo derrotaron y arrojaron a los Síd de las ramas brillantes.

Los dioses heridos huyeron y se arrastraron por la agrietada piel del Dragón, y muchos fueron devorados entonces. El Dragón los habría consumido a todos, pero había demasiados que ingerir al mismo tiempo. Durante ese intervalo vital, ebrio e hinchado el Dragón con su festín, el astuto Cabeza de Alce tuvo tiempo de negociar con la fiera voraz. A cambio de un santuario para los Síd entre los rizos subterráneos de las raíces del Gran Árbol, Cabeza de Alce se comprometió a alimentar regularmente al Dragón.

Desde entonces, los Síd han vivido bajo la tierra, atrayendo con mañas a dioses, gigantes, trolls y humanos a las fauces del Dragón. Ygrane, la reina bruja, es una de sus sacerdotisas. La han dotado de vasto poder para que asista a sus ejércitos, las hordas del dragón, que merodean por las tierras occidentales en busca de sustento para su dracónico señor.

Esta mujer es justo el aliado que el unicornio necesita para librarse de Bleys; la saluda con un relincho como tañido de campanas y una gentil sacudida de cabeza. Ygrane acepta el alegre saludo ofreciendo sus manos a la criatura de oblicua faz. Los anillos argénteos de sus dedos tienen el aroma del trueno y el unicornio la acaricia con el hocico.

Ygrane ha tenido ya durante años la visión de este momento y no le sorprenden los luceros del alba en los penetrantes ojos verdes del animal o en los vaporosos remolinos de su pelaje. Lo que la asombra es la quietud azul que levanta su corazón.

Y de pronto, el unicornio ha partido. Centelleando desaparece en el viento fúlgido, en la alberca de la noche, directo hacia el este para recuperar su ofrenda al Dragón.

El unicornio nos guió hacia el oeste, haciéndonos emerger de aquellos bosques fríos, húmedos y laberínticos a un país fluvial de rutilantes metales y cristal. Marismas y arenales vibrantes de garzas, gansos y cisnes gayaban el deslumbrante horizonte. Capturadas en el sortilegio invertido de este paisaje, las aves acuáticas parecían estratos de nubes en el liso azul celestial de los ríos imperturbables, mientras que en las alturas enormes cúmulos se alzaban hombro con hombro como peñascosas montañas flotantes.

El unicornio se entretuvo en los juncales, allá abajo, demasiado lejos para que pudiese verlo, pero lo bastante próximo aún para que lo sintiese en mi corazón. Me detuve a la sombra rocosa del bosque, en la alta terraza sobre las llanuras fluviales, y me apoyé pesadamente en mi bordón. Este país, lo sabía bien, pertenecía a los celtas, gente sagrada para los Síd. La última vez —la primera como hombre— que confrontara a los Síd en la figura de Príncipe Noche Brillante, me las había apañado para inspirar la rabia del Furor.

Bleys leyó mis dudas con acierto. "El unicornio conduce nuevo reino... nuevo problemas."

Asentí y escuché el suspiro pulmonar del bosque tras de mí mientras contrapesaba aquella proximidad familiar, donde habíamos vivido como en el seno de una matriz, y la expansión brillante, irregular a nuestros pies. El unicornio me llevaba más allá de mí

Librodot

mismo, hacia algo inexorable e incierto. Pero ahora, gracias a mi maestro, yo era yo mismo. Había abierto cuatro de mis puertas corporales y de ellas habían surgido potencialidades que no poseía desde mi arrogante periodo como íncubo.

Allí y entonces, en el umbral de un futuro insólito, sin antecedentes en mi extraordinaria vida, decidí que, si el Furor desestimaba mi libertad y me confrontaba otra vez, tropezaría con la ira de un demonio.

El unicornio retorna a Tintagel cada vez que es llamado. En la cima del aéreo jardín, del camino espiral, se encuentra con Ygrane. Ahora que no hay recelos mutuos, que no se distorsiona el tiempo como en la primera ocasión, tienen la oportunidad de compartir sus momentos.

Ella toca su cuerno trenzado y un silencio azur la colma de paz incomprensible, del gozo sereno de las cosas agrestes, de una inmóvil, clara inmensidad en la que ya ha ocurrido todo y frente a la cual su breve historia como mujer, e incluso sus historias previas en otras vidas, no son sino rocío de mar. En esta vasta quiescencia, cesa toda preocupación. La crisis de sus gentes, las oscuras amenazas de la guerra, e incluso la muerte de la esperanza y el deseo se cierran en torno a este instante único de dicha.

Mientras Ygrane se deja llevar al rapto, la consciencia del unicornio penetra en ella buscando el contacto con sus dioses, los aliados del Dragón. Están lejos de aquí, más allá del límite tenaz del horizonte, bajo el suelo, en la maraña de raíces del Gran Árbol. El cuerpo de la reina bruja sirve de antena y, mientras ella aferra la propia antena del unicornio, la criatura solar puede sentir, más allá de la cálida oxidación de carbohidratos y aminoácidos del cuerpo humano, la presencia eléctrica de los dioses.

En la lúcida mente del unicornio, estas pasionales entidades de fuerza electromagnética aparecen como lo que son: cuerpos rápidos, furiosos, de pura energía, de todos los colores del sol. A los humanos se les aparecen como humanos y, si el unicornio quisiera, darían al espacio la forma de uno de su manada. Pero el unicornio no los llama para comulgar con ellos de algún modo, sino por el conocimiento que le permitirá nutrir con Bleys al Dragón.

De los dioses subterráneos de los celtas, aprende las fisuras en los acantilados del planeta, puertas falsas cubiertas por engañosas placas de diorita. A un minúsculo ser eléctrico como Bleys, el suelo le parecerá suficientemente sólido pero, si cruza ese terreno, resultará una presa fácil para el Dragón.

Con cada visita al elevado jardín, el unicornio descubre el emplazamiento de una nueva grieta camuflada en los montes circundantes. Y con cada visita, la primavera palpita más y más cerca. El viento porta de los pastizales una vastedad de néctar y las capas de nieve se desvanecen en los páramos malva. El jardín florece y se prolonga el reino del sol.

Al llegar una suave, esplendorosa mañana, tras sentir el tirón vibrante del lazo magnético que lo liga a Ygrane, el unicornio halla el jardín poblado de hierbas recién brotadas: mostaza, talloazul, helechos, nardo, vara de oro, salvia, hisopo, artemisa, hierba cana, perladas siemprevivas, gengibre salvaje, margaritas y cicuta en salvaje abundancia. Pero Ygrane no está.

En el centro del camino espiral, en medio de una conflagración de flores y abejas que vuelan como pavesas alrededor, lo espera una mujer atezada y vieja, vestida con andrajos de piel de ciervo. Su cabello salvaje es hirsuto como el fuego y su rostro escuálido revela labios negros, mejillas ajadas, atravesadas por líneas profundas, y una nariz marchita reducida casi al orificio de una calavera. Es la vieja Raglaw. Durante años ha abrasado su cuerpo haciendo fluir por él corrientes mágicas demasiado

Librodot

poderosas para que la forma humana las soporte y, de vez en cuando, pedazos suyos se desprenden de ella y arden antes de alcanzar el suelo, como estrellas fugaces.

La vista de Raglaw y la ausencia de Ygrane asustan al unicornio, que intenta retroceder. Pero la vieja aguanta firme el lazo magnético y lenta, poderosamente, arrastra más y más cerca a la bestia cornada. Presa del pánico, el animal de luz salta con fuerza pero vacila y cae, mientras su fuerza se desangra en las losas.

Azul y cobre, la roca espiral conduce el poder del unicornio hacia el centro, donde se alza la anciana, convertido su cuerpo calcinado en antena. Recibe la ondaforma de la criatura y la dirige a través de la torre hacia la tierra, donde lo ha ligado a la piel del Dragón. Mientras gira, el planeta atrae ineluctablemente el unicornio hacia el centro.

El sol se desliza rápido en el cielo hacia su retiro septentrional y sus rayos oblicuos se dispersan en abanico por las malvas espesuras y el mar esmaltado de azul. Hacia el ocaso, los ojos oscuros, abismales, de la vieja se fijan en las pupilas verticales de la criatura extraterrestre a través de las últimas pulgadas que aún los separan.

Una mirada predadora tensa las facciones de la arpía. Aferra el cuerno trenzado con una mano de tres dedos y posa su otra garra cerca de la comisura del ojo del unicornio. Ve éste un destello de metal ahí y trepida hasta quedarse inmóvil de miedo. La vieja presiona el borde del ojo con una fina hoja de plata y él sabe, por la destreza con la que lo mantiene apresado, que no hay misericordia ni huida posibles.

La vieja pretende sacrificar el unicornio a su señora del muro terrestre, la Bebedora de Vidas, el Dragón. No percibe la azul quietud del cuerno viviente. Esa vigorosa serenidad porta su luz limpiamente a través de ella y de las rocas azules de la torre hacia el suelo. Desde la base, se filtra a la tierra, un salino y fulgente aroma de eternidad.

El Dragón prueba esta rara luz y de inmediato despierta de su absorto cantoensueño. El rayo se arbola en el límpido cielo del ocaso sobre el horizonte del océano y él se alza hacia la ofrenda.

"¡Raglaw!", grita Ygrane entre las altas malvas. Sube desde el foso de la escalera oculto allí, emerge al exterior y pisotea un lecho de primaveras en su prisa por detener a la vieja.

El grito golpea a Raglaw, que afloja su presa un instante, lo suficiente para que el unicornio se le escurra como mercurio.

"¡Wau-wraugh!", brama la vieja con lívido dolor cuando la gravedad del Dragón tira de ella. Ha sentido que perdía a su víctima y, hoscamente, recae a su guarida. El trueno rueda desde el mar y en sus hornacinas tiemblan las estrellas.

Ygrane arranca la hoja de plata de la mano de la anciana, la arroja a las lajas del suelo y tira con fuerza de ella hasta devolverla a su cuerpo, apartar de ella el dolor. "Eres demasiado vieja para los nudos del Dragón", le regaña la reina.

Las cenizas de un visaje humano asienten exhaustas. Su aliento huele a cuero y porta el tinte decadente de todo lo que ya ha muerto en ella; se apoya pesada en la joven reina y ambas se dejan caer sobre las rodillas.

"La gente muere", carraspea Raglaw, condensada en torno a su dolor.

Ygrane la mece. "Yo salvaré a la gente."

"¡Tú!" Una risa hosca, más parecida a un grito de dolor, salta de la masa cartilaginosa en los brazos de Ygrane. "Tú tuviste ya tu oportunidad en el Árbol de la Tormenta."

"Y la agarré, anciana. La agarré... y ahora tenernos el unicornio."

"¡No tenemos nada!" La arpía se endereza y aparta a Ygrane a la distancia de uno de sus huesudos brazos. "Esperábamos que casaras nuestro clan con el del Furor. ¿No somos acaso verdaderos parientes de la Tribu del Norte Perdurable?" Su velluda quijada

Librodot

crepita. "¿No lo somos?"

La reina se encoge de hombros, se desprende de su capa y cubre con ella a la vieja. "El Furor me rechazó. Somos afortunados de tener al unicornio."

"¡Fortuna!" Un vehemente destello de rabia brota de la mirada de la arpía. "¡Pagaste por él la piedra perforada! No existe la fortuna, niña, sino lo que logramos con esfuerzo. ¡Treinta mil años condensados en aquella piedra! Trescientos siglos de magia a cambio de un caballo con un cuerno. Tú, niña... tú, niña patética... no salvarás a nuestra gente con un unicornio."

Ygrane sonríe ante el mero pensamiento. Nunca se le ha ocurrido aprovecharse del unicornio contra sus enemigos. Ayuda a la vieja a levantarse, temerosa de su sombrío saber. "Vamos, abuela. Te llevaré junto al hogar y hablaremos de lo que puede hacerse con el unicornio. Vamos. La brisa marina se hace gélida por la noche."

"Deberías haber casado nuestro clan al del Furor", murmura Raglaw, drenada de todo sentir. "Los romanos no pueden ayudarnos más que el unicornio. No sirve de nada maridar a los romanos."

"Yo no quería casarme...", replica con un susurro Ygrane, mientras conduce a la soñolienta anciana hacia el hueco de la escalera. "Fueron los druidas..."

"Kyner fue... y los cristianos." La vieja cabecea como borracha. "Te endilgaron a los romanos. Y ahora tenemos a nuestro duque, y a nuestra gente abandonando al Dragón por el dios crucificado. ¿Por qué me detuviste?"

"El unicornio es nuestro amigo."

"¿Amigo?" Los huesos de Raglaw crujen bajo el abrazo de Ygrane cuando se endereza para enfrentar a la reina. "¡Niña! El unicornio es presa del Dragón. Alimento para el Dragón. Dar fuerza a la Bebedora de Vidas. Esta es nuestra única esperanza."

En días más tempranos, el seco rostro atortugado de Raglaw inspiraba pánico a su pupila, pero hoy noche la reina siente sólo piedad por esta carcasa de su maestra. "No", dice con la convicción de sus propios poderes misteriosos, "hay una esperanza mayor. ¿No lo has visto en los ojos del unicornio?"

"¿Verlo?" La agotada vieja parpadea, bizquea. "¿Qué? ¿Qué es lo que has visto?"

"Lailokén... el demonio en forma mortal." Ygrane arrebuja a su aturdida compañera en la capa. "Mujer, eres demasiado vieja para esta magia. Casi sacrificas a nuestra mejor esperanza."

"¿Un Habitante Oscuro en un cuerpo humano?" Sus negros labios se tuercen escandalizados. "Imposible, niña. Totalmente imposible. Son demasiado poderosos, y el cuerpo demasiado frágil. Volaría reducido a sus mismos átomos."

"Tú lo viste en los ojos del unicornio". Ygrane toma tiernamente a la anciana y la guía a través de las malvas hacia el agujero en tierra, del que emerge la luz de unos candiles. "Tuviste la mano en su cuerno. Debiste verlo."

"No lo creí." Sacude su andrajosa cabeza, sin aceptarlo aún. "Lo dejé pasar a través de mí, una aparición, un sueño. No puede ser un ente real. ¿Cómo se amoldaría un Habitante Oscuro a una vasija mortal? En un ser mayor, un behemoth, una ballena, aun un troll de montaña, quizás. Son lo bastante grandes para contener fragmentos del cantoensueño del Dragón. Pero no un hombre. Demasiado enano."

"Un hombre, Raglaw", dice la reina penetrando en el toso de luz amarilla y volviéndose para ayudar a la bruja. "No es un sueño."

"Entonces, ¿por qué no lo había descubierto nuestra visión?"

"¿No lo ves, tutora?" Aguanta el frágil peso de Raglaw cuando ésta desciende a la escalera del foso. "Lailokén no es como las otras almas. No nos ha sido portado por el viento del tiempo, de vida en vida. Esta es su primera vida. Su única vida. Es un accidente... una equivocación de la magia del Furor. Nadie lo ha visto llegar..."

Librodot

"Nadie..." La vieja se sienta en la piedra de la escalera para ponderar las palabras de Ygrane. "Entonces, quizás esté bien que me hayas detenido. Debo encontrar a este Lailokén y calibrar por mí misma su utilidad." Se rasca reflexiva el mentón y se desprenden copos de él que brillan como minúsculas pavesas. "Es verdad, joven reina, el tiempo me ha gastado del todo." Suspira tristemente ante su estado demacrado y ofrece una mano de dedos como garfios. "Llévame junto al hogar, mujer... y háblame de la magia que quieres obrar con el unicornio."

Bleys y yo descendimos de las agrestes tierras altas, donde yo había pasado toda mi vida mortal, y avanzamos con lentitud hacia el oeste por las seculares vías romanas, a través de tierras de cultivo. Pocas veces se nos apareció el unicornio entre aquellos vergeles y campos de trigo, pero podía sentirlo con los filamentos de poder que irradiaban de mi corazón. Viajaba veloz a través de los montes densamente boscosos que atalayaban los valles agrícolas y la única forma que teníamos de no perderlo era apresurarnos por las vías empedradas.

Aquel país montañoso comprimía las granjas en un dédalo de muretes, setos, vallados, zanjas y serpentinos caballones que separaban los campos. La gente, alta y austera, vivía en cabañas redondas apiñadas en la ladera de los montes: una precaria imitación de aldeas. Atentos a nuestro pasar como espantapájaros, nos observaban remotos con los ojos hundidos de sus escuálidos rostros tristes.

Evitábamos estos apiñados asentamientos con su rojo ganado de colas ahusadas y sus canes extraños, hirsutos como lobos. Al igual que los lobos, estos perros no ladraban, pero mostraban sus dientes feroces, rechinantes, y me mantenían a buena distancia. Camuesas, avellanas y bayas eran mi sustento, y cuando el oeste yacía rizado de nubes escarlata, nos arrastrábamos hasta una hondonada, nos cubríamos de hojarasca y dormíamos hasta que los pájaros nos despertaban.

¿He dicho ya que, aunque Bleys parecía disfrutar del sueño, no tomaba pábulo alguno ni bebía jamás? Era, tal como él afirmaba, un ser de luz. Los pocos viajeros que encontrábamos por el camino no podían verlo. Aun al alcance de mi bastón, permanecía invisible para sus ojos e insubstancial para sus manos.

Mi larga barba plateada y mi rostro ajado me señalaban como anciano y me ganaban el respeto de gran parte de los peregrinos: caldereros itinerantes, emigrantes braceros y los curiosos vagabundos cristianos en sus misiones de salvación por este país mayormente pagano. Pero en ocasiones, las fibras de mi corazón vibraban discordantes y yo estaba seguro de que en la próxima vuelta del sendero toparíamos con algún bandido, algún veterano con cicatrices de las incursiones bárbaras en el este al que le resultaba más agradable usar su *gladius* para robar a los viajeros que para combatir a los invasores.

A Bleys le gustaba particularmente el encuentro con estos malhechores, pues le daba la oportunidad de enseñarme a proyectar compasión a otros mortales. El propósito consistía en abrir la cuarta puerta del bandolero y saturarlo de mis propias energías, incapacitando su crueldad. Un ejercicio irónico, dado mi oscuro pasado. A veces, como no había dominado todavía estas fuerzas y no podía controlar su intensidad ni su flujo de penetración, las consecuencias eran fatales.

Aquellos bribones que no se aferraban el pecho y caían colapsados, con convulsivos estertores mortales, soltaban sus armas y lloraban. Los dejábamos allí, muertos e insepultos o sollozando por su perfidia, y nos apresurábamos tras el unicornio, cuya prodigiosa belleza seguía tirando de las fibras de nuestros corazones y nos conducía a profundidades cada vez mayores de aquellos montes paganos del oeste.

Librodot

Con Morgeu, la hija de siete veranos que tuvo de su marido Gorlois, Ygrane pasea por un campo de aulagas en un monte sobre un valle de bosque primordial. Ygrane ha prometido a su niña de cabello anaranjado y ojos oscuros que montará el unicornio otra vez. Lo hace por Morgeu, porque quiere complacer a su hija de un modo que su padre el duque no pueda hacerlo. La niña está de visita en el reino de Cymru, el país de la reina celta, donde pasará el verano antes de retornar a Tintagel y la corte romana. Su madre no puede competir con aquellas finezas, pues sus tierras son agrestes y su gente está dispersa en clanes territoriales por los valles y montañas. Pero puede proporcionarle una experiencia a su hija que no está al alcance de nadie más.

La reina llama al unicornio mientras entona una suave canción, como si lo convocase con lo lastimero de su voz. El unicornio emerge de las sombras de los árboles en la ladera que desciende al prado. Rutila como polvo de plata desprendido de la luna diurna que flota sobre la montaña. Cuando su cuerno estriado toca el suelo, su cuerpo musculoso se oscurece, adopta una forma más sólida, y espera, con la cabeza inclinada, a que Morgeu se le suba encima. Entonces, con Ygrane montada tras su hija y aferrada gentilmente a la crin del unicornio, ambas cabalgan por el campo.

El flujo magnético de azul serenidad que se desprende de la crin del animal calma a Morgeu, que es, de otro modo, una niña inquieta, nerviosa. Y, por su parte, lo juguetón y vulnerable de la cría, tranquilizan al unicornio, asustadizo aún tras el ataque de Raglaw. Necesitó Ygrane seis días de constante llamada para hacerlo volver. El unicornio no se dejará engañar otra vez por las astucias de Raglaw. Pero desde el primer contacto con Morgeu, viene con mayor prontitud y permanece más tiempo.

Morgeu no tiene la visión, de modo que la irradiación del unicornio no invoca en ella el rapto seráfico que siente su madre. Aun así, constituye una dicha gloriosa, mayor que cualquiera conocida o que llegará a conocer jamás. Caracoleando en el caballo encantado, su vida la abandona en danzantes remolinos para expandirse por la tierra verde y oro antes de retornar a su cuerpo riente. Días después, todavía recoge fragmentos de su felicidad allí donde va.

Los fiana las observan desde la línea de los árboles; a veces, la reina y su hija, aturdidas de vértigo, se dejan caer delante de ellos y entonces los hombres brincan sobre el unicornio. Ninguno puede tocarlo, pues se desvanece como el humo; en ocasiones, sin embargo, si saltan con excepcional rapidez y con todas sus fuerzas, llegan a rozar su fría sombra undosa y, por unos pocos instantes, los posee una euforia indescriptible. Luego, quedan jadeantes en la hierba acamada, aplastados por sus anhelos y añoranzas, tanto más pesados ahora al haber degustado esa suprema liviandad. Después de dos o tres saltos, no quieren más de esa dicha peligrosa.

Pero Morgeu es insaciable y se escurre una noche de la tienda real. Desapercibida del fiana que su madre envía a vigilarla, corre al campo oscuro y llama al unicornio. En un murmullo, entona la misma, calma canción que Ygrane simula usar y el espectral corcel salta del bosque, fulgurante como fuego de estrella su cuerpo largo, ágil.

Morgeu traza interminables ceros por el campo, hasta que su madre viene a buscarla. No le importan las advertencias de Ygrane: se escapa la noche siguiente, y la otra. Acude cada noche y retorna al alba al campamento como con morcellas en el pelo.

Una noche de luna llena y rápidas nubes alborotadas, a tres días de viaje más allá de la última vía romana y de aquella confusión de granjas y almunias, percibí, algo más adelante, hombres vigilantes, peligrosos. La fría claridad que manaba por las ma-

Librodot

jestuosas alamedas parecía decisiva y penetrante, como rayos advirtiéndome que éstos no eran los bandidos crueles y rapaces, sanguinarios, cuyo linaje yo humillara anteriormente.

Miré a Bleys y él me devolvió la mirada con la fúlgida oscuridad de sus ojos diminutos, esperando a ver mi reacción. Otra prueba.

Cuidadosamente, sabiendo bien que todo aquello que es sentido siente, extendí los filamentos sensibles de mi corazón. Distinguí seis hombres en la vecindad, emplazados para acordonar un calvero del que la luz de la luna rezumaba como niebla. Avancé a gatas entre ellos, usando mi corazón para sentir sus miradas, pegándome al suelo y permaneciendo quieto cuando notaba que sus ojos se volvían hacia la senda que yo llevaba.

Bleys me seguía, silente como las sombras de luna que ambulaban por la hojarasca. Un ciervo augusto nos observaba desde los árboles masivos, levemente extrañado al vernos reptar de aquel innoble modo. Una lechuza voló callada sobre nosotros, murciélagos devanaron sus remolinos y una mofeta se escurrió, furtiva, entre la hierba densa.

Hubo un instante en que estuve lo bastante próximo a uno de aquellos centinelas para mirarlo a través de una floración de jarillo y ver su calzado de cuero crudo, su par de piernas robustas cubiertas de *braccae,* pantalones sujetos por tiras cruzadas. Un grueso cinturón le fijaba el puñal y la espada al *crys,* una túnica de mangas cortas y hasta las rodillas. Contra su hombro macizo, se apoyaba, casual, una lanza. Cuando vi el rostro del hombre, su cabellera hasta los hombros, su mostacho largo y caído, supe de inmediato que era un guerrero celta. Había visto a sus iguales siglo tras siglo en campos de batalla de Europa y sabía demasiado bien que, si me permitía el menor ruido, en un instante me vería ensartado en su lanza.

Por fortuna, Bleys y yo estábamos acurrucados bajo unos álamos, esos famosos árboles parleros cuyas hojas crecen de tal forma, a causa de sus tallos largos y planos, que vibran a cada soplo de brisa entonando un murmullo undoso. Con el susurro de los árboles disfrazando el sonido de nuestros movimientos y con la sensibilidad de mi corazón para advertirme de las miradas de los guardas célticos, guié a mi maestro a través del cordón de centinelas.

Nos mantuvimos pegados a tierra hasta que estuvimos lejos de los guerreros. Para levantarme, hube de apoyarme pesadamente en el bastón, agarrotados los músculos por la ansiedad y el esfuerzo de nuestro avance a gatas. Bleys se me había adelantado presuroso, atraído por la repentina, tangible presencia del unicornio: un silencio reverberante, el murmurio de un campo de fuerza que uno oía con la piel y que bañaba el propio cerebro con las fragantes argucias de la primavera. No habíamos percibido esta maravilla durante varias de las lunas de nuestros vagabundeos; no, al menos, desde que dejáramos nuestra arbórea cabaña en los bosques de Cos.

Renqueé tras mi excitado maestro para no perderlo de vista y tropecé de golpe con él allí donde acababa de detenerse ante una visión espectacular, sobrecogedora.

En una precipitación de sombras nocturnas y fuego lunar, por aquel calvijar entre robles titánicos, el unicornio trotaba en círculos levemente espirales con sus cascos hechos de silencio... y lo montaba una criatura. Aun a la neblinosa luz de la luna, las trenzas largas y rizadas de la niña brillaban como oro rojo, luminosa y ondulante su melena de fuego. Aferrada con una mano a la centelleante crin del unicornio, la pequeña cabalgaba con abandono feliz, inclinada hacia atrás, las rodillas alzadas por encima de la cruz del animal y riendo con un staccato de esporas de gozo.

Tanto nos cautivó esta visión, que olvidamos todo esfuerzo por ocultarnos y, cuando los filamentos atentos de mi corazón se desovillaron ante mis temores, el

unicornio nos columbró.

Retrocedió abruptamente y, con un bramido alarmado como clangor de bronce, arrojó la niña al suelo y abandonó el calvijar como el rayo.

Bleys y yo corrimos hasta la criatura. Yacía sobre su espalda en el césped apezuñado y toda vida había huido de ella ya. No podía tener más de siete años. Sin perder un instante, sentí los huesos de su cuello y los hallé incólumes. "Está entera", rechiné, agarrotada la quijada de desazón, inseguro de qué hacer ahora.

"Tú le da fuerza", aconsejó Bleys. "Tú abre tus todas cuatro puertas, Lailokén. Tú da ella fuerza, de tu puerta corazón a su cuerpo."

Hice como decía. Bajo la luz glacial de luna y los susurros difusos del viento entre los árboles, descerré todas las puertas sobre las que tenía control. Gélida energía se alzó del suelo y ascendió por los huesos macizos de mis músculos, pelvis y espina dorsal. El aire vibrante tronó a mi alrededor cuando dirigí esta energía a través de la puerta abierta de mi pecho.

La fuerza de mi corazón llevó el poder viviente hasta el menudo cuerpo a mis pies. Su carne se estremeció desde la raíz y, con una bocanada de líquida respiración y un parpadeo de sus ojos oscuros, despertó.

"¿Eres un ángel?", preguntó con un hilo de voz en arcaico latín.

"No, niña", respondí e intenté una sonrisa. "Sólo vi tu caída y acudí a reanimarte."

Su rostro suave y redondo hizo una mueca de dolor cuando se dispuso a sentarse y yo ayudé su esfuerzo. "¿Dónde están mis guardias? ¿Cómo te dejaron pasar?"

Arrojé una mirada a Bleys, que estudiaba a la muchacha con una frente tan tenazmente fruncida que me provocaba ansiedad. Había permanecido arrodillado junto a ella; ahora me levanté al tiempo que respondía: "Ya nos vamos. Pero antes, pequeña, dime quién eres y cómo has llegado a montar el unicornio."

Clavó en mí sus ojos de antracita, calibrando la magnitud de mi inquisitiva mirada. "Yo soy Morgeu", dijo al fin con aire altivo, "hija de una reina celta y un duque romano. Porque soy noble, el unicornio me obedece." Se levantó tambaleante y me observó airada. "No cometas el error de tratarme como a una niña. Responde a mis preguntas... ahora. ¿Quién eres *tú*? Y ¿cómo eludiste a mis guardias? ¿Eres un mago?"

"Sigo al unicornio", repliqué advirtiendo que no veía a Bleys a mi lado.

Sus facciones se tornaron malévolas. "Eres pues un mago, ¿no es verdad?" Me contempló de arriba abajo. "Vas vestido como un hombre salvaje, con esas pieles animales raídas, pero hablas como un noble. ¿Cómo te llamas, anciano, y a quién sirves?"

Había tal intensidad de certidumbre en el modo de evaluarme que apenas podía creer que fuese una niña. "Soy Lailokén... y sirvo a Dios."

"Bien, Lailokén, eres un santo varón. Mi madre teme a los de tu ralea porque le roban a la gente. Pero mi padre dice que no hay que temeros, que vuestra piedad es debilidad, porque los mansos no heredarán la tierra sino sólo tumbas en ella."

Divertido a momentos, espantado a otros por la arrogancia y precocidad de esta personita, inquirí: "¿Qué piensas, Morgeu?"

"Pienso que eres un mago, Lailokén", dijo con las manos en las caderas. "Un hombre verdaderamente santo no perseguiría al unicornio. El unicornio acudiría a él."

Asentí con la cabeza. "¿Cómo has llegado a montarlo?"

"Ya te lo dije, soy noble. Soy la hija de una reina celta. Un día, yo seré la reina. El unicornio me obedece."

"Si es así, llámalo para que yo lo vea."

"¿Por qué?" Sus ojos se achicaron suspicaces. "El unicornio te tiene miedo. Huyó cuando te acercaste. Tu intrusión podía haberme matado." Retrocedió de pronto. "Creo

que eres un mago… y uno de los malos." Su mano emergió desde debajo de sus ropas talares aferrando un puñal plateado. "Quieto donde estás, Lailokén. Te tomo como prisionero. ¡Guardias!"

El corazón me brincó en su jaula. "¡Morgeu! No soy un peligro. Te he salvado."

"Trataste de robarme el unicornio." Blandió la daga sobre su cabeza, llamando a los guardias, que saltaban ya hacia nosotros a través del claro teñido de luna.

Bleys me indicó con un gesto que me sentase y yo obedecí, dejando reposar mi bastón sobre las rodillas. En unos momentos, estuve rodeado por los guardias y sus lanzas apuntaron a mi pecho. Tal como ocurriera con la joven princesa, ninguno percibió a Bleys.

"No le hagáis daño", ordenó a sus hombres Morgeu y añadió con un dejo de orgullo en la voz suavemente palatal: "Es un galardón para mi madre... un mago que he capturado con mi propia magia."

En una placa de diorita entre peñascos negros, sobre los acantilados que enfrentan el mar occidental, pausa el unicornio. Hebras de vapor estelar se enmarañan en lo alto; y abajo, olas de sable terciopelo emergen de la noche rodando, silbando y rompiendo en la playa con estallido de espuma espectral. Muy por debajo de esta quebrada orilla, se estremece el Dragón.

Todos los intentos del unicornio de traer a Bleys hasta este vulnerable lugar han fallado. Muy cauteloso es el alquimista. Al final, el unicornio ha decidido ponerlo a él y al demonio visitador en manos de la reina celta. En su presencia es fuerte el férreo-oscuro aroma del Dragón. Acaso ella pueda culminar la misión encomendada por los Señores del Fuego y permitir al unicornio retornar a la manada.

Frota las rocas ásperas con el cuerno y deposita menudos copos cristalinos en las grietas, donde acabarán por fundirse y filtrarse a la tierra, portando el sabor del unicornio a las profundidades. Alegre, cabriolea en la meseta, nutriéndose de la efusión de fuerza eléctrica liberada cuando el Dragón asciende. Luego, en el último segundo antes de que la garra magnética de la espléndida criatura se haga demasiado poderosa para eludirla, huye de un salto, llevándose consigo la fuerza del Dragón que necesita para vagar por la periferia del mundo.

***

Los hoscos guardias, no viendo peligro en un anciano vestido de pieles ajadas, me permitieron conservar el bordón y marchar entre ellos. Morgeu ocupó una litera portada por dos soldados y se mantuvo detrás de mí para asegurarse de que no cambiaba abruptamente de forma y huía convertido en murciélago o lobo. Lo que habría hecho, si yo me hubiese llegado a transformar, no logro imaginarlo; pero pude sentir en mi nuca, antes incluso de cada una de las veces que la observé furtivamente por encima del hombro, la mirada de la niña, directa, grave y con un palor de muerte. La misteriosa incongruencia de una alerta tan consciente en un rostro tan pueril me confundió y me pregunté asustado qué sobrenatural poder había permitido a la niña montar el unicornio, mientras éste eludía a mi hábil maestro a pesar de todo su hondo conocimiento.

Bleys permanecía a mi lado, invisible para todos los ojos menos los míos, y me susurraba ánimo: "Dóblate ahora como sauce, Lailokén. Tu fuerza está en debilidad."

No tuvimos que viajar mucho antes de que la espesura del bosque ralease y el

Librodot

indómito viento del oeste palpitase con rugido bajo y las nuevas salinas del mar. Desde la peña a la que emergimos de la fronda, miramos hacia abajo para divisar una fortaleza, una masiva oscuridad allí coagulada, a pesar de las antorchas que resplandecían en las murallas. Silueteado contra el rostro desfigurado de la luna y las humosas telarañas estelares, el fuerte, con sus niveles espirales en sinuoso ascenso hacia una única y altiva atalaya en la que brillaban los ojos siniestros de las linternas, podría haber sido una serpiente de gruesas adujas.

"Esperarás aquí, mago Lailokén", ordenó Morgeu, y dijo después a los cuatro guardias que me rodeaban: "Vigiladlo bien. Es mucho más de lo que parece. Cuando la luz de la mañana escale el castillo y toque el suelo, traédselo a la reina."

Y con esto partió, y los portadores de su litera la llevaron ladera abajo, a la noche lunada.

***

El druida supremo, Dun Mane, o Crin de Jaco, llamado así por su largo rostro equino, marcha taciturno por el corredor mientras sus ropas verdes y blancas destellan a la luz del sol que se filtra por la columnata. A petición del duque, ha viajado durante tres días para esta audiencia con la reina, una mujer que desprecia, y está molesto porque apenas ha tenido tiempo de reposar antes de ser convocado.

Todas las formalidades se han cumplido, desde luego, murmura para sí mismo, *el baño aromático, las ropas frescas, las piezas de arpa y los alimentos, incluso el incienso apropiado, pero... ¡la servicialidad de todo ello! Y la premura, como si fuera un vulgar pastor llegado de los campos para un reposo y que debe ser despachado cuanto antes.*

Su barboteo interior se detiene frente a la gran puerta de roble labrada con serpenteos de dragón. Dos de los temibles fiana de la reina la guardan, ferales restos de una gloria perdida, con sus pantalones de piel de carnero y sus botas, el áureo torce de la Madre y espadas de una antigua hechura con aceros lanceolados y pequeñas empuñaduras. Aborrece a estos hombres. Aunque han logrado fama de feroces guerreros incluso entre las huestes del duque, constituyen un permanente estorbo para los druidas, que han abandonado los viejos caminos por la realidad moderna de Roma.

La puerta se abre cuando él se aproxima y enfrenta al capitán de los fiana, de brutesca musculatura y pelo anaranjado, al que llaman Falon. Ninguna emoción muestran sus rudas facciones, pero Dun Mane puede sentir la enemistad que irradia de él. En el pasado, los fiana chocaron a menudo con la guardia del druida supremo cuando este hombre negó a Dun Mane el acceso a la reina. El druida de pelo color hierro y espaldas cargadas no intenta siquiera disimular su rencor; frunce el ceño desafiante ante esa ilegible, azul mirada.

El guardia inclina su cabeza levemente y se aparta, revelando una loggia de aireadas cortinas que la luz del sol torna azafrán. Guirnaldas de frescos capullos, espuela de caballero y nueza, ciñen las columnas y brotan de grandes jarrones de piedra. En medio de un aleteo de sedas diáfanas, undosas al viento, la reina está sentada con las piernas cruzadas sobre un banco de piedra, comiendo granos de uva.

Cada vez que el druida supremo se ha encontrado con ella, lo ha sorprendido la sensación tan grata, tan extrañamente ligera que tiene en su presencia... aunque no haya nada más, aparte de esto, que le guste de la reina. El dolor de espalda a causa del largo viaje en carro se desvanece y lo reemplaza un optimismo que se vierte en él del mismo resplandor del aire circundante. Es el glamour, la recompensa de su devoción a los Síd.

Librodot

En cuanto a eso, es una reina notable: él es el primero en reconocérselo. Ojalá que su humano carácter estuviese tan desarrollado como su glamour y su famosa visión.

Dun Mane se desliza sobre los deteriorados losanges del pétreo suelo de la loggia, obligándose a estar más tieso en presencia de la reina mientras pone atención a cualquier infracción en el comportamiento de Ygrane. *¿Qué clase de sala de audiencias es ésta?,* se queja en silencio, mofándose de los velos ventosos y de las flores exuberantes. Y *mírala ahí sentada con las piernas cruzadas como cualquier costurera de pueblo. ¿Qué es lo que Raglaw ha hecho de ella?*

A dos espadas de distancia se detiene, tal como lo exige la tradición, y aguarda. Cercados los ojos de cansancio, afronta la verde y calma mirada de Ygrane, y una vieja comprensión pasa de uno a otro: más allá de sus diferencias, ambos sirven al bienestar del pueblo, con su magia ella y él con su política.

La reina le indica con un gesto displicente que se aproxime y se mete otra uva en la boca. Viste el atavío tradicional de las antiguas reinas, desnuda de cintura para arriba, como los fiana, y su pelo leonado recogido sobre la cabeza en un intrincado moño. Como siempre en el pasado, vuelve a sorprenderle al druida la lúcida complexión de la mujer, arrebolada por el sol y con una ligera pátina broncínea de sus largos vagabundeos al aire libre... tan distinta de las mujeres romanas y su palor de luna. No se extraña Dun Mane, que vive en la corte romana y se ha hecho a las costumbres modernas, de que el duque sea feliz viendo a su esposa sólo en las ocasiones formales. A sus ojos, Ygrane ha de resultar salvaje como una aldeana, con su cabello decolorado por el sol y sus mejillas como el crepúsculo. "¿Uvas?", pregunta, tan infantil su expresión.

"Mi señora..." Le ofrece el formal saludo latino; capta entonces el respingo de desaprobación de su ceja y se dirige a ella como súbdito, llamándola Madre.

"Éstas son buenas", dice Ygrane con la boca colmada. "Primera cosecha de los viñedos del Usk. Los vinateros de Glevum pagarán un precio digno este año. Prueba una."

La rechaza con una tensa inclinación, deseando que la reina muestre alguna formalidad en su presencia como reconocimiento, si no hacia su persona, cuando menos hacia su rango.

Ygrane quita de su regazo el bol de vidrio azul lleno de uvas y lo deja en el banco a su lado; luego, hunde los hombros contrita. "¿Estás enfadado por mi parca hospitalidad?"

"En absoluto, Madre." Se inclina de nuevo, esta vez más fluidamente, sintiéndose ligero al dulce viento estival. La relación entre ambos no ha sido cálida desde que él se convirtió en druida supremo, seis años atrás. Su predecesor, Tall Silver, fue, con la vieja Raglaw, el responsable de ello por seleccionar a la reina y sacarla cuando niña de su aldea en la montaña. Tall Silver tenía la visión y a Dun Mane le falta, así que hasta este día no ha podido entender qué vio su mayor en esta persona amigable pero remota. A sus ojos, no es sino una vulgar chica de pueblo superficialmente educada en los modos de la corte. Aborrece su pretendido aire de superioridad y de ahí que se vea sorprendido sin cesar por la ligereza que a menudo siente a su lado. "Tu hospitalidad es impecable; tu arpista, la mejor que he escuchado..."

"Pero te he traído aquí con prisas, Dun Mane. Sé que estás molesto conmigo." A la luz brillante de la mañana, ve ella los finos hilos plateados de sus patillas, su rostro afeitado al estilo romano. "Te pido disculpas por ello. Habrías descansado más después de tan larga excursión, si hubiera sabido que venías. Ahora estás aquí y yo he sido llamada. Así que es la única vez que puedo verte antes de partir. No quería que tu tedioso viaje hubiera sido en vano."

Librodot

Dun Mane toca la banda de cuero verde de su cabeza, luego su corazón y ofrece después su mano de nudillos azulados. La reina la estrecha brevemente, siempre impaciente con el ritual, y él se sienta en el banco de madera que Falon coloca frente a Ygrane. La informalidad de la mujer le permite al menos ser directo, y pregunta: "¿Llamada? ¿Por quién, Madre?"

"Mis amigos", dice y toma otro grano de uva, comiendo con despreocupación, cómodamente, como si no hubiera pasado ni un día desde su último encuentro, cuando en realidad han transcurrido cuatro meses.

El largo rostro cetrino de Dun Mane se aproxima. "¿Los faerïe?"

"Dijiste que no los llamase de este modo delante de ti."

"No cuando estamos acompañados, por supuesto. Los cristianos son muy susceptibles a ello, Madre. Y cada vez más de los nuestros se hacen cristianos en estos días. Las viejas costumbres no tienen lugar entre las nuevas. Tal es la dirección que ha tomado el mundo. Pero tú eres de otro tiempo, de otra vida, y entre nosotros podemos llamarlos lo que son."

"Voy a los montes para la luna del solsticio, Dun Mane. Tengo que partir pronto para llegar cuando oscurezca." Un surco frunce su frente. "A menos, por supuesto, que hayas venido a buscarme. ¿Son los jefes o es mi marido quien te envía?"

Él la mira directamente a los ojos, aun más molesto por la impaciencia de la mujer y satisfecho por la magnitud de su propia autoridad. "Ambos. Los jefes han convocado otro consejo de guerra. Te quieren presente y no aceptan excusas esta vez. Y el duque te llama a Tintagel. Los piratas atacan en mayor número cada vez. Te necesita a su lado."

"Enviaré una partida armada al poderoso duque. Y Falon me representará entre los jefes en el consejo de guerra."

Los surcos en el largo rostro de Dun Mane se tensan entre sus apagados ojos acero. "El duque te quiere en persona, Madre. Exige que te encuentres con él en Maridunum para el consejo de los jefes."

"Tendrá mis guerreros. Yo me llevo mi hija a los lagos para la luna del solsticio."

El druida junta las palmas de sus manos apologéticamente, pero por dentro se relame. Ha odiado siempre, sobre todo, la obstinada indiferencia con que la reina afronta sus responsabilidades y se alegra cada vez que halla la ocasión de ejercer su autoridad para obligarla a cumplir sus funciones. "El duque quiere también a Morgeu en Tintagel."

"¿Por qué?" Ygrane rompe su postura de piernas cruzadas y su indignación la pone casi en pie. "El verano está aún en su plenitud. Acordamos que permanecería conmigo hasta el otoño."

El druida agita las manos como desvalido. "El duque considera que es tiempo de que su hija aprenda estrategias bélicas. La quiere en su salón de mando."

Ygrane exhala con tajante desacuerdo. "Tiene siete años."

"El mismo duque tenía siete cuando fue llamado al salón de mando por su padre, el viejo conde."

La reina siente el orgullo en la voz del hombre y le disgusta. En su ansiedad por conservar el poder, los druidas se someten satisfechos a sus aliados romanos, los mismos romanos llamados invasores antes del tiempo de Tall Silver y del matrimonio que él, personalmente, resolvió entre ella y el duque.

Dun Mane, envalentonado por el silencio de la reina, que él toma por sumisión, añade: "Madre, sus intenciones son correctas. Estos son tiempos de guerra..."

La voz de la mujer se tensa de ira: "Sé que éstos son tiempos de guerra, Dun Mane. Tal es mi dolor como reina."

"Desde luego..." La mirada de su rostro asurcado simula ser sincera. Cree que, en

Librodot

los seis años que se ha visto forzado a trabajar con ella, ha llegado a conocerla tan bien... toda su hosca pasión contra la modernidad y su pueril devoción a los viejos caminos. Por un tiempo, antes de la alianza, hubo realmente una razón política para su arcaico primitivismo. Los clanes lo admiraron, entonces. Pero ahora, desde la alianza, el estilo romano ha llegado hasta la almunia más lejana del país y todo granjero, todo pastor, quiere más bienes y armas romanos. La reina ha perdido todo predicamento, pero él se obliga a seguir tratándola con cordialidad por respeto a su posición, aunque no a su confundida persona. "Sólo quiero decir, Madre, que todos debemos hacer sacrificios personales para contribuir al esfuerzo bélico... incluso la joven Morgeu. Tenemos que pensar en el pueblo."

"El pueblo, ¿verdad?" Una voz como el roce de la piel de serpiente lo fustiga desde detrás y la vieja Raglaw irrumpe a través del vuelo de las cortinas de seda.

Dun Mane arroja una mirada furtiva por encima del hombro y vislumbra, entre los etéreos velos, a la niña Morgeu saltando por el patio entre varios fiana, cabrioleando sobre un hermoso caballo blanco, velludo como un mastín. Distraído por la presencia de la vieja encapuchada, no percibe el cuerno frontal del corcel antes de que la cortina retorne a su lugar.

"El pueblo servirá a quien lo alimente", dice la vieja sentándose junto a la reina con sonido crepitante. "Exactamente igual que el Dragón."

El rostro voluminoso del supremo druida porta una mirada de tristeza cuando se vuelve hacia la bruja bajo su gris capuz. "Dama Raglaw, desde la alianza de nuestra reina con el duque, los romanos han alimentado y protegido a nuestro pueblo mucho mejor que el Dragón."

"Tristemente verdad", reconoce Raglaw volviendo la capucha hacia la reina, "porque no hemos nutrido como se debe al Dragón. Hemos retenido las ofrendas de la Bebedora de Vidas, las únicas que podrían otorgarnos la protección necesitada."

Con voz seca y llena de conmiseración, el druida añade: "La magia de los Síd no ha hecho sino decaer desde que los dioses romanos los enterraron hace cuatrocientos años, tras la matanza de los antiguos druidas en Mona."

"Míseramente cierto...", concede la vieja, inclinado el capuz. "La magia pasa, como ascuas retraídas en sí, que abandonan sus formas vacías a la fría oscuridad en la que hubo resplandor."

"La magia pasa mientras nuestros dioses se disuelven en la tierra", dice Dun Mane. "El nuevo dios, el dios crucificado de los romanos, es diferente... un dios, tres faces."

"Es un dios del desierto", protesta la reina. "¿Cómo puede nadie, en la Tribu del Norte Perdurable, honrar semejante figura?"

"Clanes enteros se han pasado a este dios del desierto", puntualiza Dun Mane, ansioso de infligir humildad a esta joven arrogante. "El jefe Kyner dice que sólo el dios cristiano puede detener las hordas del Furor."

La voz de la reina chasquea airada: "¿Abandonas tú a los Síd por el dios crucificado, Dun Mane?"

"¿Yo?" El druida supremo la mira asombrado. "Por supuesto que no. Sólo te advierto de que muchos de tus súbditos se han convertido ya... y muchos más lo harán."

"Gracias, Dun Mane, por tu perspicacia", dice Ygrane en tono de fría despedida. "Puedes irte ya."

El druida se esfuerza por contener la rabia ante tan ruda expulsión. "Entonces, ¿vendrás a Maridunum... con tu hija, para encontrarte con tu marido y con los jefes?", pregunta, orgulloso de que su voz siga calma y razonable mientras siente que aniquila todos los falsos sueños de la mujer.

Librodot

La reina torna su rostro de forma que sus ojos verdes parecen ensancharse; la ira del druida se evapora. Algo liviano y dulce en la brisa estival canta a través de las cortinas soleadas, calmándolo y haciendo imposible la cólera. Asiente, amigable, cuando Ygrane dice: "Sí, sí, volveremos a vernos en Maridunum. Decidiré entonces entre los jefes si mi presencia es necesaria en Tintagel."

"Gracias, Madre." Dun Mane se levanta, toca la banda de su cabeza, pero no ofrece su mano. Se inclina y parte ligero de pies, con el manteo de sus ropas verdes y blancas, mareado casi por la oleada de alivio inexplicablemente feliz.

"¿No ha sido demasiado glamour para él?", pregunta Raglaw cuando Falon cierra la puerta tras el druida supremo.

"Sólo quería que se fuera. Su amor por los romanos me enferma. Oírle hablar de los dioses romanos, de cómo echaron bajo tierra a nuestros Síd y luego sus alabanzas al nuevo dios... necesitaba el glamour para no pegarle." Se levanta y se estira; su mente va por delante, calibrando lo que queda de día ahora que ha sido convocada lejos de aquí. "Hay todavía pócimas que elaborar mientras el unicornio está a mano. Me ocuparé de ello. ¿Has visto ya al Habitante Oscuro y al alquimista que acaban de llegar?"

El capuz se mueve negativamente una vez. "Estoy cansada, Ygrane. Pero hallaré la fuerza... Ellos son la mejor esperanza para nuestro pueblo."

Ygrane hace amago de confortar a su instructora, pero la anciana alza su puño correoso. "Ve al unicornio ahora. Hay poco tiempo, si hemos de irnos tan pronto a Maridunum. Guarda tu glamour para los tipos como Dun Mane."

Ygrane lo concede con un pequeño abrazo; siente los huesos de la bruja moverse laxos cuando la estrecha, como si estuviesen unidos no ya por los tendones sino por la mera voluntad de la anciana. "Ven", le dice. "Únete a nosotros al sol."

"Sí... el sol", sisea suavemente Raglaw y se pone en pie. "Dejemos que el sol me toque otra vez, antes de que me desvanezca en algo mejor."

Los guardias celtas no querían intercambiar palabra conmigo, pues temían mis sortilegios, y pasé el resto de aquella noche dormitando junto al fuego del campamento mientras Bleys, encorujado a mi lado, se abandonaba a un sueño profundo. Los guerreros me vigilaron por turnos, dispuestas las lanzas a atravesarme a la primera indicación de diabluras. Yo los ignoré. En mi mente, mientras me hundía y emergía del sueño, retorné a la increíble visión de aquella arrogante criatura que montaba el unicornio, vertiginosa y despreocupada como un espíritu que sabe que la muerte es sólo ilusión.

Por la mañana, me alcé sobre las cenizas del fuego nocturno y contemplé la fortaleza militar y los erosionados promontorios de pura roca que, más allá de las olas batientes, miraban ciegos la neblinosa isla zafiro de Mona. Las masas de piedra roja de los baluartes y las murallas de piedra amarilla y anaranjada se elevaban sobre la exuberancia de la hierba esmeralda y la austeridad del océano, y reconocí este lugar de mis tiempos como demonio. Entonces se llamaba Segontium y, con Maridunum lejos al sur, señalaba el extremo occidental de la conquista del Imperio en Britania. Yo había infligido más de una pesadilla en las salas de piedra de estos puestos de avanzada, hostigando a los conquistadores recién cristianizados con visiones de lascivia y del fuego del infierno, tal como era mi costumbre en mi vida anterior.

Aunque los romanos abandonaron esta fortaleza más de medio siglo atrás, el portalón de madera aún permanecía intacto y los fosos defensivos eran todavía profundos; sin embargo, cuando cruzamos el angosto puente de tablas sobre el foso, observé que las acanaladuras de limpieza en el fondo, los 'rompetibias' donde

tropezaban los atacantes, se habían cubierto de arbustos espinosos. Los celtas no eran tan meticulosos como los romanos y eso no presagiaba nada bueno en su choque con el Furor.

Entramos en Segontium por un estrecho portillo en el portalón principal y atravesamos la plaza donde barracones en forma de L acuartelaban a varios centenares de hombres, la mayoría de los cuales emergió de sus cubículos para ver al supuesto mago que Morgeu había capturado aquella noche. Una sola mirada al escuálido anciano vestido de pieles andrajosas fue suficiente para casi todos y enseguida retornaron a sus tareas en las cuadras y barracones.

Estos edificios de madera habían caído en un estado de miserable abandono desde mi última visita y las paredes de chilla podridas se habían reparado con un trenzado de cañas. La *via praetoria,* la carretera que empezaba en la puerta frontal, había rendido la mayor parte de su enguijarrado a la muralla de la fortaleza, quedando reducida a un camino sucio, lleno de rodadas y charcos legamosos. Formando con ella un ángulo recto, la *via principalis* estaba en mejores condiciones y conservaba mucha de su augusta grandeza al penetrar en el área central, una plaza pavimentada y flanqueada por columnatas. Los edificios centrales eran allí imponentes incluso en su decadencia y, aunque los techos rojos mostraban rudos parches de madera donde faltaban las tejas y las parras que escarabajeaban las paredes se enmarañaban hasta estrangularse, aquéllos sugerían aún un clima más soleado y una antigua gloria.

Pasamos junto al *tribunal,* la larga sala desde donde el comandante arengaba a las tropas, y yo miré más allá de su agrietada y desportillada fachada hacia el *aedes,* el altar que amansionaba a la deidad. En lugar de la estatua del emperador, los celtas habían erigido una escultura de piedra, una mujer fuerte, fiera en su desnudez y de colmillos inmisericordes, que lucía un collar de cráneos, aferraba una espada con una mano y, con la otra, una cabeza cortada de la que manaba la vida.

"Kali", dijo Bleys rompiendo el silencio que mantuviera desde el día anterior. "La Negra una... Reina Demonio. Este uno conoce ella de tiempo de Indus. Kali viene de tan lejos ese sitio."

"De más lejos aun", le contradije. "En mis tiempos como demonio, muchos siglos atrás, vi a las tribus blancas del norte portar el culto de la ogresa caníbal a través de este mar a las islas occidentales. Allí aún es la cerda sagrada que se come sus lechones. Señor, ¡qué deidad! Incluso el Furor la conoce como Hel, las fauces que consumen toda vida. Es el cosmos, la realidad física, el cuerpo rabioso del universo que genera a los mortales sólo para destrozarnos."

"¡Cállate tus encantamientos, mago!", me gritó un soldado en británico. "¡Calla o pierde la cabeza!"

Guardé silencio, pero Bleys continuó: "Mira-ve." Bajo la espeluznante estatua, en la base toscamente labrada, aparecía *Morrígan.* "Mismo nombre niña cae del Ch'i-lin, ¿sí?"

"El nombre de la princesa es Morgeu..."

"Lailokén...", me tiró de la desgarrada manga. "Este un bruja lugar. ¿Tú ves una mujer, uno niño en una parte? Sólo guerreros."

Lo que pretendía que hiciese con tal información no podía ni imaginarlo y no estaba dispuesto a preguntárselo bajo la mirada ceñuda de aquellos guardias, que sospechaban ya que estaba maldiciendo a su diosa.

Mi escolta me guió alrededor del *principia,* la basílica central con su elegante escalinata de piedra y sus columnas. Pasamos después ante nuevos edificios de madera sobre pilares, los graneros del fuerte, para alcanzar una segunda calle transversal y marchamos junto a talleres dormidos hasta una pérgola de brillantes capullos. Una vez

Librodot

allí, los guardias desaparecieron y me quedé a solas con Bleys.

Penetramos en un exuberante jardín de viejos y sinuosos árboles frutales contra un espaldar que se extendía sobre un amplio, largo muro de antigua albañilería. Dioses muertos retozaban en la piedra labrada, arrojando sus furtivas miradas desde detrás de ramas frondosas y desde el zócalo bajo los arcos de las parras. Los fúlgidos ojos del cielo miraban a través de las hojas anchas y arrojaban una luz líquida sobre las cajas de semillas, los montones de compost y los lechos de hierba floreciente.

El unicornio se hallaba ante nosotros, en una vereda entre setos, elegante como la nieve. Bleys avanzó hacia él y la esbelta criatura huyó de lado, su cola y su crin convertidas en trazos de cirro. Danzó hasta más allá de las pérgolas y emparrados, y ardió como una estrella en un campo verdeante de luz impía.

Más hacia el interior del jardín, entre rutilantes masas de flores, la niña Morgeu ocupaba una silla alta. Una cintilante flotadura de esporas llenaba el aire tras ella, donde la silueta de una mujer alta, de hombros anchos, cocía algo en una caldera sobre el brasero. Humos envolvían turbulentos la silueta y una serena fragancia de mirto y agujas de pino coloreaba el umbrío reducto.

La mujer en sombras estaba seccionando una densa espirea, la reina del prado, cuyos penachos florales vagaban con la brisa matutina mientras la cortaba. Pedazos seleccionados cayeron a la poción bullente y los vapores disminuyeron hasta revelar la sorprendente belleza de aquel rostro y aquella figura. Morena, lustrosa, con una nariz fuerte y una ancha quijada, tenía el aire lejano de una leona. Fijó en mí sus ojos verdes con una ardiente alegría glacial, como con gozo tras una larga separación. Portaba aquel cabello suyo de bronce intrincadamente trenzado sobre la cabeza y su verde y ceñida *gwn*, una camisa celta de seda, la cubría hasta los tobillos y le dejaba desnudos los pechos.

Aparté la mirada, temeroso de no ser yo quién para verla expuesta de aquel modo, y Morgeu se burló de mí con su risa rutilante. "Mira, madre", dijo en británico, "debe de ser un cristiano, después de todo. No puede soportar la vista de tu feminidad."

Con firme y elegante autoridad, la mujer respondió: "Morgeu, vete ahora."

"¡Madre! Es mi presa."

"Vete ya, cariño", repitió sin apartar de mí sus verdes ojos lemúridos. "Y no trates de espiarnos desde las pérgolas o, por la Bondadosa Madre de todos nosotros, sabrás lo que es tener las nalgas demasiado doloridas para cabalgar en una semana."

Con una petulante sacudida de la cabeza, la niña saltó de su asiento y caminó resuelta hacia el extremo del jardín, deteniéndose ante mí lo justo para crispar sus ojos y dilatar amenazadoramente las aletas de su nariz.

"Te pido que disculpes la impertinencia de mi hija, Lailokén", me dijo la mujer con voz amable y en un latín de acento gaélico, la mirada aún fija en mí. Cuando me aproximé, pude comprobar que lo que yo tomara por una fría alegría al saludarme era, de hecho, una tristeza intensamente aguda, como si yo fuera un destino fatal al que ella diese la bienvenida. "Posee toda la arrogancia de su padre romano y nada de la céltica hospitalidad del pueblo de su madre", continuó, indicándome un banco de piedra junto a diversos trípodes de ardientes braseros y fragancias borbollantes. "Ven, por favor, siéntate un instante conmigo. Y tu evanescente compañero también."

Miré a Bleys sorprendido, pero él seguía con la vista fija en la reina mientras algo parecido a una expresión de admiración le pintaba su rostro ancho y curtido.

"¿Es mi atavío lo que os ofende?", inquirió la reina señalando su *gwn* y los jóvenes pechos fértiles, colmados de su propia luz rosada. "Es costumbre de mi pueblo vestir así en verano. Pero resulta evidente, incluso de noche, que vosotros dos sois de tribus muy lejanas y distintas." De una mesa cubierta de redomas de cristal coloreado y

Librodot

flores cortadas, tomó una prenda diáfana, coralina, y se envolvió en ella. "¿Visteis el unicornio al llegar?"

"Corrió al campo", respondí.

"Morgeu me dijo que lo asustaste ayer noche." Hablaba mientras se servía de tenazas de madera para sumergir redomas en una pócima destilada; las introducía y sacaba unas cuantas veces y luego las ponía a secar en un soporte especial sobre la mesa. "Eso me sorprendió, porque cada vez que te he visto en mis sueños diurnos, estás con mi unicornio. Esperaba que pudieras aguantarle la cabeza mientras le extraigo una lágrima o dos. La pluma que uso para hacerle parpadear no hace daño, pero lo asusta y derramo más de lo que quisiera."

Bleys se me adelantó entonces. "No ofensa de este uno", dijo. "Nuestra sorpresa, noble dama. Nuestra sorpresa tú ves este uno. Todos ojos no ven Bleys."

"Sí, eres casi tan pálido como la gente de las montañas huecas. Pero no perteneces al pueblo de los elfos, ¿no es así? Pareces ser una clase especial de hombre."

"Bleys mi nombre galo. Este uno viajero del este", se presentó a sí mismo con una profunda inclinación y se situó donde ella le indicaba. Cuando me senté a su lado, añadió: "Este Lailokén mi estudiante, un demonio loco se piensa hombre. Lailokén quiere aprende amor más mejor."

"Ojalá que todos quisiéramos eso." Extrajo la última redoma y arrojó a la pócima un puñado de granos que adensaron el aire con humo escarchado, con aromas de lluvia de húmedos prados y goteantes abetales.

"Perdóname, mi señora", dije inclinando mi bastón hacia los vanecientes vapores y comprobando que el aire estaba vacío de presencias invisibles. "Hace un momento has dicho *tu* unicornio. ¿Es, pues, tuya la criatura?"

Se sonrojó y tornó su atención a las redomas sobre la mesa, que ordenó ligeramente. "Desde luego, yo no soy la dueña del unicornio. Vino a mí cuando era joven, trayendo profecía consigo." Quitó unas podaderas de la silla junto a la mesa y colocó su asiento de forma que podía observarnos desde las sombras. "Lo considero mío porque, cuando lo llamo, acude." Estaba sentada plácidamente, inclinada hacia un lado, las piernas cruzadas bajo la ropa, y nos sonreía como a dos viejos conocidos. "Pero no es de mí de quien hay que hablar. Es de vosotros. Aquí estáis por fin. Después de todos estos años. Recuerdo haberte visto..." y señaló a Bleys,"... tú fuiste una de las primeras visiones, ¿sabes? Cuando yo era tan joven, no sabía que aquello eran visiones. Recuerdo aquel grueso rubí sobre tu gorro. Tú mirabas desde el bosque. Ayúdame a comprender lo que ya he visto de ti. Cuéntame tu historia."

Bleys se inclinó sin levantarse y se dirigió a las lajas mohosas. A pesar de las limitaciones de su latín, relató nuestra historia con irresistible detalle y con una serena elocuencia que convertía todas las arduas pruebas de mi breve vida mortal y nuestra persecución del unicornio en una legendaria aventura digna de la atención de los bardos.

"¿Y tú?", preguntó mi maestro cuando hubo concluido. "Ahora dice a este uno y Lailokén tu historia."

"Yo soy Ygrane, reina de los celtas", comenzó con su voz liviana, y el aire de melancolía se adensó alrededor. "Mi historia no es tan grande como ninguna de las vuestras, pues todo lo que soy he llegado a serlo por accidente y error. Por accidente de nacimiento, heredé un reino moribundo. Y por error, tomé un marido romano, cuyo vástago os halló en nuestros bosques."

"Debes de haber sido niña...", la interrumpí.

"Sí. Mi matrimonio con el *Dux Britanniarum* fue un error que cometí de niña. Tenía trece cuando los druidas, mis consejeros, presionados por razones políticas, me urgieron a casarme. Traté de huir poco después. Pero me encontraron y me obligaron a

volver. Éste es mi vigesimosegundo verano."

Bleys asintió tiernamente y, con una expresión de gran renuencia, dijo: "Perdón... ¿sí? Este uno no encuentra reina en otra tribu. Viaje mucho, ve no reina. Tú mucho especial dama."

Ygrane accedió con un suspiro grave, triste. "Es verdad. En los tiempos de la abuela de la abuela de mi bisabuela, habían pasado ya muchos años desde que los celtas abandonaran los viejos caminos, el culto de la Madre, la Diosa. Es el dominio de los jefes lo que hemos tenido desde entonces. Ahora, aun el poder de los jefes se ha debilitado... minado, habéis de saberlo, por la política de sus magistrados. Los hombres aman el poder. Insabios, los reyes de nuestro pasado emularon la civilización romana. Otorgaron poder a sus administradores. Con el tiempo, éstos se negaron a devolver el poder a los verdaderos soberanos. Quisieron para ellos mismos la regencia y la guerra civil ha sido la triste realidad de nuestras vidas durante generaciones. Peor aún, los cristianos enseñan que los viejos caminos son el mal y eso hace que esté perdiendo toda influencia sobre mi pueblo."

"Pierde dioses, pierde magia", añadió Bleys con un cabeceo comprensivo. "En tiempo viejo gente trabaja cerca dioses y dioses comparten fuerza con gente. Para hace magia, fuerza viene abajo de dioses. Demonios van hacen problema con dioses y gente. ¿En, Lailokén?"

Crucé las manos sobre mi pecho, reconociendo mi culpabilidad. "Es como dices, maestro. Lo que llamas dioses son las primeras consciencias, las primeras mentes vivas. Ayudaron a formar los mortales, o por lo menos sus mentes, a partir de los materiales a mano. Pero recuerda que los dioses mismos fueron formados. Los ángeles los hicieron para que les ayudasen en su misión. Juntos, hacen la vida aun más compleja. Nosotros los demonios... seres débiles, en realidad, que somos incapaces de detener la vida y su profusión de formas, nos dedicamos sólo a la creación de enemistad entre los dioses. Para nosotros, ellos no son sino soñadores. Es tan fácil entrar en sus sueños y contaminarlos de celos, odio y violencia, ¿sabes? A cambio de ello, los dioses nos ligan con su magia, extraída de los campos de poder del planeta, y nos lanzan a la destrucción de sus enemigos. Y así, inspiramos y conducimos la guerra entre los dioses... guerra que desangra a sus creaciones. Y con el tiempo, sí, los mundos de los dioses y mortales se han vuelto muy, muy distantes."

"Pero...", dijo Bleys tornando su alegre atención hacia Ygrane, "pero tú hace mucha magia, tú ve Bleys. Los dioses aún dan a ti poder."

"Así es", admitió ella. "Y no pongo en duda que los Daoine Síd me han bendecido, eligiendo mi alma para esta vida. Yo era una niña común en un remoto clan de montaña, separada de los demás por el don de la visión, que me viene de anteriores vidas. He tenido visiones de la Diosa y del pueblo pálido y del caballo del cuerno desde antes que pudiera hablar. Toda mi vida he visto pequeños fragmentos del futuro. Cuando los druidas oyeron hablar de mí, me tomaron de mi familia, se me llevaron y me educaron para ser una reina. Me he servido desde entonces de mi don para aconsejar a las tribus. Y por este poder de los dioses, por esta visión, te veo ahora, Bleys de la dorada luz, invisible al mortal... como te vi con Lailokén en la llama del trance, muchas veces, donde todo lo que es ordinario y cotidiano se vuelve profundo y profecía."

"Este don engañoso uno", dijo Bleys alzando una tenue ceja al tiempo que me miraba. "Profecía, seis puerta poder, Lailokén. Tú ves tú mismo. Duro tiempo abre seis puerta."

"Engañoso, sí... es engañoso", confesó la reina. "Puedes estar seguro, puesto que lo que ves no puede cambiarse sino con terrible sufrimiento. Lo que se ve ya es verdad... y cambiar la verdad exige una verdad más grande. El tiempo que aguarda a mi tribu es

Librodot

tan hórrido; os aseguro que preferiría no haberlo visto en absoluto. Aun mi propia gente, o muchos de ellos, me sacarían los ojos por lo que he visto. Los cristianos, quiero decir. Su fe prohibe la profecía y condena a una eternidad de sufrimiento a todos los profetas y a los que obran magia."

"¿Es ésa la tristeza que percibo en ti, mi señora?", me atreví a preguntar.

Me dirigió una mirada doliente. "Siendo niña, cuando los druidas vinieron a llevárseme de mi madre, lloré. Era feliz en mi humilde hogar, allá en las montañas. Nuestros suelos eran de tierra prensada, comíamos bayas en verano y caldo de raíces en invierno, pero yo no tenía ninguna preocupación. Los faerïe jugaban conmigo y la Diosa era mi amiga. Lloré amargamente al dejar aquellos setos y arboledas donde, por vez primera, conocí la felicidad con los elfos. Pero los druidas me contaron una historia. Dijeron que era una historia muy antigua, cuyo tiempo de cumplirse había llegado. Una mujer celta amada de los Síd se casaría un día con un rey extranjero, y un niño les nacería a ambos que crecería para ser un gran rey y salvaría a sus dos pueblos de la tragedia." Sonrió levemente, como si calibrase lo absurdo del cuento. "Dicen que yo soy esa mujer... y que el salvador será mi hijo."

Sentí erizárseme todo el vello del cuerpo. "M-mi madre me dijo lo mismo", balbucí. "Me habló de una reina destinada a maridar su enemigo y a dar a luz un noble rey que nos uniría."

Abatió la cabeza cansinamente. "Yo lo creí una vez. Los druidas se sirvieron de esa historia para sacarme de casa. Desde entonces, he vivido en estas viejas fortalezas romanas adonde el pálido pueblo aborrece acudir. Para lograr provechos políticos, los druidas me casaron con Gorlois, duque de la Costa Sajona." Con una mirada de doliente ironía alzó el rostro. "Yo era joven, por supuesto, y me hallaba desorientada por mi nueva vida, una vida de sirvientas y hermosas ropas suaves. Mis visiones se hicieron más raras. Poco después estuve casada, y grávida con un hijo. Y entonces vi... y lo que vi me hizo llorar, y lo he estado llorando desde entonces. Gorlois no es el predestinado... y Morgeu..." Torció el gesto y su voz se volvió fría. "Morgeu es la hija de su padre. Él ha instigado y alimentado su arrogancia. La niña no tiene la visión. Oh, yo podría tratar de disciplinarla, por el momento, pero carezco de la gracia o la fuerza para hacerla distinta del alma egoísta y soberbia que ella es. No será la salvadora de nadie."

"Seguro tú tiene nueva visión", la consoló Bleys. "Tú mira-ve otra vez."

"Lo he hecho", admitió, dejando partir con un parpadeo el aire remoto de sus ojos. "He mirado, mi querido Bleys. Y he visto, pero no he podido creerlo. Otros que ven mejor que yo me aseguran que es verdad. Quisiera creer. Quisiera un destino. Pues esa historia ha de ser verdad... o mi cómoda vida envuelta en estas finas ropas y habitando antiguos palacios está vacía, es una broma."

"Y así, me halláis como me veis. Mi vida la llena sólo el esperar y esperar... esperar algo que acaso nunca llegará a ocurrir." Dirigió una mirada a la mesa. "Paso el tiempo haciendo estas pociones, aguas especiales que portan encantamientos. Las hago para mi pueblo. Los granjeros las usan para sus cosechas y rebaños; las mujeres, como bálsamos curativos. Me volvería loca sin este trabajo."

"Sin duda", intervine elevando la voz, "los hombres de esta fortaleza te son leales."

"Sí", confirmó alzando con orgullo su cuadrado mentón de leona. "Son mis fiana. Provienen de todas las tribus. Les disgustan las riñas políticas y contienda civil de todos esos pequeños jefes y magistrados. Aborrecen las guerras que nos han dividido y debilitado frente a nuestros enemigos, y buscan en mí el retorno a los viejos tiempos. Pero son mi propia gente y no el lejano amor de aquella historia que se llevó mi infancia."

La sinceridad y la tristeza de esta hermosa joven despertó una profundidad de sentimiento en mí que no había experimentado desde mis primeros días en este mundo. Me recordaba la fervorosa presencia de mi madre. Cuando Óptima me sonrió, sentí el amor por primera vez... y me volví humano. Cuando esta reina me miraba como si me conociera —y yo sabía que de algún modo era así gracias a su visión mágica—, yo sentía renovarse aquel amor, y mi humanidad despertaba con él otra vez.

Bleys me aferró la rodilla con mano fuerte, leyéndome los pensamientos en la ávida intensidad de mi mirada. "Nosotros un tipo, tres de nosotros. Nosotros un tipo magia. Sabemos magia, y ¿para qué? Sabemos magia para poder rompe límites. Para este uno y Lailokén, Bleys usa magia rompe límite. Cazamos unicornio y montamos camino cielo. Tú ayudas, Ygrane, tú viene también. Ayuda caza unicornio y viene montas con nosotros camino de cielo."

Sonrió ella con tristura y sacudió la cabeza. "No, Bleys. Estos límites son mi vida. Soy una reina. Si abandono eso, abandono a todo mi pueblo. No hay cielo para una reina a menos que ese cielo pertenezca a su pueblo."

"Bien dicho, mi señora", respondí con sincera y creciente admiración.

Pero, reflejando la tristeza de la mujer en su propio, antiguo rostro, Bleys movió la cabeza. "¿Por qué tú no salva ti misma? No puede salva otro. Todos iguales ante muerte. Todo rango, todo poder grande ilusión. Mundo-matriz va y va y va. Mundo-matriz hace sólo problema."

"Aun así", dijo Ygrane bajando con deferencia su verde mirar, "estoy atada por las ilusiones del amor a servir a mi pueblo. Mi vida le pertenece. No puedo irme contigo... pero puedo serte útil. Puedo ayudarte a partir, quizás."

"¿Tú hace esto por nosotros?", preguntó Bleys, no queriendo o no pudiendo disimular la esperanza en su voz.

"Es verdad lo que tú dices. Pertenecemos a una misma clase, nosotros tres." Se levantó con una gracia tan boyante que nos puso en pie sin quererlo. "Os diré el secreto del unicornio, que os asegurará vuestra ascensión al cielo. Pero no ahora. Por ahora, basta con que sepáis sólo que el unicornio os quiere entregar al Dragón. Sabréis, por supuesto, que os ha traído hasta mí para que yo os sacrifique a la gran bestia telúrica."

Bleys la observó en silencio, calibrando su propósito. Torpemente, inquirí: "¿Adoras al Dragón, mi señora?"

"Mis dioses, los Daoine Síd, habitan bajo la tierra, donde el Dragón los protege. A cambio, lo alimentan. Querrán que os sacrifique."

Los finos ojos de Bleys se achicaron aun más, hasta no ser más que dos tensas hendijas. "Tú no sacrifica este uno. Nosotros un tipo, tres de nosotros."

"Sí, Bleys, somos una sola clase de seres, nosotros tres. No lo niego. Pero ten cuidado, los Síd te quieren para el Dragón. Y el unicornio, asimismo, tiene la esperanza puesta en ofrecerte a la Bebedora de Vidas."

Al final del largo salón donde los comandantes romanos arengaron a sus tropas un día hay una capilla que la reina ha dedicado a la Bebedora de Vidas. La estatua que hay allí es la de Morrígan, la diosa de fieros colmillos con el collar de cráneos humanos: una antigua personificación del Dragón. Ygrane se sienta en su pedestal, se apoya en la espinilla de la ogresa caníbal y escucha el atabaleo de los cascos de caballo en el enguijarrado del patio cercano. Los sonidos ajetreados de la partida a caballo de Dun Mane, que se prepara para retornar a Maridunum con Morgeu y Raglaw, reverberan en mudos ecos a través de los corredores de piedra. La colman de tristura, pues había esperado pasar más tiempo con su hija, instilar en ella algo de sus artes mágicas antes de

Librodot

devolverla a la influencia severa y marcial de su padre el duque.

Estas preocupaciones maternas se dispersan cuando la estatua a sus espaldas empieza a vibrar, indicando la llegada de los Daoine Síd. Leves como polillas, entran en el santuario con un aroma de lluvia. Traen un revuelo de fuegos fatuos, un parpadeo de llamas anaranjadas que preña el aire de la inconsolable solitud de su exilio del Gran Árbol, esa melancolía que acosa siempre a los desposeídos. Entonces, una de las muchas chispas que llenan la cámara se separa de pronto de la neblina crepuscular que forma la presencia del grupo y asume forma humana.

Gradualmente, la figura de Príncipe Noche Brillante se concreta en el aire y el Síd se inclina, respetuoso, ante la reina. Vestido con capa y pantalones verdes, túnica dorada y botas amarillas, el príncipe derrocha el gesto regio y desenvuelto de un jefe élfico. Con un movimiento de la cabeza, lanza hacia atrás sus largos bucles castaños y encara a Ygrane con verdes ojos oblicuos, que revelan su parentesco con los de la mujer. "Hermana, tenemos que hablar."

"Con alegría, hermano. Pero ¿por qué has venido con legión tan poderosa?"

"Venimos a llevarnos al llamado Bleys..." Pausa un instante y la mira con penetrante hondura. "Para alimentar al Dragón."

Los ojos de la reina muestran momentánea alarma, pero su voz permanece tranquila. "Comprendo la necesidad del Dragón, pero no debemos desperdiciar a Bleys. Es el instructor del Habitante Oscuro. Nos hace falta para que enseñe a Lailokén cómo usar sus poderes en un cuerpo humano."

El príncipe frunce el ceño impaciente. "Hermana, he estado con Lailokén desde que llegó a nuestros dominios. He visto a los Señores del Fuego, que laboraron día y noche para meterlo en un cuerpo. Los he visto, algo que muy pocos dioses han hecho, y puedo decírtelo: son seres sorprendentes. A Lailokén lo han hecho entero. No necesita las enseñanzas de ese hombre, no importa el poder de su luz corporal."

"Y yo digo que sí. Los Señores del Fuego adaptaron Lailokén a una forma humana, pero ellos mismos no son humanos, ¿no es así? Le hace falta un buen maestro, alguien que le enseñe cómo usar sus poderes demónicos de acuerdo con sus límites humanos."

"¿Y qué del Dragón? ¿Qué de Morrígan?"

"El Dragón beberá las vidas de los secuaces del Furor."

Noche Brillante exhala un escéptico suspiro. "Ojalá fuera así, hermana."

"Será así, hermano. Lo he visto."

"Lo que tú ves se lo llevan los vientos del tiempo, a veces para aquí, a veces para allí. Si fallamos esta vez, el Dragón nos devorará."

"Sea. No debemos fallar. Por eso necesito a Bleys. Te lo aseguro: sin él, Lailokén carecerá de destreza para afirmarse contra el viento del tiempo. Necesitamos al Habitante Oscuro en plena posesión de sus poderes, si queremos tener alguna esperanza de hacernos un lugar en el nuevo mundo que está por venir."

"No quisiera que ese lugar estuviese en el vientre fundido del Dragón."

"Tampoco yo, hermano. Pero los Daoine Síd me han dado poder para que actúe como reina." Alza su cuadrado mentón con gesto de autoridad. "Debo ser libre para dirigir las cosas tal como crea conveniente. Y tú no has de oponerte a mí."

El príncipe parece ofendido y las luces como polillas que colman la cámara se oscurecen hasta un hondo rojo-ocaso. "Has negado a Morrígan el unicornio. Ahora retienes a Bleys. Hermana, déjame que te pregunte: ¿cuánto tiempo más podremos mostrarnos avaros con el Dragón sin que se vuelva contra nosotros?"

"Confía en mí, hermano. Tengo una visión para Lailokén. Confía... él redimirá nuestra alianza con los romanos."

Librodot

"Pero los romanos no existen ya. Las carcasas que dejaron atrás son sólo sombras de los conquistadores que nos echaron del Gran Árbol. Son britones", los nombra con frialdad, "una de las viejas tribus que nos sirvieron tiempo atrás y que ahora siguen al dios crucificado. Son desleales."

"Han aprendido mucho de los romanos, mucho en el terreno de la guerra. Los necesitamos para que contengan al Furor."

El príncipe pasea airado y las chispas a su alrededor se rusentan hasta un tono casi púrpura. "Los Daoine Síd preferirían volver al Gran Árbol a lomos de romanos y britones. No queremos alianza con el dios crucificado. Tenemos más en común con el Furor que con estos invasores del Sur Radiante."

Ygrane alza una asombrada ceja ante esta explosión. "Y sin embargo, son los Señores del Fuego los que enseñaron su magia a las tribus del Sur Radiante y nos han dado a Lailokén. Sin duda, los Señores del Fuego recuerdan que los celtas conquistaron un día el Sur Radiante y vivieron allí. Sin duda recuerdan que los Daoine Síd aprendieron mucho de la magia de las tribus meridionales. Y ¿no es ésta precisamente la razón por la que el Furor me rechazó cuando me ofrecí a él?"

Noche Brillante se detiene y se pasa ambas manos por su esplendoroso cabello, tratando de contener la gran confusión de su mente. Ha de hacer algo. El Dragón está vorazmente ansioso de alimentar su cantoensueño. Sin embargo, sabe que Ygrane tiene razón y que él debe esperar. Pero ¿cómo? No hay tiempo. Su ira recae sobre aquel que les ha empujado a semejante desesperación: "El Furor está loco. Está obsesionado con la pureza del Norte Perdurable. Cree que ensuciamos esa pureza. Nosotros, que un día dominamos desde la tundra hasta el Indus, cuando él no era más que un diosecillo que se arrastraba por las tierras raíz. ¿Cómo llegó a semejante poder?, te pregunto. ¡Dándole un pedazo de sí mismo a un troll! ¿Y ahora se atreve a decir que nosotros somos la mácula y que hay que purgarnos de esta tierra? ¿Qué autoproclamada santidad cree que le da derecho a someternos a estas monstruosas purgas de sangre? Te lo digo ahora, hermana: me alegro de que no te aceptase."

Ygrane le sonríe afectuosa. "¿A pesar de que tengamos tanto en común con él, hermano?"

Noche Brillante hincha sus carrillos tratando de expulsar de un soplo toda su confusión. "He dicho una tontería. Desde nuestro exilio del Gran Árbol, hemos perdido todo lo que un día compartimos con los Nómadas de la Caza Salvaje. El Furor quiere destruirnos, hacer lo que los Faunos no pudieron. No es un pariente, ya no. Pero... temo al dios crucificado."

"Y con razón, hermano", dice, la voz conciliadora. La mirada salvaje en los ojos del elfo le preocupa. Entiende su desesperación, su desesperación por hacer algo, alguna cosa que le ayude a él y a su pueblo; y reza con secreta introversión que su visión los guíe a través de estos tiempos temibles. Y sin embargo, no le mentiría a él más que a sí misma, de modo que continúa: "No debemos olvidarlo nunca: los Señores del Fuego no son terrestres. La magia que enseñaron al Sur Radiante, la magia que el dios crucificado porta hacia el norte desde los vientos arenosos del desierto, la magia que llaman el Verbo es peligrosa. Lo transforma todo. Y esto lo descubrimos nosotros mismos durante nuestro tiempo en el sur, cuando aprendimos runas y números. Nos cambió, y hasta tal punto que el Furor, nuestro antiguo pariente, ahora nos rechaza. La magia del Verbo lo cambia todo. El mismo dios crucificado lo admite, pues afirma que, si nos aliamos a él, no moriremos, sino que seremos plenamente transformados."

El príncipe hace un suave sonido de aceptación y empieza a desvanecerse. "Hermana, estos cambios nos asustan. El viejo ha sufrido tanto cambio ya... ¿podrá resistir otro?"

Librodot

"Nuestro señor es un superviviente. Alguien Sabe la Verdad nos guió a través del tiempo de las Madres y sobrevivió el cambio al tiempo de los Jefes. Superará este cambio también. Llévale mis parabienes, hermano Noche Brillante, y dile a nuestro señor que con el Habitante Oscuro por aliado Morrígan pronto volverá a beberse las vidas de nuestros enemigos."

Las motas crepusculares en el santuario se oscurecen, se tornan púrpuras y ultrapúrpuras más allá de la vista, dejando que la cámara se ilumine otra vez con el cande resplandor de la luz del alba.

Los soldados nos condujeron al *principia*, un edificio masivo con columnatas azules de madera, escalinatas de piedra y suelos de cromáticos mosaicos con escenas de los extranjeros dioses romanos. La mayoría de las estancias que vi estaban desnudas, oscuras y húmedas; vacías como el día en que las legiones se retiraron. El baño de mármol, sin embargo, era luminoso y la claridad de la mañana penetraba por una lucerna en la cúpula. La cámara estaba limpia y bellamente acondicionada, con varios espejos argénteos de cuerpo entero, paños azafrán, arcas de ropa y bancos de madera labrados con los intrincados relieves celtas.

Mientras la música dolorosa de un joven arpista me serenaba, lavé mi cuerpo de toda la mugre acumulada en mi largo viaje y examiné en los espejos mi figura. Parecía una cigüeña, con mi plumoso pelo blanco bien derramado por debajo de las alas de mis escápulas. Levanté mi espesa barba enmarañada para revelar clavícula, costillas y esternón, tan estriados como la coraza de un legionario romano. Mi rostro era afilado como pico de grulla. Mis brazos y piernas, tan largos, eran delgados y nudosos como mi bastón.

Al cabo de un rato, un soldado añoso y de rasgos severos vino a lavarme el cabello y la barba con un mejunje herbáceo, jabonoso y mucilaginoso, que olía a marchitos pastizales. Bleys observaba entretenido mientras el soldado bregaba paciente, armado de tijeras y de un peine de bronce, para desanudar y peinar mis largos mechones.

Cuando hubo acabado, mi melena de plata y mi barba recortada acentuaron los ángulos de mi rostro, dotándolo de algo del imponente aspecto patriarcal de Jove mismo: una figura que despertó la sofocada risilla de Bleys. Por último, recibí una túnica azul-medianoche, sandalias de cuero color moca y un manto negro con bordados carmesíes que sólo realzaron el efecto.

Satisfecho tras un fino banquete de salmón asado, tarta de venado y pan de avellanas, volví con Bleys al jardín. Pero la reina se había ido. Cuando pregunté por ella, se me informó de que Ygrane había sido llamada al sur para lanzar sus fiana contra los incursores bárbaros que se habían concentrado a lo largo de la Costa Sajona. Nos tomó, hasta cierto punto, por sorpresa saber que debíamos encontrarnos con ella en la fortaleza de Maridunum y que tendríamos que viajar hasta allí en compañía de su hija, la princesa Morgeu.

El unicornio se alza, liviano y muscular como niebla, en el túnel del bosque. Flores dispersas y frutos caídos arden en la penumbra, exóticas conchas lavadas por un insólito mar. Espera la llamada de Ygrane. Ahora debe ir allí donde ella conduce a Bleys. Para cumplir su misión ha de confiar en esta humana cuyos dedos anillados de plata tienen el aroma del trueno. Pero ¿dónde lo está guiando... y por qué?

Un arroyo cercano murmulla con perdurable portento. Sucesos ligados a

consecuencias derivan hacia otras consecuencias, más profundas, más extrañas. El unicornio quiere volver al hogar, a los campos del sol. Del Dragón ha tomado ya suficiente energía. Ha visto todo, y aun más de lo que deseaba, de las vidas parásitas que pueblan la piel del Dragón. Por qué permanece constituye una pregunta inmensa; en especial después de que Raglaw casi lo matara. La sabiduría que necesita para entenderlo no cabría en su cráneo.

A pesar de ello, el unicornio continúa aquí. Desde su primer encuentro con los Señores del Fuego, ha aprendido de sí mismo que es una criatura obediente, y de un orden mucho mayor que las pequeñas vidas que infestan el planeta. De este conocimiento se desprende una responsabilidad de la que no puede huir. Ha sido elegido. De toda la manada, sólo él ha sido elegido. Por el honor de su estirpe, debe permanecer y completar el trabajo que ha sido enviado a consumar.

Pero ¿dónde están los Señores del Fuego con sus alas suaves de luz? ¿Dónde sus ojos vigilantes? El unicornio mira y ve piezas azules de cielo recortadas por las hojas y las ramas en su jaula de viento. Escucha y oye sólo el interminable augurio del arroyo en su carrera hacia una hondura que se lo beberá entero.

"No tendrás nunca el unicornio", me amenazó la princesa mientras cabalgaba junto a ella en un fogoso corcel negro, que exigía toda la atención de mis sentidos. Nunca había montado una bestia semejante hasta aquel día y no estaba acostumbrado a la terca obstinación del caballo. Como esto ocurría en un tiempo antes de que existiesen los estribos, mis débiles piernas no podían impedir el zarandeo y zangoloteo que las hacía danzar. La musculosa excitación del animal al mínimo giro del viento y roce del tamo de la avena que crecía al borde del camino ponía a prueba mi determinación; y sólo Bleys, montado detrás de mí e infundiéndome ánimo con sus estimulantes susurros, me permitía dominar la bestia.

"Yo no quiero el unicornio", le respondí con sinceridad. Pero, no deseando enfrentar su mueca burlesca, volví la vista hacia las laderas cubiertas de arbustos, el mar centelleante allá abajo, las gaviotas volando en círculos y, más allá de todo ello, el perfil de Mona purpurando el horizonte bajo castillos de nubes estivales.

"Tú me dijiste que lo estabas persiguiendo", presionó Morgeu. "¿Eres un mentiroso?"

"*Estaba* persiguiendo el unicornio... y me llevó a ti. Esta razón debiera bastar para que seamos amigos." Miré alrededor en busca del guardián de la niña, algún adulto autoritario que pudiera salvarme del descaro de la jovencita. Pero los guardias a caballo estaban atentos sólo a los matorrales junto al camino y al centelleo de los árboles en las laderas superiores. Muchos cabalgaban detrás, guardando la carreta cubierta de piel de jabalí que portaba las provisiones de la fortaleza.

"Si hemos de ser amigos", dijo entonces, gélidos los ojos como guijarros pulidos, "has de darme un regalo."

"Ya tienes el regalo de la amistad de Lailokén", repliqué apaciblemente y traté de apartar mi caballo del suyo.

Pero ella era mucho mejor jinete que yo y se mantuvo a mi lado. "Pruébame tu amistad, Lailokén", insistió, ceñuda como uno de los demonios que colman los templos del país de Bleys. "Dame un regalo, te digo. Algo simple. Por ejemplo, ese tosco y feo bastón que llevas ahí." Alargó la mano y cogió el Bastón del Árbol de la Tormenta que un soldado había sujetado a mi silla de montar.

"Devuélveme eso, joven damita..." Empecé a decir alto, demasiado alto, asustando a mi montura, que empezó a cabriolear hacia delante. Morgeu fustigó las ancas de la

Librodot

bestia con un golpe punzante del bastón y ésta se lanzó a una desbocada carrera. Caí al frente, agarrándome al cuello, y vi el suelo pasar como un borrón fugaz debajo de mí. Por fortuna, la vía romana era buena y el empedrado se había hecho tan a conciencia que aún se mantenía firme después de cincuenta años. Si aquél hubiera sido uno de los muchos sucios e irregulares senderos que conocía, bien podría haberme roto mi juncoso cuello.

Penetré desesperado en el animal con la fuerza de mi corazón, intentando calmar a la asustada criatura. Bleys bramó instrucciones. Pero, antes de que lograra dominar mi propio miedo, un guerrero montado me alcanzó, se hizo con mis riendas, diestro, y detuvo por mí al bridón. Me volví en la silla, preparado para enfrentar las desdeñosas carcajadas de Morgeu.

Para mi sorpresa, vi su rostro perverso estremecerse de miedo. En la carreta, acababa de levantarse una pestaña de la cobertura de piel de jabalí revelando una mano retorcida de dos dedos y un rostro espantosamente surcado, deformado, agrietado y devastado como un tablón a la intemperie. La temible aparición regañó a la niña y se desvaneció tras dejar caer de nuevo la pestaña de piel. Morgeu, temblorosa la quijada, entregó el bastón a un guardia cercano y se retiró a una posición tras de la carreta.

Con el bordón otra vez en mis manos, el resto de la jornada continuó sin incidentes. Morgeu se mantuvo a distancia y yo no volví a ver el rostro ajado de la vieja hasta tarde aquella noche. Sólo después de cenar y de gozar del arpa y de historias heroicas, tras apagar las hogueras y disponernos a dormir bajo la vigilancia de una luna blanco-sudario, vino a mí la bruja.

Un roce arañil me sacó del primer sueño bajo una manta desde los días del amor de mi madre, y expulsé con un parpadeo la onírica ilusión de que estaba mirando el semblante aracnoide de mi viejo amigo Ojanzán. "Ven conmigo, mago", me susurró la arpía con un aliento agridulce a manzanas podridas. "Ven a pasear conmigo a través de la noche."

Hablaba en británico, una lengua celta que mi mente demónica apenas podía recordar de tiempos tan lejanos. Mi soñolienta memoria repasó los recuerdos de cuando ayudé a Roma en su primer avance desde la Península Itálica, donde los celtas habían castigado a los primeros romanos hasta llevarlos al borde de la extinción. Para el momento en que hube revivido en mí aquella antigua lengua céltica, la bruja se había disuelto en la noche lunar.

Me senté y busqué a Bleys con la mirada. Permanecía profundamente dormido junto a los rescoldos de las hogueras. Cogí mi bordón y no quise perturbarlo.

Al borde del camino, junto a un saúco frondoso, hallé a la anciana sentada sobre sus cuartos traseros, observando el mar allá abajo y su cintilante colección de pulidos anzuelos.

"¿Quién soñó el existir de las aguas?", preguntó.

Me acuclillé junto a ella y escruté su deformado perfil; sus facciones estaban contraídas, como reducidas a escoria, su cabellos eran meras telarañas al resplandor de la noche. "¿Despertaste a estos viejos huesos para un juego de adivinanzas?"

"Oh, esto no es un juego, Lailokén... ni tus huesos son viejos como parecen." Su voz crepitó y siseó al surgir de los frágiles pulmones. "Soy la vieja Raglaw, la guardiana espiritual de la reina. Y tú eres el demonio Lailokén, que destrozó a los romanos, y antes de ellos a los aqueos, y aun antes a los asirios de Niniveh, y antes todavía a los caldeos de Babilonia. "Y con una sonrisa carente de todo rastro de humor, mostró sus dientes como clavos a la noche. "Así que ahora que sabemos quiénes somos, dime, Lailokén: ¿quién soñó el existir de las aguas?"

"Dios."

Librodot

Volvió hacia mí su rostro demacrado, sus ojos como húmedas chispas en las cuencas hundidas, su nariz como la negra protuberancia en el cráneo de una momia. "Y ¿a quién sirves tú vestido con estos andrajos de carne mortal? Dime la verdad, demonio."

"Sirvo a Dios. Siempre La he servido, y lo mejor que supe, desde que el cielo nos arrojó al exterior."

"Resuélveme, pues, este enigma, demonio Lailokén: ¿Qué bien hallan los mortales en la Tierra que Dios jamás puede hallar?"

Bregué con el acertijo en busca de una extraña solución, de un ensalmo, pero al final hube de admitir: "No tengo idea, anciana. Lo que los mortales hallan, así lo halla Dios."

"Piensa en ello, entonces", aconsejó, "pues aún no has captado lo que es ser verdaderamente mortal." Devolvió su atención a las aguas hilvanadas de luna. "Ya te vendrá."

Bufé de exasperación. "Dices que esto no es un juego y sin embargo me hablas como si fuera un niño."

Una risa desdeñosa chisporroteó desde la hondura de su colapsado pecho. "¿Y no lo eres, Lailokén? ¿Han visto tus ojos mortales más de doce inviernos?"

"No, pero poseo un conocimiento mayor que todos tus inviernos, anciana dama, aun si fueses tan vieja como esos faraones sepultados a los que tanto te pareces."

"Bah... conocimiento. ¿Es así como esperas servir a Dios... con tu conocimiento? ;Qué eres, un demonio o un escriba? Mira ahí, Lailokén." Alzó su huesudo mentón a la oscuridad, borrando el poniente de las constelaciones. "Esa isla es Mona mam Cymru, la Madre de Nuestro País. Un día, alimentó a toda esta tierra... y no sólo a base de grano y ganado, no. Nos alimentó de conocimiento, pues allí habitaban los druidas, los nobles de nuestro pueblo, que sabían los caminos secretos de la tierra y el cielo, y el alfabeto de los árboles, y las historias orales de los héroes más antiguos y de las mujeres más sabias. Y yo te pregunto: ¿de qué sirvió todo aquel conocimiento bajo la espada romana? Los invasores los asesinaron a todos y su conocimiento no vale ahora más que el balbucir del viento entre los álamos. Conocimiento... ¡bah!"

La arpía se giró de golpe y me apuñaló el pecho con uno de sus dedos siniestros. "Abre esto", carraspeó. "Vamos, Lailokén. Ábreme tu corazón. Sé que sabes lo que quiero decir. Abre esto ahora y siente lo que has de sentir."

¿Qué razón tenía para resistirme a ella? Suavemente, liberé el flujo de energía de la puerta de mi corazón, que penetró en ella como si la bruja fuera humo. Con temible rapidez, mi fuerza vital se derramó a través de su ser vaporoso, como alguien que quisiera descender por una escalera oscura y no hallase sino vacío. Sólo que, en lugar de precipitarme a las profundidades, caí hacia el cielo. La sensación era tan extraña, que me desmadejé en risas. Llevado por incontenibles carcajadas, me disolví en el viento que se alzaba desde el mar. Ascendí a través de las copas de los árboles lunadas, ofuscada la visión, remontándome sobre los valles oscuros en vuelo precipitado, rayado de estrellas, más alto que el tiempo.

Una visión más vasta se abrió y contemplé los años extendidos ante mí como un tapiz serpenteante y viviente. La presciencia no era un don que poseyera, ni siquiera como demonio, y me asustaba. El tiempo es ciego. Pero para mi enhadada atención, se tornó de pronto radiante y danzó como las sombras luminosas de un fuego palpitante. Las llamas escupían pavesas enteras de historia humana donde cada color parpadeante iluminaba un linaje y destellaban generaciones; cada matiz portaba una vida, pintaba escenas y experiencias de esa vida y de las muchas vidas implicadas en ella...Y todo este panorama esplendoroso viboreaba turbulento como velos de óleo ígneo sobre las

Librodot

aguas.

Es difícil describirlo porque nada de ello ocurrió secuencialmente, del modo en que acostumbramos a experimentar los eventos. Un omnitiempo hervía ante mí. Pasado y futuro. Vi a través de treinta siglos o más, desde las primeras ciudades de adobe en el Éufrates hasta las torres de vidrio y acero de vuestra era. Vi todo de una vez, como me ocurriera en otro tiempo, cuando estaba en el clímax de mi locura, en las tierras altas de Cos.

El vuelo cesó, caí en picado y, mientras retornaba a través de las copas de los árboles a las líneas difusas de mi cuerpo, aquellas dimensiones misteriosas se contrajeron más allá de mi memoria llevándose los miles de millones de vidas que habían resplandecido ante mí. Traté con frenesí de retener lo que pudiese. Y, de forma natural, mi mayor atención recayó en las imágenes ardientes cercanas a mi propia, pequeña vida.

Horribles batallas bramaban por todas partes y cada uno de sus momentos era cruel como la masacre a la que yo sobreviviera a costa de mi cordura: miembros mutilados, hombres gritando, caballos salvajes bajo una espuma de sangre, montados por arqueros con petos de bronce y máscaras de cuero. Silbaban las flechas desgarrando el espacio, hundiéndose hasta las plumas en torsos bárbaros. Y allí estaba el Furor, bañado en sangre, tenso de malicia su ojo único, su barba pesada y sus mechones ensortijados volando en las alas de un viento tempestuoso, y las venas de su rostro febril palpitando como cadenas de azul acero.

Aparté mi mirada de su ira fatal y vi el tocón de un roble titánico tajado en rueda inmensa, más alta que la estatura de un hombre. La rueda cayó de lado y se transformó en una mesa grande, a la que se sentaron reyes en toda su magnificencia. ¿Era uno de ellos el monarca al que yo estaba destinado a servir? Después, la tabla redonda partió y vi murallas de piedra, el resplandor de humeantes antorchas y hogueras, trincheras lodosas provistas de picas y lanzas, y más caballeros bajo sus yelmos ferales portando curvos arcos persas. Y vi músicos y juglares, también camellos, y un elefante. Y un joven rey imberbe, con cabello negro-cuervo y ojos amarillos y un crucifijo de jade en el hoyo de su clavícula.

Entonces vi la cólera aullante del Furor enfrentar al joven rey cristiano de los ojos gentiles, dorados. Sus dos rostros me miraron desde los polos opuestos de mi destino, furioso uno, afectuoso el otro y suplicante. Y en ese espacio, experimenté la inmensa finalidad que divide la violencia y el amor, y que había hecho de mí el eje viviente entre ambas realidades, predestinado a mantenerlas separadas.

Con un golpetazo físico, me hallé otra vez en la jaula de mi cráneo, contemplando con ojos saltones la máscara maliciosa de Raglaw.

"¿Viste?", resolló. "¿Viste?"

"Vi guerra..."

"¿Viste al rey?"

Asentí y casi me desmayé, desvaídos los músculos de cansancio.

Sus garras aferraron mi barba y alzaron mi rostro hasta el húmedo calor de su aliento. "¡Ése es el rey! ¡Lo has visto! ¡Solitario como un acantilado en esta orilla del parasiempre! ¡Ése es el rey que puede oponerse al espanto por un amor que aviva los siglos! ¡Ése es el rey! ¡Recuérdalo, demonio! ¡Recuérdalo porque debes hallárselo a la reina, a Ygrane, antes de que la espada inextinguible nos encuentre!"

"¿Hallarlo?", balbuceé confuso. "¿Quién es? No lo conozco. ¿Dónde lo hallaré?"

Una risa desdeñosa surgió del hoyo de su boca con un sonido chisporroteante.

Librodot

"¿Dónde? ¡Oh, loco! Te he mostrado algo mejor que tu caprichoso conocimiento. He llenado de visión tu corazón y te he enseñado cómo se construyen las estaciones. ¡Te he mostrado el destino! Ve ahora... apresúrate, pequeño hombre. ¡Ve! ¡El evento mortal te aguarda! Y si fracasas, no sólo tú te extinguirás, sino todo el futuro que has visto. ¡Ve!"

La macilenta, simiesca presencia de la vieja se agitó ante mí como fuego negro y yo desafié mi cuerpo exhausto huyendo de allí a cuatro patas, arrastrando conmigo mi bordón. No aminoré mi carrera hasta que estuve otra vez en el campamento y el centinela nocturno me recibió con un gesto de su cabeza desde su puesto bajo el pulgar de la luna.

Bleys yacía quieto, con el cuerpo encogido. Lo sacudí vigorosamente y, cuando volvió en sí, le solté la retahíla de lo que había ocurrido. Me acarició las trémulas manos y sonrió benigno. "No nombres lo que tú ves", murmuró y giró para ponerse a dormir de nuevo. "Encuentra verdad en milagro."

"Pero el rey cristiano de los ojos amarillos", carraspeé sin resignarme a dar por terminada la conversación. "La vieja dice que debo encontrarlo. Tiempo atrás, mi madre me habló de un rey... nacido del amor de dos enemigos..."

"Tú lo encuentra, tú sigue camino-ballena por océano de energía", susurró soñoliento. "Hace trabajo puerta. Sólo esto camino a país de Voluntad. Hace trabajo puerta..."

"Espera, maestro", supliqué, y noté que el centinela me observaba con curiosidad, pensando que le decía sandeces a los restos de la hoguera. Me volví de espaldas a él e imploré a Bleys: "Antes de que vuelvas a dormirte, dime: ¿qué bien halla el mortal en la Tierra que Dios nunca podrá hallar?"

"Tú debe saberlo... hah..." Suspiró y se abrazó a sí mismo; entonces susurró en un tono audible apenas: "Un maestro digno de él."

Morgeu se estremece en sueños, gira sobre el jergón de paja que le han dispuesto bajo un dosel de ramas de pino; se sorprende al ver a Raglaw, caído el capuz sobre la espalda, de pie junto a ella. En la oscuridad, la faz combusta de la vieja tiene el lustre azabache de la armadura del escarabajo.

"Quieta, niña."

"Vieja..."Morgeu se frota el sueño de los ojos con la manga de su camisón y arroja una mirada en busca de su guardia.

"Dormidos, todos." En las cuencas arrasadas de los ojos de la vieja cintilan como puntas de aguja. "Estamos solas, tú y yo."

"¿Por qué me despiertas, vieja?" Morgeu se sienta, y su faz pálida, redonda, afronta sin temor la firme mirada del negro caparazón insectil.

"Esta es la última vez que nos encontramos, tú y yo, tiempo futuro y tiempo pasado, que aquí se intersectan, en este oscuro momento. Sólo nuestro pleito vivo, niña... y nos vive."

Morgeu, asustada por el discurso de la anciana, vuelve a mirar alrededor en busca de su guardia. La hirsuta cabeza del centinela está inclinada, el mentón contra el pecho, y él dormido frente a un fuego extinto cuyas ascuas brillan penumbrosas como rubíes.

Una densa magia enmudece las llamas, adensa la oscuridad. La niña ha experimentado esta atmósfera misteriosa en otras ocasiones, siempre con su madre y con la vieja. En los primeros tiempos que empezó a sentirla, acostumbraba a escabullirse de la cama para hallar a las dos brujas hablándoles a rápidos y furiosos rostros que se conformaban en el fuego, o realizando extrañas acrobacias con centellas en los bosques o, una vez, desnudas ambas —la vieja, un esqueleto con andrajos de

Librodot

carne; mármol fluido, su madre—, bailando ante un hombre velludo y gigante con la cabeza de un alce; no una máscara, sino el rostro vivo de un alce, con ojos atentos y expresivos labios negros. Tras estas ocasiones, cada vez que siente esta extraordinaria carga de magia en la noche, se acurruca más y más honda en la cama.

"¿Qué quieres de mí, vieja?"

"Quiero tocar el futuro en ti, niña." Una mano deformada como el nudo de una rama, armada sólo de índice y pulgar, emerge de debajo de sus ropas hacia el rostro de la pequeña. "Tranquila. Voy a sentir el viento del tiempo en ti."

Su palabra se hace realidad y, al toque de la anciana, el interior de Morgeu se hiela como escarchado de pronto por un viento glacial. Abre la boca para gritar, para alertar a la guardia, pero ni un gemido emerge. El toque de la bruja la ahueca, la deja vacía y muda. Y en ese vacío, las imágenes se atorbellinan.

Ve a su padre, ve su fornida figura volando por los aires, sus rasgos severos contraídos en algo más que un rictus de guerra, una mirada febril que no ha conocido todavía en el rostro del duque: miedo. Bárbaros con estrafalarias armaduras de cráneos irrumpen a través de los remolinos del humo. Lailokén está acuclillado ante behemoths negros como la pez, de visajes monstruosos: faces quitinosas de cangrejos e insectos pero extraña, protervamente sabios.

De esta turbulenta visión surge una mujer blanca como un cadáver, con rostro lunar, ojos como dos punzadas negras y melena salvaje como fuego. Es ella misma crecida: una hechicera de cuento de hadas en verdes ropajes satinados.

La mujer blanco—hueso de labios rojo—sangre mira atrás, hacia ella, a través de los años, con el relámpago de una amenaza en sus ojos atezados. Morgeu se apoca antes de comprender que la hechicera está mirando, a través de ella, a la anciana.

El rostro arruinado de Raglaw boquea de sorpresa, y gránulos de su nariz y sus mejillas se desprenden en finos penachos humosos. "Eres fuerte...", gruñe con involuntario candor, esforzándose con todo su crispado poder en doblegar a una invisible vehemencia.

La voz de la hechicera se abre en la joven Morgeu, dolorosamente fúlgida, llena del destello esmeralda de su poderosa magia. "Querías tocar el futuro, Raglaw... abortarme con tu garra. Pero me he hecho demasiado fuerte. Ahora es el futuro quien te toca a ti. Y por la mano de tu presa, te asesino, te asesino, te asesino con la misma fuerza que tú habrías empleado en asesinarme a mí."

La vieja, reducida a una estupefacta y furiosa mirada, sacude su mano extendida tratando de librarla de una garra invisible. Las descarnadas yemas de los dedos puestos ante el rostro de Morgeu se carbonizan, se desvanecen dejando un rastro de ceniza negra. Con un rugido horrísono, Raglaw se tambalea hacia atrás; la maza de su mano ha perdido los dos dedos y arde como las ascuas.

Al instante se quiebra el sortilegio. La niña Morgeu se levanta en busca de la hechicera de cuento que será ella misma. Pero se ha ido, y la vieja se ha ido; y la noche incólume se devana en las alturas, disuelta ya la atmósfera de misterio. En su lugar, hay un excitado resplandor, la estela estremecida del espectáculo.

Ve crecer la luz del fuego. Las chispas saltan otra vez creando los velos de las llamas. El centinela sacude la cabeza y la levanta, como rescatándose a sí mismo del sueño. El júbilo colma el cuerpo de la niña de una sensación aterciopelada, como el calor del vino aguado que ha probado en la mesa de su padre.

El recuerdo de su padre volando aterrorizado por el aire humeante le hace sentir sus rodillas de algodón y se deja caer de nuevo en el camastro. No comprende todo lo que ha presenciado, pero sabe sin lugar a dudas que el duque está en peligro. El miedo por su padre penetra peligroso en su ignorancia y en el asombro terrible ante lo que ha

Librodot

visto.

Y, niña una vez más, yace sobre su espalda y mira a través del dosel del pino, irresistiblemente despierta en el torbellino de vastos y cambiantes sentimientos, con sus ojos negros como dos gotas desprendidas de una noche sin estrellas.

La bruja permaneció en la carreta todo el resto del viaje y no volví a verla hasta la tarde gris y lluviosa en que llegamos a Maridunum, una ciudad amurallada empinada sobre un calmo río. Dentro ya de la ciudad, saltó de la carreta, ágil como una rata, y me observó desmontar.

"¡Recuerda al rey!" Con un manteo excitado de sus ropas negras, estampó sus pies en las húmedas losas del pavimento.

Para evitar su férvida mirada, me calé el capuz como si quisiera protegerme de la niebla chispeante. Todo aquel incómodo viaje, me había sentido acosado por la tremenda profecía de la vieja: *Si fracasas, no sólo tú te extinguirás...*

Vi a Morgeu trotar por delante, luego desmontar de un salto grácil que hizo revolotear su capa como un par de alas azules. Con su pelo rojo como llamarada que la persiguiese, pasó apresurada junto a los guardias, dejó atrás el delfín de la fuente del patio y corrió hacia un edificio grande, de antigua hechura, flanqueado por robles tiesos como obeliscos.

"Un plato delicioso en el que servir la muerte", crepitó Raglaw desde debajo de su caperuza. "Puedes estar seguro, constituirá un problema fatal para tu rey... es decir, si consigues salvarlo antes del Furor. Pero para salvar, debes hallar. ¿Has pensado en esto? ¡Ahora pon buena cara, Lailokén!"

Bleys me hizo un gesto y me apresuré tras él, contento de apartarme de la vieja bruja loca. "¿Oíste lo que me dijo?", pregunté a mi maestro.

"Profetas mucho truco", replicó Bleys indiferente, caminando directo hacia la *mansio*, la estructura más grande y más antigua de la ciudad. Allí, Morgeu había superado ya las escaleras de mármol con unos pocos brincos y había desaparecido a través del vestíbulo. "Mucho truco para entender."

La *mansio*, con sus dos pisos, cuatro alas y sus pórticos de los que colgaban sarmientos, dominaba las pequeñas casas techadas de paja de la ciudad. Éstas irradiaban a partir del vértice formado por la espléndida mansión, creando espiras irregulares de arbóreas avenidas, calles empedradas y veredas llenas de rodadas. Niños y canes revoloteaban por el ajetreado patio y los soldados trataban de ahuyentarlos de los caballos. Matronas que habían nutrido sus ánforas en la fuente no se entretenían a comadrear en la plaza bajo el orvallo y, protegidas las cabezas con los velos de las túnicas, se daban prisa en volver a sus hogares.

Me demoré tras mi maestro, el rostro alzado, refrescado por las agujas heladas de la lluvia mientras me bebía con la vista aquel lugar, mi primera ciudad real como ser humano. Ni una sola persona de la pequeña turba que se había acercado a saludar a nuestra partida me prestó especial atención. Los caballerizos se hicieron cargo de los animales, los vinateros ofrecieron refresco en odres de cuero a los guardias exhaustos, y un puñado de oficiales romanos ataviados con sus capas características y sus corazas de cuero sobredoradas holgazaneaban en el umbral de una taberna y observaban a los celtas con perezoso interés.

"Hombres de Gorlois", siseó una voz junto a mí, y tuve a Raglaw encima otra vez. "Gorlois... el padre de Morgeu..."

Retrocedí veloz de la bruja sombría, pero ella fue más rápida y me aferró el antebrazo.

Librodot

"Vamos a ver a la reina juntos", cortó mi protesta con su voz quebrada, "tú y yo... antes de que te vayas..."

"¿Irme?"

"Has de partir de inmediato, en cuanto hayas visto a la reina." Su risa áspera ante mi aturdimiento me hirió los oídos. "¿Has olvidado ya? Hay que encontrar un *rey* para Ygrane."

"Pero su marido... Gorlois...", tartamudeé perplejo.

Un chorro caliente de aliento agrio me abofeteó cuando la vieja exhaló su silenciosa carcajada. "Ygrane es una reina celta. Deberías saberlo, Lailokén: puede tener todos los maridos que desee. Aunque, en realidad, ella desea sólo uno... y no al orgulloso Gorlois, por cierto. Pero ven, la reina nos espera, y también el duque, que tiene la cura para mis huesos doloridos. Debemos apresurarnos."

La garra férrea de Raglaw me arrastró tras ella y mis pies bailotearon confusamente al tratar de seguirla mientras la bruja se escabullía escaleras arriba, cruzaba el pórtico, dejaba atrás los centinelas armados y avanzaba por el amplio vestíbulo de la *mansio*. En las hileras de pilares acanalados, se alternaban atentos guardias romanos y celtas. Bleys caminaba invisible entre ellos, inspeccionando sus armas y percibiendo la oscura pátina del uso en sus mangos y empuñaduras. Con un gesto de su cabeza, me indicó el extremo opuesto del vestíbulo, donde una ornada enseña del águila se apoyaba contra un asta recorrida por densos símbolos oghámicos. Aquí, las tradiciones celta y romana podrían haberse unido claramente para impredecibles caminos.

Las puertas altas, lacadas de rojo, tras los estandartes unidos, se abrieron de golpe y un hombre robusto con ojos caprinos, los carrillos de un bulldog y la ausencia de un cuello irrumpió en el vestíbulo. Rubicundo, con pelo corto mosqueado y duro como las cerdas del puerco, parecía más un hombre que luchara con peñascos, un zapador de trincheras, que un duque. Sin embargo, portaba la coraza de bronce repujada con dos serpientes entrelazadas y el nudo de seda púrpura sobre el hombro izquierdo, que lo identificaba como noble. Bajo el brazo y sobre su cadera, cargaba a Morgeu, que pateaba el aire y gritaba de júbilo.

Ygrane los observaba silenciosa desde el interior de la cámara, alta y de hombros anchos pero con una expresión desdichada en sus fuertes rasgos. Cuando descubrió a Raglaw, su mirada desembocó en espanto y supe que el dolor estaba sobre nosotros.

"Has aguardado ya demasiado mientras les rompía el lomo a los piratas", le decía a Morgeu aquel bulldog de ojos diminutos. "Ahora puedo llevarte a una vuelta en barco, niña. Y después, un festín en la playa. ¿Qué te parece?" La lanzó por los aires, la cazó tomándola por las axilas y la depositó gentilmente en el suelo.

De pronto, todo desenfado cayó de su pesado rostro cuando nos miró y vio a la anciana. "¡Tú, bruja!" Su voz tonante bulló en ecos por el techo abovedado. "¿Osas desafiarme? Dije que, si volvía a poner los ojos en ti, te cortaría la cabeza...Y, ¡por Dios que lo haré!"

"Hazlo pues, Gorlois", lo espoleó Raglaw y se quitó la caperuza. "Devuélveme al Mundo Superior." Sus brazos leprosos, descarnados como varas, se extendieron hacia él de un modo extraño y angular, como en una danza ritual.

Gorlois se detuvo, leyendo locura en la bufonesca contracción de sus miembros mientras ella avanzaba desafiante.

"¿Qué detiene tu mano?", se mofó la vieja. "¿Es mi magia otra vez la que hace que yo, ya en las fauces de la muerte, tenga menos miedo de morir que tú, poderoso guerrero? ¡Cobarde!"

Cantó el metal cuando el noble arrancó de la vaina su espada.

"¡Gorlois!", gritó Ygrane.

Con un silbido rasante, la espada se difuminó en un arco asesino que tajó limpiamente el cuello macilento de la vieja. El cuerpo se derrumbó hacia delante y chorros de sangre fustigaron el rostro endurecido de Gorlois dejando en él franjas carmesíes. La cabeza cayó hacia atrás y rodó hasta mis pies. La faz agostada de Raglaw me contempló desde un charco creciente de sangre, con sus magros labios moviéndose aún, boqueando las palabras: "Encuentra al rey..."

Los fiana, que habían dejado sus puestos en cuanto la espada de Gorlois golpeó a la bruja, desenvainaron sus aceros. Pero Ygrane los detuvo alzando los brazos. "¡No!", se impuso con voz potente, ordenando a sus guardias retroceder. "Raglaw ha escogido su muerte. Yo la oí. Ha vuelto al Mundo Superior por propia voluntad." Su voz se quebró un poco y tuvo que cerrar los ojos.

"¡Enviada por mi hoja a su infierno pagano!", gruñó Gorlois y limpió la sangre de su espada en la ropa de la vieja. Desde detrás de él, Morgeu observaba con rutilante intensidad.

"Toma tus hombres, Gorlois, y vete", exigió Ygrane. Le brillaban los ojos de ira y de lágrimas. "Tu trabajo aquí ha acabado." Luego, en una voz más suave, añadió: "Morgeu, a tus habitaciones."

Gorlois dirigió una mirada dura a su mujer. "No acepto órdenes tuyas, Ygrane. Mi hija y yo nos vamos a navegar."

"No, Gorlois", dijo Ygrane con firmeza. "Morgeu atenderá los lamentos fúnebres por Raglaw con el resto de mi gente. Si quieres quedarte, tú y tus hombres haréis lo mismo. Ésta no es la Costa Sajona. Estamos en Cymru, donde yo soy la ley... de acuerdo con los estatutos de nuestra alianza, marido."

La quijada de Gorlois se torció hacia un lado, vehemente. "No participaré en tus ritos paganos, mujer. Ya sabes eso."

"Entonces reúne a tus hombre y márchate... ahora." La reina dijo estas palabras sin alzar la voz, aunque ésta tenía la fuerza de un grito.

Los ojos caprinos de Gorlois se tensaron y durante unos segundos se enzarzaron en un duelo callado con los de su mujer. Luego rompió su inmovilidad bruscamente y escupió a la cabeza tronchada; hizo un gesto con la espada a sus soldados para que lo siguieran y pasó como una tormenta junto a mí, como si yo no existiera. Morgeu, que lo siguió unos instantes con los ojos, arrojó una agria mirada a su madre.

"A tus habitaciones", le dijo Ygrane a la niña con frialdad.

Morgeu se precipitó al interior de la morada; la reina siguió inmóvil hasta que el último soldado romano hubo partido y el estandarte del águila se hubo perdido de vista escaleras abajo. Sólo entonces, con las mejillas pálidas, dijo a sus fiana en británico: "Hermanos, habéis visto cómo he perdido a la celadora de mi espíritu. Hemos perdido su magia. Pero, es siempre el camino de los sabios... es siempre el camino..." Llamó una sonrisa orgullosa a su rostro infausto."... que nuestra Raglaw haya encontrado su propio celador y a nosotros nos haya dejado un nuevo sabio. Está ante vosotros: el demonio—visitador Lailokén."

Me quedé aturdido, momentáneamente absorto, mientras los fiana me aclamaban. Todos ellos conocían mi historia, y lo bastante bien para que en pocos días arpistas de todo el país cantasen 'Las Penas de Lailokén', llevando a través de Cymru las nuevas del Habitante Oscuro hecho hombre por los angélicos *Annwn*, los Señores del Fuego. Por medio de aquel reconocimiento de la rema, iba a conquistar inmediato renombre.

La muerte de la vieja Raglaw les parecía a Ygrane y a su pueblo algo predestinado, algo congruente con mi abrupta llegada, como si una gran entidad hubiese fundido su género y su piel para transformarse de bruja en mago. Este tránsito creaba

Librodot

para ellos el ritmo de la leyenda y cantaban mi nombre en elegiaca cadencia, diciendo adiós a Raglaw y dándome a mí la bienvenida en la misma exhalación de voz.

Fue el glamour de la reina lo que templó el frío de muerte de aquella cámara ensangrentada. Pude ver el brillo azul de su influencia satinando el aire.

Me indicó que me pusiese a su lado y caminé dubitativo alrededor del cuerpo descabezado de Raglaw, buscando desesperadamente a Bleys con la mirada, buscando seguridad. Pero el viejo chino se apoyaba impasible en un pilar, negándose a encontrar mis ojos, con las manos ocultas en las mangas.

"Todo el respeto y la deferencia debidos a Raglaw deben rendirse ahora a este hombre", dijo Ygrane exhausta. Se oprimió la boca con el dorso de su mano para contener el temblor de sus labios. Ninguno de los fiana se atrevió a mirarme. Todos los ojos caían sobre la reina; y vi por primera vez, a través de la inmensa devoción que le profesaban, la verdadera majestad de la mujer. Ni palabras ni música podrían haber logrado la quietud en la que mantenía la estancia. Si hubiera llorado, habría traicionado la fe celta en el Mundo Superior más allá de la vida y yo sentí que su reino se habría desmoronado en ese instante. Pero no lloró. Cuando su mano descendió, su rostro brillaba con tan regia claridad que podría haber hecho surgir ángeles de un pozo.

Puso una mano firme en mi hombro y habló con una certeza que sus hombres necesitaban oír tras el asesinato de su celadora por mano romana. "Así como Raglaw fue la puntada que cosió los viejos caminos a los nuevos, este hombre nos unirá como la cicatriz que habitó la aguja. Y será conocido entre nosotros y en todo el mundo por el nombre de este lugar donde los honores y deberes de Raglaw han pasado a él. Desde ahora, ya no será más Lailokén, el demonio—visitador. En su lugar, será el celador de nuestro espíritu y lo llamaremos nuestro Hombre de Maridunum: *Myrddin*"

De los reunidos, brotó el grito triunfante de '¡Myrddin!' y yo parpadeé a la asamblea sorprendido. No estaba preparado para un salto tan repentino como aquél, que me convertía en una personalidad preeminente...Yo, que durante eras había trabajado en lugares oscuros y de un modo tan subrepticio.

La reina se tornó y Bleys y yo la seguimos a la sala central. Miré hacia atrás, entumecido, y vi que los fiana habían retirado ya el cuerpo de Raglaw y que trabajadores vestidos con calzones de piel se afanaban en limpiar el carnaje y quemar incienso para fumigar la atmósfera de la reciente violencia.

Guiados por Ygrane, caminamos silenciosos junto a las largas mesas de los banquetes, cámaras en las que pendían tapices azafrán y desde las que se filtraba música de arpa y un plañidero cantar, pasamos junto a las estancias de cartografía donde escribas garabateaban ajetreados, relegando al olvido la sangre que habíamos dejado sólo pasos atrás. Por fin, la reina nos condujo por una escalera abajo que, entre los vapores del fondo, llevaba a los baños. Sirvientes se cruzaban en los pasillos portando rollos para los escribas y bandejas de suculentos manjares para las cámaras donde sonaba la música. La muerte de Raglaw parecía no tener más consecuencia para ellos que el paso de una nube que velase un instante el rostro del sol.

"Hoy celebramos una victoria militar sobre los piratas", explicó Ygrane percibiendo mi confusión. Su voz había reconquistado la compostura. "Y ahora, honraremos al mismo tiempo el paso al Mundo Superior de la sabia Raglaw... y la llegada del mago Myrddin. Mucho tienen los escribas que registrar."

A través de un corredor abovedado de mármol veteado de azul, alcanzamos una galería abierta adoselada por una pérgola de rosas, que dominaba un parque de setos floridos. Juncales orlaban lagunas sobre las que se derramaban los sauces y un césped verdeante se extendía hasta el muro lejano y las obras defensivas que guardaban la ciudad. Más allá de las murallas, montes ondulantes cubiertos de hierba se sucedían

Librodot

hasta la línea tapizada del horizonte. Nos sentamos junto a una mesa de pizarra cuyas sillas enfrentadas tenían espaldares labrados con los serpenteos de un dragón. Hermosas sirvientas vestidas con camisas verdemar nos ofrecieron vino de peras, salmón ahumado y pan negro con mermelada de pasas. Bleys permaneció junto a una balaustrada adornada con caballos de mar y observó la lluvia gentil motear las pilas en que se bañaban las aves.

Bebí el vino y mordisqueé el pan para responder a la obligada hospitalidad de la reina. "Mi señora", empecé en tono de grave duda, "debo decirte que yo no soy digno de reemplazar a Raglaw como celador de tu espíritu."

"Myrddin, que no haya falsa modestia entre tú y yo, por favor." Ygrane volvió su perfil leonino hacia la cadena de árboles que bordeaba el jardín y noté de pronto qué agobiado y cansado parecía su rostro al resplandor de aquella luz. "Supongo que no tendrás duda de que Raglaw te apreció en tu justa medida. Fue la última celadora real y, antes de ello, reina. Poseía lo que llamamos el ojo fuerte, pues podía ver una profundidad de las cosas más grande que la mayoría. Cuando los druidas me trajeron aquí, fue de ella de quien aprendí a entender lo que veía."

Su voz, desapegada y débil, derivó hacia un susurro: "Su muerte no es, como debes de haber pensado, del todo inesperada. Habría querido pasar al Mundo Superior con la caída de las hojas. Ambas lo vimos. Pero hoy nos ha sorprendido a todos haciendo que su muerte fuese un desafío para el duque... como si se tratase de una vida por otra. Ha sido su último acto de magia... para mí."

"Pero, no lo entiendo", repuse. "¿Por qué la ha matado Gorlois?"

"Eran enemigos, desde luego", respondió la reina con tono obvio. "Raglaw le recordaba su lugar y nunca le permitió olvidarse de que en estas tierras es un extranjero. Ya te lo he dicho, fueron los druidas los que organizaron mi matrimonio con Gorlois como salida política, cuando su reino estaba bajo la terrible amenaza de los piratas sajones. Con la armada romana lejos de nuestras islas desde mucho tiempo atrás, los bárbaros tenían pleno dominio de sus costas y estaban seguros de poder alzar pronto su cabeza en una pica. El que ninguna de las familias romanas que quedaban en Britania pudiese emplear sus fuerzas para ayudarlo sin poner en peligro sus propios dominios constituyó una ofensa para él. Le obligó a actuar por sí mismo. Los druidas le ofrecieron fuerzas celtas, si aceptaba casarse con su reina."

"¿Por qué?", pregunté confundido. "¿Qué ventaja hallabas casándote con el arrogante invasor?"

"¿Puede haber otra razón que el poder?", replicó amargamente la reina. "Con tantas de nuestras tribus convertidas al cristianismo, los druidas tenían razones más que suficientes para querer una alianza con los romanos. Casarme con un duque cristiano que necesitaba nuestras huestes, que protegiese sus intereses, era la mejor opción. Los romanos de la Costa Sajona han renunciado a enviar misioneros a nuestro país; y, desde luego, el olvido de las viejas costumbres se ha hecho más lento aquí, en Cymru."

Devolvió su mirada a los robles y perennes magnolias. Era su melancolía, quizás, lo que la hacía tan bella. En su rostro brillaba una sabiduría nacida del sufrimiento.

"No te equivoques respecto a mí, Myrddin", continuó la reina. "Sé que esta vida no es la mía, que no soy sino una efigie fabricada por los druidas que me controlan. Pero aun siendo lo que ellos han hecho de mí, tengo un alma. Es mi pueblo. Lo que pueda hacer para ayudar a mi gente, lo haré. Como reina, me complace preservar la cultura de mi pueblo, pero como mujer...", se detuvo. "No le he dicho esto a nadie; sólo Raglaw lo sabe... lo sabía." Pausó para contemplarme intensamente. "Ella habría matado al unicornio, lo habría sacrificado al Dragón. Pero la detuve, porque creo que hay un camino mejor. Sí, el Dragón, fortalecido por el sacrificio del unicornio, nos habría

Librodot

ayudado a derrotar a los invasores en una o dos batallas. Pero yo tengo un plan más vasto, y Raglaw lo confirmó con su visión... una visión que compartió contigo, Myrddin."

"El rey...", murmuré. "Me mostró el rey que engendrará al salvador."

"Sí. Es el consorte de mi destino."

"Pero ¿y Gorlois? No parece un hombre capaz de tolerar a un rival."

El verde de los ojos de Ygrane pareció oscurecerse. "Yo... yo anhelo amor, Myrddin, un amor verdadero. No una solución política. Gorlois nunca me ha querido, ni yo a él, como es evidente para todo el mundo. Sufrí una noche de sus lúbricas atenciones cuando no tenía más de quince años y concebí a Morgeu. Desde entonces le he permitido el uso de mis soldados y mis fortalezas, pero no de mi cuerpo." Depositó en mí un peso implorante de esperanza y cogió mi mano con fuerza. "Myrddin, ahora ya no quiero creer que la historia que he visto tantas veces en mis visiones es falsa, una trampa cruel que abocará a una vida de inútil miseria. ¿Por qué permitiría Dios semejante cosa? Puedo soportar el sufrimiento, te lo aseguro, si hay utilidad en él. Sólo quiero hacer realidad la antigua historia que me sacó de mi hogar simple en las montañas. Quiero que halles para mí mi verdadero amor, aquel que mis visiones me han predestinado. Raglaw misma dijo que era un hombre real. Ella lo vio y no dejó de mostrártelo. Quiero que partas ahora y lo encuentres."

"¿Yo?" Mi incrédula voz brotó de la garganta antes de que pudiese siquiera pensar. "Yo soy un demonio. ¿Qué sé yo de amor? Todo lo que he llegado a conocer es el amor de mi madre; nunca el amor del que estás hablando."

"No son tan diferentes", dijo Ygrane con afectuosa confianza, buscando en mi rostro un destello de comprensión. "Para cumplir mi destino, sé que probablemente deberé encontrar otro marido entre los romanos. Pero sueño esta vez con un verdadero marido, un hombre bondadoso, no un bruto como Gorlois, ni tampoco un campeón de hombres en los campos de batalla; sueño con un hombre gentil, uno que ni hable demasiado alto ni ignore el mal. Imploro a mis dioses un alma gemela que sea siempre para mí lo que la armonía a la música, al alma la virtud, la prosperidad al estado..."

"Y el Primer Pensamiento al universo", concluí el antiguo y famoso símil, al tiempo que arrojaba una suplicante mirada a Bleys.

"Este uno sabe qué tú quiere. Ygrane. En India, tal uno llama Gandharva... hombre—mujer...", intervino Bleys, rompiendo su silencio.

"¡No!", protesté, dando por sentado que creía que el rey de los ojos amarillos que yo viera era un fenómeno sexual de algún tipo. "No un hermafrodita, pues tales mortales existen. Eso sería un desastre..."

Bleys me miró de soslayo. "Tú no entiende, Lailokén... *Myrddin*, hah. Esta reina no busca varón mujeril. Esta quiere hombre para mujer... verdadero Gandharva."

Lo entendí entonces, aunque apenas podía creer que estuviésemos teniendo aquella conversación momentos después de la muerte sanguinaria de Raglaw. Muerte y sexo, las entrelazadas serpientes de la vida mortal, tensaron sus adujas en torno a mí. "Ah, sí, desde luego, un hombre que puede servir tanto como dominar, el ideal mismo de la virilidad en la imaginación femenina", dije, algo sarcástico. Suspiré entonces y moví sin esperanza la cabeza. "Lo mismo podría tratar de robar la luz del alba. Nada sé de semejante amor. Y esto no es falsa modestia, majestad. ¿Cómo puedo encontrar para ti lo que ni yo mismo conozco?"

"¿Y qué hay del amor que sientes por tu maestro?", insistió la reina.

"Sí, pero con Bleys es diferente", repliqué. "No fueron amor, armonía y virtud los que nos unieron. Él busca sólo el unicornio y le basta creer que yo puedo ayudarle a capturar la milagrosa criatura. En cuanto a mí, mi propio interés me lleva a querer

Librodot

aprender de él cómo expresar mis poderes naturales a través de esta pobre estructura mortal. Ya ves, como tus druidas y romanos, todos buscamos poder... no amor."

El rostro de la reina se iluminó. "Favor por favor, entonces. Ambos tendréis el poder que buscáis: yo puedo ayudaros a capturar el unicornio." Dirigió a Bleys una sonrisa esperanzada y luego a mí. "Ayer noche, Raglaw acudió a mí en trance. Me dijo que te había otorgado una visión del tiempo por venir, tal como ella y yo habíamos acordado tras convencerla de que no sacrificase el unicornio. Aseguró que, en ese rapto profético, habías visto el hombre que es mi destino, el verdadero rey que será mi amado y el padre de la esperanza de nuestro pueblo... mi Gandharva, como Bleys lo llama."

La revelación se dilató en torno a mi visión del joven rey con ojos amarillos y el pelo de la negrura de los cuervos, y murmuré: "Sí, quizás la anciana me mostró un hombre, pero...", fruncí el ceño. "Mi señora, el hombre que Raglaw me mostró era un cristiano."

"Sí, Lailokén. Así ha de ser... para que se cumpla la profecía." Me apretó la mano y se recostó en el asiento con una mirada de frágil satisfacción. "Amor es lo que busco, Myrddin. Un amor que he conocido en otras vidas, pero no en ésta. La fe no supone un obstáculo para mí. ¿No me he entregado ya a un cristiano, y por razones políticas? ¿Por qué no, pues, hacerlo por amor y por la salvación de mi pueblo?"

"Mas ¿te corresponderá en el amor?", me extrañé. "¿Basta la profecía para inspirar amor? Ambos sabemos que el viento del tiempo cambia y que lo que hemos visto no es necesariamente lo que será."

Un intenso arrebol iluminó desde dentro su rostro. "¿No te das cuenta, Myrddin? Raglaw se dejó morir hoy porque lo que te mostró está destinado. Se apartó para permitir tu avance. Si hallas este hombre y lo traes a mí, seré plena en el sentido más profundo que una mujer puede conocer. Si en la mente de Dios estamos destinados a encontrarnos, él me ama ya."

El Dragón se enrosca sobre sí mismo, escuchando los cantoensueños que se filtran en la tierra desde las profundidades estelares. La música de sus otros yos, de los Dragones de otros mundos, es al mismo tiempo rápida y calma, y abre dichas amorosas en el líquido de su cerebro. Arrobado por este gozo, querría cantar con la dulzura que proviene de una fuerza grande, pero le falta poder. Y semejante falta supone un absorbente dolor.

La mente introvertida, el Dragón se siente desgarrado y solo. Los cantoensueños tañidos en los vientos estelares viajan directos a través del centro deseante de su carencia. Las estrellas caen por el vacío. Los demás están tan lejos. Debe alcanzarlos de algún modo, debe absorber fuerza de sus propios confines escabrosos para poder cantar con suficiente energía y participar en el génesis interminable del Dragón.

Pero, de momento, se enrosca sobre sí mismo en su propio círculo mortal, escuchando, anhelante. Las estrellas caen por el vacío. Las galaxias giran en sus ventosas espirales. Y el Dragón sueña la primera canción, la primera música de los Señores que encendió en la Tierra el fuego.

Librodot

UTHER

Desde las almenas de la cortina meridional de la muralla, Morgeu contempla a los fiana sacar el cuerpo de Raglaw de Maridunum. La niña ha desobedecido a su madre para poder despedirse del duque. Pero éste y sus hombres han partido ya. El polvo de sus caballos flota sobre el camino en una neblina ámbar, señalando la curva que la compañía tomó en su descenso hacia el mar y hacia los invasores que ha jurado combatir.

Morgeu trepa escaleras empinadas hacia el mármol de los cirros y el parapeto más alto de la muralla sur. A su alrededor, verdeantes colinas, horizontes azul—humo de montañas y el mar distante. Allá abajo, pequeños como gnomos, Madre y el mago Lailokén pasean juntos por el parque interior de la ciudad. Velado a sus miradas por los muros tapizados de yedra, Falon transporta un saco abultado y nudoso con el cadáver de Raglaw.

Orgullo inunda a Morgeu. El hada que ella será algún día ha matado a la vieja. Sólo querría que la maldición no hubiese elegido a su padre como instrumento del sacrificio. La visión del duque por los aires, pintado de terror el rostro, la habita como una náusea.

Seis fiana acompañan a Falon a través de los pastizales hacia el bosque cavernoso. Flanquean a su capitán formando una cuña, como si esperasen que un enemigo fuese a disputarles los huesos de la anciana. Cada uno de ellos temía a Raglaw tanto como Morgeu y la niña se pregunta qué piensan hacer con el cuerpo.

Madre parece del todo indiferente. El mago y ella vadean un lecho de ásteres lavanda hacia la plazoleta cuadrada de una fuente romana, conversando apasionadamente. El unicornio no aparece por ninguna parte. Morgeu no lo ha visto desde que Lailokén lo hizo huir, aunque ha pedido implorante su retorno. Empieza ya a sentir que carece de autoridad para llamar a la milagrosa criatura.

En estos momentos, Morgeu está confusa. Todo ha cambiado. La vieja está muerta y una futura personalidad, una personalidad inesperada, ha irrumpido en su vida. Su mente joven resplandece con la promesa de semejante fuerza, y no puede aún comprender las crueles estaciones o la fiera y mortal debilidad que aquélla requiere.

El pensamiento de sí misma como hechicera no deja de sorprenderle porque ella carece de los poderes de su madre, el toque curativo, el recuerdo de vidas pasadas, la visión... O al menos carecía de ellos hasta su enfrentamiento con Raglaw. Morgeu no puede imaginar de qué modo crecerá para encarnar tan vehemente poder.

El reino de su padre es mucho más fascinante para ella que el aburrido mundo naturalista de la magia. La corte romana, con toda su pompa y obvia importancia, la ha intrigado desde el momento en que apartó los ojos de sus muñecas y empezó a prestar atención al mundo. Ser la hija del duque la hace dichosa y admira la autoridad de su padre, el modo en que ocupa siempre el centro de todas las cosas mientras el resto se mueve a su alrededor, engranando en él sus vidas para seguirlo. Su decisión y su fuerza inspiran a la niña un respetuoso temor.

Madre es lo opuesto al duque. Ella desaparece en su mundo. Pasa el tiempo en las veredas de sus bosques y jardines recogiendo, seleccionando, limpiando los ingredientes de sus mágicas pociones. Sus sirvientas, vulgares, trabajan con ella de un modo tan desenfadado como si la reina fuese una más de su ordinaria ralea. Y los druidas, que

Librodot

deberían servirle y obedecerle, pasan en realidad la mayor parte de su tiempo intrigando con los ministros del duque en busca de ventajas para sus propios clanes. Sólo los fiana le son genuinamente devotos; pero incluso a éstos los ha visto Morgeu disputar con su madre cuando Ygrane se torna demasiado soñadora.

Esa ensoñación es lo que crea en la niña el rechazo de la magia. Sin la visión, Morgeu no percibe lo que su madre es capaz de ver. Hasta el unicornio, la magia le parecía poco más que un embelesado silencio. Luego, por vez primera, experimentó la intensa realidad del mundo de su madre cuando palpó las compactas energías del caballo coronado.

Pero ahora, el unicornio ha partido... y ha llegado Lailokén. Lailokén: un demonio disfrazado de hombre. En un arrobo de miedo, ha escuchado las historias de posesión diabólica y de ataques satánicos contadas por su gobernanta cristiana de Tintagel, y sabe con la certidumbre de un niño que ningún bien llegará de este anciano desastrado. Le satisface que, dentro de pocos días, su padre envíe a buscarla para reunirse con ella en la Costa Sajona. Sin el unicornio, se siente poco feliz en presencia de su remota madre.

Morgeu corre por el adarve del parapeto e imagina que huye volando; luego se detiene para contemplar a los fiana desaparecer en el bosque. Desearía poder ver qué hacen con la cabeza cortada y el tronco yerto de Raglaw. ¿La enterrarán o se la dejarán a las bestias? Sabe lo que diría su madre: los elfos vendrán a buscarla.

Como una explosión que llenase de pronto el aire de escombros, una inmensa bandada de pájaros negros erupciona desde la cúpula del bosque en un vórtice tempestuoso. Fuegos fatuos recorren rápidos los árboles, como verdes llamas instigadas por flechas prendidas. Momentos después, los fiana emergen precipitados de la foresta corriendo enloquecidos, tiznados de miedo sus rostros rudos.

Morgeu se acuclilla junto al parapeto, aunque la fosforescencia se ha desvanecido ya. Sobre las copas de los árboles, el maelstrom de pájaros negros se eleva en el aire y la niña tiembla esperando verles formar el rostro de la vieja. Pero las aves se dispersan caprichosamente por el cielo iluminado, como pedazos de noche sorprendidos al hallarse de pronto en tierra extraña.

Mujer. Todo lo que soy se lo debo a Ella. Todo el bien y todo el mal de mi vida. Toda la magia y el misterio. Toda la sabiduría y la locura. Por Ygrane, la mujer que poseía la magia para ayudar a mi maestro; por Óptima, la mujer cuya sagrada bendición fue mi vida misma y la viviente esperanza de servir a un rey virtuoso; por Ella, el Dios que sufre para salvarnos a todos. Por ellas, viajé solo hacia el este.

Bleys decidió que no podía seguir a mi lado. No sé decir si era esto verdad o no. En su cuerpo imperecedero de oro astral, mi maestro absorbía fuerza sólo del unicornio. Había seguido al Ch'i-lin a través del mundo con el único propósito de montarlo en su camino al cielo y yo llegué a creer que, si alguna vez perdía contacto con su presa, se desvanecería: un mero espejismo de su ambición, un espectro. Había atado los lazos de fuerza de su corazón a aquella criatura. Ahora, no podía hacer otra cosa más que seguirla.

Al fin y al cabo, mi maestro no era mejor que un demonio. Como inmortal, libre del hechizo carnal del hambre, de las arañas del deseo y la vejez, de los tentáculos de la pesadilla entrópica —libre, totalmente libre de los arrogantes jinetes del sufrimiento y la muerte— podría haber portado al mundo amor. Podría... pero él, como nosotros mismos, los demonios, despreciaba la vida. No tenía intención de laborar, lento y paciente a través de los siglos y las atrocidades de la mortalidad, para la salvación de Dios. Quería irse ahora y dejarla a Ella atrás, con todos los añicos y las piezas incom-

Librodot

pletas de Su creación.

Yo sabía esto ya desde hacía tiempo, pero aun así me enfureció cuando hube de separarme de él y, antes de partir, no pude callarme. "No eres digno de una vida interminable", le espeté. "No eres lo bastante duro. Eres débil y quieres escapar precisamente por eso, porque eres débil."

Bleys recibió la frialdad de mis palabras con la misma expresión abierta que ofrecía a la corriente incolora bajo el puente donde habríamos de separarnos. Ambas cosas eran del mismo orden para él y comprendí en ese instante lo absurdo de haber hablado.

"Tú te apega límites, Lailokén... o ¿este uno debe llamar a ti Myrddin?"

Volví mi rostro malhumorado hacia el barandal del puente y, petulante, hablé como si me dirigiese a las escamas de luz en el agua que se deslizaba debajo de mí. "Me has enseñado muchas cosas durante nuestro tiempo juntos, Bleys. Sólo por saldar esa deuda hallaré al joven rey de Ygrane...y tendrás tu unicornio."

Volví la cabeza de lado para mirarlo. Él me contemplaba tan impasible como si yo fuese un árbol, las manos dentro de las mangas en aquella postura desquiciante que implicaba un mundo demasiado sucio para ser tocado.

"Este uno no puede permanece como *bodhisattva*", dijo casi con soñolienta indiferencia. "Este uno no gran espíritu hombre como tú, Lailokén. Este uno sólo mucho pequeño hombre. Este uno trabaja duro, gana camino libre de sangre y espectros. Duro gana libertad, ¿sí? Aprende duro camino toda forma vacía... y, así, falsa. También cuerpo una ilusión, ¿sí? Todo cuerpo ve, oye, siente desde dentro... todo cuerpo conoce sólo sueño. ¿Por qué tú no ve esto, Lailokén? Este uno no quiere escape. Mucho tiempo, este uno rinde deseo, rinde decisión, rinde ilusión. Ahora, este uno no quiere escape. Esto ilusión. Escape quiere a este uno; escape quiere toma Bleys camino de cielo."

"Lo que tú digas, maestro Bleys", asentí sardónico y le volví la espalda. Éstas fueron las últimas palabras a mi instructor antes de que nos separásemos.

"Trata encuentra Gandharva, Myrddin."

Crucé airado el puente y no volví la vista atrás... aunque ahora estoy seguro de que, si furtivamente lo hubiese mirado por encima del hombro, él habría desaparecido ya.

***

Tras la partida de Lailokén, Bleys permanece solo. Desde que se unió al demonio visitador en las tierras altas de Cos, se ha sentido demasiado abstracto, demasiado sabio. Él no es un maestro. No es un bodhisattva, un salvador. No es un amigo y un compañero. Se obliga a sentarse por un largo tiempo en la desesperanzada oscuridad de una gruta para purgarse de estos apegos y recordarse a sí mismo que es un fugitivo de la raza humana.

Cuando días después emerge, es transparente aun para sus propios ojos. No puede ver sus miembros ni la mayor parte de su tronco. Sólo el filamento luminoso de su energía púrpura brilla visible a la luz del sol. En cada una de las siete puertas que él ha abierto palpita un nódulo de electricidad. Por lo demás, el desapego ha crecido tanto que Bleys resulta virtualmente invisible.

El unicornio flota nervioso a distancia. Lo conduce, por la orilla de una perezosa corriente, hasta un bosquecillo de árboles de hojas doradas donde está Ygrane, sentada en el suelo, recogiendo bejines. Sus fiana deambulan como osos entre los árboles,

buscando florescencias de hongos. Bleys puede verles el alma tras los rostros, tristes hijos de un pueblo moribundo. En la faz de la reina, también, bajo el denso cabello la tristeza teje su sabiduría.

Bleys no quiere tomar parte en nada de esto y deja el lugar. Mientras el unicornio sirva a esta reina desdichada, él seguirá solo, decide. Vaga por la larga costa de montañas, concentrado en el fuego filamentoso de las puertas de poder de su cuerpo. Perfecciona su fuerza. Arraigado firmemente al momento, la misma luz se vuelve su tesoro. La acumula, codicioso, llegando al extremo de hurtarse los rayos de memoria de su pasado. Opta por olvidar su vida en el Reino Medio. Olvida a su madre y a su padre y la salina ventosa donde, de niño, trabajó a su lado. La energía de esa nostalgia nutre su ya formidable poder y se torna más liviano y rápido que nunca antes.

En la próxima, rara oportunidad de confrontación con el unicornio, Bleys lo arriesga todo.

Un acantilado de mil pies brilla con resplandor anaranjado en el largo ocaso septentrional junto al mar del oeste. Focas de cuerpos fluidos, morsas grandes como caballos y cintilantes sirenas lo observan desde la caleta de rocas, cuando el unicornio emerge trotando de la marea espumosa. Una garganta marina alcanza las moles de granito del brillante acantilado creando una grieta profunda en la corteza terrestre, de modo que la sombra del Dragón se irradia en chorros de nebulizaciones acuáticas.

Así, cuando el unicornio descubre a Bleys en esta playa, osa su danza más seductora. Tras frotar el cuerno en las rocas tachonadas de moluscos, baila en círculos en los bajíos y arroja las desconchaduras a la garganta submarina por la que ya siente emerger al Dragón.

Cuidándose bien de disimular su fuerza acrecentada, Bleys se muestra sólidamente humano al unicornio. Camina vacilante hacia su presa y reprime una sonrisa cuando descubre sorpresa en los ojos jade del animal.

El unicornio no puede creer lo que ve. El Parásito Azul, de un púrpura casi incandescente, avanza por el camino que lo lleva directo a la garra del Dragón. Ha llegado ya demasiado cerca de la fisura para poder escapar; su vida está condenada y destellan sus últimos instantes.

El unicornio salta de pronto, remontándose sobre la playa para salvarse a sí mismo. Arroja una mirada atrás para presenciar el fin de la misión que los Señores del Fuego le encomendaran. El océano hierve y las gaviotas gritan en el extremo de la llama del día. Sin embargo, el Parásito Azul no se inmuta. Sigue caminando derecho hacia el unicornio... aunque la arena bajo sus pies se abre en un remolino.

En vez de desaparecer en él, Bleys se proyecta hacia delante. Impulsado por la fuerza recién acumulada, salta con el impacto magnético que precede al golpe de las garras. Arena y rocas entunicadas de algas estallan en un géiser atronador, y del resplandor de un relámpago como un cedro gigante llega volando el alquimista.

Por un instante, Bleys siente la vastedad del Dragón a sus espaldas. Su urgencia desesperada mutila el aire con un bramido volcánico y el oleaje del grito da aun más fuerza al salto del hombre. Aterriza en el lomo del unicornio con un cintarazo que desboca a la bestia.

Honduras estelares de un azul casi blanco se abren en el interior del abrazo, como en otro tiempo. Esta vez, sin embargo, está preparado para el ardiente frío, para el silencio profundo. Tiene un sabor el unicornio a quietud absoluta, aunque tan rápidos vuelan que todo se difumina alrededor menos la rosa inmensa del crepúsculo.

Calas y acantilados son borrones en la distancia que dejan atrás. El mundo gira enloquecidamente y Bleys pende inmóvil en su centro. En esta quietud que brota del animal tejido de luz, todos los colores del alma del peregrino rutilan, hambrientos como

Librodot

llamas.

Preparado para ello, Bleys no se deja sorprender por los caprichosos sentimientos que lo recorren en esta insondable cabalgada. Se mantiene bien sujeto, electrocutado por los matices brutalmente hermosos de su alma: todos los pesares que él creía haber olvidado retornan. Todas las lógicas del dolor y las válidas inferencias del sufrimiento afirman lo que aprendió tanto tiempo atrás de las enseñanzas del Buddha: que el apego es la fuente de toda angustia. Debe abandonarse para dejar de sufrir.

Pero no lo hará.

El pelaje gélido del unicornio despide una ráfaga soñolienta que se adensa alrededor sofocando todo tormento en el cieno de un sueño. Pero ni siquiera esta lasitud puede desalojar al alquimista. Bleys tensa su íntimo abrazo y al final el unicornio se ve obligado a ceder, a admitir que no puede desprenderse de él. Aminora la marcha y aguarda que lo dirija.

Bleys no duda. Tira de la crin del unicornio urgiéndole a ascender. Quiere volar, cabalgar sobre la puesta del sol, a la noche eterna. Juntos dejarán la Tierra y galoparán hacia el vórtice cósmico más cercano. Ha leído acerca de estos soles negros en los antiguos textos de palma. Tan negros son que devoran no sólo toda luz próxima a ellos, sino también el espacio y el tiempo a su alcance. En el centro, los muchos rayos y distancias e instantes se colapsan en un solo punto: el infinitamente denso, infinitamente pequeño, infinitamente brillante camino al cielo.

Ahí es adonde van y el unicornio se arbola sobre sus cuartos traseros, dispuesto a obedecer. Ligado ahora al Parásito Azul, no puede resistirse. El mesmérico vínculo entre ambos que el animal trató de usar para librarse del alquimista se vuelve contra él. Ahora experimenta y comparte el alma de su jinete, que ha dejado de ser una presencia extraña para convertirse en un hermoso espacio en la médula de sus huesos.

De ahí, justo ahora, proviene el deseo de huir de este planeta lúgubre y retornar a los campos del sol. Allá arriba, como frondas de fulgentes helechos, penden los velos de estrellas y galaxias. Allá arriba están las distancias de las que él está hecho. Lo llaman con intolerable anhelo. Una dulzura conmovedora lo requiere: la senda irresponsable del cometa más allá del sistema solar, a través de las ciegas profundidades del espacio entre las estrellas, y al interior del sol negro, donde una dicha insuperable los espera.

De pronto, el lazo magnético que Ygrane sostiene se tensa y Bleys salta por los aires dejando libre al unicornio. Éste vuelve al instante en sí y huye rápido, aterrorizado por el abismo al que acaba de asomarse.

Bleys cae de espaldas en una erupción de arena. La tristeza, de la que ha estado a punto de escapar, muerde en él. Su cuerpo se solidifica dañosamente y sus músculos visten de dolor huesos contusos. Se sienta con un gruñido, observando la última luz del día cuajarse en el horizonte, con la hiriente comprensión de que no le corresponde a él hacerse con el unicornio. Pertenece la criatura a la reina celta.

Mece su palpitante cabeza y escucha con su carne aturdida las olas rompientes y la lastimera dulzura del canto de las sirenas.

***

La Britania que vi en mi viaje al este era una carcasa. Las numerosas villas que una vez amosaicaron la campiña con granjas y vergeles y viñedos habían quedado reducidas a un montón de escombros manchados de yedra, mientras que sus extensos terrenos estaban inundados de tojo salvaje y brezo. En una sola generación, la cultivada

Librodot

hermosura de la agricultura romana se había convertido en un paisaje áspero de árboles frutales sin podar y setos aparrados: un triunfo del yermo.

Sin tropas que las protegieran, las villas habían muerto rápidamente. Las clases bajas de la sociedad, los trabajadores humillados y los paisanos tribales que incubaran potentes y centenarios rencores contra los opulentos terratenientes, saquearon las lujosas fincas tan pronto como las legiones partieron. Incluso los mercados locales, las vici, las numerosas aldeas con sus panaderías, carniceros, herreros y tejedores habían sido pilladas hasta no dejar de ellas más que pueblos fantasmas. Muchas noches durante mis vagabundeos, disfruté del sueño más reposado en estos lugares estragados donde sólo se sentía el vuelo de los murciélagos. La gente local creía que espectros de romanos asesinados acechaban en las ruinas, voraces de sangre, y peregrinos y bandidos nunca me perturbaron allí.

Las civitas, las capitales cantonales protegidas por murallas como Segontium y Maridunum, las ciudades-fortaleza de Ygrane, habían tenido un destino menos malo y todavía quedaba en ellas algo de vida: la vida que crece en las cosas muertas. Señores de la guerra codiciosos, de la ralea de Gorlois, peleaban entre ellos por el territorio y el dominio, y se relamían cuando el aterrorizado populacho los llamaba reyes y buscaba su protección contra otros 'reyes' similares.

Cada una de estas crueles capitales que visité tenía sus intrigas de corte, sus rebeliones y, a menudo, sus declaradas guerras civiles. No era infrecuente el que encontrase veinte o treinta hombres asesinados en los decadentes caminos entre las civitas, con los cuerpos apilados en chamuscados montones o convertidos en una masa alquitranada que llenaba zanjas u hoyos... escoria incinerada que acabaría por sanar en la robusta conflagración de flores primaverales. Más a menudo, los cadáveres estaban simplemente abandonados donde habían caído, despojados de armas y armadura, mordidos por los canes, picoteados por los cuervos.

De verdad os lo digo, Britania era una carcasa en aquellos días y, si no hubiera tenido el poder de percibir el mundo con la fuerza de mi corazón, no me habría quedado más remedio que contender con las bandas de malhechores que hostigaban los restos de aquella civilización igual que los lobos acosan a los animales grandes. Me mantuve en solitario por aquellas sendas descabaladas y evité cualquier asentamiento menor de lo que los romanos llamaban municipia, los pueblos mayores.

En ellos encontré la persistente memoria de un encanto perdido. Los cosmopolitas romanos habían importado entretenimientos desde los lugares más exóticos de su imperio y, aunque habían partido de este rincón distante de su reino medio siglo atrás, los restos de su sensiblero carnaval quedaron atrás en las ciudades más grandes.

Entre los regulares combates de osos y perros y las ejecuciones públicas, los juglares, acróbatas y tragafuegos actuaban en las plazas principales de los municipios amurallados. Desafiantes hacia el viejo edicto romano que condenaba la profecía y las recientes promulgaciones cristianas contra ella, proliferaban los astrólogos y augures... como lo hacían los fakires con sus lechos de ascuas ardientes, los curanderos gitanos, los taumaturgos, los que invocaban danzando la lluvia y los magos de pacotilla.

Durante cinco años, los vi a todos. Observé cada rostro masculino en todos los municipia que visitaba, en busca del Gandharva de Ygrane. Podía estar disfrazado bajo cualquier aspecto, tener incluso la apariencia de un mendigo o un payaso, aunque yo no excluía la posibilidad de hallarlo ya convertido en rey... pues había infinidad de reyes en aquel tiempo caótico. Entre las grandes familias que aún no habían huido a Armórica, el baluarte romano más popular en el noroeste de las Galias, surgían constantemente conspiradores y envenenadores que encumbraban monarcas estacionales.

Para hacer peores las cosas, sacerdotes, monjes y monjas bienintencionados

Librodot

convertían clanes y tribus enteras al cristianismo, difundían su cultura y enseñaban a leer y escribir a todo aquel lo bastante paciente para aprender. Era inevitable, pues, que individuos ambiciosos, nutridos de las minuciosas historias de conquista y dominio otrora limitadas a los nobles, soñaran sueños más grandes y aprovechasen la primera oportunidad para verse convertidos en héroes militares y nuevos constructores de imperios. Las bandas de saqueadores se volvían entonces huestes marciales tras estos visionarios, al mínimo indicio de un posible botín. Obviamente, Ethiops, Ojanzán, Bubelis y Azael —toda la cuadrilla diabólica— estaban disfrutando de un excelente periodo.

Durante cinco años, lo que los romanos llaman un lustrum, el tiempo que algo sagrado conserva su santidad antes de que sea necesario purificarlo de nuevo, vagué a través de este país salvaje. Yo no era sino un gusano más entre los restos ulcerados de la carcasa imperial. Visité todas las coloniae de altas murallas y presencié todo tipo de nobleza y de atrocidad, pero en ninguna parte hallé al hombre de mi visión.

Tuve aventuras; me hice amigo de buenas gentes y los asistí en sus dificultades con los poderes a mi alcance. Combatí el mal allí donde me encontró. Y mis viejos compadres los demonios se preocuparon de que me encontrase a menudo. Dispuestos a arrancarme de mi cuerpo mortal y devolverme a mis antiguos sentidos, se sirvieron de sus perversas argucias para crear monstruos que arrojar sobre mí: vampíricos muertos vivientes, mutantes licántropos, grotescas apariciones astrales... abominaciones que me amenazaban no sólo a mí, sino a los desafortunados en mis vecindades.

Protegerme a mí mismo y a los inocentes de mi entorno exigía toda mi atención, toda mi fuerza y cada técnica que mi maestro me enseñara. Mas de todo esto podría hacer una larga historia y no es momento de entretenerse en ella. Baste decir que, tras un lustrum de contender contra toda cosa maligna lanzada sobre mí, necesitaba purificarme, santificarme otra vez.

Así, retorné a una pequeña iglesia en la espesura donde el año anterior había disfrutado la compañía espiritual de una casta pareja: una comadrona monja y un sacerdote granjero que alimentaban y atendían a los pobres de las aldeas vecinas. Hallé el lugar arrasado y los cenicientos esqueletos de la gentil pareja esparcidos entre las vigas ennegrecidas y el tojo.

Si hubiera podido, habría huido de vuelta a Maridunum, habría buscado otra vez la ennoblecedora compañía de mi maestro y le habría pedido perdón por juzgarlo tan rudamente el día en que nos separamos. El era quien tenía razón. Yo estaba loco, si pensaba que el amor podía vencer las maníacas destrucciones de este mundo. Ya no estaba enfadado con él por querer huir. Pero no podía retornar. No podía porque, en los cinco años de mis vagabundeos, me había enamorado de Ygrane.

Mi amor por ella no era carnal ni romántico en absoluto. Como demonio, había presenciado y explotado con demasiada frecuencia las locuras de ardientes amoríos y no podía desear para mí mismo nada semejante. No, mi amor por Ygrane era elegante, inspirado por su magia. Año tras año, me visitaba en sueños, en especial durante aquellos tiempos frustrantes en que desesperé de hallar el Gandharva.

Me hablaba calmífera en aquellos sueños, sin decirme nada en particular, sólo que no me preocupase o apresurase por ella, que me tomase mi tiempo; ella estaba bien y Bleys era paciente, tal como podía esperarse de un inmortal. Después, en mi sueño, yo acudía a ella, es decir, parecía flotar desencarnado en su presencia y era testigo de pequeñas escenas de su vida. La veía aplicar sus pociones curativas a la gente enferma de las aldeas o arrodillada en el murado jardín de frutas y flores, mientras mimaba al unicornio.

Triviales observaciones como a través del ojo de una cerradura, pensaréis. Pero a

Librodot

mí me tocaban de lleno. A veces, podía oír a sus damas de compañía que, vestidas con sus camisas verdemar, laboraban meticulosas entre las atezadas rosas damascenas, los linos apulgarados y los espaldares de los árboles, compartiendo la ternura de sus bromas, las domésticas intimidades de sus romances, o pintorescas descripciones de amoríos que despertaban sus risillas sofocadas.

Ygrane, tan fría hacia el amor después de Gorlois que aquél podía existir en su vida sólo como profecía, más que ignorarlas voluntariamente, no las percibía. Sin embargo, no era ninguna mojigata, no era una esclava del pudor, la reserva sexual a la que tan afectos eran los romanos cristianos. Y, mientras lavaba sus manos sucias de fango en el chorro de una fuente que brotaba de la pétrea concha de una nereida, contaba chistes picantes con un malicioso destello en sus grandes ojos de malaquita.

Ese destello, esa chispa de mortal malicia, me conmocionaba tanto como cualquier destino mágico podría hacerlo. Ella era humana. Era sólo otro rehén de la fortuna osando sonreír en este mundo devastado y desposeído. Ella creía en su magia, claramente... y yo pensaba que creía también en la visión de Raglaw y en mí. Mucho anhelaba yo ser digno de aquella fe.

Este anhelo de dignidad es una sensación tan palpable como el hambre o la sed, insistente, innegable. Llego ahora a entender que el hado que me guió se originó con la bondad sobrenatural de mi madre que me trajo a la vida mortal. El amor cortés que sentía por Ygrane era la misma incorpórea pasión que portaba por Óptima, la cual, a su vez, era el mismo sueño anhelante que me poseía desde mi caída al vacío, cuando la perdí a Ella. A pesar de las crueldades inefables que veía por todas partes, cada vez me parecía más cierto que Su mano misteriosa nos guiaba con una esperanza más fuerte que la voluntad.

El destino de Ygrane me dirigía también a mí: el gozo de una unión vital por venir, un amor que, de algún modo, crease algo noble para las vidas quebrantadas de este ensangrentado país, algo que les hiciese alzar la mirada y sanar; una vida nueva nacida de la magia y el amor, una historia de paz, breve acaso, en aquella marea de guerra y salvajismo. Y yo quería que esto fuese verdad, por Ygrane, por las apasionadas plegarias de mi madre y, sí, por Ella.

Así, me propuse santificar mi propia vida abriendo la quinta puerta de poder en mi cuerpo mortal.

Ygrane viaja de la primavera al otoño por valles boscosos y junto al hálito brillante del mar. Visita las comunidades dispersas de su pueblo proporcionando las mágicas pócimas que inspiran las cosechas o curan los males de las bestias y los hombres. En todo Cymru se la recibe de corazón, tanto por su magia potente como porque su presencia evoca los tiempos legendarios, sus oscuras glorias.

Tan preciso recuerdo es ella de una antigua reina *wic*, de una matrona tribal de los viejos tiempos, portadora y criadora de infantes, madre de su pueblo, que incluso cuando llega a aldeas cristianas el arpa de los clanes canta las logradas rimas de anciana memoria.

En invierno, se recluye en una fortaleza escogida entre las que pertenecen a los tres jefes de Cymru. Cada año visita a un señor de la guerra distinto; favorece a todos ellos, no desprecia a ninguno. Lot de las Islas Septentrionales, Urien de la Costa, Kyner de los Montes: va de uno a otro y se sirve de su magia en beneficio de cada asentamiento invernal.

Con Lot y Urien, jefes tradicionales, los meses oscuros le permiten ahondar en el trance. Deja su cuerpo durante días enteros en cada ocasión y viaja al submundo para

Librodot

visitar a sus dioses, los Daoine Síd. A veces, en esos raros días en que sus mágicas tareas no la han dejado sin fuerzas, busca a Myrddin y trata de animarlo en su demanda.

En realidad, duda de la validez de esa misión. Raglaw había envejecido de un modo terrible hacia el final de su vida e Ygrane teme que la anciana estuviese loca, abrasada la mente por sus muchas incursiones en el Gran Árbol. El cuerpo humano no está preparado para canalizar tanta energía. Excitada por la llegada imprevista del Habitante Oscuro, el cerebro de Raglaw pudo enfebrecerse y ella vio lo que quiso ver.

Los vientos del tiempo se agitan y arremolinan, y a menudo lo que se revela se hunde en la corriente sin volver a aparecer. *Ninguna profecía es imposible... y ninguna cierta*. Así decía la anciana en sus días más cuerdos.

Por ahora, sin embargo, le es útil tener al Habitante Oscuro vagando por otros reinos. En vidas anteriores, ha aprendido a portar un leño cada vez sin arriesgarse a perderlos todos. Con Lailokén en camino y Bleys a distancia, purificándose de su peligrosa cacería, puede concentrarse mejor en su verdadera tarea: domar al unicornio.

El primer invierno tras la llegada del animal, en el reino subártico de Lot, aprende a cabalgarlo. El animal está más tranquilo bajo las ventosas luces boreales y es más paciente ante los torpes esfuerzos de la reina por comunicarse. Puede sentir el flujo de los pensamientos del unicornio: un fastuoso espacio de luz en la oscuridad de la mente, ancho y majestuoso como la corriente del océano, demasiado vasto para que ella pueda leerlo.

Por su parte, los tenues pensamientos de la reina se pierden en una ruidosa turbulencia de emociones y preocupaciones, un oleaje de recuerdos y asociaciones que refluye demasiado rápido para que el unicornio los perciba. A Ygrane sencillamente no la oye, hasta que su mente se torna silenciosa como un zorro en nieve blanda.

Entonces, la promesa de la luna la eleva alta en el cielo a lomos del musculoso unicornio. Ella tensa su agarre, alarmada al ver la tierra invernal muy abajo, iluminada por la luz de las estrellas como un zafiro negro.

Cada pensamiento sereno es oído y fluidamente obedecido por el unicornio. Las estrellas vuelan como cellisca y ellos galopan, más allá de la noche, al resplandor cenital de países extranjeros. En un día, visitan los templos masivos, arruinados de Egipto y los monolitos de la tundra donde la magia de las estrellas llegó a la Tierra por primera vez.

Ygrane no se entretiene en estos lugares muertos. Son simples desafíos consigo misma, que ella afronta como preparación para el viaje peligroso al submundo de los Síd. Con el unicornio, que despertará al Dragón de su inerte torpor, y los dioses para contenerlo espera poder dirigir el poder de la bestia telúrica contra el Furor y expulsarlo de las tierras raíz.

Pero la primavera llega antes de que pueda reunir el suficiente coraje; acaba por relegar el unicornio para viajar a caballo con sus fiana y atender a sus responsabilidades comunitarias como reina. Una parte de cada verano, Morgeu la visita desde Tintagel, lugar que a la edad de ocho años ha proclamado como su verdadero hogar. A los nueve, se confiesa romana y desde entonces se viste y se peina exclusivamente al estilo de la corte.

Desde ese momento, Ygrane deja de intentar compartir la magia con su hija. Por el contrario, trata de encontrarse con la niña en el mundo que Morgeu ha escogido para sí. En lugar de llevársela a sus expediciones curativas, pasa tiempo con Morgeu en las ciudades-fortaleza de Cymru, escogiendo aquella que más les conviene a las dos de entre los quince asentamientos amurallados abandonados por los romanos un siglo atrás.

Como medida conciliatoria, Ygrane se peina al estilo romano y viste túnica siempre que está en compañía de Morgeu. Con ello, la muchacha parece sentirse más cómoda y durante varios veranos comparten los placeres comunes de madres y jóvenes

Librodot

hijas, participando en juegos tradicionales y departiendo con las familias nobles del país. Pero para su undécimo año, Morgeu ha viajado ya con el duque a la mayoría de las espléndidas ciudades romanas de Armórica y el Loire. Los salones de madera y las pétreas aldeas-fortaleza de Cymru se han vuelto demasiado provincianas para su gusto romano, y sus visitas le inspiran sólo melancolía y mal humor.

Ahora, recién cumplido su decimotercer verano y cinco años después de la partida del Habitante Oscuro, Morgeu ha dejado totalmente de acudir al país. Para Ygrane constituye un alivio poder dejar de jugar a ser madre romana. Su dominio del unicornio le permite visitar a su hija siempre que quiera. Pero no lo hace. Ha rescatado del pasado todo lo que ella fue, ha traído todos sus recuerdos de sangre, todas sus vidas anteriores, a este íntimo reencuentro con el anhelo y la muerte, porque su clan la necesita viva.

Los druidas llegaron a pensar que los salvaría uniendo a Roma su reino a través del matrimonio. Morgeu es el conflictivo vástago de esa locura. Los romanos parecen incapaces de aceptar que los celtas sean algo más que patanes. La salvación no vendrá de ellos, decide la reina, sino de las profundidades de su propio pueblo. Ahora que Morgeu ya no la necesita, se siente libre de arriesgar su vida cabalgando el unicornio al submundo para invocar al Dragón.

Pero este invierno, la reina se ha visto obligada a permanecer con Kyner en Viroconium. Con este zelote al lado, hay poco tiempo para el trance y aun menos para montar el unicornio. De hecho, cada uno de los días de su estancia allí ha sido organizado por Kyner y sus ministros sin otra idea que la de impresionarla con su dominio.

Cuatrocientos años atrás, este floreciente municipio mercantil de arqueados portales y pardas murallas que el tiempo ha deslucido era una guarnición de legionarios, un puño de piedra contra las tribus montañesas de los ancestros de Kyner. En este invierno del Anno Domini 472, el jefe cristiano orgulloso la festeja en los baños de la ciudad con concursos de arpa, y con fuegos de solsticio y danzas del árbol en las plazas empedradas del mercado. Y resulta difícil decir si es Roma o Cymru quien ha triunfado aquí.

En la mesa, y ante el cálido y suave murmurio del hogar, Kyner habla rotundo de la hermosura y rectitud de su fe. A veces, Ygrane le responde recordándole el viejo reino, un millar de años atrás, cuando los celtas gobernaban todo el país desde estos montes hasta los cedros de Persia. En aquellos días, los sacerdotes hebreos y los druidas compartían el secreto conocimiento de la llegada de un salvador universal.

Kyner se interesa sólo protocolariamente en las historias de su pueblo y, al final, Ygrane deja de compartirlas limitándose sólo a escuchar. Escucha el ardor de Kyner por algo más que un corazón ciego y una boca ciega, que es todo lo que el pasado le ha ofrecido. Aparte de bañarlo con un superficial glamour. Ygrane no puede consolar su honda melancolía. Sus bisabuelos fueron sometidos por los romanos; su padre y sus abuelos, acosados por los lobos del mar, los sanguinarios invasores llegados del océano, y el jefe Kyner no ha heredado sino el fracaso de sus dioses.

La antigua magia no significa nada para él, pues ésta no es otra cosa que el poder del *wic*, el tuétano verde, la fuerza vital que no bastó para contener a romanos, pictos, jutos o sajones. Kyner necesita un sortilegio más poderoso, tan fuerte que levante a los muertos. Su fe es la resurrección.

Ygrane le escucha predicar mientras la nieve vuela en las altas ventanas y en el hogar se cuaja el calor y la luz a partir de la carne de los árboles. Lejos en las profundidades, la serpiente magnética grande como el planeta abraza el centro negro del mundo y canta.

Librodot

"¡Asar un-nefer mudorio ar-o-goo-abrao!" Una efusión de glosolalia brotaba a través de mí cuando osaba dirigir la fuerza de mi corazón al centro de poder de mi garganta. No conocía yo la razón de aquel sonido férvido, al principio. La energía simplemente se escurría de mí en un borbotón de bárbaros ruidos: "¡Ru-abra-iaf! ¡Bal-bin-abaft! ¡Aeooou!"

Sólo poco a poco aprendí que éstos eran los nombres secretos de las cosas, los patrones de sonido del control último, que evocaba la melodía de las danzas atómicas, las zarabandas moleculares y los juegos de las partículas. Al alcanzar cualquier cosa con los tentáculos sutiles de mi corazón y cantar en voz alta los sonidos que yo sentía a través de aquellos tirantes lazos, lograba cierto control sobre el objeto. A menudo podía animar lo inanimado... y viceversa. Con un grito de órdenes aparentemente ininteligibles, las rocas se movían como terneros. Otro burdo alarido y perros que gruñían rabiosos caían muertos a mis pies.

Este poder tenía sus límites. A veces, al tratar de levantar peñascos demasiado grandes para mi fuerza, por ejemplo, la orden rebotaba contra mí y me hallaba lanzado por los aires hasta dar con mi cuerpo en el suelo y llevarme un innoble porrazo.

Con el tiempo, llegué a comprender mejor lo que la vieja Raglaw significaba cuando me dijo que la visión era mayor que el conocimiento, pues guiaba al destino. Lo que sabía del Gandharva —incluso el conocer con precisión su apariencia física— no me había ayudado en cinco largos años de búsqueda.

Sin embargo, mi estímulo más vivido provenía de Ygrane, de verla en mis sueños mientras su magia me tocaba a través de la distancia. Su sentido del futuro mantenía viva la visión de Raglaw para mí.

Una noche, no fue Ygrane a quien vi sino a su hija, Morgeu, con su pelo rojo y rizado irradiando de su redonda cabeza como nimbo de fuego. Paseaba por la explanada de la muralla y sus ropas verdes, bordadas de adornos florales, chasqueaban al viento con el vigor de su paso desafiante. Más alta que en nuestro primer encuentro, poseía una presencia física intimidante: la anchura de hombros de su madre y, de su padre, la quijada pugnaz. Caminaba directa hacia Ygrane, que se apoyaba en una almena del parapeto y contemplaba, más allá del canal bajo el martillo del sol, la malva silueta de Mona.

"¿Por qué no quieres ver a mi padre?", inquirió Morgeu.

Ygrane, envuelta en una túnica de seda cruda color tórtola y un manto acolchado de violetas apagadas, la miró fríamente por encima del hombro. "¿Por qué debería verlo?"

"Así lo exige y es tu marido", respondió Morgeu desdeñosa.

"¿No le he dado los mejores de mis guerreros para proteger sus costas?"

"Madre..."Morgeu le dirigió su petulante mirada. "Te quiere."

Ygrane se volvió otra vez hacia el panorama marino. "No me quiere", respondió sin emoción. "Desea sólo usarme. Quizás esta noche se aburre con sus putas."

Morgeu clavó sus ojos airada en el perfil de su madre. "Si no cumples tu voto como esposa suya, ¿crees que él respetará el suyo de impedir que los misioneros cristianos vengan a nuestro país?"

Ygrane se tornó enteramente hacia ella, sus ojos verdes sesgados de ira. "Si puede conservar la cabeza sobre los hombros sin mis guerreros, entonces que envíe a los sacerdotes romanos. Los que tienen ojos para ver saben que tú eres la hija de Ygrane y Gorlois. Como esposa, me ha tenido. Mi voto quedó cumplido aquella noche desdichada. Y no volverá a tocarme otra vez."

"Hurtarte a tu marido es motivo de divorcio entre los romanos, no lo olvides", observó imperiosa la muchacha.

"¿Crees que a una celta debe preocuparle la ley romana?" Morgeu extendió un brazo hacia los techos rojos del recinto murado de Segontium. "¿Cómo puedes decir que eres celta? Vives como romana, madre, no como celta. Mira tu vestido y el peinado de tu pelo."

"Hago lo que me place, Morgeu."

"¿Y no te place estar con mi padre... tu marido?"

"¿Por qué te importa tanto lo que ocurre entre tu padre y yo?"

Morgeu enredó uno de sus mechones cobrizos en el dedo. "Quiero que sea feliz. Cuando estoy con él, pregunta por ti. No entiende por qué no quieres verlo."

El rostro de Ygrane se contrajo. "Hermosa historia. Ya viste lo que le hizo a Raglaw."

Morgeu estudió a su madre, observando las mejillas de ángulos elevados, el sesgo élfico de sus ojos, la blonda morenez de su piel y el mentón fuerte. Sus facciones celtas eran incuestionables; y sin embargo, insistía en llevar el cabello intrincadamente anudado al estilo romano en lugar de suelto. Un destello de rabia la atravesó. "Actuó como cualquier romano habría hecho. La vieja quería embrujarlo. Él la advirtió. ¿Cómo puedes culparlo cuando tú misma te comportas como una romana?"

"Morgeu, no dices más que tonterías y tu rabia me perturba. Justo ahora, mientras hablamos, mis guerreros están ahí, en Mona, luchando hombro a hombro con los soldados de tu padre. El enclave pirata que están destruyendo en estos instantes ha sido el origen en varias ocasiones del saqueo de nuestras costas... y las costas de tu padre también, innecesario es decirlo. Algunos de mis bravos no retornarán esta noche. Habrán muerto salvando vidas romanas y contribuyendo a que las rutas de comercio romanas sigan abiertas, y deberé ser yo quien explique a sus familias y a sus seres queridos por qué han muerto. Semejante ofrenda es ya lo bastante preciosa para tu padre. Es la única y verdadera razón por la que se casó conmigo. Ha obtenido lo mejor de mí. Y no tendrá más."

Morgeu la miró con ojos penetrantes y contenido rencor.

"Abre tu corazón, hija", le ofreció Ygrane mientras el arrebol de ira en su rostro se desvanecía ante la angustia de Morgeu. "¿No he sido yo siempre franca contigo?"

"Madre, tengo trece años", declaró la niña con un rictus agrio. "Soy una mujer desde hace tres meses. En poco más de un año, seré tan mayor como tú cuando te casaste con mi padre."

"Cierto", repuso Ygrane suave, y con una sonrisa tomó el mentón de su hija entre el índice y el pulgar. "Y también es cierto que te estás convirtiendo en una hermosa mujer."

Morgeu retrocedió, arisca. "No juegues conmigo. Yo sé que no soy hermosa. Tengo los ojos diminutos y maciza la mandíbula. No soy bella."

"Muchos hombres pensarán lo contrario, puedes estar segura."

"Padre dice que debo pensar en el matrimonio. Quiere que me case con un noble romano. Así que invita familias de Armórica y Dumovaria a Tintagel cuando estoy allí. Y vienen porque él es el duque de la Costa Sajona y un gran romano... pero ninguno me tomará."

"Tonterías. Aún eres una niña. Dentro de dos años, podrás escoger entre los muchos que pedirán tu mano."

"No, madre, te lo repito, esas viejas familias no quieren saber nada de mí. Murmuran acerca de ti... de la reina pagana en la que Gorlois me engendró y que nadie ha visto nunca en la corte. No dejan que padre lo oiga, por supuesto. Los tiraría al mar. Pero yo he percibido sus miradas. Me consideran un fenómeno, la extraña criatura surgida de una bruja."

Librodot

Las palabras de Morgeu tuvieron un efecto evidente en la reina. Por un instante, permaneció aturdida, luego abrió los brazos para tomar a su hija en ellos, pero Morgeu la apartó.

"Si no quieres tener a padre, tampoco volverás a tenerme a mí."

"Morgeu..." la llamó Ygrane aún con los brazos abiertos. "Ven, niña. Demasiado bien sé lo que estás sintiendo."

"¿Cómo puedes saberlo? Tú nunca has querido a nadie."

Ygrane dejó caer los brazos. "¿Es eso lo que piensas?"

"Si no, ¿por qué no vienes a Tintagel y vives con tu marido? Padre te necesita a su lado."

"¿Sí?" Ygrane engalló ligeramente la cabeza. "¿O eres tú la que me quiere a su lado? ¿Debo hacerme cristiana también y ser una pía esposa romana?"

Morgeu clavó en su madre ojos desolados. "Cuando era una niña, quería ser como tú. Pensaba que eras la mujer más bella, la más poderosa del mundo."

"¿Y ahora?"

"Ahora a mis amigos de Tintagel les hablo de las pálidas gentes que acostumbraban a jugar con nosotras en los campos, y del unicornio, y de cómo me escapaba por las noches para montarlo, y... ¿sabes, madre?, creen que miento."

"Nuestra magia es rara."

"Demasiado rara. A veces me da miedo... las voces como susurros en el viento, las caras transparentes en los setos..."

"¿Te han visitado los Síd?", preguntó Ygrane con genuina sorpresa.

"Sí." El rostro de Morgeu se ablandó. "Han venido a mí. También el unicornio. Pero sólo en extrañas ocasiones y cuando estoy sola en algún lugar salvaje, y si llamo durante mucho tiempo." Sus ojos parecían deslumbrados mientras recordaba, luego miraron a la reina severos otra vez. "Cuando estoy con mi padre, nunca pienso en los faerïe. Todo eso no parece más que sueños infantiles. El mundo de padre son los caballos, los barcos, las cacerías y batallas. Y sin embargo, cuando estoy aquí contigo todas esas cosas terrenales parecen tan pequeñas e insignificantes también." Se sacudió el cabello de los hombros con impaciencia. "No voy a volver aquí otra vez. He decidido quedarme en Tintagel, madre. Padre necesita una mujer a su lado y, si no has de ser tú, entonces lo seré yo."

"Hija, tú fuiste concebida a partir de dos mundos y perteneces a ambos." La reina extendió la mano. "Quédate conmigo por un tiempo, Morgeu. Bailaremos juntas con los faerïe y montaremos una vez más el unicornio."

"No, madre." El gesto de sus hombros era definitivo y cualquier pesar que hubiera podido sentir se desvaneció tras su actitud desafiante. "A menos que vengas a Tintagel y seas una consorte digna de tu marido, dejarás de ser una madre para mí."

Giró sobre sí misma y partió tan rápida como había llegado... y yo pensé que la veía vestida de un fuego-rubí pulsante, que su cuerpo joven resplandecía desnudo a través de un velo diáfano de rielantes llamas carmín, sumiéndome en una conmoción de deseo, rabia y miedo. Y en las ondas termales de la estela que dejó fluir hacia su madre, Ygrane tremoló, vaciló y desapareció como insecto tocado por una llama, que crepita un instante y se convierte en sombra.

La oscuridad lame la ventana. La reina apaga la vela del alféizar y contempla la noche. Cansada y soñolienta después de una tediosa jornada preparando pócimas para la expedición del día siguiente por el país, no puede recordar en qué ciudad-fortaleza se encuentra. Uxacona, Bravonium, Rutunim... nombres de la lengua de los

conquistadores. Se pregunta cómo llamarán los nuevos conquistadores a estos fuertes dilapidados, ¿Barba del Cuervo, Cabeza Herida, El Puño del Furor...?

Moviéndose despacio en el interior del bosque, una luz se afila como una estrella. Es el unicornio, que sobre alfombras de hojarasca se desliza, verde escarchado en esta noche estival sin luna. La espera dispuesto para viajar al submundo. *Pronto*, le promete ella. No está preparada aún para esta oportunidad única de invocar al Dragón en ayuda de su pueblo. Si fracasa, la bestia lo devorará todo: al unicornio, a no pocos de los Síd y a ella misma con toda la magia que ha acumulado a lo largo de sus vidas.

El pensamiento es incalculable. ¿Disolverán los fuegos magmáticos incluso el tejido de luz que es su alma? ¿Quedará ella cosida al cantar planetario que el Dragón se canta a sí mismo? Su mente vaga, embelesada ante la perspectiva del olvido y la libertad de éste nacida...Y retorna luego adonde el unicornio la aguarda, paciente y fiel como una estrella.

Pronto, le asegura con una mente quieta como un zorro. *Pronto cabalgaremos al inframundo y llamaremos al Dragón. Pronto.*

Pesa la reina en su corazón esta apuesta mortal contra el pequeño bien que puede hacer por aquellos que gozan de sus pociones. Pero ahora, en este instante, su corazón teme arriesgarlo todo, no ganar nada, y opta por esperar.

El titileo del unicornio como un fuego desaparece y la oscuridad la mira a través de la ventana angosta, austera como una máscara ritual.

Con el corazón agitado como un puño, emergí de una visión en la que la reina discutía de política con su hija y sus implicaciones me atemorizaron. El tiempo de Ygrane como reina estaba cerrándose. Cuánto más urgente era, pues, mi misión de encontrarle un amor que hiciera plausible una vida sin magia. Aquel mismo día, abrí la puerta de mi garganta, retuve en el ojo de mi mente la imagen del rey solar, extendí la fuerza de mi corazón hacia la imagen de la visión de Raglaw y llamé al Gandharva: "¡Gandharva-abrasax-sabriam! ¡Iaho! ¡Iau! ¡I!"

Bleys me había dicho una vez que la verdad está en el milagro. Se me hizo esto claro cuando atravesé de parte a parte el país cantando céfiros que apartaban de mi camino las tormentas y ensalmos que lanzaban enjambres de avispas a las sendas de las bandas malhechoras.

Mejor que el conocimiento es la visión, que revela el milagro del que proviene la verdad. Y así es, de hecho, cómo se forjan las estaciones de la vida, cómo nuestro tiempo en la Tierra se cumple a través del propio destino. El hado está escrito. Pero el destino hay que construirlo. Y para ello, se necesita una voluntad mágica: la quinta puerta, a través de la cual uno puede pelear con el mundo desde el interior de esta viviente arcilla.

Glosolalia, la lengua de los ángeles —palabras bárbaras para los oídos mortales pues pertenecen a los espíritus—, me colmaban de milagro siempre que abría la quinta puerta. Milagro... eso es lo que nuestra fuerza vital inteligente siente desde el interior de esa puerta.

Estaba yo en Lindum, en el noreste lejano del país, cuando empecé a confiar en este sentimiento. De pronto, supe que me hallaba en el lugar equivocado. Porque allí, no me rondaba el milagro. La ciudad, a pesar de todos sus arcos fabulosos, de sus opulentos baños termales, de los mosaicos de sus suelos y del foro de gladiadores, respondía con un eco hueco a mis mágicos cantares.

El milagro que yo necesitaba resplandecía en el cielo sudoccidental y, no sólo con la puesta del sol, cuando el horizonte tejía los ígneos estandartes de los Síd, sino por la

Librodot

noche, cuando podía distinguir claramente la música cristalina de las estrellas al sembrar el suelo. También al alba, al filtrarse la oscuridad en las tierras occidentales con un sonido como la vasta y lenta música de las ballenas, mi canto evocaba en mí la extraordinaria convicción de que grandes poderes cósmicos estaban descendiendo a la Tierra en aquella región. Sirviéndome de mi magia, gané el oro que necesitaba para comprar el corcel más rápido y resistente de la provincia, y cabalgué hacia el sudoeste veloz como ningún mortal lo había hecho.

El vigor del que mi caballo se nutría emergía de las profundidades magnéticas del planeta y, con este sortilegio, viajé día y noche deteniéndome sólo cuando confrontaba una maravilla que me inundaba de milagro hasta la médula.

Eso ocurrió en Londinium Augusta, la capital romana de Britania. La experiencia me sobrevino ante la monumental arquitectura del palacio del gobernador, con sus terrazas pobladas de álamos, sus exuberantes jardines, sus estanques ornamentales, sus peristilos de mármol negro y sus arquitrabes de ónice con relieves de la conquista de los celtas. Una pila de cabezas bárbaras cortadas reposaba al pie de un estrado frente al opulento palacio. Mirándolos con detenimiento, reconocí en aquellos trofeos de guerra manchados de azul las calvas testas de los pictos, los tatuados norteños que habían masacrado al pueblo de mi madre.

Armado con coraza laminada y hombreras de bronce pulido como espejos, un romano corpulento se alzaba en el estrado bajo un arco colosal que se cimbraba treinta pies sobre su yelmo emplumado. A su lado, con las cabezas tronchadas junto a sus botas, sonreía sardónico un guerrero igualmente corpudo, un bárbaro bajo un casco de jabalí encolmillado y un manto de piel sujeto por garras de oso. Por este signo, lo reconocí como jefe de una oscura y remota tribu gálica de más allá del límite de la conquista romana, más allá incluso del horizonte de penetración de los ataques punitivos romanos en la región del Rin, una tribu de piratas salvajes y despiadados, de inexorables depredadores: los sajones.

Y entonces, presencié una escena insólita. Allí, ante el palacio más espléndido de la isla y los muros más severos —la bien cimentada muralla y los bastiones de piedra que protegían la orilla norte del Támesis—, vi a estos enemigos antiguos abrazarse.

Mi exhausto caballo cayó muerto debajo de mí cuando, con un sobresalto, tensé de golpe las riendas. Un vigoroso grito desde el centro de poder de mi garganta y se levantó otra vez de un salto, apezuñando las losas con las manos, dispuesto a seguir el camino. Pero yo había encontrado ya la maravilla que buscaba y solté al corcel.

La vista de un romano abrazando a un sajón me colmaba de un temor extraño. ¿Era éste el Gandharva de Ygrane?

Me mezclé con la turba, que en los peldaños de piedra del río cantaba "¡*Superbus Tyrannus*!" Desde las bancadas de los largos barcos atracados en la orilla sur del Támesis, los bárbaros cantaban la misma loa en su propio lenguaje: "¡Vortigern!"

El *superbus tyrannus*, el alto rey, Vortigern, rodeado de obispos con sus cruces y sus báculos, era evidentemente cristiano, pero no se parecía en absoluto al hombre de mi visión. Pétreo, con una nariz prominente de aletas poderosas y fruncidas, y una mirada penetrante de rufián bajo unas cejas frondosas, espinosas, bermejas, penachudas como orejas de búho, resultaba sin duda imponente. Quizás el joven de mi visión vendría después, acaso como hijo, como gran sucesor de este guerrero nacido de Ygrane.

Por la turba balbuciente, me enteré de que este alto rey se había amistado con Hengist, jefe de los sajones. De hecho, lo había alquilado, a él y a sus hombres, para defender como mercenarios Londinium y toda la Britania del sur a cambio de grandes cantidades de oro. Cada luna les pagaría un macizo lingote del precioso metal: la mitad de la producción de las minas de Dolaucothi, que trabajaban esclavos. Para merecer tan

Librodot

exorbitante paga, los sajones habrían de retirarse y contener a su distante parentela, los formidables pictos.

Oro-sangre.

Este cobarde tributo debería haberme hecho entender que rey semejante no era el que yo buscaba. Pero, desafortunadamente, en aquel periodo de mi carrera me faltaba la original clarividencia, la profecía, que sólo llega con la apertura de la sexta puerta. Yo estaba lejos de esa penúltima conquista. No vi que Vortigern no podía ser el Gandharva porque quería creer que lo era con desesperado anhelo.

Desesperado porque se habían agotado ya cinco años y, en ese lapso, no había oído nada de mi maestro, ni había tenido contacto directo con la reina y ellos, a su vez, no habían recibido noticias mías. Por medio de bárbaras palabras, envié cuervos a Ygrane con el informe de mi descubrimiento. Sin embargo, no me abandonaba una honda frustración, pues muy a menudo esas cáusticas criaturas no lograban hallarla o tomaban a otras personas por ella. El control sobre la lógica de los pájaros eludía el poder empático de mi corazón una vez que los cuervos habían volado más allá del horizonte, y así no podía fiarme demasiado de las nuevas que me traían.

La incertidumbre me poseía y, en mi alocada desesperación, di en creer que este advenedizo romano que alababan los bárbaros podía ser el alma noble que yo buscaba. Me deslicé entre la turba hacia el estrado, dispuesto a ofrecer al alto rey mis servicios en aquel mismo instante... hasta que los vi. A los grandes. A los dioses.

Al mirar a través del Bastón del Árbol de la Tormenta, los vi claramente. Sobre la orilla septentrional del Támesis, invisibles para los pescadores y recolectores de moluscos bajo ellos, las huestes de los Daoine Síd en sus armaduras escarlata rielaban como un sueño espectral, como la franja inflamada del ocaso con su famoso rey cabeza de alce, Alguien Sabe la Verdad, en el centro de la tropa extraña, brillante como el verde resplandor de la última luz. Y acechando desde la orilla sur del río, inmenso como un cúmulo de tormenta, el Furor observaba a su céltica presa.

A mi primer atisbo del jefe de los Æsir, me disolví en la multitud arrastrándome a cuatro patas para que el fiero dios no me descubriese. Porque, si lo hacía, si tenía de mí siquiera una vislumbre fugaz, podía estar seguro de que recordaría la maldición y, rabioso conmigo por haberme hurtado a ella, me mataría en aquel mismo lugar.

No había estado tan asustado desde que mi madre me insufló el aliento y pasé el día oculto detrás de la cisterna de un taller de ruedas para carros, observando escabullirse a los ratones y ponderando el sentido de que la sombra del Furor pesase sobre la ciudad adonde el milagro me había llevado. La guerra entre los dioses llegaba hasta las mismas puertas de Londinium... y los romanos habían pagado oro de sangre por ese privilegio. No me parecían éstos los métodos del Gandharva de mi reina y ello volvió a recordarme la importancia vital de mi búsqueda.

Ese día miserable que pasé acobardado en una calleja, los cinco años de mi largo viaje me perturbaron especialmente y todo el paisaje arruinado de Britania se desmadejó en mi doliente memoria. Y sufrí, porque no había nada que recordar que pudiese recordar sin llanto. Y lloré no por la civilización de espléndidas villas, de activos mercados, de granjas fértiles y elegantes caminos reducida a un yermo. Lloré no por la floreciente nación de hombres y mujeres tronchados junto al arado o el telar, o quemados vivos en sus aldeas e iglesias. Lloré por los niños. Lloré por esos pequeños que gritaban en las cenizas, en la terrible oscuridad de una Britania sin futuro.

Tenía que encontrar al rey que pudiese dar cumplimiento a la profecía. Tenía que encontrarlo por los niños... por el futuro de todos los niños huérfanos del país. Tal era mi destino, buscar a pesar de mi miedo y mi ignorancia a lo largo y ancho de un país desgarrado por la roja voz salvaje del Furor.

Librodot

El viento que frotaba las piedras de la calleja susurraba el sino de mis exhaustos vagabundeos, un lamento desde allí donde toda tristeza yace. Pero no me desesperé. Sí, un millar de años de oscuridad nos aguardaba por delante. Sí, yo había visto descender sus tenebrosas alas titánicas portando la noche milenaria. Con mis propios ojos, oídos, había presenciado la expansión del sufrimiento, más grande, más vasto, más próximo cada vez, y pronto todo sería oscuridad y tiniebla sobre tiniebla durante diez siglos.

Y, sin embargo, ¿por qué no estaba todo oscuro ya? ¿Por qué no? Porque los más bravos de nosotros luchaban valientemente contra la llegada de la noche. Aquí, en el fin del mundo, contra la sombra de la noche en avance incontenible, una escarlata agonía nos abrasaba en nuestro propio horizonte. Sus nombres son ahora silencio: los labriegos, madres, zapateros, herreros, comadronas, panaderos, tejedores, vaqueros, monjas y pescadores que desafiaron al Furor aunque su mundo estaba acabado.

Por ellos, por sus niños sufrientes, tenía que ayudar a que la profecía de mi madre se cumpliera y hallar el rey predicho por Raglaw, anhelado por Ygrane y cantado a la vida y a la muerte de nuestra nación condenada por Dios Misma.

Entre los rizos apanalados del Gran Árbol, chocan los guerreros. Señores de los Troll reclutados por el Furor combaten a un fanático escuadrón Síd de las huestes del dragón, y la sangre de los elfos fluye desplegando un sudario de humo carmesí. Los trolls de cabezas amartilladas blanden hachas enormes que talan cuerpos élficos como árboles jóvenes, derramando sus vísceras en olas de sangre vaporosa.

Protegidos por corazas laminadas de hueso de dragón pulidas como espejos, los Síd se lanzan aullando contra los trolls en un ataque directo y salvaje; pisotean a los caídos, resbalan como borrachos en el carnaje y, demasiado a menudo, se entregan al golpe del hacha. Algunos logran saltar por encima de ella, otros ruedan bajo la mueca argéntea de la muerte y clavan sus lanzas, débiles como agujas contra las moles de los trolls.

Los túneles enmohecidos entre las raíces del Gran Árbol amortiguan los ecos del griterío bélico, pero los portan a través de la tierra negra. Muy por encima, en los pastizales bajo la explosión estelar del cielo, los ecos fatídicos cabalgan serpientes de viento por el campo... hacia la ciudad resplandeciente sobre al río.

Caída la noche, con la caperuza bajada sobre el rostro, instilé el sueño en cada uno de los guardias que encontré en aquella gloria de antorchas que era el campamento del rey, en las afueras de Londinium. Caminé directo hacia su tienda oscura, puse a dormir los ariscos mastines y de un susurro prendí la linterna sobre el lecho sedoso del rey.

Despertó de pronto de un negro sueño y vio, en el flujo sobrenatural del verde resplandor que derramaba la lámpara, mi enjuta y encapuchada figura.

Gritó: "¡Guardias!" Y su hoja dejó la vaina con un susurro áspero.

El siseo que pronuncié infundió tal ardor en la empuñadura del arma que ésta saltó como un rayo de la mano que la aferraba, seguido del trueno de su dolor.

"Detente, Vortigern", ordené en voz suave, fraterna. "No busco tu mal."

El milagro que me había traído hasta aquí era delicioso aun en sus imperfecciones. Una dicha voluptuosa se expandía en olas por el espacio, que rompían en turbulentos rociones: una horrenda mezcla de sufrimiento y terror emanaba de este hombre de maciza quijada.

"No estoy aquí para hacerte daño", le aseguré al señor de la guerra. "Estoy aquí para ayudarte."

Librodot

El miedo estridente en los ojos aquilinos del rey se calmó ante mi tono conciliador. "¿Quién eres?"

"Soy Myrddin", dije en un principio, pero luego modifiqué el nombre gaélico para sus romanos oídos: "Puedes llamarme Merlinus. Soy un mago de la corte de Ygrane, la Alta Reina de los celtas."

"¡¿Qué sortilegio es éste?!", gritó cuando la rabia hubo desplazado rápidamente al pánico. "¿Qué les has hecho a mis perros... a mis guardias?"

"Sólo les he ordenado dormir, mi señor, mientras cambiamos una palabra." Penetré en Vortigern con los tentáculos de mi corazón y supe entonces que este hombre no era el que buscaba. El milagro estaba a su alrededor, pero no venía de él.

"¿Y qué palabra será ésa, mago?", se quejó mientras presionaba con el puño su mano escaldada.

"Te corresponde a ti decirla, Vortigern", repliqué distraídamente, sin mirarlo ya, apoyado en mi bastón y observando las sombras en busca del invisible origen del milagro.

"Construye", rechinó sacudiendo su mano herida.

Le devolví mi atención. "¿Hmm? ¿Qué has dicho?"

"¡Construye!", fustigó. "Ésa es la palabra que digo. Me has pedido una palabra, Merlinus, y te la he dado. Construye mi fortaleza en la orilla del río. Si has de hacer honor a tu Alta Reina, que te ha enviado a mí, entonces usa tu magia para establecer los cimientos de mi fortaleza. Tres veces los fundamentos se han movido y han hecho caer las murallas antes de que pudiera terminarlas. Fíjalas con tu magia y tu reina se habrá ganado el favor y la protección de Vortigern."

Sonreí divertido ante esta apresurada conclusión. "Muéstrame esos fundamentos."

"¿Ahora? ¿Con esta oscuridad?"

Desperté a los mastines con una palabra y los lancé precipitados al exterior. "Entonces, haz que me conduzcan tus guardias. Por la mañana tendrás una respuesta a tu misterio."

Con una escolta provista de antorchas, dejé el campamento a caballo y marché por una vía romana hacia el suroeste, hasta un cerro de abedules espectrales. Una niebla sesgada veteaba los blancos árboles: un hálito subterráneo que provenía del hoyo cavernoso del rey, armado con los bloques de granito y los andamios de los obreros. Sobre el foso, volitaban los murciélagos entre las estrellas topacio.

El milagro que me había traído aquí emanaba de este lugar, de algún origen subterráneo.

Ordené a los portadores de antorchas que esperaran y descendí rápidamente a la oscuridad, invocando de las rocas un azul resplandor que me iluminase el camino. El serpenteante corredor que transité se comprimió hasta convertirse en un cañón rocoso tan estrecho que plegaba mis hombros sobre el bastón y me arrancaba mechones de la barba. Con un último empujón, me deslicé entre las paredes lubricadas por mi propia sangre y caí a una honda oscuridad, un pozo estigio tan colosal que se tragaba mis bárbaros alaridos y los ecos que hubieran debido responder.

Mis experiencias al cruzar los tenebrosos vacíos entre las estrellas me permitieron dominar el pánico humano que me poseyó y ordené a mis desgarradas ropas flotar y fulgir. Una sensación de milagro pictórica como el placer me inundó entonces y descendí planeando lentamente a la vacuola del infierno, hasta que las luces de las profundidades resplandecieron debajo de mí. Con un impulso fulminante de llamas meteóricas, me precipité hacia aquellas luces titilantes y me hallé de pronto sobre una partida de guerreros Síd.

Una docena de seres luminosos marchaban en exhausta retirada a través de un

Librodot

bosque de hialinas estalagmitas encarnadas. Me posé delante de la agotada columna y el comandante del escuadrón ordenó el alto.

"¡Salud, Daoine Síd!", les interpelé. "Soy Myrddin, mago de la Alta Reina de los celtas, que me envía a vosotros."

"Estás en un error, Lailokén", repuso el magullado comandante avanzando hacia mí. Como todos los elfos, tenía el pelo de un castaño rojizo y verdes los ojos, aguzados como los de una culebra. "¿No reconoces a una partida guerrera de las huestes del dragón cuando la ves? El hombre que buscas para la reina es un señor de dragones mortal, un *dracon* romano. Así es como llaman a sus soldados de caballería. Deberías estar en la Ciudad de las Legiones, donde podrás hallarlo. Y en lugar de eso, la magia de tu lengua ingobernable te ha traído a nosotros."

La docena de golpeados y renqueantes guerreros rió con estentóreas carcajadas dejando en ridículo mi ineptitud, y el negro interior de las largas montañas reverberó con sus voces musicales. El comandante alzó una mano y un silencio instantáneo sanó la oscuridad.

"¿Cómo tienes noticia de mi demanda?", inquirí.

"Raglaw compartió su visión con los Síd en su tránsito hacia el Mundo Superior. Buscó nuestra ayuda para el cumplimiento de una antigua predicción y nosotros estamos dispuestos a hacer lo que nos corresponde. Pero ¿qué podemos hacer, te pregunto yo, por uno que confunde nuestros arreos de batalla con el deseo de Ygrane? Ten por seguro que esto dará de qué hablar en el festín que recibirá nuestro retorno a las montañas occidentales." Detuvo los murmullos de sus tropas con un vago gesto de cabeza. "Somos dragones enviados aquí por nuestro jefe, Alguien Sabe la Verdad. La noble misión que nos trae consiste en matar al traidor Vortigern, que ha abierto nuestra patria al Furor. Pero, como puedes ver, somos una triste compañía. Los señores de los trolls han frustrado nuestro avance."

Al contemplarlos con más detalle, vi mi error y comprendí todas las imperfecciones en aquella sensación de milagro que me poseyera desde que llegué a Londinium. A estos elfos se les llamaba dragones porque vestían túnicas y botas hechas de las descamaciones de la bestia ctónica, una piel de reptil compacta y cromática semejante a la del monstruo de Gila, pero más vistosa, y que oscilaba entre brillo y oscuridad como si inspirase y espirase con la fatigada fuerza vital de los portadores. Las espadas y lanzas, hechas de colmillos de serpientes de fuego y huesos tallados con las puntas bañadas en veneno de víbora, pulsaban con viviente fuego.

"Somos el duodécimo escuadrón enviado aquí en otros tantos días", me confió el comandante. "Allí está la zanja donde los trolls nos diezmaron. Los soldados del Furor atacaron con ellos. Nuestros muertos y los suyos yacen juntos en el foso."

El comandante me hizo acompañarlo a través de un suelo de cristal volcánico hasta el borde escalonado y tortuoso de la depresión, de la que rezumaba un agua negra. Llamas verdes se retorcían en la superficie y, a través de su neblina delirante, vi los escuadrones muertos, aquella confusión de cadáveres reducida a una esponjosa carne color pulmón que se desprendía ya de unos huesos rosáceos para convertirse en fango. Los guerreros Síd en sus pieles de reptil escarlata y los berserkers del Furor con las pieles blancas de las albinas serpientes ígneas del Árbol de la Tormenta parecían, a través de la lente distorsionada de aquel estanque, dos grandes sierpes entrelazadas. Lo que los ojos mortales tomaban allí por una especie de agua era, de hecho, sangre élfica y la carne descompuesta de estos soldados del dragón fundiéndose en sus líquidos misteriosos.

"Los trolls combaten por el Furor", observó el comandante Síd con tono desamparado. "Tristes de nosotros en estos tiempos de maldad, ¿eh, Myrddin? Los trolls

Librodot

de nuestras tierras alzándose contra nosotros. Ya no hay nada en su sitio. ¿Qué esperanza puede haber en cruzar esta noche por venir en las alas de nuestro canto? El Furor ha hecho a Vortigern demasiado poderoso."

"Os ayudaré contra el Furor", les ofrecí, pero el comandante se burló de mis palabras con un suspiro cansado.

"Quizás algún día, Lailokén, llegues a ayudarnos. Tu destino toca el nuestro. Bien conscientes somos de esa profecía del alba del mundo según la cual nuestra reina deberá maridar a un rey enemigo para engendrar la mano fuerte que se alzará contra males aun mayores. Nuestros destinos se tocan. Y, si existe alguna posibilidad de salvar a nuestro reino fatídico, la veo mirando desde tus ojos."

La mácula de dolor en su rostro escampó y una sonrisa maliciosa iluminó su faz oblicua. "Pero antes, no te queda más remedio que aprender tu magia lo bastante bien como para distinguir el amante de la reina de sus guerreros Síd." Con esto, él y sus dragones rieron, se entregaron de nuevo a su divertido trinar y prosiguieron su tórpida marcha.

Molesto por mi disparate, me elevé rápidamente a través de aquella oscuridad infernal y forcé airado mi camino por las estrechuras rocosas hacia la superficie. Cuando emergí, arañado y ensangrentado y con las ropas hechas jirones, vetas crepusculares resplandecían en el este. El ejército Síd había partido y el Furor no se dejaba ver en parte alguna bajo el delirio de la aurora.

Con aquellas tempranas luces del día, encontré a Vortigern en su camino al cerro. Rodeado de su guardia pulida y emplumada, exigió mi informe con un gesto mudo.

"Hay una charca salobre debajo de tus cimientos", le dije. "Puede drenarse si se excava un canal... por aquí, en alguna parte." Examiné los sinuosos contornos de las peñas río abajo desde el cerro, tratando de percibir con mi corazón el lugar exacto de la gruta.

Caminé con pasos largos por la orilla del río beige mientras el rey y su entorno me seguían, hasta que sentí el enervante escalofrío que provenía del depósito de elfos muertos. En un punto en que el terreno se hundía bajo aquella náusea fría, dije: "Ahí", y señalé un escarpado declive en un peñascoso recodo del río. "Drenad la charca y encontraréis dos dragones entrelazados, rojo uno y blanco el otro, muerto cada uno en las garras de su rival. El dragón blanco es la bestia sajona y el rojo, nuestro dragón celta, muerto por el enemigo que él ha matado."

Un murmullo de asombro recorrió la escolta del alto rey. La palpitante tensión en la quijada de Vortigern me reveló que no estaba precisamente complacido por mi indirecta observación de que los sajones invitados por él a nuestro país eran, al fin y al cabo, enemigos. Pero recordaba demasiado bien la magia que le mostrara aquella noche y reprimió su deseo de ordenar mi detención. Se hundió mohíno en su silla de montar e indicó que se procediera a las obras.

Durante tres días permanecí en el lugar de la excavación, supervisando el drenaje de los cimientos de Vortigern y la ampliación del foso hasta convertirlo en una caverna gigante. Cuando la carnicería élfica surgió a través de la perforación hecha en tierra, resplandeció a la luz del sol clara como el agua y liberó sus éteres disueltos con fragancia de hojas caídas y madera otoñal. El aire se adensó de tal modo con estas efusiones que, al mediodía, el cielo tenía el palor ámbar y brumoso del ocaso.

Al cuarto día, un ingeniero fue bajado al pozo, candil en mano. Minutos después, con un grito frenético, salió de allí, balbuceando incoherencias acerca de unos huesos de dragón; su voz trabajaba más rápida que las palabras, intentando en vano portar consigo el peso milagroso de su descubrimiento.

Vortigern mismo insistió en descender. Sus gritos de aturdimiento al ver los restos

fosforescentes de las serpientes de fuego causaron conmoción entre sus guardias y pronto también ellos habían descendido al foso. Cargados los brazos de jirones de piel de sierpe, garras y colmillos, emergieron al lóbrego mediodía estúpidos de asombro.

"¿Qué diablura es ésta, Merlinus?", exigió el rey mostrando sus manos y antebrazos, que cintilaban lustrosos, transparentes, con nervaduras como de alas de libélula.

"No temas, mi señor", le animé a él y al resto de los soldados igualmente afectados. "La sangre élfica no ha hecho sino barnizar vuestra carne. Pasará cuando la quitina de las serpientes de fuego se disuelva a la luz del sol."

Para distraerlos de su eventual pero incómoda malatía, dirigí su atención hacia el lugar donde los restos de las serpientes de fuego se amontonaban borboteando bajo el sol rojo, efundiendo humos que marmolizaban el aire como las vetas plateadas de la concha del abalón. "¡Mirad, el detritus de los destinos!" Azucé los vapores de los huesos y colmillos en disolución con mi Bastón del Árbol de la Tormenta, ignorante de qué perturbaría pero sabiendo bien que los elfos y las serpientes de fuego no se mueven como los humanos en el tiempo. Mezclado el sudor del rey y de sus hombres con la mágica carroña, mi bordón podía mostrarnos honduras poco comunes para los ojos mortales.

El lento remolino de mucílago vaporoso, colmillos como navajas, palizadas de costillas y escamas rutilantes ascendieron fundidos como el limo del sueño, como las imágenes emulgentes de los paisajes que devanan las nubes. Con horrible inteligencia, los humos revelaron lo que era ya demasiado bien conocido: legiones romanas de yelmos emplumados nebulizadas al viento, dispersándose como si fuesen la saliva plateada de una hueste de víboras, un enjambre de albinas serpientes de fuego retorcidas como el relámpago. Acorazadas las sierpes por láminas estriadas que se abren de pronto en alas de poderosas nervaduras, el enjambre avanza volando, fijos sus ojos negros, vacuos.

Pedazos de esta pesadilla soplaron a través del día crepuscular en oriflamas y cintas de espuma, mostrando crueles oleadas de invasores que atacaban surgiendo de las tinieblas nocturnas, incendiando puertos y granjas costeras; vimos iglesias en llamas y rebaños enteros sacrificados ante el furor de sus hogueras. Luego, el plasma dragónico se inflamó tomando nuevas formas y Vortigern mismo apareció sentado en un trono cubierto de entreveradas salamandras. Los anillados lagartos se mordieron las colas, se devoraron a sí mismos hasta no quedar más que bocas mascantes que se cebaron en el rey y redujeron su rostro afligido a las cuencas estériles y la implacable mueca de una calavera.

"¡¿Qué infernal significado tiene esto?!", gritó Vortigern.

"Las salamandras son criaturas del fuego", expliqué ingenuamente. "Morirás por las llamas..."

El rey, esculpido de rabia su rostro pétreo, agarró mi bastón para romperlo... y se heló de pronto. La lánguida fumarola se había transformado para exponer un paisaje encantado de borbollantes cascadas y picos vaporosos bajo los labios argénteos de la luna. Allí cerca, a través de secretos caminos entre aterciopelados juncales, la vista se abría paso por hileras de atentos basiliscos y quiméricos dragones alados hasta una barcaza a la deriva en el río. Nueve reinas soberbias se alzaban en la proa y un rey muerto yacía en las bancadas, azul y frío.

La extraña hermosura y la enigmática tristeza de la escena exasperaron la ira de Vortigern. "La muerte aguarda a todo lo que vive", dijo en un susurro y me devolvió el bastón. Sólo entonces se retiró, desdichado al dejar de contemplar aquel reino irreal, pero más desdichado aún por portar su brumosa delicia, tan misteriosamente tierna y

Librodot

cruel.

Con la partida del rey, el detritus de dragón empezó a deshacerse en el viento y yo percibí otra vez la llamada del milagro al suroeste, desde donde mi sortilegio para hallar al Gandharva me requería. Mi breve estancia en el campamento del traidor había acabado. Mientras los soldados de Vortigern permanecían allí, distraídos por los sueños amables que surgían del montón rutilante de restos dragónicos, tomé uno de sus caballos —el precio por mis servicios— y partí al galope hacia el mundo esplendoroso.

El maestro de armas de los Nómadas de la Caza Salvaje es un enano. Como todos los enanos, tiene la mitad de la estatura de un hombre pero porta dos veces su fuerza en una complexión de huesos macizos y compacta musculatura. Formados por los *Æsir* a partir de los gusanos que aparecieron en los cadáveres de los Antiguos durante la guerra de usurpación, los enanos son activos trabajadores, calvos y pálidos como la muerte. No existen las hembras enanas y así, no hay niños, ni ancestros que honrar. Los enanos viven únicamente para el trabajo: durante el día, en sus fundiciones subterráneas y, de noche, en sus sueños, donde artifician sus lúcidos ingenios, sus armas temibles y las joyas asombrosas que les han hecho famosos.

El Furor escogió a un enano como maestro de armas porque no se fía de ninguno de los dioses. No se permiten armas en el Hogar, a excepción de las que porta el jefe. Los aparejos cinegéticos se aceptan en el Gran Árbol sólo durante la Caza Salvaje. El Furor no ha olvidado cómo llegó al poder y tiene bien guardadas las armas de metal diseñadas para destruir a los dioses.

Así, el maestro de armas de los *Æsir* es Brokk, el más diligente y astuto de los enanos. Él concibió el brazalete del Furor, cuya perfecta superficie especular extiende la visión del dios de un ojo a su lado ciego. Brokk es legendario también por sus ingeniosos vehículos autopropulsados, como la nave etérica Filoligero, que puede cruzar el Abismo y dar la vuelta a la Tierra en la mitad de un día. Nadie, razona el Furor, puede engañar a una mente tan inventiva como la de este enano y, por ello mismo, el jefe de los *Æsir* ha instalado a Brokk en la inhóspita isla ártica donde se encuentra el arsenal de los dioses.

Responsable sólo ante el Furor, Brokk vive la vida ideal de un enano, rica en recursos y soledad. Su ocupación diaria consiste en supervisar a los enanos que lo asisten en los talleres y a los elfos esclavos que trabajan en las forjas y pilas de fundición. Pocas veces visita el arsenal y, cuando lo hace, es sólo para examinar y realizar el mantenimiento de esas armas letales. Pero menos veces aun se ve su industria perturbada por la alarma ululante que le previene de intrusos.

A menudo, en el pasado, el Mentiroso y sus cohortes intentaron irrumpir allí. Pero en cada ocasión Garm, el espumarajeante ogro-lobo, los hizo escabullirse aterrorizados y volver a sus vidas muelles en el Gran Árbol. Brokk no tuvo que abandonar sus cavernas ni una sola vez; pero hoy, cuando el chirrido de la sirena cesa, no se oye el aullido triunfante de Garm.

El sonido acampanillado del cuerno de entrada lo llama. Sólo el Furor ha soplado ese cuerno; nadie más puede aproximarse a Garm sin ser destrozado. Pero Brokk sabe muy bien que la alarma no recibiría la llegada del jefe.

Murmurando imprecaciones por esta perturbación, el enano se aparta bruscamente de su mesa de piedra, donde rutilan gemas entre pinzas, abrazaderas y virutas de metal. Con su característico anadeo, marcha por la gruta, que iluminan los resplandores de los hornos en las salas cavernosas circundantes. De una estalagmita dotada de palancas, toma un paño de piel y bruñe la esfera de cristal grande como un cráneo colocada en la

Librodot

piedra a la altura de los ojos del enano. Cuando el cristal capta la carga estática del paño, exhala luz y el interior de la esfera se niebla con la vista vaporosa de la superficie isleña.

Una majestuosa mujer aguarda bajo la nieve en el pavimento de roca ante la boca de la caverna que conduce a la factoría y el arsenal. Brokk ve de inmediato que no se trata de un dios. Sus largas guedejas de pelo blanco enmarañadas por el viento y la imperfecta simetría de sus facciones angulares configuran una apariencia humana. La nieve cae en copos grandes como pétalos y ella, en sus ropajes blancos de piel, se estremece con el más pálido azul de un temblor. Muy por encima de su alcance cuelga el cuerno dorado de llamada, sujeto al interior de la montaña por cuerdas que fueron escarlata y que el tiempo ha desteñido dejándolas en apagado marrón; cada una de ellas, más gruesa que todo el cuerpo de la extraña.

Brokk examina los alrededores para saber quién ha soplado el cuerno y halla a Garm caído de bruces en la playa erizada de pedernal. El rostro encolmillado del ogro-lobo duerme, hundidos los ojos en sus profundas y esqueléticas cuencas. La bruma arremolinada se adhiere a sus negros cuernos y a su piel de cerdas como agujas, y escarcha los intrincados pliegues de su hocico correoso.

El cuerno suena otra vez, hondo e imperioso como cuando llama el Furor. A través del cristal, Brokk mira de nuevo la boca de la caverna y ve sólo a la pálida mujer, brava bajo la caída de la nieve. *Una hechicera*, supone y tira de la palanca que abre un portal de altura humana en el muro de granito de la cueva. Sabe bien cómo tratar a semejantes intrusos.

En cuanto la mujer cruza el portal, Brokk acciona otra palanca y el suelo bajo la extraña cede. El enano espera hasta oír el satisfactorio impacto de las rocas precipitadas al pozo, como la palpitación de un trueno en los paramentos cavernosos. Entonces, con un rictus sardónico, hace amago de volver a su mesa de trabajo.

"Vengo a por la espada."

Brokk salta del susto y salta otra vez cuando ve a la pálida mujer al otro lado de la gruta. Emerge de un agujero en la pared, un humero que ventila la solera de escorias allá abajo. Serena, camina hacia él, y los obreros elfos y enanos de las forjas acolmenadas se desvanecen en las sombras temblorosas.

"He venido a por la espada Relámpago."

"¡Ésa es la espada del Furor!" Ríe oscuramente el enano para disfrazar su pánico, y posa una mano en la palanca que controla las fulgentes pilas de fundición. "¿Quién eres tú, insolente extranjera?"

"Soy Rna, reina de los Cuchillos de Sílex."

"¿Cuchillos de Sílex?" El enano la observa avanzar junto a las forjas y hacia la zona deprimida donde vierten los contenedores. "Los últimos Cuchillos de Sílex murieron en esta isla hace más de treinta mil años, Señora."

Brokk tira de la palanca que derrama las pilas de fundición y asombrosos estallidos de fuego dorado caen sobre la reina antigua disolviéndola en el resplandor. Por un instante, un ser mayor se alza en su lugar. Inmenso como un dios, colma la altura de la caverna y su cuerpo arde con los rayos de las dimensiones interiores, misterioso, con facetas en movimientos espirales y relumbrantes plasmas que el enano no ha visto nunca en un dios. Gigantescos y penetrantes, los ojos de la criatura portan en sus oscuras y envolventes honduras desnudos núcleos estelares...

El enano parpadea. Cuando vuelve a mirar, la reina blanca atraviesa incólume el velo ígneo del mineral fundido y sube los peldaños hacia su galería.

"¿Quién eres?", chilla Brokk sin intentar ya ocultar su pánico.

"Soy Rna, reina..."

Librodot

"¡No! Eres un ser más vasto." El rostro contraído de Brokk se relaja entonces, insensible ante la repentina comprensión. "Tú..." Retrocede agarrándose el delantal de cuero, sacudiendo su abovedada cabeza. Siente oxidados los ojos, las mandíbulas, y pasan instantes antes de que pueda hablar. "¡Tú eres un Señor del Fuego!"

La mujer aparta el cabello albeado por el sol de sus ojos pálidos y el enano ve en torno a ellos los surcos de la edad. A esta distancia, sus mejillas hundidas y labios ardidos parecen momificados.

"Soy Rna, reina de los Cuchillos de Sílex. He venido a por la espada Relámpago."

***

La Ciudad de las Legiones, edificada con granito negro y esquisto cuatro siglos atrás, tenía un aspecto opresivo, maligno. Diversos fogariles resplandecían en los espigados baluartes y, vista por la noche en aquel perímetro desarbolado de la tierra, la masiva fortaleza parecía un ígneo cono volcánico. Ésta fue mi primera vista de la marcial ciudad en cinco años, desde que pasé por ella en mi camino al este. Entonces como ahora, a mi retorno, la costumbre era sacar a los mendigos y otros indeseables a azotes de la ciudad y arrojarlos al yermo.

Yo había salido de allí bajo el chicote de un guardia de la ciudad en mi primera visita. Pero esta vez entré a pie —había entregado mi caballo a un granjero pobre de otra provincia que usaba a sus niños como sembradores mientras él arrastraba un arado por los campos pedregosos— y no me oculté de los guardias. Caminé directo hacia la torre principal, de negro maderamen fustigado por la edad, e, ignorando los gritos imperiosos de los centinelas, lancé un bramido que abrió allí un portal del tamaño de un hombre. Entré y puse a dormir los soldados y canes poco amistosos que me aguardaban.

Las calles nocturnas estaban vacías y nadie estorbó mi camino entre las casas de piedra exhausta, cada una de ellas con sus rejas de hierro, sus guardias nerviosos, sus perros fieros y hambrientos, protegiéndose de las viejas familias que, enclaustradas en otros palacios rocosos, concebían sus crímenes. Sólo una vez me desafió la calle, cuando al tomar un recodo tropecé con una patrulla municipal que portaba siniestras linternas y látigos alzados. Los envié aullando por las callejas empedradas y flagelándose a sí mismos.

Envalentonado por aquella victoria, escogí casas al azar y me serví de mis encantamientos para superar cualquier obstáculo e inspeccionar los edificios en busca del Gandharva de Ygrane. El milagro que fluyera directamente hacia esta ciudad se había difundido sobre todo el miserable municipio y, a pesar del fervor con que cantaba '¡Gandharva-abrasax-sabriam! ¡Iaho! ¡Iau! ¡I!', no podía yo localizar a mi hombre.

Las sorprendidas gentes que hallé en bata o camisón no ofrecían ningún parecido con el rostro de la profecía de Raglaw. Las mandé a todas a dormir y vagué por sus casas meditando en el centro sensible de mi corazón, esperando percibir de algún modo la dirección adecuada. Visité casa tras espléndida casa, pero salí vacío, aunque me cuidé muy bien de no dejar ninguna de estas *mansio* sin acceder primero a sus arcas y tomar un puñado de monedas de oro. Si mis viajes a lo largo y ancho de este mundo desventurado me habían enseñado algo, era la inutilidad del oro en los arcones y su belleza, siempre en la medida adecuada, en manos del pobre.

Tras hacerme con más de veinte puñados de monedas en otras tantas casas, empecé a sospechar que este opulento entorno no era el lugar idóneo donde buscar. Había esperado encontrar un rey en una de estas magníficas mansiones de techos

Librodot

abovedados, preciosas tapicerías, obras de marfil y oro, ancestral estatuaria y ornados mosaicos. Pero acaso el hombre que buscaba no era rey en absoluto... no todavía, o quizás no en un sentido terrenal.

Al alba, hice que un perro callejero me ayudase a enterrar mi oro y retorné a las angostas calles de balcones voladizos, a sus callejas transversales y sus muchos pasajes zigzagueantes. Metódico, exploré cada barrio de la ciudad. El mediodía me halló bajo el muro occidental, tras los barracones, en el hedor de los establos, después de una infértil búsqueda. Me senté en un bordillo, exhausto, observando los caballos sudados, rodeados de moscas, piafar en un corral desvencijado bajo un arco de tosca madera en herradura, cuyo cartel rezaba con letras escarabajeadas al fuego:

CABALLERIZAS
Hermanos Aurelianus

Sobre el primitivo letrero, una grímpola con la imagen de un dragón se rizó en la sofocante brisa del mediodía. Y entonces fue cuando lo vi.

Más alto y mayor que en mi visión, tenía el mismo cabello sable, aunque más fino, y los mismos ojos de impresionante azafrán, aunque menos gentiles y con el sesgo principesco de un arquero, calculador, malicioso casi. Parecía más viejo, me figuré, porque me había llevado años encontrarlo. Y, tal como había llegado a suponer al final, no era rey. Portaba los calzones de cuero y las muñequeras de un caballerizo, un látigo que colgaba de su cinturón y sus hombros brillaban con el esfuerzo de manejar los musculosos, briosos caballos de guerra que los hombres de los barracones habían puesto a su cargo.

Aturdido ante la idea de haberlo encontrado, permanecí sentado donde estaba y lo observé. Su espalda de trabajador estaba empedrada de músculos, pero él se movía con un porte regio, incluso cuando patullaba los excrementos de los caballos. A los animales les gustaba. No me cabía duda de ello por el modo en que se suavizaban cuando él les ponía la mano encima; y él era sensible a sus necesidades, sabía de inmediato qué bestias debían beber, cuáles tomar forraje y cuáles necesitaban cansar su fuerza nerviosa en el picadero detrás de los almiares. En cuanto los soldados ataban sus corceles a los postes de las caballerizas delante del abrevadero, él se apresuraba a atenderlos, les quitaba las sillas, les hablaba y, tras un rápido cepillado, se los llevaba a las cuadras antes de que bebieran demasiado.

Orgulloso, me acerqué a él para informarle de su destino. "Señor..."

"Vuela de aquí, pedo viejo", ladró sin molestarse en mirarme directamente, mientras portaba a la vez dos sillas al vecino taller de curtir.

"Señor... traigo alegres nuevas..."

Dejó caer las sillas, se arrancó el zurriago del cinturón y me golpeó con él. "¡He dicho vuela!"

Retrocedí tambaleándome, tan asombrado por su violencia que tropecé en la calle y caí de espaldas en el estiércol.

"No quiero ninguna *alegre nueva* de la vida después de la muerte, no quiero *buenas nuevas* de salvación, ni chácharas evangélicas sobre el amor de Jesús o la victoria de Mitra por mi alma. ¿Me has oído, viejo?"

"Espera", le imploré mientras me volvía la espalda. "No entiendes." En mi ansiedad por alcanzarlo, resbalé en la boñiga y caí de bruces, golpeándome la frente con un bordillo. A la luz del sol, las estrellas titilaron en las heces y la fuerza para incorporarme huyó de mis miembros. Tanto mejor, pensé, sin desear ya levantarme por este

Librodot

Gandharva que amaba más a las bestias que a los hombres.

"Déjame darte la mano, abuelo", dijo otra voz a mi lado —una voz más gentil— en la misma jerga latina que empleaba el caballerizo mayor. Fuertes manos me tomaron por las axilas y me alzaron de aquel albañal. "Ambrosius no tiene espacio en su corazón para la fe", añadió en el arcaico latín de Britania, esforzándose en mostrar respeto por un anciano británico. "Desde la muerte de nuestro padre, sólo desprecio por los caminos de Dios colma el corazón de mi hermano. ¿Puedes perdonarlo?"

La esperanza trepidó en mí y me torné decidido hacia él. El joven que había venido en mi ayuda tenía precisamente el rostro de mi visión. Incluso portaba alrededor del cuello la cruz de jade. El milagro palpitó como pulso de sangre. "¡Tú!", exhalé casi mudo de miedo.

"¡Theo!", gritó Ambrosius. "Apártate de él. No quiero saber nada de zelotes que vengan a robarnos con esa apariencia de corderos."

"No le hagas caso, abuelo", dijo Theo con tranquila confianza mientras sacudía los parches de estiércol adheridos a mi ropa. "Si tienes hambre, puedo conseguirte comida, y te mostraré un lugar donde dormir sin que las patrullas te molesten."

Moví mi bastón delante de él sólo para asegurarme de que fuera mortal. Y lo era. "¿Por qué haces esto por mí?"

Una calma sonrisa tocó su joven faz y puso la mano en la cruz atada con una correa alrededor del cuello. "La única razón es que soy cristiano. ¿Cuál es tu fe, abuelo?"

"¿No me has oído?", llamó Ambrosius y apartó de mí a su hermano tirándole del dorso de la túnica. "Acaba ya con la cháchara religiosa. La fe nutre las almas, no los cuerpos. Vuelve al trabajo, Theo. Y tú, anciano, sigue a tu sombra ahora o..."

"Ambrosius", protestó Theo poniéndose entre su agresivo hermano y yo. "Ten caridad, por Dios. No seas tan duro con este extranjero. Vamos a darle aunque sea un trozo de pan para el camino."

La impaciencia de Ambrosius vaciló ante la apasionada mirada del más joven y retrocedió agitando un dedo. "Dale algo, de acuerdo, hermanito. Pero alimenta a este pedigüeño y a todo el resto de los pedigüeños con lo que es tuyo. Quiero lo mío esta misma noche."

"Vamos", me dijo Theo retornando al latín arcaico. Me puso un amistoso brazo sobre los hombros y se me llevó de la presencia exasperada de su hermano. "La poca comida que haya que pueda considerar mía es tuya. Todo el dinero que hacemos tenemos que dárselo a nuestros inversores, que fueron lo bastante bondadosos como para ponernos al frente de estos establos. Sólo llevamos aquí unas pocas semanas, así que poco hemos podido ahorrar todavía. No tengo ni un óbolo que darte..."

"¿De dónde sois tu hermano y tú?", inquirí.

"Armórica", respondió guiándome a través de los establos hasta una ruda casucha, leprosa de agujeros que habían sido cegados con paja prensada. "Un reino costero de Bretaña, la Pequeña Bretaña adonde huyeron todas las familias romanas de esta isla que pudieron permitírselo."

"Ah, eso explica el acento libre y natural", dije deslizándome al latín moderno. "Todo el mundo habla en esta roca como si fueran centenarios."

Su risa espontánea y el fraternal apretón de su brazo en mis hombros huesudos me hizo sentir como si fuéramos viejos conocidos. "Eres un bribón sorprendente, anciano", soltó.

"¿Por qué habéis venido aquí de Bretaña?", pregunté. "La mayoría va en el otro sentido."

"Es una historia que se cuenta mejor al viejo estilo." Deteniéndose en una parcela

Librodot

llena de hierbajos delante de su destartalada choza y adoptando la actitud de un orador de antiguo cuño, habló fluidamente en latín arcaico. "Nací en Armórica hace veintitrés inviernos. Pero mi hermano, una década mayor que yo, aún recuerda el tiempo en que nuestra familia vivía en un palacio de Londinium. Nuestro padre portaba la púrpura de senador colonial, pero un rival lo envenenó. Mi hermano y mi madre, que me llevaba a mí en el vientre, huyeron a las Galias, a Armórica, y ella nos hizo jurar venganza antes de morir este último invierno." Dejó escapar una pequeña, incómoda risa. "Un juramento muy poco cristiano, por cierto, pero estaba amargada. Es comprensible."

Abrió la puerta de tablas y reveló un interior humilde, rancio: suelo sucio de tierra prensada, un desvencijado arcón que hacía las veces de mesa y barriles rotos por sillas. "Hay pan y vino en la despensa... esa caja del rincón. Sírvete tú mismo, abuelo. Sólo asegúrate de poner la caja en su sitio cuando acabes. Preserva de los ratones."

"¿No te sientas conmigo?"

"No puedo." Se encogió de hombros con un gesto descorazonado. "Mi hermano quiere que engrase y bruña las sillas mientras él se ocupa de los caballos. Como hay buena luna esta noche nos quedaremos remendando el cuero estropeado hasta que se ponga y no volveremos hasta tarde. No esperes por nosotros. Puedes dormir en cualquier almiar libre que encuentres. Ambrosius no te molestará más... yo me encargo de eso. Quizás al amanecer tengamos oportunidad de hablar. Aún no me has dicho cuál es tu fe."

Y con esto partió de vuelta a su banco en la curtiduría y yo me quedé envuelto en un silencio blanco y milagroso, como en el vientre de una nube, respondido al fin el canto de mi Gandharva. Había una música en aquel silencio, no diversa de la música callada que sentí junto a Óptima aquel primer año mío en la carne. Era como la estela que deja el cantor cuando ha acabado ya y la reverencia de la canción penetra en nosotros, en ese reducto donde todas las canciones comienzan.

"¿Le diste, pues, la espada Relámpago?" El Furor no puede mantenerse de pie bajo el peso de este absurdo y se sienta en la playa de piedra, con las botas metidas en el mar turbio de hielo. La espada Relámpago es la primera arma que Brokk concibió para el dios, durante la guerra contra los Antiguos. La hizo proporcionada a una mano humana, porque en aquellos tempranos y fugitivos días el Furor no podía asumir sin riesgos una estatura más grande.

Forjada con un acero de filo diamantino, la espada Relámpago lleva impreso un sutil circuito de oro diseñado para destrozar la carne ondamórfica de los dioses tan salvajemente como desgarra cuerpos humanos.

"¡Gran Señor! ¡Señor magnánimo ¡"Brokk mismo no puede creer que haya traicionado a su hacedor. "¡Mátame! ¡No puedo soportar seguir vivo!"

"¡Silencio!" El Furor sacude la cabeza, prietos los dientes. Su ojo, tenso, observa las derrotas azules de los icebergs en el horizonte, como si buscase algo entre ellos. "Cálmate, enano. Te necesito sereno."

"¡Sí, Señor! ¡Calma! ¡Estoy sereno!" Se humilla Brokk en la depresión del hielo. "¿Cuáles son tus órdenes?"

"Te ordeno volver al trabajo", murmura el jefe de los dioses.

Brokk alza su cabeza sobre los lamidos de las olas para estar seguro de que ha oído bien. "¿Volver al trabajo?"

"Sí." El Furor se levanta y se gira poco a poco para contemplar la pequeña isla inhóspita. Aquí, un Señor del Fuego ha caminado. Examina la grava donde hubo de alzarse y no ve nada inusual.

"Mi Señor..." El enano se arrastra por los crueles guijarros a los pies del dios. "No puedo volver al trabajo. ¡Debo ser destruido! He puesto tu vida bajo grave amenaza."

"No, no", murmura el Furor, ocupado en tocar el cuerno de llamada que el Señor del Fuego sopló. "Eres demasiado valioso, Brokk."

"Pero te he traicionado, oh Señor mío, mi Hacedor." Molesto por estas nimias distracciones mientras busca claves de la presencia del ángel, el Furor se dirige ceñudo a su enano.

"Escucha, Brokk. No eres responsable de lo ocurrido."

"Pero yo se la di. La tomé del arsenal y se la di a ella."

"¿Cómo podías desobedecer a un Señor del Fuego? Es un ser más grande que tú o que yo mismo."

"¿Era uno de esos, realmente?"

"Estoy seguro, Brokk. Ahora, si dejas de fustigarte y vuelves en ti, podrás servirme mejor. Al trabajo contigo otra vez."

Con una sonrisa densa bajo un ceño de lastimoso alivio y gratitud, Brokk deja a su dios y desaparece entre dunas de grava.

El Furor camina hasta el mar, acariciándose la barba. Ha oído historias de los Señores del Fuego desde que era un diosecillo. Las Tribus del Sur Radiante tienen, contacto regular con ellos y desde hace años ya parecen íntimos. Aborrece la forma en que eso las ha cambiado: arredilando tribus enteras en ciudades muradas, enjaulando gente en cajas con números, aprisionando una raza entera en cuadrículas entre carreteras, mientras se recorta el campo abierto con valladares.

Ahora, los portadores de esta locura han venido al norte... y han robado la espada más letal que ningún humano haya blandido nunca. Sabe que no puede permitirles seguir adelante con esto. Debe perseguirlos y recuperar a Relámpago, o acabará no siendo él mismo más que una presa en la Caza Salvaje.

Me senté ante los ladrillos de arcilla cocida del minúsculo hogar y me sumí en el olor a estiércol de caballo torrefacto y polen caliente, mientras las abejas pecoreaban en el perejil y la gataria del exterior, zumbando como mis propios ajetreados pensamientos. ¿Qué le diría a Theo de Ygrane? ¿Debía usar la magia para animarlo a venir conmigo al encuentro de la reina celta? ¿Qué había que hacer con su hermano? Hice planes y contraplanes arrullado por el abejoneo de los insectos hasta que me venció la somnolencia y me dormí.

Ygrane estaba desnuda ante mi mirada en un prado ígneo de eclosiones estivales —escarlatas amapolas, espuelas de caballero, bolsas de pastor, dedalera, cardo púrpura, botón de oro, pálido escaramujo, nueza, azulinas, bocas de dragón amarillas, cremosas madreselvas— y su pelo rojo como la nuez moscada flotaba suelto en un halo como el de una ahogada. Mariposas volaban por todas partes, espíritus elementales en los remolinos del viento con alas-pétalo de óxido, azufre, sal, cobre y humo.

"Contempla el gozo que has hecho de mí, Myrddin", susurró, muy próxima y como si la oyese desde dentro. Su hermosura animal resplandecía como bruñida por el sol, cubierta de oro, blandos los miembros pero trenzados de músculos, el rosa de un pétalo de magnolia culminando sus pechos y el penacho de su sexo como una hoja de otoño.

"Voy a llevarte el Gandharva", le juré, rezumante mi cabeza de claridad.

"Sé paciente", me impuso. "¿Merece una reina algo menos que un rey?"

"Desde luego..." Me golpeé la frente recordando la directiva de Raglaw: "Encuentra al *rey*..." Cuando la palma de mi mano azotó mi frente, la visión se deshizo

Librodot

en una explosión de mariposas, que me dejó tumbado boca arriba en el suelo terroso de la choza. El ocaso estaba en el umbral vestido de púrpura y supe de inmediato lo que había que hacer.

Volví al distrito rico de la ciudad, me aproximé por la vereda del jardín a la fachada trasera de la mansión donde había ocultado mi oro y entré por el portal de servicio. Con mi magia, hice que el cocinero me preparase una cesta con hogazas de pan caliente, ampollas del mejor vino de la casa, aceite de oliva, miel, huevos de pato bien protegidos en un nido de paja, una bolsa de nueces y otra de lechuga, espárragos, guisantes y coliflor fresca; por supuesto, *garum* y, encima de todo, un pollo asado guarnecido de higos y envuelto en anillos de salchicha.

El cocinero y yo disfrutamos de una pequeña degustación de estos deliciosos manjares mientras él preparaba la cesta. El hombre me habló de la tristeza que colmaba la ausencia de su difunta esposa, de la alegría que le proporcionaban sus dos hijas, feúchas pero de buen corazón, y de las esperanzas de casarlas bien algún día. Persona sincera y afectuosa, me recordó a otras muchas buenas almas, gente esforzada en su trabajo, elevada en sus sueños, que había encontrado yo en mis muchos y enredados viajes. Le dejé varios puñados de monedas de mi tesoro, que otro perro callejero me ayudó a desenterrar. Le dije con toda sinceridad que era dinero de mago y que sólo le causaría dolor, si le hablaba a alguien de él. Debía guardarlo en secreto y emplearlo sólo para el bien de los demás. Luego, lo puse a dormir.

Cuando salía, cogí un bol de peras y pastas que coloqué en precario equilibrio encima de la cesta pesadamente cargada y extraje fuerzas de mi segunda puerta corporal para llevar tanta abundancia a través de la ciudad hasta la casucha de los dos hermanos. Mi canto severo expulsó a todos los ratones de la choza, dejé la comida y el saco de oro sobre el engendro de mesa y me retiré a un solitario pajar en los establos.

Aquella noche disfruté del sueño más reposado de los cinco años de mi búsqueda. Desperté plenamente refrescado, con la aurora devanando su lana verde sobre mí y los dos hermanos sentados en la paja, mirándome con lobuna intensidad.

"¿Quién eres?", exigió Ambrosius.

Me senté y me quité de la barba el heno. "Mi nombre es Merlinus. Soy un erudito itinerante del sur. He recorrido la ancha tierra toda mi larga vida, adquiriendo conocimiento."

La fija mirada de Theo se iluminó. "¿Un erudito? ¿Has estado en Roma, entonces?"

"Oh, sí. He estado en Roma. Y Atenas, Alejandría, Antioquía, Bagdad..."

"¿Y ese dinero? ¿Y esos manjares?", quiso saber Ambrosius. ";De dónde los sacaste?"

"Reuní el dinero en mis viajes. No tengo ninguna necesidad personal de ese oro. Por la amabilidad que me habéis mostrado, podéis quedároslo; al fin y al cabo, vuestras necesidades son mayores que las mías."

Ambrosius torció astutamente su hermosa cabeza. "¿Qué es lo que quieres, Merlinus? ¿Qué te traes entre manos?"

"Sólo quiero esto: un hogar. Soy demasiado viejo ya para seguir vagabundeando. Busco un hogar donde pasar mis últimos días, despojándome del conocimiento que haya podido adquirir para morirme con la seguridad de que lo que he aprendido será recordado."

"¿Por qué nosotros?", presionó Ambrosius llevándose el pulgar al hoyuelo del mentón. "A esta ciudad no le faltan casas mucho más hermosas que este maloliente agujero."

"¿Qué comodidades podría comprarme mi pequeña bolsa de monedas en una casa

Librodot

rica?", pregunté. "Esas prósperas familias se reirían de mi insignificante ofrenda. A vosotros, sin embargo, ese dinero os basta para pagar la deuda a vuestros inversores y poseer estos establos con pleno derecho. En cuanto a mí, si me aceptáis, con mis pocos medios me habré hecho sitio en una familia de noble linaje."

Ambrosius frunció hoscamente el ceño. "¿Qué sabes de nuestro linaje, anciano?"

"Yo se lo conté, Ambrosius", intervino Theo. "Le hablé de padre."

"Hombres de tan noble linaje llevan consigo el sello de la grandeza", le dije al desdichado hombre ante mí. "Tal es vuestra sangre. Yo podría, con mi vasta experiencia en los caminos del mundo, ser de utilidad para vosotros. Quizás las habilidades que Dios me ha dado puedan asistiros en vuestro ascenso a la posición que os corresponde."

"¡Basura!", cortó Ambrosius con un tono temible de rabia renovada. "El servicio que yo quiero me lo dará la espada. El único conocimiento que busco es la venganza. Y la asistencia que requiero es el poder... no el cacareo de un viejo bobo como tú."

"El conocimiento es poder, hermano", intercedió Theo y, aunque recibió una mirada rápida, oscura del mayor, prosiguió: "Que se quede. ¿Qué falso orgullo nos haría rechazarlo? Somos los últimos del clan Aurelianus. No creo que estemos en posición de despreciar la ayuda de nadie, si es sincera."

"No necesito más ayuda que la de Dios", aseveró Ambrosius, hinchadas de ira las aletas de la nariz, "y ésa la tengo, porque mi causa es justa."

"Por eso nos ha enviado Dios a Merlinus", continuó Theo en tono conciliador. "En fin, Ambro, date cuenta: ya nos ha alimentado y pagado nuestras deudas. ¿Qué mayor bendición podrías esperar en estos momentos?"

"Sí, ha pagado nuestras deudas... y nos ha cargado con la deuda de su fastidiosa vejez." Sacudió tristemente la cabeza. "Cuando el dinero se haya acabado y dentro de un año, dos, tres, sigamos limpiando estiércol, y el suyo también, nos arrepentiremos de esto."

"Hermano, te lo prometo ante nuestro Salvador, yo mismo me ocuparé de Merlinus y nunca será un problema para ti."

Ambrosius se puso en pie. "Está en tus manos entonces, Theodosius. A ti te he hecho un lugar en mi corazón porque eres mi hermano. Pero no tengo sitio para nadie más, no importa lo amable y generoso que sea. El dolor de madre y de padre llena todo mi corazón y eso no deja espacio para nada más, para nadie más."

Dicho esto, partió de allí sin volver a poner los ojos en mí.

Theodosius lo siguió con una mirada desamparada. "Está maldito, Merlinus", dijo el joven. "La fe de nuestros padres no cuenta: no puede admitir el amor o la paz en su vida. Siente sólo pérdida... y amargura."

"El precio de la venganza es un corazón vacío." Observé cuidadosamente las facciones morenas de Theo, estudiando en ellas su carácter y sus carencias. Sus líneas distinguidas, lindas casi, mostraban un tinte bárbaro en la anchura de su quijada y lo macizo de su frente y sus pómulos, pero el efecto quedaba suavizado por sus finas cejas negras, sus largas pestañas y aquellos peculiares ojos dorados. "¿Y esa ira...? ¿Cómo es que no te ha vaciado a ti también de todo amor y cariño?"

"No vi a padre envenenado, como Ambrosius", repuso con prontitud, fijando la vista en sus manos encallecidas. "Él tenía sólo diez cuando ocurrió y ni siquiera se dio cuenta, en aquel momento, de lo que había presenciado. Padre estaba con un amigo, otro senador, en el jardín de nuestra casa de Londinium. Ambrosius vio al hombre servir el vino y añadir un terrón a la copa de mi padre. Ambrosius pensó que era un dulce, como los que padre acostumbraba a poner en el vino de su hijo." Volvió de lado la cabeza y dejó escapar un triste suspiro. Durante unos instantes calló. Arrobado por la historia de dolor que marcaba a su familia, fijaba la vista, a través de una brecha en el almiar, en el

Librodot

lucero del alba, que brillaba como un charco helado y distante entre las nubes sobre las murallas de la ciudad.

Luego, continuó: "Pasaron los años antes de que mi hermano acabase por comprender que aquel terrón era en realidad veneno. Nuestro fuerte y orgulloso padre quedó reducido a un cadáver ante los ojos de su hijo. Oírle describir aquella muerte con sus convulsiones violentas y sus sangrientos vómitos es comprender la angustia de mi hermano y su odio eterno hacia Balbus Gaius Cocceius."

"¿El envenenador?"

"Sí." Me miró con una sombra del dolor de su hermano surcándole la frente. "Por emisarios de Londinium sabemos que las ambiciones de Balbus se han visto sanguinariamente satisfechas. Con el cadáver de nuestro padre y otros como él como peldaños, ha asumido la dignidad de Alto Rey de los britones. Hemos oído que incluso los bárbaros le rinden honor. Quizás en tus viajes hayas oído hablar de él, proclamado por el título salvaje que tan grotescamente porta con orgullo: Vortigern."

"Sé de Vortigern", le confirmé, grave el rostro. En la distancia, como con paso de augurio, la campana de la iglesia tosió. "Sé que ha traído un gran mal a nuestro país, que está importando fieras tribus paganas y pagándoles grandes cantidades de oro para que luchen contra los hombres del norte. Aún no se ha dado cuenta de que sus nuevos aliados, sus mercenarios, son el verdadero enemigo que amenaza Britania."

"Es un asesino y un astuto hijo de perra", dijo Theo desesperado. "Y es a causa de ello, Merlinus, que temo por mi hermano. Quiero decir que... ;qué oportunidad puede tener un caballerizo contra una criatura lo bastante brutal como para hacer de sí misma un Alto Rey de britones? Créeme, he tratado de ablandar el corazón de mi hermano, de ganarlo para los caminos de nuestro Salvador. En Jesús está la salvación, no la venganza. Sólo muerte hay en la venganza. Tú eres un sabio, Merlinus. Dime, ¿qué puedo hacer para salvar a mi hermano?"

Solté un largo y pensativo suspiro. "Theo, has sido gentil conmigo y no quiero mentirte; así que quizás deba romperte el corazón. Créeme cuando te digo... porque te hablo desde la experiencia de una larga vida, más larga de lo que puedes siquiera imaginar..." Inspiré y me dispuse a decirle la verdad: "Nadie se salva. No de la enfermedad de este mundo."

"Pero Jesús..."

"Ni tan sólo Jesús se salvó, ¿no es así?"

"Se levantó de entre los muertos..."

"Sí. Has dicho la inmutable verdad. *De los muerto*." Abrí mis largas manos ante él, desvalido. "Nadie se salva."

Los ojos dorados de Theo se agrandaron y miraron asustados. "¿Estás diciendo que mi hermano está condenado?"

"Digo que todos estamos condenados. No debes empeñarte en salvar a tu hermano. Es a ti mismo a quien debes salvar, Theo."

"¿Qué quieres decir?" Cólera arreboló sus mejillas. "Yo estoy salvado. Soy cristiano. No he de morir."

"En este mundo, sí."

Otra erupción de cólera le oscureció el rostro, pero asfixió las palabras que querían brotar de él... y le admiré por ello. Bien sabía yo que estaba pisoteando sus más queridos ideales. Un hombre de menor valía habría dado rienda suelta a su justo furor. En cambio, él, paciente, preguntó: "Tú no eres cristiano, ¿verdad?"

Agité negativamente la cabeza.

"¿Cuál es tu fe entonces, Merlinus?"

Le respondí con sinceridad: "Es mi fe que todos somos muy mortales. Es mi fe

Librodot

también que existe en la vida un bien imperecedero y que todo el horror de la crueldad humana no puede destruirlo. Ni puede empequeñecerlo la muerte. Vida... éste es el fin de la vida. La muerte y todo lo que hay más allá de la muerte le pertenece absolutamente a Dios."

"¿Crees en Dios, entonces?"

"Desde luego. En mis viajes..." Dije casi 'La he encontrado', pero me interrumpí a tiempo. "En mis viajes, he encontrado a Dios bajo muchas apariencias." Le ofrecí una sonrisa benigna. "Tales como la del hombre gentil que me levantó ayer del albañal."

Theo disimuló su turbación apartándose del rostro un largo mechón de su cabello y poniéndose en pie. "Merlinus, tú sabes que lo que hice ayer por ti fue sin pensar en ninguna recompensa. Tu generosidad de hoy para con nosotros es mucho más de lo que merecemos. Ya sabes eso."

"¿Lo sé?", inquirí.

"Un hombre de tus luces debería saberlo", insistió. "Con el dinero que nos has dado, mi hermano ha avanzado no poco en su propósito de vengarse de Vortigern. ¿Merecemos eso, te pregunto yo?"

Bajé la cabeza y hablé suavemente: "Los más pequeños de nosotros, que se creen los más grandes, se revuelven contra nuestra frágil mortalidad con violencia e intrigas. Eso sólo les precipita de un modo más rápido hacia ese periodo fatal en el que habrán de caer al foso que la naturaleza les tiene dispuesto. Y esto es tan inevitable para Vortigern como para tu hermano."

"Y para nosotros también", me recordó sabiamente el joven.

"No hay otro camino", asentí y pensé en mi maestro, Bleys, y en la misteriosa alquimia que le había dado el poder de alcanzar, más allá de la muerte, lo inefable. "Y, sin embargo... la verdad del mundo se erige sobre el misterio. Encontré a un hombre una vez... un hombre de las extrañas tierras del este lejano, que había logrado la peculiar habilidad de separar su vista del objeto visto. Aseguraba haber preparado un elixir de inmortalidad y, a mis ojos, parecía en efecto inmutable ante el sufrimiento y la necesidad. El único deseo que alimentaba todavía era capturar a un unicornio y cabalgar con él al cielo."

"¿Todavía de cháchara?", llamó Ambrosius desde el altillo al que había subido para arrojar forraje a los caballos. "El día pasa mientras vosotros dos echáis la lengua a pacer... y ahora hay otra boca que alimentar. Ve al taller, Theo, y arregla esas dos sillas. Los soldados estarán aquí dentro de una hora."

Theo me ofreció la mano para levantarme; la tomé, me puse en pie y lo atraje con firmeza hacia mí. "Gracias por darme un hogar... y una mente digna de mis enseñanzas."

"Tienes asegurado ese hogar, Merlinus. En cuanto a lo digno de mi mente..." Miró penetrante en el vaporoso cristal de mis ojos. "Debo advertírtelo desde ahora: tu oro no puede comprar mi mente. Voy cada día a la iglesia, al mediodía, donde estudio para sacerdote. Si te quedas con nosotros, puedes apostar que haré todo lo que esté en mi mano a fin de ganarte para nuestro Salvador. Si eso te ofende, por favor, toma tu oro y vete ahora mismo."

Le estreché la mano con genuino afecto y le prometí: "Nada hecho con amor puede ofenderme."

Theo sonrió abiertamente, blancos y uniformes sus dientes como la verdad; me dio una palmada gentil en el hombro y se fue a su trabajo en la curtiduría, alegre el corazón con el orgullo inocente que aporta la fe.

Librodot

Un tenue olor a aceite quemado de las lámparas del altar subyace al perfumado resplandor del incienso. Éste es el lugar favorito de Theo en la ciudad porque le recuerda a su casa. En Armórica, vivía prácticamente en la iglesia. La paz de la santidad lo seduce y ha sido para él una fuente de ánimo desde que era un niño.

Al contemplar la grandiosa arquitectura de mármol con sus elevadas pilastras y altas ventanas llenas de polvorosa luz diurna, se siente arredilado en una santa presencia. Sátiros y ninfas corren por los entablamentos, relieves romanos del tiempo en que estas condenadas estancias quemaban ofrendas al Cielo Radiante, el rey del cielo, el señor de los dioses. Ahora ofrecen incineradas fragancias al Dios Inefable y a su hijo crucificado.

Jesús, en el clímax cruel de su sufrimiento, pende en la cruz sobre el altar, labrado en la madera con tremendo detalle. Theo se arrodilla en una capilla a la vista de aquél, pero velado en sombras. El acólito de cabello negro-cuervo es un hombre interior, tan privado en su culto como en sus pensamientos.

Da las gracias a Dios por enviar a Merlinus y le pide la fuerza y la gracia necesarias para entender las enseñanzas del anciano a la luz del sacrificio de Jesús. Su fe, cree él, es su fuerza. Todo conocimiento es alimento y debe nutrir esa fuerza. Su lema es desde hace mucho, un verso del poeta Lucrecio: *Flammantia moenia mundi*, los flamígeros muros del mundo... las murallas de fuego que separan del caos la creación. Las llamas de esos muros deben alimentarse sin cesar.

Hasta la llegada de Merlinus, la aventura en esta isla le parecía a Theo el clímax desesperado de una existencia melancólica. Madre nunca le permitió a Ambrosius olvidar la muerte innoble de su padre y, hasta el día de su muerte, le imploró vengar a la familia Aurelianus. Venir de Armórica fue más una huida de su espectro y sus incesantes admoniciones que una empresa factible.

Theo habría preferido ir al sur, al Mediterráneo, al famoso monasterio de Lérins, donde los más lúcidos eruditos eclesiásticos se retiran a menudo para oír a Dios. Pero la historia de la familia ha arrojado a Ambrosius al camino del dolor y Theo no podía abandonarlo.

Satán no lo habría permitido, de todos modos. Desde su más temprana memoria, Satán lo visita en sueños y lo tortura con furiosas visiones de campos de batalla. Ambrosius dice que no se trata de Satán, sino de un dragón que toma forma de hombre para cuidar de Theo. Es, por lo visto, un dragón ancestral, cuya memoria conserva la familia en el estandarte del Draco.

Pero Theo sabe que el hombre de piel alagartada y ojos amarillos que se le aparece en sus pesadillas es Satán. Ha llegado a Theo a través de los muros del mundo, y huele a fuego. Sólo las plegarias lo mantienen a raya. Ferviente, Theo pide que Ambrosius haga la paz consigo mismo y con la muerte de su padre, sin derramar sangre, sin dar satisfacción al señor de las serpientes.

Una voz honda y gentil lo llama por su nombre sacándolo de su plegaria apasionada. La enjuta figura del presbítero Potitus emerge de un receso oscuro donde las llamas votivas parpadean como mariposas nocturnas bajo un pálido icono de la Virgen.

Hijo de un decurión, un senador en la corte cristiana de Rávena, Potitus ha venido a esta apartada iglesia de frontera para escapar de las intrigas políticas de su familia. La situación de Theo con su hermano le inspira mucha simpatía y trata de ayudar distrayéndolo con debates teológicos. Cada día, durante la comida del presbítero, se reúnen y discuten los méritos de la confesión pública y privada, los desafíos del celibato y si éste debería ser obligatorio, y la posible preexistencia del alma con respecto al cuerpo.

Librodot

Potitus cree que la gracia de Dios preordina todos los acontecimientos espirituales, incluida la salvación, y es así un firme oponente de esos britones que tanto estiman la necesidad de la libre voluntad. "A menos que el Señor construya la casa, construyen en vano", le gusta citar del Antiguo Testamento.

Theo cree que ejerce su libre voluntad al no hablarle a su tutor del misterioso anciano que Dios les ha enviado para saldar la deuda de las caballerizas. Hay algo poco pío en el dinero, especialmente en el dinero repentino; milagrosa como parece, la llegada de Merlinus le resulta sombría a Theo. No sólo aproxima su hermano a la realización de su pecaminosa venganza, sino que azuza a Theo con la primera tentación, la más primaria seducción para un ser humano, aquella cuyo coste fue el Edén. Muy por encima, muy distinto y mucho más poderoso en sus consecuencias que la animal urgencia de la fornicación es el lazo erótico del conocimiento.

Theo quiere absorber de Merlinus todo su conocimiento, todo dato de las filosofías y ciencias que haya cosechado en sus viajes extensos. De algún modo, él tratará de adaptarlo todo a su fe, de nutrir con este combustible intelectual las vulcanias murallas del amor de Dios que, protectoras, circundan su mundo. Pero lo anhela con un ansia igual a la de Eva por la manzana.

Así, no le habla a Potitus del anciano porque teme la desaprobación del presbítero, teme que le obligue a despachar a ese gitano demoniaco. Guarda a Merlinus en secreto y ello, a su vez, lo perturba porque el único secreto que el acólito ha tenido nunca con su tutor es el del hombre-lagarto de sus pesadillas.

Pero por ahora, ambos secretos se unen en la mente de Theo. Ambos moran más allá de los ígneos muros del mundo, en el caos del que no puede hablar... no al presbítero. La sociedad de la iglesia, a la que aspira, obedece a la autoridad diocesana. Para él la iglesia es el padre que nunca tuvo, y le costaría mucho desobedecerla. Y sin embargo, la necesidad de conocer lo que el anciano peregrino conoce arde en él como pasión.

Algo sabe Theo de la pasión. No es virgen. Una década atrás, precoz en su adolescencia, fornicaba con febril abandono gozando de las ávidas sirvientas de las *mansios* armoricanas. Como su hermano y él carecían de propiedades —vivían en la casa de su tío materno Calpurnius, pobremente tolerados— marchaban libres de aquí para allá, visitaban a parientes lejanos, a menudo vagabundeaban entre las granjas de la villa, trabajando cuando era necesario y amando con generosidad.

Ninguna pasión, sin embargo, sació nunca a Ambrosius su hambre de venganza ni a Theo su inextinguible curiosidad. Por eso están ahora en esta remota isla fronteriza, en este bastión lejano del imperio, uno de ellos maquinando venganza y guardando secretos el otro de un venerable ministro de la iglesia.

Theo sacude la cabeza con arrepentida incredulidad ante los poderes de la seducción. El gran dolor de la tentación, se recuerda a sí mismo, es que no existe la tentación a menos que uno sea su cómplice.

A través del verde rapto del verano y la dulzura melancólica del otoño, mis días con los hermanos Aurelianus presentaron una rutina invariable. Al amanecer, yo preparaba el desayuno con los restos de la cena anterior, luego ayudaba a Theo a disponer las monturas para los jinetes de aquel día mientras Ambrosius se ocupaba de los caballos. Una vez las patrullas montadas habían salido por debajo del arco, Ambrosius pasaba el resto de la mañana como siempre lo hacía: practicaba maniobras militares sobre su propio corcel armado con todos sus arreos bélicos, saltaba arriba y abajo del bruto, golpeaba a hombres de madera a pie o a otros montados en altos

Librodot

caballetes y blandía una espada sobrecargada de peso con ambos brazos para fortalecer sus golpes. La armadura, la espada y las maniobras eran las de su padre, todo lo que quedaba de su noble legado.

Una mañana, Ambrosius insistió en que su hermano practicase el arco a caballo con él y, a pesar de sus protestas de que era un acólito, Theo acabó obedeciendo por un sentido de honor familiar. El clan Aurelianus podía trazar su ecuestre linaje directamente hasta la primera unidad de caballería que sirvió en Britania: los fieros jinetes Sármatas de la frontera del Danubio, asignados cuatro siglos atrás por Agrícola a la engreída Legio XX Valeria Victrix. Ambrosius no podía estar más orgulloso de la destreza de sus antepasados en la silla y con el largo arco persa y, meticuloso, preservaba todas las habilidades que adquiriera de joven instruido por los maestrantes y arqueros de su abuelo.

Theo gustaba sin duda de cabalgar pero mucho menos de portar aquellas armas masivas, lo que provocaba la tonante frustración de su hermano. En cuanto las maldiciones de Ambrosius se volvían obscenas, Theo daba por acabada su sesión de entrenamiento, abandonaba el picadero precipitado y aventaba su ánimo herido paleando estiércol conmigo por un rato y, luego, sumergiéndose en nuestros estudios. Yo le instruía en griego, ya que él era experto en los clásicos latinos, y competíamos en largos y elucubrantes discursos neoplatónicos, con los que yo evaluaba su ánimo espiritual desafiando todo lo que había aprendido de los sacerdotes.

Mis enseñanzas, al igual que mi trabajo con el estiércol, mis compras diarias en el mercado, la cocina y costura, de las que me encargaba, no eran sino un disfraz de mi verdadero propósito. Al mediodía, cuando Theo estudiaba el dogma de la iglesia con el presbítero Potitus, yo iba al mercado para avituallar la cena. Como los hermanos poseían ahora las caballerizas, había dinero para comida y ropa, y no necesitaba usar mi magia para las cosas básicas de la vida. En lugar de ello, tenía un ávido ojo puesto en las mujeres de las autoridades ciudadanas y los comandantes del ejército que, en literas portadas por un par de mulas, atravesaban el mercado camino de los baños. Dejaban a sus sirvientes haciendo allí las compras y la litera pasaba a recogerlos varias horas después. Entre tanto, yo me servía de mis estratagemas para que aquellos siervos me diesen a conocer todo lo que ellos sabían de sus casas.

Durante la cena, compartía con los hermanos las cosas de las que me había enterado en la plaza, como si sólo hubiese oído rumores a medias. De esta forma, los ponía al tanto de las eminencias de otras *coloniae* a las que se esperaba ver desfilar por la Ciudad de las Legiones. Montados con toda parafernalia bajo la grímpola familiar del dragón, los hermanos Aurelianus cabalgaban una y otra vez para recibir a los dignatarios visitantes. Eso les dio varias oportunidades no sólo de encontrarse con condes, duques e incluso una vez el rey de Anderida, sino de servir en su campo.

Ambrosius, endurecido por sus incansables prácticas, salía siempre bien parado en las escaramuzas contra las bandas incursoras que asolaban las granjas y aldeas de alrededor. Impresionados, los dignatarios lo recomendaron a las autoridades ciudadanas, que le ofrecieron un puesto en su caballería. Pero el orgulloso Ambrosius, hijo de un senador de rango ducal, no podía aceptar menos que el mando y ello requería mucho más que unas pocas victorias contra bandidos montaraces. A pesar de su rango noble, Ambrosius seguía siendo un caballerizo y nadie se tomaba en serio sus ambiciones de liderazgo.

En cuanto a Theo, se comportaba en el campo con una reluctancia próxima a la cobardía. En cada encuentro, complicaba a su hermano golpeando a los enemigos con el plano de la espada y negándose a tomar sus vidas. Pobre Theo. Su hermano despotricaba contra él por su lucha irresponsable y los sacerdotes lo amonestaban por

prestarse siquiera a luchar. Empecé a dudar de que la visión de Raglaw me lo hubiera mostrado verdaderamente como un rey guerrero en medio del carnaje.

Lo que aventaba mis dudas eran sus pesadillas. Casi cada noche se despertaba agitado, rutilando de frío sudor. Lo sé porque yo dormía muy poco y pasaba mis noches deambulando por la maleza que crecía entre los establos y la cabaña, conversando conmigo mismo acerca del destino y de Dios. La mayoría de las noches, Theo se limitaba a revolverse en la cama sin despertar. Pero una de ellas, particularmente mala, emergió con un grito que desgarró el sueño de su hermano.

Alertado por sus primeros e inquietos gemidos, me apresuré a la ventanuca y observé sin ser visto desde aquella oscuridad deslunada. Con el último y más potente de los alaridos, Ambrosius se sentó de un salto y aterró veloz su espada bajo el colchón de paja. Cuando vio que se trataba sólo de la pesadilla de su hermano, relajó la presa en el arma y se tumbó cansinamente otra vez. "¿De nuevo el sueño?", murmuró.

"Sí, oh sí", respondió Theo febril. "Lo he visto otra vez. Me acercó tanto el rostro... Sentí su calor, Ambrosius. Huele como a ceniza húmeda."

"¿El Diablo?"

"Sí... el mismo Satán." En la oscuridad, Theo se sentó, prietos los brazos en torno a sí mismo. "Te lo juro por la Cruz. Vi sus ojos amarillos y las escamas alrededor de su boca brutal..."

"Theo, ¿acabarás por creerme?", murmuró impaciente Ambrosius. "Ése no es Satán."

"Dímelo otra vez. Ambro."

Con un gruñido, Ambrosius rodó sobre el colchón, se arrastró por la alcoba y se arrodilló junto a su hermano. "Escúchame, Theo. Cuando yo era un muchacho, padre me habló del dragón. Cambia de forma con las estaciones, vive bajo la tierra en invierno, se alza con el trueno de la primavera y vuela con las nubes estivales, invisible y poderoso como el viento."

"Yo vi esa cosa, Ambro", subrayó Theo. "No era invisible en absoluto."

"Desde luego, hermanito. Un Aurelianus puede verlo. Por eso somos el clan del dragón. Hace mucho tiempo, dijo padre, hicimos un favor a la estirpe del dragón y ahora ésta cuida de nosotros."

"Pero ¿por qué viene a mí? ¿Por qué a ti no te molesta?"

Ambrosius puso su brazo macizo sobre los hombros de su hermano. "Llevas la marca del dragón en la espalda. Tú eres su protegido, no yo."

"No es más que una mancha de nacimiento. Madre dijo que no era nada."

"No, es mucho más que eso. Madre no te quería asustar. Mira, padre tenía una igual que ésta. Estaba entre los omóplatos. Él mismo me la enseñó y me dijo que era la marca del dragón. Significa que el dragón luchará por ti, como lo hizo por padre y por todos nuestros antepasados, por todo el linaje hasta nuestros ancestros bárbaros. Cuando era un niño, quería para mí esa marca. Pero ¿qué sentido tiene desear lo que no puede ser? El dragón te la dio a ti."

"No salvó a padre."

"El dragón lucha por nosotros en el campo de batalla, no en el salón de Estado y contra la traición."

Theo se inclinó hacia atrás apoyándose en Ambrosius. "Odio la batalla."

"¿Sabes una cosa, hermanito?" Ambrosius le hablaba a su cabello revuelto. "Padre odiaba la batalla también."

"No."

"Sí. Yo mismo lo vi llorar una vez antes del combate, hasta ese punto lo odiaba. Pero luchaba a pesar de aborrecerlo porque no había otro camino. Todo lo que tenemos

Librodot

nos lo ha dado la espada... o la espada nos lo ha quitado."

Theo se apartó de Ambrosius y lo miró a través de las sombras nocturnas. "No pensarás que soy un cobarde, Ambrosius."

"No eres un cobarde. Eres un Aurelianus. Odias matar, como cualquier hombre cuerdo."

Theo abatió la cabeza. "A veces, cuando me gritas en el campo por no luchar con más dureza... por no matar... pienso que debes de despreciarme."

"Theo, hermanito..."Ambrosius extendió los brazos y cogió con sus grandes manos los hombros de Theo. "Te quiero. Te grito porque te quiero. ¿No lo comprendes? Portas la marca del dragón. Si no te sirves de ella, morirás absurdamente y nuestra gente morirá contigo. Por eso te busca el dragón por las noches, para despertarte a la verdad de la guerra. La guerra no es asesinar, joven Theo. No somos asesinos. Luchamos para vivir."

Aun en aquella oscuridad, pude ver sus ojos ardientes fijos en la mirada orgullosa de Ambrosius, e iluminarse su faz cuando dijo: "Trataré de hacerlo mejor, hermano."

"Sé que lo harás, Theo. Eres como padre. El dragón te ha marcado."

Surgiendo del nido de la luna en la profundidad del bosque, a través de los fríos vapores de la niebla, se alza el sacerdote del dragón. Es un hombre, sin duda, mas no es humano. Trenzan los siglos su cabello en una larga y negra guedeja que brota de un cráneo verde. La trenza serpentea en torno a un cuerpo armado: una coraza de cobre deslustrada, negra como un crisol, hombreras de cuero canceradas y jirones de una túnica que penden como telarañas.

Theo recuerda que está soñando. No trata de esconderse esta vez de la escabrosa figura y permanece quieto, osando desafiar la fe de su hermano de que este viador de la muerte no es Satán. Hebras de musgo cuelgan de él y su rostro reptiliano está marchito.

Arrastrando los pies, el arcaico guerrero se acerca, penetra en un rayo sesgado de luna y revela un visaje arrugado de piel moteada salamandrina, agujeros de tritón por nariz y los mismos ojos de Theo: ámbar fulgente contempla al muchacho con fiera intensidad.

"¿Estaba equivocado Jesús?", me preguntó Theo una mañana glacial con el viento como el rugido del lobo en la grímpola del dragón sobre las caballerizas. "¿Es un error amar a todos los hombres?"

El día anterior había visto a su hermano y a la caballería de la ciudad destrozar a una banda de famélicos incursores que habían saqueado un granero y había estado enfermo toda la noche con el recuerdo sangriento de lo ocurrido. Alimenté el fuego en el horno de arcilla del taller y observé la luz ajironarse en su eterna disputa contra la oscuridad fría. Al final, respondí: "¿No predicó Jesús que no hay amor más grande que el de un hombre que entrega la vida por sus amigos?"

"Pero quebrantar el mandamiento contra el homicidio...", dijo retorciendo la correa que estaba reparando.

"¿Es asesinato matar a un asesino y salvar las vidas inocentes que él habría aniquilado?" Dejé la pregunta en el aire y volví mi fría espalda hacia el fuego. "Profundiza más en todo esto. Creo que, si eres un verdadero cristiano en estos tiempos de maldad, entonces tú, Theodosius Aurelianus, depondrás tu idea de ser un sacerdote y tomarás la espada. De lo contrario, la fe que veneras bien podría extinguirse en el curso de tu vida bajo la bota de los bárbaros, que aman sólo la destrucción y el pillaje."

Éste era un argumento que incluso los sacerdotes podían entender, sobre todo tras las noticias de los ataques paganos a los episcopados del este y las masacres de indefensos cristianos en las campiñas septentrionales. Imparables a pesar de los mercenarios de Vortigern en los alrededores de Londinium, los secuaces del Furor batían las islas, devoraban Britania. Las conversaciones entre sirvientes en el mercado empezaron a centrarse más y más en el paso a Armórica a través del Canal, olvidando el tema de las recepciones a los señores de la guerra cristianos.

Busqué a Ygrane en mis sueños, ansioso de su consejo, esperando que me dijese cómo llevarme a Theo de la Ciudad de las Legiones y portárselo al oeste. Pero en aquellos raros trances oníricos en los que la encontraba, parecía olvidada de mí.

En una ocasión, la vi cantar sus bendiciones para el ganado que volvía de los pastos, enguirnaldados los boyeros y sus familias como si celebrasen una festividad céltica. Otra vez, la soñé con el unicornio junto a un estanque de obsidiana en el bosque nocturno; recogía luz de luna en redomas de cristal y la energía como el zinc repicaba con sonido de campanillas en las vasijas diáfanas.

Otras veces, me cernía en sus proximidades; Ygrane leía mapas con sus escribas o festejaba a corpulentos jefes de clan y a sus familias bulliciosas. Como un espectro al viento, la veía vestida con aquellos prietos pantalones de piel de carnero a los que tan aficionados eran los celtas, galopando por las vías romanas que unían las fortalezas ocupadas por sus guerreros. Rodeada por sus caballeros feroces, con las espadas sujetas al dorso y sus grandes mostachos tremolando con el vuelo precipitado, se me antojaba una reina guerrera... y me despertaba preguntándome si mi Theo sería hombre suficiente para semejante mujer.

Esta era, sin embargo, una duda momentánea pues, cuanto mejor conocía al muchacho, más convencido estaba de que cumplía todos los requisitos que la alta reina esperaba de su Gandharva. No necesitaba de la magia para percibir la atracción fiera de las doncellas de la ciudad por su bella presencia cuando atendía la misa o cabalgaba en las ceremonias oficiales. No le faltaban oportunidades de procurarse sus favores, pero renunciaba a todas porque se había entrenado a creer en un amor más grande que el de la mera pasión física.

Desde aquel día de abejas entretenidas en que Theo me llevó a su cabaña, planeé convertirlo en rey antes de que Ygrane y él se encontrasen. Pero la presencia de su hermano me confundía; en realidad, era Ambrosius quien tenía la verdadera talla de un señor de la guerra, aunque no recordaba que hubiese aparecido en la visión de Raglaw. Y este hecho me convencía de que estaba condenado. Reluctante a tomar parte en algo que pudiese herir al buen y gentil Theo, yo había asistido las ambiciones de Ambrosius sólo de forma indirecta, haciendo de canal para ciertas informaciones. Si el destino lo había marcado para morir en el campo de batalla, yo no quería su sangre en mis manos. Un modo absurdo de engañarme. Cada uno de nosotros está firmemente clavado a un pequeño punto de tiempo, y éste nos porta precipitados hacia adelante, lejos de los espectros vanecientes del pasado y directos hacia un destino que cumplimos sin falta, con o sin nuestro reconocimiento.

Me costó todo un lánguido y yerto invierno el recordarlo. Los caballos se helaban, aunque desmantelamos y quemamos la mitad de los establos para salvarles la vida. No había otra madera ya que ésta. El mismo frío de los espacios había descendido a la Ciudad de las Legiones y las casas nobles acaparaban la leña. En el peor de los momentos, con la nieve densa en las calles y soplando en ráfagas fieras, los prepotentes de la ciudad canibalizaron el maderamen del acantonamiento que protegía el mísero distrito alrededor de las caballerizas. Lo necesitaban para el fuego de sus hogares y los hipocaustos de sus baños de vapor.

Librodot

La nevasca nos fustigó desde los bosques y amortajó las cabañas y chozas de los pobres convirtiéndolas en una piltrafa de hielo sucio. Ambrosius, exhausto por el trabajo y parcamente vestido, cayó enfermó. Habría debido morir entonces, no cabe duda, como otros muchos en sus chabolas desvencijadas, a cuyos cuerpos arrancó el frío ígneo las almas para lanzarlas hacia el cielo, a los cestos de nieve y de polvo estelar en las alturas.

Pero Theo no podía dejar morir a su hermano. Quemó incluso su crucifijo de madera y su Biblia para procurar calor a su hermano tremolante, y lo tapó con su propio cuerpo. Sollozó de un modo tan desgarrador por el último de su estirpe que no pude soportarlo más. En secreto, usé mi magia para fortalecerlo; en secreto, porque había decidido desde el principio que, si Theo había de ser rey, tenía que confiar en sí mismo y no en mis poderes.

Con un empleo juicioso de mi magia oculta, salvé a Ambrosius de la muerte aquel invierno tremendo. Acaso debería haberlo dejado morir. Cuando retornó a nosotros, seguía siendo el mismo, incólumes sus fieras ambiciones aun bajo la sombra de la muerte. No era capaz de comprender que sólo el amor de su hermano lo había salvado; no pensaba otra cosa sino que su odio por Vortigern tenía aún otra oportunidad.

Pertenecía al destino, decidí yo entonces. Y así me había ocurrido tristemente muchas veces durante mi corta estancia en la Tierra cada vez que me encariñaba con los mortales tanto como para osar creer que podía evitarles con mi magia su sino. ¿Cuántas veces tendría que aprender la misma lección? Los magos no saben. Es la magia quien sabe.

Un apóstol se alza junto al altar; chasquea la sotana con sus gestos fervientes mientras describe la pasión de Cristo en el huerto de Getsemaní. "Dios Padre dio a su hijo una oportunidad. Por eso sudaba sangre Jesús en el huerto. Antes de cargar la Cruz, soportó la carga terrible de la libre voluntad. La gracia de su padre no decidió por él. Él tuvo que decidir por sí mismo. Y así todos nosotros. Debemos elegir entre el bien y el mal, cada uno en nuestro corazón, en cada momento de nuestra vida."

De entre la amplia asamblea de presbíteros, acólitos y feligreses reunidos para escuchar a este discípulo itinerante de San Dubricius, se destaca Potitus y grita: "¿Qué del Pecado Original? Por la desobediencia de Adán, la voluntad de todos los hombres está sujeta a Dios. La libre voluntad es un engaño diabólico. Sólo la gracia del Señor nos redime del mal."

Potitus se sienta otra vez y dirige a Theo un guiño, pero éste no mira a su tutor: por encima de las cabezas de la audiencia observa la parte trasera del templo. Allí, se recorta acechante la silueta de su hermano a través del arco luminoso del portal.

"¿Por qué nosotros, que nunca conocimos a Adán, habríamos de portar su pecado?", grita el apóstol. "El pecado de Adán le afectó sólo a él, no a la raza humana. Cada uno de nosotros posee el mismo libre albedrío del que gozó Adán. Cada uno de nosotros debe escoger su camino en la vida discerniendo libremente entre bien y mal. No culpemos a la debilidad humana y a Dios de nuestras deficiencias. El verdadero significado de la gracia de Dios es que tenemos la libertad de hacer lo que sabemos que es justo. Y si debemos hacerlo, es que podemos."

"¡Theodosius!", grita Ambrosius desde el extremo posterior de la iglesia. "¿Dónde estás?"

Potitus posa una mano firme en el hombro de su discípulo. "Quédate. Tu primer deber es hacia Dios."

"No, padre... lo siento." Theo agita la cabeza con preocupación. "Prometí ayudar a mi hermano a limpiar los establos hoy. Se me pasó la hora." Se levanta aturdido, se

escabulle como puede del banco y recorre entre apreturas el pasillo hasta la puerta.

Alguien murmura: "Puede que Dios decrete el libre albedrío para los sacerdotes... pero no para los caballerizos."

Ráfagas de risa persiguen a Theo hasta la mareante luminosidad del día. Su hermano lo espera adusto en la plaza ante la iglesia, cruzados los brazos sobre su pecho macizo, apoyado en el borde marmóreo de la fuente de la ciudad. Su rostro fuerte lo mira contraído en un rictus de adamante enojo.

"Lo siento, Ambro... Este orador me hizo olvidarme de todo. Es increíble. Cree que la virtud no viene de Dios, sino de nuestra propia fuerza, de esa parte de nosotros que elige."

"Theo..."Ambrosius se frota reflexivamente la velluda quijada, buscando palabras que no resulten demasiado ásperas. Necesita afeitarse. Pero el trabajo en las caballerizas abunda ahora que la primavera ha llegado y ya no tiene tiempo para cuidar de su presencia con la misma atención que en otros momentos, orgulloso, le prestaba. Con la barba de tres días y las mejillas enjutas de su casi fatal enfermedad, parece exhausto, aunque su hermano sabe que no es el agotamiento físico lo que lo martiriza. "¿Por qué viniste aquí conmigo?"

La pregunta deja perplejo a Theo. "Para ayudarte."

"No me sirves de ninguna ayuda ahí dentro, hermano."

"Tienes razón, Ambro. Se me pasó la hora. No volverá a ocurrir."

"No... no entiendes", dice Ambrosius con un débil carraspeo bronquial. Arruga la frente, entrecerrados los ojos como si pensase en un misterio. Asiente para sí mismo, alcanzando una decisión. "Deberías volver. A Armórica. Deberías ordenarte. Tu camino es el sacerdocio. Tienes veinticuatro años ahora. Estarías a medio camino de ser obispo, si no hubieses perdido el tiempo siguiéndome."

"No pierdo el tiempo contigo, Ambrosius. Somos hermanos... los últimos de nuestra estirpe."

"No perteneces a este lugar, Theodosius."

"Puedo ser ordenado en esta iglesia. Potitus fue instruido en Rávena. Es un tutor tan capaz como cualquiera de Armórica, o incluso del Loire."

Ambrosius se aparta de la fontana como pellizcado de pronto por las traviesas nereidas, entrelazadas en sus eternos juegos acuáticos. "No perteneces a este lugar, Theo. Deberías estar en un monasterio digno, con auténticos sacerdotes, estudiando las verdaderas enseñanzas de la iglesia. No vas a conseguir eso aquí. No en este bastión fronterizo. Aquí son todos parias, eremitas vocingleros y tronados peregrinos hambrientos de martirio."

"Quiero quedarme contigo, Ambrosius. Para eso vine."

Con las manos en las caderas, Ambrosius fija su mirada en la de su hermano. "Escucha, chico: dice Jesús que no podemos servir a dos amos. Quieres ser un sacerdote, vete a Armórica y hazte ordenar. Quieres quedarte conmigo, entonces ven a las cuadras y trabaja a mi lado." Y en una voz peligrosamente baja, concluye: "No puedes hacer las dos cosas, hermanito."

Sin esperar respuesta, Ambrosius parte y cruza la plaza sin mirar atrás.

Theo se vuelve para contemplar la iglesia que fue tiempo atrás un templo pagano. Los sagrados y oscuros espacios del interior lo llaman, pero le pesan las piernas y no puede moverse. La voz estridente del misionero llega hasta el exterior, lo bastante clara para hacerse oír sobre el griterío de los niños que corretean por la plaza y el chapoteo de las madres al llenar sus jarras en la fontana: "¡Si debes, es que puedes!"

Nunca ha dudado Theo de que debe permanecer junto a su hermano. Sólo él puede mitigar la vengativa imposición de su madre. Sólo él porta para Ambrosius la promesa

Librodot

de su salvador, la posibilidad de salvarse por medio del perdón a los enemigos.

Con este pensamiento se le aligeran las piernas y, tornándose de golpe, corre a través de la plaza, todo él aire y liviandad, como una pluma atrapada en la corriente que el paso de su hermano provocó.

Aquella primavera, me decidí a cambiar las cosas. Llamé al oro con mis palabras bárbaras. En un lugar no lejos de la ciudad, donde los alisos se combaban formando una bóveda vegetal y las murallas originales se habían alzado cuatro siglos atrás, mis encantamientos me guiaron a un hoyo entre mampuestos de deshecho cubiertos por sarmientos de lúpulo.

Fui allí con Theo en uno de nuestros paseos sin rumbo, buscando bayas y entretenimiento mientras repasaba mentalmente la fragmentaria filosofía de Heráclito. Perseguí a una liebre hasta la mohosa fisura entre las piedras entunicadas y simulé haberme quedado atrapado allí. Imploré ayuda lastimero, pero no permití que los denodados esfuerzos de Theo me sacaran de la trampa.

Tras gritarme que tuviese coraje, el joven corrió en busca de ayuda y retornó al cabo de poco con un Ambrosius gruñón, un caballo de tiro y un aparejo de cuerdas. Trabajaron duro la mayor parte de aquella tarde, retirando tenaces piedra tras piedra de aquel montículo de ruinas. Cuando sospeché que Ambrosius había llegado al límite de su paciencia conmigo, surgí tambaleándome del montón de rocas bajo un derrame de gravilla, polvo y esquisto y, encima de todo aquel derribo, una rutilante avalancha de monedas de oro.

Las cabezas de los emperadores Nerva y Nerón impresas en las monedas revelaban que habían sido enterradas en los primeros tiempos de la conquista, quizás por insurrectos de aquella época. Olvidadas mucho antes de que los sacos de cáñamo que las contenían se pudriesen, las monedas habían sobrevivido al mismo imperio que las acuñara y, en consecuencia, pertenecían a los hermanos Aurelianus por completo y sin posible disputa.

En una noche, Ambrosius y Theodosius se convirtieron en los hombres más ricos de la Ciudad de las Legiones y, en realidad, de todas las provincias occidentales. Con semejante cambio de fortuna, hombres menos nobles habrían huido de la frontera para buscar vidas mucho más confortables en la seguridad de Armórica. Pero en lugar de ello, Ambrosius compró el liderazgo militar que ansiaba y para el cual se había preparado desde su amarga infancia. Algunos de los mejores guerreros de la región vinieron a él, pues no sólo era generoso con el oro, sino que constituía la inteligencia marcial más osada en el campo de batalla desde la retirada de las legiones.

Theo, por fin, tuvo su oportunidad de hacerse sacerdote; pero para entonces, el año que había pasado debatiendo conmigo y planteando interrogante tras interrogante a su tutor Potitus había obrado cambios en su corazón. Uno no conversa con un demonio tanto tiempo sin adquirir una perspectiva de la realidad más amplia que la que cualquier dogma puede ofrecer. Siguió siendo, por supuesto, un cristiano devoto pero, al tratar de reconciliar su fe con mis desafíos constantes, empezó a suscribir las enseñanzas de un hereje local llamado Pelagio, que predicaba lo absurdo del pecado original, la inutilidad del bautismo, la inexistencia de la resurrección y afirmaba que, si los mortales dependiesen menos de la intervención divina y más de sus propios y tenaces esfuerzos, la vida en esta tierra cruel podría mejorar.

Un repudio tan descarado de la necesidad de asistencia divina ofendía a los diversos líderes teocráticos de la iglesia y puso fin a todas las ambiciones hieráticas del más joven de los Aurelianus, que audazmente defendió estas enseñanzas ante los

Librodot

eclesiásticos y quienquiera que aceptase oírlo. Y como hermano del nuevo general, Theo acompañó también a Ambrosius en sus consejos de guerra y campañas bélicas predicando tanto a los comandantes como a las tropas. Cuando salía al campo, no era para luchar sino para ayudar a los heridos y alentar la fe de los moribundos.

El título oficial de Theo era *quaestor* y servía como oficial de intendencia y finanzas de las tropas en combate. Tenía una apariencia noble en extremo con sus abultadas hombreras de bronce y su coraza de cuero rojo, repujada con la insignia del dragón familiar. Tras aquellos iniciales momentos de duda, incluso yo acabé por convencerme de que mi visión no era del todo improbable. Estaba ansioso por mostrárselo a Ygrane, pero él no pensaba separarse de su hermano; el trabajo que realizaba entre las tropas le parecía importante.

"Temía que fuera de la iglesia esta vida careciese de todo significado", me dijo un día en el atrio de la casa más grande de la ciudad, donde por entonces vivíamos. Los rayos del sol eran lanzas bajo las lucernas y de la cocina llegaba un estruendoso repicar como los ritmos discordantes de la música de las junglas asiáticas, mientras los fogones se preparaban para el gran banquete de aquella noche: otro dignatario acudía para honrar al nuevo y triunfante señor de la guerra en la Ciudad de las Legiones.

"Creo que estoy de acuerdo con los sofistas griegos", prosiguió Theo decidido sentándose en una silla de patas curvas. "He llegado a pensar que tantos sentidos hay en la vida como vidas existen. Y, lo creas o no, de verdad pienso que he encontrado mi sentido en el lugar menos esperado, Merlinus: en el campo de batalla."

"Al comenzar la primavera, tu hermano y tú erais caballerizos", le recordé. "Seis meses después sois generales y con una docena de triunfantes combates a vuestras espaldas. No pierdas la cabeza, joven Theo. Se ha expulsado a las partidas de bandidos, sí. Pero los enemigos que enfrentaréis en las tierras del norte y el este no son bandas de malhechores, sino bárbaros feroces cuya vida es la batalla. Has de convencer a tu hermano de la alianza con los celtas del oeste. Sólo ellos pueden reforzar vuestras filas con los soldados expertos que necesitamos para detener el avance de los incursores. Ven conmigo al oeste y entrevístate con su reina, Ygrane. Sé el embajador de tu hermano. Allí encontrarás hondo sentido a tu vida."

"¿Aún cantando las glorias de los poderosos celtas?", dijo Ambrosius accediendo al atrio por una puerta cuyos pilares sostenían floridos y serpenteantes sarmientos. Vestía túnica, un ceñidor de diversas y tenues tonalidades de oro, y una estola de seda púrpura sobre su hombro derecho, signo de sus mayestáticas aspiraciones. "Ya te lo he dicho. No nos hace falta aliarnos a esos bárbaros, Merlinus."

"Y yo te lo he dicho a ti, Señor Caballerizo, los celtas no son bárbaros. Dominaron toda Europa, desde Britania hasta Persia, antes de que existiese el Imperio, o siquiera la República Romana. Son un pueblo..."

"Poderoso y noble", acabó por mí el impaciente Ambrosius, dejándose caer en un muelle asiento. "Pero recuerda que fueron enemigos de mis antepasados y eso los convierte en enemigos míos también."

"Tus antepasados vivieron en otros tiempos, Ambrosius", le recordé, instilando aspereza en mi voz. "Eran los invasores, no lo habrás olvidado. Y los celtas los combatieron con valor."

"Y perdieron", se burló Ambrosius. "No los necesitamos. Es una alianza con los britones lo que nos hace falta. Hay demasiados reyes y muy pocos líderes."

"Un gran líder lo incluye todo", le advertí, "incluso a esos proscritos."

Ambrosius dejó escapar un suspiro exasperado. "Entonces te complacerá nuestro huésped de esta noche. Es un duque que conoce a los celtas muy bien. Creo que puede decirse incluso que los conoce íntimamente. Siento curiosidad por saber qué piensa de

Librodot

tu insistencia en una alianza con los paganos. Debe de tener una opinión bien formada; está casado con la misma reina que no dejas de alabar. Un heraldo se ha adelantado desde Westerbridge anunciando que, dentro de una hora, la Ciudad de las Legiones se verá honrada por la presencia y el cortejo de Gorlois, duque de la Costa Sajona."

Al oír semejante nombre, trepidé de ansiedad. Debió de reflejase en mi rostro, pues Theo preguntó: "¿Conoces a este duque entonces, Merlinus?"

"Sí", murmuré. "Nos encontramos hace algunos años, en Maridunum." Por fin tendría noticias de Ygrane, pero ¿qué nuevas podía yo esperar de un bribón como Gorlois? "No percibí en él demasiado amor por los celtas."

"Es un romano", dijo Ambrosius levantándose con brusquedad y caminando entre los tiestos de plantas, demasiado nervioso para estar quieto mucho rato. En los establos, exhausto de frustración, dormía noches enteras pero, desde que lograra su nueva posición con todas las grandes posibilidades que ésta le ofrecía, había dado en examinar obsesivamente el territorio durante el día y recorrer por la noche la mansión meditando en sus planes, estrategias, intrigas. "Nadie comprende en las *coloniae* por qué Gorlois se casó con semejante zorra. Se dice que Ygrane es una bruja celta."

"¿Consintió la iglesia tal unión?", se asombró Theo en voz alta.

"¡La iglesia!", se burló Ambrosius sardónico. "¿Cuándo abrirás los ojos con respecto a la iglesia, hermanito? ¿Por qué crees que postergaron tu ordenación cuando eras un caballerizo y ahora, con sólo que lo pidieras en sueños, te darían el episcopado?" Pausó ante un busto en cera de su padre y clavó su mirada en los ojos ciegos. "Gorlois fue abandonado por las *coloniae* cuando los piratas irrumpieron en sus costas. ¿Qué posibilidad tenía? ¿Y qué posibilidad tenía la iglesia de la Costa Sajona? Mejor dar el oro a los celtas y conservar iglesia y Estado que sucumbir a los bárbaros y perderlo todo."

Theo se llevó un pulgar al mentón. "Entonces, ¿los celtas son buenos guerreros?"

"¿Quedaría algún celta hoy, si no lo fuesen?", respondió Ambrosius y caminó hasta un pilar corintio a la entrada del *peristylum*, un espacioso patio interior abierto al cielo y rodeado por los porches y las columnas de las muchas estancias de la mansión. "Cenaremos aquí esta noche, bajo las estrellas, si Gorlois me da su apoyo. Si no, no habrá cena. Necesito alianzas, no invitados a los banquetes. Britania requiere unidad."

"Yo no esperaría demasiado de Gorlois", le precaví. "El duque es un hombre arrogante que casi te dobla en años. Quizás esté dispuesto a compartir el poder, pero dudo que vaya a rendirse a ti."

Ambrosius emergió al *peristylum* gruñendo. "¿Compartir? ¿Como Vortigern? ¡No seré yo quien lo haga! Necesitamos un alto rey que no comparta nada con los bárbaros. Necesitamos unidad. No compartir."

Theo y yo cambiamos miradas preocupadas. Me encogí de hombros. "Tiene razón, ¿sabes? Los antiguos romanos lo comprendieron muy bien. El poder compartido se diluye."

Theo frunció el ceño, como si yo hubiera debido de mostrar un conocimiento mejor. "No los más antiguos de los romanos, Merlinus. No la República. Aquéllos compartieron el poder, y eso los hizo grandes."

"Pero en tiempos de graves crisis, incluso ellos nombraban un dictador."

Los surcos de su frente se habían hecho más profundos y parecía no escucharme. "Amo a mi hermano, pero en estas cosas creo de verdad que es demasiado orgulloso. ¿Está uniendo Britania o... simplemente desplazando a Vortigern?"

"¿Simplemente?", alcé una poblada ceja. "Para que tu hermano pueda lograrlo, tendrá que unir Britania. Los aliados de Vortigern son demasiado poderosos para que él pueda ser simplemente desplazado."

Librodot

"Esto es justo lo que me causa temor, Merlinus. La guerra civil. En lugar de unirnos contra los bárbaros, mi hermano hará que las *coloniae* acaben luchando entre ellas." Cerró los ojos. "Ha de haber otro camino."

Me detuve y contemplé a Theo, maravillándome de lo lejos que quedaba ya aquel joven ingenuo que me levantó del albañal. Por primera vez empecé a creer de verdad que Theo era el rey de la visión de Raglaw. Y no sólo esto; con los arreos de bronce y cuero, con los costosos atavíos de seda y las túnicas bordadas, había adquirido ya el porte de un rey, y sus bellos rasgos amuchachados eran todo lo que uno podía esperar en el rostro de un joven monarca; no, vi algo más, algo más profundo aun, en aquellos primeros y férvidos momentos del ascenso de su hermano. Lo que me impresionaba era su fe permanente en el Dios cristiano, que había inculcado en él la actitud de tener en cuenta siempre el bien de los demás, el bienestar común, por encima de sus propias necesidades. Era el afecto lo que le hería, sin embargo, porque lo hacía agudamente sensible al problema del mal adquirido por su hermano.

Abrió el oro de sus ojos y me contempló con tristeza. "Tenías razón, Merlinus. Todo el tiempo. No quería creerte... y en los establos, quizás, habría podido seguir sin hacerlo. Pero ahora... ahora que tenemos el poder de cumplir los sueños de Ambrosius... ahora que ese poder nos tiene, es demasiado obvio. Terriblemente obvio." Me miraba casi enfermo de miedo. "Acaso al final, nadie se salve."

Al atardecer, tras cruzar una brecha en los bajos montes occidentales, la caravana del duque alcanza un llano sobre la Ciudad de las Legiones. "Acamparemos aquí esta noche", informa Gorlois al oficial de caballería. El duque se levanta en la silla para avistar mejor las tierras que quedan a sus pies. En una profunda neblina violeta de pastizales bajo grandes cúmulos rojizos, la ciudad de piedra negra yace como la corona dentada de un gigante.

"Padre ¿por qué nos detenemos aquí?", pregunta Morgeu colocándose junto a él sobre su caballo bayo. El cabello rojo se le riza al viento como la oriflama del ocaso a sus espaldas, y sus iris diminutos, maculados como por una gota de brea, reflejan las mismas honduras de la noche. "Podríamos llegar a las puertas de la ciudad antes de que oscureciese."

Los ojos pequeños de Gorlois giran ligeramente, lo justo para desplazar todo el peso de su incredulidad hacia el regazo de su hija. "Llegar... ¿al *anochecer*?"

Ella suspira, lo entiende. "Por supuesto. El duque de la Costa Sajona no entra en una ciudad bajo la cobertura de la noche. Pero, padre, me gustaría tanto disfrutar de un baño caliente."

"Los baños de esta ciudad son excepcionales, Morgeu", dice sin mirarla, los ojos perdidos en el recuerdo nostálgico del brutal monumento pétreo allá abajo, envuelto ahora en la gasa dorada del fin del día. "Se construyeron durante el reinado del emperador Vespasiano, cuando los artesanos se complacían en la grandiosidad. Ya verás cómo disfrutas las corrientes de vapor sumergidas, que arremolinan el agua y purifican con su calor el cuerpo. Vale la pena esperar, te lo aseguro."

"A menos que esos provincianos hayan desmantelado los baños para construir otra de sus estrafalarias fuentes bautismales."

"No te negaré que esa posibilidad existe, hija. Han pasado veinticinco años desde la última vez que visité la ciudad. En aquellos tiempos era espléndida." Su rostro quijarudo asiente ante la delicia del recuerdo. "Pero ahora... ahora la gloria que era Roma ha perdido incluso la ilusión de la vida. Ahora no hay más ilusiones de gloria. Ahora queda sólo sobrevivir, si es que somos lo bastante audaces y afortunados para

Librodot

ello. Y así, ¿dónde vamos ahora, sino a tocar el tambor de la guerra con el último gran héroe de nuestro imperio muerto y putrefacto?"

"Tú conocías a su padre." Morgeu se arrebuja en su abrigo de montar, de cuero fruncido teñido de azul, para protegerse del frío del atardecer. "Era un senador."

"¿Aurelianus?", pregunta él con la mirada perdida aún en la dorada calina del pasado. "Sí. Estaba a un paso de convertirse en magistrado imperial de toda Britania. Me encontré con él una vez, en Londinium, en el consejo privado. Tal como lo recuerdo, era un hombre sincero y noble. Me mostró sus grandiosos planes para invadir las Galias y llevar la lucha a las mismas tierras de los jutos y los anglos, y ver hasta qué punto les gustaba a ellos ver incendiados sus campos y saqueados sus pueblos. Pero murió."

"Se dice que lo asesinaron."

"¿Importa eso?" Da unas palmadas en el cuello a su corcel, tierno y meditativo. "Los muertos muertos están. No hubo invasión, sólo capitulación. Y ahora el ambicioso hijo del senador busca venganza. Más luchas intestinas. Más debilidad antes de la embestida de nuestros enemigos."

"¿Es venganza, pues?", pregunta Morgeu sólo para que su padre siga hablando. Tan a menudo resulta reticente el duque que es raro y curioso verlo así de locuaz. "Sus proclamas hablan de unir a los reyes para defender Britania."

Gorlois ladra una risa. "Este Ambrosius es taimado. Habla de unir a los reyes, pero... ¿no han dado ya todos los reyes y señores de la guerra su apoyo a Balbus Gaius Cocceius, que con tanto orgullo porta el título sajón de Alto Rey Vortigern? No, Morgeu. No te he traído para que conozcas al futuro unificador de Britania. Eso no ocurrirá nunca. Hay demasiados hombres ambiciosos en esta isla. No, la campaña a la que hemos sido convocados no es tan noble como parece. Estás aquí conmigo para ver cómo es la guerra a su mayor escala, no por conquista sino por la furia misma."

Bien, piensa Morgeu. Ha acompañado a su padre porque éste le ha prometido que habría muchas batallas. Ha presenciado numerosas incursiones y escaramuzas defensivas durante los años con él en sus interminables patrullas por la costa. Pero nunca ha contemplado una batalla. Muy a menudo ha oído a su padre hablar brillantemente de la guerra, como lo hacen los poetas. Ahora, al fin, verá lo que los poetas han visto.

Flanqueado por sus guardias personales cubiertos de yelmos emplumados, el duque de la Costa Sajona llegó a caballo a la cabeza de una pequeña caravana formada por carretas de viaje y carromatos de transporte. Sus carrillos de bulldog eran más rudos y más canos que la última vez que lo vi, pero su arrogancia y su insolencia no habían disminuido en absoluto. Los hermanos Aurelianus y yo lo recibimos en el pórtico de nuestra mansión, y él no nos saludó ni de gesto ni de palabra. Sus ojos caprinos evaluaron fríamente a los hombres que tenía ante él y esperó su saludo.

"Bienvenido, hermano Gorlois", dijo Ambrosius cordial, intentando el latín arcaico pero sin descender los peldaños del pórtico para rendir al duque la deferencia que éste, hombre de mayor edad, sin duda esperaba. "Entra en mi casa y reposa después de un viaje tan fatigoso. Largo es el camino que has hecho para verme."

Las palabras de Ambrosius, a pesar de lo galante de su tono y los gestos que las acompañaban, ofendieron claramente al duque, que murmuró a sus guardias lo bastante alto para que todo el mundo lo oyera: "Advenedizo."

Un murmullo excitado recorrió la pompa de los dignatarios de la ciudad, la caballería y los representantes de las familias pudientes, que había recibido al duque en

Librodot

la puerta principal para escoltarlo hasta nuestra mansión. Entre aquella turba deslumbradora había muchos que creían, como el mismo Gorlois, que los hermanos eran de baja estofa, rudos caballerizos elevados de posición por mero azar.

Di entonces un golpe sordo con mi bordón, impidiendo la explosión de Ambrosius, que podría haber resultado peligrosa. "La familia Aurelianus está tan legitimada por su linaje para vestir la púrpura como cualquier otro noble del país."

Ambrosius me detuvo extendiendo el brazo y sonrió cortésmente al duque. "Gorlois", le dijo con la familiaridad de un par, "no habrás venido de tan lejos para insultarme..."

"¡Eres tú el que me insulta!", le espetó Gorlois. "Mi bisabuelo fue nombrado duque de la Costa Sajona por el mismo Magistrado Imperial."

La sonrisa de Ambrosius no vaciló. "¿Y es tu bisabuelo quien va a guiarnos entonces contra los pictos, jutos y escotes?"

Una ola de risa recorrió la multitud e incluso los guardias del duque debieron sofocar su guasa. Gorlois ardía, un arrebol oscuro le encendía bajo el vello los carrillos, y estiró una forzada sonrisa sobre sus dientes naranja. "Bien dicho, hermano Ambrosius", concedió y bajó del caballo. "Ojalá que los héroes de nuestro noble pasado pudieran luchar por nosotros. Pero ha recaído sobre estos hombros humildes la tarea de defender nuestros reinos."

"Nuestro *reino*", corrigió Ambrosius y abrió sus brazos para recibir al duque. "Ante la dispersión de ataques bárbaros hemos de unirnos."

Me situé cerca de Ambrosius en prevención de la violencia del duque, que trepaba las escaleras con un rictus siniestro y una luz tajante en sus ojos caprinos. Pero Gorlois se abstuvo de echar mano a su espada. Abrazó a Ambrosius y luego a Theo, y les murmuró ceremoniosos cumplidos a uno y a otro. Para mí tuvo una mirada burlona. "¿Nos hemos visto antes?"

"¿No te acuerdas, padre?", trinó una jovencita que descendía de la carreta principal. Su cabello rizado y rojo rutilaba aquilatado por la luz del sol alrededor de su rostro lunar, pálido y redondo: la niña Morgeu crecida y en plena eclosión de toda su feminidad. Era, como su madre, de hombros anchos y esbelta como una llama, pero con los ojos pequeños de su padre y un toque de crueldad en su sonrisa torva. "Myrddin... el mago de madre hará unos cinco años."

El reconocimiento ardió en la mirada fría de Gorlois y gruñó: "¿Otra vez tú?" Sus ojos tensos se hincharon de desdén y amenaza. "Un sortilegio tuyo, viejo estúpido, y seguirás los pasos de la vieja Raglaw."

Los hermanos me observaron llenos de perplejidad antes de que la precipitación de acontecimientos, para alivio mío, nos arrastrara. Gorlois presentó a su hija y entramos en la mansión. Tal como habíamos hecho docenas de veces en nuestras recepciones a los dignatarios del reino, guiamos nuestros huéspedes a sus habitaciones y les mostramos los sirvientes y el *balneum*. Fue allí donde volvió a surgir la cuestión de mi identidad.

Sentados en aquellos suntuosos mosaicos, desnudos, relajados los músculos por el vapor y las manos expertas de un masajista persa, los visitantes resultaban más complacientes con los hermanos de lo que lo habrían sido en el salón del consejo, rodeados de armaduras y mapas que les recordaban el poder y el territorio en juego. La mayoría de los compromisos cristalizaban allí, en los baños, incluido Gorlois... aunque, cuando el masajista emergió y me hizo un gesto afirmativo con la cabeza, indicándome que el duque aceptaba como líder a Ambrosius, sospeché una probable traición. Había tardado menos que ningún otro en llegar a un compromiso.

"Quieren verte", dijo el masajista, tomándome la ropa y el bastón.

Librodot

Yo acostumbraba a esperar en la antesala donde, sin que nadie me viese, podía servirme de mi magia para examinar los vestidos de nuestros huéspedes. En dos ocasiones, hallé veneno en los bolsillos de una manga y pude neutralizar el tósigo con un canto. Más tarde, en el banquete, la sorpresa creciente en los rostros de los envenenadores tras administrar sus ineficaces ponzoñas siempre me divertía. Un encantamiento susurrado en el más vulnerable de los momentos para los frustrados asesinos —durante un brindis o al terminar la bendición del obispo— y las redomas de veneno caían de sus mangas como por un inesperado accidente, poniendo al descubierto su traición. Por supuesto, los traidores encontraban invariables excusas y los hermanos se comportaban con civilizada compostura, aceptando las evidentes mentiras de un modo cortés. Pero el aviso había sido dado y los homicidas quedaban marcados para siempre jamás.

Esta vez, sin embargo, no hallé ni veneno ni dagas ocultas en las ropas de Gorlois y, cuando entré en el húmedo *balneum*, sentí tan desnuda mi alma como lo estaba mi cuerpo.

"El duque nos dice que eres el mago que sirvió a su mujer en Segontium y Maridunum", comenzó Ambrosius cuando penetré en el agua caliente, me acomodé frente a los hermanos y su hirsuto huésped, y me relajé. "Dice que su hija te vio obrar magia una noche en los bosques."

"Ygrane me adula con semejante título", dije. "En una ocasión, salvé a su hija de una caída. La niña lo recordó como magia." Reí, espontáneo y benigno ante la aprensiva expresión de Theo, y me volví hacia el duque. "Y ¿cómo está la reina? Ygrane, ¿está bien?"

"Pregunta a Morgeu", gruñó Gorlois. "No he visto a la bruja desde que decapité a la criatura que le emponzoñaba los oídos."

Ambrosius interrumpió la conversación alzando la mano. "Te he hecho llamar, Merlinus, porque el duque me asegura que los celtas no son una tribu digna de alianza romana. Quiero que lo oigas por ti mismo."

"¿Por qué, si no, estaría tan ansioso de esta alianza?", preguntó ostentosamente Gorlois. "Por amor de Dios, ya estoy harto de tanta brujería y misticismo pagano. Nunca habría caído en eso, si en aquellos años hubiera habido un verdadero señor de la guerra en los alrededores. Pero no lo había. Nadie vino en mi defensa cuando los bárbaros llegaron en oleadas del mar y tomaron mis pueblos y mis granjas. Tuve que apoyarme en las primeras fuerzas que pude encontrar."

"Dile lo que nos has dicho", pidió Ambrosius, "sobre las condiciones de los celtas para la alianza."

"¿No te informó de ello Ygrane?" Gorlois me observó con incrédulo ceño.

"La verdad es que me encontré con la reina sólo en dos ocasiones, y muy breves."

"Exigieron que retuviera a los sacerdotes fuera de su territorio", confesó el duque con un restallido de risa burlesca. "Durante catorce años me ha acosado la iglesia por abandonar esas tierras a los paganos."

"Creía que la mayor parte de las tribus celtas ya eran cristianas", intervino Theo. "Traídas al redil por Santa Non. Su hijo David está ahora predicándoles el Evangelio."

"Hay muchas tribus cristianas entre los celtas", dijo Gorlois, "pero los verdaderos guerreros, esos frenéticos sanguinarios que incluso los bárbaros temen, son los fiana. No obedecen a ningún sacerdote y adoran a dioses extraños. Ygrane no quiere sacerdotes en sus tierras."

"Y a estos fiana, ¿les pagas oro para que luchen por ti?", inquirió Theo.

"¿Oro?" Gorlois mostró el blanco en lo alto de sus ojos. "Yo no pago tributo a nadie. Los celtas exigieron que maridase a su reina. Lo hice. Pero eso es todo. Cuando

necesito refuerzos, aviso a mi mujer y los fiana vienen."

"¿Y cómo lograrás seguir conteniendo a la iglesia, señor?", osé preguntar sabiendo ya la respuesta. "Los obispos no sostendrán mucho tiempo a un duque cristiano que obstaculiza sus misiones."

"No me comprometería con este joven primerizo de Ambrosius, si no lo necesitase", admitió Gorlois. "Disculpad mi lengua, pero ésta es la verdad. El obispo Germanicus ha exigido ya que abra la frontera a los soldados de Cristo. Si me niego, perderé el apoyo de mis propias gentes, que creen al obispo un santo. Pero en cuanto deje al santo meter allí sus misioneros, provocaré la ira formidable de los fiana. No me cabe duda de que, en ese momento, tendré que combatirlos a ellos también como a los piratas. Será entonces cuando veamos lo que vales como líder, Ambrosius."

"Comprobarás mi valía mucho antes que eso, Gorlois", declaró Ambrosius. "Con tu apoyo, tengo ya todas las tropas que necesito para empezar mi campaña. Este invierno, destrozaré a los bárbaros en las tierras del interior y en el sur, y aseguraré nuestra línea costera. En primavera, me sentaré en Londinium como Alto Rey de toda Britania."

Gorlois silbó, suave y bajo. "Eres un obcecado, Aurelianus. Ya hay un Alto Rey sentado en Londinium. Si demuestras valer en las tierras del interior, exigirá que te sometas a él."

Ambrosius se levantó de un salto, crispada la carne de sus poderosos músculos pectorales como piel de caballo. "¡Balbus Gaius Cocceius no es un rey, es un asesino! Juro que en primavera, su alma arderá en el infierno."

Theo hizo gesto de calmar a su hermano, pero Ambrosius lo apartó y permaneció allí de pie, con una expresión en su bello rostro siniestra e impía a la vez.

"No me importa cuántos mercenarios bárbaros tenga Balbus", dijo. "Con la eclosión de la primavera... él muere."

Gorlois, cuyo rostro rudo, beligerante consideraba yo incapaz de exhibir admiración, dedicó una sonrisa orgullosa y brillante a Ambrosius, una expresión tan incongruente en él que resultaba espantosa contra sus duras, cicatrizadas facciones, como si fuera un santo patrón de las masacres llegado a nosotros en la presencia inefable y letal del vivo misterio de la muerte.

En un jardín floral adyacente a los aposentos de los invitados, un atrio de cálidas y dulces fragancias alanceado por el sol, Gorlois se reúne con sus consejeros. Se sientan en bancos cubiertos de almohadones borlados, a la luz manchada de una acacia enmacetada. Junto a ellos, el sonido de la fuente vela su conversación de oídos ocultos.

Gorlois mira el fauno de mármol que baila en la pila de la fuente: "A este Ambrosius... ¿podemos acabarlo?"

Marcus, sobrino del duque y jefe militar, sacude la cabeza. Alto, rubio, corpulento, parece más un sajón que un romano. "Ambrosius es grande por dentro. Es sanguinario, pero tiene una visión. Sus hombres lo perciben. Lo respetan porque los dioses pusieron a prueba su nobleza en los establos, lo hallaron digno y le pagaron con oro ancestral. Y más vital aun que esa suerte suya es que tiene las dotes de un líder, feroz en el campo y un camarada en los barracones. Conoce a cada uno de los hombres de la guarnición desde que cuidaba de sus caballos, conoce sus fuerzas y sus defectos. Ha escogido a sus oficiales meticulosamente, pagando con gloria y honores a aquellos que no compra el oro. Ninguno lo traicionaría. No puede dudarse: tiene una visión letal. Y se la ha inculcado a sus hombres forjando, a partir de ellos, una fuerza de élite, una especie de nueva unidad táctica basada en la caballería. Los entrena cada día, con dure-

Librodot

za... y lo aman por ello. Están convencidos de que es el próximo Alto Rey de Britania y ellos, su guardia personal. No recomiendo un golpe de mano."

El tono de su voz, que declina hacia sombras fatalistas, hiela la esperanza del duque de abortar las insolentes ambiciones de Ambrosius. La familia Syrax de Londinium, el clan más rico de las islas y el aliado más decidido del Alto Rey Vortigern, habría pagado con generosidad la abolición de tan evidente amenaza.

La mirada de Gorlois resbala desde el mármol hasta su consejero político, un anciano calvo, desdentado, parecido a una cigüeña y de tan antiguo linaje romano que tiene vínculos de parentesco con todas las familias mayores de Britania. "Bien, Aulus, ¿qué familias de la ciudad están contra él?"

El anciano se frota su nariz venosa con cierto embarazo al informar a su duque: "No hay familias en la Ciudad de las Legiones que se le opongan, mi señor. Es el hijo de un senador, un hombre de estirpe impecable que no puede ser honestamente tildado de usurpador. Además, mi señor, ha implicado a cada una de las familias de un modo lucrativo en su campaña, prometiéndoles generosos beneficios de la renovación del comercio una vez que los caminos entre las *coloniae* queden limpios. No ha establecido impuestos y compra a las familias con oro todo lo que necesita para su ejército." Hace un gesto desvalido con sus manos moteadas. "Ambrosius ha pensado en todas estas cosas con minuciosidad... y las familias respetan su cuidado."

"Sí... las familias sí", asiente Gorlois concentrándose en lo que empieza a comprender: ve ahora que Ambrosius se ha convertido en algo casi sobrenatural, algo más allá de las rivalidades de sangre. Incisivas líneas surcan su rostro denso y mira a su hija afilando la pose de la quijada. "Es tu madre otra vez. Ese consejero de Ambrosius... ¡era el mago de Raglaw! No me cabe duda de que ha sido Ygrane quien lo ha enviado aquí. Es su magia la que halló la fortuna para fabricar a este señor de la guerra. ¿Hmm? ¿Te das cuenta del tipo de bruja que es, Morgeu?"

"Deberías temerla más, padre", dice Morgeu. Yace sobre su espalda en el banco que ocupa, una rodilla sobre la otra y los dedos cruzados sobre el pecho. Mientras contempla el estampado del sol en las ramas de la acacia, el plan de su madre se le muestra con diametral claridad. La magia de la reina se parece al trazado de un río, un entramado de consecuencias que fluye desde el reino montañoso de Cymru hasta las *coloniae* romanas. El tributario más importante se vierte en esta ciudadela al pie de los montes, nutriendo de poder mágico, en el interior de sus murallas negras, una fuerza maldita preparada para derramarse por toda Britania hasta el mar.

"Debería temerla más", admite el duque, pero con voz de acero. "Ya he visto bastante de su magia todos estos años. Mas soy cristiano. Mi salvación está asegurada por el Dios Altísimo. No temo a Ygrane... ni a ninguna bruja."

"Si Merlinus es impío", sugiere el consejero Aulus, "un buen soldado de Cristo debería deshacerse de él."

"Yo no lo intentaría", advierte Morgeu con prontitud. "Merlinus es más impío de lo que piensas. Es un demonio."

"No haces más que reforzar mi argumento, joven señora", dice Aulus y se dirige al duque con gravedad: "Mándalo al infierno de inmediato, mi señor. Honrarás a Dios y harás un servicio a todas las familias."

Morgeu se sienta; sus ojos son una oscura imitación de los de su progenitor. "Padre, Merlinus no es como Raglaw. No es como nadie que hayamos conocido."

"¿Qué me aconsejas entonces, hija?", pregunta ávido Gorlois. Mucho tiempo atrás, cuando la muchacha tenía aún el rostro angélico de una criatura, el duque aprendió a confiar en sus intuiciones, en sus sabias predicciones del comportamiento de la gente y de situaciones inesperadas que acababan por acontecer. Ahora que la

Librodot

osamenta de su hija se ha hecho más angulosa, puede verse a sí mismo en muchos de los rasgos faciales de Morgeu y se deja aconsejar por ella como si se tratase de una versión profética de sí mismo.

***

"Merlinus no puede ser asesinado... no por nosotros, en cualquier caso. Sirve a poderes más grandes."

"¿Poderes impíos?", inquiere el duque.

"Sólo Dios es santo, padre."

"Decidido entonces", establece Gorlois abruptamente con sus manos de nudillos cuadrados aferradas a las rodillas y su rostro pugnaz inclinado hacia delante para enfrentar cada una de las atentas miradas que recaen sobre él. "Ambrosius no puede ser destruido por las armas, la política o la magia. Como no podemos resistirlo, estaremos con él. ¿Qué otra opción tenemos?"

Entre los trofeos de guerra colgados en la pared del salón del consejo —espadas, lanzas, máscaras de bronce— y los paneles de mapas, Ambrosius reveló a Gorlois y sus oficiales de campo la estrategia para la conquista de Britania. "La mayoría de tus hombres permanecerá aquí, en el oeste, para defender la Costa Sajona con ayuda de los celtas mientras nosotros avanzamos hacia las tierras del interior con los hombres proporcionados por el resto de las *coloniae*"

"No tienes bastantes hombres para tomar las tierras del interior", dijo una voz joven desde la puerta de roble.

Me incorporé un poco, en el asiento que compartía con Theo, para ver entrar a Morgeu confiadamente en la sala del consejo. Vestía una túnica de cuero hasta las rodillas sujeta a su pequeña cintura por un ceñidor tachonado de cobre del que pendía una daga y, con su pelo rizado estirado hacia atrás y ligado en un flagrante moño, su aspecto no era muy distinto del de una joven y peligrosa guerrera bárbara.

"Fuera, niña", le advirtió Ambrosius señalándole la puerta. "Esto es un consejo de guerra."

"Calma, Ambrosius", intervino Gorlois desde el ángulo del mapa donde estaba analizando el itinerario de la campaña militar. "Mi hija es igual a cualquier hombre en tácticas y estrategia. Me ha ofrecido siempre intuiciones valiosas, tanto en el consejo como en el campo de batalla. Me atrevería a decir que es una experta en cuestiones bélicas y harías bien en escuchar sus indicaciones."

Ambrosius alzó una ceja al mirarla. "¿Morgeu, no es así?"

"No tienes bastantes hombres", repitió ella y caminó hasta el lado de su padre. "Las *coloniae* te han dado magras fuerzas. Cada *coloniae* te ha prometido poco más que un puñado de hombres. Son demasiado precavidos para rendir más a un señor de la guerra novel. Si dejas a los soldados de mi padre aquí en el oeste, te verás al frente de unas tropas que no serán más que el esqueleto de un ejército. Con el desgaste que puedes esperar de los choques con los bárbaros, estarás despedazado mucho antes de alcanzar el Támesis."

Gorlois, oscuramente, sonrió. "Tiene razón, ¿sabes? Yo soy el único que te ha ofrecido una fuerza substancial. No puedes permitirte dejar a mis hombres detrás."

"No puedo permitirme el no hacerlo", reveló Ambrosius. "Como habrás visto en el

Librodot

itinerario de campaña ante ti, estaremos fuera todo el invierno. No me atrevo a dejar las costas sin protección tantos meses. No podría sostener una guerra en dos frentes. No. Tú vendrás conmigo, Gorlois. Necesito tu consejo y tu experiencia en combate. Pero la masa de tus fuerzas debe quedarse aquí para proteger nuestras espaldas."

Morgeu sonrió irónica. "No esperes hacer retroceder a los norteños y a los sajones con la fuerza simbólica que las *coloniae* te han dado. ¿Tienes una idea del número de hombres que te aguarda? Sólo los pictos son millares. Tú mandarás menos de quinientos."

"Se ha puesto a mi disposición una fuerza de cuatrocientos treinta y siete hombres de a pie", reveló Ambrosius. "Pero tengo ciento cincuenta y seis de caballería entrenados por mí mismo."

Morgeu miró a su padre, a los oficiales del duque y puso los ojos en blanco. "Perderás el invierno oculto en las *coloniae*, en lugar de conquistar las tierras heladas que las circundan."

"La muchacha tiene razón", admitió Ambrosius. "Es decir, si estuviese pensando en incursiones convencionales como las que vosotros y los bárbaros esperáis. Pero conozco a mi enemigo mejor que todo eso."

"Nadie conoce a los bárbaros mejor que nosotros", aseveró Gorlois e hizo un gesto con la cabeza señalando a sus oficiales, marcados todos ellos por cicatrices de guerra: hombres secos, pugnaces, con el pelo agostado y miradas de un oscuro-aflicción sumisas a la muerte. "Te lo advierto, no son como esos bandidos que golpean y huyen, que cazas por aquí. Oh, no, Ambrosius. Los gaélicos luchan hasta el último hombre, aunque les mates el jefe."

"*Especialmente* si lo matas", añadió un oficial. "Luchan a muerte. La muerte en batalla les garantiza el ascenso a su cielo pagano. El gaélico nunca se retira."

"¿Nunca?", inquirió Ambrosius.

"Nunca", afirmó Gorlois.

Ambrosius dio una palmada. "¡Perfecto! He oído justo lo que esperaba."

Los guerreros del duque intercambiaron miradas incrédulas.

"Si huyeran, nuestra labor sería mucho más difícil", explicó Ambrosius. "Pero si se quedan y luchan, habrá una masacre. Los exterminaremos."

"Ambrosius..." Gorlois lo contuvo posando una mano en el brazo del más joven. "Mi hija te lo ha dicho ya, no tienes los hombres..."

"Para una batalla convencional... no." Ambrosius caminó a través del salón mirando cada uno de aquellos rostros curtidos en batalla. "La clave de nuestra victoria es el caballo. Son piratas y montañeses lo que estamos confrontando. Odian el caballo. Si llegan a montarlo, cabalgan hasta el campo y desmontan para luchar. Para ellos es cobarde golpear desde lejos con piedras o flechas. Su código guerrero exige que peleen cuerpo a cuerpo. Pero nosotros no somos piratas ni montañeses, ¿no es cierto?" Sonrió malicioso y tiró con las manos hacia atrás, imitando el gesto del disparo de un arco. "Sabemos la destreza que se necesita para disparar desde un caballo. Y para nosotros no hay cobardía ninguna en matar a nuestros enemigos desde lejos. ¿Me equivoco?" Soltó la invisible saeta sobre Gorlois.

"Pero ciento cincuenta y seis jinetes...", se desesperó Morgeu. "Es todo lo que tienes... ¡contra millares!"

"Habrá más", prometió Ambrosius. "Cuando hayamos ganado nuestras primeras batallas, vendrán los refuerzos. Y, además, no vamos a combatir a todos los bárbaros en una sola batalla. Vendrán a nosotros de centenar en centenar, un encuentro tras otro, creyendo que somos una fuerza desvalida, esquelética, como tú dices .Y elegiremos terrenos abiertos, elevados sobre las llanuras fluviales, donde nuestra caballería pueda

Librodot

correr en círculos alrededor del enemigo. Los corajudos montañeses tratarán de resistir y pelearán... y morirán."

De nuevo, vi aquella horripilante admiración en el rostro mofletudo de Gorlois cuando trabó la mirada de sus ojos con la de Ambrosius y absorbió la veracidad de la letal estrategia del joven guerrero. Los asombrados oficiales se levantaron de golpe para reunirse en torno al mapa de campaña y devorar con los ojos los lugares que habían sido cuidadosamente escogidos para las famosas masacres por venir.

Morgeu se mantuvo aparte. Observaba a Ambrosius con una ardiente luz en sus ojos y su mirada rezumaba un amoroso resplandor.

"Temo por mi padre", les susurra Morgeu a las indiferentes estrellas. Está sentada en el jardín colindante a sus aposentos y la pura urdimbre de sus ropas vespertinas respira al fresco de la noche.

La luminosa oscuridad del cielo configura un rostro, un visaje de carbón con dos burbujas de vacío por ojos. Humos estelares espuman desde el vórtice de silencio que es su boca. *Para el padre, no hay esperanza junto a Lailokén. No hay esperanza para el padre.*

En trances anteriores, intensificados por pociones narcóticas, ha hablado ya con este rostro. Es Ethiops, el demonio camarada de Lailokén. Ambos quieren lo mismo, liberar a Lailokén de sus lazos mortales. El demonio le ha otorgado poder, suficiente para reforzar sus trances pero poco aún para que prenda en ella la visión. Quiere ver los vientos del tiempo que los arrastran, a ella y a su padre, hacia el este, a la guerra. Quiere ver cómo protegerlo. Pero le falta la magia necesaria para vislumbrar algo distinto de esta faz de fluida oscuridad, esta intensidad sinuosa que crispa su raíz sensual haciendo brotar una savia magnética, escalofriante, de sus propias y dichosas oscuridades.

Su doncella la alerta con un gemido desde el interior y ella sabe que es hora de irse. "Esta noche", le promete a Ethiops poniéndose en pie, sintiéndolo ya en su interior, comprimido en el espacio caliente de su parte más honda. "Volverás a tenerme esta noche. Y con tu fuerza irresistible, liberaremos de la Tierra a Lailokén."

A Morgeu yo la temía. Conocía la magia y acaso poseía algo de ella también. Sin embargo, durante la cena de aquella noche, en un *peristylum* iluminado por multitud de linternas, se comportó con la gracia gentil de una adolescente de catorce años bien educada. Ni una palabra de Ygrane ni de magia celta ni de los planes bélicos. Vestida con una sinuosa *camisa* blanca, ceñida a las suaves curvas de sus pechos jóvenes y sus caderas, resultaba seductoramente femenina. Su cabello de oro rojo, trenzado con sofisticada elaboración, quedaba sujeto sobre el esbelto cuello al estilo romano. Con meticulosa paciencia y sutileza, atrajo la atención de Ambrosius, que le dedicó varias sonrisas gentiles. No creo que él llegase siquiera a pensar que lo estaba seduciendo aunque, cuando ella se retiró, no fui el único en notar su rutilante mirada acompañar la grácil partida de la muchacha. Gorlois le hizo un guiño y, después, un craso comentario sobre el campo de batalla del corazón.

Sólo más tarde vi yo el otro lado de Morgeu, cuando Theo y Gorlois se habían acostado y Ambrosius estaba en la sala del consejo rodeado de sus mapas e informes topográficos, y únicamente los sirvientes se movían por las estancias limpiando las mesas donde cenara la guardia del duque. Apareció en mis habitaciones, en el porche que se abría al jardín. Desnuda bajo un cielo neblinoso de estrellas, parecía un pedazo de luz de luna, con el cabello como un aura de humo alrededor de su rostro gélido, un

Librodot

vestigio entre sus piernas.

"¿Te acuerdas, Lailokén, cómo pensé que eras un ángel la primera vez que te vi?" Su voz no llegaba desde lugar alguno, sino de mi interior, y supe por ello que se trataba de una aparición, quizás sólo para mis ojos. Sonrió con la mitad de su rostro y colmó mi corazón de un temor indecible. "Fue entonces cuando comprendí que debías de ser un mago. ¿Te acuerdas?"

Me levanté del lecho y me arrebujé en mi ropa de dormir.

"He aprendido mucho desde entonces, Lailokén." Se acercó, un vapor insombre voluptuosamente iluminado desde dentro. "He hablado con algunos de tus amigos. Ethiops...Azael. Añoran tu compañía. Me dicen que estás fabricando un rey para mi madre. ¿Es eso verdad?"

"Eso es algo entre Ygrane y yo", respondí lacónico. "Déjame en paz."

"Ambrosius nunca tendrá a mi madre", dijo confiada Morgeu, con una arrogancia que me asustaba. "Puede que tu magia sea lo bastante fuerte para hacerlo rey... pero la mía es lo bastante poderosa para hacerlo mío."

"¿Por qué?", pregunté. "Tu madre misma me impuso esta misión."

"Mi madre tiene ya a su hombre en la persona de mi padre", repuso, fúlgida la mirada como humo de estrellas. "Pero no sabe amarlo. Es una soñadora celta y no conoce siquiera el alcance de su magia. No merece otro romano poderoso. No deberías servirla a ella, Merlinus. Ven a mí. Sé mi mago. Yo soy aquella de quien habla la antigua profecía. Sé cómo usar a Ambrosius... y haré que se cumpla la predicción. Entonces me seguirán los fiana, los Síd me darán su magia y seré la próxima alta reina de los celtas."

Aferré mi bastón y avancé hasta el porche. "Sabes que no abandonaré mi misión, Morgeu."

El espectro me dirigió un vehemente visaje. "No eres un mago, Lailokén. Eres un demonio... igual que los demás. Simulas sólo ser humano. No creas que puedes pasar por encima de mí. El resto de los demonios no lo permitirá."

Afirmé mi postura y crucé el bordón delante de mí, como si pudiese cerrar el paso al fantasma. "No quiero luchar contigo, Morgeu, pero si debo hacerlo, lo haré."

"Tu lucha acaba aquí, demonio", declaró, convertidos los ojos en el destello repentino de un rayo que me obligó a parpadear de dolor. "Te quiero fuera de la carne mortal y de vuelta al vacío al que perteneces. ¡Vuelve a Ethiops y Azael! ¡Vuelve a Ojanzán y Bubelis! ¡Vuelve a la oscuridad!"

Un rayo me atravesó el cuerpo lancinándome con sus nervaduras eléctricas, crispándome de extremo a extremo, haciendo a mis ojos rodar hasta la oscuridad interior del cráneo, venada por arcos de fuego. Me derrumbé, el corazón quería huir a martillazos del tórax, el hálito ceso. La muerte alzaba su cetro en mi espina dorsal con garra de hielo y la tiniebla se cerró sobre mí reclamándolo suyo.

Así hizo Morgeu. Su espectro desnudo flotó más cerca, relamiéndose. Con mis últimas fuerzas, le arrojé mi bastón y, allí donde atravesó su figura, ésta empezó a sangrar verde fuego y una escarcha astral que, al derramarse, crepitó como coágulos de voltaje esparciéndose por las baldosas. Un grito atormentado borbotó de ella y la negrura de su boca abierta se hizo mayor que su rostro convulso, hasta engullirla por completo.

El aire trepidó al penetrar mis pulmones y exhalé una vehemente maldición, un bárbaro alarido destinado a limpiar el espacio circundante de toda amenaza. Chirridos sobrehumanos tajaron la oscuridad del jardín. Al mirar hacia fuera, vi la mole viscosa de Ethiops cegar las estrellas en su rápido trepar hacia la noche. Y el silencio rodó sobre mí, y los sueños florales del durmiente jardín.

Librodot

Sin otra iluminación en el atrio que la argéntea telaraña de los astros, Theo encuentra a su hermano sentado en las frescas baldosas del suelo, bajo el busto de cera de su padre. "¿Escapando de Morfeo, hermanito, o buscándolo?"

"Buscándote a ti, hermano. ¿Podemos hablar?"

La sombra de Ambrosius lo invita a acercarse con un gesto. "Siéntate. ¿Qué te preocupa?"

"Merlinus", dice Theo sentándose con las piernas cruzadas en el suelo, frente a su hermano, como si fueran niños otra vez hurtando a la noche las horas para sus juegos de guerra. "El duque dice que es un mago."

"¿Y qué?"

"¿No te inquieta? No puedo dormirme pensando que hemos sacado provecho de artes oscuras?"

Una risa musculosa brota de Ambrosius. "¡Artes oscuras! Eres todo un sacerdote, Theo. ¿Qué importa que el oro provenga de un hechizo o del mismo papa?"

"¡Importa por lo que respecta a nuestras almas inmortales, hermano!" El blanco de los ojos de Theo se ilumina en la oscuridad. "Voy a pedir cuentas de esto a Merlinus por la mañana. Quería hablar contigo primero."

La voz de Ambrosius se hace más lenta y más honda para portar todo el peso de su convicción, con un timbre que viene de lejos, de las honduras en la caverna del propio ser: "Te lo advierto... si diese la casualidad de que ese anciano fuese el mismo Lucifer, yo no detendría la campaña. En primavera, Balbus responderá directamente ante el espectro de nuestro padre."

Lágrimas cintilan en los ojos de Theo y dejan estelas de plata en sus mejillas.

Ambrosius se inclina hacia delante para convencerse de lo que ve.

"Ey, deja de lloriquear. Tú no sabes si Merlinus es un demonio. ¿Qué ha hecho, al fin y al cabo, que sea tan sobrenatural? Dime."

"Halló el oro."

"¡Bah! Se quedó atrapado en un agujero persiguiendo a una liebre. Fuimos *nosotros* los que encontramos el oro porque nos esforzamos en sacarlo de allí. Pon tu mente y tu alma a descansar, hermanito, y considera por un instante la pasión de mi fe. He pedido al cielo esta oportunidad desde que era un niño. ¿No crees que es posible también que Dios haya oído mis plegarias en lugar de las tuyas? Acaso Dios mismo quiera venganza por la muerte de padre y yo sea su instrumento."

"La venganza pertenece al Señor, Ambrosius."

El mayor se reclina contra el pedestal a sus espaldas, la cabeza inclinada para mirar el vórtice de las estrellas. "Te dije que te fueras a un monasterio, ¿recuerdas? Preferiste quedarte. Pero puedes irte aún, si quieres. No te lo reprocharé. En realidad, yo *quiero* que te vayas. No podré cuidar de ti en el campo. Tienes que entenderlo, Theo. Allí fuera, en la espesura del combate, yo no puedo ser tu hermano. No puedo ser más que eso que he hecho de mí trabajando tan duro. Soy el vengador de nuestro padre."

Theo se incorpora, caídos los hombros sobre el dolor que le parte el pecho. Hoy no ha de haber sueño para él, sólo la ceguera de la noche y el miedo de los diablos que ésta amortaja.

Temprano por la mañana. Theo me llevó aparte y se sentó conmigo en el *tablinum*, el estudio entre el soleado atrio y el abierto *peristylum*, donde se guardaba el cofre que contenía la abrumadora fortuna de la casa en monedas de oro. "He estado muy

Librodot

inquieto", dijo en el dialecto latino de Armórica. "Por el dinero. Quiero decir... desde que Gorlois te acusó de ser un mago, no he dejado de preguntarme si era verdad. ¿Usaste la magia para conseguirnos este dinero, Merlinus?"

"Si lo hubiese hecho, Theo, ¿importaría?"

"¡Maldita sea, claro que importaría!", se enderezó de golpe. "Los Aurelianus somos una casa cristiana, no de los que buscan medrar por medio de brujerías. Eso es obra del Diablo."

Me acaricié la barba reflexivamente y miré el gran arcón de hierro grabado con la imagen de una medusa cuyo cabello viperino se rizaba en las macizas cadenas que aseguraban el cofre al suelo. "¿Te has preguntado alguna vez sobre el Diablo?", inquirí. "Si Dios es supremo —omnisciente, omnipotente, omnipresente—, ¿qué nos dice esto de Satán?"

"Para esos sofismas, Merlinus. ¿Eres un mago o no?"

"Un mago... ¿qué quiere decir eso con exactitud? ¿Un hombre sabio? ¿Es sabio acaso decir de uno mismo que se es sabio?"

"¡Merlinus!" Theo se levantó y caminó sin alejarse de mí, pesándole la consternación como si fuera cansancio. "Mira, anciano... yo te aprecio. Te has convertido en un buen amigo y un buen profesor. He aprendido mucho de ti. Ahora, sólo estoy pidiéndote que me digas la verdad. ¿Obras magia?"

Lo miré desde mi muelle asiento con toda la líquida sinceridad que pude verter en mis ojos grises. "Yo también te aprecio, Theo. Y has sido un buen amigo para mí, además. No te mentiré. Pero insisto en que escuches la verdad. Y la verdad nunca es fácil."

Clavó en mi rostro sus ojos con una urgencia entristecida. "Merlinus... ¿estás obrando magia?"

"Si has aprendido algo de mí, Theo, sabrás que cada vida desarrolla su propio sentido. Tú mismo me has dicho que eso es lo que tú crees." Me levanté y contemplé desde su misma altura sus ojos dorados. "Soy exactamente lo que Dios hizo de mí. Te juro que ésta es la verdad."

"¿No has usado la magia para convertirte en algo más grande?", preguntó mientras la dureza de su faz remitía.

"Te lo juro. Soy el mismo hombre que Dios hizo de mí."

Theo respiró aliviado. "Bien. Tenemos tiempos duros por delante. Mucha gente morirá, temo, por lo que estamos poniendo en marcha. No quisiera enterarme después de que lo que estoy haciendo es obra del Diablo."

"Acerca de toda esta noción del Diablo...", comencé, pero me despachó con un gesto.

"Más tarde, Merlinus. No tengo tiempo ahora para filosofías. Ambrosius se enfadará conmigo si no cumplo con mis deberes de *quaestor*. La campaña bélica empieza mañana." Se detuvo junto a las puertas lo justo para advertirme: "Sáciate hoy de comida casera, anciano. La próxima vez que hagamos un banquete será en Londinium... o en el cielo."

El Furor pasea los montes sobre la Ciudad de las Legiones. Se agazapa en los bosques como el viento que sufre entre los árboles. Hay aquí demasiada magia, y muy peligrosa, para exponerse directamente. La ciudadela allá abajo es un imán inmenso que atrae energía hacia sus piedras negras a lo largo de las líneas de fuerza terrestres. Con gritos de gatos destripados, los Daoine Síd avanzan revoloteando por la hierba uñosa en los llanos que rodean la ciudad. A los ojos del dios son como parpadeos de la llama

Librodot

vespertina corriendo por los pastos soleados, tan pequeños que podría aplastar a cualquiera de ellos en el puño. Pero, juntos, son un holocausto, un enjambre de avispas, una jauría de lobos carniceros, un frenesí de tiburones sanguinarios. Permanece al acecho en los montes, rechinándole los dientes, mesándose la barba, considerando el problema como un nervioso maestro de ajedrez.

Abajo, la ciudadela es como un huevo negro. En su interior, el maligno desove del Dragón se devana a través de sus siropes, un feto monstruoso que cobra forma y fuerza. En primavera, romperá la cascara y liberará la abominación: otra forma del hambre del Dragón, destinada a nutrir la serpiente del mundo con la carne del dios y los cuerpos de todos los Nómadas de la Caza Salvaje.

El demonio Lailokén es la causa. El Furor lo percibe en la ciudadela como un coágulo latente de fuego sidéreo. El cerebro del dios no puede deshelar la incredulidad de que Lailokén haya logrado liberarse de la locura. Dolorosamente, se recuerda a sí mismo que su víctima es, al fin y al cabo, un Habitante Oscuro, y se arrepiente de no haberlo matado cuando tuvo la oportunidad. Y ya demasiado tarde para un enfrentamiento directo: el demonio ha reencontrado sus poderes y será un enemigo formidable... en especial ahora que los Señores del Fuego han decidido intervenir. Con la espada Relámpago en sus manos, su propósito sólo puede ser armar a un humano para que asesine al dios. ¿Será el demonio mismo quien emerja de este huevo de serpiente con la espada en alto?

Para responder a esta cuestión, el Furor ha tratado de hallar a los Señores del Fuego. Ha rastreado el tenue riel del aura de la espada Relámpago a través de estos montes y bosques, en dirección al oeste, donde las estrellas declinan y penetran la tierra.

Su arma ha sido portada al submundo, donde viven los Síd en arriesgada alianza con el Dragón.

Más lejos aun hacia el oeste, en una isla del Mar Escoto llamada Ávalon, la espada Relámpago está presa. Puede sentirla como un hilo frío de viento soplando desde el interior de la piedra ciega de la ínsula. Lo toca en el corazón, donde una herida fatídica atrae al sentimiento. El viento del tiempo lo ha marcado para que muera por esta espada... a menos que pueda mantenerse lejos de ella.

No atreviéndose a acercarse en persona a Ávalon, el Furor ha enviado allí sus cuervos para que espíen por él, pero ninguno ha retornado.

Y así, debe esperar y ver qué sale del negro huevo cuando brote la primavera. Un ejército surgirá, de eso está seguro. Emergerán en primavera, pues ningún jefe en su sano juicio, ni siquiera un demonio, dejaría el santuario de la ciudadela cuando se aproximan las tempestades invernales.

Con el deshielo, llega el tiempo de la guerra. El Furor no duda que el Habitante Oscuro estará en el corazón de las huestes, conduciéndolas con toda la furia de su demente misión. Y el Æsir estará preparado. Este invierno tendrá consejo con sus propios demonios, los cuatro invocados del Abismo por la magia de los dioses que duermen en la Rama del Cuervo. En honor a los dioses durmientes que confían en él y por la fuerza de los Habitantes Oscuros que le sirven, destruirá lo que surja de este huevo negro, sea lo que sea.

Todo el día me mantuve alerta a causa de Morgeu, pero ella no dejó sus aposentos. ¿Conocía su madre la alianza diabólica en que había incurrido o sus vividas ambiciones?

Aquella noche, tuve la última visitación de Ygrane en mis sueños. Nos sentamos juntos en una roca plana y musgosa junto a un estanque que centelleaba flechado por el

Librodot

sol, aunque ella no parecía percibir mi presencia. Vestía pantalones de montar y su corcel la esperaba bajo la negra silueta de un olmo aparrado. Las tiendas de los fiana estaban alzándose en un campo de almiares más allá del margen de la vieja y ruinosa vía romana y las jabalinas clavadas en tierra lucían los gallardetes de la alta reina con el unicornio heráldico.

Un guerrero solitario que olía a cáñamo y sudor de caballo hincó una rodilla ante ella; eran sus hombros como globos, lucía desnudo el pecho, aparte de un torce broncíneo, y el largo cabello cobrizo sujeto por un anillo de plata le caía sobre el hombro izquierdo. La llamó 'Hermana Mayor', tal como era la costumbre de los fiana, incluso de aquellos que la doblaban en edad, y sus labios quedaron ocultos por el arco caído de sus mostachos. "No puedo seguir escondiéndote mi deseo, Hermana Mayor", le confesó con los ojos bajos. "Creo, al fin, que soy el alma que te conoció y te amó con pasión en el Mundo Superior... y que he venido a esta sombra de mí mismo para hacerte mía otra vez."

La reina lo contempló con un deje de cansancio; era evidente que había oído esta súplica amorosa suficientes veces ya. "Mírame, hermano menor."

Él levantó sus ojos grises como sombras de lluvia, rutilantes de expectación.

"Soy tu Hermana Mayor, tu reina", le dijo, y sus palabras tenían el zumbido del viento que desciende de los enjambres de estrellas. "Tú morirás por mí, si es necesario, como yo vivo para morir por ti y por todo nuestro pueblo. Y cuando nos encontremos otra vez en el Mundo Superior, con nuestros ojos despiertos, con nuestros cuerpos despiertos y las estrellas rodeándonos, seremos amantes... tú y yo." El aire se adensó, como si estuviera a punto de llover desde un cielo sin nubes. "Pero ahora olvida tu pasión por mí. Encontrarás el amor de tu corazón en alguna de las buenas mujeres de nuestras tribus. ¿Sabes quién es?"

"No", respondió él como en sueños.

"Entonces te ayudaré a encontrarla. Ahora despierta y sé mi hermano menor hasta que volvamos a encontrarnos en el Mundo Superior como amantes." Le sopló en el rostro y el aire se aclaró con una brisa gélida, magnética que hizo flotar su denso pelo suelto.

El soldado se alertó de repente y miró alrededor, extrañado de hallarse de rodillas ante su reina. Ygrane le sonrió gentil y le dijo: "¿Tendrías la fuerza de ayudar a nuestros hermanos a acampar? Me reuniré enseguida con vosotros."

El soldado movió la cabeza con gesto de aturdida obediencia y se alejó aprisa, llevándome del trance a una caliginosa vigilia.

Morgeu yace en el lecho de su cámara, de lado, la mejilla en la palma, plácida su frente tenaz, aunque parpadean sus ojos cerrados. Pasear fuera del cuerpo requiere toda la relajada concentración que su mente puede ofrecerle. La sombra de una arruga de tensión en el mármol pulido de su carne, y su trance se colapsará en sueño.

Años de experiencia le han enseñado a deslizarse del sueño al mundo de la vigilia como luz de estrellas, como un espectro. Su aparición se detiene en el jardín, la vista elevada hacia el cielo nocturno, donde las estrellas parecen añicos de luz. ¡*Ethiops*!, llama.

El silencio se filtra a través del murmurio de la brisa en los arbustos.

La magia de Lailokén es más fuerte de lo que había previsto. El rostro demónico en la noche cuya fuerza ha compartido durante tanto tiempo se ha ido. Sin él, apenas puede salir de la oscuridad de su cuerpo sin vacilar y caer en los sueños.

Cuidadosa, avanza a través de una pared ciega y emerge a un patio de altos, tiesos

Librodot

álamos contra la bruma de la noche. Merlinus camina entre los árboles en inseguros círculos, las manos cruzadas en la espalda, el rostro cano alzado, hablándole a los cielos.

¿*Es Ethiops*?, se pregunta ella, y se aproxima para ver a quién se dirige el mago.

Agazapada entre los setos, se acerca lo bastante para mirar la alberca de la noche más allá de las agujas de los árboles. Lo que ve titila como un sueño. Marejadas de gente fluyen unas a través de otras y se cruzan en calles congestionadas de policromías de carros metálicos, todos ellos dotados de negras ruedas, exudando humos desde la parte inferior. Un aire ardiente se eleva entre inmensas torres de cristal.

¿*Es el infierno*? Esta idea le da vértigo y vacila hasta quedar casi inconsciente. Para estabilizarse se retira velozmente y se halla de pronto fuera de los muros de la ciudad.

La aurora raya la larga melena del Furor. Acecha él en la foresta; desde aquí ella puede verlo en su totalidad: una montaña en el este, donde la tierra carece de toda otra prominencia. Su ojo único fulge como el lucero del alba y su cuenca vacía es un túnel a la negrura del infinito.

Morgeu tiembla. La vista imponente de ese lúgubre dios envuelto en el resplandor gris, amniótico del día la taladra con un remolino de luminoso terror... y se disuelve como el vaho del rocío.

Bajo el estandarte del dragón, Ambrosius Aurelianus condujo su pequeña línea de tropas desde la Ciudad de las Legiones a través de la foresta y hacia las llanuras de las tierras medias. Por el camino se les unió el magro contingente de las fuerzas del duque, salidas de su campamento extramuros de la ciudad. Las huestes continuaron creciendo muy lentamente a medida que las *coloniae* cumplían sus compromisos enviando un puñado de sus menos deseables soldados al loco Señor del Dragón.

Vestida con túnica de cuero y portando una corta espada romana, Morgeu viajaba junto a su padre a las riendas de un pesado carro de campaña. El vehículo elaboradamente ornado, con sus postes de cabezas de gorgonas, sus flancos repujados con figuras de águilas, su dosel de láminas de cobre con grifos en relieve y sus grandes, sólidas ruedas de madera pintadas con serpientes espirales, requería cuatro caballos para moverse, pero Morgeu lo manejaba con destreza.

La muchacha me ignoraba por completo y miraba directa a través de mí cada vez que yo penetraba en el campo de su visión. No evidenciaba heridas de nuestra confrontación en el jardín, pero yo sentía en ella un aire dolorido: esa peligrosa introversión como de bestia herida que cuaja inmóvil su rabia. No volvería a subestimarme.

En presencia de Ambrosius, se mostraba luminosa y atenta hasta el detalle en lo que respectaba a las necesidades de la fuerza de combate, estaba llena de ideas prácticas acerca del orden de la marcha, el despliegue de exploradores y centinelas, y la seguridad de la impedimenta: intuiciones cosechadas de toda una vida acompañando a su padre y a los fiana en sus correrías. Ambrosius, cuyo conocimiento del mando provenía básicamente del estudio y de los juegos de guerra de salón, absorbía su consejo agradecido. Y Gorlois, orgulloso de la perspicacia militar de su hija y complacido ante la posibilidad de tener a un agresivo señor de la guerra romano por yerno, se atenía a los juicios de Morgeu.

La noticia de aquel pequeño ejército viajó al norte y al este con los vendedores ambulantes y los mercaderes peregrinos. Los bandidos salvajes, que habían vagado a sus anchas desde la retirada de las legiones buscando villas ricas que saquear, ganado que carnear, terratenientes y sus familias que asesinar y abandonar a los perros salvajes

Librodot

y a los lobos, se unieron regocijados. Desde los montes trepó a los cielos el humo de sus hogueras con cantos bárbaros que gloriaban su propósito de destruir esta fuerza novel.

Durante cincuenta años, los britones habían permanecido ocultos en sus *coloniae* muradas y poderosamente fortificadas, emergiendo sólo en esporádicas ocasiones para proteger fincas vecinas con sus rápidas razzias contra los bandidos locales. Muchos de los bárbaros no habían visto nunca un avance bien coordinado y dirigido, y creían que estas escuálidas falanges de lanceros con sus orgullosos estandartes serían fácilmente dispersadas por la brutal fiereza de los ataques gaélicos.

Pero Ambrosius, que había vivido toda una vida para este momento y que había previsto que el apoyo prestado a un caballerizo por la nobleza británica sería modesto, se relamía ante la terrible sorpresa que preparaba a sus enemigos. Durante sus seis meses como comandante militar en la Ciudad de las Legiones, había pasado la mayor parte del tiempo entrenando su escogido grupo de caballeros a dejar la espada y usar pesados arcos de roble, obligándolos a disparar a blancos en movimiento mientras cabalgaban. Para señalar como propio este escuadrón, lo había uniformado con corazas de cuero negro que lucían, repujado, el dragón emblemático de su clan. Desde entonces, forzó cada día su imaginación a visualizar las batallas por venir, en las que cabalgaría con estos hombres —sus hombres— por todas las variaciones posibles de clima y terreno.

Luego, un mes antes del comienzo de la campaña, reemplazó las molestas y pesadas armas de roble por livianos arcos persas, que habían sido de uso común en la vieja caballería romana de sus ancestros Sármatas. El arco persa —compuesto de estratos alternos de madera, cuero y cuerno— brindaba la máxima flexibilidad. Largo y protervamente curvo al estilo oriental, lograba una tracción tan amplia de la cuerda que las flechas aceradas, liberadas con incomparable poder, podían atravesar incluso una armadura... si los bárbaros la hubiesen poseído.

Cuando la hueste de los gaélicos surgió a pie, precipitada desde montes y forestas para masacrar al reducido escuadrón de guerreros británicos que habían atrapado en campo abierto, la caballería se dispersó en abanico. Ambrosius mismo dirigió el difuso ataque, y Theo y yo observamos desde los lomos de nuestros caballos entre las tropas nerviosas cómo los arqueros montados embestían y retrocedían ante los bárbaros aullantes soltando sus descargas con crepitante y mortal puntería. Gorlois se alzaba en el carruaje de campaña con su hija peliígnea al lado y ambos observaban excitados a aquellos fieros enemigos caer en la distancia como las hojas muertas de los árboles.

Ni uno solo de los norteños llegó a tener los ágiles caballos al alcance de su espada y, en minutos, el campo estuvo oscuro de sangre, cubierto de cadáveres erizados de flechas. Los aturdidos bárbaros, preparados para resistir unas pocas saetas pero nada semejante a aquellos proyectiles que silbaban como el viento del norte y los segaban tan lejos de sus enemigos, se debatieron con rabia de berserkers y continuaron avanzando, demasiado orgullosos para volverse y huir. La caballería, bajo los hurras extáticos de las tropas de retaguardia, rodeó a los enloquecidos guerreros y los acabó desde todos los flancos sin perdonar ni uno.

Cuando la carnicería hubo terminado, el Señor del Dragón envió las festivas tropas a recuperar las flechas y despojar a los muertos de armas útiles. Ambrosius retornó triunfante a la cabeza de su ejército y, reforzado así, continuó su marcha hacia el este.

Tres veces más durante aquel viaje, nos atacaron bandas sanguinarias de jutos, anglos y pictos, pero sólo sus gritos de amenaza nos alcanzaron. La veloz caballería, con sus poderosos arcos orientales, arrasó al enemigo en cuanto éste se mostró. Táctico cuidadoso, Ambrosius guió sus tropas por las llanuras fluviales, tal como previera, lejos

Librodot

de los bosques y siempre por campo abierto, donde los bárbaros tenían que exponerse para atacarnos.

Con cada nuevo pueblo o ciudad que pasábamos, ansiosos soldados hinchaban nuestras huestes, contentos al fin de poder contarse entre los Víctores. Aquae Sulis, Corinium, Cunetio, Spinae, Calleva Atrebatum, Durocobrivae y Verulanium: todas vertieron sus hombres de guerra en cuanto nos aproximamos. Y gran parte de este avance se realizó en invierno, una estación en que la gente aborrece dejar la cálida protección de sus ciudades.

También esto fue consecuencia del genio militar de Ambrosius. Las hordas bárbaras no hallaban dónde ocultarse en el paisaje nevado. Cuando la nevasca arreciaba, el Señor del Dragón se retiraba a la *coloniae* amurallada más próxima y, en cuanto los cielos se despejaban, marchaba otra vez, siempre detrás de las tribus bárbaras más numerosas, a las que masacraba haciéndolas surgir de los bosques en los que se ocultaban. La labor era lenta y tediosa, pero grande la matanza.

También mi trabajo me lastraba de arduas y homicidas funciones. Nuevas de las sorprendentes y arrasadoras victorias del Señor del Dragón alcanzaron Londinium ya al principio de nuestra campaña y el Alto Rey Vortigern, Balbus Gaius Cocceius, conocía demasiado bien la identidad de Ambrosius Aurelianus. Los asesinos llegaron con casi predecible regularidad. Vinieron como heraldos, voluntarios arqueros, prostitutas y payasos enviados para entretener a las tropas. En cada ocasión, percibí en sus corazones la muerte inmisericorde con el flujo sutil de mi propio corazón, e identifiqué por la vista a los criminales a pesar de lo inesperada que pudiera resultarle su apariencia al ojo exterior.

Algunos, aquellos que encontré en soledad, los maté con una palabra asesina. En otros casos me expuse y, a veces, con no poco riesgo por mi parte. Uno de éstos no era sino un niño soldado, incorporado a nuestras filas cuando destruimos un campamento de bárbaros encarnizados que aterrorizaba el santuario próximo a Magiovintum.

El blondo y pecoso muchacho no aparentaba más de diez años y el guardia personal del Señor del Dragón le abrió paso ante el aspecto entrañable que le confería su improvisada armadura: una bacina por yelmo, una tapadera de barril por escudo y un peto de mimbre. Sólo yo detecté su núcleo secreto de muerte. Morgeu, que podría haberlo hecho también, yacía en su carruaje, exhausta de la triunfante celebración de la noche anterior. Cuando Ambrosius se inclinó para aceptar el beso del niño que sellaría su vasallaje, mi brazo salió disparado en el instante preciso en que el estilete relampagueó.

El filo estaba envenenado y cualquier otro mortal habría fallecido aquella noche. Durante dos días, habité en un pozo de arañas, picado cada vez que mis bárbaras órdenes disipaban las toxinas. Mi cerebro bullía como con amapolas estivales, fustigándome con rayos y tormentas.

Desperté por fin para hallar a Theo acurrucado tristemente junto a mí, en la tienda del Señor del Dragón. La nieve atravesaba en rayos horizontales las fisuras entre las lonas atadas y colmaba el recinto la fragancia de las substancias quemadas por los hermanos para calentarme y ahuyentar los vapores nocivos de mi fiebre ponzoñosa.

"Cocceius envió el muchacho", me informó Theo. "¿Cómo lo supiste?"

"Me pareció demasiado ansioso", susurré sin que mi voz acabase de encontrarse. "¿Qué ha sido de él?"

"Ambrosius lo ha convertido en su propio heraldo", rió Theo con suavidad. "El niño tiene tripas para arriesgarse a una misión como ésta. Nos dijo que lo hizo por sus padres. Cocceius amenazó con matarlos, si no le obedecía." Su caricia se llevó de mi frente el último escalofrío de fiebre. "Dijiste cosas muy extrañas en tus delirios,

Librodot

Merlinus."

"Desvaríos de la fiebre."

"Algunas, desvaríos." Me ayudó a incorporarme y me ofreció una copa con caldo de raíces caliente; mientras lo sorbía, me contó que algunos de mis gritos habían hecho saltar las sillas y bailar fuegos fatuos en los bancos de nieve. "Si las tropas hubiesen visto cualquiera de estas rarezas, te habrían arrojado sin dudarlo al fuego. Este es un ejército cristiano, ¿recuerdas?"

Aparté la copa y, débilmente, me senté en el lecho. "¿Qué llegaste a ver?"

"Sólo eso. Lo bastante para saber que no eres como el resto de nosotros."

"Te juro que no te mentí, Theo. Soy tal como Dios me hizo."

"No lo dudo, Merlinus", repuso mirándome con tanta franqueza y candor que, por un momento, sentí mi reticencia flaquear. "Pero ahora debes decirme toda la verdad: ¿cómo te hizo Dios?"

Abatí la cabeza y mi melena larga, revuelta por la fiebre, veló mi rostro. "De acuerdo entonces", dije sin aliento, sabiendo que sería odiado, insultado, despachado, pero incapaz —o indispuesto ya— a seguir callándome la verdad. "Soy el hijo de un íncubo. Un demonio fornicó con mi madre, una mujer espiritual, una santa. Yo soy el resultado. Yo soy ese demonio."

Cuando me atreví a levantar la mirada, Theo asintió, comprensivo y melancólico. "Acuéstate, Merlinus. Descansa un poco."

"¿No me odias?" Lo observé con atención, buscando en él indicios de ira o de burla. "¿No estás disgustado?"

"No. Ni enfadado ni disgustado. Tú eres lo que eres. Dios te juzgará, no yo. Yo sólo te he pedido la verdad."

"¿Y Ambrosius?"

"Le has salvado la vida. Sólo tú sabes cuántas veces. Te quiere de vuelta a su lado. También yo. Reposa ahora, Merlinus. La campaña no va a esperar por ti mucho tiempo más."

Se fue y se llevó consigo lo más pobre de mí, todo el fraude de mi tiempo con los dos hermanos. Las monedas de oro, sabía él ahora, se habían logrado con magia. Él y Ambrosius eran, al fin y al cabo, caballerizos transformados en nobles por mi magia. El poder de los britones, la realización de los sueños vengativos de Ambrosius y la desesperación de los gaélicos se habían comprado con oro conseguido por medio de la magia.

Quería que volviese de inmediato para ofrecerle toda la desnuda verdad, hablarle de Ygrane y de Bleys, del Gandharva e incluso del unicornio. No... más, tenía que decirle aun más: tenía que hablarle de Óptima y de la profecía que yo debía ayudar a cumplir; de la profunda esperanza que nosotros juntos —él, yo e Ygrane— teníamos que engendrar y hacer vivir, fuerte y capaz, antes de que mil años de desesperanza descendiesen sobre toda la humanidad.

Mis ojos se llenaron de lágrimas por todos los engaños que empequeñecían mi sagrada misión y todo lo que había conseguido al precio de tanto sufrir. ¿Cómo podía hacerle entender? ¿Debía decírselo todo, debía hablarle de la pena furibunda de los demonios y del inexorable vigor de los ángeles, de nuestros rebeldes recuerdos del paraíso, de Dios y de Su amor real, puro, particular por cada uno de nosotros, incluso por los demonios y los bárbaros?

Si hubiera vuelto, habría puesto en sus manos una montaña de verdad, con todos sus riscos de dolor y sus ríos dichosos. Serené mi respiración y, con el vendaje de mi brazo, sequé las lágrimas saladas que me goteaban del bigote. Si hubiera venido en aquel momento, le habría dado una estrella, con sus puntas lancinantes y la radiante

Librodot

belleza de su sabiduría. Habríamos hablado del alma del hombre y del espíritu de la mujer. Le habría explicado, con tanta pasión como hubiese podido, toda la magia y el misterio que surge de Ella y habríamos imaginado juntos qué hacer de nuestras pequeñas, locas, tristes, gloriosas vidas aquí en este suelo del mundo.

Pero no volvió en todo aquel tormentoso día. Y fue, probablemente, lo mejor porque lo que yo le habría dicho era la verdad y ésta es siempre demasiado vasta, demasiado complicada, en tiempos de lucha y decisión. A él le bastaba, más tarde lo comprendí, que hubiese salvado la vida de su hermano arriesgando la mía. Al lado de este amor, para un hombre de amor como Theo, la mera verdad perdía su importancia. Y, cuando volvimos a encontrarnos, no hubo tiempo más que para la estrategia bajo el viento helado, tiempo sólo para una marcha serpenteante y para la guerra, enemiga de la verdad.

Theodosius Aurelianus se sienta en la tabla más alta de la estructura del vagón de campaña. Lánguido y nacido, se apoya en el mástil de la oriflama, hastiado de muerte. Sobre él, el estandarte del Draco, inscrito de escamas sable y escarlata, tremola en el cierzo contra un cielo gris. Gime muy bajo, en la frontera de lo audible, colmado de la desdicha de los muertos.

Desde esa posición, Theo avista el atardecer, la congestión de sombras en el bosque incoloro mientras un sol nublado se sumerge en un río mate como escoria de plomo. Aparte de los centinelas arrebujados en sus pieles, que encienden las hogueras nocturnas en el perímetro del campamento, las orillas nevadas del río están solitarias. El humo de las tropas en sus tiendas devana filamentos de aromáticos vapores: maíz tostado y carne de cabra asada.

Hundidos los ojos ámbar, borrados sus contornos por las sombras, Theo observa a Merlinus emerger de la tienda y cubrirse la melena gris con la caperuza del manto. Se mueve ágilmente por la tierra apezuñada, no como un anciano.

Pero, desde luego, Theo sabe que la figura encapuchada que se le aproxima no es un anciano, ni un hombre. Le parece haberlo sabido desde mucho tiempo atrás, aunque sólo hace tres semanas que el mago se levantó de su lecho de enfermo. Viéndole ascender las escaleras del vagón, nadie pensaría que fue herido: flota de escalón en escalón y se desliza por la plataforma del carro con sus ropas negras infladas por el viento, como un murciélago grande de maldad.

"¿Me has llamado, *quaestor*?", dice Merlinus sentándose cerca de Theo. Semana tras semana ha leído el escrito de tristeza en las líneas cada vez más hondas del rostro del joven. El fluido de entusiasmo que le transmite Merlinus desde su corazón actúa sólo en presencia del mago. Pero ahora éste lo retiene. Ha esperado paciente que Theo lo llamase, le abriese el alma, y no quiere desfigurar su verdad. Contrae su campo etérico sobre sí mismo, compactándolo en una atención minúscula, enclaustrada, tan concentrada en el interior de su esencia mortal que su rostro se transforma en una máscara.

Los ojos turbios de Theo se fijan en los hoyuelos y la carne lustrosa del rostro encapuchado que tiene delante y ve ahí humanidad. "No eres un diablo, ¿verdad?"

"Soy el hombre que Dios hizo de mí."

Theo le mira directa, autoritariamente. "¿Sueñas?"

"Por supuesto." Sus ojos se achican en sus cavernas. "Sueño con Óptima. Y con los ángeles que la visitaban. A veces, sueño con el Furor."

"El dios de los gaélicos. Debe de ser espantoso."

"Oh, sí."

Librodot

El miedo genuino en la voz de Merlinus anima a Theo a admitir: "Yo he tenido sueños aterrorizadores, también."

"El hombre serpiente."

"Sí.." La turbieza de los ojos de Theo escampa. "El hombre serpiente. Sale del suelo, y porta una armadura enmohecida y antigua..."

"Y tiene tus ojos."

"Sí." El rostro de Theo se crispa cuando su mente cae en una nueva sospecha: "¿Es tu magia, Merlinus? ¿Eres tú quien ha puesto en mis noches estos sueños?"

"No. No he tocado tus sueños. Es otro el que los visita."

Theo aparta la mirada, la derrama en el río metálico, y pondera: "Tienes razón. He tenido estos sueños desde mucho antes de encontrarte." Pausa un instante. "Y así sé quién debe de ser. Una sombra ancestral."

"Más que eso. Si lo que yo he visto de ese visitante prueba ser cierto, se trata de un *magus*. Ha encontrado una forma de absorber poder del Dragón, la inmensa consciencia que habita el vulcanio interior de la tierra."

Theo gira sus ojos asustados otra vez hacia el hechicero. "¿Satán?"

Merlinus se mordisquea el extremo del bigote y medita la respuesta. "Quizás Satán sea el Dragón. Circula dentro de la tierra."

La alarma en el rostro acongojado de Theo se relaja de repente y hace un gesto suspicaz con la cabeza. "¿Es otra de tus fantasías, Merlinus... como cuando querías hacerme creer que la Tierra es una esfera que gira en el vacío? ¿Te acuerdas qué insensato, tratando de convencerme de que la Tierra órbita alrededor del sol?" Se ríe tristemente, sorprendido por el sonido de su propia voz. "Y de verdad esperabas que abandonase mis sentidos, que ignorase las verdades mismas que Dios ha puesto ante mis ojos, para creer tus tonterías. ¿Te divierte contarnos historias absurdas porque somos poco más que niños crédulos ante tu magia?"

Merlinus lo niega con una sacudida de cabeza tan vigorosa que abre su capuz al embate del viento; se esponja y vuela su barba, y debe contenerla con una mano nudosa. "El Dragón es real, Theo. Vive en la tierra colmado de fuerza luminosa y devora todo lo que logra capturar. Pero también nosotros podemos comer de él. No está hecho de carne y huesos, sino de una esencia más pura que el fuego... una forma sinuosa de luz. Sospecho que tu ancestro aprendió a absorber esa luz, a nutrirse de la sangre del Dragón."

"¿Y los sueños?"

Inclinándose confidencialmente hacia el joven, le dice Merlinus: "Durante siglos ha medrado en la costra arcillosa de la tierra. Durante siglos, Theo. Piensa en esto. Ya no es en absoluto humano. No se puede tocar al Dragón sin ser tocado por él. Cambia a la gente. No sólo sus cuerpos —que se transforman en una clase líquida de luz, un plasma de naturaleza peculiar que ya no necesita aire o alimento—; la sangre del Dragón cambia sus mentes también. Las abre a extensos horizontes entre los momentos. Los años pasan como días ahí."

"¿Cómo lo sabes?"

El aire asustado de este hombre requiere la verdad y Merlinus le confía: "Mi maestro, Bleys, es un *magus*. Por medio de cierta alquimia, se ha transformado a sí mismo en un plasma que tiene también el poder de cerrar la brecha entre los momentos. Pero a diferencia de tu ancestro, vive en el tiempo como si fuera un hombre físico. Tu antepasado ha de hallar el retorno al tiempo a través de su semilla."

"La marca del dragón en mi espalda, ésa es su marca." Theo observa abstraído el alfarje del cielo, recordando las historias fantasmales del señor del dragón sármata que, según Ambrosius, su padre acostumbraba a contarle a su hijo mayor. La tradición

Librodot

familiar aseguraba que estos cuentos de vampiros, lamias y licántropos provenían de la boca del primero de sus legionarios, un aventurero llamado Wray Vitki. Al reflexionar ahora sobre todo esto, Theo recuerda haberse enterado por un erudito, el huésped de una de las muchas *mansios* que visitó en su juventud en Armórica, de que la palabra eslava *vitki* significa mago.

"Tu ancestro concentra la voluntad para mantener unidos los momentos sólo cuando es invocado por la necesidad familiar", le dice Merlinus. "Cuando emerge del suelo, la malla de tu sangre lo captura del aire y sueñas con él."

"Surge de la tierra ahora por la guerra de Ambrosius. El abuelo Vitki quiere ayudarnos a vengar la muerte de nuestro padre. Pero no debería venir a mí. Es a mi hermano a quien debería ir." La autocompasión desdibuja las facciones del joven por un instante. "Cuando nos encontramos por primera vez, me dijiste que nadie se salva. Pero este ancestro... este *magus*, este abuelo Vitki de las viejas historias, viene para salvarnos. Lo que turba mi corazón es que venga a mí, cuando es Ambrosius quien lo necesita."

Merlinus posa una mano grande y huesuda en el hombro de Theo, un gesto de camarada sin ningún flujo de magia. "Ambrosius tiene su misión y se la otorga el haber nacido primero, el destino. Ésa es su fuerza. Eres tú el que necesita la ayuda del *magus*. Mira en tu corazón, Theodosius. ¿No hay en él cierto orgullo por compartir la emoción de la victoria con tu hermano y su ejército?"

Theo aferra la mano del mago en su hombro antes de que Merlinus la retire y admite: "Por eso he intentado evitarte, anciano. Al principio pensé que la dicha que sentía en esta campaña se debía a alguno de tus encantamientos. Me he mantenido lejos de ti para poder sondear mis sentimientos reales." Vuelve hacia arriba las palmas como para sostener su sorpresa. "Pensaba que aborrecía la guerra. Pensaba que podía, que debía vivir como Jesús lo habría hecho de haber estado aquí. He odiado siempre las escaramuzas a las que mi hermano me llevó. Me colma el miedo cuando veo la furia asesina en los rostros de los demás hombres. Me asusta tanto que me hace débil. Sin embargo, exulto cuando los bárbaros caen quebrantados. Oír sus gritos de dolor, ver sus cuerpos descabezados me agota, sí, pero me llena del sentimiento de una tarea dura bien hecha. No siento amor por este enemigo. Ninguno. Toda mi dicha está en los rostros agradecidos de los labriegos y las madres y los hijos de la campiña. Dicha y orgullo me poseen en cada pueblo que libramos de saqueadores. Dicha y orgullo... pero, en el campo, cuando oigo los alaridos de guerra y veo esos rostros furibundos, Dios me perdone, me amedrento. Por eso me ocupo de los heridos. Tengo miedo de luchar." Su faz se niebla y se desliza hacia las lágrimas. "El Dragón ha enviado su *magus* al hombre equivocado. Merlinus, yo soy un cobarde."

La apasionada intimidad de esta confesión turba a Merlinus. "Todo hombre sabio lo es."

Theo asiente descorazonado.

"La violencia nos saca de nosotros mismos", le dice Merlinus. "El frenesí asesino de la batalla es una posesión, un eclipse de nuestra consciencia humana por la bestia que llevamos dentro. Es sabio temer eso. Los que no lo hacen están poseídos. Témelos, témelos a todos ellos."

"No quiero matar", afirma Theo con voz frágil, asustada. "Así que, ¿por qué viene Wray Vitki a mí?"

"Porque lo necesitas. Quizás no tanto para matar como para proteger."

Esta palabra capta la atención de Theo, que alza los ojos. "Sí... para proteger." El sacerdote que hay en él entiende este impulso. "Merlinus, estoy cansado de la matanza. Quiero que los gaélicos se vayan y nos dejen en paz. Tendríamos que comerciar unos

Librodot

con otros, no pelear."

Merlinus parpadea con incredulidad. "Debes de estar verdaderamente exhausto para haber olvidado en que punto estamos de la historia. ¿Te acuerdas de los hunos? ¿El tío Atila? Los gaélicos han perdido sus tierras."

Theo se levanta, se aparta, cruza los brazos contra el soplo del cierzo y atisba el bosque anfractuoso, el vasto santuario de los bandidos. "Necesitamos a Roma."

Merlinus permanece sentado en la tabla, las manos acopadas en el regazo, complacido de haber logrado esta intimidad sin magia. "Necesitamos la autoridad de la espada. Sí. Es una dolorosa verdad, pero verdad al fin y al cabo."

"¿Cómo puede ayudarnos el *magus*? ¿Qué puede hacer Wray Vitki?"

Merlinus no lo sabe y no hace ningún esfuerzo para ocultar su incertidumbre mientras medita en voz alta: "Es viejo ya. Ha servido a tu familia desde antes de que Jesús sufriese. Pronto morirá y todo el poder que ha usado para construir su cuerpo de luz será devorado por el Dragón. Creo que intenta darte todo lo que le queda de sí para que ayudes a tu hermano."

Theo se vuelve y recorre al mago con mirada minuciosa. "Dime, mago, ¿habrá un tiempo sin guerras?"

"¿Es una adivinanza?"

Theo parece decepcionado y sombras corrosivas se le oscurecen bajo los ojos. "¿Quieres decir entonces que la guerra es inevitable?"

Merlinus se incorpora y habla en tono de revelación: "Quiero decir que la guerra es como un río poderoso que arrastra a los hombres. Demasiado ancho para un puente, demasiado impetuoso para cruzarlo en barca. Así que, dime, ¿habrá algún tiempo en que uno pueda caminar a través de río semejante?"

"Desvarías."

"La verdad no es cuerda."

Theo sacude la cabeza. "Estoy muy cansado para enigmas."

"Entonces te hablaré directamente." El hechicero se dirige a él con generoso candor: "Hay un tiempo en que uno puede cruzar el río rabioso a pie. En invierno. No temas el tiempo oscuro y frío, Theo, pues tiene sus bendiciones también... si sabes cómo recibirlas."

"Estoy cansado, Merlinus."

"Vuelve pues a tu tienda y duerme", le dice el alma anciana rodeando con el brazo al joven *quaestor* y guiándolo a la escalerilla del carro. "Mañana el río nos lleva a la siguiente batalla."

La primavera nos halló, tal como Ambrosius predijera, marchando como hueste numerosa junto al serpenteo neblinoso del Támesis. Los mercenarios sajones en misiones al norte lejano no ofrecieron resistencia. Vortigern, incapaz de impedir nuestro avance, se había encerrado en su fortaleza de la orilla meridional con un puñado de tropas que aún le eran leales. Acampamos en el cerro boscoso desde donde, dieciocho lunas atrás, descendiera yo al campo de batalla de los elfos.

La tierra alrededor había enloquecido con las lluvias gentiles. El azafrán yacía esparcido como manchas brillantes en la verde alcatifa del planeta. Los ciervos saltaban a través de nuestro campamento. Las liebres se perseguían por sus agujeros entre nuestras tiendas. La vida cantaba en las altas estancias del bosque. Y Ambrosius traía la muerte a Vortigern.

Desde algo más allá del alcance de los arqueros de Balbus Gaius Cocceius, los arcos persas de Ambrosius disparaban una flecha encendida tras otra al maderamen de

Librodot

la fortaleza. El Señor del Dragón gritaba a Cocceius invitándolo a dejar atrás sus venenos, a salir, a luchar mano a mano con el Aurelianus. Vortigern, acobardado, se refugiaba en su fuerte y las llamas devoraban la madera muerta.

Humo negro rascaba el vientre del cielo y los portales se abrieron de par en par. Las tropas que huían de las llamas fueron segadas por negras descargas de flechas que gemían como el viento. Cuando la fortaleza prendió como una pira gigante, Ambrosius cargó penetrando y surgiendo del humo, gritando invectivas y canciones triunfantes, disparando flechas vengadoras contra el holocausto que fustigaba el viento.

Mucho después de que las murallas se hubieran desmoronado, convertidas primero en un vórtice de arremolinadas pavesas y en un montón de irreconocibles rescoldos luego, Ambrosius emergió a caballo, cantando ásperamente a través de los humos cenicientos de su enemigo muerto. Y su odio, y todas las tierras de dolor que había cruzado para satisfacerlo, treparon, negros, a los flotantes paisajes del cielo primaveral.

En la cima de la torre más alta de Londinium, se halla el duque de la Costa Sajona vistiendo completa armadura. A su derecha está su hija, con una túnica llamativa de brocado y ajorcas de plata en los tobillos; a su izquierda, el grave y desdentado consejero Aulus, cubierto por su toga formal habitual. El anciano los ha llamado aquí para comunicarles noticias de los bárbaros. Juntos, miran lúgubremente más allá del maderamen y los bastiones de piedra de la ciudad a los campos verde-plata del estuario, donde las hogueras de los campamentos paganos arañan en cielo del alba con su efusión de vapores negros.

"Hemos perturbado un nido de avispas", murmura Aulus. Una faerïe maligna está atrapada en su cuerpo y a menudo le acuchilla las costillas con su daga diminuta, tratando de abrirse camino al exterior. Otras veces, enciende pequeños fuegos en el pecho del hombre para calentarse. Y aun otras, como ahora mismo, afila la hoja de su puñal en los huesos redondos de las junturas del consejero, y vuela el dolor como las chispas.

Aulus es demasiado viejo para aventuras militares, pero el duque insistió en que viniera. La campaña hubo de cruzar muchos reinos y necesitaba alguien próximo a todas aquellas familias gobernantes que pudiera suavizar y resolver los embrollos diplomáticos. En toda la frontera no hay un estadista mejor conocido y más respetado que Aulus Capimandua. Viejo como es, se habría ofendido si el duque no lo hubiese llamado. Con la faerïe maligna lancinándolo por dentro, sólo el mundo exterior, el mundo político de las viejas familias romanas, le inspira para continuar viviendo. Ver ese mundo amenazado por bárbaros primitivos vestidos de pieles humanas le enferma el alma, y dice: "No ha pasado ni una semana desde que Balbus llegó al infierno y ya fluyen hacia nosotros sus vengadores."

"Centenares más cada día", observa sombrío Gorlois. Berserkers cubiertos de un cieno alabastro danzan mudos como espectros en la niebla informe que asciende del río, evocando a su dios pagano. "¿Y dónde está nuestro rey? Lamentándose en soledad como si él fuera el vencido."

"Quizás lo sea", dice Morgeu. Su atención no recae en las hordas descendidas de las tierras altas boreales, sino más allá, en los rutilantes llanos del litoral. Allí, la figura gigantesca del Furor, inclinada por el viento, danza en lenta y majestuosa unión con sus diminutos adoradores. Su melena blanca raya el cielo como invernales cirros, y sus hombros y brazos poderosos se hinchan con los cúmulos que ruedan en las térmicas corrientes primaverales. "La magia de nuestros enemigos es poderosa aquí."

Aulus se muerde nerviosamente los labios con las encías mientras sus ojos astutos

Librodot

observan a Gorlois evaluar la fuerza enemiga a partir de las líneas tiznadas por las numerosas hogueras de los campamentos bárbaros. "Quizás la guerra no sea inevitable, mi señor duque. Hengist podría ser receptivo. Al fin y al cabo, Vortigern era un británon, no uno de los suyos. No hay sangre que vengar. Déjame hablar de esto con Severus."

Fue Severus Syrax, gobernador de Londinium y aliado de Balbus Gaius Cocceius durante mucho tiempo, quien abrió las puertas de la ciudad y rindió su suntuoso palacio a los triunfantes hermanos Aurelianus sin provocarlos. En agradecimiento, el Señor del Dragón no lo condenó a muerte y ordenó que él y su familia fuesen encarcelados en las mazmorras bajo las torres del río. "No nos ayudará", predice Gorlois, "no tras humillación semejante. Carecerá de toda autoridad entre los bárbaros."

"Esto se me ocurrió cuando el Señor Aurelianus ordenó encarcelar al gobernador", dice Aulus frotándose casual sus nudillos artríticos, como un abuelo añoso que discutiera del tiempo. El discurso farragoso de su arruinada boca es otra de sus herramientas diplomáticas, pues disuelve toda posible inconveniencia en un suave balbuceo geriátrico. "Siguiendo mis instrucciones, Severus y su familia no fueron enviados a las mazmorras."

El duque lo mira sorprendido. "El Señor del Dragón lo ordenó."

"Así lo hizo", reconoce Aulus y se chupa meditativo los labios antes de añadir: "Pero el Señor del Dragón estaba entonces de un humor furibundo debido a su rabiosa victoria. Le habríamos traicionado, si le hubiésemos obedecido. Ahora nos agradecerá nuestra previsión."

"¿*Nos*?" Gorlois muestra sus dientes como clavos con un gruñido de incredulidad.

Aulus parpadea con sus ojos atortugados, desviando la sorpresa de su señor con la propia. "¿Cuestionas mi servicio a la familia Domnoni, mi señor? Hoy eres duque porque tanto tu padre como el padre de tu padre antes que él confiaron en mis juicios."

Gorlois hace un gesto de su ruda mano en el aire, disipando toda objeción a la sabiduría del anciano. "Te he traído porque te necesito. Pero, como de costumbre, Aulus, estás por delante de mí. ¿Por qué has esperado hasta ahora para decirnos que hemos desobedecido al Señor del Dragón?"

"Has estado en extremo preocupado por la seguridad de la ciudad y de sus alrededores", le explica Aulus, y su boca desdentada exhibe una precisa flexibilidad. "No podía distraerte con esta consideración doméstica. Y por lo que respecta a la joven dama..." Gesticula hacia Morgeu con su cabeza apajarada, su calva planicie cimera, su nariz como pico de ave. "Tú te esforzabas con tu magia, te agotabas en tus trances, para aniquilar el mal humor del señor de la guerra. ¿Cómo podía perturbarte con esta cuestión política?"

Morgeu lo observa con fijeza, ojos de tinta que rayan en un rictus de mal humor. Pero, tras su mirada dura, admira al astuto anciano, su voluntad engañosamente dúctil. *Sirve para gobernar*.

"¿Dónde está Severus?", pregunta Gorlois, inquietándole de verdad que el viejo amigo se haya vuelto senil. La familia Syrax tiene profundas raíces en la ciudad y Severus podría servirse de ellas sin dificultad para asesinar al Señor del Dragón y a su cobarde hermano. El duque desearía ahora tener consigo a sus tropas y a su sobrino Marcus.

"El gobernador está confortablemente instalado con su familia en una *mansio* del barrio occidental, lejos de palacio. Creo que es el momento adecuado para hablar con él."

Gorlois veta la idea con un gesto duro del rostro. "No sin que lo sepa el Señor del Dragón. ¿Has perdido la cabeza, Aulus? Si Ambrosius lo descubre, nos acusará de conspiración... y no le faltarán razones."

Párpados oscuros encapotan los ojos nubosos de Aulus. "No si Severus viene a nosotros para sugerir un fin de las hostilidades. ¿Qué conspiración puede haber en recibir una súplica como representantes del Señor del Dragón?"

"Pero ¿puede hablar Severus por Hengist y sus fieras legiones?", quiere saber Gorlois y se frota, impaciente, la palma de una mano con los nudillos de la otra.

Aulus le asegura: "La familia Syrax tiene estrechos vínculos con los *foederatus* paganos; no sólo con Hengist, señor de sajones, sino también con los confederados de otras tribus: el rey Wesc de los jutos y el jefe picto Cruithni."

Morgeu asiente con perspicacia. "La familia Syrax controla los pagos con oro de sangre a los bárbaros, ¿no es así?"

"En efecto, Vortigern los hizo responsables del tributo."

Morgeu mira a su padre con una sacudida de su cabello cobrizo. "Con una influencia como esa, incluso el Furor puede ser convencido. No he visto nunca un talismán mágico tan eficaz como las monedas de oro."

El duque se aprieta el puño con la palma de la mano. Odia la intriga y preferiría estar subido a un caballo y al frente de una buena partida de guerra. Se recuerda a sí mismo que ésta es precisamente la razón de su insistencia en que Aulus se uniese a la campaña: estas tramas políticas debían ser concebidas por una inteligencia más capaz. Accede con un suspiro hosco. "Haz traer al gobernador. Oiremos lo que tenga que decir."

"Excelente decisión, mi señor." Aulus se inclina satisfecho, y la faerïe maligna le taladra la espina dorsal obligándolo a enderezarse de un modo extraño y repentino. "El gobernador espera abajo."

Un ceño nubla el rostro grande del duque. "¿Está aquí?"

"Sí. Consideré sabio que nos reuniésemos todos lo más pronto posible... dado lo que la luz del día había de revelarnos." El hombre, alto y espigado, señala el febril trasiego en los campos del estuario.

Gorlois se inclina sobre el largo alféizar que mura la parda extensión del Támesis y las verdes llanuras fluviales a lo lejos, donde las tribus se están concentrando. "Llámalo."

Aulus cabecea en dirección a su asistente, un hombre pulido, enjuto, vestido con una túnica blanca y fruncida hasta las rodillas, que aguardaba en la terraza. De inmediato, éste desaparece por las escaleras. La guardia personal de Gorlois, cinco hombres de cuellos torunos con armaduras veteranas, se acercan desde sus posiciones en el tejado de la torre, pero el duque les hace con la mano su señal privada para que se mantengan en sus puestos y observen.

Emergiendo del foso de la escalera como un djinn, envuelto en un vapor de pañuelos de seda y ropajes persas pero aún con la coraza de oro repujada de un *Magister Militum*, emblema de su antiguo rango de gobernador, Severus Syrax evalúa fríamente al trío que lo espera. A Aulus lo tiene por amigo de las familias y por su propio aliado. La familia Aurelianus no consta sino de dos hermanos y un ejército febril. Pero la familia Syrax posee gran parte de Londinium y tiene casas en muchas *coloniae*, no sólo de Britania sino también a lo largo y ancho del Loire y la Prefectura de las Galias, en Trier, Troyes, Auxerre y Clermont Ferrand. Tal y como sin duda sabe el sabio historiador Aulus Capimandua, cuando los vientos de la guerra desfallezcan y la chusma que forma el ejército del Señor del Dragón retorne a sus granjas, dos hermanos solos no pueden esperar prevalecer contra la riqueza y la extensión de la familia Syrax.

Con gran confianza, Severus cruza el tejado de la torre. Nunca ha visto todavía a este duque belicoso de las salvajes tierras occidentales ni a su brujesca hija, pero sus espías le han dicho todo lo que necesita saber para no temerlos. Aunque puede darse

cuenta enseguida, al leer sus incómodas expresiones, de que él sí le crea al dúo incertidumbre.

Una barba negra recortada con precisión, fina y aguda como las llamas, una complexión atezada y sus ojos almendrados le dan un aspecto satánico a los ojos de estas gentes provincianas. Los mira con temeridad, obligándolos a saludarlo.

"Severus, ¿servirás al Señor del Dragón?", le pregunta Gorlois dirigiéndose a un enemigo vencido.

El rostro delgado del gobernador se ensancha en una sonrisa. "He estado aguardando ansiosamente su llamada. Fui yo, al fin y al cabo, quien abrió las formidables puertas de la ciudad y le dio la bienvenida. ¿Puedo suponer que se siente complacido en mi casa? Quiero que sepa que puede acomodarse en mi palacio siempre que se halle en nuestra gran ciudad. Por favor, decídselo. ¿O tendré yo mismo el honor de una audiencia con él?"

Gorlois se frota la barbilla, sin saber cómo interpretar la untuosa exposición de este elocuente personaje. Y hace a su hija una sutil señal con la mano indicándole que ataque verbalmente.

Mientras Aulus se aclara la garganta para captar el sentido del encuentro, Morgeu le dice en un tono agresivo de vibrante acusación: "Severus Syrax, has traicionado a tu pueblo. Pagas un oro de sangre a nuestros enemigos, que llegan a esta isla como ladrones y asesinos. Les pagas para que sean ellos los que luchen. Pero eso no detiene las incursiones. No las que sufrimos nosotros en el oeste. Usas el oro de nuestra isla para comprarte tu propia protección y la de tus intereses aquí en Londinium. Y con este acto de cobardía atraes más bárbaros a nuestras costas. Has traicionado a tu pueblo y yo digo que debes ser ejecutado."

Las negras puntas flamígeras de la barba del gobernador se crispan y sus ojos finos se agrandan de indignación. "¿Y quién eres tú?"

"Sabes demasiado bien quién soy. Tus espías se han entrometido en cada rincón de mi vida desde que me uní a la campaña del Señor del Dragón en la ciudad de las Legiones." Las facciones de Morgeu se tensan, malignas, y la muchacha se aproxima a Syrax de un modo amenazador. "Aulus teme tu riqueza y sólo por ello te libró de las mazmorras. No nos hemos enterado de este crimen hasta ahora mismo o, te lo aseguro en el nombre de todos aquellos que temen sólo a Dios, a estas horas estarías sentado entre ratas e inmundicias, escuchando los gemidos de tus hijos, que se filtrarían desde otros fosos oscuros y fétidos como cloacas."

Aún no se ha preparado siquiera para el verdadero asalto cuando su padre le hace la señal de desistir. Ha percibido el destello de un miedo punzante en el ojo de su víctima. Ahora es necesario hacerle tragar el anzuelo. "*Magister Militum*, mi hija tiene razón. La pena por traición es la muerte. Estoy dispuesto a ejecutarte aquí y ahora." La espada corta silba al dejar la vaina en el mismo instante en que el duque avanza; el gobernador queda de pronto al alcance del arma filosa que centellea con el reflejo potente del sol.

Severus Syrax salta hacia atrás, ceden sus rodillas algodonosas y cae sobre sus posaderas. Sus manos y un grito aterrorizado se alzan defensivamente.

"¡Mi señor!", chilla Aulus interponiéndose para recibir el golpe.

Los labios fieros de Gorlois garabatean un rictus protervo. "Eres un buen romano, Aulus. No voy a perderte, todavía. Apártate y déjame purgar este mal."

"No puedo, mi señor." El anciano se coloca delante del gobernador, próximo a Gorlois, dejando que la afilada punta de la espada le toque las costillas en el ángulo propicio para golpear a la cruel faerïe que le pincha las entrañas. "Severus está aquí bajo mi protección. Deberás matarme a mí primero."

Gorlois retrocede y envaina el arma. "Vete, Syrax. Escúrrete hasta tu mansión en los humosos suburbios. Escóndete allí. Si el Señor del Dragón te ve, no dudes que morirás. Quédate bien escondido hasta que te llamemos. Y, cuando lo hagamos, acude rápidamente y dispuesto a obedecernos, pues no volverás a disfrutar de nuestra merced."

Severus Syrax pugna por levantarse y huye apresurado, tambaleándose de miedo. En el momento que desaparece de la vista, Aulus gira en redondo y da a Gorlois una bofetada sonora en el rostro.

"¡Me deshonras!", chilla estridente el anciano. "La familia Syrax es uno de los grandes cimientos del Imperio."

Gorlois frunce el ceño, pero le habla con gentileza al viejo estadista. "En tu generación, quizás era así. Pero ni imperio ni honor existen ya, querido amigo. Explícale, hija."

Morgeu brilla de admiración por su padre, orgullosa de la fuerza del duque y de su compartida visión. Dirige al rabioso diplomático una mirada decepcionada, de arriba abajo, como invitándolo a bajarse de su altivo corcel. "La diplomacia es útil entre las familias, Aulus, pero no puede salvarnos de los bárbaros. El oro puede comprar la libertad de unos pocos. Pero sólo la espada puede liberarnos a todos."

La danza cuchillera de la faerïe maligna gira más y más rápida en el pecho del anciano. Tiene ya demasiados años para esto, decide de una vez por todas. La lección de esta adolescente parece el fin adecuado a su carrera. Acepta su juicio. Al fin y al cabo, ella debe vivir con la mala voluntad que les ha inspirado hoy a las familias, mientras que su propio tiempo está casi acabado. El mundo sin honor pertenece a la generación de la muchacha. Que se disputen pues la carcasa del imperio.

A los sajones no les complació la muerte de su generoso patrón y llegaron precipitados desde el norte o de sus campamentos en la isla, ahítos de una furia cruel. Entre tanto Ambrosius, una vez satisfecha su venganza, pareció perder intensidad y concentración. Se encerró en el opulento palacio del gobernador y, para desazón de su hermano y la ira desesperada de Morgeu, se dedicó día y noche a beber vino aderezado con opio y a disfrutar de muchachas jóvenes.

Theo no tenía estómago para las aventuras militares o sus botines y dejaba a Gorlois el mando diario del ejército mientras él se esforzaba con Morgeu en romper el sortilegio de aquella progresiva degradación de su hermano. Todo para nada. Ambrosius ignoraba a Theo y, cuando ebrio le ponía la pezuña encima a Morgeu, ésta se apartaba airada y se enclaustraba en su ala del palacio.

Privado de la astucia táctica y de la letal intuición de su hija, Gorlois derrochaba los recursos del ejército en ataques vistosos contra los sajones que, si bien reportaban triunfos, costaban más vidas de las necesarias. Al cabo de unas pocas semanas desde la mayor de sus victorias, el ejército empezó a desmoronarse.

Yo permanecía en mi rincón del palacio, temeroso de caminar por las calles de Londinium. Temeroso porque, al igual que en mi primera visita, atisbé la enorme figura del Furor midiendo el horizonte con sus pasos, portando niebla por barba y un océano de estrellas en su cabello salvaje. Por su presencia, sabía que estábamos condenados sin remedio, si nos quedábamos en la vieja capital. Urgí a Theo a abandonar a su hermano, tomar la mayoría de las tropas y retirarse al oeste. Pero, por supuesto, él no habría de hacerlo.

Como mis admoniciones al Señor del Dragón se hicieron más insistentes, Ambrosius dejó de hablarme y yo temía usar toda la fuerza de mi magia en él. Sabía que si lo hacía, el Furor no lo pasaría por alto, y el recuerdo terrible de mi locura no

Librodot

permitiría que eso ocurriese otra vez. Así que esperé en mis aposentos y desde allí espié, a través de los cortinajes, al gigante de la guerra vadear el río.

La espera acabó para el solsticio estival, cuando los sajones, tras reducir nuestro ejército a los arqueros y una pequeña falange de infantería, formaron frente a las murallas de la ciudad. Su jefe, Hengist, el guerrero corpulento y de casco cornado que yo viera abrazar a Vortigern en mi primera visita a Londinium, envió un mensaje diciendo que, si no se le pagaba la totalidad del tributo en oro, se aliaría con los gaélicos, las mismas tribus que el trato con Balbus Gaius Cocceius le obligaba a combatir.

El heraldo que Gorlois mandó para rechazar las exigencias del jefe sajón nos fue devuelto en una lancha, empalado y encendido como una antorcha. Y era éste el mismo muchacho que, sólo tres meses atrás, había arriesgado su vida para asesinar a nuestro comandante. Su muerte sin sentido sirvió, cuando menos, para romper el disoluto embelesamiento de Ambrosius y, despierto repentinamente a la acción, el Señor del Dragón insistió en conducir un ataque contra el campamento de Hengist.

En el salón del trono, todo él de mármol rosa y con las estatuas de los emperadores observándonos mudas entre las masas undosas de sedosos cortinajes, presencié las sonoras discusiones de nuestros jefes. Con atemorizada precognición, reconocí que esto, también, era necesario. Cada doliente palabra arrojada entre los hermanos había sido cortada con anterioridad en el cristal del tiempo. De acuerdo con la historia que yo había nacido para vivir y contar, Ambrosius era un hombre perdido en un mundo perdido. Nada podía salvarlo. Y sin embargo...

Y sin embargo, la súplica, las lágrimas de Theo para que detuviese a Ambrosius después de que sus propios desesperados intentos hubiesen fracasado me forzaron a usar la magia.

Instilé el sueño en los guardias a las puertas de los aposentos del Señor del Dragón y abordé a Ambrosius cuando estaba vistiéndose la armadura. "¡Vuela de aquí, pedo viejo!", ordenó mientras yo apartaba de un golpe la puerta que él tratara de cerrarme en las narices. "Hay matanza por hacer. No tengo tiempo para tu cháchara filosófica."

Le advertí: "Todo lo que has logrado lo perderás, si dejas hoy el palacio."

"¿Estás maldiciéndome, pues?", preguntó burlón y echó mano a la espada.

"Úsala", le pedí señalando el arma. "Mátame, si debes... pero mi advertencia persiste."

Bajó el arma y me miró, fruncido el ceño. "¿Cómo has entrado aquí, de todos modos?" Hizo un gesto relegando la pregunta. "No importa. No contestes. No quiero saberlo." Envainó la hoja y se ajustó el cinturón. "Mira, hace tiempo que sé que eres una especie de engendro demoniaco. Sé que fuiste tú quien nos encontró el oro. Sin ti no estaríamos aquí ahora. Así que te sientes responsable de lo que está ocurriendo. Pero no lo eres. Algo más grande se ha hecho ahora con mi destino. Y por ello mismo sé que mi tiempo ha acabado. Lo sé."

Tuve que hacer un esfuerzo para cerrar la boca. "¿Es que quieres morir?"

"Hah. Querer. Yo no diría semejante cosa, anciano. No quiero morir. Pero voy a morir. Lo siento así. Es una sensación palpable como el hambre o la sed. Lo he sentido desde que asesiné a Cocceius. Mi tiempo ha terminado."

"No es verdad", dije, pero mis palabras sonaron huecas.

El se limitó a sonreír, fría y tristemente. Cuando pasó junto a mí, me puso la mano en el hombro y dijo, quedo: "Gracias, anciano... seas quien seas."

Nada más le manifesté y lo dejé partir. Salió del cuarto como una sombra. Lo seguí al corredor y desperté a sus guardias, y juntos lo acompañamos al patio, donde

arengó a sus tropas. Incluso Theo vio que no había esperanza en tratar de disuadirlo y corrió a vestirse la armadura. Gorlois tomó el estandarte del dragón y cabalgó con Ambrosius a la cabeza de la partida guerrera. Cuando Theo cruzó al galope las puertas de la ciudad, los arqueros estaban ya disparando al campamento de Hengist.

Los sajones emergieron en manadas de sus tiendas de piel, embrazando grandes escudos de cuero que recibían las flechas mientras ellos corrían. Trepé a la muralla de la ciudad para contemplar la batalla con la panorámica que me ofrecían aquellas alturas y alcancé las almenas frente al campo enemigo cuando las sombrías figuras chocaron. Morgeu estaba allí ya, brillante de atención su pálida faz, prietos los puños. "¡Vuelve!", gritaba mientras su padre alcanzaba la retaguardia para hacer avanzar las picas. "¡Vuelve!"

El duque alzó la oriflama del dragón en señal de haberla oído, ilegible su expresión tras la máscara de bronce. Con el brazo extendido en saludo romano, se arrojó de nuevo a la batalla.

"¡Ambrosius está loco!", bramó. Me miró entonces con un miedo agudo, centelleante en sus ojos. "¡Deténlo!"

"No puedo detener al Señor del Dragón", le dije, retorciéndome nerviosamente la barba.

"¡No al Señor del Dragón, estúpido! Detén a mi padre. Tienes el poder, el canto. Hazlo volver a mí."

Afronté temeroso su mirada filosa, delirante. Si detenía a Gorlois, podía poner en peligro a Theo. El poder con que contaba debía reservarlo para él. Sacudí, solemne, la cabeza.

"¡Monstruo!" Tornó su rostro airado hacia el campo de batalla y empezó a cantar un hechizo sinuoso. Pero no había poder en él, sólo pánico, y pronto empezó a desfallecer su voz mientras la tragedia que se cuajaba a nuestros pies la arrobaba con su espanto.

Era un festín diabólico, del tipo que mis antiguos camaradas y yo habíamos disfrutado más: cuando los ejércitos se destrozaban por completo uno a otro y no había vencedores.

Los arqueros montados británicos segaban una veintena de sajones bien armados por cada uno de los suyos cuyo caballo era hachado bajo él y en cuyas ingles y rostro se cebaban, ávidos, los cuchillos del enemigo. Nuestra infantería arrojó las lanzas, cargó en una cuña amenazadora que dispersó a los sajones y abrió una senda mortal hasta su campamento.

El Señor del Dragón y su guardia volaron por aquel camino de sangre, y Gorlois y sus soldados impidieron a los flancos volver a cerrarse mientras les duraron las fuerzas. Pero, a pesar de los miedos de Morgeu, Gorlois no tenía ninguna intención de sacrificarse por nadie y, cuando los refuerzos sajones cargaron desde los bosques sobre el río, alzó su espada encarminada ordenando retirarse.

Ambrosius no le prestó atención y lanzó su caballo contra el muro de guerreros que rodeaban a su líder. Gastadas las flechas, fulgente su espada bajo el sol estival, arremetió contra los enemigos y emergió con la cabeza de Hengist chorreando sangre.

Theo galopó hacia él, cabalgando como jamás lo viera yo cabalgar, sosteniéndose sólo con las piernas mientras disparaba un dardo tras otro contra la turba poseída de asesino frenesí que se apiñaba en torno a su hermano. Cuando superó a Gorlois y sus hombres, gritó para que lo siguieran. Aun desde la distancia a la que me hallaba, podía ver la oscura rabia de su rostro ante la retirada de Gorlois.

Inspirados por el demente ataque de Theo, muchos de los hombres del duque y parte de las tropas que se habían visto forzadas a retroceder cobraron nuevos ánimos y

Librodot

cargaron otra vez. Pero no Gorlois. Fríamente, observó a Theo saltar sobre los cuerpos muertos, patullar cadáveres, disparar sus últimas flechas contra la arremolinada multitud de sajones aullantes. Y sus alaridos desgarraban la cálida brisa del río como trazos de violentos colores, manchando el aire con el resplandor salvaje de la muerte.

Entonces, el caballo del Señor del Dragón se derrumbó bajo su jinete y éste desapareció en la masa bullente de bárbaros. Los gritos voraces, necrófagos, de los sajones cambiaron de tono y el cuerpo ajironado de Ambrosius fue izado en sus lanzas. Aquellos alaridos se quebraron de nuevo en furiosos, estridentes chillidos cuando Theo y sus hombres castigaron su flanco.

Fue ése el momento en que empecé a cantar. Al mirar por encima de mi bastón extendido, pensé que veía un áspero fulgor de escamas en la estela borrosa que la precipitación de Theo dejaba tras de sí. ¡El *magus* del dragón! Y llamé: "¡Dracon-abrasax-sabriam! ¡Iaho! ¡Iau! ¡I! "Y, entonces, pude verlo.

Luminosamente agitado como aurora boreal, con su carne ígnea, laminada rielando en una marea térmica, Wray Vitki, el hombre convertido en dragón, se alzaba detrás de Theo, inmenso como una avalancha e invisible para todos los ojos excepto los míos... y los del Furor. El dios gigante, a horcajadas sobre los lodosos deshechos del horizonte, atornillado de ira su ojo único, levantó los puños amartillados; pero incluso él era impotente ante la fatalidad de aquel momento.

Ardientes como fragmentos del sol sus ojos sulfúreos, el dragón envolvía a Theo en las mallas eléctricas de su cuerpo y juntos avanzaban. El rayo de sus garras acuchillaba, la llama de su cola latigaba y el estallido vulcanio de sus quijadas terribles vomitaba toda la combinada intensidad de un pequeño Vesubio.

Como una bestia herida, el ejército sajón se revolcaba ante la ferocidad abrumadora del dragón y el cuerpo de Ambrosius desapareció en el tumulto. Theo galopó directo hacia el centro de la refriega. Dirigiendo su caballo con inteligencia demónica, volaba en saltos poderosos entre los grumos de infantes combatientes, tajaba a los bárbaros y encabritaba al animal, que golpeaba con cascos relampagueantes antes de corvetear hacia un lado y sumergirse de nuevo en el combate cayendo sobre el enemigo desde detrás. De esta forma, desmenuzó la fuerza sajona no dejando sino pequeños fragmentos aislados aquí y allá.

En cuanto Gorlois vio que la batalla había cambiado de signo, reunió al resto de sus hombres con gritos valerosos.

"¡No!", bramó Morgeu.

Él la oyó y saludó de nuevo, haciendo retroceder a su caballo para ponerse al frente de sus hombres.

"¡No!", chilló Morgeu. "¡Es magia! ¡Sortilegio! ¡Retírate!"

Pero Gorlois ardía con la determinación de conducir la carga decisiva que quebrantaría la amenaza sajona. No se dejaría superar por un caballerizo disfrazado de armadura. Con el estandarte del dragón en ristre como una lanza, se arrojó a la turba crepitante.

Si pudiera haber visto al *magus*, habría dirigido su ataque de forma que quedase situado tras él, añadiendo la fuerza del ente a la de su propio asalto. En lugar de ello, inconsciente de aquel behemoth, atravesó oblicuamente su flanco vulcanio y avanzó directo hacia el bramante frenesí de los bárbaros. Era una buena maniobra táctica, pero ignorante del poder sobrenatural que lo rodeaba. Un sajón aterrorizado lanzó su hacha salvaje; el arma giró arremolinada y surgió de la nube de polvo para golpear al caballo de Gorlois entre los ojos.

Arrojado con violencia hacia delante, el duque se estrelló contra el suelo a los pies de los bárbaros fugitivos, como un presente brutal del Furor. Los cuchillos penetraron

Librodot

por las junturas de la armadura, y los miembros y cabeza de Gorlois volaron en distintas direcciones antes de que sus hombres cayeran furiosos sobre los asesinos.

Morgeu gimió y se arrojó sobre mí. "¡Tú! ¡Tú lo has matado!"

De forma refleja, interpuse el bastón entre los dos; ella cayó hacia atrás y se estrelló contra el parapeto de piedra con violencia mucho mayor que la que yo pretendía. Horrenda de rabia, me miró a través de una vehemencia púrpura. "¡Demonio!", gritó, aferrando el aire con manos espasmódicas, tratando de desgarrar hasta la vista que de mí tenía. "¡Mátame! ¡Mátame ahora!" Se levantó sobre las rodillas, agarrada al espacio vacío. "¡Mátame ahora o te juro por la Madre de Dios que seré yo quien te mate!"

Le apunté con mi bordón, tembloroso el brazo. Quería sólo mantenerla a raya, pero ella creyó que mi intención era darle un golpe de muerte con mi magia. Arrojó brazos y cabeza hacia atrás, ansiosa de morir. Y cuando vio que el golpe no caía, se puso rápida en pie, con una malicia cruel en sus facciones torcidas. "¡Lo están cortando a pedazos!", bramó.

Ante su implacable violencia, yo no podía hablar. La observé, aturdido, y ella trastabilló hacia atrás, bullendo, luchando por respirar. Pensé que estaba a punto de desmoronarse presa de convulsiones. En lugar de ello, me maldijo con voz fustigante: "¡Que el infierno sea tu condenación, Lailokén!"

Huyó de la explanada de la muralla por el arco de una torreta que conducía a las escaleras, con sus gritos abrasados ecoando tras ella.

En el campo de batalla, la retirada de los sajones acabó en desbandada. Los soldados montados los persiguieron orilla abajo del pardo río y por las verdes laderas ondulantes hasta sus mismos campamentos. El resto fue sólo matanza y yo desvié mi mirada hacia el horizonte.

Allí estaba el Furor, una sombra poderosa entre las nubes de tormenta que se cernían, masivas, sobre el resplandeciente estuario del Támesis. Los lamentos de sus secuaces destrozados volitaban en torno a él pero, aun así, las muertes del Señor del Dragón y su duque complacían a su espíritu de guerra. Puedo decirlo porque sonreía en mi dirección y las honduras tenebrosas de su ojo vacío me colmaban de una fría desesperación por todo este mundo de Dios.

Merlinus yace en la orilla del río, oculto de la vista entre hojas verdes como espadas, observando el cielo cargado del hollín de la aurora. Entre las sombras nocturnas que se desvanecen, ve el Londres moderno silueteado contra un domo de resplandor termonuclear. Tallos de rayo púrpura se elevan sobre los edificios estremecidos un instante antes de que vuelen en añicos.

Rápidamente, el mago empieza a hablar, a narrar lo que ha ocurrido durante la noche. Mientras devana su relato, el rayo se consume, el resplandor se devora a sí mismo y los fragmentos dispersos en el aire desandan su camino para acoplarse de nuevo en las reconstruidas torres de cristal. La visión del tiempo precipitado hacia atrás incita una risa en Lailokén estridente como un chillido y debe reencontrar su voz para seguir hablándole al futuro, a la ciudad que rutila a través del cielo de la aurora con sus millones de vidas incandescentes.

Aquella noche, apareció un cometa entre el clamor silencioso de las estrellas. La larga, fina, verde pluma de luz brilló como una misteriosa oriflama espectral sobre las hogueras vacilantes que iluminaban las tumbas donde yacían el Señor del Dragón y sus caídos. Los obispos agitaron incensarios y murmuraron plegarias en los cadalsos que se habían erigido bajo la muralla de la ciudad. Una gran masa de gente representaba,

Librodot

solemne, la pasión y la resurrección, y coros cantaban trenos litúrgicos sobre la muchedumbre de la ciudad que colmaba los campos.

Desde las augustas alturas marmóreas del palacio del gobernador, Theo y los comandantes militares contemplaban las sagradas ceremonias que honraban el paso de Ambrosius Aurelianus y sus guerreros al cielo. Cuando acabaron los ritos majestuosos, el pueblo desfiló junto a la hoguera central, prendió antorchas de sus llamas y retornó fúnebremente a la ciudad portando con ellos la última luz que brilló sobre su héroe.

Hasta mucho después de que el último participante hubiese cruzado las puertas de la ciudad, Theo permaneció junto al antepecho del balcón, mirando allá abajo el palpitante resplandor carmesí del fuego muriente. A pesar de la ávida protección de Wray Vitki había sido herido, perforado su hombro por una lanza de las que los bárbaros usaban para cazar jabalíes. Aun cauterizada y vendada, la herida pulsaba de dolor, pero él se mantenía inmóvil.

Los comandantes, todos ellos exhaustos, muchos con heridas como la suya o aun más graves, permanecían a su lado: buenos romanos, indiferentes al dolor, atentos al sufrimiento. Yo sabía que esperaban una palabra de Theo; penetré en él con el fluido de mi corazón y experimenté un miedo y una tristeza espantosos. Estaba solo, el último Aurelianus. Estaba absolutamente solo.

"El corneta que brilla allá arriba", dijo por fin uno de los oficiales atreviéndose a romper el silencio, "es el tránsito del noble Ambrosius al cielo. Un alma grande ha partido."

Murmullos de asentimiento recorrieron el duelo.

"No", declaré y volví el rostro hacia los soldados allí reunidos. Me miraron aterrorizados y algunos hicieron amago de querer echarme del lugar. Pero yo continué: "Un alma grande ha descendido a la Tierra hoy. Él mismo no lo sabe. Está yerto por la *terrible* matanza de hoy. Y ése es su nombre. Terrible." Lo pronuncié en latín. "Pero su nombre llegará a conocerse en el lenguaje de sus enemigos, que han comprendido hoy la verdad de ese nombre. Y así, se le llamará Uther."

Theo volvió los ojos, giró la vista alrededor mirándome a mí y a los hombres que lo rodeaban, parpadeante, la cabeza ladeada como si intentase oírme a través del estruendo asesino de los hombres.

"Uther", repetí. "Terrible es la muerte de un hermano. Terrible es la muerte de un pueblo. Terrible es el alma que debe portar este dolor y construir a partir de él una vida para los que quedan."

Me apoyé en la balaustrada y apunté con mi bordón al cometa. "Ése es el dragón de tus ancestros, el pendragón, el alma de tu hermano que ha pasado de él a ti. Has dejado de ser Theodosius Aurelianus. Ése ha muerto hoy en el campo de batalla con su comandante y hermano."

El rostro inerte de Theo se arredró con el impacto de la comprensión y sus ojos se iluminaron de lágrimas.

"Hoy, un alma nueva llega a la Tierra", proseguí alzando mi voz para que alcanzase las tropas que yacían esparcidas en las terrazas inferiores. "Hoy tenemos a un nuevo Señor del Dragón." Toqué con el bastón el corazón de Uther y anuncié: "Uther Pendragón."

Desde abajo, parte de las tropas que entendió lo que estaba ocurriendo, clamó en respuesta: "¡Pendragón!"

Los comandantes del balcón alzaron los brazos en saludo romano y ofrecieron su pleitesía proclamando: "¡Uther Pendragón!"

Uther recorrió a sus hombres con ojos ardientes de lágrimas pero ecuánimes, enfrentando y sosteniendo cada una de sus miradas. Cuando afrontó la mía, penetré de

nuevo en él y sentí la soledad de su tristeza y de su miedo abrirse a algo terrible, inefable: un nuevo ser en el que la fuerza imperecedera de su hermano volvía a vivir, pero extrañamente fundida con la parte más tierna de su alma bautizada; una fuerza incontenible, asesina, en unión con el amor de Jesús.

Y yo pensé en Ygrane y en su necesidad del Gandharva y en el glorioso destino que la había separado de su familia y en los faerïe, gentiles, que la habían amado. Eran como hermano y hermana, huérfanos de un pueblo torturado. Y aunque estaban a millas uno de otro, aunque nunca se habían visto, jamás habían estado separados, pues eran amantes desde el principio hasta el fin, destinados uno a otro por el amor propicio de Dios.

Para cumplir mi promesa a Óptima, para completar mi destino como demonio redimido en carne mortal, me correspondía enteramente a mí culminar Su empeño y quebrar la engañosa ilusión de la distancia y misterio que aquí, al filo del mundo, separaba a Uther de Ygrane.

Librodot

Libro Segundo

Señora del Unicornio

¿Te servirá acaso el unicornio...?
¿Puedes atar tú al unicornio...?

Job 39:9

Librodot

UN PALACIO TALLADO COMO FUEGO

En los bosques primordiales de los valles de Cymru, tropas de faerïes avanzan con precipitación, presas en la luz de la luna. Noticias del retorno del demonio-visitador Lailokén han llegado con el viento del este. Como parpadeantes polillas de luz verde, los faerïe se entregan a los remolinos de una danza jubilosa que los lleva desde las ensenadas del rocío en la hierba perfumada hasta las cimas del cielo, donde tremolan los estandartes astrales de fuego polar.

El Flautista, sentado bajo álamos temblones y afiladas agujas de ciprés en las angosturas frondosas de un valle nocturno, ha platicado con el viento del este e informa que Lailokén no vuelve con las manos vacías. Trae consigo un compañero mortal para la reina mortal de los Síd en el mundo diurno.

El trino del dios de los bosques canta de Lailokén y su prez, el señor de la guerra Uther Pendragón. La alegre canción fluye con una gloriosa procesión de faerïe a través de los jirones de luna en los bosques y, por las comunes tierras agrestes, hasta el mar batiente. Allí, sentado en rocas que arropa la bruma marina, el señor elfo Príncipe Noche Brillante contempla la oscuridad del oeste, mira hacia Ávalon.

El exilio de los Daoine Síd del Gran Árbol, de sus ramas aparradas sobre el mundo, fue el inicio de una relación especial de Noche Brillante con este lugar: viene aquí a menudo a concebir sus planes e intrigas. El canto de las sirenas lo tranquiliza. Necesita sus voces calmíferas porque sólo él entre todos los Síd abriga la esperanza feroz de asaltar el cielo y reclamar para los suyos un lugar en el mundo superior. Los demás se han fundido con sus terrestres sinos.

Alguien Sabe la Verdad, el jefe de los Daoine Síd —el Viejo Cabeza de Alce, como también se le llama con respeto menor—, pocas veces deja su palacio subterráneo. Tras sólo cinco siglos en el submundo, se le ve apasionado por su mansión ctónica de fúlgidos muros de fuego eléctrico, pisos grandiosamente prismáticos y terrazas hechas de llama y niebla que se asoman sobre albercas de incandescente magma, de las cuales emerge en ocasiones el Dragón para devanar sus cantoensueños.

Cabeza de Alce es viejo. Era viejo ya hace diez mil años, cuando los Señores del Fuego llegaron por primera vez al Sur Radiante, caídos desde las profundidades estelares a los pastoriles herbazales que ahora son inmensos desiertos. Cabeza de Alce huyó del resplandor entre blanco y azul de sus cuerpos extraños hacia el norte, aterrorizado por sus geométricos pensamientos fríos.

Durante los noventa mil años que precedieron a la llegada de los Señores del Fuego, Alguien Sabe la Verdad fue el más poderoso y reverenciado de los dioses. Lo bastante ágil para trepar y bajar del Gran Árbol a voluntad, disfrutó sus recorridos por la superficie del planeta desafiando una y otra vez al Dragón. Su dinámico pueblo, los dioses Daoine, lo seguían siempre adondequiera que su capricho lo llevase... y lo llevó tan lejos como pudo del Sur Radiante.

Milenios pasaron en los bosques hirsutos y estepas ventosas del Norte Perdurable, los territorios salvajes que Cabeza de Alce prefería cuando bajaba del Árbol del Mundo. A veces, espiaba a través de los velos cerceantes de la aurora boreal para observar las ciudades que se expandían en los suelos desérticos como anillos de esporas, excrecencias fungosas pegadas a las venas verdiazules de los valles fluviales.

Librodot

En general, Cabeza de Alce ignoró a los intrusos... hasta que otros dioses del Gran Árbol se volvieron contra él con la magia aprendida de los Señores del Fuego. Para poder defenderse, los Daoine Síd viajaron al sur aun en contra de los deseos de su jefe. Aprendieron de otras tribus la magia de la geometría, los misterios del número y la letra, las letales verdades del metal.

Para entonces, sin embargo, era demasiado tarde. Dioses de otras tribus dominaban ya esta magia. Los Síd intentaron alianzas con tribus del desierto, pero también para esto era demasiado tarde. Empujados hacia el norte por la locura de poder de los Faunos y expulsados en última instancia hasta del Árbol del Mundo, Cabeza de Alce trabó alianza con el Dragón al que en otro tiempo burlara. Ahora, los Daoine Síd habitan subterráneos paisajes, viven en las adujas de energía electromagnética bajo la tierra, tolerados por el Dragón sólo mientras le ofrezcan regulares sacrificios.

Noche Brillante se ha convertido en príncipe de los Síd por su habilidad para portar oblaciones al Dragón. Inconsiderado con su propia vida, ha sacrificado trolls; ha engañado a estos crueles titanes hasta hacerlos caer en las trampas que les tenía dispuestas. Dioses ha sacrificado también, ha enfrentado tanto a Faunos como Æsir, incurriendo en graves riesgos para ponerlos al alcance del Dragón. Tonans, Pluvius, Orcus, Ull y Vali, todos ellos provocados por el sarcasmo del príncipe, descendieron precipitados del Gran Árbol para caer aullando en las fauces del Dragón. Sátiros y gnomos brutales osaron perseguirlo asaeteados por sus insultos y estuvieron sólo a pulgadas de destrozarlo, antes de que las garras del Dragón los destrozasen a ellos.

No aterroriza la muerte a Noche Brillante. Su sufrimiento es la vida, pues demasiado bien recuerda él las glorias de la perdida morada de los Síd en la copa del Árbol Sidéreo. En los nocturnos pastizales, con las estrellas grandes y numerosas como copos de nieve, él se dejaba llevar a profundos arrobos, vacío de todo y bienaventurado, brillando en sus adentros el aura de la tierra. Durante el día, el viento del sol, colmado de horizontes, pulía su alma hasta dejarla tan fúlgida que parecía reflejar todo el mundo en sí misma. Vivía feliz como la hierba. Amor y destino eran para él la misma palabra.

Ahora, Noche Brillante y el resto de los dioses Síd viven en el largo ocaso, en cavernosas madrigueras y vastos subterráneos, en cavas de estalactitas encendidas por los caprichosos visos de la lava fulgurante. Lo odia. El confinamiento, los sonidos rechinantes y el goteo permanente, los tórridos hedores: todo ello le ofende. Antes preferiría morir en las fauces babosas de un ogro, abiertas las heridas al sol, que vivir a salvo un solo día más entre las rojas sombras de los huecos montes.

El extraño y maligno cantar de las sirenas apela a su melancolía. Si lo calma, es con su indiferente desesperanza. Abatida su veleidosa cabeza entre los hombros, observa ceñudo cómo las olas tejidas de luz de luna rompen contra la costa rota. Más allá de aquéllas, las aguas negro-noche se extienden hasta un horizonte brumoso de estrellas que esconde la isla de Ávalon. Los Señores del Fuego van allí. Noche Brillante los ha visto como estrellas fugaces, brillando un instante para desaparecer veloces en la oscuridad del vacío.

¿Por qué van a ese lugar?, se pregunta, seguro de que si pudiera hallar el camino hasta la isla, si pudiera confrontar a los Señores del Fuego, éstos no lo rechazarían. Aprendería sus misterios. Le enseñarían su magia y él la usaría para guiar el retorno de los Daoine Síd al Árbol del Mundo, donde asumirían el lugar que les corresponde en el edén de sus ramas.

Pero Ávalon es una isla prohibida. Alguien Sabe la Verdad se la vendió a los Señores del Fuego a cambio de que construyeran su palacio subterráneo. A ningún Síd le está permitido infiltrarse en la isla de los Señores del Fuego. Temerario como es, carece de la imprudencia que le haría desafiar a su rey.

Librodot

Un faerïe, pequeño como hoja de trébol, resplandece en su rodilla. Es una mancha de polen luminiscente, un grumo amorfo de polvillo titilante que se amolda de inmediato a la figura de su perceptor. Un elfo menudo se alza en la rodilla de Noche Brillante y su rostro borroso como huella de pulgar se recompone de pronto para ofrecer el visaje maravillado de un niño. *Noche Brillante, ¡he visto a Lailokén!* La voz tenue del faerïe ecoa en las soledades de su corazón y el príncipe no se preocupa de oírla.

Hace ahora un año, dragones que volvían rotos de sus batallas en el este portaron una historia ridícula: Lailokén los había confundido con el amante predestinado de Ygrane. La magia del demonio-visitador no es ni la mitad de lo que Noche Brillante había esperado cuando los Señores del Fuego lo libraron en los dominios Síd. El príncipe habría querido que el Habitante Oscuro aterrorizase al Furor; por el contrario, Lailokén se volvió loco al primer encuentro con el Æsir.

He visto a Lailokén hablarle al cielo, prosigue el faerïe. ¡Hablarle al cielo, Noche Brillante! ¡Tendrías que verlo! ¡Verlo!

No sin reluctancia, Noche Brillante baja la cabeza hasta su rodilla y permite que el faerïe le extienda por la frente su luz mantecosa, desovillando la experiencia en la mente del elfo.

Lailokén aparece tal como el faerïe lo vio: medio desnudo, con hojas pegadas al cuerpo y la apergaminada cabeza caída hacia atrás en risa explosiva. Corre en círculo demente por un salvaje vergel de alabeados camuesos, cerezos aparrados y corcovadas endrinas. Sobre él, riela un espejismo. Una ciudad flota allí, torres acolmenadas altas como acantilados y coloreadas por luces brillantes. Lailokén boquea atolondrado para hablarle a la aparición y Noche Brillante lo oye con la claridad del faerïe:

Uther Pendragón tardó tres días en hablar, después de la muerte de su hermano. Se obstinaba en permanecer sentado en una silla de elevado espaldar en el balcón más alto de la más alta torre de palacio, y contemplaba los llanos del río y el frente tempestuoso sobre el mar donde el Furor, airado, andaba y desandaba sus pasos. Yo sé que él no veía al dios, ni el Támesis tampoco, ni siquiera cuando el sol de estío enloquecía su ancha superficie con reflejos como copos fúlgidos que le hacían parpadear. Su mirada, cruel y tímida al mismo tiempo, se hallaba introvertida, espiaba el lugar adonde el espíritu de su hermano había ido, tornaba a un paisaje de Armórica, la 'Pequeña Bretaña' que recorrieran juntos... más de veinte años juntos que ahora le colmaban de espectros de nostalgia.

Detrás de él, yo usaba mi magia para sentir lo que él sentía. Brillaban como rescoldos sus recuerdos y el espacio de su vida tenía la cadencia de la música. El pasado era una risa ingrávida, la felicidad armoniosa de un niño y el bordoneo de los cánticos de la iglesia. Pero la canción estaba cambiando. Su viejo corazón de dos estancias, mitad placer infantil, mitad fe lastimera en la iglesia y venganza familiar, se había roto. Roto el corazón, todo gozo se había derramado. La venganza carecía ya de propósito. Y la fe, mayor que cualquier propósito, no podía ayudarle nunca más. La canción de sus adentros había cambiado.

El lenguaje fracasaba al intentar substanciar estos cambios. Uther no sabía lo que había sido de él. Yo habría de decírselo.

"Uther", le susurré el cuarto día mientras él mordisqueaba una manzana con despreocupado ahínco; examinaba el río obsesivo y su visión interior se demoraba sobre las lentas barcazas y las orillas hirsutas de ruibarbo y bardana. "Uther... el ejército espera tus órdenes."

"Tengo hambre", contestó. "¿No es extraño, Merlinus? Quiero decir... si piensas

Librodot

en ello, es muy extraño."

"Sí, sé exactamente lo que quieres decir", asentí. "La vida, como la muerte, está mucho más allá de la posibilidad de elección."

Mordió la manzana, mascó reflexivo un pequeño pedazo durante unos momentos y comentó: "Yo sólo quería ser un sacerdote. Quería adorar a Dios, amar a la gente, ayudar a los que sufren, preservar para el cielo sus almas. Ambrosius era quien quería la venganza. No yo."

Me apoyé en la balaustrada y le ofrecí un gesto compasivo de mi cabeza. "Y ahora él ha partido y tú eres el Alto Rey de los britones, a pesar de lo irónico que pueda parecer..."

"Exacto. Qué absurdamente irónico. ¿Qué derecho tengo yo a esta posición?" Arrojó la manzana a lo lejos con disgustada expresión y el fruto se hundió en los centelleos de un estanque de la terraza inferior. "No soy el rey de nadie. Ni el tuyo, ni el de ellos. Ambrosius tenía el ánimo para eso. No yo."

"Uther, tú eres el rey. No por ambición, sino por fortuna. Por fortuna sólo te has convertido en rey. ¿No te das cuenta? Es la mano de Dios."

"Entonces, renunciaré", decidió limpiándose la boca con el dorso de la mano. Su barba de cuatro días daba un aspecto leonino a su rostro atezado y no se parecía ya al joven que yo conociera; era como un primo lejano de aquel desaparecido. "Me retiraré a un monasterio. Y el título, valga lo que valga, que se lo quede otro."

"¿Dejarás que la muerte establezca su dominio?", pregunté sesgando la voz con la amargura de un tono herido.

"¿Qué quieres decir?"

"Tienes hambre", repliqué. "Éstas son tus primeras palabras corno Uther Pendragón. La vida de Uther quiere vivir. No la encierres en una celda monástica. Si lo haces, la muerte tendrá dominio sobre tu hermano. No. La muerte de Ambrosius te ha hecho rey. Ahora, debes darle a esto un significado. ¿Me oyes, Uther?"

"Deja de llamarme así." Puso los pies en la silla y se abrazó las rodillas contra el pecho. "Soy Theodosius Aurelianus. Sólo eso. Y sí, tengo hambre... pero no de guerras. No quiero volver a ver una batalla en toda mi vida."

Me aparté de la balaustrada y me incliné de golpe sobre él. "¡Deja de hacer el niño!", le grité a la cara. "¡Tu hermano está muerto! Murió por venganza, sí. Pero la suya es la venganza del pueblo contra un traidor. Tan seguro como que estás sentado delante de mí es que los sajones que trajo Cocceius arrasarán este país y asesinarán a la gente —tu gente— a menos que se lo impida un vengador. ¿No lo entiendes? Tú eres ese vengador."

"Déjame solo, Merlinus." Ni siquiera me dedicó una mirada de sus ojos soñolientos. "Que los señores de la guerra combatan a los sajones. Yo estoy ya enfermo de hacerlo."

"Entonces la muerte vencerá", predije, saturada de desdeño mi voz. "Ambrosius mató y murió para vengar el nombre de su padre... pero el espíritu de su padre no está vengado aún. Tu padre y el padre de tu padre y todos los ancestros Aurelianus que trajeron la civilización a este país salvaje han perdido hoy su espíritu. Todo aquello para lo que vivieron y murieron ha dejado de ser, porque tú has tomado tu egoísta decisión. Y lo mismo por lo que respecta a tu fidelidad, y a Jesús y la iglesia que pretendes amar, y a las esperanzas de todos los cristianos de Britania..."

"¡Basta ya!", exclamó Uther. Se enderezó en el asiento y me acercó tanto el rostro que pude percibir su ardor. "¿Qué quieres que haga? ¿Quemar asentamientos bárbaros? ¿Marchar a la cabeza del ejército? ¿Convertirme en mi hermano?"

Yo no me apoqué. "Quiero que te preocupes." Sostuve, tirante, su mirada. "Esta

historia que estás viviendo tiene un final. Hay un final y quiero que te preocupes de que sea el correcto. ¿Me entiendes, Uther? Te guste o no te guste, tienes un destino."

La ira cayó de su rostro barbado y me miró por un momento como sorprendido de que la solución a los atormentados sentimientos que lo poseían pudiera ser tan simple. *Una historia... con un final*. Entonces, se puso en pie y se alejó.

"Tengo hambre", se quejó y caminó hasta la estancia abovedada que se abría al balcón. Se detuvo en la escalera espiral y me miró con impaciencia. "¿Bien? ¿Vienes, Merlinus? A Uther Pendragón, Alto Rey de los britones, no le gusta comer solo."

Príncipe Noche Brillante se incorpora apartándose del toque del faerïe, espolvoreado su rostro angular con destellos de oro. El faerïe, cumplida la misión de informar a su príncipe, se aleja hasta desaparecer entre los vapores esplendorosos de la leche lunar. El príncipe élfico se levanta, sintiéndose más liviano de pronto por las noticias. El Habitante Oscuro disfrazado de humano vagó por el mundo impotente y loco, y retorna ahora portador de una visión y de los poderes persuasivos de un demonio.

La visión misma le ha parecido siempre cuestionable a Noche Brillante. Ha escuchado con paciencia a las Viejas de dieciséis generaciones profetizar que la unión de una reina celta con un rey romano dará lugar al salvador. Pero, hasta ahora, nunca lo ha creído. No es que dudara de la clarividencia visionaria de las Viejas, que ha probado su famosa certeza siglo tras siglo durante cientos de generaciones, sino que no acaba de creer que alguien pueda predecir con exactitud la dirección del viento del tiempo en esta turbulenta era moderna.

Lo que el faerïe le ha mostrado, sin embargo, cambia la opinión del príncipe. *Quizás las Viejas tuvieran razón*, piensa mientras asciende la pendiente resbaladiza de una duna. *Raglaw dijo que había logrado transmitir su visión del rey romano a Lailokén. Quizás sea cierto.*

En la cima de la duna, Noche Brillante inclina hacia atrás la cabeza y observa el zénit estrellado. En él, el Habitante Oscuro contempla el futuro. El viento del tiempo sopla a través de esta era hacia una época mayor, velada a los ojos del príncipe. Velada hasta que tuvo aquella vislumbre futurista a través de los ojos plateados del demonio. Brevemente, pero con la desgarradora intensidad de un recuerdo eterno, presenció torres como inmensos gargantúas al borde del Apocalipsis.

Qué extraños resultaban aquellos pináculos de cristal sin las foliaciones en mármol y madera populares entre romanos y celtas y, en realidad, entre todas las tribus. Qué extraño ver un futuro de monótonos chapiteles carentes de estatuaria, volutas, frisos... carentes, en definitiva, de todo tributo a lo orgánico, a la naturaleza o a la misma humanidad. *¿Ya ese mundo estrafalario y abstracto es adonde nos lleva el viento del tiempo?*

Noche Brillante mira hacia el oeste, hacia Ávalon. Si sólo pudiera ir allí y ver a los Señores del Fuego... Está seguro de que éstos podrían explicarle la belleza de ese paisaje mineral... ellos, cuyas tribus del desierto hablan de un Dios incognoscible, sin nombre o atributo. Sin duda, esa ciudad vacía de iconos, desnuda de representaciones ornamentales, esa colmena puramente geométrica es una ciudad de su Dios.

¿Y el holocausto cegador? En la visión de Lailokén, Noche Brillante ha contemplado el blanco resplandor que destruye la ciudad e, inconcebiblemente, vio al Habitante Oscuro recuperar con su historia las torres de la tormenta de fuego, como si el sortilegio de su relato bastara para impedir el Apocalipsis. *¿Qué clase de magia es ésa?*

El tiempo ha demostrado ser de un orden superior a la brujería de los dioses, que

Librodot

aún confían más en la fuerza eléctrica de sus cuerpos que en la magia sutil pero penetrante de la mente. Los Señores del Fuego enseñan poderes psíquicos que apenas parecen substanciales —runas y sumas—, pero las historias que conjuran y las numerologías que tejen son mucho mayores incluso que el poder del Dragón.

Estos pensamientos le inspiran a Príncipe Noche Brillante esperanzas nuevas. *Quizás las Viejas tuvieran razón después de todo. Quizás nuestro salvador nazca del matrimonio de dos enemigos. Quizás quebrante al Furor y nos abra a los Síd una vía de retorno al Gran Árbol.*

Con esta esperanza devota, el príncipe élfico saluda a Ávalon, oculta bajo el goteo de estrellas del horizonte. Saluda a los Señores del Fuego, que fueron los primeros en enseñar magia a los Síd. Y saluda al rey que ha de venir, aquel del que habla la profecía y cuya magia perdurará cuando todos los reinos de esta época se hayan convertido en aire.

En cuanto Theodosius se hubo aceptado a sí mismo como heredero de su hermano, podría haberle hablado del unicornio y de por qué me había esforzado de un modo tan obsesivo en verlo convertido en rey. Podría haberle dicho que había manipulado los acontecimientos para poner en movimiento el sueño predestinado de Uther Pendragón, de forma que pudiese cumplir una promesa hecha años atrás a un alquimista chino, tan crasamente desapegado de la vida terrena que marcharía al cielo sin ayuda de la muerte —de un modo más dulce aun que Jesús—, si lograba atrapar a una bestia extravagante. Podría... pero no lo hice.

No lo hice porque había empezado a creer en algo más grande que mi propia magia. A través del puente del corazón, el nuevo ser que habitaba a Theo se me había dado a conocer horas después de la muerte de Ambrosius. Y luego se mostró el cometa, que no concebí yo. Su aparición validó la autoridad de Uther Pendragón, pues fue visto por todos, sobre muchas provincias, dominios y reinos. Yo no había empleado ninguna magia en absoluto para inspirar a Theo la carga bélica con la que siguió a su hermano y quebrantó el ataque de los sajones. Theo se bastó a sí mismo. Y Wray Vitki, el *magus* que su justo furor había conjurado, era su aliado personal. Aunque yo había utilizado mis bárbaras palabras para contemplar esa entidad, aunque Morgeu creía que era mi poder el que inspirara el ataque que convirtió a Theo en Uther y que destruyó a su padre, la verdad era que yo había sido un mero testigo de todos estos acontecimientos.

Algo más grande que la magia había causado la reacción de Theo ante la muerte de su hermano. Algo hizo de él Uther Pendragón. Y no mi magia, sino algo en sus adentros. ¿Por qué, pues, lastrar al hombre con mis hechos? Tenía preocupaciones mucho más apremiantes que mi promesa a un sabio chino, que sólo le habría confundido y, muy posiblemente, habría puesto en peligro el bien que Uther encarnaba para un mundo civilizado.

Así, mantuve cerrada la boca a la expresión de mis designios y me consagré a ayudar al Alto Rey en los asuntos que exigían su atención. Naturalmente, presioné para una alianza con los celtas y contradije las protestas de los comandantes de Gorlois poniendo en evidencia las pérdidas arrolladoras que el duque había sufrido en sus correrías contra los bárbaros. La desaparición de Morgeu, que huyera al oeste con un puñado de servidores aun antes de que los restos mortales de su padre fueran enterrados, hacía la tarea más fácil. ¿Quién sabe de qué brujería me habría acusado ante el rey y sus hombres? Me traía alivio su partida, aunque sabía demasiado bien que la próxima vez que la viera daría lugar a un tiempo asesino.

Uther, que carecía de la arrogancia romana de su hermano, coincidió en que los

Librodot

celtas tenían tanta razón como los britones en defender su territorio contra los bárbaros y que una alianza no podría sino favorecer a ambos pueblos. Además, muerto Gorlois, alguien entre los britones debía enviarse a la reina celta, de modo que quedase asegurada su buena voluntad y la garantía de acceso a sus valiosos guerreros. Ninguno de los oficiales de Gorlois, y menos que nadie su sobrino y heredero al título Marcus Domnoni, querían asumir la misión, pues temían la ira del espectro del duque. Y no surgieron voluntarios de las casas nobles, pues Gorlois las había turbado a todas con los cuentos sobre la hechicería pagana de su mujer.

Para empeorar las cosas, la joven alianza entre los mismos britones estaba en peligro. Las grandes casas de Londinium, que acomodaran a Vortigern y se aprovecharan de su alianza con los sajones, planeaban el asesinato de Uther. Cuando la niebla del río inundó la ciudad y el mundo pareció una sombra de sí mismo, el fluido de mi corazón se deslizó por calles y avenidas y penetró en las grandes casas vetustas, y escuchó las estrategias regicidas que se concebían allí. Era tiempo de que el rey partiese.

Tal oportunidad llegó con un heraldo de Cymru que portaba un mensaje de los druidas, el gobierno de los celtas. Estos, enterados del fallecimiento de Gorlois, proponían el matrimonio de su reina con el Alto Rey de Britania. Uther puso objeciones. Era un cristiano, al fin y al cabo, y los druidas dejaban claro en su misiva que deseaban los mismos términos que sellara el compromiso con Gorlois. A cambio de su cooperación militar, querían la seguridad de que a los misioneros cristianos se les impediría entrar en su reino occidental.

"No quiero tomar parte en esto", clamó Uther. "Santa Non ha llevado ya las nuevas de Jesús a las tribus celtas. Su hijo David prosigue hoy la noble tarea de la santa. No renunciaré a mi fe por razones políticas, ni por ninguna otra razón."

Yo no dije nada porque los obispos británicos lo hicieron por mí. Eran éstos, en su mayoría, fieros admiradores del pragmatismo cristiano de su teólogo nacional, Pelagio, quien creía que cada uno de nosotros, en posesión de su libre voluntad, debía establecer los términos de su propia paz con Dios. Aconsejaron al rey casarse con la reina de una forma exclusivamente nominal, por el bien y la supervivencia del país ante la amenaza bárbara. Al fin y al cabo, señalaron, el principal rival de Pelagio, San Agustín, que se opuso tenazmente a abandonar el dogma de la iglesia, disminuyó así la flexibilidad de los líderes romanos para trabar alianzas y fue quemado vivo por los Vándalos en el norte de África.

Lo que al final —y del modo más casual y extravagante— decidió las cosas para Uther fue la posibilidad de entrevistarse con la reina celta que se resistía al cristianismo. Theo, el sacerdote que aún residía en Uther, abrigó el deseo de convertir la noble pagana a la gloria de su propia fe y de un modo, sabía él, que el rudo Gorlois nunca habría podido. No sin reluctancia, consintió al fin que los obispos redactasen su aceptación de la propuesta de los druidas.

Luego, consciente de que la proximidad de la estación fría era su mejor defensa para las tierras bajas, Uther anunció formalmente su proyecto de viajar al reino montañoso de Cymru y confirmar a los feroces celtas la alianza que ayudaría a repeler por fin a los invasores. En una exhibición de agudeza política, Pendragón convocó a Severus Syrax y, en presencia del obispo, los eclesiásticos de la ciudad y los dignatarios de las grandes familias, lo restableció como *Magister Militum* de Londinium antes de recibir su voto de lealtad. Así, restaurada en su poder y comprometida ante Dios en el apoyo a Uther Pendragón, la familia Syrax no podía fomentar la rebelión pública contra él en su ausencia. El anciano estadista y campeón de las familias, Aulus Capimandua, habría estado orgulloso de tan sensible muestra de diplomacia, si no hubiera partido ya de allí dispuesto a retirarse a una ciudad-jardín de Venonae donde vivían sus nietos.

Librodot

Con un hábil guardián militar instalado en Londinium, Uther condujo su ejército hacia el oeste. Por el camino, devolvió los soldados a las *coloniae* que contribuyeran a sus huestes y recibió la pleitesía personal de los dignatarios de aquellas provincias. Su prolongada instrucción eclesiástica y su educación noble le fueron de gran utilidad en este tur diplomático y, en presencia suya, al menos, nadie cuestionó su real autoridad.

El problema más grave e inmediato en ese momento era la herida de su hombro. Se resistía a sanar. La energía curativa que yo dirigía con el flujo de mi corazón a la carne tajada no abatía el dolor ni el resudar de la pustulencia. Tampoco lo lograron los bárbaros cantos que intenté. Todo lo que pude hacer fue dejar la herida al cuidado de los cirujanos y a su insistencia en que lavase la carne estragada con tinturas de verbena y eléboro, y la expusiese diariamente a la luz del sol. Hay que reconocérselo: el rey no se quejó. Y yo sospeché que, en secreto, estaba contento de conservar la herida como emblema físico de su sufrimiento interior.

Apartándose de la visión que Raglaw me transmitiera, Uther empezó a llevar barba. El negro vello, recortado para delinear la potente amplitud de su quijada, acentuó los planos angulares de su rostro, tanto más afilados desde la muerte de su hermano. Tenía la faz cincelada de una pieza de ajedrez y, si en aquellos días dolorosos hubiese llegado a sonreír, creo que se le habría quebrado como el cristal.

Durante las semanas estivales que siguen a la muerte de Hengist y a la derrota de los sajones, el Furor permanece aturdido en la boca del Támesis. Con una de sus botas de piel de lobo en la Isla de Thanet y la otra en la Isla de Tamesa, observa el Mar del Norte con esa mirada yerta que pinta a los dioses cuando el viento del tiempo cambia repentinamente.

En general, con esos virajes repentinos del destino los dioses simplemente desaparecen para volver de inmediato a sus reinos astrales en el Árbol de la Tormenta. Pero el Furor ha jurado tomar estas Islas Occidentales y no se moverá. Sumerge el poder en la quietud de su postura y permanece inmóvil mientras las sombras del tiempo se realínean en torno a él como niebla de un valle que rolase sobre el país. Sólo el mar es estable. La hoja acero del horizonte oceánico es lo único que le impide marearse.

El vértigo le dura sólo momentos al dios colosal, pero semanas habrán pasado en el mundo de los hombres y demonios. Los cuatro diablos conjurados del Abismo por la magia del Furor penan en el terreno brumoso, furiosos por la matanza de sus hordas sajonas. Culpan a la sorpresa. Nadie vio llegar al *magus*. Culpan a Lailokén. Él trajo el *magus* a la batalla. Se culpan uno a otro. Tanto anhelaba cada cual saborear el carnaje que ninguno gozó de claridad para dirigir el ataque de los guerreros tempestuosos.

La cacofonía de Bubelis al bufar y escupir de frustración acaba por arrancar al resto de los demonios de su berrinche. Azael le silba al Furor airado como serpiente, tratando de quebrar su mirada transfija. El dios es su marioneta y sus cuerdas se han enmarañado con las ráfagas del viento del tiempo. La rota ilusión de su poder es peligrosa: estos lapsos pueden hacerle comprender que los demonios no están en absoluto bajo su control. Si así ocurre, no tardará en darse cuenta de que en realidad no ha sido él quien los ha llamado de las Profundidades sino, por el contrario, que ellos han surgido del Abismo para hacerse con la voluntad del más poderoso de los dioses. Él es su instrumento. Lo necesitan para que inflame a millones de seres en el orgánico frenesí de la superficie del planeta, para que los guíe contra los eternos enemigos de los demonios: los Señores del Fuego.

Chisporrotea Azael como relámpago esperando despertar la alerta del dios, pero Ethiops y Ojanzán parten flotando para hallar nuevos medios de crearle obstáculos a su

Librodot

viejo camarada Lailokén.

Pronto encuentran a Morgeu, arropada y encapuchada en verdes vestiduras, cabalgando hacia el oeste a través de los montuosos cespedales de las tierras altas del Deva. Está loca de dolor y Ethiops, que la ha trabajado ya, quiere trabajarla de nuevo.

Pero Ojanzán lo detiene. "Déjala devanar su dolor", le advierte. "La conducirá adonde queremos nosotros. Cuando su desespero cristalice en venganza, nos llamará."

Y así los demonios la preceden, sembrando pesadillas y augurios nefastos, limpiando el terreno de bandidos y partidas pictas. Bendecida por los demonios, Morgeu flota hacia el oeste de Cymru, y tanto más tenazmente galopa cuanto más se aleja del reino de su padre muerto: al país de su madre retorna, como ola que recuerda el mar.

En el viaje al oeste, el ejército menguante de Pendragón acampó una tarde junto a un escuálido roble fosilizado. Se alzaba en un pantano desecado sobre el que habían crecido matojos y tréboles. "¿Reconoces este lugar?", me preguntó Uther mientras los hombres levantaban las tiendas.

Yo me había apoyado en la concavidad de una raíz para tomarme un descanso mientras observaba al viento agitar los denarios azules del cielo en la cima del árbol. Al sonido de su voz, me incorporé y miré alrededor. Menudas figuras de turberos en el extremo lejano del prado iban y venían, tremolantes en la estela del viento entre las gavillas de brezo y de berro.

"Aquí es donde te dejaste herir en el brazo con el estilete envenenado para salvar a Ambrosius", dijo el rey sentándose frente a mí en una protuberancia de raíz y roca. Debía de estar ansioso de hablar conmigo, pues aún no se había quitado los cueros de montar. "Luego, para vengar a ese muchacho, ese mismo asesino que tú frustraste, mi hermano atacó a Hengist y perdió la vida. ¿Es ironía o destino? ¿Qué dices tú?"

Yo le devolví la pregunta: "¿Crees tú que el chico estaba destinado a matar al Señor del Dragón aquel día de invierno?"

"Dímelo tú, Merlinus. ¿Lo has olvidado?" Se inclinó hacia mí y me dijo en un susurro burlesco: "Aquí es también donde descubrí que eres un demonio."

"No has vuelto a mencionarlo desde entonces", le hice notar. "Pensé que quizás lo habías olvidado al instante."

"¿A qué se parece?"

"¿Qué?"

"Ser un espíritu."

Extendí la mano y sostuve en la palma un rayo de sol. "Como esto, mi señor, sólo que más vacío. Y mucho más cruel. Yo era un demonio, al fin y al cabo."

"¿No temías a Dios?"

"¿Temer?" Torcí hacia abajo las comisuras de la boca. "En absoluto. Sentíamos anhelo de Ella. La amábamos con la mayor pasión imaginable."

Frunció el ceño, inquisitivo: "¿Ella?"

"Ah, sí...", me mordisqueé nervioso el extremo del bigote, pensando cómo le explicaría esta cuestión. "Me había olvidado. Tú piensas en Dios como padre. *Abba*. Papá."

Abrió él sus brazos en un gesto expansivo y generoso. "Soy un hombre moderno, Merlinus. No carezco de imaginación. Puedo imaginar a Dios como entidad masculina o femenina."

Refuté la idea con una sacudida de cabeza. "Dios es mujer, Uther. Nosotros —los demonios y los ángeles— somos los hombres. Dios es uno, como el óvulo. Nosotros somos legión, como el esperma."

Librodot

Con una mirada confundida, se cogió las rodillas con las manos y levantó la cabeza. "Demasiado metafísico y extraño para mí. Dime sólo esto: ¿Por qué hacías el mal?"

"El mal es un término relativo..."

"¿Que significa qué, Merlinus?", interrumpió quejumbroso. "Los demonios provocan estragos. Vuelven loca a la gente. Destruyen la vida y se burlan de todo lo que los hombres valoran. ¡Tú mismo dijiste que habías fornicado con una monja! ¿Es eso malo o no lo es?"

"Así es", reconocí entrecerrando los ojos contrito. "Yo lo disfrutaba, sin embargo. ¿Por qué? Porque los demonios creen que la vida misma es una burla. Un sinsentido. Absurda."

"Pero mira a tu alrededor, Merlinus." E hizo un gesto que abarcaba el occidente postrero del día, los tintes albaricoque de las nubes, los rizos del humo de las cabañas distantes, el polen undoso desprendido de la hierba agitada y que flotaba en los largos rayos del sol. "Mira toda la belleza de la creación de Dios."

"Tú ves las cosas con ojos muy pequeños, Uther. Para un demonio, toda esta belleza es escoria. Cieno que crece en una roca entretenida en dibujar ceros inconscientes alrededor de un coágulo de fuego, en un maelstrom de cien mil millones de fuegos coagulados entre otros cientos de miles de millones de maelstroms, cada uno de los cuales no es sino una pequeñísima chispa en un vasto vacío de oscuridad y frío absoluto."

Lo miré sin acabar de abrir los párpados del todo y percibí un titileo en el amplio espacio entre sus ojos. "Si lo que dices es verdad, si tan pequeña, tan rara es la vida, mayor razón hay pues para amarla."

Asentí vigorosamente. "Estoy de acuerdo contigo... ahora. De mi madre aprendí que Dios ama la vida. Pero antes... bien, las cosas eran antes muy distintas para mí."

"¿Y ahora? ¿Qué poderes tienes ahora, Merlinus?"

"Soy un hombre. Muy parecido a cualquier hombre. Lo único diferente es que recuerdo cómo fui. Y he aprendido algo de magia."

"¿Qué magia puedes obrar?"

"Pequeñas cosas. No puedo detener el curso del sol. No puedo dividir las aguas de un río ni levantar a los muertos."

"Pero ¿qué *puedes* hacer?", preguntó insistente.

Le dirigí una mirada de soslayo, dubitativa. "¿Qué es lo que quieres, Uther?"

"Quiero saber qué poderes tienes porque no desdeño llegar a servirme de ellos." Expuso su intención con franqueza y su tono evidenciaba que mi pregunta le parecía ofensiva. "Soy tu rey también, ¿no es así?"

"Te serviré en todo lo que conduzca al bien. Ya sabes eso."

Me clavó un dedo burlón en el pecho. "Bien es un término tan relativo como mal, Merlinus."

"Ahora eres tú el que me pincha con filosofías."

"De acuerdo." Se presionó los ojos con las palmas de las manos brevemente, rígido su movimiento por el dolor del hombro, y me miró con rostro preocupado. "Es sólo que el futuro parece tan terrible... bárbaros enloquecidos por todas partes, compromisos poco entusiastas con cristianos afines que lo mismo les daría apuñalarme por la espalda para hacerse con mi título... y un título tan cuestionable. ¿Qué significa, *Alto Rey*? Sabes bien que no tengo ni idea de cómo reinar. He combatido en una sola batalla, y fue en un ataque de furor. Ahora, con mi hermano ausente —y no sólo ausente, sino muerto— no tengo a nadie en quien apoyarme. Excepto tú."

"No me separaré de tu lado, Uther."

Librodot

"¿Hasta cuándo?"

Incliné la cabeza y dije: "Te acepto como rey mío. Tuya es mi persona. Permaneceré junto a ti hasta que me eches de tu lado."

El asintió, satisfecho, y un ávido destello le iluminó la mirada ámbar. "¿Qué ves del futuro, Merlinus? ¿Qué nos aguarda?"

Alcé las cejas con tristor para cubrir mi mentira y respondí: "Mi señor, no puedo ver el futuro."

"Quizás sea mejor así", replicó quedamente. "Creo que, si pudiésemos ver lo que tenemos por delante, desearíamos que todo hubiera acabado aquí... con el veneno del muchacho y el ejército desbandado como una nube de tormenta rota."

Su orgulloso desespero me aguijoneó y rápido repuse: "Mas eso ¿quién puede decirlo? Ciegos marchamos hacia delante y todo lo que tenemos para sentir el camino son nuestros corazones."

Se levantó y el espectro cruel de una sonrisa cintiló a través de su rostro exhausto como si fuese a desdeñar la esperanza. En lugar de ello, susurró: "Sí, Merlinus, carecemos de experiencia y del conocimiento de lo por venir. Todo lo que tenemos es el corazón. No podemos dejar que nos lo roben."

Ygrane prefiere la soledad. El aislamiento perfecto de su infancia cuando vagaba por los bosques junto a la aldea, recogiendo en verano bayas, en invierno leña, la acosa con nostalgia. En aquellos días tempranos, se entregaba a la maravilla, la belleza y la fuerza de las forestas montuosas. Cuando la luz del sol declinaba, bailaba con los faerïe. Y a la luz de la luna, jugueteaba con los Síd, que hacían dormir a toda la aldea para poder enseñarle a la niña sus lugares secretos. Se la llevaban a calveros lunares en las honduras de fragosas gargantas, donde la música del Flautista llamaba al Dragón y lo hacía venir lo bastante cerca para que los árboles temblaran y un fuego azul danzase en los extremos de las ramas. A veces, la invitaban a los montes huecos, donde oía el cantoensueño del Dragón en su camino a las estrellas resonar en las arterias del planeta.

Veinte años han pasado desde la última vez que oyó el misterioso cantar de la bestia ctónica. Demasiado ocupada como reina está para bailar y juguetear con la pálida gente. Y los Síd la dejan sola porque quieren que trabaje para ellos en el mundo diurno, que haga todo lo que pueda para impedir que el Furor siga saqueando sus montes y hurtándoles tierra y magia. Y para protegerla de los secuaces del Furor, sus fiana la siguen a todas partes.

Cuando quiere solitud, no tiene más remedio que usar su magia; sólo con ella compra unas pocas horas de libertad. En los últimos tiempos, ha sentido a menudo la necesidad de momentos privados, exclusivos. La noticia de la muerte de Gorlois la obligó a dejar a sus fiana dormidos en los establos para poder cabalgar a solas por el bosque; quería regañar a los Síd por haber llegado a entregarla a aquel hombre. Un dolor pánico la hirió entonces al pensar en su hija y trató una y otra vez con su magia de encontrarla, pero no lo logró.

Después, días más tarde, los Síd llegaron con nuevas de que el Habitante Oscuro al servicio de los Señores del Fuego le había encontrado un marido, un joven rey romano de noble nacimiento pero de humilde crianza. Esa característica —un infancia sencilla— le ofrece la promesa de que el rey sea el Gandharva que envió a buscar. Las poderosas emociones que todo ello despierta la hacen retornar sola al bosque, mientras sus fiana duermen en la mesa junto a vasos de hidromiel.

No aprendió nada nuevo de sí misma, pero la soledad renovó en ella lo que ya sabía: a esta vida, ha venido para servir a su pueblo y sólo por ello ha soportado los

Librodot

trances misteriosos de Raglaw, el matrimonio político con el despreciable Gorlois impuesto por los druidas y ser la madre de una amargada criatura. Si este Uther Pendragón, al que Myrddin ha hallado con su magia demónica, es en verdad un hombre al que ella pueda amar, su vida se elevará a una espiral superior. Le da vértigo pensarlo. Amor verdadero... pasión... la fusión de una espontánea fidelidad con un hombre extraño que se torna familiar: debe remontarse vidas enteras para recordar semejante dicha. Pero ¿qué clase de dicha puede existir cuando tal unión proviene de las necesidades de la guerra?

Este interrogante se vuelve más ardiente la tarde en que Falon le trae noticia de que Dun Mane la llama. El jefe de los druidas ha venido con Kyner y sus fanáticos cristianos para llevarla a Maridunum, donde se encontrará con su nuevo marido. Este mensaje la halla en un valle remoto, brumoso, de la cabecera del río Usk. Lanza de inmediato un conjuro que sumerge a sus fiana en un sueño arrobado y los abandona en el suelo del bosque, rodeados por un anillo de hongos.

Cuando silba, las alas de las garzas chasquean al alzarse de la corriente que ha creado en el pantano pequeñas islas boscosas. El unicornio aparece entre húmedos empavesados de sarmiento y raíces musgosas. Trota ladera arriba a través de la calina del río, pesado como un rayo de sol, y se acerca hasta rozar a Ygrane, que lo monta deslizándose sobre el lomo esbelto del animal. El contacto la inunda de calma, como siempre. Trance y vigilia se funden, facetando la realidad con brillos de gema tallada: deslumbrantes franjas de sol penden en las galerías del pantano umbrío como ángeles y una faz pálida, altiva rutila un instante en la oscuridad medicinal de los helechos.

"Noche Brillante", llama la reina y desmonta. Al apartarse del unicornio se siente tan pesada como al salir del agua. "¿Has encontrado a Morgeu?"

Noche Brillante se acerca descalzo por una vereda almohadillada de lirios, vestido con una sencilla túnica verde y sin los signos de su elevado rango entre los Síd. El pelo lacio y despeinado, el rostro transparente de tan delgado, él una sombra de sí mismo: visiblemente se ilumina cuando ella lo toca. "No, hermana. No he encontrado a Morgeu. Los faerïe creen que la esconden los Habitantes Oscuros."

Toda la pesantez de la reina recae en su pecho y el corazón se le estremece, dolorido por la presión.

El príncipe pasa veloz a otro tema: "Me dicen los faerïe que tienes nuevo marido. Otro romano."

Ygrane pide al unicornio que se acerque. "Has estado melancólico otra vez. Ven. Toca el cuerno." Necesita ella el contacto con lo supraceleste para mitigar su materno pavor y abrir el corazón a cosas distintas de su hija. El animal se arrima, la frota, ilumina todos los espacios vacíos de su interior; de pronto hay sitio en ella para la miseria interna que le inspira Morgeu y para las dudas ansiosas que abriga sobre ella misma como madre, esposa, mujer. Sólo ante su condición de reina se siente segura en este abismo de pérdidas llamado vida.

Invita al príncipe a aproximarse al unicornio, pero él declina y se detiene al borde del agua. "Al animal no le hace feliz que lo toque."

Aun no ha dejado de hablar y ya se aleja el unicornio, que recuerda cuando este dios celta quiso sacrificarlo al Dragón. Ygrane lo deja ir y se fija en los ojos verdes del elfo. "Ya te he dicho que me busques cuando la melancolía es poderosa." Le acaricia el pelo y le posa las manos en las sienes, tratando de transmitirle vigor. Al instante, su transparencia se llena y él, aliviado, sonríe.

"Gracias, hermana. Debería haber venido antes." Lo habría hecho, además —su desespero ha derivado hacia negros pensamientos suicidas de atacar a los Æsir en el Gran Árbol—, pero le entristece servirse personalmente de la magia de la reina-bruja

Librodot

cuando todo Cymru la necesita.

"Si no puedo ayudarte, príncipe de los Síd, ¿de qué nos sirve esta magia a mí o a mi pueblo? Sólo somos fuertes en la medida que nuestros dioses lo son." La anchura felina de su rostro la ha hecho parecer siempre más élfica que humana a los ojos de Noche Brillante y le resulta extraño oírla hablar de sí misma como persona.

"¿Por qué duermen tus fiana?", pregunta al ver los cuerpos brillantes sumergidos en un charco de luz, sobre una loma cercana.

"Quería estar sola." Le da un apretón en los hombros con afecto cuando lo nota preocupado por molestarla. "Acaso sentía tu melancolía."

"Acaso lo que sientes es la esperanza del amor...", sugiere moviendo maliciosamente la cabeza. "Tu esposo está en camino."

Ygrane admite la posibilidad encogiéndose de hombros apenas. "No soy sino un alma de mujer."

"En carne de mujer." Noche Brillante quiere verla feliz para poder sentirse mejor por tomar la magia gozosa que necesita para su melancolía. "¿Te has enterado de que las aldeas montañeras danzan la Rueda del Sol por ti y el nuevo rey?"

La orgiástica Danza de la Rueda Solar comenzó en los tiempos tempranos del hombre para celebrar la vida y pervive sólo en las comunidades más aisladas, en aldeas primitivas no contaminadas por los romanos. "Sí... lo he oído", admite la reina con una sonrisa lenta y orgullosa.

"¿Bailarás con ellos la Rueda, como lo hicieron las reinas de antaño?"

Ygrane frunce el ceño, mostrándose perpleja y sabia a la vez. "Si he de serte sincera, hermano, no esperaba que Myrddin cumpliese su misión, y mucho menos tan pronto. Ahora Dun Mane y Kyner han venido a buscarme y yo no quiero ir. Todavía no."

"¿No confías en la visión de Raglaw? El Habitante Oscuro halló al hombre que ella vio en su trance."

"Otro marido romano."

"Yo sentí lo mismo. Ninguna visión es certera en estos tiempos turbulentos. El viento del tiempo sopla hacia donde quiere. Este hombre, Uther Pendragón, es del pueblo de Gorlois. Ya has tenido bastante de ellos para toda la vida." Sus ojos se iluminan con el brillo de un futuro inesperado. "Cásate conmigo, en su lugar."

Ygrane devana una risa oscura y lo empuja burlona. "No volveré a intentar una cosa así. Esos niños sufren."

"¿Y los niños mortales no?"

"No de la misma forma. Vivimos y morimos por nuestras pasiones animales. Pero la sangre de los dioses... Hay fiebres en esa sangre que abrasan la carne mortal con anhelos imposibles. No cometeré ese error otra vez. No." Su mirada adamante soporta la del príncipe con tanta firmeza que éste se siente escarmentado. "Morgeu puede entregarse a los Habitantes Oscuros y volverse loca. Pero esa locura proviene de los demonios, no de su propio interior. No infligiré la demencia de los dioses en un niño otra vez."

El rostro de Noche Brillante tiene una delgadez hiemal. La luz del día, incluso tan verde y fría como lo es aquí en este anegado boscaje, lo ha consumido. El rechazo de la reina, inmutable y justo, rinde su voluntad de permanecer bajo esta escaldada luz del día y se desvanece. "Buscaré a Morgeu esta noche otra vez", fluctúa tras él su tenue promesa.

Un temblor de arrepentimiento recorre a Ygrane por abrumar al príncipe. Quiere ayudarlo. Quiere ayudarlos a todos: los Síd, los druidas, su pueblo y a los britones también. La reina inmortal que habita en sus adentros quiere salvarlos a todos de los

Librodot

invasores. Tal como hiciera en vidas pasadas.

Pero esta vida es diferente, le dice Ygrane a la reina inmortal. *Esta vez muchos de nuestro propio pueblo no creen en ti. Y el hombre al que debo mandar no cree en ti.*

Silencio la obstruye. Y por ello mismo sabe que lo que piensa carece de importancia: sólo ella ha de creer en la reina inmortal que la ha traído a este cuerpo.

El unicornio se le arrima otra vez, y el silencio de la reina en el centro de sí misma se torna bello y misterioso.

Ygrane se desliza sobre el lomo del animal y ambos parten sobre las aguas en un vuelo repentino que dispersa a las garzas. El suave trueno de sus alas y el quebranto de sus gritos asustados destila en el sueño de los fiana como el golpe de los barcos al remontar la orilla y el crujido de las cuadernas bajo el peso de la pesadilla sajona.

Uther se negó a entrar en la Ciudad de las Legiones. El recuerdo del tiempo allí con su hermano era demasiado agudo y acampó en el bosque mientras la caballería entrenada por el Señor del Dragón retornaba a sus hogares. Ante una muralla negra rutilante de temblorosos estandartes, en el patio de armas extramuros de la ciudad, el rey instaló al oficial de mayor rango de la guardia personal de Ambrosius como comandante militar de la plaza y le dio la mansión del Señor del Dragón.

Luego, llamó a su antiguo tutor Potitus al pabellón de ceremonias y, en presencia del obispo Riochatus, ordenó al enjuto presbítero que repartiese lo que quedaba del oro de los Aurelianus entre los pobres de la ciudad.

Al día siguiente, con las primeras franjas ágata de la aurora, Uther levantó el campo y él, yo, el obispo y un puñado de la guardia negra de arqueros montados partimos hacia la Costa Sajona con los comandantes de Gorlois y sus hombres.

La campaña invernal de Ambrosius se había realizado a conciencia y no había signos de bandidaje ni de estragos bárbaros en las zonas rurales, ni iglesias demolidas, ni aldeas reducidas a un montón de carbonizados escombros. Las gentes de las montañas nos saludaron con tanto entusiasmo como los labriegos de las tierras bajas y disfrutamos de un tránsito sin incidentes a través del reino peninsular hasta la fortaleza costera de Gorlois.

Durante el viaje, intenté percibir la presencia maligna de Morgeu con el flujo de mi corazón, pero ésta no se dejaba hallar. Ni siquiera había nadie en Tintagel que la hubiera visto. ¿Había ido en busca de su madre? ¿Nos acechaba en tierras celtas?

En honor al duque caído, Uther permaneció en la fortaleza varios días. Atendió servicios religiosos, elogió a su compañero de armas y lo dispuso todo para que Marcus Domnoni, sobrino de Gorlois y jefe militar de Tintagel, sucediese a su tío en el ducado. Marcus no había sido testigo del frenesí batallador de Uther a las puertas de Londinium. Había debido permanecer en el oeste para guardar las costas; pero el temor reverencial que percibió en los relatos de aquellos de sus soldados que lo presenciaron lo conmovió. Y cuando llegó el momento de ofrecer al rey su vasallaje, lo hizo con un timbre de voz que revelaba estima por el guerrero y camarada que hallaba en Uther.

Esta deferencia no fue distinta de la del resto de los comandantes de las plazas costeras que protegieran el reino en ausencia del duque. Ellos y sus predecesores habían sufrido el ataque de los piratas durante medio siglo antes de la intervención de los fiana y anhelaban un fuerte monarca militar de mentalidad lo bastante abierta para mantener la alianza. Con el viejo duque no podían hablar libremente de su respeto por Ygrane, que nunca se había cerrado a sus muchas peticiones de ayuda a pesar de la fría arrogancia con la que Gorlois la trataba. El testimonio de estos oficiales veteranos impresionó a Uther y azuzó aún más su curiosidad por esta reina guerrera.

Librodot

En una alborada berilo rutilante de espumas, cargamos los nerviosos corceles en un barco de quilla honda y nos despedimos de nuestros paisanos. Riochatus, obispo de los britones, y una docena de sus clérigos nos acompañaron, con el báculo sobredorado y la cruz pastoral engastada de rubíes ostentosos en la proa de la nave. Tras recitar una bendición sobre el rey y la tripulación arrodillados, el macilento eclesiástico, al que el mareo confería ya un aspecto cadavérico, se retiró de la cubierta con el manteo de sus largos ropajes y dejando en el aire un tenue rastro de incienso.

Entonces, los marineros izaron el estandarte del dragón y partimos, y el transporte cabeceó y serpenteó con la marea alta. Los blancos pináculos y brillantes gallardetes de Tintagel menguaron hasta fundirse en la brumosa distancia, que llenaron la espuma del mar, las crestas de las olas y el volitar chillón de las gaviotas. Seis años de viajes quedaban detrás de mí. Todos mis vagabundeos entre los condenados y los benditos reducidos ahora a un neblinoso panorama de calas para el reposo de las sirenas y acantilados esmeralda flechados por el sol.

Y ahí estaba también mi galardón: el Gandharva, Uther Pendragón, el Alto Rey de los britones vestido con el cuero negro de un vulgar soldado de caballería para confundir a posibles asesinos entre los celtas. Se erigía altivo en la proa entre la cruz y el báculo, emblemas de su fe, orgulloso a pesar de sus dudas, y miraba hacia el futuro que ninguno de nosotros puede adivinar.

***

Los demonios buscan a Bleys. Quieren hacer pedazos al que ha corrompido a su viejo camarada antes de que éste pueda engañar aún más a Lailokén. Pero ni siquiera sus miradas láser logran descubrirlo. Ha huido al espacio abierto.

En la cima del Gran Árbol, en la Rama del Cuervo, flota Bleys arrobado por su afinidad con la nada del vacío. La Tierra rueda a sus pies, recordándolo todo mientras él olvida, moviéndose como música.

Poco a poco, la consciencia cristaliza de nuevo en torno a la memoria y desciende de la Rama del Cuervo. Las estrellas se alejan como árboles helados cintilando en la oscuridad. Nubes se propagan como plumas. Lagos y ríos fulgen en el seno del mundo soleado como metales preciosos.

Y Bleys se hunde, lastrado de recuerdos y promesas. Los demonios lo perciben en cuanto penetra en la atmósfera inferior, pero no pueden encontrarlo. Es él del color del agua. Y las estrellas desde sus vastas derrotas disparan sus rayos a través de él.

Mientras aún duraba nuestra estancia en la Costa Sajona, heraldos habían partido para anunciar a la Alta Reina de los celtas la gran esperanza que Uther Pendragón abrigaba de entrevistarse con ella y satisfacer el deseo de unión de sus pueblos. Ella nos invitó a atracar en el estuario que conducía a Maridunum y allí fuimos recibidos por una multitud de aldeanos, labriegos, pastores, comerciantes y misioneros, todos ellos intentando a codazos conseguir una mejor perspectiva del rey. Ninguno de los hombres de la reina se dejó ver entonces.

Con mucha panoplia y tremolar de banderas, vibración de trompetas, batir de tambores y danzar de incensarios, descendió el obispo Riochatus seguido de sus clérigos, la pequeña partida armada de los hombres del rey y Uther oculto entre ellos. Yo permanecí en la retaguardia, detrás del cirujano, los guadarneses y los enérgicos

Librodot

músicos, entre los servidores que portaban el equipaje, sin dejar que nadie me viera. El tumulto creciente de la turba avanzó hacia nosotros y la fila frontera de caballeros tuvo que detenerlo con sus picas mientras los guadarneses sacaban de allí a los inquietos corceles.

"¡Uther!", empezaron a cantar los misioneros sobres los hurras estridentes de la masa. "¡Uther! ¡Cristo para los celtas!"

El obispo alzó el báculo y un clamor inmenso se elevó de la turba anegando el grito de su bendición. La caballería empezó a montar y movió los bridones a través de la densidad de los congregados para abrir camino a la procesión. Desde la cubierta de la nave pude ver cómo Uther, flanqueado por sus atentos hombres, subía a caballo; parecía confuso, aturdido por la horda de fieles que se había reunido para saludarlo.

"¡Uther! ¡Cristo para los celtas! ¡Uther!", prosiguió el cántico, que sólo remitió un poco cuando la asamblea comprendió que el rey no se mostraría.

Riochatus, radiante su rostro adusto por el glorioso recibimiento de esta misión, mandó por delante una cuña de clérigos con la cruz episcopal; la multitud se dividió, y la caballería y el séquito con el equipaje empezaron a pasar. Lentos, avanzamos desde el atracadero hasta la vía que conducía al norte, al territorio pagano que rodeaba la ciudad. Sólo cuando hubimos dejado atrás el último grupo de fieles jubilosos consintió el obispo en subir a su carro de cuatro caballos y adelantársenos camino de la amurallada ciudad donde empezaran mis solitarios vagabundeos. Se llevó consigo a la mayor parte de la caballería, pues sería el primero que entraría en Maridunum, como Cristo en el inframundo. Allí, prepararía como mejor pudiese con los druidas paganos la ceremonia que uniría su monarca a la reina infiel, llevando así las dos naciones dispares a la fusión más íntima de su historia.

El resto de la caballería siguió con los carros, moviéndose con lentitud por la vieja y rodada vía romana. El rey y yo marchamos juntos a caballo en medio de la columna, sumidos en azarosa conversación, como hiciéramos tantas veces, sobre los viejos filósofos, la astronomía o los hábitos de las aves migratorias... cualquier cosa menos los férvidos cristianos que habíamos dejado en el muelle o la reina celta que nos esperaba en Maridunum. Detrás de nosotros, cuatro percherones y dos carromatos tirados por mulas portaban nuestros presentes para Ygrane: un pequeño bosque de jóvenes árboles frutales y parras de moscatel, pues no se me había olvidado la pasión de la reina por su jardín.

En un recodo elevado desde el que podía contemplarse, a través de un bosquecillo de abetos plateados, el creciente de una cala arenosa y el mar verdiazul allá abajo, a uno de los carros se le partió el eje. Nuestra guardia montada bajó de los caballos para ayudar al puñado de soldados de a pie, guadarneses y porteadores a descargar el vehículo y volcarlo de lado para un arreglo eventual. Como a mí se me consideraba demasiado viejo para ayudar y al rey no se lo permitía su herida, nos alejamos de la carretera sumergiéndonos en el brillante mediodía otoñal. Uther, acalorado, se quitó la coraza repujada con el dragón emblemático y paseó por la colina, contemplando desde allí el fúlgido mar. No sentí peligro en las proximidades, le permití su privacidad y paseé ladera arriba por un bosque de combados camuesos, robles y abetos fornidos, en cuyo dosel rompía la brisa del mar con impetuoso sonido de oleaje.

No me había distanciado mucho —en realidad, podía ver y oír aún a los hombres que gruñían y juraban allí abajo— cuando penetré en un pequeño calvero donde había un roble hendido por el rayo el invierno anterior y el aire era brillante y claro como buena sidra. Ante la floración fungosa del árbol caído, estaba Bleys. Se llevó un dedo arañil al gorro, aquel gorro negro con el rubí en el centro de su cimera plana, y mostró las perlas diminutas de sus dientes en una sonrisa grande como para dejar las facciones

Librodot

de su rostro redondo perfectamente planas. "¡Ey, tú largo tiempo ido, viejo hermano!"

Abracé a mi maestro y, en ese instante, me inundó la paz de las flores y la compacta energía de todas sus minúsculas semillas, preñada cada una de inmensos campos verdes y lista para abandonarse a las mareas solares, a las ignotas alturas de campos magnéticos que ligan las estrellas en el maelstrom galáctico de luz y de vacío. El separarme de su abrazo me hizo sentir cansado de todo.

Le pregunté cómo le había ido en los años de mi ausencia.

"¡Sssh!" Bleys alzó el rostro hacia la neblina que formaba la luz del sol en el friso de hojas sobre nosotros. "Mucho tiempo hace nada."

"Pero ¿viste al unicornio?"

"Mucho. Muestra mucho."

"¿Y...?"

"Nah. No puede acerca cógelo. Mira Ch'i-lin de lejos cada día. Él no viene cerca, pero no marcha. No más que hacer. Nada más que espera y más espera."

"En verdad creo que tu espera ha terminado, maestro."

Bleys bajó el mentón hasta el pecho, como si no me creyera. Rodeó el árbol caído y caminó hacia el bosque con la cabeza abatida.

"Maestro, es verdad", insistí siguiéndole de cerca, viendo sus rojas sandalias titilar bajo sus largos ropajes acolchados. "¡Mi misión está cumplida! Uther es el Gandharva que la reina desea. Estoy seguro de ello. Si guarda su promesa, debe enseñarte ahora cómo atrapar el unicornio."

Bleys me lanzó una mirada furtiva sobre el hombro al tiempo que alzaba una ceja. "¡Hah! ¿Por qué tu tarda tanto? ¿Por qué tú te molesta?"

Le alcancé, ansioso por explicarme, y caminamos juntos a través de los rayos sesgados del sol y el denso helechal. "Te juro que al principio no creía que fuera a estar lejos de ti tanto tiempo, maestro. Esperaba volver como máximo al invierno o la primavera siguiente. Pero después de un año de búsqueda infructuosa, llegué incluso a dudar de encontrarlo alguna vez. Proseguí mi demanda porque no había otra cosa que pudiera hacer. Tal es mi destino, al fin y al cabo, lo que Dios Misma me ha enviado a hacer en un cuerpo mortal. No podía retornar con las manos vacías. No, seguí buscando para responder a mi fe en lo que he venido a hacer aquí. Entonces ocurrió algo."

"¿Qué ocurrió?", preguntó, abriéndose paso entre la hojarasca.

Con una sonrisa sorprendida por lo que me descubría diciendo, repuse: "Llegué a conocer el pueblo... el pueblo de mi madre... los cristianos." Traté de encontrar su mirada, pero él mantenía baja la cabeza, observando al humus legamoso exponer su negro interior mientras nosotros arrastrábamos por él los pies. "Son el pueblo de mi destino, Bleys. Eso lo entiendo ahora. Trabajan sus granjas, sus comercios. Construyen sus pueblos e iglesias, y creen que Dios cuida de ellos."

"Hah. Creen también que Dios hace cae cielo a suelo y con este día viene juicio."

"Sí", reconocí con un gesto meditativo de mi hirsuta cabeza. "La iglesia les dice que el mundo terminará cualquier día. Y eso es lo mismo que el Furor les dice a los suyos: el apocalipsis está por venir. Pero los cristianos construyen para el mañana de cualquier modo. Las gentes del Furor no construyen nada. Creen que son más bravos y astutos si se aprovechan de lo que otros han construido. Piensan que es justo que el fuerte mate al débil y destrozan todo lo que los cristianos erigen. Sin embargo, los cristianos vuelven a construir, crean pueblos esplendorosos donde los mansos pueden vivir y florecer... para un mañana que podría no llegar a existir nunca."

Se detuvo, me miró de frente y una arruga confusa le surcó el rostro: "¿Y tú gusta esto?"

"Oh, son gente estrecha de miras y supersticiosa", admití bizqueando y

acariciándome nervioso la barba. "Pero creen en la paz... predican amor. Intentan construir un futuro en el que todo ser humano sea responsable de su prójimo. ¡Piensa en eso! Lentos, a tientas a través de su ignorancia y sus miedos, están haciendo la labor de los ángeles."

"Tratan hacen algo mejor", aceptó, alzadas sus finas cejas, y continuó caminando. "Como cuando madre Óptima te encuentra este cuerpo."

"Exacto." Mi pecho se inundó de un cálido sentimiento por este pequeño hombre que parecía frágil como una sombra silvestre. "Son el pueblo de mi madre y, sin quererlo, he llegado a cuidarlos, maestro. Pero aunque he tratado de ayudarlos, incluso con los poderes que tú me enseñaste, no he conseguido salvar a ninguno de ellos. Hay demasiados bárbaros, demasiada guerra por todas partes. He sido su testigo durante cinco años y no he podido hacer maldita cosa al respecto."

"No, no puede."

"No puedo, cierto, porque soy un solo hombre. Pero un rey de los britones, alguien lo bastante fuerte para unir a todos esos mezquinos señores de la guerra, podría hacer lo que los romanos hicieron: expulsar a los salvajes, acabar con el saqueo y las matanzas, y construir otra vez los pueblos esplendorosos."

"Ha, ha, tú grande soñador. No, no puede."

"Sí, ¡sí puede!" Di una larga zancada y me puse frente a él, deteniendo sus pasos. "Eso es precisamente lo que hallé en la visión de Raglaw. Es lo que Ygrane cree, también. Y es lo que mi madre esperaba de mí: que ayudase a hacerlo realidad. Sólo un gran rey puede unificar todas las provincias y echar a los bárbaros. Britania es una isla. Con un líder fuerte, podemos convertirnos en una fortaleza insular, sanos y salvos en nuestra propia tierra de la locura que está asesinando la civilización."

Bleys sacó sus largas manos de las mangas que las ocultaban y me dio un golpecito con humor en el pecho. "Uno grande sueño... mucho grande."

"Puede hacerse. Lo he visto."

Sacudió la cabeza, alzado el mentón. "Raglaw ve. Óptima ve. Tú ve nada." Con su dedo medio presionó el espacio entre mis ojos, provocando un escozor en la piel. "Anda abre esto luego. Ojo fuerte. Lleva fuerza de garganta hasta aquí. Cuando este ojo fuerte abierto, tú ve mucho."

Una sensación de pertenencia, de llegar a casa tras todos mis recorridos, me poseyó de pronto. Esto era exactamente lo que más añoraba de mi maestro: su tutelaje poderoso y transformador. "¿Cómo? ¿Cómo abriré mi ojo fuerte?"

Movió la cabeza dubitativo. "Asunto tramposo."

"Tú me enseñarás. Yo... yo... aprenderé", balbucí. "Debo ver lo que nos aguarda, Bleys... por mi rey y mi pueblo."

"Ah-ya, mucho tramposo asunto."

Tomé en mis manos las suyas y las apreté, urgente. "Confieso que he estado lejos de ti mucho tiempo, maestro. He vivido ciego sin tus enseñanzas. Y ahora he vuelto, he traído el Gandharva que la reina quiere... que la unión de mi país requiere." *Mi país*... Qué orgulloso me había vuelto de mi mortalidad y de todos sus infinitos apegos. "He hecho esto por mí, desde luego, y por Ygrane, pero también por ti, ya lo sabes. Tendrás el unicornio. Pero a cambio, prometiste enseñarme, ¿no es así? Prometiste enseñarme a usar mis poderes en este cuerpo."

El cabeceo afirmativo de Bleys me llenó de dicha, en realidad me indujo una trepidante punzada de doloroso placer.

"Quiero que me abras el ojo fuerte", supliqué.

"¿Ahora?"

"Sí, ahora mismo. He sido ignorante mucho tiempo. Tengo que ver lo que va a

ocurrir."

"Ha-ya... tú uno grande soñador."

Con divertida reluctancia, Bleys me tomó de la mano y me guió hacia el extremo del bosque sobre un crujir de cañas y ramitas secas. Ascendimos una fértil y escarpada ladera cubierta de cincoenramas y margaritas a millares hasta un bosquecillo de cipreses. En aquel ámbito aromático de verdeazul oscuridad, los densos pináculos y troncos profusos admitían la luz en cordones de resplandor y la tez canela de mi maestro ardía con un brillo flavo, como si fuese una calabaza convertida en linterna e iluminada desde dentro.

Alzó un esbelto índice perfilado de un escarchado fulgor. Mi cabeza se inclinó para ver mejor aquel destello áurico y, con pasmosa brusquedad, él atravesó mi barba y clavó el dedo en el hueco de mi garganta donde las clavículas se unen. Un dolor lancinante me empujó hacia atrás y caí de espaldas sobre una manta resinosa de cortezas de ciprés. Bárbaras palabras empezaron a coagularse alrededor del punto herido de mi cuello y se compactaron furiosamente en una risa salvaje, irreprimible.

Todo el dolor efervesció de mí con el primer espasmo de risa rabiosa y ocupó su lugar un fuego azul. Lo vi dentro de mí con visión introvertida: llamas azules arremolinadas que subían de mi garganta a la cabeza y cuyas ráfagas se volvían más y más brillantes con las convulsiones de mi risa. Y luego el silencio. Un silencio ventoso, los sonidos de un chirriar de pájaros, un murmurio de hojas silvestres, y mi risa demente yendo y viniendo entre lapsos de calma absoluta.

Con esfuerzo estupendo, descerré los ojos como el soñador que se arranca a una pesadilla. Bleys, joven y regiamente desnudo, lustrosas las facetas fibradas de sus músculos, ungidas en oleoso fuego, sonreía: un adolescente atlético, jubiloso, resplandeciente en el claustro oscuro de los árboles como los vapores fúlgidos de un espectro de la ciénaga. "Cierra los ojos", dijo en perfecto latín. "No dejes que te distraiga. Cierra los ojos y mira ahora con tu ojo fuerte. Mira... y deja de reír."

Hice como me decía y vi de nuevo las llamas azules arremolinadas dentro de mí. Siguiendo las instrucciones de mi maestro, bloqueé con fuerza mi mandíbula para detener la hilaridad. Y entonces, como si la risa fuese todo lo que me conectase a mi forma física, salí proyectado del cuerpo. Vislumbré a Bleys, joven y robusto, con su musculosa desnudez esplendorosamente rayada por fibras de luz diamante, y lo dejé atrás.

En una ráfaga de viento, emergí de la arboleda a la luz diáfana del sol y me hallé volando con rapidez montaña abajo. Una abigarrada abundancia de flores se difuminaba a mis pies en azarosos parches de intenso fulgor —botones de oro, campánulas, amapolas—; luego, la superficie de una laguna barnizada por el sol, la confusa profusión de cañas y amiento en su orilla y el bosque donde estuviéramos momentos atrás.

Sereno como brizna de hierba en la brisa, pasé sobre el carromato volcado, vi los árboles frutales envueltos en arpilleras y colocados en la cuneta y a nuestros hombres esforzándose en desmontar el eje roto. Bajo de los acantilados tiarados de abetos, el océano ardía con cuernos de fuego.

Volé entre abedules —la luz del sol crepitaba entre las sombras largas y esbeltas— y emergí a un prado de hierba undosa. Un espejismo del futuro flotaba en el cielo circular, fluctuante como un reflejo en el agua. Calles laberínticas de asfalto y cemento manchaban distantes la línea de un cielo roto, desarraigadas en las alturas sobre el bosque.

En el pasado, estas visiones delirantes siempre me habían acosado con una turbulenta inquietud, una compulsión a hablar, a narrarle mi historia a la aparición, a un

Librodot

futuro que distaba quince siglos de nosotros, cuando las ciudades de acero fulgirían al borde del abismo. En el pasado, había delirado siempre de temor ante la visión de Óptima de ese rutilante futuro, la pesadilla del Furor: ese futuro enjaulado que inventaron los ángeles y que los demonios quieren destruir. Pero esta vez me sentía extraña, calmosamente desapegado.

La fantástica ciudad vertical parecía borrada por una inundación de niebla. Durante largo rato, la observé alejarse como un paisaje de nubes empujadas por vientos cobalto. Al final, la ciudad estuvo tan distante que pareció una brizna, una línea de aves navegando las corrientes de la estación.

Cuando las aves se desvanecieron en el espacio impoluto, oí, hueca, mi propia voz. Eso ocurrió momentos atrás. Ahora estoy aquí, en esta hondonada florida, hablándoos.

Intento sentiros... a vosotros, el futuro al que me he estado dirigiendo todos estos años. La gran esperanza de Óptima. Pero os habéis ido. O, mejor, soy yo el que os ha trascendido. Bleys ha abierto mi ojo fuerte y al fin tengo el poder de ver, más allá del futuro, el presente; el poder de ver, tras todos los tiempos por venir, la semilla misma, el momento viviente y su destino.

La risa se desmadeja en mi pecho, me brota por la nariz como un ronquido espantado. Mi maestro ha concentrado el poder de mi visión en un futuro de eventos más próximos a mí, dentro del lapso de mi propia vida.

A través del campo, veo al rey caminar por un derrubio de luz solar ante un grupo sorprendido de guerreros con máscaras de hierro y damas elegantes en sedas arcoiris. El rostro barbirrubio del rey posee la amplia belleza frontal de un león —la cabeza y la tez de Ygrane— y los ojos amarillos y nariz romana de los patriarcas Aurelianus.

Otro espejismo, esta orgullosa visión... y ésta se desvanece también. Pero no antes de avivar la esperanza que Óptima prendió en mí. He vislumbrado al rey de la profecía. Es el hijo de Uther e Ygrane.

Merlinus deja de hablar. La energía de su chakra laríngeo emerge a través de su cráneo con explosiva intensidad, una lámpara en el entrecejo lo bastante poderosa como para penetrar la niebla del tiempo.

"Raglaw ve. Óptima ve. Tú ve nada!"

Sabe ahora lo que su maestro ha querido decir con estas palabras. Espectrales figuras aparecen en la calina solar, las siluetas transparentes de lo no nacido. La excitación que esta visión le produce rompe en carcajadas y las sombras del tiempo desaparecen.

"Cierra tus ojos y mira con tu ojo fuerte. Mira... y deja de reír" La última instrucción de Bleys resuena como eco en él y suprime su vértigo el tiempo suficiente para contemplar el prado inundarse de los caballeros de la generación por venir, oriflamas al vuelo y todos sus blasones con los emblemas de la fe de Óptima: la Cruz, el Cordero, la Copa y el Ave Blanca.

Una risa salvaje de dicha por este futuro cristiano, por el cumplimiento de las esperanzas de su madre, lo atraviesa como un relámpago y el espejismo se deshace en pepitas de luz solar al viento. Largos momentos transcurren mientras lucha por calmar su risa excitada. Recuerda que su cuerpo físico yace en un cipresal, vigilado por el inmortal Bleys. Él va a la deriva como un espectro y debe hallar el camino de retorno a la carne que Óptima tejió para él. Este pensamiento le da nueva sobriedad para intentar otra vez abrir la sexta puerta.

Merlinus se concentra en el espacio de su ser aún escarchado por el toque del

Librodot

maestro. La risa se riza de nuevo y él ejerce todo su poder para hacerla cesar. Esta vez, las vaticinantes siluetas de la generación por venir se difuminan sobre él como frías sábanas de agua alpina, dejándolo aturdido en un paisaje acuático.

Luz entre gris y azul tiembla como vista bajo el agua. Sombras emergen y caen en una borbollante vastedad de resplandor marino, y él comprende que no está viendo el futuro sino el borroso presente sumergido en la corriente del tiempo, inmensa como el cielo. Las sombras que lo circundan son los seres vivientes cuyas acciones forman y definen el futuro que deba existir.

De nuevo lo asalta la risa. Qué ridículo parece este momento enorme como el bostezo del cielo que abarca todo... ¡todo! Allí, ve a Bleys acuclillado junto a un anciano de luengas barbas, él mismo, yacente como un muerto; el párpado semiabierto revela un blanco escleral. Brillantes filamentos de energía dorada se enmarañan en el aire entre él y su cuerpo, conectando su forma astral y su forma inerte.

Bleys lo observa y le indica con un gesto que mire alrededor.

En el mudo resplandor acuoso de la vastedad del momento, otras figuras acechan. Las masivas formas negras de los demonios se ciernen en la distancia, calladas como montañas. Reconoce las crueles contorsiones de sus viejos compañeros. Pero ellos no lo ven: los demonios carecen de la visión. Tras ellos, se alza el Furor; su manto azul es el mismo cielo y su nórdico ojo único tiene el palor de la luna. Tampoco él ve al demonio fugitivo, pues su mirar está atrapado en un futuro muy distante de este momento.

Más próximo en el pasmo azul de esta visión, camina Uther, ciego al tiempo como cualquier hombre. Vaga a través de pensamientos que ponderan el futuro que nos aguarda; pasa por encima de un abedul caído, inconsciente de los poderes que lo rodean. Wray Vitki flota en su sombra, acarreando su propia medianoche, una oscuridad tallada en hombre con escamas de alagartados destellos. No resplandece en él tampoco el ojo fuerte... gracias a Dios, pues su futuro son las fauces del Dragón.

Merlinus combate la urgencia de su risa, maliciosamente divertido al ver el tiempo mismo como una dimensión, un espacio vasto, interminable, ocupado por todas las cosas vivientes. Por todas partes hay criaturas silvanas enclaustradas en sus embelesados momentos de eternidad. Él mira a través de la acuosidad de sus cuerpos, más allá de la escala musical de un arroyo en descenso, más allá incluso de los velos transparentes de bosques y montañas, hacia donde la gente vive ocupando sus ciegos momentos.

Los soldados del rey se esfuerzan en fijar el eje roto del carromato. Riochatus y su séquito llegan a Maridunum, una colmena de actividad clavada en este instante azul, grímpolas onduladas en un viento helado, rostros fijos en permanentes destellos de expresión.

Estratos de distancia se desconchan ante la mirada penetrante del mago y halla al unicornio lejos de la ciudad. Flota en calma dulzura entre las desgarradas cortinas del bosque, inmóvil en medio de un salto, absorto en la profundidad del momento, carente de toda futura visión.

Barriendo con los ojos dominios aun más lejanos, Merlinus busca la reina. Encuentra primero a Morgeu. La oculta la mancha naranja de una luz de antorchas en una cripta redonda, subterránea, ceremonial. Columnas de jade serpentinas se elevan en círculo para sostener la bóveda de piedra negra, de la que penden cráneos humanos en cuyo interior arden candelas. El tiempo se mueve aquí, destilando lentamente en el futuro.

De incensarios de bronce suspendidos por férreas cadenas rezuman borbollantes vapores que lamen el suelo y reptan como espectros viperinos hasta el pedestal de ónice de una estatua monstruosa. Es la misma figura cruel que el mago y su maestro vieron en

Librodot

el altar del *aedes* de Segontium: una mujer de rostro encolmillado, desnuda, que ostenta un collar de cráneos humanos y blande una espada sangrienta, muestra una cabeza cortada. Es Morrígan, la Reina-Demonio.

Morgeu yace postrada ante la estatua, aferrando sus tobillos danzantes adornados de cascabeles. Desnudo, el cuerpo recio y femenino de la joven bruja brilla con un color blanco-muerte como el de la cera, mientras las parpadeantes y undosas llamas de los cráneos la acarician como umbríos dedos de esqueleto. Rueda sobre sí misma y se apoya en los codos para mirar anhelosa la estatua con sus pequeños ojos.

"Azael...", llama con una voz que no es la suya, una voz de sierpe, fantasmal, tan familiar en su maldad que Merlinus se siente apuñalado, transfijo como mariposa a la deriva en el viento que hubiese sido de pronto atravesada por una aguja de pino. Arácnidas energías brotan de la estatua espeluznante y anudan los filamentos sensitivos del corazón de Lailokén ligándolo fuertemente con rapto terrible.

Una sombra untuosa como de anguila se separa de la figura de piedra, erecta y blasonada con los coágulos de sangre que parecen reflejar las linternas-calavera. Es Azael, que ha descendido de las alturas alpinas que compartiera con el Furor. No ve a Merlinus. Los rayos negros de sus ojos reflejan la faz pálida, atemerada de Morgeu. Demasiado bien sabe Lailokén la repugnancia que el demonio siente ante este saco de tripas humillado ante él... pero la sable traslucidez de su cuerpo sinuoso abraza a la bruja.

Ante la depravada desesperación de Azael, una risa irreprimible posee a Merlinus. El mago se esfuerza en prolongar la visión, pero la impresionante escena se desvanece. *Morgeu es un arma de los demonios*, se dice a sí mismo para extinguir su risa dolorosa y, al hacerlo, se calma de inmediato.

Delante de él, sentada en un suelo de pinaza y hojas de haya amollentado por los siglos, Ygrane observa. La luz algodonosa del tiempo congelado no vela su fija mirada. Ygrane lo observa directamente a él. Su cuerpo translúcido se abre como una cortina de lluvia y tras él, tras la límpida máscara de tierra y roca que es la corteza del planeta, el Dragón observa. Sus ojos púrpura, sus ojos humo, sus ojos tinta colman millas montañosas, alienígenas en el efluvio oscuro de su ser.

Asustado por el rostro inmenso, Merlinus pierde el control de sí mismo y una risa aterrorizada explota en su interior. Su visión se fragmenta pero, en el instante de su desvanecimiento, ve que Ygrane no es sino una añagaza del Dragón. Su magia los liga a todos. Ve distintamente la telaraña de fuego azul tejida hasta en sus fibras más finas, hilada y urdida para atraparlos a todos en su espacio de tiempo.

Torzales azur irradian de la sombra fiera del Dragón, se concentran en la lente que es el cuerpo de Ygrane y se propagan por el mundo. Las fibras mágicas traban nudos alrededor del mago y de Bleys. También Uther y el sombrío Wray Vitki cintilan cuando las cuerdas de magia se tensan en torno a ellos. Y el unicornio porta las largas riendas del poder de la reina. Puede que quiera sacrificarlos todos al Dragón, pues las trenzas de su magia atan a cada uno de ellos a la bestia en el corazón del planeta.

Al sumergirse en la ceguera de su risa, Merlinus ve que la madeja hechicera de la reina enlaza mucho más que lo que rodea a Ygrane. Su telaraña está anclada en las pequeñas vidas de su entorno, sí, pero las trasciende, fuerte, vasta y eficaz hasta el punto, acaso, de apresar al mismo Furor.

Ygrane es Morrígan, la Bebedora de Vidas. Su mirada verde se demora en el ojo fuerte del mago como una imagen eidética que lo observa con propósito claro, inexorable, decidido.

Librodot

La mente proyectada de Merlinus mira hacia abajo, observa su cuerpo aletargado en su malla de sombras vegetales. Qué anciana y temiblemente humano le parece, con sus cejas tostadas, su carne áspera como piedra pómez, gris y desecada, encogida en torno a su mortalidad. La escena detiene su risa escalofriante y le impide caer en sí mismo. Bleys lo llama: "¡Ey... vuelve! ¡No va tanto lejos primera vez!"

Pero Merlinus ha volado ya del cipresal y retorna hacia el bosque por el que vaga el rey. El impacto de ver a Ygrane como la reina-bruja del Dragón le ha cerrado con firmeza el ojo fuerte, pero retiene su descorporada condición. Decidido a presenciar el primer encuentro de Uther e Ygrane, planea sobre las copas de los árboles hasta que atisba al rey en las sombras incandescentes de la densa foresta.

Uther le parece al mago un menudo, furtivo animal en la masiva arboleda de robles, fresnos, serbales y verdes empavesados de yedra filamentosa. En este bosque penumbroso, con sus silentes y umbrías galerías, sus barrancos rocosos, sus helechos altos hasta los hombros, y sus raros, rabiosos destellos de luz espectral, Merlinus teme por él. El hombre no se da cuenta de que marcha no por propia voluntad, sino por la llamada mágica de la reina celta. Los hilos del corazón del hechicero penetran el verde lúgubre para buscar posibles peligros, pero no percibe emboscadas ni animales peligrosos. Sin embargo, prosigue, trepidante, porque ha visto con su ojo fuerte la telaraña de sortilegios que anuda el tiempo en estos mismos instantes, tensándose en torno a Uther y conduciéndolo a un destino letal.

El mago sabe que Uther no sospecha la magia que lo guía a estas profundidades del bosque. Piensa el rey en su hermano y en la fabulosa oscuridad de su propio bosque vital, donde debe buscar su alma a través de una maraña de compromisos políticos y batallas futuras. Principal en su mente es el matrimonio por conveniencia que le espera, una unión sagrada con una pagana que nunca ha visto.

Merlinus se arrepiente de no haberle hablado a Uther de las expectativas de la reina con respecto al Gandharva. Tal es el deseo de Ygrane, y puede que ello sea todo lo que separe a Uther del Dragón. El mago querría hablar, decirle a este hombre devoto que él es la plegaria de Óptima, la visión de Raglaw, el padre de un bello y esplendoroso momento que brillará más allá de mil años de dolor. Debería conocer todas estas cosas cuando enfrente a la reina-bruja. Pero en lugar de ello, el hombre vadea el frondoso helechal olvidado del futuro, adolorado por el pasado. El demonio, invisiblemente, se acerca queriendo salvarlo de su tristeza pues, en ese momento, abandonado en la espesura desolada de sombras calladas y luz incierta, Uther parece una criatura del alma de Lailokén.

Una luz verde, llamativa, titila en la distancia y el rey camina hacia allí pasando por encima de behemoths caídos, florecidos, cruzando lechos de piedra de exhaustos arroyos, atravesando un dédalo de arbustos espinosos. Y abriéndose camino con su espada corta entre velos de ortigas, emerge a una estancia de vaporoso azul, cerúleo como el fondo de un mar escaso: una fuente arbórea bajo el brillo del cielo entre espirales índigo de boira emergente.

Un pequeño edificio de piedra se asienta en el césped de plata entre manchas abigarradas de bocas de dragón, dedaleras y nuezas. El rey toma esta estructura abovedada y chata por el sepulcro de un santo, una capilla, porque en el dintel de la puerta como un dolmen hay grabada una cruz celta: la cruz inscrita en un círculo, un antiguo símbolo de los cuadrantes cósmicos. Con obvia gratitud por haber hallado un lugar de culto en este territorio primordial, un sagrado reducto donde poder descargarse de sus miedos ante Dios, envaina su espada y se apresura a cruzar la maleza y las nieblas espectrales. Se arrodilla en el umbral y entra.

Ya en el interior, se detiene de pronto e inclina la cabeza con gesto apologético.

Librodot

Una mujer alta de pelo bronce trenzado y vestida de blanco está junto a un altar de piedra desnuda, colocando guirnaldas de flores salvajes. Es Ygrane. Pero Uther no lo sabe porque la reina está sola, con las ropas sencillas de su comunión con los faerïe, y no porta emblema alguno de su rango. El la saluda en latín, como a cualquier devoto de su misma fe: "Cristo esté contigo, hermana."

Ygrane se arredra cuando Merlinus la toca, cuando el mago siente la sorpresa de la mujer por su intrusión, cuando penetra en los suaves recuerdos de las muchas visitas de la reina a este lugar; y lo inundan entonces cromáticas, seductoras impresiones de un canto radiante y vivaz, una dicha inebriante en la presencia de la pálida gente, invisible a la luz del día pero gozosamente palpable entre la brumosa vegetación con sus manchas de amapolas, madreselvas y su flotar de mariposas.

Ygrane ha estado entonando sortilegios, llamando a su Gandharva para pasar con él a solas los primeros instantes de su destino compartido. Su aparición, pues, no la sorprende pero sí la de Merlinus... y también la de Wray Vitki. Ningún espíritu ha osado perturbarla aquí antes... ni en el ahora de todos los tiempos.

Merlinus siente su turbación, los ecos lamentables de su matrimonio con Gorlois; y siente también su esperanza de que el mago haya encontrado de verdad al noble que anhela.

Merlinus se arrima a la mujer para oír lo que piensa de él y la reina pasa su mano a través del fantasma como invitando a Uther a entrar en el templo. Oculta en su mano una piedra protectora, una pequeña hematites plateada que trastorna campos eléctricos. La usa en sus curaciones para expulsar espíritus parásitos. Cuando toca a Merlinus, el dolor lo taladra y huye al vuelo, aullando por un paisaje borroso de rápidos árboles y luz furiosa.

El templo queda atrás. Pero antes de que el bosque se cierre sobre él como una caja, el mago atisba la piedra magnética en la mano de la bruja; la ve barrer el aire con ella otra vez y la sombra reptiliana de Wray Vitki se hunde en la tierra. La reina está al fin sola con su rey.

"¡Hace cuidado!" La voz de Bleys rompió sobre Merlinus. "¡Hace cuidado! ¡Tú tiene cerebro en esa cabeza! ¡Cuida rompe!"

El mundo trepida alrededor del mago y éste despierta para hallar a su maestro acuclillado junto a él en el umbrío cipresal; le sostiene la cabeza con las dos manos para impedir que Merlinus se destroce el cráneo contra el suelo. "¡Bleys!", grita. "¿Qué ha ocurrido?"

"Ojo fuerte mucho truco", le asegura Bleys y le oprime el rostro firmemente con ambas manos. "Hace cuidado, si no tú consigue una gran cabeza loca."

El mago se libra de la presa de su maestro y se pone en pie.

"¿Dónde tú va?"

"Uther... me necesita..." Haciéndose con el bastón, Merlinus deja el cipresal tambaleante, flácidas las piernas, fluctuante la vista. Bleys corre tras él y lo toma por el brazo para detenerlo.

"Espera aún", le ordena severo el maestro. "Tu rey no necesita uno grande loco."

"Bleys... he visto al rey por venir... el hijo de Uther e Ygrane... y... y he visto en el interior de la reina, de Ygrane. ¡Es la bruja del Dragón! ¡He visto sus ojos!"

"Ah, tú ve nada. *Ojo fuerte ve*. Tú uno grande loco."

Merlinus se apoya pesadamente en su bastón y contempla con un fiero parpadeo al hombre pequeño ante él. "¿Qué quieres decir?

"Ojo fuerte mucho truco, ;sí? Lo que tú ve no aún ocurre, ¿sí?"

Librodot

Merlinus se lleva a la frente una mano fría y de dedos temblorosos. "¿Qué...?"

Bleys estira su sonrisa y lo observa con ojos oscuros, duros, penetrantes. "Tiempo ya ocurre. No futuro, no pasado. No tiempo."

"No te entiendo."

"Por seguro." Cabecea enérgicamente y ensancha la sonrisa. "Por seguro que no entiende. Ey, tú consigue nuevo ojo fuerte, nuevo, nuevo nacido, ¿qué tú piensa? Bebé parece... nada entiende."

Ygrane se provoca una sonrisa ante la reverente equivocación del joven. "Bienvenido extranjero, a este templo de paz."

Uther parpadea en el penumbroso claustro. "¿No es esto una capilla?" Observa las taus trazadas en las paredes de piedra e, iluminados por las saetas solares que penetran por las aspilleras de la bóveda, tres círculos unidos grabados en la superficie del altar. "¿No eres cristiana?"

"Este es un templo celta", dice la mujer y deja a su mirada revolotear nerviosa sobre él de forma que Uther pueda interpretar sin dificultad su inquietud: él es romano y porta una espada y ella está imprudentemente sola. Tal es la primera prueba a la que somete al hombre que será su marido. Sus años con Gorlois han entrenado su ojo a detectar el mínimo tic facial de interés sádico. No descubre ninguno ahora. Por el contrario, el joven rey retrocede como ante la puerta abierta de un horno.

"Hablas latín..." La confusión de Uther lo aparta de ella. Trata de entender por qué está sola en este perdido templo pagano y qué pretendía hacer junto a esas guirnaldas de flexibles helechos y estelares nuezas alrededor del altar.

"Soy.." Alza cautelosamente los brazos con las palmas hacia el exterior, mostrando sencillez. El mítico sentimiento de la pálida gente crece en intensidad y, aunque no puede verlos a la luz del día, los percibe próximos, curiosos por ver al tan pregonado Gandharva. "Soy una criada de la reina...Ygrane de los celtas. Aprendimos latín juntas, durante el tiempo de su matrimonio con el duque de la Costa Sajona." Posa una mano pálida sobre el altar. "He venido sólo a implorar a los poderes espirituales que bendigan nuestra paz con los britones."

Al darse cuenta de su error, Uther sigue retrocediendo, inclinando la cabeza y disculpándose. "Perdóname... yo... yo... se me había ocurrido rezar a nuestro Salvador por la misma paz... a mi Salvador, es decir... a Jesús... el Ungido... el Cristo..."

"Conozco a Jesús", dice Ygrane a través de una divertida pero discreta sonrisa. "El duque también era cristiano."

"Desde luego..." Uther se lleva una mano aturdida a la frente. "Siento haber interrumpido. Sigue con tus oraciones, por favor... yo ya me marcho."

Ygrane, complacida con el carácter del joven, observa fijamente su extravagante retirada mientras examina los rasgos físicos del hombre. Cuando emerge de nuevo a la brava luz del sol, lo ve con claridad: su rostro calmo, sus pensativos ojos dorados, que bizquean con el resplandor, y los bucles azabache de su cabello, despeinados tras su marcha esforzada por la espesura. Parece tan muchachil bajo esa luz reveladora que la inquietud de su corazón, la duda grave que lo trajera hasta aquí, es tan obvia como el apuro en la faz de un chiquillo.

Los miedos de Ygrane se desvanecen en una marea de compasión. "Espera", lo llama. "Tú eres de la partida del Rey Uther, ¿no?"

Uther asiente. "Sí... de los suyos. Caballería."

Con la ropa polvorienta, los pantalones gastados y las botas sucias parece un mozo de cuadra vestido de caballero; los ojos de la reina se iluminan, maliciosos. "Por

lo que hemos oído, fuisteis la miseria de los sajones. Vuestros arcos y caballos los sorprendieron bien." Señala con un gesto el altar cubierto de guirnaldas. "¿Querrías rezar conmigo?"

Uther retrocede aun un paso más.

"Reza a tu dios, entonces", dice, mansa, Ygrane. "Si nuestros pueblos han de ser aliados, habrán de serlo también nuestros dioses, ¿no crees?" Vuelve su atención hacia los adornos florales y habla sin mirarlo: "Aunque, por lo que yo entiendo, la vuestra es una fe joven o, mejor dicho, la combinación de muchas antiguas."

"Eso no es verdad", repone Uther, entrando en el templo otra vez, atraído por el único señuelo que no es capaz de resistir. "Jesús es el hijo único de Dios. Vino para morir por nuestros pecados y hacernos dignos del cielo."

Ygrane sonríe traviesa ante la reacción del hombre, pero reprime su regocijo antes de mirarlo. "Deja tu espada en el exterior, soldado. Por favor. Éste es un santuario de paz. Debería habértelo dicho."

Uther sale y se pelea, torpe, con la hebilla del cinturón. "Lo hiciste... Lo siento. Sin embargo, estás en un error en lo que a mi fe respecta. Sólo Jesús es hijo de Dios. No hay otro."

"Te he ofendido", observa pícaramente Ygrane. "Soy yo la que te pide disculpas. El nuestro es un pueblo antiguo y una raza orgullosa, y yo doy por supuesto su conocimiento." Le invita a entrar con un gesto y le indica un asiento tallado como un nicho en la pared de piedra. "¿Agua?", pregunta tomando una cantimplora de cuero y una pequeña cesta blanca de detrás del altar. "¿O un bollo de cebada?" Cuando él declina con un leve movimiento de su mano, ella añade: "Tienen nueces y pasas. Son los favoritos de la reina."

Uther acepta uno y lo mordisquea con una cortés mirada de apreciación.

"Hace mil años", dice ella sentándose en un poyal adyacente, "mi pueblo se extendía por toda Europa. ¿Lo sabías?"

"Sí, saqueasteis la Ciudad Eterna hace ochocientos años", replica él con la boca llena de bollo. "De hecho, fuisteis una amenaza para los romanos hasta que os derrotaron en Telamón, 225 años antes del nacimiento de nuestro... mi Salvador."

"En efecto." Premia ella su erudición con una sonrisa. "No te falta conocimiento, para ser un soldado."

"Estudié para sacerdote y aprendí algo de historia", murmura antes de tragar. "Y a ti... tampoco a ti te falta, para ser una criada."

"La reina espera de todas sus sirvientas que lean y conozcan su historia." Le ofrece la cantimplora de agua. "Nuestro alfabeto oghámico es tan antiguo como el griego."

"Ése es un legado digno de orgullo." Acepta la cantimplora y bebe.

"También tú debes de estar orgulloso de tu legado para renunciar al sacerdocio y dedicarte a luchar por tu pueblo", nota Ygrane.

La mirada de Uther se endurece de pronto. "A menos que luchemos lo perderemos todo", responde bruscamente. "Los bárbaros quieren esta isla y están decididos a purgarnos de ella." Le devuelve la cantimplora y, al notar el destello de honda preocupación en sus ojos grandes, su propia mirada se dulcifica. "Pero, por supuesto, conoces tan bien como yo esta amarga verdad. Por eso estás aquí, ¿no? Para rezar por una alianza que nos permita conquistar la paz."

"¿Crees que venceremos?", le pregunta buscando en el rostro joven un indicio de esperanza.

"Debemos", repone él con todo el cuerpo inclinado de pronto hacia adelante, decidido, alerta, asustado casi, piensa Ygrane. "Debemos vencer... por todo lo que es

Librodot

santo, por tu pueblo y el mío."

"Rezo para que tu rey tenga la misma determinación."

"Está determinado a dar su vida", dice él llanamente, "si ésa es la condición para reconquistar nuestro país de los bárbaros. No pagará un precio menor que su hermano, de esto estoy seguro."

"¿Y tú, soldado?" Lo mira con fijeza, fascinada por su fervor. "¿Te ha preparado a ti también tu fe para dar la vida por nuestra causa?"

Uther se recuesta en el asiento. "Ya estoy muerto", susurra, y el frío que estas palabras infligen a la reina le eriza el vello de la piel. "Toda mi familia está muerta... asesinada por la guerra y el dolor. A menudo siento que yo morí con ellos también." Le brillan los nudillos en la penumbra al aferrar las protecciones de cuero que le cubren las rodillas. "Por eso vine a rezar aquí, cuando creí que esto era una capilla cristiana."

"Viniste a rezar por tu familia..."Ygrane habla con suavidad, bajos los ojos.

Él no se molesta en decirle que su familia está a salvo en el cielo. Es él quien está solo en la Tierra, a punto de transgredir su fe. Había esperado poder orar por la mujer con la que va a casarse.

"En realidad vine a rezar por tu reina", admite, la cabeza hacia atrás, contra el muro de piedra, mientras observa con calma la mirada inquisitiva de la mujer. "Vine a pedirle a Jesús que tu reina le abra su corazón, que Uther e Ygrane puedan gozar de la bendición de un matrimonio cristiano."

Ygrane se endereza. "Creo que tu plegaria no será respondida, soldado. Ygrane es apasionada en su fe. Y, tal como había empezado a decirte, nuestro pueblo es una raza antigua. Mucho más antiguo que Roma. Nosotros recordamos las viejas religiones que hallamos en nuestro peregrinar por el mundo. No hemos olvidado a Osiris de Egipto ni al persa Mitra ni al Attis de los griegos. Todos ellos murieron para resucitar como salvadores de sus pueblos. Jesús no difiere de ellos, en realidad."

Uther cierra los ojos, indiferente. "Nada sé de esos dioses. Pero sí sé que Jesús predicó que él es el camino, la verdad y la vida... y le creo."

"Muy bien", dice ella con fuerza. "Pero te aseguro que mi reina es tan firme como tú en su fe."

"Y ¿cuál es su fe?", inquiere Uther quedamente, amodorrado de complacencia. "¿Qué es lo que los celtas adoráis?"

"¿Por qué te preocupa?", le espeta ella. "Estás decidido a no interesarte por ello, ¿no es así? Tu religión te prohibe interesarte por otras fes." Devana una risa fría, desdichada. "Oh, no creas que no lo sé. He oído a los monjes y monjas errantes predicar a mi pueblo. Vuestros obispos no son muy caritativos en su dominio, déjame que te lo diga. Amenazan con el fuego del infierno a todos aquellos que no creen lo mismo que ellos. Los antiguos romanos, al menos, nos permitían nuestro culto siempre y cuando les pagásemos los impuestos. Pero ahora vuestra iglesia no se contenta con impuestos: quiere nuestras almas también. Pues bien, te aseguro que no tendrá ninguna de las dos cosas. No mientras viva mi reina."

Azuzado por las palabras de la mujer, Uther abre bien los ojos, inclina la cabeza hacia delante. "¿Por qué, pues, se molesta siquiera tu virtuosa reina en casarse con mi rey, si no respeta siquiera su religión?"

"¿Cómo puede alguien respetar una fe que adora a un hombre herido y ensangrentado clavado a una cruz? ¿Es eso amor?, te pregunto. ¿Es que haría una cosa así un padre que amase a su hijo? No hasta donde mi razón alcanza, te lo aseguro. Pero vosotros decís que vuestro dios hace volver a Jesús de entre los muertos. Magnífico por lo que a los muertos respecta, pero ¿y los vivos? Si vuestro dios es capaz de hacer eso en el mundo a su hijo único, ¿qué no será capaz de hacernos a los demás?" Engalla la

Librodot

cabeza y deja escapar una silente, burlesca risa. "Con esa fe, soldado, lo mismo daría que nos entregáramos a los bárbaros y nos dejásemos sacrificar sin lucha, porque el amor de vuestro dios no pertenece a este mundo, sino que nos aguarda en alguno de los cielos."

Pulsa la quijada de Uther, pero él reprime su lengua. "Si mi fe es tan risible, dime, ¿qué es lo que tú y tu reina creéis?"

"Es fe de los celtas que en cada persona hay un alma", responde ella musicalmente, la cabeza hacia atrás, los ojos más anchos y orgullosos, parece, por los fuertes huesos de sus mejillas y mandíbula, "y en cada alma hay una inteligencia que puede concebir el bien o el mal. Y del bien proviene la vida. Y en toda vida está Dios."

"¿Y el mal?", inquiere él con ardor. "En el mundo lo hay a raudales. ¿Qué dice de ello vuestra fe?"

"No hay mal", dice ella queda, "que no sea un bien mayor."

Uther bufa con incredulidad. "Yo he visto una buena dosis de mal del que no surge ningún bien."

"Tú has visto como hombre... y viendo de ese modo, hay muchas cosas que permanecen ocultas."

"Parece que los antiguos y orgullosos celtas tenéis respuestas para todo", repone Uther severo. "No me extraña que mi rey tenga tantos reparos en contra de este matrimonio."

Una sombra cruza la faz de Ygrane. "¿Uther es reticente?"

El rey ahuyenta la idea con un gesto de su mano. "Oh, está obligado a hacerlo, de acuerdo. Es una necesidad política, ¿no?"

"Sí..." Ygrane exhala un triste rencor. "Una necesidad política. Como su primer marido. Abrigaba una esperanza mejor en este caso."

"Estoy seguro de que, como celta, tu reina hallará en esta inconveniencia un bien mayor", la amonesta Uther. "Pero, ¿qué hará mi rey? Él es cristiano. Su fe es su vida."

"Entonces debería haberse buscado una esposa cristiana", replica fríamente la mujer.

"Te lo aseguro, señora, si no fuera por la alianza, el rey no se habría casado en absoluto."

"¿En absoluto?" Sus cejas leonadas se elevan. "¿Qué clase de hombre es pues?"

"Un hombre devoto. Un hombre de Dios. Iba a ser sacerdote, como yo mismo... hasta que su hermano lo llamó a la batalla."

"El que murió a las puertas de Londinium." La comprensión recompone las facciones de Ygrane. "Ésa es la muerte que hizo de Uther un rey..."

"Su hermano habría sido un rey más grande." Uther se muestra pálido. "¿Y tu reina? ¿Qué me dices de ella?"

Ygrane levanta la mirada hacia la bóveda. "Es una mujer sencilla, en realidad. Tampoco ella eligió su condición. De niña vivía en una aldea de montaña."

"He oído decir que tiene visiones y que por ello los celtas la hicieron reina. ¿Es una hechicera, como decía Gorlois?"

La reina parece más dolorida que enfadada. "Gorlois lo creía, sí. Y sin duda tu rey pensará lo mismo. Los cristianos... tienen una mentalidad tan penosamente estrecha."

"Quizás sí." La mandíbula de Uther palpita otra vez. "Pero lo que nos falta en la mente lo tenemos en el corazón. Nuestro Salvador nos enseñó a amar incluso a nuestros enemigos."

"Entonces quizás Uther debería casarse con la reina sajona." Sus ojos se achican. "¿No crees?"

"Acaso se lo sugiera", dice, con amargura, Uther.

Librodot

"Como si un rey fuera a escuchar a un soldado de caballería que apenas puede dejarse crecer la primera barba."

Uther se levanta. "Bien, me voy."

"Buen viaje, pues, soldado."

Uther camina hasta la puerta. Pero cuando alcanza el umbral la reina lo llama: "Espera... por favor."

Uther se torna y se sorprende al verla de pie, con ambos brazos extendidos en un gesto implorante y un surco triste entre los ojos.

"Me olvidé de dónde estábamos, soldado", dice ella con mansedumbre. "Este es un santuario de paz. No debemos separarnos así."

Uther contiene la respiración un instante, dispuesto a soltar una invectiva acerca de hallar el mayor bien en una separación como ésta, pero la sinceridad en el rostro contrito de Ygrane se lo impide: "Deberíamos rezar", asiente, "cada uno a su dios."

Él se arrodilla junto al altar y ella permanece de pie a su lado. Oran en silencio. Fuera cantan las aves y el viento murmura en la lóbrega oscuridad del bosque. Por fin, Uther se levanta; Ygrane le toca el brazo. "Soldado, gracias. Eres muy generoso al honrar el altar de mi pueblo con tu plegaria."

"Le he rezado a Jesús", confiesa, "para una pacífica alianza de nuestro pueblo."

"Supongo que es tu rey quien debe ofrecer esa plegaria."

"Y tu reina."

"Sí", responde ella con una sonrisa triste. "Al fin y al cabo, nosotros no somos más que pequeñas figuras de este drama... un soldado y una criada. ¿Qué importan nuestras plegarias, si tu rey y mi reina son incapaces de aliarse entre ellos?"

Uther sonríe. "Jesús enseña que ninguna plegaria es desoída, pues todos nuestros nombres están escritos en el cielo." Se mueve hacia la puerta. "Le diré a mi rey que su reina está bien servida por tu persona. ¿Cómo te llamas?"

La reina no puede seguir escondiéndose de este hombre de honor. Cumple todas sus expectativas y ni siquiera la reina inmortal que vive en su interior halla carencia en él. Contrita, baja la cabeza. "Soy Ygrane, reina de los celtas."

Él se tambalea un instante bajo el peso de esta revelación. Un escalofrío de embarazo lo atraviesa por haber pretendido ser alguien distinto. Luego, se endereza golpeado por el pensamiento relámpago de que esta elegante mujer, sencilla y sincera, es su reina. "Mi señora...", murmura intentando hallar las palabras que le permitan explicarse.

"Tú eres Uther Pendragón. Ya lo sé."

"¿Lo sabes?", los tonos aceituna de su faz se oscurecen.

"Lo he sabido en todo momento. Siento no haber sido franca contigo desde el principio."

"Lo sabías... ¿y no me lo dijiste?", pregunta sin violencia emocional, al mismo tiempo asombrado y curioso. "¿Te burlabas de mí? ¿Es costumbre celta?"

"No...", repone ella, suave la voz de arrepentimiento,"... una debilidad personal. Tenía que estar segura de que no fueses como mi primer marido."

"¿Y he satisfecho tu secreta evaluación?", inquiere, sarcástico.

"¿Estás enfadado conmigo?"

"No." Se acerca a ella, sintiendo que el desamparo que lo trajera a esta mujer pagana fluye hacia una realidad más feliz. "No estoy enfadado. En realidad estoy tan contento como para reír. Con todo lo que había oído de ti, esperaba una... bien... una misteriosa sacerdotisa."

"Quieres decir una hechicera, una bruja." Su mirar se sesga, burlón. "¿Tenías miedo de mí?"

Librodot

Él no hace ningún esfuerzo para ocultar su aprensión y sus ojos tejidos de sol se agrandan con el recuerdo del temor pasado. "Oí cosas tan demenciales... que montas un unicornio y hablas con los elfos. Llegué incluso a oír que una vez trepaste al Árbol de la Tormenta sajón para enfrentar a su dios, el Furente. Dicen los rumores que puedes embelesar con una sola palabra. ¿Me has encantado ahora?"

"¿Cómo crees que te traje aquí para estar a solas contigo?"

Uther, pensando que bromea, ríe. "¿Dónde están tus guardias?"

"Cerca", miente ella y posa su mano derecha en la del hombre en una primera aproximación a la intimidad. "Estoy contenta de que nos hayamos encontrado sin formalidades, aunque pienses que me he burlado de ti."

"Lo mismo daría que nos entregáramos a los bárbaros y nos dejásemos sacrificar sin lucha", la imita Uther en tono alto y hosco. "No le digas eso al obispo."

"¿Y qué me dices de ti?" Hincha el pecho y habla con brusquedad: "Lo que nos falta en la mente lo tenemos en el corazón." ¡Ja! Ésa es una arrogancia segura de ganarse la admiración de una reina. Como si a nosotros nos faltase el corazón, ¿no es eso?"

Riendo lo empuja, juguetona, pero le toca sin querer el hombro dañado y en Uther se dibuja una mueca de dolor.

Sorprendida, le toma el brazo sano. "Gran Madre, discúlpame. Estás herido."

"Una agria herida." Se sienta de nuevo en el poyal. El rubí palpitar de su dolor, latente y sordo, que ha llegado a ignorar, se insinúa ahora con vivida angustia.

"Déjame verlo", pide la reina mientras le desata el chaleco.

"No... estaré bien." Rutila su faz con sudor frío y cierra los ojos. "Estoy bajo el cuidado de un cirujano."

"Un cirujano romano", suspira la reina apartándole cautelosamente la ropa. "¿Es pasta de ajo y brea lo que usa? Es el remedio favorito de vuestros doctores." Tira de la manga de su túnica y expone la llaga roja, hinchada, cosida con fibra de tripa de gato. "Esto acabará por darte fiebres. Necesitas un ungüento. Ten el mío." De su cesta de bollos saca un frasco de vidrio azul, del tamaño de un pulgar.

"¿Qué es?", inquiere Uther mientras Ygrane vierte el resinoso líquido marrón sobre los puntos negros y la carne escaldada.

"Un bálsamo curativo", responde ella y unta suavemente con él los labios inflamados de la herida. "Aceites de ortiga, verbena, sauce. Hace sanar. Baño cada frasco en magia, para ayudar la cura. Todas mis criadas lo llevan. Éstos son tiempos de guerra."

Él la observa aplicar el bálsamo con destreza a su herida y a la urdimbre interior de la túnica que estará en contacto con la llaga, y su pulso se acelera. "¿Cómo es que tú, una reina, sabes tanto de medicina?"

"Curar el pueblo y el país es una de mis primeras responsabilidades como reina", responde Ygrane subiéndole de nuevo la manga de la túnica y cerrándole el chaleco. "No tendrás fiebre ahora, espero. Aunque, si la herida no estaba bien limpia, podrías tenerla. Si es así, habrás de quitarte los puntos."

"Si eso ocurre", dice él, "te haré llamar."

"Pronto estaremos juntos otra vez", repone ella examinando el rostro joven de Uther, saciándose de todos los pequeños detalles que el trance nunca le ofreció. Le aprieta la mano en torno al frasco. "Guárdalo. Volveré a curarte la herida con esto otra vez... esta misma noche... cuando nos encontremos en Maridunum."

Cálida como brandy, su mirada juguetea sobre las serias facciones de la mujer, grabando en la memoria la fuerte amplitud de su quijada, su larga nariz *danaan*, la tenue textura como el pétalo de su piel y el titilar de sus ojos verdes. Mete el frasco en el

Librodot

bolsillo de su chaleco, sobre el corazón. "Ven conmigo adonde me espera mi séquito. Está en la carretera sobre el bosque. Entraremos juntos en Maridunum. Tú y yo."

Ella lo contempla con una calma límpida e impertérrita en la que sólo la pálida gente que los rodea puede detectar el sentimiento contenido. Este encuentro ha resultado mucho más satisfactorio de lo que podía haber esperado. El amor es posible... y ello incrusta nuevos peligros y preocupaciones en su vida. *Myrddin*, llama en sus adentros, *has trabajado demasiado bien*. Necesita tiempo para adaptar estas íntimas posibilidades a su vida como reina, más vasta y arriesgada.

"Que este primer encuentro sea nuestro solamente", le dice ella y retrocede hacia el altar. "Solos... ante Dios."

"¿El tuyo o el mío?"

"Dejemos que nuestro matrimonio lo resuelva." Sonríe cansina. "Si triunfamos, podemos debatirlo con nuestros niños. Si fracasamos... bien, los sajones tienen su propia idea de Dios."

El alegre tremor en el corazón del rey se calma cuando él acepta esta verdad. Entumecido de nuevo por el dolor y los eventos de su destino, Uther vuelve al umbral y se lleva la mano al frasco azul en el bolsillo del chaleco. "Gracias."

Emerge con naturalidad, como un viejo amigo reticente a partir, recoge del pórtico su espada y camina lento a través de la hierba argéntea, deteniéndose varias veces para agitar la mano antes de desaparecer en la oscuridad del bosque.

Túrgido palpita el corazón de Ygrane. El encuentro con Uther ha hecho más honda aun su turbada anticipación del matrimonio cercano. Es un hombre tan joven, un alma tan joven, tan ansiosa de creer en el bien.

Más sola que nunca al ir otra vez hacia un marido cristiano, la reina observa la figura empequeñecer en la distancia con peculiar anhelo. No por él, aunque lo encuentra en todo aspecto deseable. Tal sería un anhelo imposible y ella es en su corazón demasiado vieja para sueños semejantes.

En cambio, desea la libertad primordial que conoció en las alamedas de robles y castaños, el millón de libertades que compartiera con la pálida gente. Su mirar se ahonda. Su alma de bruma y viento busca un camino para escapar de todo lo está por llegar. Por eso se demora aquí, para tocar otra vez el verde resplandor de la tierra...Y si no puede hallar ese camino, desea al menos lograr la paz consigo misma. A veces, se pregunta si debería ser reina y piensa que quizás haya traicionado la belleza.

Dejar a su familia y los montes para ejercer la función de reina ha sido un error, piensa. Una historia la hizo partir con seducción misteriosa. Ansiosa como cualquier inculto de sumergirse en la importancia de una historia, maridó a su enemigo, como el cuento predecía. Pero el matrimonio no dio lugar a la prometida esperanza más allá de la ayuda que pudo aportar a sus fiana... y la criatura traída al mundo no engrandecerá la vida de nadie. Por mucho que a Ygrane le desazone, Morgeu encarna toda la agresividad de su padre unida a todo el absurdo orgullo materno.

Ygrane no ha visto a su hija desde antes de la muerte de Gorlois y a veces teme que la muchacha se haya matado a sí misma o que la haya matado la distracción de su dolor. Pero ni ella ni la pálida gente han visto su sombra entre los muertos. Y aquellos dragones que lucharon en Londinium y fueron testigos de su odio y su rabia contra Lailokén han asegurado que ira tan demencial no morirá fácilmente.

La reina inspira, disuelve sus miedos maternos e intenta otra vez lo que está tratando de lograr. Quiere creer en la historia que la sedujo una vez, que la sustrajo a su vida briosa en los montes para entregarla a Gorlois y las perfidias de la guerra. Quiere

Librodot

creer que es digna de un amor que casa naciones y que puede concebir un rey bendito destinado a ennoblecer una era. Pero ése es otra vez su absurdo orgullo, fatigado de anhelo.

Emerge del templo y se sienta en la hierba, entre el trébol profuso y la espuela de caballero. Mariposas azules y azufre descienden para rodearla. El rey ha desaparecido tras el muro gigante del bosque oscuro, heraldo del próximo capítulo del cuento. El cuento de la historia, inagotable a pesar de lo exhausto de su corazón.

Asustada de sí misma por haber agraviado a lo bello, por haber osado creer que puede ser importante, por querer que Uther sea diferente de Gorlois, se acuesta bajo una nube de volvoretas. Escarabajuelos esmeralda le recorren las piernas desnudas, hormigas pasean los horizontes de sus brazos y el cielo empenachado de plata barre de su mente todo pesar y la colma del olor mentolado de la hierba aplastada y del ensueño de la tarde azul.

Reparado el eje ya, el carromato ha desaparecido tras el recodo del camino. Dos soldados montados que han estado llamando al mago por el bosque lo ven avanzar pesadamente entre los matorrales hacia su bruto; le hacen señas y cabalgan hacia él. Merlinus sujeta su bastón a la silla antes de montar, cansino, su animal. Aguarda a que Bleys se suba a la grupa y marcha luego por la vieja vía romana hacia el norte.

Mientras contempla el dorso de la ropa negra del mago, el oscuro rostro asiático medita en las complejidades de su caza del Ch'i-lin y la amplitud creciente de sus consecuencias. Pero no dice nada. Sabe que ninguna palabra puede competir con el dolor que Merlinus arrastra por el golpe magnético de la reina-bruja... ese dolor que lo entumece. Con un toque podría el maestro aliviarle el daño, pero eso disolvería la lección. Lailokén ha de aprender los peligros que conlleva usar la sexta puerta para salir del cuerpo.

"¿Estás bien, anciano?", le pregunta a Merlinus el rey cuando ambos se encuentran en una bifurcación del camino y el cortejo se reúne para continuar el viaje hacia el norte. "Pareces... cansado. Algo te aflige."

"Distraído sólo, mi señor. Maridunum está cerca." Merlinus parpadea al mirarlo, notando de inmediato el cambio en su semblante... y pasa un dudoso instante antes de que el mago reconozca que Uther se ha afeitado la barba, al viejo estilo romano.

"¿Que *tú* estás distraído?", el joven suelta una risa apagada. "Mientras reparaban el carro, fui al bosque a despejarme la cabeza y... y allí me encontré con la mismísima reina. Ygrane. Estaba orando en lo que parecía el sepulcro de un santo, pero era una especie de templo celta. La asusté y simuló ser una de sus criadas, al principio. ¿Te imaginas? Tenía tanto miedo de mí como yo lo he tenido de ella. Hablamos sobre esos miedos, Merlinus, y creo que hemos allanado muchos problemas. Incluso me trató la herida. Es una médico experta, ¿lo sabías?"

"Ciertamente."

"Y qué alma tenaz. Me dijo que ya podía casarme con una reina sajona, si tenía intenciones de ganarla para el Ungido." Mueve la cabeza y una sonrisa vaga resplandece a través de su incredulidad. "Imagínate semejante fidelidad pagana."

"No pareces del todo molesto por ello", nota Merlinus. "¿O es sencillamente que resultas menos serio sin la barba?"

Uther se señala dubitativo el mentón con el dedo. "La barba... me molestaba. Muy rala. Se parecía demasiado a una barba primeriza."

"¿Acaso fue ésta otra de las observaciones de la regia criada?"

"No, no. La reina es fogosa, de acuerdo, pero una dama gentil en cualquier caso,

Librodot

Merlinus. Es tal como me habías dicho. Y ahora, al haberla conocido yo mismo, no puedo seguir acarreando infelicidad. Sólo siento que no podré satisfacer las plegarias de todos aquellos que nos recibieron en el muelle. Dudo de que mi esperanza de ganar para Cristo a Ygrane sea algo más que un sueño. No obstante, el sueño de lograr un verdadero aliado en esta reina parece ahora muy real."

Merlinus no dice nada. Su mente se siente difusa como una nube, incapaz de concentrarse, vaga y fundida. Su atención salta de los montes occidentales, montes púrpura más allá de montes azules, hacia el blanco paisaje que deriva en las alturas. Retazos de llama azul de su reciente trance bordan su visión periférica y, mientras cabalga, piensa en Morgeu y en su alianza letal con Azael. *¿Es que no comprende en qué terrible mal está cayendo?,* medita, sucumbiendo en su cansancio al viejo hábito verbal. *¿Carece pues de toda idea de autopreservación? Hasta el más simple sabe que, una vez los demonios han conseguido lo que querían, hacen a su instrumento pedazos.*

"¿Por qué tú preocupa?", pregunta Bleys al leer el silencio de Lailokén. "Preocupación echa lejos con ojo fuerte. Hace calma."

Las palabras del maestro tienen sentido para el hombre doliente. Cuanto más piensa en la amenaza de Morgeu y en la ignorante inquietud de Azael por él, más brillante es el centelleo del fuego astral al filo de su vista.

"Tú vas vuela otra vez, si tú no calma", le advierte Bleys. "Ojo fuerte mucho tramposo. Tú hace calma."

Merlinus fija la atención en su rey. Uther cabalga a su lado con aspecto distraído, obsesionado con su reina, delegando enteramente en su séquito la vigilancia de las complejas sombras en los montes arbolados. A lo largo de todo el viaje hacia el oeste, ha sido visible la tensión de su dolor y sus dudas. El encuentro con la reina ha mitigado hasta cierto punto su sufrimiento y ahora medita en la esperanza de un triunfo político y militar. Con Ygrane a su lado, se atreve a pensar que los invasores pueden ser rechazados.

Aun así, Merlinus sabe que Azael y el resto de los demonios vencerá... como siempre que se empeñaron en destruir un imperio. El Imperio Romano está muerto. Lailokén mismo ayudó a asesinarlo. Uther y quien quiera que venga después de él sólo pueden ser sombras de aquellos potentados romanos que los precedieron. Europa pertenece al Furor. Sin embargo, si el extático interludio de Lailokén en la matriz de Óptima merece confianza, Dios ha prometido que Merlinus y su rey arrojarán una luz formidable a través de las eras oscuras en un destello de mortal sacrificio y triunfo.

Pero a Merlinus le preocupa que tanto, tantísimo dependa en este momento de ese hombre solo, de su voluntad para superar los límites de su dolor y de su fe. Desde Londinium, Uther ha soportado los extraños cambios de su destino con el ascetismo de un monje. Ni cacerías ni risas, ni baños en el río ni chanzas, ni siquiera cantos en nombre del dios crucificado que le apasionara toda su vida. Vive, parece, sólo para su solitaria obediencia, que es la más difícil ofrenda de su existir: devoción a su credo, devoción al legado militar de su hermano y sometimiento a lo que ha temido que fuese un matrimonio sin amor, contra la fe, por mera conveniencia política. Incluso ahora, a pesar de la encantada esperanza de hallar amor en Ygrane, la certidumbre de la guerra lo acosa.

A Merlinus le duele el pecho cuando la sombra del fardo de Uther reposa en él y oye estos pensamientos, con sus potentes dudas: *No podemos fracasar. No debemos fracasar. Hemos de tener el corazón y las tripas para llevar nuestra fe de amor y de paz a un mundo de miedo y brutalidad desgarrado por la guerra.* Al principio, éstos suenan como los propios pensamientos del mago y pasa un instante antes de que Lailokén comprenda que está oyendo la mente del rey hablarse a sí misma.

"Hace calma, Lailokén", susurra Bleys próximo a la oreja de su pupilo.

Merlinus aparta la vista de Uther para observar a los arqueros que cabalgan en vanguardia, vigilando la línea de los árboles. Cuando torna la cabeza, un pequeño cambio en la refracción de la luz incendia todo el bosque de arcos iris. ¿Son ángeles lo que vislumbra sobre los pináculos de los árboles, esas manchas luminantes con miradas tejidas de estrellas? ¿O sólo el resplandor de las nubes en sus ojos mareados?

Oye de nuevo la jerga de su maestro lamerlo: "Ey, tú consigue un largo mira-ve con tu ojo fuerte. ¿Qué está viendo?"

"No quiero seguir viendo de este modo nunca más", le dice Merlinus. "¿Cómo lo detengo?"

"Ah, mucho tramposo. Ojo fuerte abre fácil, mucho tramposo cierra."

"¿Qué has dicho, Merlinus?", pregunta el rey surgiendo de pronto de sus meditaciones.

"He dicho... que estoy contento de ver alguna esperanza iluminar las inquietudes del mundo en tu rostro, señor."

"Hondo respira", le instruye Bleys. "Hace calma. Ojo fuerte no cierra si no calma. Risa, abre. Calma, cierra. Hondo, lento, ¿sí?"

"Estaba sólo pensando", dice suavemente Uther, y Merlinus nota los ojos dorados del rey escrutarlo, tratando de adivinar qué es lo que afecta al mago. "Sólo pensando qué pequeña es mi vida, qué poco soy comparado con los muchos... los muchos que vimos en el muelle y en nuestra ruta de victoria desde Londinium. Ambrosius no murió por nada, ¿no crees?"

Los ojos del mago parpadean cuando una luz ardiente pasa por el flanco del rey. Esta vez Merlinus está seguro de que era un ángel. Llegó a ver incluso su melena, hirsuta de llamas deshilachadas.

"Hondo respira", insiste Bleys. "Pone mente en vacío. ¿Sí? No memoria. No esperanzas. No tiempo. Sólo vacío. ¿Sí?"

"Ambrosius..."

Las cejas finas, negras de Uther se tocan cuando el rey frunce el ceño. "Merlinus... tú no estás bien."

"Dame un momento, mi señor.. "El mago inclina la cabeza y cierra los ojos para concentrarse, tal como su maestro le indica, en la nada. Incapaz de imaginársela, Lailokén busca la profundidad del espacio, la oscuridad entre las frías, fúlgidas crines de los astros, donde pasara tanto tiempo bullendo de odio por todo lo que había perdido. Escucha su respiración, anhela olvidar todo el odio de aquel oscuro pasado tanto como el brillante futuro más allá de la oscuridad que Dios Misma predice. Por un momento su faz se relaja, los pequeños músculos en torno a las cuencas de sus ojos rinden la tensión cuando la energía del ojo fuerte se asienta, más profunda ahora en su cuerpo. Al levantar la vista otra vez, el mundo se muestra simple, alegre y abierto. A los árboles junto al camino los arrebola el otoño y una ráfaga de aves blancas rutila como una pulsera en la muñeca del cielo.

"Esto mucho mejora", lo congratula Bleys. "Mantiene calma, ojo fuerte mantiene cerrado."

Uther se acerca y toma los nudillos desnudos del mago con su mano enguantada. "Ahora tienes mejor aspecto, viejo amigo. ¿Qué pasa?"

"Miré demasiado hondo en tu corazón." Merlinus lo contempla directamente para que Uther pueda ver su seriedad y reconocer la verdad de lo que está por decir. "No tienes peores enemigos que tus dudas, Uther. Ellas solas pueden romperte. Debes saber, y no sólo creer, que Ambrosius no murió en vano. La venganza que buscaba era para todo su pueblo. Pero ésta no acaba ahí. No le sirve sólo al Ungido. ¿Entiendes?"

Librodot

"Desde luego, anciano", dice él con un amago de regocijo. "Quieres que me gusten los celtas. Pero crees que soy un devoto de la cruz demasiado convencido para eso, ¿no es así?"

Merlinus proyecta su labio inferior y lo examina escéptico: "Pareces algo impresionado por tu encuentro con la reina en el santuario del bosque. Pero creo que pones demasiado énfasis en la religión."

"Oh, Ygrane puede ser fría en lo que a mi fe respecta", dice él y, reflexivo, se lleva la mano al bolsillo del chaleco que contiene el frasco azul del bálsamo curativo de Ygrane. "Pero, si he de juzgar lo que le espera a nuestro pueblo a partir de ese rato escaso que pasamos juntos, creo que los celtas sólo pueden enriquecernos. Yo les serviré bien con mi corazón."

La sombra del rostro del mago escampa lentamente. "Y la magia de la reina... ¿no choca eso con tu fe?"

Uther le dirige una mirada triste. "Ese conflicto debe quedar como dolor exclusivo mío; mío sólo, Merlinus. No ha de haber disputas entre obispos y druidas. Necesitamos a esta reina y a su pueblo voluntariamente a nuestro lado, si queremos abrigar alguna esperanza de detener a los invasores y salvar ambas fes."

Merlinus considera hablarle más acerca de la magia de Ygrane, pero guarda silencio. Después de lo que su ojo fuerte le ha revelado respecto a la malla de sortilegios de la reina y su lealtad al Dragón, Lailokén cuestiona lo que sabe de Ygrane. Y esto, a su vez, le hace preguntarse qué es verdad de todo lo que sabe de la gente alrededor y qué es sólo su humana delusión.

***

Avanzada la tarde, los pardos muros de piedra de Maridunum aparecen en la mota escarpada que domina el mosaico de granjas en la llanura aluvial. La oriflama de la reina con el unicornio heráldico ondea junto a la grímpola del dragón, como signo de la disposición de druidas y obispos a formalizar la unión entre sus monarcas. Empavesados de cromáticas banderas de dragones y unicornios entreverados, los grandes portales de madera permanecen abiertos, mientras la gente jubilosa se agolpa a los lados del camino que asciende el declive y colma las puertas a la vista del cortejo próximo.

Uther se endereza en la silla de montar cuando ve la antigua fortaleza romana guardada por celtas de largos cabellos y mostachos, poderosos en la explanada entre los bastiones. Tira de las riendas un instante donde el camino rodea el borde de los primeros muros defensivos ofreciendo una amplia panorámica del territorio alrededor. Por lo beatífico de su expresión, todos pueden ver cómo lo afecta la belleza de este terreno cultivado a la romana. El país está dotado de antiguas albercas de piedra, tapias de mampuestos, cerezales y huertos de ciruelos italianos, y laderas cuyo fértil verde desmochan toscanos rebaños. Los conjuntos agrícolas, irrigados por pulcros canales que discurren entre cabañas de arcilla techadas de paja, con puertas y contraventanas talladas de adornos florales, tienen la eufonía de los parques. Un murmullo de la era paradisiaca del Imperio resuena aquí todavía y los rayos salvajes del sol tardío iluminan los olivos achaparrados pero esbeltos, nudosos de vástagos, en las laderas escarpadas sobre los campos fúlgidos.

"¡Uther!", brota el clamor en las puertas y la multitud se aparta para permitir que el obispo vestido de escarlata y su vanguardia de cruciferarios surjan de la ciudad para

Librodot

recibir al rey.

Uther indica a sus hombres que avancen y la partida trota hacia el umbral de la ciudad, donde la guardia con armadura ébano se detiene ante la boquiabierta turba. Desmontan allí los soldados y rodean al rey mientras el obispo Riochatus se aproxima portando en sus brazos el manto púrpura de *imperator* y, sobre él, la corona al estilo de los reyes etruscos.

Oculto a la vista de los circunstantes por los caballos del cortejo, Uther se quita los guantes y el chaleco de montar y se arrodilla para recibir la bendición del eclesiástico. El arzobispo da manto y corona a un clérigo, posa sus manos en la cabeza del rey y murmura una plegaria.

Merlinus se queda atrás, bien lejos de los sacerdotes, que lo desaprueban y él lo sabe. Desde el día en que empezó a apadrinar al joven caballerizo de la Ciudad de las Legiones, Merlinus ha tenido mucho cuidado de no entrar en conflicto con la iglesia. Por respeto a la fe de su madre tanto como por atención a las necesidades políticas, el mago evita chocar con el obispo y los suyos. Prefiere mantenerse en la periferia de la ceremonia, extender los filamentos sensibles de su corazón y prevenir con ellos posibles problemas. No detecta ninguno, sólo alegre curiosidad y respetuoso temor entre la asamblea.

"No preocupa", dice Bleys con la sombra de una sonrisa. "Ojo fuerte no ve aquí problema. Problema viene más tarde."

"¿Cuándo?", salta Merlinus atrayendo indeseada atención hacia sí. Simula toser y regaña a su maestro con una mirada.

Bleys suelta su risa de pájaro y menea, admonitorio, el dedo: "No habla. Hace calma. Lo que debe pasar... debe pasar, ¿sí? Preocupación no cambia ojo fuerte."

Portando el manto púrpura y la corona de oro, Uther entra en Maridunum. La compañía de músicos traída de Tintagel inicia un imperial estrépito sobre los fuertes cánticos de los clérigos y los gritos de los soldados, que claman: "¡Uther, Uther, Uther...!"

La masa de celtas abre los ojos de asombro, sofoca risillas y no se entrega a ruidos de júbilo en absoluto. Al rey le parece un pueblo muy diferente de la turba cristiana que encontró en el muelle. Estos villanos, aunque visten de un modo muy similar a todos los que ha visto por Europa —túnicas, mantos encaperuzados, gonelas— llevan el pelo cortado a lo paje, brillante de aceite de nuez, y muchas mujeres jóvenes lucen pechos descubiertos. El rey no se inmuta por ello y saluda a la multitud graciosamente, mientras sigue al obispo a través de la plaza cubierta de flores, junto a la fontana coronada de delfines y por la escala de mármol de la *mansio* central.

Merlinus, impresionado por el boato, querría penetrar en Uther con el fluido de su corazón y experimentar lo que el rey está pensando, pero lo absorbe la búsqueda entre las boquiabiertas multitudes de Morgeu o cualquier otra amenaza.

"No preocupa", oye Merlinus tras él, pero no deja de vigilar hasta que entran en la *mansio*.

Allí, entre las columnas acanaladas y ante las altas puertas lacadas de rojo donde Gorlois mató a Raglaw, Merlinus siente en su alma una conmoción profunda, como si en el interior de su pecho todo un campo de hierba resplandeciese a la luz del sol. Intencionadamente, se detiene en el lugar exacto donde la cabeza de Raglaw rodó hasta sus pies. La misión que la bruja le encomendara está cumplida. Ha encontrado al rey prometido y lo ha traído aquí. Lento y discreto, mueve el bastón por el espacio alrededor y halla a su derecha a Noche Brillante, el alto príncipe elfo de pelo castaño, con su cinturón de cuero y sus botas amarillas, que encontrara años atrás en las tierras altas de Cos.

Librodot

"Soberbia tarea la que en este día culminas, Lailokén", lo saluda el príncipe con su voz de oscuro resplandor. "Tu madre estaría hoy tan orgullosa como yo y como los ángeles. Con esta alianza, la esperanza de los Daoine Síd vive y la vieja profecía podría hacerse por fin realidad."

Merlinus se vuelve hacia Bleys, que camina hacia los amplios ventanales y los rayos oblicuos de luz occidental, brillantes y límpidos como oro transparente. Parpadeando por encima del extremo de su bordón, Merlinus vislumbra a la pálida gente, con sus ojos verde-luciérnaga y sus salvajes melenas como trazos de ocaso.

"Merlinus", lo llama el rey.

El mago se abre paso a través de la falange de soldados que rodean protectores al rey y se apresura a su costado.

"Quédate conmigo", le ordena Uther.

Riochatus, vestido de esplendorosos ropajes escarlata y gorro cónico, y sus clérigos con las caperuzas frigias bajas y descubiertas sus testas tonsuradas guían el camino. Cuando las altas puertas rojas se abren, el obispo alza la cruz.

Emerge entonces a través de los portales una fila de hombres vestidos de blanco, con poblados bigotes, pelo largo y calzado pentagonal de madera que resuena poderoso en el mármol. Son éstos la clase gobernante de los celtas, los druidas. Durante siglos han convivido con los romanos y gran parte de su ritual sirve ahora más como ceremonia que como culto verdadero. Estos hombres, o sus padres, vistieron exactamente las mismas ropas cuando se llevaron a Ygrane de su aldea en la montaña más de veinte años atrás; volvieron a vestirlas cuando la hicieron su reina; y una vez más cuando se la entregaron a Gorlois.

Merlinus escruta sus rostros. No le provocan rechazo y el fluido del corazón del mago circula entre ellos percibiendo la carencia de pensamientos asesinos o mala voluntad. No son sino políticos, dignatarios de los clanes, delegados de los jefes, decididos a preservar su orden social, y Merlinus puede oír sus mentes traquetear y rechinar con las maquinaciones de sus estrategias.

Detrás de ellos llega la reina. Al primer toque de los filamentos sensibles del corazón del mago, Ygrane libera su glamour. El cráneo de Merlinus parece abrirse como una flor, su mente flota en fragancias, incorpórea otra vez y, sin embargo, firmemente sujeta a su forma, rezumando de él como un aroma. Vestido de estratos de realidad, de niveles de consciencia, despierto en varias dimensiones como un soñador lúcido en su sueño, la ve venir hacia ellos a través de la luz sesgada del pórtico, a través de los ropajes del sol.

"Hace calma", le urge Bleys.

Al sonido de su voz, Merlinus respira más hondo y su mente se centra otra vez en su cabeza.

La reina viste un *gwn* ceñido que la cubre, desde la clavícula hasta los tobillos, de terciopelo azul bordado de perlas y zafiros amarillos. Su cabello color miel está peinado en muchas trenzas menudas, dispuestas alrededor de una tiara de reticulado áureo iluminada de amatistas, esmeraldas y rubíes.

Merlinus explora a cada uno de los fiana dispersos por la estancia con los filamentos sutiles de su corazón y no descubre maldad en ninguno de ellos. Sólo curiosidad y, en todo caso, una cierta celosa perturbación interfieren ligeramente en su atención por la seguridad de la reina; pero no exhiben peligro las miradas que dirigen a la pareja regia y todos inclinan la cabeza con respeto cuando el obispo anuncia con estentórea autoridad: "¡Uther Pendragón, rey de los britones!"

Dun Mane, jefe de los druidas, hace una leve reverencia, deja caer la capucha hacia atrás descubriendo su larga, jaspeada cabeza, y replica con orgullo en británico:

Librodot

"¡Ygrane, reina de los celtas!"

Los ojos élficos de Ygrane se ensanchan, apacibles, al saludar al rey y le ofrece sus dos manos. Cuando Uther las toma, ella le dice con una sonrisa de naciente amistad: "¿Me aceptas por reina tuya?"

El rostro enervado de Uther, pálido como el envés de una hoja hasta este instante, se oscurece con un arrebol que ningún presente deja de percibir. "El destino de nuestro pueblo nos ha reservado al uno para el otro, mi señora", responde algo rígido; luego añade con mayor calidez y sobreponiéndose a su rictus frío: "Es una bendición tenernos uno a otro en estos tiempos terribles. Con orgullo seré tu apoyo, Ygrane, reina de los celtas, si tú me aceptas a mí."

Una luz desgarradora pasa entre el mago y la pareja real, haciéndole volver el rostro. Periféricamente, capta el destello fugaz de un ángel: su ropaje solar y la calma temible en sus grandes ojos penetrantes. *Así que estáis aquí también*, piensa Merlinus, y el ángel se desvanece disuelto en la gloria radiante de los ventanales occidentales.

Merlinus parpadea deslumbrado; pasea su visión marcada al fuego por toda la cámara y observa que nadie más ha visto el ángel, excepto Bleys quizás. Impasible el rostro, el maestro contempla al rey y la reina como alguien que aguarda ver caer una flor. Merlinus entiende mucho mejor ahora por qué el viejo alquimista es capaz de estar sentado durante horas, tal como hiciera en los bosques de Cos cuando miraba las hormigas o la escritura del viento en las hojas, en espera de que su unicornio lo porte al cielo.

Merlinus se concentra en su respiración cuando Ygrane, sonriendo a su consorte y charlando suavemente con él, guía a Uther al luminoso salón de audiencias, donde ha sido preparada una fiesta suntuosa. El mago sigue, reverente, a los druidas y eclesiásticos, y ocupa su sitio en la mesa principal. Bleys se sienta en el amplio alféizar que mira a los posos del ocaso en el cielo lavanda: un retajo de luna, jirones de nubes carmesíes y el destello diamante del lucero vespertino.

Ostras, cangrejos de río, salmón y truchas llegan a la mesa iluminada por la luz de las antorchas y las velas en platos de oro, acompañados de trufas, fruta y jarras de cristal, que vierten en las copas límpidos velos de vino brillante con un suave repicar. Arpas y flautas ofrecen gentiles melodías mientras una veintena de blondos muchachos, alegremente orladas sus túnicas rojas de cascabeles, sirven y retiran los platos numerosos.

Los druidas, que hablan con fluidez el latín, discuten amistosamente con los sacerdotes los valores de sus diversas fes: la Paz, el Amor y la Justicia de la filosofía moral celta enriquecidos por la Caridad que los cristianos profesan. Diplomáticos, ninguno aborda el tema de la fe de los eclesiásticos en el apocalipsis y el juicio final, como tampoco la certeza de los druidas en las migraciones del alma de una a otra forma de vida, en busca de la perfección a través de toda dicha y todo dolor.

En cierto momento, calentado por el vino, el enjuto Riochatus inquiere si Merlinus, consejero del rey y emisario de la reina, es cristiano o pagano. Merlinus responde con franqueza, les habla a los circunstantes de su madre, Óptima, hija del último rey de Cos, y de cómo, fecundada por un demonio, lo dio a luz y lo bautizó; y le devuelve por fin la pregunta al obispo: "¿Qué soy pues, santo padre, el hijo de una santa o un demonio?"

Dun Mane intercede para aseverar que sólo Dios puede decidir el lugar de Lailokén en la creación, y Riochatus concurre con ello. Sólo Dios puede juzgar tan extravagante engendro como Merlinus.

El rey y la reina participan en la conversación sólo de modo superficial, temerosos de la potencial enemistad entre sus dignatarios y atentos a no desmembrar el frágil

Librodot

eslabón del destino que los ha unido. Merlinus resplandece de gozo al ver la dicha con la que se han recibido uno a otro, el ardor con que se tocan sus miradas y la esperanza que brilla en sus jóvenes rostros. En ese momento, le parece inevitable al mago: Uther es el Gandharva por el que Ygrane abandonó su infancia e Ygrane promete ser el alma afectuosa que, hasta ahora, Uther podía hallar sólo en Jesús.

Es obvio, piensa Merlinus, que no tienen nada que temer del pueblo entre el que están. Son los ángeles quienes los han guiado uno al lado del otro. Sólo los demonios pueden frustrar su unión... y él está determinado a usar todos sus poderes para impedir esa terrible posibilidad, sea cual sea el mal que su ojo fuerte presagie.

Después de la cena, Uther e Ygrane lo llaman aparte y los tres se retiran a la terraza posterior de la mansio. La noche clara y sin luna riela sobre los oscuros terrenos y los bastiones que iluminan las antorchas, devanando sus tenues filamentos de estrellas.

"Debes decírselo todo, Myrddin", le pide Ygrane a su mago y le indica que se siente frente a Uther y ella, al otro lado de una sencilla mesa de pizarra. Una única lámpara de aceite brilla en lo alto de un trípode, bajo el emparrado de la pérgola donde se encuentran, y a la luz de ese resplandor mortecino ambos jóvenes, sentados uno junto al otro, cogidas las manos, atesorando luz las coronas de oro, le parecen a Merlinus la pareja primordial de un mundo hermoso y arquetípico. "No quiero que haya secretos entre mi marido y yo desde el principio."

"Le he dicho casi todo ya, mi señora." Merlinus apoya su bastón contra el asiento grabado de runas que él ocupa para ver si los elfos están todavía alrededor, pero no ve a ninguno.

"¿Casi todo?", inquiere Uther desconcertado. "¿De qué estás hablando, Merlinus?"

"Señor..." Merlinus inclina con deferencia la cabeza. "Ya sabes que soy un demonio ganado para el bien por el sacrificio de mi madre. Y sabes que he utilizado la magia que poseo para elevar a tu hermano."

Uther asiente con impaciencia.

"Lo que debes saber ahora es que fui enviado a buscarte." Merlinus da comienzo a la historia de Raglaw y su visión del rey, y de cómo el terreno de ese destino había sido arado y plantada su semilla años antes, cuando Óptima reveló al demonio-visitador su hado humano. Merlinus le habla también de Bleys y del unicornio.

Uther escucha arrobado, embrujado aún por la alegre sorpresa de que la mujer amable y vivaz que hallara en el santuario del bosque sea la esposa que tanto temió. "Nada ha cambiado, pues", concluye el rey una vez oído el relato. "Nosotros tres, da la impresión, no somos sino inverosímiles jugadores, meros servidores de Dios... y tu maestro Bleys también. ¿Está ahora con nosotros?"

"Ah, no. Carece de todo interés en asuntos terrenales, a menos que conciernan directamente a su caza del unicornio y a su huida al cielo."

"Pero ¿es eso posible?", pregunta Uther estupefacto.

"Oh, sí. Hay senderos de retorno al cielo, pero son demasiado angostos para los demonios y los ángeles. Y muy angostos para los hombres también... a menos que puedan servirse de un ser energético como el unicornio."

Ygrane dirige una sonrisa curiosa al rey. "¿Montarías tú el unicornio, Uther?"

"No mi señora", responde él firme y de inmediato. "Yo soy cristiano. Mi camino al cielo lo garantiza Jesús. Hablamos de esto en el templo, ¿recuerdas? "Y le aprieta la mano asegurándole que su unión admite incluso diferencias. "Pero Merlinus dice que puedes llamar al unicornio. ¿No te tienta a ti acaso cabalgarlo al cielo. Ygrane?"

"Puedo llamar al unicornio, es cierto, pero carezco de las propiedades mágicas que Bleys ha logrado con su alquimia. Mi magia no me llevará al cielo en ningún futuro próximo, puedo asegurártelo."

Librodot

"Pero puedes llamarlo." Uther examina su rostro como estudiándolo por primera vez. "¿Lo harías por mí ahora?"

"¿Por qué, Uther?"

"Por la sola razón de que no he visto nunca una criatura semejante. Por lo que decís parece algo digno de contemplarse y, desde luego, una parte importante de esta historia singular que Dios quiere contar a través de nosotros. Al fin y al cabo, fue el unicornio el que condujo a Merlinus hasta ti."

"Puedo llamar al unicornio para ti, señor, si lo deseas; pero no percibirás la criatura sin la visión."

"La visión... con la que tú naciste... por la que los druidas te hicieron reina."

"Sí."

Los ojos en sombras de Uther contemplan suplicantes a Merlinus. "Usa, pues, tu bastón y tu magia, hechicero. Dame la visión. Quiero ver lo que Ygrane y tú habéis visto."

"Puedo intentarlo...", le ofrece dubitativo Merlinus, "pero sólo si la reina quiere llamar al unicornio. Tu visión, desde luego, será sólo temporal."

Ygrane se pone en pie. "Gorlois me enseñó el miedo a la magia realizada en un lugar inadecuado. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve la voluntad de obrar magia ante britones. Pero creo que no hay necesidad de asustarse de ti, Uther. Si mi instinto merece confianza, Dios y mi glamour provocaron nuestro encuentro en un santuario de paz por esta misma razón, y por ello sé que habrá paz entre nosotros." Le alarga la mano. "Ven. Con la ayuda de Myrddin, te mostraré el unicornio."

Conduce al rey entonces a la balaustrada tallada de hermosos caballos de mar y mira un instante el terreno que se extiende a sus pies. Cuando alza la vista, sus ojos verdes cambian abruptamente de color, se hacen más oscuros, como si se le hubiese acabado el tiempo y partido su luz dejando sólo el mirar de un muerto.

Merlinus osa penetrar en ella con el poder de su corazón. Vastos dominios estelares se abren ante él como si nunca los hubiera abandonado, como si nunca hubiese caído a la Tierra o a cualquier otro planeta y todos los planetas no fuesen más que motas de polvo en el sordo silencio del vacío que lo posee. El tiempo se fragmenta en su corazón y él está al borde de sí mismo, a punto de volar otra vez allí donde no hay palabras...

Con cuidado, su maestro lo llama de vuelta: "Ey, ¿para qué tú te va ya? Ch'i-lin viniendo. Hah."

Merlinus se recupera de golpe. Los ojos de Ygrane brillan con claridad felina otra vez y ella se alza alta, esbelta, con las curvas suaves y elegantes de un ave acuática, el brazo derecho extendido, señalando más allá de los muros de la ciudad, a la esponjosa oscuridad bajo el humo de estrellas. Junto al undoso fulgor negro de un lago en el collado entre dos montes, donde la hambrienta penumbra del bosque se desgarra en horizonte, se mueve una mancha de niebla.

"Muéstraselo, Myrddin", dice la reina, y el mago apunta con el Bastón del Árbol de la Tormenta al borrón blanco y le enseña a Uther cómo mirar con él.

Vista de este modo, la frágil luminosidad junto al lago distante se resuelve en la forma musical del unicornio, ondulante la cruz y la espina del animal con músculos sinuosos que se deslizan bajo la piel argéntea. El largo cuello y la ondulada envergadura del lomo reflejan la luz de estrellas que su cuerno espiral parece atraer del cielo titilante; sus ojos maliciosos, inteligentes, fulgen con la misma luz verde que prende los de la reina.

Uther lo observa por encima del bastón y exhala estupefacto: "¡Por las barbas de Dios, lo veo!" Se le dilatan las aletas de la nariz mientras estudia, minucioso, los rasgos

extraordinarios de la criatura: sus cascos hendidos, los bucles de su crin y su rostro estrecho de gacela bajo el estoque espiral del cuerno. "Me da la sensación... como si hubiera algo malévolo en su semblante."

"No te equivocas, es una bestia peligrosa", concurre la reina. "Es una criatura de otro orden, más próxima al aire vacío que a la tierra, más parecido al fuego y al éter que a los seres de carne y hueso."

"Sin embargo, tu hija lo monta", se maravilla el rey.

Una punzada de tristeza turba la plácida expresión de Ygrane. "Morgeu ya no monta el unicornio. Desde la muerte de su padre, se ha sumido en inquietudes terrenales con demasiada vehemencia para que le sea posible atraer a este raro animal."

Merlinus se apresura a preguntar: "¿La has visto, mi señora?"

"No, Myrddin. No desde el tránsito sangriento de su padre. Me aborrece porque cree que he vivido más para el unicornio, para mis trances y visiones, que para el poder. Ha enviado emisarios exigiendo que renuncie a la realeza en su favor; quiere dirigir la lucha de los celtas contra todos los invasores, bárbaros y romanos por igual."

"Ahora se ha ido", anuncia Uther levantando pesadamente la cabeza, deslumbrado como un hombre arrancado del sueño. "¿Dónde va?"

Ygrane sonríe y le toma la mano para llevárselo de allí.

"¡Shiii!", oye Merlinus a Bleys protestar tras él. "¿Cómo no da a mí? Gandharva ha venido. Este uno quiere Ch'i-lin, ¿sí?"

Merlinus ignora a su maestro para responder al rey: "Lo que vemos del mundo, señor, no es sino la más pequeña porción de lo que es. Ya hemos hablado de esto en otras ocasiones."

Uther observa la densa oscuridad, una sombra fatal entre sus ojos. "Sin embargo... es una parte real de nuestro mundo. Si una niña puede montarlo, uno concluye que debe de ser tan sólido y real como cualquier caballo. Pero yo acabo de verlo disolverse en niebla."

"¿Para qué ido?", murmura Bleys otra vez. "Este uno espera largo tiempo hasta ahora. ¿Cómo no da Ch'i-lin?"

"Tu pupilo te ha conseguido el unicornio, Bleys, tenlo por seguro", le responde la reina con una graciosa sonrisa. "Pero éste no es el momento adecuado para dártelo. Debes entenderlo, amigo mío, soy la única reina en doscientos años que ha tenido un unicornio. Vino a mí en mi en mi infancia, cuando osé confrontar al Furor. Me acompañó en mi coronación y se convirtió en mi emblema. No ha llegado el tiempo de desprenderme de él. no hasta que esté formalmente casada. ¿Podrás esperar un poco más todavía?"

"¿Está Bleys aquí?", inquiere Uther mirando el lugar hacia el que se ha dirigido la reina.

"No le hagas caso", contesta con enojo Merlinus. "Él sólo quiere su unicornio."

"Nosotros hacemo trato, ¿no? Yo uno hombre paciente... pero incluso el Buddha va mucho cansado de tanto espera." Desciende las escaleras de la terraza hacia la noche, como decidido a buscar por sí mismo la bestia.

"¿Dónde está?", pregunta el rey. "Quiero verlo."

"Se ha ido", repone Ygrane, al mismo tiempo molesta y divertida por la actitud de Bleys. "Habitualmente es un hombre paciente y sufrido. ¿Ve ahora quizás alguna razón para apresurarse que nosotros no somos capaces de reconocer?"

"Tú no has visto ninguna dificultad por delante en tus trances, mi señora, ¿no es cierto?", la examina Merlinus.

"Yo veo el futuro sólo de modo imperfecto, Myrddin." Dirige sus ojos turbados a la noche clara. "El tiempo es una tormenta... y nosotros no somos sino granos de arena

Librodot

arrastrados por ella."

El rey medita sus palabras. "Sin embargo, no entiendo cómo el unicornio puede eludir a un espectro de hombre como tu maestro, Merlinus, aun siendo tan substancial como para que lo monte una muchacha. Lo que me has mostrado esta noche pone en cuestión todo lo que yo conozco del mundo."

"Entonces piensa en el mundo como un arco iris, señor", le dice el mago. "Hay muchos colores, muchas formas de ser en el mundo, pero todas son parte de un mismo continuo. Algunos seres, como el unicornio, pueden moverse en más de un color de la realidad."

Bendito Uther, piensa Merlinus. El mago lo ve enzarzado con la enormidad de la vida, pero esta vez no puede prestarle ayuda. Cuestiones mucho más fatídicas ocupan al demonio.

Merlinus devuelve su atención a la reina. "Señora, disculpa mi pregunta, pero debo saberlo... ¿es Morgeu capaz de traición? ¿Sería capaz de usurpar tu título por la fuerza?"

"Myrddin, ya no es la niña que recuerdas de la última vez que estuviste aquí conmigo", reconoce Ygrane, débil y desdichada la voz. "Posee magia ahora. Una magia terrible. Por lo que el trance me ha mostrado, se ha entregado a las artes negras."

Merlinus impide a su mano nerviosa tirarse de la barba. "Señora, también yo la he visto en trance...y estaba en compañía de un demonio."

Las facciones inquietas de Ygrane se oscurecen más aun. "Sí, tal es la triste verdad. Existe una antigua tradición de culto a los demonios entre mi pueblo que se llama Y Mamau. Los que lo siguen son verdaderos fanáticos. Sí. Y, si lograran lo que persiguen, los reyes volverían a ser sacrificados como en las eras pasadas. Son guerreros-nigromantes y evocan a los espíritus de los muertos para que los ayuden en la batalla. Tienen la esperanza de usar su magia contra mí. Temo que Morgeu se les haya unido."

Al oír esto, la faz del mago se ensombrece y Uther se le acerca. "Demasiadas cosas nos oprimen esta noche", dice cruzando los brazos. "Ahora debo saberlo todo. Debes decirme en qué consiste tu magia, Ygrane. No para censurarla, sino para conocerla. ¿De dónde proviene?"

Se aproxima a él y mueve, gentil, la cabeza. "No pongas esa cara tan turbada, Uther. Tal como Merlinus atestiguará, soy una bruja, pero no maligna. Al igual que tú, yo sirvo a mi pueblo, pero lo hago al modo celta. Mira, es lo que te dije en el santuario: nosotros creemos que el alma es inmortal. Cuando el cuerpo muere, el alma transmigra a otro cuerpo. Esto ha ocurrido una y otra vez, a través de toda forma capaz de vida, de toda circunstancia grata o severa. Y así seguirá siendo hasta que el alma haya experimentado todas las cosas y sea digna de retornar a Dios. Porque Dios lo conoce todo y no es posible estar con Dios hasta que uno lo ha sufrido todo."

"Pero ¿qué es tu magia? Sin duda ha de ser una forma de protección tanto como una fuente de dones."

"A veces pienso que no es más que una vía de dificultades." Ygrane suspira, descruza los brazos del joven y le toma las manos. "He sido reina en otras vidas antes de ésta, Uther. Te lo digo no para jactarme, sino para... prepararte."

"¿Prepararme?"

Ella pausa. "Instruirte, si prefieres. Soy, como ya era, una adoradora de Morrígan, una diosa severa a la que mi pueblo ha rendido culto desde que migramos de Escitia, Cimeria y la India milenios atrás. En aquellos tiempos lejanos, sacrificábamos a nuestros reyes, los estrangulábamos y los enterrábamos en cenagales para nuestra sangrienta deesa. Ahora, en esta vida, Morrígan me ha recompensado por mis muchos

Librodot

reyes sacrificados otorgándome la devoción de sus sirvientes, los Daoine Síd —la pálida gente, el legendario pueblo élfico— y su magia. Pero en esta vida, soy yo la que debe ser sacrificada. Y así, perdí la dicha de mi infancia en aras de Gorlois y mi vida como madre se ha malogrado también con mi única criatura, Morgeu. Tal es mi destino... el precio de mi magia."

"¿Y yo?", pregunta el rey. "¿También yo he de ser sacrificado?"

"¿Necesitas preguntarlo, Uther?" Sus cejas pálidas se alzan con tristeza. "El tiempo que vivimos nos vive y habla por nuestro sacrificio. Tu hermano sabía esto. Y nosotros no debemos olvidarlo. Perderemos nuestro reino unido a menos que estemos dispuestos a perdernos el uno en el otro." Se lleva las manos del hombre a sus labios. "Pero te digo ahora esto porque así lo creo: yo sufriré la pérdida de algo más querido y próximo que mi reino, joven monarca... porque, por ti, perderé mi corazón."

***

Esa noche, Merlinus no duerme. Merodea por la fortaleza provocando más de una vez las airadas advertencias de los fiana y de los hombres del rey encargados de guardar la *mansio*. No le importa. Su ojo fuerte le ha revelado demasiadas dificultades para que pueda permitirse dormir. Duda de que el rey y la reina descansen esta noche tampoco. Las luces arden en los ventanales de sus cámaras separadas mientras ambos contemplan en sus almas el umbral trascendente que cruzaran juntos con la llegada del nuevo día.

Merlinus encuentra a Bleys encorujado entre las cañas a la orilla del lago donde el unicornio se detuvo brevemente. La escabrosa premonición que le inspira su vagabundeo nocturno lo empuja a despertar al inmortal y buscar su consejo, pero el mago no puede hacerlo. Ha estado lejos de su maestro demasiado tiempo. Ha aprendido demasiado bien a depender de sus solas fuerzas y, más aun, ya sabe lo que Bleys le diría: "Hace calma. Lo que debe pasar, debe pasar, ¿sí? Preocupación no cambia ojo fuerte."

Merlinus no puede aceptarlo. Su madre lo envió al mundo a obrar el bien, a lograr el orden a partir del caos, la forma a partir de lo informe. No puede sentarse perezosamente mientras su rey y su reina están amenazados por el peligro que supone Morgeu y sus guerreros conjurados, los Y Mamau. Los filamentos sutiles de su corazón exploran la noche y no encuentran en ella amenaza.

Al día siguiente, cansado como está, Merlinus prosigue su vigilancia. Incluso cuando se alzan los pabellones y comienzan las brillantes investiduras, él recorre la periferia de la ciudad murada, escrutando de lejos los bosques hasta donde su poder se lo permite. Bleys se mantiene apartado, como poseído por una maligna premonición que ninguna cautela pudiese conjurar.

La boda tiene lugar en el exterior con magnífica fanfarria. Banderas, grímpolas y cometas con forma de dragón vuelan en el azur de un cielo impoluto mientras druidas y cristianos, juntos y por separado, realizan sus sagradas ceremonias sobre la pareja real. Mientras tanto, Merlinus se mezcla con la multitud creciente de villanos de Maridunum y de las aldeas circunstantes para poder percibir mejor una posible traición. En el momento de la unión sagrada, los eclesiásticos sueltan palomas de paz y los tambores baten con estrépito atronador.

Al instante estallan los festejos. Troveros, payasos y acróbatas dispersos entre la muchedumbre exhiben sus habilidades mientras los músicos entonan las más alegres de sus piezas. Los niños juguetean, las danzas se entreveran y los juglares cantan sus cuen-

Librodot

tos portentosos entre espumosos barriles de cerveza y jarras de vino rezumantes. Merlinus vigila desde la explanada del tejado de la *mansio* donde, por orden de la reina y para irritación suya, los sirvientes que evitara la noche anterior insisten en ocuparse de él.

A medida que la alegre jornada avanza, el mago se queda solo. La música fluctúa y pende como vapor entre los setos y los árboles y vaga hasta los montes como el jaspe. En el estrado donde fuera casada, bajo un amarillo dosel solar con las formas de un dragón y un unicornio entrelazadas, la pareja real sostiene largas audiencias. Los reyes reciben primero al obispo Riochatus, luego a Dun Mane y los druidas principales, después a Falon y los comandantes fiana, a los hombres del rey y, finalmente, a varios dignatarios locales.

Merlinus es convocado por último también. No sin cierto orgullo, viste nuevos ropajes de color azul medianoche con bordados de coral donados por la reina. Dun Mane le ha regalado un gorro cónico de druida de color y diseño semejantes a los de la túnica, un símbolo de sabiduría que el mago luce satisfecho. Con la cascada de su pelo plateado, su larga barba recién recortada para la ocasión y su bordón robusto, no traiciona en absoluto la apariencia de un sabio, lo que le causa un vasto regocijo secreto. Musculosos fiana y arqueros del rey con su armadura color ébano lo escoltan como guardia de honor a través del festival tumultuoso, mientras el mago atrae miradas curiosas y gritos divertidos de la enorme congregación.

Guardias numerosos permanecen vigilantes junto a cada pabellón, son visibles más allá de la línea de los árboles y en cada bastión de la ciudad. Aunque el sol resplandece aún sobre el horizonte acuoso de azules montes, ya se han encendido antorchas en las murallas distantes y alrededor del estrado nupcial. En un pabellón adyacente, cincuenta comandantes celtas celebran con sus damas los festejos vistiendo un espectro de colores. Un baldaquín cercano cubre al obispo y sus clérigos mientras cenan. Merlinus busca a Bleys entre la multitud, pero no lo halla presente.

En la plataforma, Ygrane y Uther ocupan asientos de madera oscura, tallado el de la reina con las garras y las alas de un dragón, y el del rey con los cascos hendidos y la crin estilizada del unicornio. Aun a través del espacio que lo separa de ellos, puede Merlinus observar su dicha franca, infatigable incluso después de todo un día de rituales y audiencias. Ygrane está esplendorosa con su corpiño escarlata y su *gwn* blanca bordada de complejos símbolos célticos. Uther viste una túnica esmeralda hasta las rodillas y coraza de cuero negro con el emblema repujado del dragón. Ambos portan sus gráciles coronas de oro y, atisba el mago mientras se aproxima, se tienen cogidas las manos.

Al ver a Merlinus, las conversaciones decaen en las tiendas de los druidas y de los comandantes celtas y todos observan al mago antes de murmurar entre ellos. También los eclesiásticos lo contemplan con interés, más evidente el rechazo en sus tensas miradas que en la muda reacción de los celtas.

Ya frente al estrado, Merlinus se inclina formalmente, una vez ante cada monarca, como ha visto hacer a los demás. A la señal de la reina, asciende los cinco escalones hasta la plataforma y se sienta en el banco de audiencias a la derecha de Ygrane. Su luminosidad lo satura: un extraordinario resplandor de sensualidad, de feminidad, más cálido que la posesión. Esto es algo que Merlinus conoce bien: la energía femenina que lo arrastró primero al horror del vacío, lo arrancó después a su rabia demente para atraerlo al sosiego del seno materno y acabó por traerlo hasta aquí, al lado de esta mujer, a través de la leyenda de su propia gesta.

"Qué gloria te debemos, Myrddin", lo honra ella. "Has triunfado. Has encontrado a mi Gandharva."

Librodot

"Y al unirnos, has hecho plenos a nuestros reinos", añade el rey. "Después de la muerte de Ambrosius, morí yo también. Tanto de mí mismo le pertenecía a él. Pero tú me has dado un nuevo nombre y, con él, un nuevo destino. Y ahora... una esposa. ¿Cómo podemos recompensar tus esfuerzos?"

"El niño que traeréis al mundo es toda la gratitud que pido", responde con una sonrisa de compartida felicidad. "Ah, sí, y para mi maestro Bleys, el unicornio..."

De pronto, antes de que pueda terminar, un destello de luz desgarradora pasa junto a ellos, próximo al estrado y, cuando Merlinus se tapa los ojos con la mano, ve los huesos de su interior. Un ángel se ha atrevido a acercarse hasta ese punto. *¿Por qué?*, se pregunta temeroso el mago, doloridos los ojos por la luz cegadora.

"¿Myrddin?" La reina se inclina hacia él y le pone en el brazo, inquieta, la mano. "¿Qué es lo que ves?"

Merlinus trata de ignorar lo que ha visto. "El mundo parece poco cambiado por las nupcias que han tenido lugar hoy aquí, pero yo sé que la era a la que éstas dan comienzo calará en el corazón del sueño humano y logrará renombre en todos..."

Otra ráfaga de llamas blancas trepida a su paso, esta vez más cerca, y Merlinus ve con precisión la cabellera como crin de cometa y los rasgos fetales del ángel que los mira. Una sensación de alarma lo invade. El fluido de su corazón no percibe nada y se pone en pie para tratar de extender sus filamentos sensibles por el mundo. Nada.

Entiende entonces. Entiende algo que como demonio, mientras tiritaba en el vacío y veía los mundos arder y apagarse como pavesas, no habría olvidado nunca. Pero como hombre, embelesado por el mundo durmiente, es fácil olvidar. La mayor fragilidad de los mortales es que creen importante lo que hacen. Viven lejos de la verdad. Y parece que Lailokén ha sido hombre demasiado tiempo y ha olvidado que las batallas más grandes no tienen lugar entre mortales. Lejos del mundo, en las ciegas profundidades entre las estrellas, ángeles y demonios prosiguen su guerra con las trémulas convulsiones que dan forma a nebulosas, campos de estrellas y los escombros que las rodean... Y también aquí, en esta roca húmeda a la que, mucho tiempo atrás, llegó el demonio Lailokén tras contraer su cuerpo titánico para destruir las tímidas pero complejas formas de vida que los ángeles habían construido a partir del detritus de su guerra. La guerra continúa. Pero cegado por la penumbra de sus ojos mortales, él no recuerda toda la verdad, no recuerda que ese combate decide el destino de los mundos.

"Merlinus...¿qué ocurre?", presiona el rey, levantándose ansioso.

Actuando por instinto, Merlinus alza el bastón y grita palabras bárbaras, ordenando mostrarse a los demonios presentes. De pronto, en una conflagración de trémulo fulgor y sinuosa escoria negra, aparecen en el cielo sobre el parque del festival: una masa negra de nubes batalladoras con rostros que dibujan los relámpagos. Varios ángeles acuden en respuesta y arden como centellas en su intento de impedir un avance de los demonios. Por fin, tres de los antiguos camaradas de Lailokén se han reunido para atacar: Ojanzán, Bubelis y Azael.

"Myrddin, siéntate", le dice la reina gentil.

Su compostura alarma al mago, porque significa que nadie, ni siquiera Ygrane con su visión, puede ver lo que él ve. Merlinus le toma la mano y la coloca firmemente en el bastón. Al instante, en cuanto la hórrida visión la golpea, cae de rodillas.

Uther se precipita hacia ella y Merlinus empieza a cantar sortilegios asesinos en un intento vano de hacer retroceder a los demonios. Pero no hay esperanza. Sabe bien que esos viejos camaradas suyos son seres más allá de cualquier imprecación mortal.

Espantado, Merlinus escruta los alrededores en busca de Morgeu y sus guerreros... y es sólo entonces cuando los llega a ver, al otro extremo del terreno de festividades, donde el sol del oeste acaricia aún el bosque. Allí, Ethiops se cierne sobre las copas de

Librodot

los árboles golpeando la tierra con sus tentáculos gelatinosos y enmarañando en ellos a una horda belicosa de hialinas figuras, la pálida gente. Bizqueando casi, Merlinus puede divisar una banda de elfos que trata sin conseguirlo de contener una línea de ariscos caballos montados por guerreros encapuchados. Los tentáculos latigantes de Ethiops dispersan a los Síd y los jinetes de Morgeu cargan.

Merlinus trata frenéticamente de alertar a los guardias, pero la atención de todos se centra en sus actitudes dementes. Algunos creen que sufre un ataque extraño. Otros piensan que está maldiciendo las nupcias. Con sus primeros gritos salvajes, los fiana apostados alrededor del estrado han saltado a la plataforma y, cuando la reina se derrumba, corren hacia ella. Falon hace amago de sacar la espada para golpear al protervo Myrddin, pensando que es el mago quien ha atacado a Ygrane. Sólo los gritos de Uther impiden la estocada del guerrero. Pero Falon agarra a Merlinus por el dorso de sus ropas y lo aparta de la reina.

Ello salva la vida del mago porque, en el instante siguiente, el tiburón monstruoso de Bubelis y el flexible ciempiés de Ojanzán chocan en el cielo con los ángeles. Ante los ojos de Merlinus, los demonios quedan reducidos de inmediato a humosas cenizas en la ardiente presencia de los ángeles y se escabullen por las alturas chillando de cataléptico dolor. Pero han creado una momentánea apertura en la defensa de los ángeles y es entonces cuando Azael se escurre por ella.

El demonio se precipita donde estaba Lailokén, próximo a la reina, determinado a aplastar a su viejo amigo liberándolo de su cuerpo mortal. Pero en un fragor de berridos y chirridos, Azael golpea la plataforma cerca del Bastón del Árbol de la Tormenta y explota a la vista de toda la espantada asamblea.

El impacto destruye el estrado y lanza a la pareja real, los fiana y Merlinus al suelo, haciendo caer todo el tablado sobre la titilante sombra de Azael, que tiene la forma de una anguila de doce pies de altura. La viscosa faz genital del demonio se abre a un grito incinerante de furia y frustración, mucho más poderoso que los aullidos de terror de los acres de conmocionados testigos.

A esta distancia, lo bastante próximo para que la reverberante presencia del demonio le arranque la carne de los huesos y su pútrido hedor le abrase los pulmones, la bárbara maldición del mago tiene cierto efecto. El aullido de Lailokén porta la muerte para su antiguo camarada y, con grito herido, Azael se encoge. Pero aun en su agonía, el demonio tiene la firmeza de fustigar.

Merlinus rueda por los suelos; los chicotazos viscosos de Azael no logran alcanzarlo y recaen en la reina. Cuando Merlinus se endereza para golpear al demonio con el bordón, temeroso de que su sortilegio pueda herir a Ygrane, Uther se arroja brava y alocadamente sobre la abominación. Con una contracción, Azael barre al rey dejándolo inconsciente en el suelo. Merlinus alancea al demonio con el bastón canalizando a través del arma toda su ira batalladora y Azael retrocede sin dejar de latigar con la cola.

Un golpe alcanza el pecho del mago, le arranca de la mano el bastón y lo arroja contra los restos del estrado dejándolo aturdido y sin hálito. Pero se mantiene lo bastante alerta para ver que su ataque ha sido eficaz. Ygrane queda libre mientras Azael se encoge aun más, escabulléndose y desvaneciéndose a medida que se aleja del bastón.

Apenas ha recuperado Merlinus la respiración cuando una estampida de caballos irrumpe a través de la muchedumbre, dejando una estela enloquecida de mesas volcadas y gente dispersa. Son guerreros encapuchados que han esperado pacientes en el extremo del bosque, más allá del alcance del flujo sensible del corazón del mago; su ataque parece ahora surgido de ninguna parte, como una tropa de jinetes espectrales a la que Merlinus no puede responder sino abriendo la boca con aturdido espanto.

Librodot

Distraídos por la horrífica aparición de Azael, los guardias no se han percatado de la rápida incursión de los jinetes y ahora es demasiado tarde para dar la alarma. La caballería invasora carga emergiendo de la asamblea. Algunos arqueros del rey tienen presencia de ánimo para disparar sus flechas antes de que el ataque recaiga sobre ellos, pero derriban sólo a cuatro enemigos.

Doce jinetes superan la línea de arqueros. El corazón de Merlinus, henchido ya por su sed de aire, estalla casi al ver a los Y Mamau de los que hablara la reina: soldados espantosos con máscaras de lobo y caperuzas de cuero, impasibles ante la muerte. Cinco caen bajo el ataque desesperado de los fiana, pero los siete restantes avanzan y pisotean el dosel caído, desgarrando la imagen del dragón y el unicornio hasta que no quedan de ella sino tristes jirones.

Merlinus jadea; trata de concentrar su aliento para dar forma a un grito bárbaro, pero logra sólo un débil gemido cuando los caballos lo dejan atrás. Luchadores Síd cargan en la estela turbulenta de los enemigos, maltratados sus cuerpos translúcidos por los chicotazos ponzoñosos de Ethiops. Príncipe Noche Brillante corre entre ellos con su pálida carne desgarrada y tremolante como la de un leproso en su frenético esfuerzo por alcanzar a la reina caída. Pero la pálida gente, con toda su magia absorbida por el ataque de Ethiops, no tiene fuerza para detener a los guerreros-lobo. Los elfos se desbandan como niebla ante la violencia de la estampida.

Destellan las espadas y los fiana caen bajo plumas de sangre. Ve entonces Merlinus a dos guerreros-lobo saltar del caballo y tomar a la inconsciente Ygrane. Uther grita y torna a desplomarse; uno de los jinetes alza una jabalina para atravesar al rey pero lo detiene la flecha que le perfora la garganta. Sin demorarse más, los seis invasores supervivientes parten al galope con la reina atravesada sobre uno de los caballos como un ciervo muerto.

Durante un embrujado instante, nadie se mueve. Los Y Mamau no han empleado magia hasta este momento crucial y todos los que están en el campo son sorprendidos por la abrupta parálisis arrojada sobre ellos. Cuando los aturdidos y airados fiana logran librarse del conjuro enemigo, los secuestradores se han desvanecido ya en el bosque.

"¡Merlinus!", se lamenta un arquero herido. "¡Ha caído el rey!"

Merlinus se arrodilla junto al cuerpo de Uther; éste parece haberse golpeado la cabeza contra un madero del estrado al ser derribado. No respira. Palpándolo, el mago se asegura de que no tiene el cráneo roto, aunque el pulso ha cesado. ¿Tendrá una hemorragia interior?

También el arquero ha sentido la quietud del corazón del rey y gime en voz alta: "¡El rey Uther está muerto!"

"¡No!", brama Merlinus. No ha visto semejante tragedia con su ojo fuerte y, sencillamente, no está dispuesto a aceptarla. Grita un bárbaro canto que hace que las trizas del dosel desgarrado se arremolinen en un vórtice como de rabiosos fantasmas y obliga incluso a los heridos a saltar sobre sus pies y huir con gritos de espanto.

Uther se convulsiona y se endereza de golpe, jadeando y con expresión de horror. "¡Ygrane!", boquea.

Chillidos estupefactos brotan del estrago que cubre el parque nupcial. La mayoría de los villanos ha huido ya hacia las puertas de la ciudad y sólo quedan soldados y sacerdotes. Asombrados testigos aún de pie caen de hinojos. Veterano de la guerra y bravo soldado de Cristo, Riochatus, que estaba administrando los últimos ritos a un arquero moribundo, se pone en pie, arranca la cruz a uno de sus clérigos y se abre paso bruscamente a través de la gente.

Ansioso de proteger al rey de embrujos, el obispo avanza hacia el mago pensando que, de algún modo, es Merlinus quien ha causado todo el desastre. Merlinus bloquea el

golpe de la cruz con su Bastón del Árbol de la Tormenta y, por un increíble instante, Riochatus puede ver a la pálida gente, transparente a la última luz de la tarde, cancerada de heridas y renqueando en su camino hacia la espesura y las montañas huecas. El mismo Príncipe Noche Brillante está ahí, bordada la carne de crueles laceraciones. Ha acudido para proteger a Merlinus y ahora su rostro tajado está próximo al del eclesiástico.

"¡Demonios por todas partes!", berrea el obispo y cae hacia atrás. "¡Merlinus, maldito seas! ¿Qué es lo que has hecho?"

El mago ordena a los clérigos que se lleven de allí a Riochatus, débil y confundido como está, y da las gracias al príncipe elfo con un rápido gesto de cabeza antes de volverse hacia su rey. Los arqueros le han ayudado a ponerse en pie. Uther le extiende el brazo a Merlinus. "¿Dónde están? ¿Quién ha tomado a Ygrane?"

"Y Mamau", le dice Merlinus. "Los hombres de Morgeu."

"Hombres no", interviene Falon grave, inclinándose sobre uno de los enemigos derribados. "Las Y Mamau son sacerdotisas de Morrígan. Guerreras conjuradas, dispuestas a morir en la batalla. La gente las teme. Sólo los fiana nos atrevemos a enfrentarlas."

"¿Dónde se han llevado a Ygrane?"

"Temo que... a ser sacrificada a Morrígan", responde Falon adolorado y se aleja para recuperar a su corcel.

Uther palidece de ira. "¡Caballos!", exclama. "¡Mi caballo!"

"Señor..." Merlinus sostiene la mirada furiosa del rey. "No podernos cabalgar solos contra las Y Mamau."

"Los fiana lucharán por su reina", dice Uther dejando el mago atrás en su camino hacia las murallas de la ciudad. "Con ellos, encontraremos el rastro de esas Y Mamau." Su mirada ceñuda recorre el estrago de mesas volcadas y pabellones derribados. "¡Qué loco he sido! Deberíamos haber celebrado la boda en la *mansio*, en el recinto de la ciudad. Mira todos los que han muerto."

"Las Y Mamau poseen magia, señor", dice Merlinus con firmeza, sorteando los cuerpos caídos. "No podemos ir tras ellas. Pronto será de noche."

"¡Tú posees magia también!", chilla Uther y se detiene para confrontar al mago. "Vamos a perseguir a esas brujas, ¿me oyes? ¡Tenemos que recuperar a Ygrane!"

"Sí, por supuesto. Lo comprendo. Pero ¿no lo ves? Necesitamos más. Los poderes que yo tengo son insuficientes." Merlinus detiene la protesta del rey poniéndole la mano en el hombro.

"Tú viste el demonio. Hay otros. Uther, no puedo luchar contra ellos solo. Necesitamos ayuda."

"¡A fe que sí, todos vimos el demonio!", grita alguien rabioso desde la turba confusa. Merlinus se vuelve hacia el grito para ver la figura del obispo desprenderse de sus compañeros y caminar a grandes zancadas hacia el rey. "¡El mismo Satán era ése! ¿Puede caber duda? Dios ha maldecido tu matrimonio con esta reina pagana..."

Uther gira airado hacia él. "¡Cierra la boca! No tienes ni idea de lo que hablas."

"Sé lo que vi", despotrica el hombre enjuto. "¡Un signo de Dios de que tu matrimonio es impío... y está maldito a Sus ojos!"

Dun Mane, desgarradas y sucias de barro sus blancas ropas druídicas, se incorpora tristemente junto al celta moribundo al que estaba confortando. "Domina tu lengua, Riochatus. Esto es Cymru todavía y no mancillarás a nuestra reina con tu ignorancia."

Uther aprieta la mandíbula para impedirse gritar y apela al mago con una mirada de angustia. "Merlinus..."

Con el bastón alzado para impedir el avance de Dun Mane, llama Merlinus al

Librodot

obispo y a sus hombres, que se aproximan cautelosos, contraídos los rostros de angustia y acusación. En cuanto han formado un tenso semicírculo ante él, Merlinus les susurra una apresurada palabra de olvido. Borra todo recuerdo de Azael, de la pálida gente, de la recuperación milagrosa del rey, dejándoles la impresión de que su dolor es consecuencia del ataque enemigo únicamente. Sus angustiadas expresiones se distienden con lentitud.

"Rezaremos por su rápido retorno", se despide de inmediato el amansado obispo y estrecha las manos del rey con aflicción compartida, antes de apresurarse con sus clérigos a atender a los heridos y moribundos.

Sólo quedan ahora Dun Mane y un puñado de fiana y arqueros. Contemplan al mago con agrias miradas, como si, temeroso, hubiese de volverse hacia ellos a continuación para robarles sus recuerdos.

Dun Mane rompe el silencio por fin: "Myrddin tiene razón, rey Uther. No podemos seguir el rastro de las Y Mamau de noche."

"¡No me quedaré cruzado de brazos!", protesta Uther.

"No", asiente Merlinus de corazón. "Pero primero, debemos recabar la ayuda de los aliados de Ygrane... los Daoine Síd."

Falon y sus fiana supervivientes, que han llegado corriendo con sus caballos, entienden lo que el mago quiere decir y murmuran intimidados entre ellos. Pero los arqueros y el rey fruncen el ceño sin comprender.

"Guerreros Síd han muerto aquí hoy para defender a la reina", dice Merlinus y apunta con su bastón hacia el oeste, a los rojos portales del bosque. "Los que han sobrevivido retornan ahora a las montañas huecas y a su rey. Debemos seguirlos y pedirle ayuda a su monarca."

"¿Nos prestarán ellos... pueden ayudarnos?", pregunta Uther a los fiana.

Los soldados dudan, asustados de hablar de la pálida gente en voz alta; luego asienten tímidamente con la cabeza. Sólo Falon habla: "Son más viejos que Morrígan misma y su magia es más grande.'"

"Entonces, ¿qué estamos esperando? ¡Vamos ya!" Uther se apresura hacia su caballo y Dun Mane corre tras él para detenerlo. "Señor, nadie ha penetrado en las montañas huecas sin volver cambiado. La pálida gente enloquece a los mortales."

"Quédate entonces, si quieres", responde el rey desprendiéndose de él. "Iré solo si es necesario. Y no volveré, sano o loco, sin Ygrane."

Dun Mane se hace a un lado para dejarlo pasar. Él ha hecho a esta reina; él hará otras. Falon le dirige una mueca de disgusto antes de seguir a Uther, que corre ya hacia los caballos que llegan desde las puertas de la ciudad. Los arqueros se apresuran tras el rey; los fiana intercambian nerviosas miradas y siguen de mala gana a su comandante.

Con un esfuerzo, Merlinus se les une. La terrible visión de los demonios ha dañado su confianza. Sí, Dios Misma quiere verlo resplandecer antes de la era oscura por venir, pero ni siquiera Ella impedirá el descenso de la noche milenaria. ¿Quién puede decir que Lailokén vaya a triunfar, siquiera en una tarea tan humilde como la de pulir un solo destino lo suficiente para que refleje Su esplendor? Como demonio, él mismo y sin ayuda de nadie aplastó a muchos locos visionarios, en nada distintos a eso en lo que él se ha convertido. Y hay más de uno de su antigua cohorte que tiene un interés personal en quebrantarlo a él ahora.

En el fondo de su desesperación, cuando inicia su camino a través del caos de tiendas arrasadas y restos desperdigados del banquete que dejó la huida pavorosa de los villanos, atisba a Bleys. Su cuerpo pequeño y encorrugado parece casi invisible entre las sombras de los grandes caballos. Merlinus se le acerca apresuradamente y empieza a contarle lo ocurrido.

Librodot

"Este uno ve todo", lo interrumpe el sabio. "Desde lugar seguro en muro ciudad. Ojo fuerte ve verdad. Morgeu adora demonios."

"Bleys, tengo que usar el ojo fuerte otra vez", dice Merlinus tanto para sí mismo como para su maestro. "Tengo que ver si podemos salvar a Ygrane."

"No tiempo", decide Bleys y apremia a Merlinus a montar. "Ojo fuerte mucho truco. ¡Hah! No tiempo para truco. Salva Ygrane, salva unicornio. Ven. Vamos a ver a Síd, tomar una grande magia para salva Ygrane, ¿sí?"

El rey dirige una mirada impaciente al mago desde el lomo de su corcel. "¿Qué camino, Merlinus?"

"Hacia el oeste, señor", repone él con seguridad ajustando el bastón entre las correas de la silla que constituyen el soporte de las jabalinas. "Hacia el crepúsculo entre los mundos."

Avistando las menudas figuras de Príncipe Noche Brillante y sus soldados contra el disco hinchado y gaseoso del sol poniente, Merlinus conduce al rey y su pequeña tropa hacia el suroeste a través del parque y por una trocha vaga, casi oculta en un bosque demasiado verde para la estación. La hojarasca amollenta el paso de los caballos, aunque las ramas están todavía colmadas de follaje. Delante, a través de la densidad de los árboles y la maleza, las ascuas incandescentes del oeste bañan el mundo en una luz curiosa, al mismo tiempo derretida y translúcida.

La tropa cabalga durante horas, pero el crepúsculo no acaba de desembocar en noche. Cada vez que Merlinus se apresura hacia delante para consultar con los elfos, éstos se alejan más y más hacia el apocalipsis del ocaso. Por fin, ralean los árboles y los jinetes se ven reducidos a motas de sombra contra el vasto muro flamígero del sol rojo. La tierra alrededor es plana y blanda, borrosa por el fuego misterioso y los quiméricos tejidos del gigantesco sol acuoso.

Los exploradores elfos se desvanecen y, en su lugar, se dibuja un árbol solitario en el ambiguo horizonte. Sin hojas, con la complicación severa de sus ramas como una telaraña contra el inmenso sol, se alza totalmente en el vacío y sus raíces centelleantes son un reflejo de sus ramas desnudas y sus ramillas numerosas. Los jinetes se acercan y, como en un sueño, ven crecer su forma heráldica, hacerse difusa y fluctuar hasta transformarse en prietas columnas de fuego. Después, poco a poco, la urdimbre de llamas los rodea, como cortinas de tórrido plasma augustamente tejidas, veteadas de matices termales y sombras, que acaban por arquearse en las alturas para formar ígneas cúpulas y bóvedas.

Los juegos marmóreos de las llamas bullen como ágata y cornalina vivas creando bajo los jinetes un suelo de losas impolutas, que arden febriles pero no queman ni consumen. Delante, aparecen las estancias reales, con sus columnatas, balcones escalonados y ventanales arqueados que contemplan la hoz de plata de una luna nueva y los rociones de las estrellas.

"Un palacio tallado como el fuego", susurra Uther poseído por un sagrado temor. Se torna hacia Merlinus y descubre de pronto a Bleys cabalgando detrás del mago. "¿Es éste... tu maestro?"

"Lo es." Por encima del hombro, Merlinus ve al anciano chino tal como se le presentara la primera vez que abriera su ojo fuerte: joven, de cabello sable y trenzado de músculos. "Uther Pendragón, éste es mi maestro Yeu Wei, conocido también como Bleys."

Bleys inclina levemente la cabeza. "El destino me pone a tu servicio, señor", lo saluda en melifluo latín, "aunque no sé en qué puedo ayudarte, joven rey. Pues, como

Librodot

bien sabes, yo no tengo más interés en tu destino que la captura del unicornio, y ello por razones que no te conciernen. Como no conseguiré el unicornio sin Ygrane, haré todo lo que esté en mi poder para rescatarla."

Apenas ha dado el rey las gracias al inmortal, cuando aparece una abrupta luminosidad en la distancia. Un trono de luz, con garras nervadas por pies y un espaldar en abanico del que irradian afiladas lanzas solares, ocupa el extremo lejano de la arcada deslumbradora. Entonces, la maltrecha hueste de elfos a la que han seguido los jinetes hasta este reino extraño se arrodilla ante una forma humana de tan poderoso fulgor que podría rivalizar con el ardor estelar de los ángeles.

Lentos y exhaustos, los caballeros desmontan y se aproximan a pie. En la vivida luz cegadora como de núcleo estelar, se forma una presencia regia: una iridiscencia nebular se concreta en una figura inmensa, semihumana, de hombros torunos, rostro de reno y cuernos nudosos visibles sobre su lanosa melena.

Los fiana se arrodillan y el resto los imita, incluido Bleys: "Majestad...", lo saluda Merlinus.

"¿Cuándo ha recibido un dios la genuflexión de un demonio?", dice el rey bestial con voz estrepitosa. "Lailokén, tú eres un demonio y no engañarás a este viejo dios. ¿Cómo nos llamáis los demonios? ¿Carroñeros? En pie. Igual podría yo inclinarme ante ti. ¡Y aquí en mi propio palacio también!"

"Majestad, no soy ahora sino un hombre..."

"¡Haw! ¿Quieres hacerme creer que de un demonio puede hacerse un hombre?" Brama una risa que reverbera en ecos límpidos por los altos espacios de la estancia. "No hay magia que pueda desurdir un demonio, Lailokén. Mírate ahí, oculto en un pelaje humano. Eres como fuiste siempre. Eso, te lo aseguro, no hay quien lo cambie."

"Dios me ha dado una forma mortal para que haga Su trabajo entre mortales", dice débilmente Merlinus.

Una sonrisa de troll revela en el rostro bestial dientes humanos mientras el rey-alce mira desde su altura al mago. "Oh, ¿es Dios, pues, a quien acudiremos ahora en busca de ayuda?" Se inclina hacia Merlinus y le hace una señal para que se levante. "Dios puede haberte apestado con una piel humana, Lailokén, pero no tendremos la ayuda de Dios para salvar a Ygrane de las brujas."

Merlinus se pone en pie, se descubre a la altura del cierre de plata del manto real y ve su propio rostro reflejado en la pulida redondez del broche: no su faz humana, sino las anchas mandíbulas, el rictus de víbora y los entrecerrados ojos de cuarzo de su antiguo visaje demónico. El mago se asusta y mira hacia abajo, esperando ver el resbaladizo vientre de tiburón y las musculosas patas trenzadas de su vieja figura. Pero no, a sus ojos y a los de aquellos que lo rodean aparece enteramente mortal.

"Rey Alguien Sabe la Verdad", se dirige Merlinus una vez más al sarcástico rostro de reno, "te lo suplico... ¿nos ayudarás a salvar a Ygrane de las Y Mamau?"

"La pregunta, Lailokén, ha sido desde hace tiempo: ¿nos ayudaréis vosotros, los Daoine Síd, contra nuestros enemigos, el Furor y sus dioses del norte?", decreta imperioso el rey-alce. "No hace mucho, tú eras un aliado de todo lo que odia la vida, si te dignas recordar. Ahora sirves al Dios Innombrable y te presentas ante mí con un devoto del crucificado y un vagabundo ateo de la lejana Cathay, dispuesto a escapar de nuestro cerco miserable. Tú eres un demonio, Lailokén."

"Demonio puede que lo haya sido una vez", salta el rey Uther y su voz trepida cuando se levanta ante la envergadura bestial del dios antiguo. "Pero me sirve. Soy yo, Uther Pendragón, el que ha ordenado a estos hombres presentarse ante ti." Le tiembla la boca y se inflama hasta el borde de las lágrimas. "Yo me alzo aquí por ellos... y por mi Dios, que no es un dios crucificado, sino el amor del Todopoderoso por su creación... tú

Librodot

incluido."

El rictus del rey-alce desemboca en gruñido amenazador. "Eres un hombre insolente, rey Uther."

"Majestad", Uther cambia el tono y baja la cabeza, "no hay duda de que Dios ha hecho de ti un ser más grande que yo. Yo no soy sino un hombre mortal." Toca el crucifijo de jade alrededor del cuello, alza los ojos hacia la mirada bestial del rey-alce y habla con firmeza mayor. "No poseo el poder demónico de mi mentor, ni la magia de su maestro. Pero Dios me ha considerado apto para convertirme en rey de los britones. Hoy, he maridado a Ygrane, a quien Dios ha hecho reina de los celtas. Nos hemos unido para salvar esta isla de los invasores. Tus propios guerreros murieron hoy por ella... por ella y por mí."

El dios celta hace un gesto de reconocimiento a Príncipe Noche Brillante y sus soldados heridos, arrodillados todavía ante él, y observa a Uther con ojos maliciosamente sesgados, penetrantes, como si viera algo nuevo en él.

"Si parezco demasiado osado, majestad", continúa el rey, la voz más potente, "eso es sólo porque temo por Ygrane y por nuestro pueblo... y deseo que trates directamente conmigo. ¿Puedes ayudarme a recuperar a mi mujer?"

"¿Tratar contigo?" La mueca irónica del rey-alce escampa en una sonrisa astuta. "Trataré contigo muy directamente, Rey Uther... si tienes estómago para soportarlo."

Bleys dirige a Merlinus una mirada de alarma y el mago se prepara para saltar entre el rey-alce y Uther.

"Ven conmigo, Uther", le invita el dios. "También tú, Lailokén. El resto permaneced aquí." Camina hacia una augusta escalera y Uther nota, con ojos sobresaltados, el par de patas velludas con la pezuña hendida bajo el manto esmeralda del monarca élfico. Merlinus le lee la mirada y desearía haber advertido antes al rey que las apariencias de los dioses, demonios y ángeles son siempre meros espejismos, energías proteicas que se configuran a sí mismas según su momentáneo capricho.

El rey-alce comienza a hablar de nuevo: "Lo que voy a mostrarte, rey de los britones, muy pocos mortales lo han visto y han vivido para contarlo." Grácil como un espectro, asciende las escaleras y los dos hombres se esfuerzan para seguirle el paso. Allá abajo, el salón del trono disminuye como si quedase detrás de los herrumbrosos paramentos de un cañón. Con cada paso en la escalera espiral, parece como si vencieran largas distancias muy por encima de los ígneos contornos y los ardientes promontorios de la morada real. Muy pronto, las minúsculas motas que son sus compañeros desaparecen de la vista en la hondura diamantina sobre la que ellos se remontan.

Hallan en la cumbre una elevada meseta bajo la noche desnuda, donde las estrellas fulgen, inmensas y azules, creando imprevistas configuraciones. El gigantesco creciente lunar exhibe todo el alabastro de las mellas y huellas de sus volcanes muertos y, en su extremo lejano, un resplandor polvoroso y lavanda apunta difuso a un yermo, ceniciento y vasto. Bajo esta noche lunar, un milagroso otromundo se extiende ante ellos. Las luces celestes arrojan un trémulo resplandor sobre la faz amartillada del llano haciendo cintilar un oasis de saucedos y musgosos cenagales, próximos a márgenes de cimbreantes herbazales y lagos negros, fríos como polvo de estrellas.

"¿Dónde estamos?", pregunta Uther con tenue voz.

El rey-alce le dirige una cáustica sonrisa sobre su hombro de visón. "Éste es el país de los muertos, Rey Uther... y de los no nacidos también."

Avanzan veloces por un paisaje rocoso de peñascos en el que el viento ha esculpido formas calavéricas. Con ojos solemnes, Uther examina el ruinoso terreno que se extiende a sus pies, una llanura blanca, lunar, cubierta de pedazos de cerámica destrozada, columnas quebradas y desmembrada estatuaria... el osario luminiscente de un

mundo legendario y antiguo.

"Y éste es el campo de los sueños rotos", explica el rey-alce. "Observa y verás modernas ruinas romanas entre los sueños perdidos de los antiguos."

Calzada entre la fracturada efigie pétrea de un alado rey asirio y una duna de huesos pulidos revestidos de armaduras egipcias, la insignia del águila del otrora poderoso Imperio se inclina desvaída en la cima de un cúmulo de abollados cascos romanos.

"Nuestra cruz —céltica y cristiana— se pudrirá aquí un día", musita Rey Alguien Sabe la Verdad y su voz potente se ondula en los ecos que reverberan por los cipresales más allá del llano cubierto de huesos. "A menos, Uther, que podamos alcanzar un acuerdo verdadero, lo bastante poderoso para detener a los invasores del norte que amenazan nuestra existencia."

A través de las nieblas que fluyen undosas sobre la destrozada arquitectura de un templo griego cercano, llega una enjuta figura, vaporoso el cabello como tela de araña.

"Raglaw...", exclama Merlinus, débil en su sorpresa.

"¿Por qué habría de sorprenderte verme aquí, Myrddin?", pregunta ella con su voz resollante. "Tú mismo me viste partir del orgulloso mundo bajo el sol..."

"Merlinus", susurra Uther, "¿quién es esta anciana?"

"Soy la vieja Raglaw, excelencia", se presenta la mujer. Bruma se desgaja de su esquelética figura mientras avanza flotando. "Soy la mentora espiritual de tu mujer, la misma que enseñó a tu querida Ygrane a interpretar sus trances y visiones."

"¿Qué quieres de nosotros?", le pregunta Uther, enervado por la cadavérica apariencia de la arpía.

"¿Querer?", croa. "Estoy más allá del querer, Rey Uther. Dentro de poco, partiré una vez más de entre los muertos para proseguir mi ciclo... yo, que una vez fui la más incapaz de vida y la más próxima a la muerte absoluta. Yo, que llegué en toda forma y a través de toda forma capaz de cuerpo y de vida. Yo, que aún no estoy completa. Yo estoy aquí como testigo de tu entrada en el País de los Muertos."

"Saludos, buena Raglaw", exclama vigoroso el rey-alce y la bruja sombría despierta brevemente de su trance. "Noticias te traigo para endulzarte el camino. Este joven rey viene a trabar alianza con los celtas..."

"Lo sé, lo sé", murmura la anciana. Como humo, flota oblicua a través de bajos montículos de arena, santuarios y muros de imperios muertos reducidos a la cal blanca de la mortaja del tiempo. "Todo lo vi, ya lo sabes. ¿Recuerdas, Myrddin?", exclama en respuesta. "Lo vimos todo... todo... la tierra empapada de sangre... los ejércitos espectrales... el rey confuso por su elección. Éste es aquél, ¿verdad? Éste es el que se ha casado con mi Ygrane querida. Sí, lo recuerdo todo aún. Él será el padre del rey con el poder de ser justo. Es decir, sólo si se desengaña a tiempo. A tiempo, tanta confusión hay... Merced sin esperanza... Merced..."

Se aleja hasta que no llegan sus palabras y pronto la niebla la vela otra vez.

"¡Santísimo Dios!", clama blandamente Uther. "No me gusta este lugar, Merlinus."

"Si hemos de salvar a Ygrane", le recuerda el mago, "hemos de seguir adelante."

Uther aferra el brazo de Merlinus. "Pero ¿qué quiso decir la anciana... merced sin esperanza?"

Rey Alguien Sabe la Verdad responde mientras avanza a través de la frágil calina: "En vida, Dama Raglaw poseyó el don del ojo fuerte..."

"El don de la profecía", aclara Merlinus.

"Sí, el ojo fuerte", repite el rey-alce dirigiendo una mirada oscura al demonio por interrumpirlo. "Con él, vio descender sobre nuestra isla una era de crepuscular

Librodot

oscuridad, una edad apocalíptica destinada a durar centurias. Sólo nuestra alianza podría aportar cierto socorro, cierta merced, para nuestros pueblos hasta el fin de la oscuridad. Pero no hay ninguna esperanza de subvertir el destino, ninguna esperanza de desafiar el desastre."

"Entonces, ¿por qué molestarse en intentarlo?", inquiere Uther con amargura.

"Por qué, en efecto", responde el rey-alce. "Antes o después todo viene a parar a este campo de quebrantos."

Merlinus golpea el suelo fuerte con su bastón, pero la capa de arena bajo sus pies no devuelve ningún sonido. "Por esa desesperación, Rey Alguien Sabe la Verdad y todos los celtas necesitan un rey cristiano... este rey. Y el que vendrá después de él."

Han llegado al límite del cementerio, donde pinos enanos se hincan en el borde de una escarpadura que corona un terreno crateriforme con brillantes lagos como calderos. El rey-alce se detiene y enfrenta a los dos hombres, posadas sus manos poderosas en las caderas. Su manto ondea tras él con la ráfaga que asciende del valle, exponiendo sus patas velludas y el falo forrado de piel. "Explícate, demonio."

"Los celtas son una raza eterna", comienza Merlinus en su tono más diplomático y conciliador. "Ya has oído a Raglaw. Habla ella por todo tu pueblo. La vida retorna a la vida hasta que se perfecciona a sí misma. Para vosotros, la muerte es siempre un comienzo. Incluso la muerte de toda vuestra raza puede soportarse. Así que, ¿por qué molestarse, en efecto?" Toca con su bastón el hombro de Uther, la cicatriz de la herida que Ygrane ha curado con su magia. "Este rey cristiano cree, al igual que vuestro enemigo el Furor, que la vida conduce a la muerte y que la muerte acaba la vida. Que el mundo mismo avanza hacia el apocalipsis y el fin de los tiempos. Sería, así, un poderoso aliado de tu pueblo, porque su fe exige que se esfuerce aquí y ahora en hacer bien de la vida... pues esta vida es el único bien que posee."

El rey-alce mueve de lado a lado la mandíbula, rumiando lo que acaba de oír. "Presentas un buen alegato en favor de tu rey, Myrddin. Creo que no volveré a llamarte demonio nunca más." Comienza la marcha otra vez e invita a los hombres a seguirlo. "Venid. Voy a mostrar a este rey cristiano algo celta, el tipo de cosa que nos hace justamente famosos."

Los guía ladera abajo por un camino fragoso y zigzagueante, a través de velos de calina fulgente e interludios de cielo estrellado. El húmedo olor a ruina que flota en el aire se agudiza con la resinosa fragancia de los eucaliptos enanos que crecen en las fallas y grietas de la combada pared de roca; el rumor de un trueno pasea una incalculable distancia. En la base del acantilado, saltan desde un precario saliente hasta la cenicienta grava del fondo y se hallan por fin ante las negras fauces de una caverna. Estalacticas de escarcha y salitre penden como congelada saliva del techo de la cueva y un gélido viento subterráneo exhala un rancio olor a reptil.

"Theo...", un eco herido reverbera desde el interior.

Uther se endereza de golpe. "¿Ambrosius?" El rey avanza hacia la gruta oscura y Merlinus lo detiene aferrándole el hombro.

"Espera", le aconseja el mago. "Ya viene."

Una sombra se separa de las tenebrosas profundidades de la caverna y se asoma a la vacilante luz estelar. Maltrecho y desfigurado, Ambrosius emerge tambaleándose, débil, colmados los ojos rojos de desesperación. "Theo... tú no... no todavía..."

"Atrás, sombra", ordena el rey-alce. "Estás en presencia de vivientes."

"Theo... ¿vivo aún?" Ambrosius viste aún la armadura con la que murió y, aunque parece exhausto, no son visibles heridas en él.

Uther se desprende de la mano de Merlinus y se precipita hacia su hermano.

"¡No!", grita el mago, pero demasiado tarde.

Librodot

Uther abraza a Ambrosius y, en el mismo instante del contacto, el Señor del Dragón se revuelve como un loco en su abrazo emitiendo un horrísono alarido de dolor. Uther retrocede, confuso, y observa a su hermano encogerse de tormento.

"¡Apártate de él!", le increpa el rey-alce. "Los muertos no pueden soportar el calor de los vivos."

"Ambrosius... perdóname", exclama Uther y cae de rodillas para contemplar, llorando, el rostro convulso de su hermano. "Perdóname."

Con romano estoicismo, el Señor del Dragón se endereza, tensos de agonía los músculos del rostro. "Tocarte otra vez... ¡vivo! Este dolor es... mi inmenso gozo."

"Hermano, ¿por qué estás aquí, en esta cueva?" Uther lo contempla desolado, sin osar levantarse. "Tú moriste por tu gente. Deberías estar en los cielos."

"Yo morí... por venganza", responde él sombrío. "La recompensa es estar ahora en el umbral del infierno."

"¡No!" Uther aprieta el puño y se pone en pie. "¿Quién te juzga?"

Ambrosius mueve la cabeza, prietos los ojos contra el frío estremecedor que reemplaza el ardor del abrazo de su hermano. "Nadie... me ha juzgado... sino yo mismo. No importa, hermanito. Estoy aquí con el abuelo Vitki... el rostro dragónico de tus sueños, hermano... tan cerca de ti... como puedo estar."

"¿Rostro dragónico?", se asombra Uther. "¿Wray Vitki está aquí?"

"El Dragón Aurelianus..." Ambrosius fuerza una pálida sonrisa. "Sin duda lo recuerdas. El dragón de nuestros antepasados. ¿No lo viste? Tú portas su marca. Él te ayudó, ya lo sabes... en Londinium."

Uther lo mira sin comprender y mueve la cabeza lentamente. "¿Es cierto?", pregunta el rey a Merlinus por fin.

Merlinus asiente. "Yo mismo lo vi, señor. El *magus* del que te hablé. Es tu aliado."

"¿En... Londinium?"

"Acudió a ti allí, Uther."

Uther se sienta, flojo, en el suelo, pesado de asombro, recuperando los recuerdos de aquel día trágico. Fija en el espectro de su hermano unos ojos tristes. "Te echo de menos, Ambrosius."

"El abuelo Vitki me habla. Me dice... que te han rendido pleitesía todos los señores de la guerra romanos de Britania...y los celtas salvajes también." Un indicio de su vieja astucia se muestra a través de su lasitud. "Debes ser más cauto... que padre... o que yo. Yo viví... para la ira."

Uther lo contempla a través de sus lágrimas rebosantes.

Merlinus se arrodilla a su lado, le pone el brazo sobre los hombros y le susurra: "Las sombras de los muertos no cambian, Uther. Así lo aprendimos de Hornero. Tenemos que librarlo del *magus*"

"Sé cauteloso, Theo...", le advierte el Señor del Dragón. Y Uther es consciente entonces del esfuerzo que el espectro ejerce para mantenerse firme en su presencia. "El abuelo Vitki me dice... que te has casado con la mujer de Gorlois. Dice que Merlinus te embrujó... te dio el aspecto del duque... que así sedujiste a su esposa. Sé cauteloso, Theo... ése no eres tú."

"Eso no es verdad...", le espeta Uther. Luego, mira a su mago y le pregunta en un susurro sólo audible para él: "¿Por qué le miente Wray Vitki?"

"Ese antepasado vuestro robó al Dragón la fuerza para su larga vida siglos atrás, cuando era miembro del clan de la víbora, en aquellos tiempos totémicos", le responde Merlinus en un murmurio. "Ahora ese ancestro te sirve. Tú portas la marca hereditaria por la que toca el mundo de la superficie. Este vínculo de sangre no atañe a tu hermano.

Librodot

No hay ningún lazo físico entre él y el *magus.* Yo diría que Wray Vitki está forjando historias sobre ti para tener a Ambrosius cerca. Tenemos que separarlo de él."

"Ambrosius", le dice Uther lastimoso, "no has de quedarte aquí. No lo hagas por mí. No puedo soportar el pensar que sufres de este modo."

"Quiero estar cerca de ti... mirar por ti."

"Debes dejar de preocuparte por mí. Ya no puedes ayudarme. Quisiera que pudieras, Ambro, porque te añoro terriblemente. Pero sé que estoy realizando tu obra... la de padre... Debes irte de este lugar de desesperación y buscar retribución en Dios."

"No puede haber retribución para mí, Theo." Ambrosius se mantiene tieso aunque su carne tiembla. "No soy sino un mísero asesino."

"Deja el juicio a Dios, Ambrosius." Uther levanta el rostro hacia el rey-alce. "¿Dónde está el refugio cristiano en este País de los Muertos?", pregunta.

Rey Alguien Sabe la Verdad señala más allá de una confusión de rocas desprendidas y arbustos castigados por el viento, hacia un desfiladero en la pared de roca. Uther camina hacia allí dejándose seguir por el resto y observa, débilmente, un paisaje dispuesto en terrazas. En el nivel más bajo, de arcilla resquebrajada, ondulan mortajas de calor y pináculos de azules llamas alcohólicas. Sobre éste, un peligroso jardín domina el llano abrasado. Cactus quebrados y árboles espinosos que destilan resbaladizas piedras negras desde una terraza más alta. En los bancales más altos, prados alfombrados de flores salvajes, vastos acres de verdes cespederas, árboles aparrados y las aguas de nebulosas cascadas deslumbran la tierra oscura. Esas laderas altas brillan bajo la luz matutina que se derrama en velos luminosos desde un elevado país que ocultan montañas de hielo como castillos.

"Ven, Ambrosius", lo llama Uther.

La sombra renquea hasta el costado de su hermano y examina el panorama del ultramundo cristiano. "Infierno. O purgatorio... como los sacerdotes nos advirtieron siempre. Como tú mismo me advertiste, Theo."

"Sí, el purgatorio, estoy seguro", dice Uther. "El primer paso hacia el cielo. Te llevaré allí, Ambrosius."

"No, espera. Tengo miedo, Theo."

Uther hincha las aletas de la nariz al respirar profundamente para impedirse desfallecer ante el triste espectáculo del miedo de su hermano. "Dios no te juzgará con dureza, Ambrosius. Te lo prometo. Iré contigo y hablaré por ti."

"¡Ja!", grita el rey-alce sobresaltando a todos, aun al espectro. "No a menos que quieras dejar atrás tu vida mortal y a Ygrane con ella. Sólo él deberá hablar por sí mismo. Nadie que vaya más allá de este desfiladero puede volver... ni siquiera yo. Ambrosius irá solo o no irá."

A través de su grieta entre la vida y la muerte, Uther y Ambrosius se miran uno a otro resignados.

"Ve, Ambrosius. Confía en nuestro Dios. Él nos hizo como somos. No puede volverlo contra ti. Jesús prometió que su amor intercedería por nosotros. Confía en ello."

"¿Y qué será de ti, Theo? Tú habías de ser sacerdote. ¿Cómo puedes ser un verdadero rey?"

"Reino por amor, Ambrosius. Sólo el amor hace de mí un rey." Se pasa una mano sobre su rostro turbado. "Vete ya, hermano, por favor. Cruza el paso. Nadie vive demasiado tiempo en la vida. Volveré a estar contigo muy pronto."

"Verte... así..." Ambrosius abre los brazos con gesto de asombro. "Verte... convertido en rey... no importa si voy... al infierno."

Uther siente una escisión entre su cuerpo y su mente, desgajados su acción y su

Librodot

pensamiento. Le duele de tristeza la carne y anhela abrazar a su hermano otra vez, pero sabe que éste no es Ambrosius, sino sólo su espectro, divorciado de la carne y la acción y la mente mutable de los vivos. Aunque el cuerpo le duele a Uther de angustia, su mente siente sólo cansancio, el agotamiento del predestinado, que debe continuar viviendo entre infortunios y sinsentidos para culminar un destino heredado de los muertos.

Ambrosius reconoce el sufrimiento de su hermano. Estar tan cerca de los vivientes atormenta al fantasma y se demora sólo un instante, una última mirada hambrienta, antes de desaparecer para siempre por la roca hendida. Como arrastrado por la resaca, se mueve rápido hacia la distancia y se torna sólo una vez para alzar el brazo en saludo romano antes de desaparecer de la vista.

Con su tránsito, un trueno brama desde la caverna y un viento sonoro, gélido, se arremolina en torno a los visitantes levantando ceniza del suelo para formar polvorientas ballerinas.

El rey-alce vuelve la cara al viento. "El *magus* te percibe", asegura. "Tenemos que irnos. Ahora cálmate y ven conmigo a ese bosque protector de ahí arriba. Hay algo que quiero enseñarte... y tenemos un acuerdo que alcanzar."

Rey Alguien Sabe la Verdad conduce a los dos hombres —Uther visiblemente afligido— a lo largo de la pared de roca, entre inmensos taludes rocosos, hasta un camino que serpentea monte arriba a través de helechos altos hasta las rodillas. Alcanzan al fin la pineda que el dios señalara. De forma imprevista, oyen el frenesí de una risa luminosa y ruidos carnavalescos que brotan desde algún lugar más allá de los frondosos senderos hasta las alturas nemorosas.

"No temáis", dice el rey-alce. "Es sólo mi gente, que sabe que estoy aquí."

Sin saber qué pensar, Uther y Merlinus miran arriba, a lo largo de las poderosas vergas de los pinos, las ramas hirsutas que flotan como islas en el cielo. El resplandor de la luna arranca a los árboles un incienso mentolado y una brisa cálida desciende suave desde las alturas, portando la ajetreada labor de las abejas y un cencerreo y balitar de rebaños distantes. El rey-alce prosigue la marcha y el cielo palidece mostrando tonalidades opalinas primero y, después, franjas con los trazos frambuesa y limón de las nubes del alba.

Para entonces, han llegado a una altura que les ofrece un panorama de amplios pradales y bosques azul-humo que parecen, curiosamente, al mismo tiempo cultivados y salvajes. Allí abajo, pace magnífico el unicornio y la luz juega en su capa blanca llenándola de iridiscencias. Una vez más repican risas como campanillas desde el ocaso luminante y Merlinus percibe cerca alegres presencias invisibles que, de algún modo, le recuerdan no a los celtas, sino al mítico orden griego de los centauros, sátiros y Titanes que se coaligaron contra Zeus.

El mago mueve su bastón alrededor y las risillas se hacen más fuertes. Figuras asustadas aparecen de pronto con un abigarrado glamour de risas, no muy diferentes del rey-alce sus formas, pero sólo semihumanas, de hocicos vellosos, patas bestiales de pelo musgoso y ojos verdes como el mar.

"Éstas son las primeras gentes", anuncia el rey-alce. "Me asisten cuando vengo aquí."

"Pero ¿dónde es 'aquí'?", inquiere Uther.

"'Aquí' es las inmediaciones del Mundo Superior, Rey Uther", responde el dios. "Aquí las formas se disuelven. De modo salvaje, discordante, cómico, demente, se disuelven... y se gozan en la disolución. Aquí, se desprenden las formas y se quedan solas las almas: luz radiante que aguarda las leyes del espíritu para adquirir siempre nuevas formas.

Librodot

"Extraño", murmura Uther quedo, claramente atemorizado por la belleza antinatural de estos Campos Elíseos. Sin quererlo, su cuerpo se balancea al ritmo de esa aguda, casi indistinta melodía de la música más antigua, un ritmo de viento y de agua.

"Observa con más atención", le ruega Rey Alguien Sabe la Verdad. Señala hacia abajo, el fértil valle exuberante al que una espuma de risa y canciones se filtra desde un bosque tumultuoso. Apenas visibles a través de las aberturas oblicuas entre los árboles, danzan figuras humanas compuestas nada más que de niebla luminosa y toda una horda de ellas juega y retoza como faunos. Su misterioso espectáculo instila en los dos testigos humanos la rara y a la vez familiar dulzura de una magia indescifrable, un sentimiento de paz y bienaventuranza que ellos recuerdan débilmente de sus lejanos ensueños fetales. La espontánea energía de los espectros, a pesar de todo su irresponsable e indomable abandono, conlleva una inefable hermosura de inocencia y pureza, como si obedecieran el ritmo exquisito de una ley superior: un tumulto inspirado por el divino espíritu.

"Esos de allí abajo", los señala el rey-alce sin dejar de dedicarles una sonrisa, "son los eternos danzarines. Yo soy su señor, su Pan. Les sirvo en éste tanto como en el mundo inferior de las formas mortales. Los atiendo como un jardinero a sus plantas, un pastor a su rebaño."

"¿Son elfos?", pregunta Uther colmado de un respetuoso temor.

"No del todo. Son personas", responde vagamente el rey-alce. "Celtas en su mayoría. Mi gente. Viven aquí como almas incorpóreas hasta que las nuevas formas que necesitan para culminar sus destinos cósmicos los llaman al Pequeño Mundo de la existencia física."

"¿Destinos cósmicos?" Uther no aparta los ojos del espectáculo fantasmal y se deja penetrar por el hálito fúlgido de los montes y los campos. "¿Quién decide esos destinos? ¿Quién escoge sus nuevas formas, sus nuevas vidas en el mundo de los vivientes? ¿Lo haces tú, quizás? Y en cualquier caso, ¿qué tiene que ver todo esto con mi Ygrane?"

Rey Alguien Sabe la Verdad estalla en una risa que suena como el clangor del rayo con sus ecos de trueno. La sonora carcajada asusta al unicornio, que se encabrita, y hace emerger del bosque a las brumosas figuras. Como humo que flota sobre un río invernal, la tropa festiva danza a la vista por la orla del prado: ágiles figuras de etéreas telarañas, quiméricamente bellas y gnómicas en sus sedas ajironadas.

Se filtran de nuevo a las sombras púrpuras del bosque y el rey-alce se sobrepone a su regocijo para decir: "Esto tiene mucho que ver con tu Ygrane, mi niño. Has de tener paciencia. Y, por lo que respecta al destino de estas almas: no, Uther, yo no urdo destinos, no concibo las formas. Me confundes con un dios mayor. Ese poder me resulta tan lejano que apenas puedo predecir cuándo vendrá un alma o partirá y, mucho menos, cuáles deben ir aquí o allá. Algunas se quedan siglos entre nosotros, el tránsito de otras dura sólo unos pocos días. Yo no poseo el ojo fuerte para ver el hado de las almas. Yo sólo las asisto con mis dioses amigos, el Flautista y la Dama de los Entes Salvajes. Mientras las almas están aquí, su fuerza vital nos pertenece a mí y al resto de los dioses Daoine... y nosotros mismos no somos más que la aglutinada energía de aquellos que vienen a nosotros. Cuando la fe céltica expire, también nosotros desapareceremos."

"Vuestra fe céltica que es enemiga de la mía", dice Uther tenso y alza sus ojos hacia las negras órbitas del gigante. "Tanto es así que osáis denostar a Jesús llamándolo el dios crucificado."

El rey-alce dirige un animado gruñido a Merlinus. "Tu rey Uther es un hombre combativo, parece. No me extraña que el *magus* pusiera su marca en él." Se acaricia la barba caprina y alza una de sus cejas hirsutas. "Tu fe me es extraña, mortal... una

estrafalaria religión del desierto llena de sacrificio y vehemencia. No busqué yo a sus adherentes. No viajé yo a sus tierras infértiles. Ellos vinieron a mí y tomaron de mis campos las almas, empequeñeciéndome. ¿Voy a loarlos por ello?"

"Hablaste de un trato, majestad", dice Uther, cambiando con destreza de tono otra vez. "¿Tengo razón al pensar que, al igual que del primer marido de Ygrane, lo que quieres de mí es la promesa de que prohibiré las misiones cristianas en tierras celtas?"

Rey Alguien Sabe la Verdad le dedica su misteriosa sonrisa de reno. "Sí. Ése fue mi compromiso con Gorlois. Pero no busco lo mismo contigo, Uther. Parece que tú eres un verdadero cristiano, cosa que él no era. Así que no hace falta mucha vista para darse cuenta de que tú serás un negociador muy distinto en lo que concierne a tu fe."

"Así es", declara Uther llanamente. "Has dicho que te comprometiste con Gorlois. Prohibir las misiones en tus tierras es menos de lo que en verdad quieres esta vez, ¿no es así?"

"Mucho menos." El rey-alce se inclina hacia delante, como un padre que se aproxima a su niño. "De acuerdo, pues. Este es mi trato: no quiero nada menos que tu alma, Uther Pendragón."

Uther retrocede, espantado.

"¡Ja! Esa es la misma cara que puso Gorlois", se burla el rey-alce con un bufido. "¿Te aterra mi oferta, pues? Y sólo porque vosotros los cristianos habéis tomado mi imagen para prefigurar a vuestro demonio. Satán me llamáis. Pero yo no soy un demonio. Lailokén puede decírtelo. Soy lo que los demonios llaman un carroñero, porque tomo cuidado hasta del fiemo de la vida y de todas las fragilidades de la vida. Te lo aseguro, los carroñeros son tan dignos de respeto como cualquier santo. Yo laboro con los *Annwn*.." Inclina su lanosa, cornada cabeza hacia Merlinus. "*Annwn*... los Señores del Fuego... ¿cómo los llama él, Myrddin?"

"Los conoce como ángeles, mi señor", responde Merlinus.

"Laboro con los ángeles", le repite a Uther. "Yo medio entre el Mundo Superior de radiante energía y el Pequeño Mundo de escoria y materia."

Uther contempla al rey-alce con mirada serena. "Nada quise significar con mi reacción, majestad, pero lo cierto es que yo soy un hombre ignorante. Nunca había conocido a un ser como tú. Todo esto me resulta pavorosamente nuevo. Disculpa mi torpeza. Mi único deseo es rescatar a mi mujer, Ygrane. Pero en lo que a ello respecta, sólo esto sé y sólo esto puedo decirte: mi alma pertenece a Dios. Jesús vivió y murió por la salvación de mi alma."

"Justo por eso la quiero", dice el rey-alce casi de forma caprichosa. "Mi plan consiste en unir de modo íntimo tu fe con la mía. Tener un verdadero creyente, una verdadera alma cristiana, tal como tú, aquí entre nosotros, danzando y cantando con nosotros, sometido al mismo ciclo, destinado a renacer, acaso como uno de nosotros, o como Dios quiera... eso es lo que deseo."

El rostro de Uther se tensa, incrédulo. "¿Por qué?"

"Para vivir." El rey-alce le muestra los dientes en una sonrisa arrobada. "Para vivir, Rey Uther. Contigo aquí entre nosotros, puedo soñar una unión más fuerte entre mi pueblo y todo el resto de los cristianos. Con Jesús como Príncipe de la Paz, la civilización celta puede proseguir. Con el Furor, sólo hay muerte."

"¿No salvarás a Ygrane a menos que te otorgue... mi alma?" El joven rey observa con fijeza el rostro bestial, pero pontifical, del dios.

"No se trata de eso en absoluto. Ygrane es una de los míos. Para recuperarla lucharía con los mismos demonios, si fuese necesario." Se acaricia una de sus hirsutas orejas y sacude la cabeza. "No, Uther, te estoy proponiendo un trato mucho mayor. Un cambio, si quieres. A cambio de que tu alma venga voluntariamente, prometo enviarte el

Librodot

alma del mejor de nuestros guerreros, que nacerá como hijo tuyo... tuyo y de Ygrane. Y cuando le llegue el tiempo, así te lo prometo, tendrá todo el apoyo de los Daoine Síd. Y cuando sea rey de toda Britania, combatiremos a su lado contra el Furor. Pues se me ha prometido a mí que con un alma grande de nuevo en ropaje mortal, preservaremos nuestra cultura de la completa extinción."

Las palabras del rey-alce electrifican a Merlinus. *¿No es ésta la profecía?*, piensa. *¿La misma historia que Óptima me contó y que Raglaw transmitió a Ygrane?* Observa a Uther preguntándose si éste ha captado toda la transcendencia de la oferta del dios, pero el joven rey no revela nada o, mejor, su rostro lo esconde todo. El alcance de lo que conoce, y de aquello para lo cual Merlinus lo ha preparado, se muestra no en su apariencia exterior sino en su interior.

Con el flujo de su corazón, Merlinus siente la maravilla y el miedo de Uther entreverados, grandes como montes, como nubes, ensombreciendo y apocando al joven. El mago teme que el pavor paralice a Uther. Pero el recuerdo de Ygrane lo vuelve en sí. Cruza los brazos. "Creí oír que tú no puedes urdir destinos, concebir formas... que no puedes predecir siquiera cuándo un alma irá o vendrá."

"Así es. No puedo obligar a nadie. Pero tengo gran ascendiente sobre los míos." La sapiencia en su rostro animal sorprende al rey. "Te prometo, Uther Pendragón, que el alma de un gran guerrero irá a Ygrane cuando conciba por ti."

"¿Rechazó Gorlois semejante oferta? ¿Por qué?"

"Es un sujeto supersticioso y nada podía convencerlo de que yo no era Satán tratando de robarle el alma para la eterna condenación." Rey Alguien Sabe la Verdad sonríe con sarcasmo y sacude su lanosa cabeza. "¡Eterna condenación! Qué cruel mistificación han infligido los sacerdotes a vuestro pueblo. Las almas cambian. Sólo Dios es eterno, y ¿qué clase de Dios condenaría eternamente a un ser creado? ¿Qué pecado podría ser tan grande? Pero ésa es tu fe. No volveré a contradecirla. Gorlois me negó su alma. ¿Tú qué crees, que está ahora en el cielo o abrasándose en el infierno?"

Merlinus desvía el reto al preguntar: "Dime, señor: ¿quién es Morgeu? ¿Qué clase de alma es la que les nació a Gorlois e Ygrane?"

"No una que yo eligiera", replica lacónico el rey-alce. "Era un alma airada, puedes estar seguro. Si mal no recuerdo, era uno de los jefes guerreros de Boudicca, descabezado por los romanos, renacido por esa unión."

Boudicca. Merlinus y Uther recuerdan el nombre bien, como cualquier británon romano lo recordaría, pues fue el de una reina guerrera que, casi cuatrocientos años atrás, lideró una revuelta contra las recién llegadas huestes romanas. Antes de ser aniquilada, barrió una legión entera y masacró, entre romanos y aliados de los latinos, cerca de setenta mil hombres. Como represalia, el emperador Nerón ordenó la extinción de toda su tribu.

"Es digna de ser temida, entonces", repone Merlinus con franca inquietud. "Semejante furia será un instrumento letal en manos de los demonios. ¿Cómo la combatirás?"

"¿Combatirla?" El rey-alce extiende sorprendido una mano sobre su pecho majestuoso. "No seré yo el que lo haga. Ése no es mi dominio. Yo dije que lucharía contra los mismos demonios, si fuese necesario... pero no lo será, ¿verdad, Uther? Seréis tú y tu ancestro el magus los que batallaréis para rescatar a Ygrane, mientras yo y mis Daoine Síd no deberemos hacer nada más que distraer a los demonios de Morgeu."

"¿Y si yo debiese negarte mi alma?", pregunta Uther.

El rey-alce lo mira malicioso y encoge sus hombros masivos. "¿Debes hacerlo?"

"Prometí a mi hermano que nos encontraríamos en el cielo."

Merlinus toma a Uther por el codo y lo aparta del rey-alce. "No hagas tratos con

espíritus, señor. Estoy seguro de que podemos cumplir nuestro destino terrestre sin su ayuda."

El dios se aproxima a ellos. "Myrddin, ¿por qué hablas en mi contra?"

Merlinus se separa de Uther y se enfrenta abiertamente a la poderosa entidad. "Señor de los Bosques, juré a mi madre servir al bien. El bien es ahora que no nos demoremos aquí. Hay que salvar a Ygrane. Esta charla es una peligrosa distracción."

El rey-alce suspira librando una ráfaga de aire otoñal que huele a madera y hojas descompuestas. "No te entregues al airado dios del desierto, Uther. No hagas como Gorlois. Acepta mi ofrecimiento. Dame tu alma por el tiempo que Dios decida que estés con nosotros y permite que un poderoso guerrero celta sea tu hijo y rey de tu pueblo y el mío."

El rey Uther calla. Sabe que éste es el fulcro de su destino, pero no puede pensar más que en Ygrane. No en Ygrane la reina, ni tampoco en la alianza militar que contendría al Furor, sino en la cariñosa mujer de ojos verdes que encontró en el templete del bosque. Y ella está en peligro. Uther entrecierra sus ojos dorados mientras reza pidiendo hallar el modo de aplacar al dios sin perder el alma.

En un intento de ganar tiempo para artificiar una respuesta, Uther se lleva las manos al rostro. Merlinus siente a su mente galopar, trotar su corazón. El mago puede casi oírle pensar: *¿Qué es lo que Dios quiere?* Cuando el joven levanta la mirada, su rostro parece exhausto de resignación. "Majestad, como tú mismo, yo no soy sino el servidor de mi pueblo. Si de ello ha de venir un bien mayor, lo haré. Pero sólo con una ulterior condición." Se endereza al decirlo. "El alma que nos enviarás a Ygrane y a mí abrazará mi fe y vivirá como cristiano."

"¿Qué?" El rey-alce oscila hacia delante. "¿Y perder otra alma, una de las más grandes, en aras de tu extraña fe oriental?"

Uther no se apoca. "Alma por alma, majestad."

Rey Alguien Sabe la Verdad se aferra la perilla y se inclina tanto hacia atrás que parece a punto de derrumbarse. Luego, se endereza de repente y se golpea una palma con el puño. "¡Hecho! Cuando nazca tu hijo, irás a la Fuente del Cuervo... los druidas conocen el lugar y pueden mostrarte el camino. Bebe su dulce veneno y tu alma vendrá directa hacia aquí."

"Después de liberar a mi mujer", repone rápidamente Uther, "consideraré tus palabras, las palabras que hemos cruzado hoy, y me someteré a ellas sólo si el sacrificio que pides supone para mi pueblo un bien mayor."

"Considéralas bien, entonces, Rey Uther. A pocos mortales se les da la oportunidad de ver lo que has visto y volver a sus viejos caminos." Sus ojos se achican amenazadores. "No vayas a llevar al mundo un alma ignorante. En cuanto a ti Myrddin..."

Al oír su nombre, el mago aferra su bastón y alza el rostro bravo.

"Tú permanecerás apartado de esta debacle", le dice el rey-alce con gravedad. "Si los demonios se han aliado con Morgeu, es por ti. Quieren arrancarte de tu cuerpo mortal sea como sea y, si estás allí, nada los detendrá. No Myrddin. Tengo otra misión para ti." Sus ojos oscuros como pozos se clavan en Merlinus y el mago siente la rima de su tenebrosidad despertar recuerdos primordiales de sus largos e insomnes vuelos entre las estrellas. "Tú montarás el unicornio hasta Ávalon. La criatura conoce el camino hasta allí."

"¿Ávalon?", trina Merlinus sacudiéndose el desamparado embeleso que la vasta mirada del dios le inspira.

"Ávalon. Una isla en el mar occidental." Su voz reverbera como desde una gruta y Merlinus comprende que aún está bajo el trance de la mirada mesmérica del dios. "En

Librodot

Ávalon encontrarás un círculo de piedras erectas, cada una de ellas del doble de la altura de un hombre. Es la Danza de los Gigantes."

"La Danza..."

"Sí, Myrddin, la Danza de los Gigantes", repite el rey-alce, pero la repetición no es meramente para ayudar a la memoria del mago, empieza a entender Merlinus. El dios no está hipnotizándole a él, sino al tiempo mismo: está conformando los acontecimientos por su mágica voluntad. "En el centro de ese círculo hay una piedra más pequeña, grande como un hombre pero muy pesada. Está hecha de materia estelar y cayó a la Tierra mucho tiempo atrás. Apártala. Debajo encontrarás un pozo de agua. La diosa que allí habita te dará un arma forjada por Brokk el enano en eras lejanas..."

"Brokk..." Merlinus mueve la cabeza intentando librarse del trance del dios. "Pero Brokk es uno de los artesanos del Furor."

El rey-alce ríe fríamente. "Sí, lo es. De hecho, es el más diestro de los herreros del Furor. Fue él quien concibió esta espada para él cuando el dios ciclópeo asumió el tamaño de un hombre por miedo a los Antiguos. El héroe juto Siegfried mató con ella a un dragón. Los *Annwn* se la quitaron a Brokk y me la han dado a mí para que defienda a mi pueblo contra el Furor. Es una fina pieza de artesanía y está dotada de una rara magia que sirve a quien la porta. Tal como los Señores del Fuego pretenden, quiero que se use contra el dios. Eso lo sacará de quicio." Agita los puños con júbilo, anticipándose a la rabia de su antiguo enemigo. "Lleva la espada Relámpago y la piedra estelar a Maridunum. El Rey Uther se encontrará allí contigo... en compañía de su mujer."

***

Lailokén visitó a los carroñeros y sus mundos muchas veces como demonio, pero como mortal la experiencia lo penetra con un rapto mayor que cualquiera conocido fuera del seno materno. Un estremecimiento lo poseyó, saturándolo de dicha desde el instante en que Rey Alguien Sabe la Verdad lo condujo hasta aquel pinar cimero de aurora perpetua: una alegre, irresistible, tentadora sensación de paz y bienaventuranza. Si los demonios pudieran experimentar este éxtasis, no habría contienda en el mundo, cree Lailokén.

Uther siente lo mismo que el mago... y le asusta. Una parte de él, o de cualquiera, se habría aferrado a la oferta del rey-alce y habría entregado su alma allí y entonces a la euforia fragante y musical de aquel paraíso. A diferencia de Gorlois, que temió al rey bestial y le asignó toda superstición satánica aprendida de niño, Uther teme su propio egoísmo y aborrece la idea de abandonar a su hermano a una realidad ultramundana que él mismo ha adorado y con la que se ha comprometido.

Cuando Merlinus lo deja allí, en aquella idílica cima, Uther lo persigue con la mirada, ansioso de su consejo. "Confía en el rey-alce", le dice el mago. "Por más que ames a tu hermano, debes vivir como rey. Un triste destino, desde luego, porque significa que nunca vivirás para ti mismo. Pero tú eres la esperanza de nuestro pueblo. Confío en que lo que decidas será lo mejor para todos nosotros."

Merlinus desciende hacia el prado donde pace el unicornio. La criatura lo conoce y no interrumpe su ramoneo hasta que el mago está sobre él. Merlinus piensa en Bleys y cómo habría querido su maestro estar aquí. El animal alza su cabeza afilada, cornada, conscientes sus ojos claros del propósito del hombre, y espera que su jinete lo monte. Al tocarlo —como siempre— una fría carga de electricidad sacude al mago y un capullo se abre en su cerebro con fragancia de cielo.

Librodot

Después, Merlinus se siente embelesado, tan saturado de dicha como las almas que danzan en los bosques faerïe del rey-alce.

Ve a Uther levantar el brazo en saludo romano y, aunque es la primera vez que se separa del rey desde sus días de caballerizo, no está angustiado. Agarrando la crin rizada del animal con una mano y con la otra el bastón, Merlinus se mantiene erguido mientras galopan a través del prado hacia los bosques. La verde, encolumnada oscuridad se difumina en la premura de la bestia y Merlinus no vuelve la vista atrás. La velocidad le escinde la barba sobre los hombros, le azota la ropa, le dobla el gorro cónico, pero no le ofusca los ojos. Muy pronto se hallan en espacio abierto otra vez, a través de la luz malva de las montañas.

El palacio tallado como el fuego resplandece en el horizonte. En su centro, el titánico árbol solitario que vieran al acercarse allí, hunde sus ramas y raíces en el vacío. Colmado de la extática energía del unicornio, Merlinus comprende su poder: éste es el divino Árbol de la Tormenta, el campo electromagnético generado por la convección del núcleo planetario de hierro fundido; y es, también, las raíces del árbol cósmico donde los dioses celtas viven.

Luego, el Árbol de la Tormenta se desvanece y Merlinus se abandona a la meditación de la estructura de la realidad, la configuración de formas surgida a partir del destello inicial de la creación. El unicornio corre por el filo del horizonte, a través de una tierra cinérea de fango volcánico, el primer substrato del mundo; de todo ello ve poco, porque sólo puede pensar en los millones y millones de años de su ira, el tiempo que pasó convencido de que únicamente el vacío que absorbiera a Dios era real y que todas las formas habían de ser despreciadas.

¡Oh, Dios!, lamenta Merlinus su ignorancia de las magnitudes del mundo natural. *¡Oh, Dios!*, grita por sus procaces hermanos demonios que nunca han experimentado la efímera, alucinatoria claridad de los seres humanos. Carentes de alma, nunca los ha poseído la imaginación y, a pesar de todo su raciocinio, a pesar de todo su milenario conocimiento, no pueden concebir un futuro mejor, o que pueda perdurar la diligencia necesaria para el triunfo del bien sobre el mal.

Las meditaciones de Merlinus terminan abruptamente cuando el unicornio vira y se detiene en una peña que domina amanecientes montes, vegas y montañas acampanadas cubiertas de camuesos. Cascadas de mercurio se trenzan entre zarzas retorcidas en los altos y verdes promontorios, sumiendo las escarpadas arboledas en vapores salvajes. Una fragancia agridulce de otoñales manzanas podridas sopla en torno a él con la brisa marina que asciende de la costa rocosa allá abajo.

Desmonta y, en el instante en que cesa el contacto con el unicornio, una negra tristeza lo invade. Enfermo de pronto por el recuerdo doloroso de la crueldad del mundo físico, busca al unicornio. Pero éste se aleja. El mago lo persigue tambaleándose, afligido por la náusea de la pesantez visceral de su vida, y la bestia salta monte abajo mientras lo guía, tropezando y resbalando en las manzanas fundidas por el sol, hacia un llano de orquídeas salvajes.

Los manzanos sarmentosos, erigidos sobre el sirope marrón de sus frutos caídos, forman una circunferencia irregular alrededor del campo de orquídeas. En el centro se eleva el circo de toscos menhires, hiriendo el terreno floral. El dolor de Merlinus disminuye cuando recuerda lo que le espera aquí.

Inertes aún las piernas por su mágica cabalgada, se apoya firmemente en su bastón y avanza titubeando hacia la Danza de los Gigantes. La piedra del centro tiene la apariencia de un yunque enorme hendido por el hacha de un gigante. Los lados gemelos de la piedra férrica brillan como plata negra recorrida por una herrumbre de polen anaranjado y el mago imagina que puede sentir la materia vibrar, bajo su toque, con

Librodot

fuerza magnética.

La piedra estelar no se deja mover por su poder mortal. Son necesarios un bárbaro sortilegio cantado con voz potente y toda la energía telúrica que puede hacer ascender hasta sus miembros para apartarla. Tal como el rey-alce predijera, hay un pozo de agua bajo la piedra sideral. De rodillas, Merlinus trata de ver más allá de su hirsuto reflejo en la líquida negrura y luego se crispa cuando, surgiendo de ninguna parte, una mano lustrosa formada de agua le toca un instante el codo para sumergirse rápida otra vez.

Acuclillado ante el agujero como un simio asustado, Merlinus observa la afilada largura de acero azul atravesar la superficie espejeante y elevarse lentamente hacia el cielo. La hoja biselada, de forma tan perfecta y pulida, refleja los cúmulos sobre las copas enmarañadas de los manzanos con tanta claridad como una ventana. Emerge entonces la empuñadura de oro, brillante como el sol y recorrida por cenefas entrelazadas. Bajo una guardia semejante a un signo persa, largo y levemente curvo, surge el astil espiral, visible a través del puño transparente del hada acuática.

La espada Relámpago es un arma clara y elegante, de forma hipnóticamente simple, sin gemas incrustadas ni inscripciones. Aparte del complejo y minucioso diseño élfico de la empuñadura, no luce ningún adorno en absoluto. Merlinus la observa largo rato admirado antes de que lo acucie el pensamiento de que está allí para tomarla.

Al tocarla, la mano de agua se desvanece y Merlinus se queda allí, solo, de rodillas, con el arma en la mano. La sopesa un instante, disfrutando su real pero leve substancialidad; luego la blande, asustado por su fuerza ágil. La siente como si no fuera más que la extensión de su brazo.

Nota entonces empapadas las rodillas y mira hacia abajo para descubrir que el agujero de agua está creciendo. Se pone en pie y, mientras retrocede, ve que el charco se ensancha irisándose, devorando las orquídeas de la periferia, que caen al agua en terrones masivos. Abandona veloz la Danza de los Gigantes y corre, con la espada en una mano y el bastón en la otra, hacia la línea de camuesos. Luego recuerda las instrucciones del rey-alce y vuelve atrás para recuperar la piedra de las estrellas.

Con el poder que le da su ansiedad ante la pérdida del aerolito, canta vigorosamente hasta izarla y arrastrarla fuera del agua. La deposita más allá de la línea de árboles antes de mirar atrás. Cuando se torna, ve los menhires hundirse verticales en la charca, silenciosos, dejando sólo suaves hondas como el murmurio de un pez en la superficie.

Merlinus piensa que acaso toda la isla se consuma y lo desespera la cuestión de cómo portar piedra, espada y bastón hasta hallar al unicornio. Al intentar consolidar su carga, introduce la espada en la hendidura de la piedra.

El agua se detiene en los árboles. Al tratar de alzar la espada entonces, la halla como incrustada en la piedra. El pánico lo asalta y pretende soltar el arma con sus cantos y la fuerza telúrica que comanda, pero sin resultado.

Se consuela pensando que Rey Alguien Sabe la Verdad le ha asegurado que la espada posee magia. Cuando la lleve a Maridunum, si no encuentra otro medio, suplicará al dios el poder necesario para liberarla. Por el momento, decide aceptar las cosas tal como son y se sienta en la roca para descansar unos pocos minutos antes de enfrentar el problema de cómo transportarla a través del mar hasta el reino de Ygrane.

En ello está cuando una línea de cisnes desciende desde los bosques; él los contempla evolucionar, pálidos y solemnes, soberbios y tristes, sobre el satinado lago negro. Nueve de ellos se destacan y vuelan en formación por la superficie, desfilando ante él, arrancando perfectos reflejos de sí mismos a un submundo que es un penumbroso simulacro del nuestro. Mientras los contempla, se hunde de nuevo en el penoso langor que siempre lo asalta tras el contacto mágico con el unicornio.

Librodot

Recuerda la críptica predicción de Óptima sobre las reinas-cisne paganas y se atiesa de pronto. *¿Qué dijo al respecto?* Mira alrededor evaluando el momento, tratando de comprender si ha sido embrujado. Los filamentos sensibles de su corazón perciben algo comparable a la tensa oscuridad entre los astros, tal profundidad de intocable angustia que piensa que debe de haber cerca un demonio.

Entonces, algo extraordinario empieza a ocurrir. Tras completar una vuelta al lago, los cisnes retornan al punto por el que accedieron a él y, a medida que cada uno de ellos abandona el círculo de las aguas, rielan y se funden, sus formas se alargan y emergen, por fin, transfiguradas en mujeres majestuosas vestidas de blanco y con velos negros. La vista de las dos primeras transformaciones lo asombra. Cuando la tercera ocurre, está ya de pie, hincándose en las palmas las uñas para estar seguro de que no sueña. A la cuarta, exclama: "¿Quiénes sois?"

No le prestan atención y marchan hacia el bosque, silenciosas y etéreas. Mientras el cuarto, quinto y sexto cisne mutan sucesivamente, Merlinus corre hacia ellos por la orilla del lago pidiéndoles que se detengan. Pero sólo los manzanos le devuelven sus gritos.

La acuosa amplitud del lago se espesa mientras él persigue las figuras y puede ver sus bellas transformaciones en una niebla dorada de luz matutina. Su carrera se hace más lenta, como en un sueño viscoso. Tras lo que parecen dilatados minutos, se aproxima a la metamorfosis de los cisnes y puede ver con precisión las plumas conformándose en fibras de blanca carne humanamente misteriosa y pliegues de fruncidos ropajes. El aire alrededor, denso como espuma de mar y dorado por los rayos del sol, lo transporta como a un campo de trigo de mil años de anchura.

Emite los filamentos sutiles de su corazón a través del vacío que colma la distancia entre su corazón y el de ellas y toca por fin al último de los cisnes, cuando éste completa el cambio de ave a dama. Con un chillido como de gaviota, el espacio de su pecho se abre y Merlinus siente el interior de la mujer como un verano en lenta transformación, un estío que muere como mariposa y deriva hacia las brumosas honduras y espectaculares destrucciones del otoño.

"¿Quién eres?", la llama. A través del velo que se derrama desde la banda de plata alrededor de su rubio cabello, puede ver sus rasgos serenos brillar a la luz de la alborada, tan tristes y pálidos como si la luna misma fuera a llorar a través de ella.

"Te hemos esperado largo tiempo", le dice la mujer y su voz canora llega de arriba, de detrás, desde más allá de él, de todas partes y de ninguna. Sigue ella a sus hermanas hacia el bosque, donde la luz del amanecer se filtra, oblicua y tensa, hasta en los más pequeños rincones. Él va tras sus pasos, sin hálito después de la carrera de ensueño pero sin vacilar, arrastrado por la especial soledad que lo atrajo del cielo, las antiguas promesas de magia y misterio, el viaje más allá del filo del cuerpo, la prometedora distancia que es la mujer.

Librodot

EL AMOR Y SU SOL

Por la tierra solitaria y cinérea que rodea el palacio del rey-alce cabalga el escuadrón de fiana y arqueros que ha acompañado a Uther Pendragón en su visita al reino crepuscular de los Daoine Síd. Pequeños como hormigas, avanzan en fila por las dunas indistintas con Bleys a la cabeza. Es él quien los guía fuera del Otromundo. Pero a los ojos de los soldados, sólo un caballo sin jinete los conduce, sensato y seguro, sobre las negras, nervadas arenas.

Al no retornar el rey y su mago a la sala de audiencias, pasadas muchas horas, fue Falon quien tomó la decisión de partir del palacio rutilante. Durante su larga espera, una misteriosa procesión de mujeres descabezadas había empezado a descender flotando la escalera por la que Uther y Myrddin siguieran al rey-alce. Los cadáveres paseantes vestían las antiguas túnicas de cáñamo de las tribus de antaño y los fiana reconocieron en ellos las sombras de las sacerdotisas asesinadas siglos atrás en la sagrada isla de Mona por los primeros invasores romanos. Sus cuellos tronchados silbaban como rabiosas víboras. Sólo el verlas fue portento más que suficiente tanto para los celtas como para los britones y la compañía no dudó en seguir a Falon hasta los caballos y a través de la fosforescente oscuridad que se extendía más allá del palacio tallado como fuego.

Han cabalgado durante días enteros, o así al menos se lo ha parecido, pero las ígneas torres del rey-alce no se muestran más distantes ahora que cuando el viaje empezó. El hambre y la sed cabalgan con ellos. Sólo Bleys se libra de este sufrimiento. Sabe él que no han llegado al mundo, sino que una zona intermedia los retiene, ese intervalo entre los mundos que sus viejos maestros llamaban el bardo: literalmente, 'entre-dos-existencias'. El tiempo es aquí una ilusión, como lo son el hambre y la sed, alucinaciones que brotan de la futilidad de la existencia carnal.

Bleys ha decidido guiar el escuadrón de vuelta al mundo de la vigilia mientras medita qué hacer a continuación para cazar a su presa. Con Ygrane en manos de los demonios, puede que el unicornio esté confuso y sea más fácil de capturar. Aún pondera esta posibilidad cuando el unicornio emerge del aire crepuscular, justo delante de los sombríos peregrinos. Agita entonces su cornada cabeza. Nadie lo ve aparte de Bleys, que comprende al instante que el animal lo invita a seguirlo.

Abandonar a los soldados allí no supone ningún conflicto para el inmortal. Si puede, volverá a buscarlos más tarde; y si no, sus destinos, sobre los que él no acepta ninguna responsabilidad, les pertenecerán a ellos solos... como siempre. Él desea sólo dejar de desear y para eso debe alcanzar la raíz de todo deseo, la fuente del ser, el origen puntual, elemental y absoluto del que proviene la enormidad de la creación: debe hallar su camino al cielo y sólo el unicornio es lo bastante fuerte para portarlo hasta allí.

Al ansiar elevarse al cielo, lejos de las adujas magnéticas de roca fundida y fluyente por el interior de la tierra, el bardo se desvanece y Bleys surge a la noche bordada de estrellas. Reconoce la cinta negra del río que flanquea Maridunum y atisba al brumoso unicornio galopando hacia el norte por la vieja vía romana. Lo persigue cabalgando en la resaca de la estela del animal. La noche se infla hasta transformarse en una negra marea titilante mientras el camino vacila bajo él; el sol entonces, opulento en sus ropajes de brocado, recorre el alto arco del cielo y una vez más la noche trae el resplandor plateado de las constelaciones. La espesura de los bosques arde con la aurora

Librodot

y el vuelo mágico culmina en una fortaleza de roca: primitivas murallas de piedra al borde de un acantilado sobre pesados árboles oscuros.

Azael acecha entre los árboles, atravesado su cuerpo negro y gigante de sierpe por las franjas rojas de la aurora.

Bleys no seguirá al unicornio más lejos. Desde la cima de una colina opuesta, contempla al unicornio marchar ante la ruinosa torre de roca. Ygrane, supone el inmortal, languidece allí. En confirmación a sus pensamientos, la reina aparece junto a una estrecha ventana en lo alto de la fortaleza. Su pelo suelto vuela con el viento alpino como brillante oriflama y el alquimista se pregunta si la mujer es capaz de verlo. Al mirar con más atención, ve que Ygrane observa la altura que separa la ventana del suelo. Casi puede sentirla sopesar la muerte cierta del salto contra los males que en la torre la aguardan.

Un latigazo de la cola de Azael hace huir al unicornio y deja sólo la escabrosa roca desnuda para recibir a Ygrane.

El inmortal se torna y se sumerge en los bosques de los Dematae. Sólo a costa de un gran riesgo podría intentar salvar a la reina y no tiene ni la menor tentación de ensayar ese heroísmo. La verdad del mundo es para él el vacío. Largos años de meditación y dificultades le han enseñado esta verdad: toda existencia no es más que un quimérico sueño, un trance febril abocado a un final calamitoso. No quiere tomar parte en ello, ni como héroe, ni como chivo expiatorio, ni como villano; ningún acto le incumbe aparte de aquéllos, insignificantes, que impone la necesidad de capturar el unicornio.

Tras varios pasos hacia el interior de la espesura, alejándose de la torre inclinada que rusenta la aurora, se detiene y percibe el influjo de una gran fuerza. Sospecha que Azael ha decidido atacar a pesar de que el inmortal se retira, y se prepara para sublimarse y ascender de la superficie del planeta al Árbol del Mundo. Pero al instante siguiente, un dardo deslumbrante de fulgor blanco pasa entre los árboles y se detiene ante él: una columna de fuego blanco en la que se alza, sereno como la piedra, una figura humana de inhumanos ojos grandes y rasgos fetales, envuelta toda ella en una melena talar de cabello sinuoso como flagelos de fuego.

Bleys reconoce en la cegadora aparición a un Señor del Fuego. Evita su mirada para salvar la vista y aun así la faz ardiente flota ante él. Siente el apremio del ángel. Son muy pocos, ellos... demasiado pocos Señores del Fuego para hacer todo lo que aún hay por hacer. A partir de pura luz y craso vacío están erigiendo toda la creación. Quieren construir un futuro de forma y materia lo bastante sutiles y complejas a la vez para manifestar la consciencia última, la consciencia trascendente de Dios. La vida humana no es sino un paso intermedio en el camino que guía a través de los peligros planetarios de la civilización hasta el nuevo pueblo por venir, esos grandes seres del futuro que serán señores de sus propios destinos.

Pero son muy pocos, ellos... demasiado pocos Señores del Fuego para hacer todo lo que aún debe hacerse. Alguien ha de salvar a Ygrane de Azael, pues la mujer no ha culminado su labor todavía en la estrategia de los ángeles. Alguien ha de salvarla... y a los Señores del Fuego no les sobra la fuerza.

Bleys cierra indiferente los ojos. Sabe que él no puede salvar el mundo. Sabe que, en el mejor de los casos, podría salvar a Ygrane y que ésta, llegada la hora, daría a luz un gran guerrero que salvaría a su pueblo. Pero todo esto no son más que paliativos momentáneos. Ningún rey puede conquistar el sufrimiento o la causa del sufrimiento, que es el deseo. Señores del Fuego y Habitantes Oscuros, hombres y dioses, todos son seres compuestos, todos están sujetos a la relatividad de la creación, que es dolor. Entre los seres compuestos, la cuestión del bien y el mal, de la vida y la muerte, elude la

Librodot

cuestión real que atañe a la existencia misma. ¿Quién es él para decir que este inefable futuro que los Señores del Fuego construyen merece su propio sacrificio? ¿Quién es él para condenar la simplicidad de la caza y la recolección que defiende el Furor? Que las aspiraciones de la voluntad y el azar decidan estos destinos. En cualquier caso, el deseo persiste y el sufrimiento prosigue.

El inmortal se aparta del Señor del Fuego. Este ser luminoso no es más que otra tentación que quiere apartarlo de su camino. Sus maestros le advirtieron que, si perseveraba en su ambición de escapar de los crueles ciclos del nacimiento y la muerte, debería enfrentar al final la mayor de todas las seducciones: la tentación de salvar el mundo, de actuar como *bodhisattva* y usar su poder para la redención de todos los seres. Pero él no sucumbirá a semejantes lisonjas.

Este Señor del Fuego es el *bodhisattva*. Bleys percibe con claridad su compasión por todos los seres... y su sufrimiento. Hay muy pocos Señores del Fuego. No pueden salvar a todos y, sin embargo, deben hacerlo. Y se expanden así hasta volverse invisiblemente tenues, para mantener unido en su inmenso abrazo su mundo soberbio de orden, progreso y civilización. Pero ¿con qué fin? En cualquier momento, ese mundo hecho de recosidos pedazos puede escapárseles de sus ígneas manos y todo lo que han construido se colapsará en un caos monstruoso.

Bleys no puede entregarse a causa tan dudosa. De espaldas al Señor del Fuego, se aleja imperturbable. Y el fulgor del ángel extiende ante él su propia sombra, negra como la senda de un planeta.

Ávalon, la Isla de las Manzanas, rasca el cielo con sus rocas como agujas, menhires erigidos en cada peña y promontorio, labrados muchos de ellos con rúnicos encantamientos, como este mismo:

Siete años el pez en el mar.
Siete años el ave en el árbol.
Siete años la campana hace talán.
Siete años de durezas en el tártaro.

Qué magia ocultan éstos no es algo que quiera saber Merlinus. Su propósito es seguir a las reinas-cisne, que se mueven gráciles y portentosas en una línea que lo precede varios pasos. Sea cual sea el empeño que ponga en llegar hasta ellas, las reinas se mantienen justo fuera de su alcance y todos los ruegos para que se detengan y le hablen se pierden, vacíos, en las soleadas profundidades del bosque de manzanos.

Piensa con ansiedad en la espada soberbia que dejara atrás junto al lago, hincada en la piedra estelar; y le inquieta el Rey Uther, a solas con el rey-alce en las honduras del Otromundo; y recuerda a su maestro Bleys y a los soldados, abandonados a sí mismos en el palacio tallado como el fuego; pero sobre todo, le angustia el destino de Ygrane en las garras de la demente Morgeu y sus guerreras-lobo conjuradas.

Sean las que sean sus preocupaciones, no rendirá la persecución de estas nueve extrañas mujeres. Ellas lo han convocado. Y esto basta para alguien como Lailokén, que un día fue llamado por Ella del cielo para que la siguiera a la más fría de las oscuridades. Nada le haría volverse de estas nueve hermosas sombras de Ella.

En lo alto, rápidas nubes blandas corren desde el sur, arremolinadas en soleados jirones al cruzar un cielo azul más oscuro que los montes. Mariposas esmeralda revolotean entre los brotes de la estación, rugosas flores de berza que asoman entre las manzanas caídas del invierno con violetas y anaranjadas fragancias. Ciervos blancos los

Librodot

ven pasar desde los altos helechos y las carcasas desnudas de olmos renegados. A través de las puntas deshojadas de las ramas del bosque, se hace visible un lago turquesa y junto a él una cúpula asimétrica y chata, marrón como pan de centeno.

Las reinas-cisne conducen a Merlinus por sendas de rocas musgosas hasta esta extraña construcción redonda junto al lago centelleante. Próximos a la puerta de madera alabeada, resplandecen arbustos rojos —grosella, escaramujo, agracejo— y el mago se detiene allí mientras las mujeres desaparecen en el interior.

"Myrddin", lo llama desde dentro una voz gentil.

"¿Quiénes sois?", pregunta él aun otra vez.

"Myrddin..."

Lenta y nerviosamente entra para hallarse en un espacio amplio; el suelo es de tierra apisonada y las paredes redondas están decoradas con espirales y líneas onduladas de cálido amarillo, azul y rojo ocre. Iluminadas por los rayos oblicuos de luz azur que filtran pequeñas lucernas en lo alto de la cúpula, las nueve reinas-cisne se sientan en grandes tronos tallados en piedra dispuestos en línea. En su presencia, incluso aquí, dentro de este recinto, el mago se siente como en las pardas veredas del bosque, sumido en el olor de la estación muriente.

Merlinus deja de intentar penetrar en las apariciones pero se acerca a ellas y estudia sus facciones sombrías tras los velos negros. "Decidme quiénes sois", pide.

"Siéntate, Myrddin. Reposa y confórtate. Sabrás lo que buscas saber."

Merlinus obedece y halla cerca una copa de hidromiel y un salmón ahumado envuelto en hierba de río a sus pies. Y come y bebe, y goza de todo ello.

"Somos las Reinas Antiguas", empieza la que se encuentra más a su izquierda. "Yo soy la mayor. Rna, reina de los Cuchillos de Sílex."

Se levanta el velo y descubre una piel blanca como hueso, una carne arrugada que brilla como las escamas de un pez. Un azul-ocaso ha prendido de algún modo en sus sienes y, aunque de rasgos jóvenes, con pelo frondoso del color del pecho del tordo, parece también muy, muy vieja.

"¿Por qué me habéis traído aquí?", pregunta Merlinus.

Solemnemente bella como el halcón, lo evalúa la mujer con el rostro impenetrable de una piedra. "Te lo diré", responde, y resuena húmeda su voz en la altura de la cámara. "Yo viví como mujer mortal y reina de mi clan hace cien mil veranos. Muerta, mi alma fue enviada aquí, a Ávalon, para servir de testigo a las eras de los reyes sacrificados que habrían de seguirme."

Merlinus se inclina con humildad. "Hermosa reina, no comprendo tu misión."

"Sería difícil que lo hicieras, Myrddin, pues tú has llegado hace poco a nuestro mundo, tan sólo unos miles de años, con el florecer de las primeras ciudades."

"Así es", confirma él. "Pero ¿cómo lo sabéis vosotras?"

"¿Qué es lo que no sé después de cien milenios como triste testigo del espectáculo humano?" Sus párpados gris-garza titilan soñolientos. "Conozco tu nombre demónico y la matriz que te hizo humano y las dificultades de tu reina Ygrane..."

"¿Me habéis traído aquí entonces para ayudarme?", inquiere y se le eleva de esperanza la voz.

"No, Myrddin", replica ella con su voz aletargada. "Eres tú quien está aquí para ayudarme. Escucha. Yo soy la más vieja de estas reinas y mi tiempo como testigo ha acabado... ha acabado casi, después de tantos, tantísimos años..."

"¿Quién te hizo esto?", quiere saber Merlinus.

"¿Qué magia es lo bastante poderosa para fijar un alma a un lugar durante un eón?", le devuelve ella la pregunta.

"La de los demonios."

Librodot

Ella sacude su cabeza delicada. "Carecen del motivo o la poesía para concebir este destino."

"Entonces tuvieron que ser..."

"Los Señores del Fuego", responde la reina por él. "Los ángeles nos escogieron a cada una de nosotras y nos trajeron aquí. Todas somos reinas."

"Los ángeles..." Se mordisquea la barba con incredulidad. "¿Por qué?"

"Porque, Myrddin, el alma de cada uno toca las almas de todos los demás. La misión que nos encomendaron los Señores del Fuego es presenciar el drama humano a través de las eras. Loamos todo lo que es digno y condenamos todo lo que degrada o se desvía de nuestro destino humano. Y lo que nosotras nueve sentimos llega a todas las demás almas. De esta forma, lenta y oscuramente a través de los tiempos, ayudamos a cambiar la humanidad. Ayudamos a transformar el alma humana."

"Mi madre me habló de vosotras", dice él. "Me dijo que Dios os había negado el cielo y que erais mis madrinas, pues habíais rezado para que mi alma descendiese a la Tierra... a fin de liberaros. Pero ¿puedo liberaros yo?"

"He estado aquí cientos de siglos, Myrddin." Mira en su interior con trance remoto. "Cada diez mil años, los ángeles seleccionan otra reina para que se me una como testigo del desafío de nuestra raza al amor. Y juntas, gracias a la vista mágica que los ángeles nos han otorgado, hemos vivido en trance, observando a los seres crecer, pelear y morir. Hemos lamentado incontables asesinatos, más plausibles que el amor, y hemos loado a innumerables héroes desconocidos y su traición al mal. Y despacio, a medida que el terreno obstinado de nuestras propias almas duras se ablanda y acepta las semillas de paz, caridad y misericordia, un tiempo de florecer comienza, vacilante aún, en el alma unitaria de todos los hombres y mujeres de la Tierra. El surco de nuestra escarmentada andadura acuna nuevas vidas. Da significado a cientos, miles de generaciones y, poco a poco, un espíritu de reconciliación y camaradería enraíza en el corazón humano. El arado del amor llega más hondo. Brota la comprensión moral... la justicia... la igualdad. Y luego, de pronto... el tiempo de las reinas llega a su fin..."

"Y el hombre se hace con el poder", interviene Merlinus.

La reina antigua baja sus párpados cansados y asiente. Cuando vuelve a mirarlo, sus ojos grises parecen empañados, apagados como los de una muerta. "El tiempo de las reinas se ha cumplido. Ha durado diez mil años. Ahora los reyes empiezan su historia de conquista. Así principia una edad de guerras." Su voz se quiebra y ella permanece callada y quieta tanto rato que el mago puede oír afuera el ardiente murmullo de las abejas en la hierba algodonosa. Recorre la línea de reinas-cisne con su mirar, pero todas están calladas, marmóreas y quietas como la muerte.

"Los ángeles no traerán aquí más reinas", torna a decir la mayor. "Pero pronto un rey vendrá a ocupar mi puesto. Un rey vendrá en respuesta a los diez mil años de reyes antes de él. Y mi alma será libre otra vez de volver al ciclo de las almas vivientes que pasan de forma a forma terrestre. Pronto los ángeles traerán a este lugar el primer testigo varón, la primera prenda del gobierno del hombre, para que se siente en mi trono y contemple las indignidades del hombre a su propia estirpe y, aun peor, crímenes terribles jamás cometidos durante la larga época de las reinas: las indignidades del hombre con la misma Tierra."

Un escalofrío le recorre a Merlinus la espina dorsal. "El primer rey... ¿en sentarse aquí entre vosotras durante cien mil años?", inquiere mientras se acaricia nervioso la barba.

"Dudamos de que el gobierno de los reyes dure siquiera una fracción de ese lapso", predice fatídica la reina. "Los hombres poseen demasiada vehemencia. Pero, sí, aquí se sentará hasta que la paz reine... o hasta que vea a los reyes que lo sucederán des-

Librodot

truir el último resto de humanidad."

"¿Uther?", aventura inquieto Merlinus. "¿Es Uther el que han escogido los ángeles? ¿Es ésa la razón de que me hayáis llamado... para degustar la ironía de un demonio que sirve a los ángeles?"

"No, Myrddin", dice la reina con grave melancolía. "La ironía es una crueldad sutil y, después de cien mil años de crueldades, estoy demasiado cansada de toda forma de odio para desear eso." Le pide que se acerque con un lento giro de la muñeca. "Mi sucesión no estará asegurada hasta que los ángeles encuentren al rey propicio, un alma con la amplitud de corazón necesaria para soportar toda la arrogancia de la guerra así como las mercedes del amor. Tu Uther no es el elegido. Desacredita la santidad de la guerra con su propio resquemor. Los ángeles no han de escogerlo."

¿Quién entonces?, medita Merlinus hasta que la respuesta amanece en él. "Sin duda ha de ser el gran guerrero que el rey-alce prometió a Uther a cambio de su alma. Un rey celta de los tiempos antiguos."

"Así lo creemos nosotras", confirma la reina. "Pero su nacimiento no es seguro; incluso si Uther sacrifica la fe de su alma para que nazca este guerrero, la supervivencia del niño contra los maleficios que los demonios lanzarán contra él será hasta el final una incógnita. Toda hambre en el corazón de este rey por venir y todo accidente en su esfera temporal será una oportunidad aprovechada por los demonios para derrotarnos. La única esperanza de que este rey culmine su destino es que todos los poderes de la luz y de la forma combatan juntos contra las inteligencias del vacío y la oscuridad."

Merlinus mira con bravura los ojos apagados de la reina. "Prometí a mi madre que ayudaría a los ángeles en lo que pudiera."

"La tentación de apartarte de tu destino será poderosa", predice la reina.

El aferra el bastón firmemente. "No. Estoy determinado."

"Aun ahora, Myrddin, tu maestro Bleys cree que capturará el unicornio de Ygrane y que, cuando lo haga, tú cabalgarás con él al cielo."

"Nunca le he dicho que lo acompañaría", protesta él, aunque lo inquieta que estas reinas taciturnas puedan conocer incluso esta inexorable ambición. Lo inquieta la mera mención de estas cosas porque, de hecho, duda de su propia bondad. Durante el tiempo que esté atrapado en el mundo y tras haber experimentado a Dios en el seno de su madre, tiene fe en que no La traicionará. Pero en el centro de sí, abriga la temeraria esperanza de partir con Bleys, aun a pesar de sí mismo y de la promesa a su madre. Años atrás, vilipendió a su maestro por su disposición a abandonar la creación. Pero desde entonces, el mago ha llegado a sentir lo mismo que Bleys: *Este uno mucho hombre pequeño*. La devoción de Merlinus hacia Uther e Ygrane se debe más quizás al orgullo de ser hombre que a la voluntad de permanecer aquí entre las muertes salvajes y el desespero monstruoso de este mundo.

"Serás probado", la pálida reina le advierte otra vez. "Cuando llegue el tiempo, deberás decidir por los ángeles, por el rey aún en germen, o el mismo futuro de nuestra raza peligrará. Tanto depende de ti, Myrddin." Cierra los ojos. "Quizás demasiado."

Su tono ominoso le recuerda la pavorosa admonición de Raglaw: *Si fracasas, no sólo tú te extinguirás, sino todo el futuro que has visto.*

"No fracasaré", promete... y se pregunta si sabe realmente lo que promete.

"Debes ganar a tu maestro para el servicio de los Señores del Fuego", insiste Rna. "Tiene mucho poder. No dejes que huya con él al vacío. Lo necesitamos. Necesitamos al unicornio. Debes ganarlos para nuestra causa."

Merlinus parpadea, deslumbrado por el desafío. "Lo intentaré."

"No olvides que eres un demonio, Lailokén." El hablar ha tintado de rosa el palor de Rna y una expresión alegre, tierna, titila sobre su severo ceño aquilino. "Tienes

Librodot

fuerzas mucho mayores que las de cualquier hombre, tu maestro incluido."

Asombrado por este pensamiento, Merlinus abre la boca pero no dice nada. No puede ni imaginarse obligar a Bleys a algo que el inmortal no quiera hacer.

"Recuerda también, Myrddin", dice la reina-cisne, "que estás haciéndote más joven. Es la única maldición de tu vida como hombre. La puerilidad y todas sus tribulaciones emocionales te aguardan. Y no te librarás de ellas."

"¿Qué es lo que temes? ¿Que me enamore?" Una risa sorda le resbala por las barbas.

"Amor es salvación", repone la reina. "Es la lascivia lo que debes temer. Deberías saberlo, Myrddin. Como demonio te serviste de ella muy a menudo para hacer vanos los esfuerzos de los ángeles."

El desecha su preocupación con un gesto. "Soy demasiado viejo para eso. Tan viejo como los ángeles, ¿recuerdas?"

"Sí, Myrddin, pero no como hombre." Torna la cabeza y lo mira con un ojo gris, como una grulla. "La carne debe guardar sus propias desvalidas promesas, que ni ángeles ni demonios pueden negar."

Habla como si esto fuese ya un recuerdo. Y, como un recuerdo, sus palabras retornarán cuando él menos las espere. Pero en este enigmático momento, en presencia de las nueve reinas, Merlinus no escucha, pues no está todavía preparado para oír lo que Rna le dice. En este momento, sólo al unicornio teme; la criatura es la oportunidad de escapar de la lucha entre los ángeles y los demonios, dejarlo todo atrás, como un mal sueño que ha durado demasiado.

Rna, como si oyera sus pensamientos, se baja el velo negro y se oscurece el rostro.

"Espera...", exclama Merlinus. "¿Qué haré ahora?"

Ella señala un círculo de luz clara en la tierra compacta. "No es necesario decir nada más. Mírate a ti mismo en la luz... la luz de la que todos venimos... y abre tu ojo fuerte. Con él verás lo que debes hacer."

Merlinus obedece y se sienta en el suelo con las piernas cruzadas, atravesado el bastón en su regazo, la espalda vuelta hacia las nueve reinas. La vasta claridad del cielo se vierte en su rostro alzado y cierra los ojos, dejando que los rayos poderosos lleven el estarcido de su sangre a las honduras del cerebro. Luego, hace como su maestro le enseñara y eleva la musculosa energía terrena desde el centro deleitoso bajo su vientre para hacerla pasar por su corazón estremecido y la escurridiza constricción de su garganta. Cuando el poder le inunda la cabeza, él emerge del cuerpo y fluye por el eje de luz que atraviesa la ventana hacia el éter aquilonal del día.

La Tierra se inclina bajo Merlinus y los jirones de las nubes. Ve Ávalon entera, sus riscos escarpados velados de helechos, y sus montes y valles rojizos de manzanos otoñales. Junto a las grietas rocosas, los menhires parecen personas altas y encapuchadas quietas en puras orlas de piedra. Forzando la vista, logra ver también el lago verde y la parda ermita de las nueve reinas disolverse en la distancia mientras él se remonta con las frías corrientes de las nubes.

El mar rutila allá abajo y Ávalon desaparece de la vista. Sabe que, si cobra velocidad, el tiempo se dilatará y el futuro se extenderá ante él. Pero no es eso lo que quiere contemplar. Al menos, no por ahora. Con mayor urgencia, necesita saber qué ha sido de Bleys, de Uther, de Ygrane, y se obliga a mantener calmo el vuelo.

Suavemente, canta: "¡Bleys-abrasax-sabriam! ¡Iaho! ¡Iau! ¡I!" El cielo diurno sobre el océano se torna poco a poco púrpura y, al cabo de un rato, se halla volando sobre los acantilados de Cymru. La neblina del bosque se eleva hacia él, se abre como

Librodot

un velo y revela la pequeña figura de Bleys de pie en una faja de terreno al costado de un arroyo.

Es evidente que el maestro ha oído el canto de Merlinus, pues tira la cabeza hacia atrás y sonríe con frialdad: una expresión pavorosa en su rostro habitualmente plácido y oscuro. El mago no comprende el malhumor en esa faz redonda hasta que está lo bastante cerca como para detenerse y se da cuenta de que no puede hacerlo. Bleys no sólo ha oído el canto de su discípulo sino que lo ha usado para atraer a Merlinus con su propia voluntad mágica.

"Maestro, necesito tu ayuda...", lo llama Merlinus, y eso es todo lo que puede decir antes que el tirón del poder de Bleys lo arranque del cielo y lo arroje con destreza al suelo.

La oscuridad se cierra en torno a Merlinus. El vínculo con Bleys que es su canto se rompe y él se sumerge en ciegas honduras. Herido por el desaire de su maestro, intenta alzarse, contar a Bleys que Rna, la reina-cisne, le ha ordenado conseguir la ayuda del inmortal. Pero la presión con la que Bleys lo mantiene hundido en la tierra es demasiado poderosa para él.

Desde cerca, desde la oscuridad que lo posee, le habla su maestro: "Este uno piensa tú consigue una grande cabeza. Tú gran mago ahora. Tú no quiere montar Ch'i-lin para sale de aquí ahora. Gran destino. Gran cabeza. Gran problema. Mucho gran problema, porque una grande ilusión. Grande cabeza ilusión."

"Maestro, los ángeles nos necesitan", le dice a la oscuridad, aunque siente que el alquimista se ha ido ya.

A su alrededor, el abismo ciego se abre a una luz fría y pálida como un resplandor de luna o estrellas en un ígneo zodiaco. Bleys lo ha arrojado al Otromundo y Merlinus flota sobre las llanuras nácar que rodean el palacio de fuego del rey-alce. El mismo palacio brilla en el filoso horizonte, tajante como un dardo del sol. Deriva hacia allí. Ahora que Bleys se niega a hablarle está decidido a hallar a su rey para asegurarse de que Uther está bien. A medida que se acerca, el terreno se oscurece a sus pies transformándose en un paisaje ceniciento de arenas abrasadas.

Las ruinas de las civilizaciones muertas quedan atrás: las columnas titánicas del templo de Karnak desnudas de sus sagradas pinturas, los muros del jardín de Niniveh bañados de arena y los ziggurats de la poderosa Ur desperdigados como peñascos casuales envueltos en limo fluvial. Reconoce este lugar, donde estuvo con el rey-alce, y busca la sombra de Raglaw que viera vagar por aquí. Pero esta vez halla sólo los siseos de la arena a la deriva por estos agostados dominios de imperios perdidos.

Desciende y hace más lento el vuelo, y se posa por fin ante la caverna escarchada del *magus*. Flores sulfurosas eclosionan amarillas entre la grava arrasada. Dentro, un suave trueno respira.

La sorpresa de Merlinus ante la destreza mágica de su maestro, que lo ha traído precisamente hasta aquí, se agudiza cuando comprende que Bleys lo está ayudando. Al enviarlo a este lugar, el maestro le muestra qué puede hacer para salvar a Ygrane.

El mago llama audaz: "¡Wray Vitki, déjate ver!"

Un ruido crepitante brota de la cueva, un sonido como voltaje o aceite hirviendo. Es el roce de las escamas de dragón. Dos luces de un amarillo verdoso se prenden en la oscuridad y la glauca mirada del *magus* se aproxima con humosos, atronadores remolinos de aliento frío. Se detiene en el umbral de las tinieblas. Merlinus, quieto bajo la luz estelar azucarada, ve sólo la sombra de un behemoth. Iluminado por las lámparas de sus ojos, un rictus saurio de híbridos rasgos semihumanos pende sobre él, inmenso y hórrido como una máscara ritual.

"Wray Vitki, soy Merlinus, el mago de la familia Aurelianus. He venido a

Librodot

conferirte fuerza."

Los ojos del *magus* destellan y se apagan. Es débil y añoso. Su vida es sólo un rescoldo. Incluso el rapto del trance tiene ahora la amargura del cansancio. Todo lo que en él se ha hecho semejante al Dragón quiere morir y retornar a su origen. Pero lo que le queda de humanidad atiende a Merlinus.

Wray Vitki, callado como un áspid, no puede hablar, pero Merlinus percibe con el flujo de su corazón la verdad interior del ancestro. Desde que su vínculo telepático con Ambrosius se rompió, Wray Vitki ha permanecido en esta caverna adujado en torno a su fatiga. A través de los siglos se ha vuelto más dragón que humano, pero no abriga arrepentimiento. Ha vivido por su magia y está dispuesto a morir por ella. Ha conocido el arrobo del trance y la gloria de vivir en el mundo superior ayudando a sus descendientes a construir un imperio. Ahora el imperio ha caído y él es viejo, y poco más que un saurio.

"Voy a conferirte fuerza", le promete Merlinus, "porque sé que usarás el poder para servir a Uther Pendragón, un rey de tu semilla, padre del gran rey por venir."

Aún está el hechicero devanando las bárbaras palabras que infundirán al *magus* renovada vitalidad, cuando su propia luz corporal empieza a desfallecer y él parte flotando apagadamente. Su cuerpo físico en la lejana Ávalon lo llama y su espectro navega de vuelta a través del campo de ruinas. Por un instante, atisba a los fiana y a la caballería que acompañó a Uther. Los lentos jinetes en el élfico tiempo de ensueño se funden en rizadas ondas de calor mientras Merlinus se aleja de allí.

El Furor yace en los muelles prados de la campiña de Cantii. Escucha durante largo rato el palpitar del Dragón antes de que los ritmos líquidos lo empujen al trance.

Es este tipo de comportamiento el que lo ha alejado de muchos de los dioses, incluida su buena esposa y su hermano perverso. Ellos se estremecen de repugnancia ante la sola idea de que sus cuerpos entren en contacto con la piel viscosa del Dragón. Los colma de un asco irresistible pensar en todos los parásitos que se alimentan de las cálidas exudaciones de la carne del Dragón. No les importa lo que él les dice del Apocalipsis y nunca se rebajarán á abrazar la fétida bestia.

Mucho tiempo atrás, durante su exilio en la Tierra, el Furor aprendió a amar los seres orgánicos que la mayoría de los dioses llama parásitos. No le molestan los aduares de tribus que se extienden por los valles y cuencas fluviales cubiertas por su cuerpo. En realidad, quiere que se alimenten de él mismo, que se fortalezcan con sus poderes divinos. Cuando llegue el momento, se servirá de ellas para conquistar estas islas.

Por el momento, se contenta con sumergirse en trance y penetrar en los sueños y frenesís de sus guerreros y jefes berserkers. Les habla a través de las runas de los sacerdotes-cuervo y danza con los Angeles de la Muerte, el culto bélico que se adorna con las pieles de los enemigos desollados. Hace sentir su presencia entre las gentes de su pueblo.

A cambio, a través de la nimia magia de sus hombres, aprende las cosas nimias que no puede ver a causa de la inmensidad de su condición divina. Oye historias acerca de la reina de los celtas que monta el unicornio y recuerda a Ygrane, la bruja adolescente y audaz, que se atrevió una vez a confrontarlo en el Gran Árbol.

Si no hubiera sido entonces Noche Ancestro y no hubiese tenido la cabeza a punto de estallarle por el esfuerzo brutal de ligar demonios, habría percibido al instante que aquélla estaba obrando una magia poderosa en contra del dios. Los celtas lo engañaron. Fue él quien dio a Ygrane el unicornio, que ahora usa contra el Furor. Las pócimas mágicas que hace a partir de la energía extramundana de la criatura derrotan todos los

Librodot

sortilegios de sus hechiceros y la suerte de sus guerreros.

Pero le complace enterarse de que el demonio Azael se ha servido de la pérfida hija de la reina para capturarla. Al haber intercambiado presentes con Ygrane, el Furor no puede matarla ni ordenar su muerte sin violar los vínculos sagrados de su linaje tribal. Azael, sin embargo, no está ligado por semejantes finuras.

Cómodo yace el Furor sobre la tierra verde y tornante. Su magia, lenta al principio, acabará por imponerse. Esto no se le esconde. Los dioses que confían en él, que le dieron su fuerza vital y duermen ahora en la Rama del Cuervo, despertarán para verse convertidos en amos de estas islas y de todo el Norte Perdurable. Ni la señora del unicornio, ni ese híbrido de hombre y demonio, el mago Lailokén, ni siquiera los Señores del Fuego pueden detenerlo, porque lucha para salvar la Tierra misma de la abominación.

Lejos, en las fronteras peregrinas de su trance, allí donde los absurdos del sueño rozan la pesadilla, el Furor conserva sus recuerdos del futuro. El holocausto termonuclear y el calentamiento del globo contaminan su trance con imágenes de un mundo en cenizas: ciudades derretidas, reducidas a muñones rocosos, bosques convertidos en barro costroso, tierra baldía por todas partes y océanos que bullen sin vida bajo olas miasmáticas de calor, donde una vez hubo gentes y dioses.

El vuelo astral del mago sigue un arco desde la estéril expansión de las raíces del Gran Árbol hasta los fulgurantes pináculos del palacio del rey-alce. Sus muros titilan y borbollan, temblando en el turbulento equilibrio entre la forma y lo amorfo y gimiente. Al contemplarlo respirar en su reducto de torres, barbacanas, arcos y bastiones, Merlinus medita la verdad en la que su maestro ha insistido siempre: que todas las formas son ilusión y sólo lo informe es real. Ése es también el credo del demonio. Pero mientras los demonios rabian violentos contra los simulacros de los mundos creados, la opción de Bleys no es ni combatir la forma, ni hacer ningún esfuerzo por destruirla, sino sencillamente apartarse de ella. Y Merlinus puede comprenderlo. Puede volverle la espalda a todo este universo ardiente con sus ráfagas de fuego estelar, sus planetas ahítos de férvida vida, sus vidas inflamadas de carnal voracidad y sus chispas de ambiciones intelectuales... meras ondas todo ello del fuego en el vacío, que llamean un instante con todo su ardor, pero destinadas a disolverse al fin en el frío y la oscuridad. *¿Por qué no abandonar?*, se pregunta.

El Árbol de la Tormenta eleva sus raíces como anchas alas argénteas en el negro horizonte y parece contener la totalidad del espacio como un cristal en su seno. Sus facetas son rojas allí donde el palacio compacta su fuego en el tejido fulgurante de parapetos, torretas, chapiteles. Otras ramas se hunden en la oscura vacuidad. Las raíces, como los millones de dendritas cerebrales, encierran un vacío luminoso, una vacua dimensión de sombras brillantes proyectadas sobre la tierra baldía por el palacio.

Sigue siendo esto el dilema del mago: su ansiedad sobrenatural se eleva sobre la tierra para aferrarse a las ramas altas del Árbol de la Tormenta mientras su amor por Óptima ha madurado en la devoción hacia su rey y su reina. Lo quiere todo, el calor de la vida bajo el cielo frío y el resplandor del cielo más allá del abismo. El mítico árbol arraigado en el espacio, hincado en las alturas y honduras, es la imagen de su alma. Y por su naturaleza contradictoria, sabe que él ha alcanzado su humana condición.

"El alma es inmortal", le dice a Uther Pendragón Alguien Sabe la Verdad, "porque es un patrón de energía impreso en la misma estructura de la creación."

Librodot

Uther se pregunta si el rey-alce dice esto para consolarlo, pues no puede dejar de preocuparse por Ygrane. Mientras avanzan entre peñascos gigantes, escucha sólo a medias al dios voluble, que trata con elocuencia de los misterios. Cuando llegan a la caverna del *magus*, el rey busca la sombra de Ambrosius con la mirada, pero están solos.

Un áspero siseo silícico resuena en la gruta y Uther oye al rey-alce hablar con premura: "Ya viene. Ahora graba en tu memoria todo lo que he dicho, joven rey. Este *magus* no puede comunicar más que con los espectros, pero sabe lo que piensas, lo que sientes. Tanto mejor responderá cuanto más profundas sean tus emociones. Y a pesar de toda su lealtad por tu familia, es ya más bestia que hombre y puede ser violento. Debes mostrarle dominio y decisión inflexibles. Es extraño verlo tan enérgico. Imagino que perder al espectro de tu hermano lo ha nutrido de rabiosa energía. Ten cuidado, Uther."

Uther parece no prestar atención al dios y tiene fijos los ojos en la oscuridad del cubil. Como una enorme linterna, un rostro largo emerge de las sombras. Al verlo, Uther se asusta y retrocede, pero el rey-alce lo contiene firmemente con sus grandes manos peludas.

Un viento gélido sopla desde la guarida y levanta copos de ceniza en humosos remolinos a la boca de la cueva. Acompañado por un seco hedor de decadencia, el *magus* avanza arrastrándose con un silbido de invierno y un preceder de nieblas. El cráneo lustroso, azul-hueso de la criatura emerge, llenando toda la entrada de la gruta con sus cuernos curvos, sus orejas membranosas y su ancho visaje inhumano de vello ralo y feroces colmillos. Ojos dorados, del mismo color que los de Uther pero más brillantes, miran alertas desde la profundidad regia de sus cuencas bajo una frente maciza. Sus escamas azul-plata cintilan bajo el crepitante voltaje que eriza el cabello de Uther y el rey-alce.

Ondas de amodorrados y tórridos olores telúricos abruman el aire cuando la bestia muestra su lengua sibilante y púrpura. El zurriago carnal, negro como piel de serpiente, se tensa alrededor de Uther oprimiéndole los brazos contra sus costados e hinchándole el pecho, cuando la punta viscosa lame su rostro pavorido. Luego lo suelta con un fustigante destello y deja detrás una fragancia a césped hollado y niebla de tule.

La cabeza de dragón huele minuciosamente a Uther, desde su revuelto cabello sable, por toda la armadura de cuero negro, hasta sus botas polvorientas y gastadas. Con un hondo rugido en su garganta como de trueno lejano, la hórrida faz de Wray Vitki se eleva con lentitud; humo le escapa de la costrosa nariz y de las comisuras tremendas de su boca.

"Uther-r-r-r", ruge el hombre hecho bestia, grave como un río bajo el hielo.

Uther cabecea, intentando hallar la voz.

La mole del rostro terrible deja de alzarse y pende sobre él como una monumental gárgola.

"Dominio inflexible", insiste el rey-alce. "Decisión. Parte ahora. Piensa en tu mujer."

"¡Draco Vitki!", exclama Uther con voz grande, colmada de toda la ansiedad que brota en él al pensar en su amor. "Llévanos a Ygrane."

"¡M-m-monta!", responde Wray Vitki con voz apenas comprensible. "¡Ygr-r-rane!"

Con un fragor brutal, estalla de pronto la cúpula masiva de la caverna. El caparazón montañoso salta con crepitantes relámpagos para liberar vastas auroras boreales e irisadas llamas eléctricas. Oprimiéndose los oídos con las manos, Uther monta; tras él, el rey-alce con su cabeza crinada echada atrás en una sorda carcajada. Suben a las manos masivas de Wray Vitki mientras el suelo mismo se levanta, lanzando

Librodot

gravilla y ceniza a través de los espacios vacíos entre las garras gigantes del fenómeno. Las alas delirantes del *magus* empiezan a moverse sacudiéndose la ceniza que arropa sus sueños y la enorme criatura se eleva con sonido de avalancha hacia la noche honda del Otromundo.

Morgeu no cree estar poseída. Azael la ha convencido de que es dueña de sí misma. Incluso cuando tuvo lugar su eclipse definitivo, tras la muerte cruel de su padre, los largos días que permaneció sumida en trance, sentada sobre sus propias heces, obviamente embrujada, la muchacha creía que era su propia magia la que le permitía subsistir sin comida y sin agua. De hecho, se consideraba la luminaria espiritual de un grupo de mujeres oprimidas que vivían en las aldeas perdidas de los bosques septentrionales. Pensaba que su sola voluntad había convocado estas discípulas a su fétida caverna.

Durante todo este tiempo, el demonio ha urdido, paciente, los pensamientos y humores necesarios para convencer a la joven de que su poder emerge de su negra tristeza. Las mudas, las dementes, las idiotas, las parias maltratadas y las viudas locas de furia que llegaron medio muertas de hambre a su guarida desde los bosques fueron atraídas por su llamada telepática para ser curadas por venganza.

Corriendo la campiña con su tropa salvaje de arpías, Morgeu acabó por aceptar que nada sino el mal sobrevive. El bien es un intruso en la realidad que no puede durar. Sólo el mal persiste. Y así, para combatir el mal, ella misma ha de encarnarlo.

Dotada de clarividencia por Azael, Morgeu condujo a su banda de perdidas a los asentamientos en montes y ríos donde fueran maltratadas, y halló a los hombres crueles que violaran y esclavizaran a sus secuaces. Su magia los llamó uno por uno a lugares desolados donde las mujeres frenéticas se cobraron su retribución en sangre. De la piel de estos cadáveres hicieron cuero, que cosieron y mascaron para artistar las máscaras lobunas de las brujas lunares sagradas para Morrígan.

Hacia el final del verano, Morgeu se había convencido a sí misma y a sus tropas de que eran las Y Mamau, las guerreras devotas de la diosa negra de la muerte y las pasiones inmemoriales de sangre y destrucción, Morrígan. De la deesa provino la magia y la inspiración necesarias para armarse, robar caballos y raptar a la reina de los celtas. Y ahora Ygrane está presa en una cámara en la cima de la torre, barricada por su propia magia. Pero no hay magia que pueda prevalecer contra Morrígan y pronto Ygrane será ritualmente sacrificada.

Como prolegómeno a este evento solemne, la magia de Morgeu ha localizado una enorme estatua de Morrígan enterrada en un cenagal. Ha sido recuperada por las Y Mamau e instalada con generosa pompa en la cripta de este baluarte, erigido en un risco y abandonado mucho tiempo atrás por los romanos.

La figura danzante, desnuda bajo su collar de cráneos humanos, se cierne terrible sobre Morgeu. Allí arrellanada, con la espalda contra la pétrea pierna oscura de la diosa, la joven contempla alucinada las sombras parpadeantes de la cúpula, embrujada por Azael.

Invisible, el demonio pende sobre ella y cose ajetreado el bordado eléctrico de sus febriles ambiciones. Teje con minuciosidad el microvoltaje de su cerebro mientras ella cree que ve los inmensos ojos infértiles de la diosa observarla desde las tenebrosas alturas de la cripta.

El rostro blanco e hinchado de Morgeu parece gaseoso, una mancha de asombro misterioso mientras escucha a Morrígan hablarle con la voz de un perro. Los rapaces ladridos y rumorosos gruñidos emanan de toda la cripta. La madre de las pesadillas no

Librodot

quiere que Ygrane muera de inmediato. Hay que concebir un ritual para hurtarle la magia, de modo que Morgeu pueda ocupar su lugar como reina de los celtas.

Esto complace a la hechicera, que sonríe, y en su rostro henchido se dibuja un júbilo sesgado y protervo como el de los ojos de un cerdo.

Azael teje con furioso apremio, dejando que bravas esperanzas destellen en el ávido cerebro de Morgeu. Si logra su objetivo, podrá servirse de la joven para penetrar en Ygrane y, una vez dentro de Ygrane, oculto por su magia imponente, podrá acercarse lo bastante a Lailokén para arrancarle la cabeza.

Como un baño tinto de sombras satura el demonio todo el baluarte mientras prosigue, acuclillado y encorvado junto a su víctima, su labor costurera. Nadie lo ve, pero todas se sienten contenidas en el aura de su poder como motas de polvo a la deriva. Ya sea en la cocina, quebrando huesos para un ágape de médula cruda, o en las almenas, observando la distancia como zombis a través de la parda luz que inunda el cielo, las Y Mamau perciben su presencia ardiente... y para ellas, el ente es la misma sombra de Morrígan.

A través de desgarrones en las nubes, tenues estrellas cascabelean y bajo en el este arde Venus, atrapado en su infierno. Merlinus, desencarnado y flotando libremente, fija su atención en el lucero del alba para combatir el sueño que lo devolvería a su cuerpo. No quiere despertar todavía en Ávalon, no hasta que halle a la reina.

Canta su nombre con soñoliento murmurio, mientras el espectro del mago sigue la línea de un largo río, una arteria negra, hasta las montañas bajo el mar de las nubes. Los pétreos picos estériles, de cientos de pies de altura, arden con el fuego de la alborada.

A medida que el sol se eleva, Merlinus deriva sobre el dédalo de montañas, grande como un mundo, hacia una tosca fortaleza de roca, un baluarte de bastos bloques de granito. El pilón roqueño brilla anaranjado, en su plataforma alpina, sumido en el halo de la Tierra.

La forma plasmática del espectro se filtra por una aspillera. Ygrane está allí, acurrucada en un rincón, las rodillas contra el pecho. Ha perdido su tiara, tiene las mejillas sucias de polvo y lágrimas, y sus tristes ojos de lince parecen remotos.

"Señora..." Merlinus trata de anunciarle su presencia, pero la mirada vacua de la mujer le indica que no puede verlo ni oírlo.

La toca con los filamentos sensibles de su corazón y percibe en ella un rugido sordo como el suspiro de un tigre. Sus nudillos resplandecen de blancura en los puños cerrados sobre las rodillas. Prietos los dientes, la respiración forzada a través del roce de sus labios, Ygrane enfoca su atención en la boca del estómago, concentrando toda su fuerza en una sola imagen fulgente: el unicornio.

"No puede venir", le dice Merlinus, indiferente al hecho de que ella no pueda percibirlo. "Azael cebaría con él al Dragón. Me espera en Ávalon. Ahorra tu fuerza, mi señora. Uther está ya de camino con el *magus*."

La pesada puerta se abre de golpe y Merlinus salta a través del techo. Cuando vuelve a asomar la cabeza a través del granito, ve cuatro brujas encapuchadas cuyas encolmilladas máscaras de lobo se dirigen hacia Ygrane.

Los filamentos sutiles de Merlinus tocan aún a la reina y trepida al sentir la energía de su estómago, que simultáneamente se endurece y arde como un lingote de hierro al blanco. Dispara este poder desde su centro con un grito y las Y Mamau saltan despedidas hacia atrás para estrellarse chillando contra la pared.

Un filamento de fuego espectral resplandece en las sombras y aparece Morgeu. "Madre... ¿cuánto tiempo podrás resistir? Antes o después te cansarás. Y cuando seas

Librodot

incapaz de defenderte y tus trucos y encantamientos no puedan ayudarte más, las Y Mamau te arrancarán el corazón y se lo ofrecerán palpitante a Morrígan. ¿No crees que es lo justo y apropiado?"

Ygrane entrecierra los ojos y comienza su jadeo otra vez, enfocando el poder en su centro, llamando al unicornio y preparándose para otro ataque.

"¿Crees que me faltan arrestos para asesinar a mi propia madre?", se burla la aparición y añade luego con una repentina y extraña modulación de su voz: "¿Sabes, madre?, no es muerte sino merced lo que te ofrezco. También tú eres una sacerdotisa de Morrígan. Si mato tu cuerpo, liberaré tu alma. ¿No es eso algo que merece gratitud?"

"¡Vete, engendro!", grita Ygrane.

Morgeu se acerca a ella rielando. "No me iré... no hasta que me cedas tu magia. Te lo juro: la usaré sólo en aquello que haga más fuerte a nuestro pueblo, los viejos caminos, aquello que sirva a Morrígan."

Ygrane sacude la cabeza. "No. Basta de sacrificios sangrientos. El dominio de Morrígan sobre nuestro pueblo ha terminado... hace mucho tiempo. Tú eres una vuelta atrás, Morgeu. Los Síd me dieron el gobierno para que ayudase a desplazar a la diablesa."

"Mujer absurda". La voz de Morgeu crepita cuando penetra en el rayo rojizo que se cuela por la aspillera y la mitad de su cuerpo se disuelve en la luz de la aurora. "No te das cuenta de lo débil que se ha vuelto nuestro pueblo desde que abandonamos a la madre sangrienta, la verdadera madre, la madre que nos pare en la sangre, que nos sangra cada mes, que devora nuestra carne. Nos hemos convertido en un pueblo insignificante mientras los bárbaros, que aún adoran a dioses sanguinarios, se hacen más y más fuertes."

Los ojos de Ygrane la castigan. "¿Es así como honras a tu padre, el padre que decías amar? ¿Qué pensaría él ahora de ti, una devota del demonio?"

Reducida a furiosas chispas oculares y a una voz descarnada en el sesgo de la luz diurna, replica lentamente Morgeu: "Mi padre sufrió una muerte terrible, traicionado por tu mago, el demonio Lailokén. Una muerte violenta fue la suya para que pudieras casarte con ese lindo jovencito que osa llamarse a sí mismo Uther."

Los ojos de Ygrane la contemplan, grandes e incrédulos. "¿Es eso lo que crees?"

"¿Creer?" El cabello rojo, deshilachado de Morgeu y su rostro lunar se materializan en cuanto emergen del rayo de sol. "Madre... yo sé que enviaste a Lailokén a buscarte un amante. Yo sé que se sirvió de su magia para convertir un caballerizo en rey. Y yo sé que usó la misma magia para asesinar a padre. Yo misma lo vi. Estaba allí mismo en las murallas con él cuando dirigió su poder contra padre. Fue su poder demónico lo que arrojó a Gorlois en manos del enemigo, que lo hizo pedazos ante mis ojos. ¡Mi padre, un guerrero veterano, muerto! Mientras que tu amante, un aspirante a cura, un patán, un caballerizo, sale de la batalla con un pequeño arañazo en el hombro. ¿Estoy loca? ¿He de dudar de mis propios ojos?"

"Estás equivocada, Morgeu." Ygrane se abraza las rodillas con más fuerza. "A tu padre le aterrorizaría verte ahora."

La faz redonda de Morgeu se frunce de angustia. "Padre no puede verme ahora. Yace en una tumba de Londinium, hachado en doce pedazos."

"Renuncia a esta mentira, Morgeu", le pide Ygrane. "Tu padre puede estar muerto, pero yo no hice nada para que fuera así. Ni lo hizo Myrddin tampoco. Eso lo sé, niña. He penetrado en el mago con la luz de la visión. Lo he vigilado año tras año durante sus viajes y he visto todo el bien que ha realizado, fuera cual fuera el daño que se le causase. Él no es el asesino de tu padre."

"Mientes para salvar tu vida mezquina", replica agriamente Morgeu. "No puedes

Librodot

cambiar lo que he visto con mis propios ojos."

Ygrane penetra con una mano el resplandor espectral del cuerpo de su hija. "Niña, estás endemoniada. Yo no te mentiría... no mentiría a mi propia hija. Escúchame. Soy tu madre."

Morgeu centellea y retrocede hacia el fulgor disolvente del sol. "Tú eres mi madre animal, Ygrane", suena su voz como emergiendo del brillo del aire. "Tú eres la bestia que me lastró con esta vida. Yo te rechazo del mismo modo que la comadrona corta el cordón umbilical y la placenta sofocante. Yo te quebrantaré por ser la criatura feral que eres, loca de lascivia, mentira y odio."

Ygrane pega su rostro a las rodillas y no puede decir nada más contra semejante vehemencia.

"Tu pueblo sufre", continúa áspera Morgeu, "mientras tú trabas alianzas con nuestros enemigos. ¡Pérfida! Cuando tu magia desfallezca, tomaré tu poder y se lo entregaré a Morrígan. Tú serás nuestro primer sacrificio sangriento, escucha mis palabras... y la magia que tome de ti servirá sólo para engrandecer la vida de Morrígan en los nuevos tiempos que ahora comienzan. Juntas, devolveremos a nuestro pueblo la gloria que merece."

Ygrane alza la vista con ojos preñados de lágrimas, pero Morgeu ha partido y sólo quedan las Y Mamau. Éstas no pierden un instante en precipitarse hacia la reina, fúlgidos a los rayos del sol sus dientes como agujas y sus máscaras lustrosas de cuero humano. Con un grito, Ygrane libera otra oleada de doloroso poder, que las lanza contra la pared lejana rabiando a través de sus carantamaulas.

De pronto, la luz de la cámara se funde en una tiznadura pastel. En la piel cacarañada de los paramentos de roca aparecen menudos rostros malignos, que surgen de la oscuridad, y un hedor rancio destila del compacto silencio. Merlinus se acurruca junto a Ygrane, sabiendo lo que está a punto de ocurrir. Puede oír el corazón de la mujer batiendo de alerta ante la inundación tenebrosa.

¿Podrá verme?, teme el mago cuando el negror satura la estancia y Azael entra. Sin su bastón para desvelar lo invisible, Merlinus percibe poco. El demonio está casi por completo más allá de la vista del mago y éste, en apariencia, permanece oculto para Azael, que pasa junto a él y se enfrenta directamente a la reina.

Destellos gemelos de malicia arden en el aire brumoso; las Y Mamau se tensan alarmadas y se escabullen del lugar. Pero Ygrane, fuerte su magia, no se amedrenta. Aunque la fuerza frígida del demonio hace presa en ella intentando arrancarle su poder, la mujer resiste.

Merlinus sabe lo insoportable que es algo así: de este modo quebró él más de una mente mortal. Si quisiera, Azael podría taladrarle el cráneo o estrangularla desde dentro. Pero es evidente que pretende de ella algo más exquisito que su vida. Quiere arrebatarle el alma, su misma alma, pues ésta es el auténtico poder de la reina, la magia que puede llamar al unicornio y gobernar a los elfos. Con ella bajo su control, qué perfecto estrago podría causar Azael.

Ygrane lo enfrenta, brillante la frente de frío sudor. Cuando la fuerza ponzoñosa del demonio la satura, se estremece con mórbidos escalofríos y pone toda su mente, todo su ser, en vivificar la imagen del unicornio. Fija su concentración en los undosos músculos del animal bajo su piel de luna y Azael la observa vibrar de dolor hasta en la médula de los huesos.

Lágrimas rocían las pestañas de sus ojos prietos, pero ella se fuerza a visualizar los cascos hendidos del unicornio, azules como la concha del mejillón. El demonio le chamusca los pulmones con su hedor, tratando de romper su contemplación. Ella traza las líneas ágiles de la criatura solar, empezando por el bucle de una cerneja, siguiendo

Librodot

por el suave contorno de la pata, la ancha cruz y el cuello esbelto, hasta los hundidos carrillos y los mundos de sus lúcidos ojos verdes.

Merlinus presencia desvalido el silente duelo. Ve crecer la frustración de Azael hasta que, de repente, atenaza la garganta de su víctima. Ygrane jadea y se retuerce violentamente hacia atrás, levantando su rostro azul con sed de aire.

De forma refleja, Merlinus vuela contra los ojos maléficos que flotan en el espacio, pero pasa a través de ellos, insubstancial como el pensamiento. Cuando gira sobre sí mismo, el demonio ha dejado de estrangularla e Ygrane está desmoronada en el suelo como un suplicante, abiertos los ojos a los paisajes infinitos que forman las sombras en la granulación de la piedra. Cierra luego los párpados y yace boqueando. En algún lugar de su mente, el unicornio dobla sus patas finas y se acuesta en el campo de flores que ella ha creado con el silencio de sus plegarias.

La luz inmunda que llena la cámara parte y una sombra de sierpe la sigue. Merlinus comprende que Azael debe abandonarla, si quiere que siga con vida. Tan determinada está ella a resistir. Pero puede sentir en el momento decisivo de la retirada de su viejo aliado que Azael no se halla del todo descontento. Este tortuoso proceso le agrada. Ygrane es más débil que la última vez que la atormentó y él, o su valida Morgeu, volverán antes o después. El alma de Ygrane se ha convertido en su perverso deporte, su juguete, y están decididos a no romperla todavía.

Al partir el demonio, la cámara se ilumina, el aire es más fresco y Merlinus se posa sobre la mujer con el peso de la luz del sol. Observa en su interior cómo desfallece el miedo a medida que recupera el hálito. Olas de furia la bañan lavándola del pavor y, para restablecer la calma, estudia con el ojo de su mente la espiral de luz que es el cuerno del unicornio.

A su furia le sigue la tristeza y oprime su mejilla contra el suelo de piedra. Merlinus oye su deseo de acabar la vida, su deseo de que los druidas no hubieran podido atraparla cuando fueron a buscarla por primera vez. Desearía haber huido de Raglaw cuando vio por primera vez a la anciana de pie bajo el alero de paja de su morada. Se arrepiente de haber dejado su cabaña de infancia entre las altas forestas que inundaban el cantar de los pájaros, los bosques brumosos en que la pálida gente bailaba con ella y los valles oscuros de nieblas permanentes y faerïe burlones. Todo lo dejó atrás en busca de algo mucho más grande de lo que nunca llegó a encontrar, mayor que Gorlois y Morgeu y este lugar maligno.

Lágrimas se escurren entre sus ojos cerrados y mojan el suelo de granito con diminutas, foscas estrellas. Su vida le parece un error doloroso. El peso de su miseria e incertidumbre la arrastra al sueño.

El margen de un rayo de sol le toca la mejilla y su calidez es en su mente la caricia de la mano de su madre. Pero, cuando despierta de su duermevela, no es el roce de su madre lo que imagina haber sentido, ni tampoco es el rostro de su madre lo que ve ante sí. En su lugar, una mujer semita de piel olivácea y pelo negro recogido bajo un velo azul la contempla. Los grandes ojos bizantinos de la extraña la examinan con benevolencia y una sonrisa tierna agracia su faz serena.

"No llores, reina gentil", le dice la mujer morena en el melodioso bntónico anticuado de la infancia de Ygrane. "Nada sabemos de nuestras propias almas. Debemos confiar en Dios."

"¿Quién... eres?", pregunta Ygrane.

"Tú no me conoces. Soy la amiga de tu esposo."

"¿Conoces a Uther?"

"Desde que era un niño." Una calina mansa, como la bruma primaveral entre los árboles, nebuliza el espacio en torno a ella. "He tratado de darle el amor que su madre

Librodot

doliente no pudo darle."

El pecho de Ygrane palpita. Ebrio se siente su corazón de una euforia peculiar. La calina que envuelve a la extraña porta un resplandor insólito, una suave brisa de átomos brillantes, como si un fúlgido diamante se hubiese disuelto en la atmósfera. Una sonrisa alivia el rostro triste de la reina.

"Así está mejor", dice la extraña y empieza a desvanecerse en su propia luz esplendorosa. "Tienes un amor tan poderoso por la creación de Dios que no necesitas temer nada... ni en ésta ni en la otra vida."

"Espera..."Ygrane extiende la mano hacia el rutilante vacío. "¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?"

A través de las honduras color astro del sueño, retorna una voz apenas audible. Merlinus se esfuerza en captar las sílabas vanecientes y cree que puede discernir el nombre 'Miriam' antes de que la deliciosa mujer desaparezca por completo en la boira del sueño de Ygrane.

Bajo enredadas cadenas de estrellas, Falon guía su maltrecho escuadrón por la estéril copela ennegrecida del inframundo. El corcel sin jinete que antes los condujera los sigue ahora rezagado, tan confundido como ellos con respecto al camino. Falon dirige arbitrariamente su animal hacia un coágulo de astros en el horizonte, tan fúlgido y contorsionado como la cola tronchada de un relámpago.

Abrasados de sed y famélicos, los soldados cabalgan desvaídos sobre sus monturas, bajas las cabezas para no seguir atormentándose con el panorama inexorable de la tierra baldía. El palacio tallado como el fuego aparece ahora a su derecha, una bruma ígnea que ha ocupado sucesivamente todos los puntos del compás a lo largo de su circular peregrinación. Su lustre corre como el viento entre las ásperas dunas.

Los caballos se tambalean de agotamiento y Falon sabe que debería dar el alto, pero no se atreve. En cada descanso, uno de la tropa se ha dormido para no despertar. La tierra se ha bebido las vidas de dos fiana y dos arqueros montados. Muy por detrás de la compañía, los caballos portan sus cadáveres guiados por una cuerda larga, para evitar el hedor en esta oscura ausencia de viento.

Nadie canta ahora o reza como hicieran al principio. Remolinos de moscas se han levantado tres veces de los lechos de hollín, atraídas al parecer por las voces, y han peinado la línea de caballeros picándolos. Además, arácnidos grandes como uñas de pulgar han saltado del polvo negro para torturarles la carne con sus punzantes mandíbulas. Así, los jinetes deben mantenerse sobre las resquebrajadas placas de roca, que hieren los cascos de los caballos.

En una ocasión, surgida del resplandor azulino del horizonte estrellado, desfiló ante sus ojos una legión espectral de antiguos romanos. Cubiertos con deslucidas corazas laminadas y cascos de bronce mellados, pasaron junto a ellos, silentes las sandalias claveteadas y alzados sus escudos rectangulares como si quisieran hacer retroceder con ellos la pitañosa oscuridad. No vieron a los jinetes, aunque marcharon lo bastante cerca para revelar las águilas repujadas en sus arreos de cuero y las cabezas de alados Cupidos en las hebillas de sus burjacas. Peregrinos en esta noche cambiante por siglos, la legión se había consumido mucho tiempo atrás. Sólo su espíritu marcial persistía, portando la imagen vacía de los soldados por la faz de lo inefable, investidos de una amarga intención que desafiaba el tiempo.

Hace poco, han aparecido huellas de cascos hendidos en las arenas sable entre las placas quebradas de roca. Los arqueros montados están convencidos de que es rastro de demonios y que conduce a profundidades aun mayores de este reino diabólico. No las

seguirán.

"El unicornio", carraspea la seca garganta de Falon y las enfila. No cuida de que los demás sigan o no su camino. No tiene ya la fuerza para cuidarse.

Un caballo grita y aquellos que pueden levantan la mirada. Falon echa valiente la mano a la espada sujeta a su espalda, pero está demasiado débil para desenvainar la hoja.

Desde la mutante tenebrosidad, rueda una centella directamente hacia ellos como un arbusto desarraigado. Ruidos y explosiones desgarradores la acompañan mientras se arrastra por los campos de grava, hendiendo las rocas más grandes que encuentra en su camino y haciendo estallar las más pequeñas en proyectiles que se deslizan por el suelo con profusión de chispas.

Falon no ha estado tan atemorizado desde hace quince años, cuando siguió a Ygrane al Árbol del Mundo y confrontó al dios demente de las tribus nómadas. Lo sorprende su propio miedo. Tantas veces se ha dispuesto a morir en este amorfo crepúsculo que había llegado a creerse inmune ya a todo pavor. Pero la centella nerviosa que corre hacia él, cruel y espantosa como una araña, le inspira nuevo terror y le da las fuerzas necesarias para desenvainar el arma.

Un latigazo destella desde la zarza ardiente y golpea la espada. Atraviesa a Falon no con dolor sino con una gloria que lo despoja de todo daño y fatiga. Se torna jubiloso y descubre toda la línea de fiana y caballeros del rey cubierta por suaves ondas de fuego eléctrico. Todos visten una sonrisa ancha de intensa dicha, colmados de llama líquida los hoyuelos de sus rostros. Incluso los cadáveres se incorporan, confusos, borrada su oscuridad con brochazos de puro relámpago.

Falon gira alrededor para ver su salvación, esperando hallar un Señor del Fuego. Pero en lugar de éste, una entidad animal brota de la crepitante centella. El unicornio se muestra brevemente a sus ojos humanos y su blanco fulgor arranca sombras azules a las rocas negras del incoloro paisaje.

Ahora desaparece y la oscuridad que lo sigue porta la mancha de su silueta heráldica. Sufren un momento de confusión los jinetes antes de percibir las huellas que se imprimen en el suelo ceniciento. Éstas parten desde el lugar donde el unicornio se mostrara para desaparecer entre las sombras conjeturales que arrojan los astros alienígenas. Al final, incluso los cristianos creen que las huellas les muestran la senda hacia el mundo conocido.

Mientras Ygrane dormita, Merlinus se cierne sobre ella, maravillado de lo que ha visto. *Miriam*, se repite a sí mismo el nombre de la aparición que confortara a la reina y recuerda que éste es el nombre con el que Óptima llamaba en sus fervorosas plegarias a la madre de Jesús. *¿Puede ser?*, se pregunta. ¿Por qué habría de mostrarse ella a una reina pagana? Por Uther... por supuesto. Es por él, por Theodosius, 'el hombre dado por Dios'.

Exhausto como está, se siente vaporoso y gélido. Lleva demasiado tiempo lejos de su cuerpo físico. Debe retornar a Ávalon. Sólo el miedo le impide abandonarse al vértigo del sueño. Y continúa flotando sobre la reina dormida, tratando de comprender la visión sagrada de la que ha sido testigo... cuando una sombra fría apenumbra la cámara otra vez.

Azael ha vuelto. Aterrorizado, Merlinus recorre desventurado la celda, pero el demonio no ha retornado para continuar torturando a Ygrane. Se limita a pasear la estancia, inquieto como un tiburón. El mago conoce bien esta angustia. A él mismo lo ha acuciado entre las estrellas, en la oscuridad del espacio sin riberas.

Librodot

Traicionando toda precaución, Merlinus extiende sus filamentos sensibles y oye los familiares pensamientos de Azael, el esperable rumiar de un demonio. *Morirás*, piensa insistente Azael dirigiéndose a la reina dormida. *Tu hija Morgeu vivirá y morirá, y este mundo sufrirá sus cambios salvajes y sus míseras evoluciones. Este tiempo pasará y los búhos gritarán en los árboles estivales alrededor de una nueva Roma... y estas rocas habrán caído mucho tiempo atrás, pero aún serán rocas. Y yo, sean los que sean los siglos densos que se sucedan, seguiré siendo el enemigo de las rocas y de Roma y de los árboles de estío y las lechuzas, de todo hijo de todo ser viviente.*

Desesperadamente quiere Merlinus ayudar a Ygrane. Abandona Azael a su retórica y vuela por los ciegos corredores y las escaleras, a través de todos los niveles de piedra, en busca de una grieta en las defensas de las Y Mamau. En las profundidades del lugar, halla una cripta ceremonial con un círculo de columnas de formas serpentinas que le provoca el escalofrío de lo ya visto una vez.

Las serpientes de jade sostienen una cúpula de piedra negra de la que penden por todas partes cráneos humanos, y se pregunta a quién pertenecen: ¿romanos?, ¿celtas sacrificados? Pequeñas llamas arden en su interior haciendo de las calaveras siniestras linternas. Suspendidos por cadenas de hierro, incensarios de bronce rezuman arremolinados vapores que se derraman al suelo y reptan como espectros viperinos hasta la base de ónice de la estatua de Morrígan que Azael posee.

Morgeu yace postrada ante la figura, aferrada a sus esbeltos tobillos danzantes. Desnudo, el cuerpo fino y alto de la joven bruja, apenas en posesión de toda su feminidad, brilla con un blanco-muerte como el de la cera. Las luces de las calaveras, titilantes y undosas, la acarician como sombríos dedos esqueléticos.

Merlinus retrocede, temiendo que ella se vuelva y lo descubra con su vista sutil. Pero no lo hace. Se sienta y observa al ídolo bizqueando, sin sentir ya el flujo de vigor que se ha vertido de él.

Entonces, Merlinus comprende por qué. Apenas puede creerlo, pero atisba a Rey Alguien Sabe la Verdad escondido detrás de la figura, aconchándola con su ondulada capa esmeralda. Detrás del dios, aún se filtran vapores astrales por el sitio en que éste emergiera. Siendo el espíritu del país, se ha materializado directamente desde el suelo y ni Morgeu ni sus guerreras lo han percibido todavía. Pero Azael sí... al instante. Su alarido furioso lo precede por las escaleras como un viento tormentoso cuando él llega volando.

Rey Alguien Sabe la Verdad vislumbra a Merlinus y los labios tensos en su rostro velludo de reno le dedican una sonrisa salvaje. Luego, el demonio se escurre al interior de la cripta.

Azael se arroja rabioso sobre el rey-alce. Merlinus ve los lunáticos chicotazos del demonio como sombras contra la verde luz brillante del rey-alce. Los dos gigantes se enzarzan: Azael abraza como una serpiente la vasta talla del dios y éste mantiene las mandíbulas viperinas con una mano a distancia mientras blande con la otra una hoja corta y ganchuda.

Azael debería saber mejor, piensa Merlinus apartándose de los turbulentos titanes, que ningún demonio solo puede derribar a un carroñero creado por los ángeles. Los dioses extraen su poder directamente del planeta y, si destruirlos fuera tan fácil, los demonios no habrían dejado nunca que ningún imperio manchase la tierra.

Alguien Sabe la Verdad es particularmente ágil al haber vivido tanto tiempo bajo el suelo, donde las luces corporales de los dioses tienen mayor condensación que en el Gran Árbol. Con unos pocos diestros golpes, el rey-alce se libera de las adujas de Azael y lo arrastra con furia por la cripta. Las rabiosas contorsiones del demonio divierten a Rey Alguien Sabe la Verdad que, presa de delirio, danza alrededor del ídolo de la

Librodot

muerte hecha mujer castigando al demonio con una risa de tremendos bramidos.

Morgeu toma un manto escarlata de la base del pilar donde yace y se arrebuja en él mientras camina ante la imagen letal de Morrígan. Su confusión desemboca en un estridente chillido con el que llama a sus guerreras. Varias mujeres vestidas con pantalones marrones, botas y túnicas de combate emergen de sus húmedos cubiles en las proximidades para acudir a ella. Su pelo corto y sus ojos alcoholados las señalan como Y Mamau.

"Traed a Ygrane aquí abajo", ordena con brusquedad. "¡Rápido!"

Mientras las guerreras se precipitan por los corredores sin luz, Morgeu vadea las ondas del incienso hacia una escalera de piedra en la pared. Merlinus la sigue a través de la oscuridad hasta una puerta de hierro que rechina al abrirse a una brillante mañana otoñal. Fragancias de pino y de brezo flotan en el viento que desciende de las mesetas alpinas, donde bosque tras bosque pende sobre su cabeza.

Por las foscas honduras de los valles pantanosos, el mago los ve venir... los ejércitos de los Daoine Síd. Avanzan como niebla por la noche cavernosa del cenagal; una legión de dragones acude a rescatar a su reina. Portando piel de reptil de un rojo esmerilado y fragmentos de cráneo por corazas laminadas, armada de huesos y colmillos afilados y de garras de serpientes de fuego, la columna repta como el mismo Dragón por los flancos de las montañas.

Con sus ojos mortales, Morgeu no los ve, pero percibe el inmediato ataque. Los pífanos febriles de los Síd y sus legendarios atabales reverberan en su alma y se estremece como amenazada por la helada de la noche, aunque el sol del alba asoma en el ángulo de las azules montañas neblinosas.

Sus guerreras conjuradas no son enemigo para los dragones que se acercan. Merlinus ve el boquiabierto pavor en los rostros de muchas de ellas que observan la informe amenaza del día desde las aspilleras de la torre.

"¡Morrígan!", exclama Morgeu y su grito se pliega en las ondas del eco. "¡Morrígan, defiende a tus guerreras!"

Azael huye del rey-alce y se escabulle por la negra escalera, mientras su oscuridad se rompe en formas de luz undosa y mancha el aire con borrones bituminosos. Concentra la voluntad de su energía en Morgeu y un hedor a infierno como la desesperación de este mundo, como el estallido de un cadáver, la penetra y la obliga a llevarse las manos a la garganta. Cae de rodillas ante la áspera, asfixiante presencia de su amo y él entra en Morgeu del mejor modo que puede hacerlo un demonio en un mortal sin romper la maraña venosa de su frágil cerebro. Aquí, puede ocultarse del dios celta: el rey-alce tendrá que matar a la mujer si quiere atraparlo.

Morgeu se levanta con una leve sonrisa ominosa en su pálida faz. Púas de estrellas cintilan en su mirada demente. Ahora, con la agudeza del demonio en sus ojos, puede ver a los Daoine Síd pertrechados con arreos de serpientes de fuego, vistosos con las plumas y mechones que por medio de resina han pegado a sus rostros. Blandiendo protervas lanzas y emponzoñadas espadas dentadas, llegan arrebatados de los sótanos del valle.

Morgeu levanta las manos crispadas de furia y se eleva sobre las puntas de sus pies con el poder del demonio. La vehemencia de Azael, tan inútil contra el rey-alce, fustiga de un modo letal a los vaporosos dragones. El cuerpo de la bruja se tensa con la fuerza violenta que lo recorre manando desde las profundidades magnéticas del planeta y proyectándose a través de los brazos rígidos de Morgeu. Las hordas atacantes caen ante las estocadas de resplandor violeta, como olas brumosas rompiendo contra las

Librodot

rocas. Las corazas de serpiente vuelan como hojas muertas y los cuerpos esbeltos de los dragones se hacen humo para desvanecerse a la luz del sol como chispas de rocío y exhalaciones de etérea espuma.

Ingrávidos como polillas moribundas, los guerreros caídos giran unos contra otros en la ráfaga fría que vierte el cuerpo furente de Morgeu. Sus fuertes gritos heridos se apagan en el cieno disolvente de los cadáveres. Pero a pesar de todo, aun resbalando en la película azul de la carnicería élfica, los valientes Síd continúan acudiendo, caladas las lanzas contra el viento asesino.

Con el paso del frío diabólico a través de ella, Morgeu tiembla como un pingajo. Los ojos en blanco, ha dejado de ver la muerte que dispensa y sólo la siente ascender por sus huesos trepidantes y soplar desde ella. Y la oye, también, en los ecos que la alcanzan saltando contra el torrente de su éxtasis carnicero, cintilando en la algarabía de alaridos de aquellos que osan desafiar a la Madre de la Muerte.

Ygrane oye el sufrimiento de los guerreros Síd arder en el aire de la mañana y acude a la aspillera de su celda. Muy abajo, entre los amarillos, naranjas y verdes de los árboles, sus salvadores mueren numerosos. Puede ver, en la urdimbre de sombras del bosque, sus cuerpos frágiles desgarrados como exhumaciones de la noche alanceadas por el sol. Rayos de energía violeta surgen de la base de la torre que la tiene presa. Al acercar el rostro al vano de la saetera, todo lo que acierta a vislumbrar es una figura vestida de escarlata directamente debajo de donde se encuentra.

¡Morgeu! Puñaladas de luz negra irradian de su cuerpo contorsionado rayando de púrpura el aire y golpean a las tropas precipitadas monte arriba, reduciéndolas al tamo que se lleva el viento. Al verlo, Ygrane se pega todo lo que puede a la pared de piedra y arroja sus ojos salvajes por el estrecho hueco de la ventana. Grita a su hija que se detenga y su voz azota inútil los vastos espacios montañosos.

Una campana de fuerza sombría cubre a Morgeu e Ygrane sabe que la muchacha está poseída.

La reina se aparta y saca el brazo por la ventana, abierta la palma en un intento de dar la señal de retirarse a sus dragones, pues teme por ellos. Pero antes de que pueda hacerlo, la masiva puerta de la celda se abre de golpe y dos Y Mamau enmascaradas se precipitan al interior. Ygrane grita un conjuro que las hace caer de rodillas. Otras dos avanzan y ella dispara otro golpe invisible que las arroja contra la pared.

Pero estos dos ataques agotan a Ygrane y, cuando dos nuevas guerreras cargan, sólo puede agitar débilmente los puños. Las Y Mamau le agarran los brazos, la sacan de la cámara a rastras y se la llevan por el corredor y la escalera espiral de piedra hiriéndole los tobillos. Ansiosas de bajársela a Morgeu antes de que recupere el poder de sus violentos conjuros, corren dañándole los brazos y golpeándole las piernas contra las escaleras.

Merlinus no quiere ver nada más. Con desespero anhela volar hasta Uther y advertirle de lo que le aguarda. Pero ¿de qué serviría eso? Uther no puede ver ni oír al espectro del mago. Nunca ha sentido Merlinus su aislamiento y su pequeñez con tanta agudeza, y sigue desvalido a la reina.

En la cripta ceremonial, arrojan la reina a los pies de la estatua monstruosa de Morrígan y se apresuran a partir de allí, cerrando con fuerza la puerta tras ellas. Rey Alguien Sabe la Verdad ha partido. Merlinus recorre el oscuro lugar buscándolo y debe dejar por fin la cripta para deslizarse al exterior. Es allí donde vislumbra al dios, un verde resplandor en el bosque bajo el ala escarlata de la mañana, llamando a sus maltrechas tropas y ordenándoles reagruparse para un nuevo ataque por el flanco de la

Librodot

fortaleza.

Cuando Merlinus retorna a la cripta, encuentra a Ygrane postrada ante el ídolo de la diablesa. Piensa que está rezando a la Madre Sangrienta, hasta que la toca y la halla vacía. *¡Muerta!* El pavor lo posee y empieza a cantar un sortilegio para revivirla, aunque duda de que un conjuro tan poderoso pueda actuar sin la presencia de su cuerpo físico para concentrar la invocada vitalidad. Muele su mente terribles suposiciones y él pausa de pronto en medio del encantamiento, cuando percibe el fino rastro de Ygrane rielar como la estela de un caracol en el aire sombrío de la cripta.

Los filamentos sutiles del mago se trenzan alrededor del tenue cordón de vida de la reina y su pánico se evapora. Ygrane ha hecho lo mismo que él hiciera: ha abandonado su cuerpo. A diferencia de él mismo, sin embargo, no tiene a nadie que vigile su envoltura física. Dentro del vibrante cordón que la conecta a su forma carnal, Merlinus oye sus pensamientos y resuena con sus sentimientos. El unicornio colma la mente de Ygrane. La reina ha asumido el riesgo tremendo de dejar su cuerpo desocupado aquí, en el cubil de sus enemigos, para buscar a la criatura.

La imagen mental del largo y huesudo rostro del unicornio se desvanece, desplazada por una visión espectacular que ha captado su atención. Merlinus comparte lo que ella ve. En la claridad del aire superior, aparece un puro rubí. Como un meteoro, arde a través del cielo para descender entre las llamas solares que colman el cáliz de las montañas del este. Impresa en el sol, la sombra afilada de un saurio se acerca, una forma tremenda de dragón: el ancestro feral de Uther.

Excrecencias de oscura piel marrón cubren los costados de Wray Vitki como las fungosas cortezas de un árbol y antiguas intumescencias bordan la sinuosa longitud de su cuello como parches de liquen. Remontándose por encima del resplandor del sol, el *magus* tiene un aspecto añoso. Callos abultan sus flancos y lamas como de metal deslucido se curvan en sus garras. El mecanismo de sus nérveas mandíbulas arrastra vello como jirones de algas oceánicas. Sólo sus ojos de núcleos inflamados, que resplandecen en cuencas umbrías, parecen animados. Y sus alas, un fuego arcoiris, rotan como luces polares.

El *magus* se posa en un valle lóbrego como un fragmento renegado del cielo amaneciente. Ése es el lugar más cercano al que puede descender sin derribar la torre de roca. Un momento más tarde ha partido. Traer a Uther desde el Otromundo ha agotado todo el poder que Merlinus le infundiera. Si Wray Vitki hubiese permanecido, habría muerto. Y así, su oscuridad e iridiscencia vastas desaparecen en espiral por el holocausto de las nubes de la aurora.

Uther emerge del valle; tras él, las huestes de los Daoine Síd, guiadas por su enorme dios de rostro de reno.

Al verlos, Azael huye al interior del fuerte, sabiendo que no podrá resistir al reyalce y los refuerzos que lo acompañan. Morgeu se derrumba con su partida, vacua, reducida a mera mujer, tan debilitada que no la sostienen las piernas. Mira brevemente al hombre solitario que precede al ataque invisible y lo reconoce por su armadura de cuero negro y el pelo sable en los ojos.

"¡Uther!", grita. "¡Al fuego del infierno contigo!"

Se obliga a ponerse en pie y se precipita a la torre, cerrando tras ella la puerta de hierro con un cerrojo fuerte y oxidado. "¡Morrígan!", brama y se sumerge en las escaleras.

En la cripta, descubre a su madre, que yace boca abajo ante el ídolo danzante, y se detiene, insegura de lo que está viendo. "¿Madre?", exclama. "¿Qué haces? ¿Rezas? ¡Reza, entonces! Al fin y al cabo, le perteneces a ella, no a Uther. Eres su sacrificio. ¡Reza!"

Librodot

Al no responderle Ygrane de inmediato, Morgeu se inclina junto a ella y acerca su rostro perplejo al de su madre. Posa sus dedos en la garganta de la mujer postrada y detecta la débil percusión de la sangre arterial. Constatar la absoluta vulnerabilidad de su madre le arranca una risa áspera. "¿Qué has hecho?", susurra al oído de Ygrane.

Merlinus vuela a través de Morgeu, tratando en vano de distraerla con su vacua presencia.

Entonces, de un modo tan abrupto que le hace pensar que lo ha percibido, Morgeu se endereza. Mira alrededor, buscando la hoja de obsidiana prescrita para los sacrificios rituales. Atenta recorre el perímetro de la cripta, examina los montones de huesos y los cráneos manchados de cera de los altares menores.

Arriba, el chirriar desgarrador del metal declara que sus enemigos han irrumpido en el fuerte. Una puerta se abre de pronto tras uno de los pilares y media docena de guerreras se apiña en el vano con las espadas desenvainadas. "¡Princesa!", jadea a través de la máscara la primera en cruzar el umbral, "¡los Síd han alcanzado la torre!"

"¿Dónde está Morrígan?", pregunta otra.

Morgeu la ignora y señala una oscura escalera que trepa al exterior. "Cuatro de vosotras por allí. ¡Matad a Uther!" Agarra a las otras dos por los brazos que sostienen las espadas. "Hay que encontrar el cuchillo sacrificial."

"No hay tiempo", le replica la voz hosca de una máscara. "¡No hay tiempo, princesa! Los Síd están en la torre y matan con fuego gélido."

"Debemos huir", dice bruscamente la otra. "Si no lo hacemos, Morrígan perderá en este día a todas sus devotas."

"¡No!", brama Morgeu. "Morrígan lo ha prometido. Soy la reina de nuestro pueblo."

"Entonces debemos huir, princesa... ¡de inmediato!"

Bajo las sombras de las antorchas del corredor, Morgeu se detiene de pronto. "¡Esperad! Hay que tomar a Ygrane. Morrígan tendrá su sacrificio más tarde."

"No hay tiempo para eso... ¡mira!" La bruja apunta con su espada al otro extremo del corredor, donde bullen humos púrpura. "¡Corred! ¡Rápido!"

Merlinus comprende enseguida que esos humos son un escuadrón de dragones que empieza a inundar el corredor, con sus lanzas de puntas envenenadas en ristre. La guerrera enmascarada intenta detenerlos, pero es sólo humana, una zafia comparada con los diestros duendes. Las lanzas penetran bajo los golpes de su espada y perforan sus muslos y abdomen.

Morgeu se vuelve para huir, pero el horror abrasa cada uno de sus nervios y sus piernas no le responden. Sus últimas guardias la toman por los codos y los hombros y se la llevan de allí. Merlinus las ve retirarse por el corredor, mientras Morgeu mira hacia atrás con pavor abyecto.

El mago deja el lugar para hallar a su rey. Uther Pendragón está en el umbral cuya puerta de hierro ha sacado el rey-alce de sus goznes. Dragones lo preceden por la escalera para acabar con las Y Mamau que guardan las posiciones subterráneas. Satisfecho de que Uther esté a salvo, Merlinus cruza un intervalo ciego de sólida roca y tierra para volver a la cripta a vigilar el cuerpo de Ygrane.

Se detiene flotando al resplandor de las macabras lámparas mortuorias. Ygrane ha retornado a su cuerpo. Se sienta, pálida la faz como un lago de invierno, y sus ojos miran fijos la nada. Temblando de miedo, la toca y percibe que no está sola en su interior. Azael acecha en su cerebro, muy pequeño, arrollado sobre sí mismo de un modo tan compacto que Merlinus nunca pensó que un demonio pudiera contraerse hasta

Librodot

ese punto.

El mago escucha lo que Ygrane siente, asustado por ella. Negro hialino, Azael la víbora ensortija la consciencia de la reina. "No fue poco el riesgo que corriste al dejar tu cuerpo", le dice el demonio con la más sinuosa de sus voces,"... y perdiste. Ahora eres un rehén en tu propio cerebro. ¿Lo entiendes?"

Ygrane pierde la mirada en el vacío, ignora la voz en su cabeza y quisiera no notar la faz de víbora que le colma la mente, o los músculos rojos tras su obscena sonrisa babeando por ella. Se concentra en el unicornio otra vez, en la escala de jade vertical que surge de la negrura de sus pupilas verticales.

"Estoy dentro de ti. Ygrane", la arrulla el demonio. "¿Sabes lo que significa? Puedo tocarte."

Una punzada de dolor rompe el hielo de su rostro en una mueca herida.

"¡Azael, vete!", grita Merlinus. Pero el demonio no puede oírlo. Nadie puede oír su voz astral.

El dolor cesa y un placer inmusical, lúbrico, vibra por todo el cuerpo de Ygrane.

"¿Te gusta?", sisea el demonio. "¿Quieres más?"

El unicornio no es bueno, siente Merlinus que ella empieza a pensar. Lo que ocurre es demasiado horrible y ni siquiera el unicornio podrá salvarla.

"Si haces lo que yo te diga", exhala Azael en su interior, "te dejaré vivir. Pero tú no lucharás conmigo. Irás donde te diga que vayas, harás lo que te diga que hagas y yo te dejaré tu vida."

Ygrane aparta su atención al filo del instante y busca en la parte más oscura de sí misma a la extraña que viera en las honduras de su desespero. ¿Dónde está... la amiga de Uther? *Miriam*...

"Silencio", exige Azael. "Guardarás silencio en mi presencia."

Miriam, llama Ygrane otra vez... y ve de nuevo en su mente a la mujer velada de azul. Miriam aparece con la cabeza inclinada, como si orase. Levanta el rostro, aún cerrados los ojos y los labios temblando con palabras confiadas a un escuchar más hondo. Y entonces, sus ojos grandes se abren como el sol.

Merlinus se aparta del ardor blanco cegador y oye el mísero gemido de Azael. Contra el destello deslumbrador, atisba la forma de anguila escabullirse de su refugio y escapar de Ygrane. En un instante, el horror ha cesado. El demonio ha partido. Ygrane parpadea y se toca las sienes con dedos temblorosos. Su mente está vacía... íntegra otra vez.

"¡Ygrane!" Uther irrumpe en la cripta y se precipita hacia ella a través de los flagelos del incienso. "¿Estás herida?"

La reina levanta hacia él los brazos y le sonríe para convencerlo de que está bien. Se abrazan, aturdidos por el peso de los acontecimientos y mudos por los peligros físicos, los terrores sobrenaturales que los separaran y los reúnen ahora en este espantoso lugar. Mientras la pálida gente los observa, nerviosos por las sombras malignas que las lámparas arrojan sobre el ídolo cruel, Uther la coge en sus brazos y la porta hacia la escalera.

"Déjame salir caminando a la luz junto a ti", dice Ygrane, y él la posa en el suelo.

Los vapores infernales de las ofrendas quemadas se revuelven pintando rostros fugaces de risa élfica. Ellos, unidos, ascienden hacia el sol.

Ygrane observa sus manos endurecidas por los años de cabalgadas con sus fiana y quisiera que su alma tuviera callosidades parejas. El dolor que le inspira su hija es peligroso. Le hace olvidar sus vidas pasadas, le hace sentir que Morgeu es la única

Librodot

criatura de todas sus encarnaciones. La tristeza adensa su corazón y el pecho le duele cuando se sienta en una roca anidada entre tallos de álsine. Uther se arrodilla a su lado para confortarla y ella le pide gentil un instante de soledad.

Morgeu... entona silente y cierra los ojos, deseando poseer magia con que curar el dolor profundo de su hija del que el demonio se sirvió para poseer a la muchacha. Ese dolor, cree Ygrane, ha de ser culpa suya. Su amor como madre ha sido muy débil. En su orgullo como reina, ha amado más a su pueblo, a sus fiana y a su magia que a su hija, la semilla de Gorlois.

El amor que halla en sí ahora mismo por Morgeu parece evocado más por el miedo que por el calor y la ternura. Es poco lo que han compartido entre las dos. El unicornio y la magia que fluyó de ella hacia Morgeu durante aquellos dorados estíos las unió por un tiempo. Pero ahora, la reina querría no haber compartido nunca su magia con Morgeu, no haberle mostrado jamás el mundo superior de los espíritus. Si le hubiera dejado la muchacha a Gorlois, acaso los demonios no habrían sido capaces de tocarla o usarla de modo tan cruel.

Ygrane se vuelve de espaldas a Uther para que no vea sus lágrimas. Él no ha de llegar a preocuparse por Morgeu porque lo que han de hacer juntos no puede verse limitado por sus miedos personales y su dolor. El rato terrible bajo la posesión de Azael la convence de ello. El mal se hace más fuerte en presencia del miedo y el dolor. Y todo lo que de verdad siente por Morgeu es miedo por la cordura y la vida de su hija y el dolor que hay en su corazón donde debiera haber amor.

Por fin, tras haber visto todo lo que podía ver y ansioso de ayudar, Merlinus decide volver a Ávalon, a su cuerpo físico. Como un halcón que pende en un anillo de viento, evoluciona sobre la maligna fortaleza y atisba muy abajo la chispa roja que es Morgeu. Ondulante la ropa con la velocidad de la huida, ella y las últimas de las Y Mamau escapan a caballo por una trocha en el bosque gris de la montaña. El rey y la reina descienden juntos a pie un camino serpenteante en dirección opuesta. Merlinus supone que están a salvo; puede reclamar ya su forma física para reunirse con ellos en Maridunum. La espada Relámpago lo espera... y el unicornio.

Sin embargo, mientras asciende sobre los montes remotos e inmensos en el tenso silencio de los rayos del sol, sus expectativas le parecen insubstanciales: el rey y la reina están solos en el yermo y deben enfrentar un arduo viaje sin los fiana, los caballeros o los guerreros del rey-alce como protección. Franjas de aves color carbón rayan el horizonte y, más allá de ellas, vislumbra la aurora verde que es el rey-alce. Su tropa roja de dragones lo sigue hacia el oeste a través de cirros de plumas rojas, unos y otros fundidos en humo atmosférico a esta distancia.

El mago, agotado como está, no se resigna a abandonar a Uther e Ygrane en estas montañas, aunque en su estado poco es lo que puede hacer por ellos. Inquieto por su seguridad, desciende a través de flamboyantes estratos de luz solar hasta una corriente en un bosquecillo de abedules, donde aquéllos se han detenido para refrescarse.

"¿Sabes dónde estamos?", pregunta Uther desatándose la seda púrpura del hombro derecho y empapándola en la corriente.

"Lejos de todas partes", suspira Ygrane y se sienta en una roca plana junto a un arbusto denso de grosellas. "Las Y Mamau han vuelto a ocultarse sin duda para practicar su culto asesino."

Uther se sienta junto a ella y le limpia gentil las manchas de lágrimas que arrasan sus mejillas. "Siento que nuestra boda acabase de este modo."

"Peor es que mucha buena gente haya muerto", se lamenta la reina tomando

indiferente de los frutos del arbusto. "¿Qué crees que nos espera? ¿Más muertes? ¿Más carnicerías?"

"Las cosas no son como querríamos", dice él suavemente. "En el templete, cuando nos encontramos como personas comunes, lo entendimos. Pero el rey y la reina son seres portados por la historia."

"No volvamos, Uther."

Uther alza la cabeza para mirarla inquisitivamente. "¿Y cómo podríamos no hacerlo?"

"En estas montañas, hay aldeas ."Ygrane levanta la mirada hacia las foces profundas donde la luz del sol se hace humo. "En una de ellas, nací yo. Allí conocí mis años más felices."

"Ygrane", protesta él con ternura. "¿Cómo podríamos desaparecer? Nuestra gente nos buscaría... tus fiana no se rendirían nunca. Aun ahora están en el inframundo, buscándote." *El inframundo...* El asombro de su viaje al mundo subterráneo continúa envolviéndolo como en un sueño melodiosamente extraño. Desde que retornó al mundo natural se ha sentido más insignificante que nunca, empequeñecido por todo lo que no se deja ver. Y, casi en un estupor perpetuo, reza por los hombres que quedaron atrás en aquel mundo más oscuro. Sin embargo, por invitación de una fatalidad benevolente y majestuosa, querría volver allí. El vuelo con el *magus* es en su memoria un recuerdo aturdido, como la alcohólica iluminación que se apaga con la sobriedad. Pero la experiencia de los campos elíseos del rey-alce... ésa le perturba con su vivida dicha inmarcesible.

Ygrane lo observa con resignada sonrisa. "Tienes razón, mi querido Uther. Sé que no podemos huir de nosotros mismos. Pero es una idea grata, ¿no crees?" Se aparta el pelo revuelto de los ojos. "Piensa en ello por un instante. Viviríamos en las afueras de una aldea, lejos de cualquier fortaleza, en nuestra pequeña granja. Quizás pudieras incluso instruirme en tu fe..."

"¿Mi fe?" Uther aparta sus pensamientos soñadores del inframundo y le ofrece una sonrisa sesgada. "¿Qué estás diciendo? ¿Tú, la reina de los celtas, una cristiana?" Después de lo que ha experimentado en presencia del rey-alce se siente constreñido por su religión, como un hombre forzado a mirar el mundo por el mismo agujero que emplearía un judas. ¡Hay tantas cosas que no hubiera supuesto nunca, ni en sus más caprichosas imaginaciones!

"Uther... ¿tienes tú una amiga llamada Miriam?"

Uther intenta entender. "No..."

"Una amiga espiritual, entonces", insiste Ygrane, acercando su rostro a los ojos dorados del hombre. "¿Alguien a quien rezases desde pequeño?"

"¿Miriam?" La mira con fijeza, con asombro. "Miriam... ése es el nombre hebreo de María, la madre de Jesús. Sí, le he rezado toda mi vida."

"Vino a mí. En la cripta de Morrígan. Me dijo que había tratado de darte todo el amor que tu madre no te pudo dar."

"¿Ella... te habló?" Sus finas cejas oscuras se elevan. "¿Qué me estás diciendo, Ygrane?"

"La verdad."

"¿Tú lo crees?", pregunta él con un hilo de voz.

"La verdad de las cosas es lo que yo misma veo", replica ella con firmeza. "Desde que era una niña. Y eso ha sido la maldición y la bendición de mi vida."

Uther frunce el ceño y trata de comprender otra vez. "Así que... ¿tus visiones te han mostrado que... que mi fe es verdadera?"

"Toda fe es verdadera, Uther", dice ella gentil, como si hablase con un crío. "La

Librodot

verdad de tu fe yo nunca la he dudado. Pero sólo ahora veo que ha de ser la mía también... ahora que somos marido y mujer."

Uther sacude la cabeza. "Todo esto es demasiado para mí en este día, ¿o son días los que han pasado? El espíritu de mi hermano... el rey-alce...Wray Vitki...y todos nuestros hombres en el inframundo todavía..." Su voz se calma con intensidad contenida. "¿Estás díciéndome que quieres ser cristiana?"

"Sí, Uther. No me sorprende menos a mí, créeme. Quiero ser tu esposa cristiana y aprender tu culto." Nota la inquietud de su expresión y la malinterpreta. "Oh, ya sé que ha de causarte estupor, irreductible como he sido en el pasado. Quizás debería haber aprendido de Gorlois. Pero él no era un cristiano devoto; no como tú, Uther."

El rey cruza los brazos y se pinza el labio inferior, meditando algo profundamente.

"Uther, ¿qué ocurre?" Ella busca su mirada y vuelve a hablar, con más premura: "¿Te molesta lo que he dicho? ¿Crees que estoy equivocada... en lo que vi, quiero decir? Quizás fue obra del demonio. Pero no lo creo."

El abandona sus reflexiones sobresaltado, incómodo. "No, no. Estoy seguro de que lo que viste era real, Ygrane. Estoy seguro. Lo sé...", contiende consigo mismo, "lo sé porque yo vi a tu dios. Lo vi como te estoy viendo a ti ahora. Estuve con él. Incluso hable con él. Y el *magus*, Wray Vitki, me trajo desde el inframundo hasta este mismo lugar. ¿Lo viste tú?"

Ella asiente. "Desde luego. Te trajo a mí."

"Sí. El rey-alce lo invocó para mí... el rey de tus Síd. Mi hermano..." Se levanta y camina sobre los guijarros de la orilla de la corriente, que crujen bajo sus pasos. "Mi hermano estaba allí también. Y hablamos." Calla y aparta la mirada.

Ygrane lo sigue con sus ojos solemnes. "Un gran honor es el que se te ha dispensado. Ni siquiera yo he tenido el privilegio de visitar el Mundo Superior en mi forma mortal. Sólo mis visiones me lo han mostrado."

"Ygrane... tan sólo ayer me habría resultado insoportable pensar que todas las religiones son verdaderas."

"Mi señor, sea lo que sea lo que conciba el corazón humano es verdadero", repone ella observándolo caminar al borde del agua. "El espíritu del mundo nos precede. Los dioses son los que nos imaginan. Nosotros somos el sueño... los soñadores son ellos."

Uther anda y desanda sus pasos por la orla plateada del arroyo. "¿Y nuestros hombres? Mis guardias y tus fiana, ¿dónde estarán ahora? ¿En un sueño?"

"También yo sufro por ellos, mi señor. Sufro por ellos porque no puedo ayudarlos. Hemos de confiar en que el rey-alce los libere." Levanta el rostro y más verdes son sus ojos, aquí entre las sombras de la espesura. "Hemos de confiar en los poderes sutiles así como ellos confían en nosotros aquí en nuestro mundo menor."

Uther frunce el ceño, meditativo. "Es justo eso... el mundo verdadero es mucho más vasto de lo que a mí se me enseñó. Así, ¿qué es lo que hemos de creer? ¿Cuál es la viviente verdad de nuestras vidas?"

"La verdad nos aguarda ni más ni menos que delante de nuestras narices", dice Ygrane.

"La verdad... es una cosa permeable. ¿Sabes?..." Uther se detiene y la mira, expectante. "El rey-alce quiere mi alma."

"No la tendrá", replica Ygrane. "Si hemos de ser una pareja unida, casados en cuerpo y alma, rezaré contigo a la virgen Miriam y ella nos bendecirá, llegado el tiempo, con un alma cristiana noble como hijo y sucesor."

El espacio entre los ojos de Uther se frunce de incertidumbre. "No es tan fácil", murmura. "Yo... las cosas eran indescriptibles allí, Ygrane. Yo era tan feliz viendo las almas bailar en aquel bosque hermoso que casi acepté darle mi alma allí mismo."

Librodot

Ygrane se queda quieta escuchándolo, colmado el rostro de la melancolía de sus años más jóvenes.

Uther le toma las manos y siente su frescor, ve la palidez de sus mejillas. "Necesitas comer y reposar."

Ella le posa las manos en los hombros y vuelve a apoyar su frente contra la de él. "Uther, algo maravilloso... y terrible... nos está ocurriendo a los dos."

"Sí." El cierra los ojos. "Maravilloso y terrible." La aparta con gentileza y toma un puñado de grosellas. "Tienes que comer. Ten. No es que sea mucho, pero volveré al fuerte y veré qué puedo encontrar allí. Algo de comida no podía faltarles."

Ella lo detiene acariciándole con la mano la mejilla. "No hay ninguna necesidad de volver a ese lugar terrible, marido. La pálida gente no nos dejará morir de hambre. Cuando niña, me enseñaron a poner trampas de mimbre y, con mi primera magia, aprendí a llamar liebres negras, las únicas que comen los seguidores de los viejos caminos, como mis padres, pues las claras son criaturas sagradas para la diosa lunar."

Uther le ofrece un puñado de bayas blancas. "Entonces, tómate esto al menos por ahora. Recogeré algo de mimbre y prepararemos esas trampas. Y fuego también. Descansaremos todo el día, antes de empezar nuestro viaje."

Una sonrisa triste viene y va del rostro de Ygrane. "En cierto modo, debería estarle agradecida a mi hija por lo que nos ha hecho. Antes de que me secuestrase, tú y yo estábamos casados sólo nominalmente. Pero ahora lo estamos en nuestras almas también."

Todo ese día permanece con ellos el espectro de Merlinus. Lucha bravamente contra el agotamiento, forzándose a mantenerse despierto para no retornar a Ávalon y recaer en su cuerpo físico. Presiente que un secreto ha de ser revelado antes de que pueda partir. Un secreto cuya naturaleza se le oculta, pero que reconocerá en cuanto lo vea.

La luz del sol se filtra como miel a través de las hojas otoñales y el pequeño fuego que la pareja ha prendido en la orilla del arroyo los protege del viento húmedo y frío de Octubre. Tal como predijera, Ygrane caza una liebre negra que cocinan en el fuego y comen con las últimas moras de la estación. Los horrores de la cripta se desvanecen poco a poco mientras pasan las horas en mutua compañía, todo un día en la dorada foresta.

"Cuando volvamos, nada cambiará por supuesto", dice ella quedamente tras haber comido. Su pelo revuelto y la *gwn* desgarrada le dan la apariencia salvaje de un duende. "Mis celtas nunca acabarán de confiar en tus britones, me temo. Estoy segura de que habrá conflictos entre nuestra propia gente, aunque nos unamos para resistir a los bárbaros."

"Quizás nada cambie, pero ¿tenemos otra alternativa? ¿Es que podríamos huir para evitarnos los problemas?" Uther sonríe ante la idea de la defección y, por un momento, Merlinus piensa que acaso el joven sea capaz de huir y ello le inspira pánico. Toda su labor juntos se perdería.

"¿Se te ha ocurrido pensar que ninguno de los dos nació para la púrpura?", reflexiona Uther. "¿Qué pasaría si nos limitásemos a volver a lo que de niños conocimos?"

Ygrane patea reflexiva la hojarasca del suelo. "Si volvemos, podemos estar seguros de perdernos el uno al otro; si no en el salón del consejo, entonces en las funciones de corte, con los emisarios, las batallas..." Se detiene y lo confronta a la luz melada, santa del bosque. "Uther, tengo miedo."

Estas palabras son el eco en su mente del miedo que le oyera a su hermano en el Otromundo; incluso el espectro de Merlinus puede ver su corazón desfallecer. "Está bien tener miedo, creo. O acabaremos por perdernos uno a otro. Ni siquiera aquí, en

Librodot

estas soledades, podemos ocultarnos... ni de nuestras gentes, ni de nuestros destinos. Tampoco de nuestras muertes."

Ygrane parece lividecer aun más. "¿Por qué hablas de muerte?"

Uther baja la vista y descubre, junto a la punta de su bota, una pálida dedalera en plena eclosión, como un alma pequeña en un manto blanco. "Me puede, Ygrane, no consigo evitarlo. La mirada que mi hermano tenía antes de ir hacia... hacia su destino eterno, me persigue aún. Nunca en toda mi vida lo vi de ese modo, tan aterrorizado, tan contrito. La muerte lo humilló como nada en la vida lograra hacerlo. Mancha mis pensamientos."

"No pienses en ello, Uther, te lo suplico. Mucha muerte nos rodea ya. Y me enferma."

Uther la contempla con cariño. "Entonces no volveré a hablar de esto", promete llevándose la mano de la mujer a los labios. "Pero tú haz algo por mí también: no me llames Uther. Tu no."

Ygrane lo mira confusa.

"Nunca me ha gustado", admite él. "Es un nombre bárbaro. Idea de Merlinus. Supongo que para asustar a mis enemigos."

"Cuando volvamos, te llamaré Theo, entonces." Le aparta el cabello sable de los ojos.

"¿Así que... volveremos?" Uther le pone el brazo por encima de los hombros. "¿Y dónde viviremos? No en Londinium, por favor. Es un nido de víboras, intrigas y traición."

"Y sin embargo, los fuertes celtas apenas son servibles: sólo un conjunto de viejas y deterioradas casas romanas y decadentes barracones militares." Ygrane suspira. "Por más vergonzoso que me resulte reconocerlo, los celtas hemos hecho muy poco para mantener las antiguas fortalezas. Supongo que está Tintagel.

En realidad es a mí a quien corresponde. Gorlois trató de atraerme allí hace unos años dándome su título."

"Demasiado lejos. Si hemos de vivir como monarcas, habremos de establecer nuestra morada cerca de las tierras que defendamos."

"Entonces, no en la Ciudad de las Legiones", se queja Ygrane. "Es un lugar detestable. Todo piedra negra y edificios viejos."

"Lo es. Tendremos que construir nuestra propia fortaleza, algo nuevo en honor de esta insólita y feliz alianza."

El rostro de Ygrane se ilumina con la idea. "Una fortaleza moderna, sin murallas. No un fuerte en realidad, sino un amuleto gigante, una ciudad hecha de la magia de nuestros corazones..."

"En cuanto a las murallas..."

"Será nueva", se entusiasma Ygrane. "No necesitaremos muros. Ya lo verás. Desde luego, quiero un gran jardín. Quizás la morada principal podría construirse alrededor de él, al viejo estilo romano. Pero más grande... más parecido a un parque. ¿Crees. que podremos hacerla, Theo?"

Merlinus, desfallecido de cansancio, los deja así, vagando felices sobre el humus del bosque. Mientras, las últimas libélulas cruzan el estremecimiento del aire, y la luz redonda y dorada del día rueda fría y pequeña hacia la vasta boca del poniente.

Merlinus se dilata como el crepúsculo. Sus sentidos se extienden hacia el ocaso, en busca de posibles peligros, y el mago anhela el retorno de los Síd y su rey-alce. No detecta amenazas. Los cuervos aletean en lo alto, los primeros jirones de la noche que

Librodot

llega. Se posan entre el ralo follaje de los grandes árboles, mientras pequeñas luces faerïe parpadean abajo, en la tierra radicosa, y cintilan en las ramas mohosas caídas a un negro estanque.

Ningún elfo llega por la puerta entre los mundos, lo que decepciona a Merlinus. A pesar de haber estado a punto de rendirse al cansancio y retornar a su propia carne, prosigue su vigilancia junto a Uther e Ygrane. Necesita estar seguro de que la pareja real estará protegida. Esa es, cree, la secreta revelación que busca: la vislumbre de un ángel, la llegada de los fiana o de los hombres del rey. No percibe ninguna amenaza en las proximidades, ni indicios de Morgeu ni de fieras peligrosas, pero no encuentra tampoco aliados y le cuesta dejarlos solos.

El mago flota a la deriva a través de la espesura, bajo la piel oro y roja del ocaso. Como siempre, parece el centro del universo y, por primera vez desde el mismo principio del tiempo, este pensamiento le resulta extraño. ¿Cómo es que el destino nos guía a cada uno hacia fines tan diferentes, aunque todos estamos hechos de la misma materia? Tantos caminos hay de vuelta a Ella... y tanto dolor en el retorno.

Tras explorar el perímetro del bosque con sus filamentos sensibles, vuelve a las sombras danzantes del lugar donde Uther e Ygrane han acampado y halla al rey y la reina hablando de él, lo que despierta su interés.

"El rey-alce envió a Merlinus con el unicornio", está diciendo Uther mientras asa una pequeña trucha en las llamas. "Partió hacia Ávalon, una isla en el mar occidental."

"Un lugar que conozco bien", dice Ygrane con un suspiro callado, y alza la mirada interrumpiendo por un instante su labor de cascar nueces y avellanas. "Sí, viven allí las Nueve Reinas. ¿No has oído hablar de ellas, acaso?"

Uther mueve negativamente la cabeza e Ygrane le cuenta la antigua historia, tal como Merlinus mismo la aprendiera. Pequeñas mariposas revolotean por el humo del pescado en manchas luminosas, mientras ella le habla del sacrificio del Rey del Invierno.

Cuando termina, Uther la contempla incrédulo. "¿Asesinaban a sus reyes?"

"Durante miles de años, ésa fue la costumbre", afirma Ygrane.

"Y los reyes... ¿lo permitían?"

La reina arroja un puñado de cascaras de nuez al fuego. "¿Tan distinto te parece de lo que hizo vuestro Jesús? El Cristo prosigue la misma tradición, deberías saberlo."

"Él murió por nuestros pecados, para salvar nuestras almas", la corrige Uther. "Era un carpintero, no un rey."

"Era rey de los judíos, ¿no es así?"

"Así se mofaron de él los romanos."

"Pero él era, en verdad, el mesías, el ungido y, así, el rey espiritual de su pueblo, el rey verdadero. ¿No tengo razón?"

"Quizás. Pero nunca se casó con una reina."

"¿No?" Ygrane dispone las nueces en las piedras calientes que anillan el fuego. "Dices que pereció para salvar el alma y ¿no es el alma una mujer?"

"¿Lo es?"

Ygrane le dedica una sonrisa regañona. "¿Y te consideras un hombre de conocimiento? Lee a tu Plotino otra vez, querido Theo, y a tu Aristófanes. Ellos te lo dirán. Ouranos, el cielo, es masculino, y Gaya, la tierra, es femenina. El espíritu es un hombre y el alma, una mujer. Mis druidas han enseñado la misma tradición desde el principio. Así que ya ves, Jesús murió para salvar el alma, la reina de su pueblo. Vivió y murió al antiguo modo de las reinas sacrificiales."

Uther repasa mentalmente estas ideas con cierto escepticismo mientras coloca el pescado asado en un largo pedazo de corteza de abedul. "Suenas como Merlinus el

Librodot

erudito, cuando cita a los filósofos. Fue él quien me enseñó que los neoplatónicos creen que la mente superior, Nous, es masculina y que la materia, Hyle, es femenina. Y yo aprendí de la iglesia, en efecto, que Cristo, el Logos, el Verbo, es masculino, y que el alma salvada por él es femenina", accede con un cabeceo gentil y sitúa el pescado entre los dos. "Vas a ser una cristiana muy consciente, Ygrane. Pero temo que los padres de la iglesia hallarán tus ideas un tanto perturbadoras."

"Lo mismo ocurre con los druidas. Estos saben lo que saben y el conocimiento transmitido de generación en generación no puede cuestionarse. Voy a decirte un secreto." Mientras usa una rama de avellano para remover las nueces en las brasas, revela: "Los druidas pertenecen al mismo linaje patriarcal que la tribu del desierto de la que nació tu salvador."

Uther la mira asombrado. "¿Los hebreos?"

"En los viejos tiempos", prosigue Ygrane, "cuando la era de las reinas estaba acabando, cuando nuestro pueblo se extendía a través de toda Europa hasta los desiertos meridionales, los druidas asumieron las funciones sagradas de nuestras sacerdotisas y el sacrificio de los reyes terminó. Hu Gadarn Hyscion —Hu el Poderoso, que condujo nuestro pueblo a Britania— era un descendiente de Abraham. Así se lo oí decir a Tall Silver, el mismo jefe de los druidas, cuando discutía con mi maestra, la vieja Raglaw. Los altares druídicos están hechos de piedras sin labrar, una práctica que, recuerdo haberle oído decir, puede hallarse en el libro sagrado hebreo del éxodo de Egipto. Capítulo veinte, versículo veinticinco: 'Si me haces un altar de piedra, que no sea de piedra labrada.'"

Uther se ríe de su sorprenderte conocimiento. "¿Has memorizado esto?"

Los ojos fascinantes de Ygrane brillan.

"¿Quieres hacerme creer que tus druidas son judíos?"

"Quiero que creas esto: que llegaron a la era de los reyes con la misma fe", dice la reina. "Que comparten una misma fe en la inmortalidad del alma y su tránsito de vida en vida. Esa es una de las enseñanzas secretas de los hebreos...*gilgul*, creo que lo llaman. También los griegos creían en ello. Y los magníficos imperios del este. Y además, aunque adoramos al Creador en toda la creación como el sol, las estrellas, los árboles, las rocas, creemos que el nombre de Dios es un misterio indescifrable. En mi lengua, decimos: *Nid dim ond duw... nid duw ond dim*. Dios no puede ser materia, lo que no es materia ha de ser Dios."

Una felicidad honda destila en su corazón al oírla hablar de estas cosas sagradas.

"Y hay más. Escucha esto, Theo. Hay tres profetas del desierto —Isaías, Jeremías y Zacarías— que se refieren al mesías por venir llamándolo 'la Rama'. Los druidas nos enseñan, también, que nuestro salvador es la Rama: la Panacea del muérdago, la dorada planta parasitaria que crece en la rara rama del roble."

"Entonces nuestra fe no es tan distinta, al fin y al cabo", se maravilla Uther, joven otra vez su rostro preocupado al resplandor de las llamas. Con cariño separa los pedazos más suculentos de la trucha para ella.

Ygrane acepta su ofrenda con calma mirada y sigue contemplándolo con sus ojos ígneos mientras le confía un secreto tribal: "Los druidas reverencian la cruz. Cuando encuentran la Rama, marcan el árbol como una cruz y graban la Rama con el nombre de 'Bálsamo Universal', que en mi lengua es *Yesu*."

Uther da una palmada y los ecos retornan acompañados por los gritos de trasgo de un cuervo.

Ygrane refleja el entusiasmo del joven con un brillo fraternal y sereno. "Somos un pueblo, el pueblo de esta tierra. El tiempo de las reinas ha acabado. Los reyes gobiernan el mundo ahora y comparten una misma fe en todas las naciones. Crean lo que crean,

Librodot

eso no cambia la verdad de las cosas."

"La verdad. .."Él se estremece por dentro. "Nueve Reinas aguardan en Ávalon. ¿Es eso lo que quieres decir?"

"Sí. Estaban en Ávalon mucho antes de Abraham. Allí estaban mucho antes de Babilonia, que le enseñó a Abraham lo que sabía. Y mucho antes de Egipto. Y mucho antes de cualquier reino. Las reinas gobernaron la Tierra durante muchos milenios más de los que la mayor parte de la gente creería que ha existido el mundo. Y todo este tiempo, las Nueves Reinas han estado en Ávalon presenciando las brutalidades de nuestra raza por medio de visión mágica. Al forjar la compasión en sus propias almas matriarcales, al cambiar ellas mismas, nos cambian a todos."

"Pero la edad de las reinas ha acabado", dice Uther pensativamente.

"Hace mucho de eso ya."

"Entonces, ¿qué hacen aún allí?"

"Esperan que los *Annwn* las reemplacen. Por reyes."

El fuego, que ilumina desde abajo el rostro joven de Uther, revela osado su aprensión. "¿Habré de ser yo el primero? ¿Es ésa la razón de nuestra unión?"

"No, Theo." Ella le toma la mano. "Mi visión no me ha mostrado nada de eso."

Un gélido entumecimiento roza el corazón de Uther. Ha dejado de entender lo que su vida revela. Desde que maridara a esta reina pagana descendida de los hebreos, su mundo de la vigilia se ha hecho como el del sueño: el dolor y la esperanza ordinarios se atenúan en él ahora que ha abrazado al espectro de su hermano en el inframundo, rescatado su alma de un dios animal y cabalgado por el infierno a lomos del dragónico Satán de sus pesadillas. Teme por lo que ha hecho y por lo que ha visto. Y recuerda a Dun Mane advirtiéndole que los hombres pierden la cabeza en los montes huecos.

Ygrane toma las nueces con cautela de las piedras en torno al fuego y las coloca con arte alrededor del pescado. Saborea el aroma entre áspero y dulce de los alimentos y, en un pedazo liso de corteza, prepara para él una porción de trucha aderezada con los frutos secos.

Observarla le calma los miedos a Uther. Ygrane parece encontrarse tan cómoda con estas verdades extrañas, que el joven se siente a salvo con ella. Se levanta y recupera la bolsa de hierbas entrelazadas en la que han puesto algunas bayas a refrescarse en la corriente. "Basta de todo esto. Mi mente se niega a seguir dándole vueltas. Tenemos las manos llenas de la labor de nuestro reino. Hemos de recuperar a nuestros hombres de los Síd. Los necesitamos para nuestras obras en esta vida. Todo lo demás, las Nueve Reinas, el rey-alce, los ángeles y los demonios..." Hace una mueca de asombro exagerado ante la profusión de poderes sutiles que existen alrededor y arranca una sonrisa a Ygrane. "Todo lo demás se lo dejaremos a Dios y los ángeles."

El rey y la reina se sientan juntos en el aura cálida del fuego y comparten una plegaria antes de compartir su sencilla cena: "Te damos las gracias otra vez, Señor", comienza Uther, "por librarnos en este día de aquellos que habrían deseado nuestro daño. Y te agradecemos que nos hayas devuelto el uno al otro, estos dos seres que Tú has unido para la fusión de los pueblos de este país contra sus enemigos."

"Que Dios sea loado en el principio y en el fin", concluye Ygrane. "Que el Creador del cielo y la tierra nos otorgue su merced."

Merlinus cede al sueño. Pero en lugar de deslizarse con suavidad hacia su cuerpo físico en Ávalon, su espectro parte violentamente. El mago sabe que a menos que se serene, el futuro se desmadejará ante él. No quiere tener que soportar otra visión, no con la mente desfallecida. Luchar para calmar su vuelo le hace sentir como si nadase contra

Librodot

la corriente de un río impetuoso, musculoso. Está demasiado cansado. Y así se recupera para hallarse con Uther e Ygrane una vez más.

La comida, fría e ignorada, sigue en su lugar. Ellos yacen desnudos al resplandor del fuego y el color de los ciervos o de los montes del poniente tiñe sus cuerpos. Se mueven con el ritmo de las llamas y aunque el mago sufre por invadir la verdad de este momento y no quisiera tener que estar presente, no puede apartar la mirada sin recaer en Ávalon. A ellos se aferra, como uno a otro se aferran ellos.

Los dedos se entreveran en los cabellos, entre sí las piernas se entreveran, y los rostros arrobados contra el brillo satén del fuego exhiben delicados, misteriosos sentimientos que Merlinus teme contaminar con su presencia demoniaca al contemplarlos. Abandona su mirada al aura que envuelve los cuerpos. Un sol se eleva. No blanco y deslumbrador como un ángel, sino más frío, una luz diamante que refracta el fuego de la cumbre de su pasión.

Merlinus se deja ir. No puede seguir soportando esta escena. Le recuerda de un modo demasiado doloroso las perversas intimidades a las que él, como íncubo, indujo a sus víctimas. Se deja ir y cae hacia Ávalon y hacia el futuro. Mientras cae, el sol blanco que es la unión de las luces corporales del rey y la reina se compacta en una estrella entre los astros densos de la noche.

Muy lejos de Merlinus, Uther e Ygrane arden. Libres de presentimientos y cuidados, colmados del instinto y la presencia de las realidades salvajes, se sumergen en la noche inefable abrasados de amor y su sol.

El futuro inmediato se abre mientras Merlinus se aleja de la pareja real. Y los ve a la luz del fuego comiendo con los dedos, charlando de las cosas que les esperan, del viaje a través del bosque hasta la próxima vía romana y, por ella, hasta Maridunum, donde Alguien Sabe la Verdad ha ordenado al mago encontrarlos.

"¿Por qué envió el rey-alce a Merlinus a Ávalon?", pregunta la reina.

"Para conseguir una espada. Una espada que los ángeles habían robado a un enano, creo."

"La espada Relámpago."

"¿Has oído hablar de ella?"

Ygrane deja de comer. "Sé que fue Brokk quien la hizo para el Furor mucho tiempo atrás. Es un arma de leyenda. Sólo un alma verdaderamente digna puede blandiría sin sufrir un daño incurable."

"No seré yo quien lo haga entonces, si tal es la condición..." Las manos de Uther se ocupan torpemente en la comida. "Yo sé cómo llegué a ser rey. Fueron Merlinus y Ambrosius quienes hicieron de mí lo que soy ahora, no mis propios méritos."

"No te menosprecies, Theo", lo contradice Ygrane. "Fuiste tú. Nadie más. Dios te escogió a ti."

"Pero ¿por qué?" Uther baja la cabeza, perplejo. "Yo no era nada más que un mozo de cuadra. ¿Cómo han podido cambiar de este modo las cosas?"

"Destino...y magia."

Uther le dirige una mirada aguda. "Eso no lo discuto. Destino y magia, por cierto." Una risa sombría, sardónica, brota en él con el recuerdo de su viaje al inframundo. "Cuando contemplé las almas de los muertos. Ygrane, los vi danzar y reír. Escuché la música que los mueve." Su expresión se suaviza. "Es mucho más grande... mucho más grande que cualquier cosa que pudiera haber imaginado."

"Sí." Ella recibe su expresión de luminosa vivencia interior con una mirada comprensiva. "La verdad siempre lo es."

Librodot

"Pero ¿puede esta magia lograr el triunfo de los nuestros contra los invasores?"

"Ah, pero ellos poseen su magia también." Ygrane inclina una de las comisuras de su boca en una desdichada sonrisa. "La magia es sólo la mitad de las cosas. El resto es destino."

"Voluntad de Dios." Uther la contempla con franca admiración, grabando en su mente por qué se siente tan triunfante a su lado: ella es vulnerable sin ser quejumbrosa. "Tú has aceptado ya nuestro destino juntos, sea lo que sea lo que nos ocurra."

"¿Estás seguro?" A la luz del fuego, sus facciones cinceladas le dan a la mujer un aire astuto que ella misma no percibe.

"Tú me llamaste", dice él. "Tú sabías que yo estaba en el mundo aun antes de encontrarme. Desde el principio, abrazaste tu destino como una reina. Por eso dejaste estos montes y te casaste con Gorlois. Sabes que estás destinada a dar a luz un gran rey."

"¿Lo sé?", pregunta ella, audible apenas.

"Sí. Ygrane. Yo, que no sé nada del destino, sí sé lo que acabo de decirte." Su voz se llena de una emoción tintada de miedo y esperanza. "Tu hijo... nuestro hijo será un alma grande y el destino la hará digna de portar la espada sagrada."

El rostro atento de Ygrane está radiante de serenidad. Hace amago de decir algo, pero Uther la silencia posándole un dedo en los labios. Se inclina hacia delante alzándose sobre sus rodillas y toca con su frente la de la mujer. Sus labios están secos y cálidos.

Cuando se besan, silueteados sus rostros contra la oscuridad y la luz del fuego, que se filtra entre ellos como los rayos de una estrella fiera, Merlinus se aleja.

Ambos se expanden en el abrazo que los une, ambos se dilatan de vida, se hacen visiblemente más grandes juntos, visiblemente más fuertes cuanto más se entrelazan. Y el mago piensa en todas las estrellas separadas en lo alto, todos los seres y las cosas separadas, cada uno en el centro exacto de todas partes y de ninguna. Y todos anhelan la plenitud que estos dos amantes poseen, esta conjunción de destinos en una misma luz compartida en la oscuridad, una armonía de éxtasis y peligro, de conocimiento y misterio, de magia y destino.

El tiempo se abre de golpe. Como un desierto montañoso, el futuro se ofrece a Merlinus bajo una perspectiva vasta, incoloro como esquisto. Montes enteros de tiempo aparecen por todas partes. El mago ríe incontrolablemente, poseído por el vertiginoso panorama de ajetreadas escenas. Ve batallas, sobre todo: bárbaros con sus extraños andrajos de cuero y maltrechas corazas y los jinetes de Uther, vestidos de negro y letales, colmando las faldas de los montes.

Mucho más cerca, en el terreno montuoso a sus pies, Merlinus atisba el unicornio y los soldados, rescatados por la criatura del Otromundo. Los fiana y los caballeros del rey emergen entre unas pequeñas colinas; les mancha las barbas la sal y se les ven ajados los rostros, afilados los rasgos tras su ordalía en el yermo eterno. Agotados, avanzan por la orilla de un pequeño arroyo hasta que llegan a Uther e Ygrane, dormidos el uno en los brazos del otro bajo una manta de hojarasca. Más abajo de la ladera, todos ellos cabalgan juntos a través del bosque severo. Más lejos aun, marchan pesadamente por una vía romana, en cuyo extremo está Maridunum con sus murallas pardas escarabajeadas de sarmientos.

Merlinus mira hacia el oeste, hacia un cielo como cuarzo roto. La cinta de un río se desmadeja hasta el mar y una barcaza flota lánguida en el brillante estuario. Nueve reinas orgullosas se alzan en la proa y un rey muerto yace en las bancadas, frío y azul.

Librodot

¿Uther? El mago no puede ver quién es. En la orilla cercana, truena otra batalla. Resbaladiza de sangre está la hierba; el cielo, colmado del rehilar de las flechas. Y, descorazonado, Merlinus reconoce las picas y las hachas de los bárbaros en el centelleo que atraviesa el polvo y los vapores que ciegan. Como la lengua de una llama, el dragón rojo de la grímpola de Uther vuela entre las negras banderas del humo de la guerra.

El mago aparta la mirada. Más cerca, en una peña de hierba gris acamada por el viento espectral, vislumbra unos bloques chatos de granito y la sección redonda de un roble, una rueda enorme cortada de un árbol titánico. La rueda se ladea y cae, posándose sobre las bases de granito. Y en ese instante deja de ser una rueda para ser una mesa... una inmensa tabla redonda. En su centro, hay una copa de plata con incrustaciones de oro y bañada en luz estelar.

Un ángel llega desde una foz, un fuego viviente de ojos cegadores, y de pronto Merlinus está en su cuerpo otra vez, en Ávalon, sentado con las piernas cruzadas en la tierra compacta y mirando a través de una jabalina de luz. Rápido, torna el rostro y un sol negro imprime su vista. Las Nueve Reinas, quietas en sus tronos pétreos y marcadas por la imagen que aún se demora en la retina del mago, lo observan a través de sus velos negros.

"¿Qué has visto?", le pregunta Rna con fatigada voz, inclinándose levemente hacia delante.

Merlinus abre la boca para hablar, pero el agotamiento le lastra el pecho. Murmura un sortilegio para despertar y la fatiga parte, dejando tras de sí una inmaculada lucidez. Empieza entonces a contar el bravo rescate de Ygrane conducido por Uther y la gloria de amor que entre ellos presenciara.

"No, Myrddin." Rna, anciana y marchita, mueve su cabeza soberbia. "¿Qué has visto de los tiempos por venir?"

"No mucho", repone Merlinus mientras se frota los ojos. "Un ángel interrumpió la visión; ni siquiera puedo verte aún con claridad. ¿Cuánto tiempo he estado contemplando el sol?"

"¿Presenciaste el nacimiento?" La voz de la anciana persiste, hueca como un eco. "¿Habrá nacimiento?"

"No lo sé."

"Entonces, ¿te viste a ti mismo? ¿Seguirás a Uther?"

Merlinus se encoge de hombros, planta en el suelo su bastón y se sirve de las dos manos para ponerse en pie. Siente el cuerpo agotado a pesar del sortilegio y necesita los brazos tanto como las piernas para mantenerse derecho. "A vosotras sí os vi, a las nueve, en una barca y por un río que entraba en el mar. Un rey muerto yacía a vuestros pies."

El velo negro de la mayor de las reinas se agita cuando ella suspira exasperada y se endereza en el trono. "Eso es algo bien conocido, Myrddin. ¿Viste algo más?"

"Sobre todo batallas."

"¿Qué puedes decirme de la espada Relámpago y de la piedra estelar? Tuviste que verlas."

"No." Merlinus piensa un momento. "Sólo una tabla, grande y redonda, cortada de un roble gigante. Creo que era una mesa. Y había en el centro una copa elegante de metales preciosos, pero faltaban sillas y personas alrededor."

Rna se inclina hacia delante otra vez, más pronunciadamente ahora, con los codos angulados mientras las manos aferran las rodillas. "¿Viste el Graal?"

"Vi una copa de plata con hilos de oro engastados, finos como cabello humano, y un brillo extraordinario irradiaba de ella."

"Ése es el Graal, Myrddin." Una cierta excitación trasluce la actitud impasible,

Librodot

magistral de la reina velada. "Los Señores del Fuego lo han concebido para que reciba el poder que ellos envían desde el cielo."

"Una antena." Merlinus se mordisquea el extremo del bigote. "Los ángeles deben de usarlo como un medio para concentrar energía. Electricidad..." Contiende con el lenguaje para dar nombre a la fuerza que como demonio conociera. Eléctricas, fricción del ámbar. "Hay un enorme potencial eléctrico entre la tierra y la atmósfera superior."

Una agitación recorre la cámara cuando las otras ocho reinas se vuelven en sus asientos para dirigirse murmullos una a otra. Serena como la de un halcón, la mirada de la mayor no se aparta de Merlinus. "Debes irte ahora, Myrddin. Coloca la piedra estelar en el lugar que te indique el unicornio. Da la espada Relámpago al Rey Uther. Cuando tengas la tabla de roble de tu visión, el Graal te será dado."

Antes de que el mago pueda responder, el espacio riela. Merlinus piensa al principio que la causa es su visión abrasada y parpadea. El aire se llena de protozoos gigantescos y los contornos redondos de la cámara tiemblan con el paso de sus cuerpos como grandes lentes. Las imágenes se difuminan y fragmentan, como reflejadas en un agua perturbada. Y cuando la visión de Merlinus se calma, la estancia circular y las Nueve Reinas han desaparecido.

Merlinus está en un círculo de piedras, brillantes de líquenes color fuego. Nueve árboles inquieta el viento que llega con el aroma del mar: un abedul, un fresno, un aliso, un sauce, un serbal, un espino, un roble, un acebo y un avellano. El frío que fluye entre estos árboles totémicos vierte energía en él, y un aire fúlgido colmado de sal marina y del hálito mineral de los montes lo envuelve.

El mago no se demora en este lugar. Las Nueve Reinas lo han hecho volver en sí con un propósito. Pictóricas las piernas de fuerza y agilidad, deja el círculo y corre a través del bosque de manzanos hasta la negra laguna.

Allí ve al unicornio, a la orilla del agua, bebiendo del mundo que flota en la trémula superficie espejeante. Su piel titila de generoso poder. Alza la mirada, cuando ve a Merlinus aproximarse, y aguarda. El paso del mago pierde precipitación a la vista de la hermosa criatura, porque recuerda demasiado bien la paz celeste que le infunde su contacto... y el dolor que siempre sigue a su partida.

Merlinus evita al unicornio y rodea el perímetro del pequeño lago para recuperar la piedra estelar y la espada hincada en ella. Físicamente no puede mover la roca, pero con la fuerza que hace ascender de la tierra y un canto vigoroso la obliga a flotar unas pulgadas sobre el suelo. La dirige hacia donde el unicornio lo espera, mientras lo observa con sus ojos largos, y monta la bestia.

Como siempre, eclosionan en su cerebro capullos de paraíso y la gracia del empíreo parece resplandecer a través de todas las cosas. Su poder se multiplica y, con un toque insistente del bastón, la piedra estelar se eleva en el aire. Después de una rara oscilación, la roca los precede mientras galopan hacia el este.

Un viento oceánico golpea la costa rocosa y el unicornio carga sobre la superficie facetada del mar, despidiendo espuma en rotas oriflamas de acuática polvareda. Olas encrestadas ruedan por todas partes; el mago cabalga sobre su corcel, directo hacia los acantilados azules del lejano mundo ordinario.

Una niebla lluviosa saluda a los fiana y guardias del rey cuando emergen de la oscuridad espectral del inframundo. Al principio, los exhaustos guerreros creen que este vacío gris es otro obstáculo impuesto a su huida. Pero las huellas que han estado siguiendo acaban en el lodo que, húmedos y desvaídos, cubren rododendros y pervincas.

Falon salta del caballo, alzado el rostro hacia el suave cernidillo. A través de los

Librodot

matices pastel de la boira, distingue las siluetas ásperas de los abetos y huele la resina. Ríe de alivio. La belleza del mundo se oculta en la bruma, como un secreto, y el resto de los hombres sólo empieza a comprender lentamente lo que ocurre.

"¡Hombres!", grita Falon a través de su vértigo. "¡Estamos en casa!"

Gemidos y ásperas exclamaciones de '¡Bendito Cymru!' brotan de la maltrecha compañía y todos se dejan caer al suelo para abrazar la fértil tierra. Rígidos de asombro los ojos, los hombres se levantan con esfuerzo y caminan vacilantes a través de la niebla hacia las sombras de los árboles colosales, donde el día arroja un brillo de azul polvoroso. Como ciegos, se mueven a tientas con los brazos extendidos entre los faraónicos pilares de los árboles, agradecidos de volver a palpar la corteza y la pinaza y los dones de la lluvia.

En la cima de la ladera por la que han ascendido, los peregrinos descubren que la bruma colma sólo los cálices de los valles y el alba hiere sus ojos con un resplandor cerúleo. Ebrios de sol y rocío, la mugrienta compañía baila como un grupo de payasos jubilosos. También los caballos reviven bajo la luz biselada y el viento del otoño porta los relinchos de sus cantos.

Sólo Falon conserva la cordura suficiente para orientarse. Desde una rama empavesada de yedra roja, estudia los montes humosos que se extienden hacia un norte abrupto y comprende que se hallan en el bosque de los Dematae. Forzando a los caballos, los jinetes pueden alcanzar Maridunum la tarde del día siguiente. Reúne a los hombres y los guía a través de la bruma matutina hasta la orilla enguijarrada de una corriente para lavarse y refrescar a los animales.

Allí, encuentran al rey y la reina abrazados, dormidos bajo un edredón de hojas. Verlos los complace tanto como el toque cálido del sol y el paisaje montañoso de su hogar. Ahora se dan cuenta de que el tránsito demente por el país de las sombras no ha sido en vano y despiertan a la pareja real con gritos gozosos.

Una alegre sorpresa invade a Uther e Ygrane en su refugio junto a la corriente y todo el cansancio de la larga noche amorosa se desvanece al ver a sus hombres sanos y salvos. Con ánimo de celebración, preparan un gran fuego mientras varios soldados penetran en el bosque a la caza de un ciervo. Ningún animal cobran los aturdidos arqueros, pero los fiana atrapan numerosas truchas y el improvisado banquete da lugar a la narración de las historias.

El viaje a Maridunum, bajo un techo de nubes desgarrado por los rayos salvajes del sol, los limpia del aire del Otromundo. Por la noche, la lluvia que peina las ramas de los espinos que los protegen, los empuja con su caricia a un sueño sin ensueños. Despiertan a un día desapacible y gris en las brumosas sendas del bosque. A media mañana, siguen un camino de carros lleno de rodadas junto a pequeñas granjas y manzanares tan ordinaria e inexorablemente familiares que muchos de ellos se sienten lo bastante sanos al fin para llorar.

Falon no puede dejar de mirar a la reina. Le parece diferente, acaso porque nunca antes la ha visto feliz. La oscuridad del Otromundo ha agudizado su vista a este lado de la realidad y exulta al percibir los pequeños detalles que revelan el humor distendido de Ygrane: ve ahondarse ligeramente sus hoyuelos en las sonrisas compartidas de la pareja, ve las miradas orgullosas que dirige al rey y oye los colores de su alma en su voz cuando le habla a Uther. La reina está enamorada.

Esto le parece a Falon un don sagrado, una bendición para todo el pueblo. Ygrane, desde que lo llamara a su guardia quince años atrás, ha parecido siempre preocupada por su magia. Sus trances y sus conversaciones con los seres invisibles hacen que una gran parte de ella pertenezca al mundo sutil. Pero ahora, el ojo sensible de Falon la ve totalmente concentrada en este mundo.

Librodot

Uther la ha cambiado cambiando él mismo también. El incierto rey vestido de negro que maridara a la reina se ha convertido en un héroe celta, un invasor de las montañas huecas, un consorte digno de la reina-bruja. Falon percibe al fin la magia que su veleidosa y distraída reina ha urdido a lo largo de todos estos años. La marea histórica de los imperios ruge en este bosque tenebroso, alzándose entre los árboles que el viento deshoja y arremolinándose en torno a esta real pareja.

Cabalgan juntos sobre el corcel desnudo de Falon, la reina en el abrazo del rey y las riendas compartidas. Este emblema vivo inspira a los fiana y arqueros a montar atentos en sus posiciones defensivas, guardando lo que con esfuerzo han conquistado. Falon comparte montura con uno de los hombres que murió en la región subterránea, mientras otro de los resucitados precede veloz al grupo para alertar a los guardias de Maridunum.

Para el momento en que aparece el primer villorrio envuelto en verdes pastizales que vacas rojizas motean, las aventuras pasadas parecen más cosa de fábula que eventos de importancia.

El porvenir los reclama: la alianza entre celtas y romanos y las batallas que será necesario ganar para unir el reino.

Dun Mane, vestido con las ropas verdes y el capuz blanco de su supremo rango, da al rey la bienvenida a su santuario particular. El cubículo, aunque pequeño y lleno de grandes legajos desordenados que se amontonan en la mesa de un copista, tiene un techo abovedado que dota al espacio de cierta grandeza. Una lámpara de aceite aromatizada cuelga en lo alto de una cadena y esparce por la estancia el resplandor del ocaso con fragancia a manzanas tiernas.

Es ésta la celda privada del druida, donde goza la compañía de los textos antiguos. Desde la horrible experiencia de las nupcias reales, todos estos días, que le han parecido semanas, ha estado sentado aquí, sumido en reflexiva plegaria o en el estudio de las escrituras más sagradas: *El Libro del Fuego Verde y El Libro Amarillo de la Rama*, colecciones ambos de las enseñanzas orales de los primeros druidas. Busca alcanzar aunque sea cierta comprensión de los espantosos portentos que ha presenciado y cree haberla hallado entre estas venerables runas.

Ambas fuentes escritas registran que *habrá signos y portentos cuando los nombres ardientes hayan de ser oídos otra vez*: éste era el pasaje que contemplaba cuando el cuerno de la victoria sonó y Uther retornó a Maridunum con la reina. Ahora, después de haber oído sus historias, comprende: *los nombres ardientes* son los héroes primordiales, las grandes almas que visten la forma fantasmal de la carne cuando el pueblo necesita su brillante ardor y su poder.

Dun Mane ve a Uther Pendragón bajo esta perspectiva. Hasta el terror de las nupcias, el druida supremo tuvo fe solamente en la ventaja política y militar que proporcionaría la renovación de la alianza con los romanos. Pero ahora que el rey ha vuelto de las montañas huecas, ahora que el mismo Uther Pendragón habla de enfrentar al rey-alce y del trueque de almas pactado con él, Dun Mane capta algo mucho más esencial en esta unión.

Una revelación espiritual tiene lugar ante sus ojos. Dun Mane está convencido de ello. La lee en los textos sagrados de su pueblo y la oye en las sagradas declaraciones de la religión del rey, cuyo Ungido bautizará con fuego: *He venido a verter fuego sobre la tierra*.

Dun Mane recibe al rey con formal boato, vestido con su atuendo ritual. El heraldo del rey ha llegado inesperadamente con la petición de una entrevista y el druida

Librodot

apenas ha tenido tiempo de ponerse las ropas de culto. Pero Uther llega con la cabeza descubierta, vestido de un modo informal con una túnica azul y unas zapatillas de terciopelo, ensombrecido el rostro por alguna preocupación. Posa sus manos en los hombros del dignatario y le impide inclinarse. "No me reverencies ni a mí ni a mi rango, Dun Mane", dice con voz llana y honesta. "He venido a ti como hombre, una criatura de nuestra raza. Necesito tu consejo."

Se sientan juntos en el banco de la mesa del copista y Dun Mane se despoja de la caperuza y expone su larga faz cansada, patinada de un vello argénteo. "Estás aquí porque temes dar tu alma al rey-alce."

Una sonrisa contenida turba a Uther antes de que el peso solemne de esta verdad vele su rostro otra vez. "Sí, Dun Mane. Mi promesa no es fácil de sobrellevar. ¿Cómo lo has sabido?"

"Aquí he estado sentado, meditando en las cosas que has contado de tu viaje al inframundo", dice Dun Mane con su voz baja, "y he sentido tu inquietud. Tú eres un cristiano...y un dios celta pide tu sacrificio."

La faz de Uther se oscurece. "He dejado de entender el mundo."

Una risa triste se desprende del druida. "Tampoco lo entiendo yo, mi señor. Durante todos mis años como druida no ha habido glamour ni maravillas que me tocasen. He vivido de modo intrigante y oportunista. El poder de mi familia me protegió y me nutrió, y mi influencia personal creció con el tiempo. Viví la vida política de los clanes. La viví tan bien que cuando el supremo druida precedente, el legendario Tall Silver, pasó al Mundo Superior se me invitó a tomar su puesto." Otra risa infeliz cae de él. "Por aquellos tiempos, pensé que las historias de la magia de Tall Silver eran alegoría, fábulas de iluminación. Ignoré los misteriosos sentimientos de temor que tenía en presencia de la reina. Me mofé de la vieja Raglaw, una primitiva reminiscencia de nuestro pasado aborigen. Me creí un ser ilustrado, casi romano en mi modernidad. Pensaba que entendía el mundo, además. Y estaba equivocado."

Confuso, el rey se lleva el pulgar a su mentón afeitado. "¿Cómo puede haber tantos dioses?"

"Hay un solo Dios", asevera Dun Mane, "pero la deidad tiene muchos rostros...y no todos ellos humanos."

"Pero yo soy cristiano y el rey-alce pagano."

"Mi señor, somos una sola luz de muchos colores. Escucha." Posa una mano moteada por la edad en el rimero marrón de legajos. "He estado estudiando estos textos antiguos otra vez, escrituras sagradas que un día consideré menos importantes que los tratados entre los clanes y los mapas fronterizos. Los he contemplado con una luz nueva desde tu matrimonio, mi señor. Ahora estoy convencido de que tu fe y la mía son la misma." Una sonrisa quiescente configura su voluminoso semblante. "Ahora estoy convencido de que los druidas son una casta sacerdotal que desciende del Templo de Salomón en Jerusalén."

El templo fue destruido por los babilonios en el año 586 a. C., una era en que los dominios celtas tocaban la tierra santa: fue entonces cuando unos y otros compartieron lo que sabían de la magia de los Señores del Fuego. Uther recuerda haberse enterado de esto, primero por Merlinus, después por Ygrane, ahora por su druida. "¿Sois hebreos entonces?"

"Creo que los druidas y los rabís pertenecen a una misma tradición y muy bien podrían descender de ancestros comunes, sí. Conservamos las mismas tradiciones antiguas. Te las expondré en detalle cuando lo desees, pero por ahora todo lo que necesitas conocer, mi señor, es que el Ungido, *Yesu*, es un salvador celta profetizado por nuestros videntes desde la era del Templo de Salomón."

Librodot

"Es la Panacea, simbolizado por el muérdago que adoran vuestros sabios", repite Uther las enseñanzas de su mujer. "Pero... Dun Mane, ¿aceptáis los druidas realmente a Jesús el Cristo como hijo de Dios y salvador vuestro?"

"No puedo hablar todavía por el resto de los druidas", responde Dun Mane con brillante candor, "pero, en cuanto a mí, estoy seguro. *Yesu* es el nuevo dios de nuestra era moderna y está destinado a ser la divinidad suprema del Norte Perdurable. Yo no tengo la visión, como la reina, pero puedo ver con suficiente evidencia que Dios ha hecho que la antigua profecía culminase en Jesús: ha venido al Pequeño Mundo y ha vestido carne fantasmal como un hombre."

"Y tu dios, Alguien Sabe la Verdad... ¿qué me dices de él?", pregunta el rey en tono desafiante. "Me reprochó que los cristianos le robasen las almas."

Las profundas arrugas de Dun Mane se oscurecen pensativamente. "Los dioses se ven muy disminuidos cuando penetran en la tierra. Se vuelven más pequeños. Más ágiles quizás, pero mucho menos poderosos. Viven demasiado cerca del Dragón y ello los cambia. Los hace más parecidos a la bestia misma... como tu ancestro..."

"Wray Vitki... sí." La luz se extiende por el rostro de Uther cuando alza la mirada hacia la lámpara de aceite, esperando casi una respuesta de Dios para el milagro abominable del *magus*. "Juro por todo lo que es santo que se ha convertido en un viejo y exhausto dragón. Si no fuera por los sueños de infancia que me lo mostraron, no habría sabido que fue hombre alguna vez."

"Lo mismo les ocurre a los dioses, mi señor, sólo que con mayor lentitud a través de las eras." Abre uno de los volúmenes de cuero y señala las inflorescencias de bucles entreverados y espirales entrelazadas de las glosas. "Mi pueblo está obsesionado con el Dragón. Mira estos trazos de nuestros diseños, semejantes a adujas de dragón. Escucha lo lastimero de nuestra música, que es la misma melancolía de los cantoensueños del Dragón. El espíritu de nuestro pueblo, antiguo ya, ha descendido al interior de la tierra. Pero ahora, *Yesu* llega al fin, el Bálsamo Universal, resucitado por Dios de entre los muertos. Él sacará a nuestro pueblo del subsuelo, porque nosotros somos su pueblo y descendemos directamente de su cepa. ¿Lo entiendes, rey Uther? El mesías ha venido por nosotros... en ti."

Uther extiende su mano en el pecho y mueve la cabeza. "No en mí, Dun Mane. Yo no soy sino un hombre."

"Convertido en rey por Dios."

"Por Merlinus... Myrddin... si hay que hacer honor a la verdad."

"Myrddin es un demonio ganado por los ángeles para la Gracia de Dios", repone Dun Mane. "Él no te eligió, sino que tú le fuiste mostrado por la visión profética de la anciana Raglaw."

Uther mantiene la cabeza baja. "Jesús es el mesías, no yo."

"Tu humildad te honra, mi señor." Una sonrisa paternal embellece el rostro grande de Dun Mane. "Riochatus querría hacernos creer que es el mismo Jesucristo. Sin embargo, no es la suya una voz que se alce por nuestro salvador, sino por Rávena y la iglesia romana. Es uno de los romanos que buscan el poder en su país para decidir cómo debe ser comprendido *Yesu* por todos los demás. No. *Yesu* vive en el alma de cada hombre que esté abierto a la salvación. Ya sabes eso. Por eso te ha elegido Dios como rey: un cristiano con un alma lo bastante grande para contemplar el rostro de alce de Alguien Sabe la Verdad y convertir a su mejor guerrero en un seguidor de *Yesu*."

"Pero tengo miedo, Dun Mane", confiesa él. "No sé lo que estoy haciendo."

"No temas, noble monarca." El druida le sonríe cálidamente. "Estás haciendo surgir una parte inmensa del alma celta desde la oscuridad del inframundo a la luz del mundo de la vigilia, a la historia. Te prometo que el alma que engendres con tu sacri-

Librodot

ficio brillará a través de las eras."

"¿Y mi propia alma?" Los ojos dorados del rey se estrechan. "¿Qué será de mi alma en manos del rey-alce?"

La bondadosa y esperanzada sonrisa del druida se hace más honda. "Uther Pendragón, tú eres un verdadero cristiano. Tú posees la Panacea de *Yesu* en tu alma. Es por eso que puedes descender al inframundo y retornar sano y salvo. Mírate..." Se sienta hacia atrás con los ojos grandes de admiración. "Has estado en las montañas huecas, has departido con el dios de la pálida gente y estás íntegro, no más loco de lo que lo estabas cuando maridaste a nuestro pueblo febril. Tu fe te protege."

"Si es así, Dun Mane, entonces haría bien en confiar en Dios para el nacimiento de mi hijo. ¿Por qué este trueque de almas con el rey-alce?"

El druida se inclina hacia atrás como si un viento soplase de pronto a través de su cráneo. "¿Desdeñarías el alma de nuestro mejor guerrero?" Entrecierra los ojos aturdido. "Debes beber de la Fuente del Cuervo. Diste tu palabra. La palabra de un rey dada a un dios."

"No di mi palabra, Dun Mane."

Una expresión árida cubre la estupefacta decepción del druida. "Si no bebes de la Fuente del Cuervo, Ygrane dará a luz otra Morgeu. Y tú habrás demostrado ser poco mejor que cualquier mediocre señor de la guerra."

Uther recibe mansamente la maldición del druida. Está contento por todas las cosas que Dun Mane le ha dicho de su fe compartida, y se siente en particular aliviado de que su destino le prohiba vivir y morir como otros hombres. Porque el aspecto de la transacción con el dios celta que más ha temido el rey es que él, en realidad, quiere volver a los bienaventurados campos del inframundo. Aún puede oír a veces, con los ojos cerrados, al viento murmurar a través de las copas de aquellos árboles, como el agua o los rociones de la lluvia, con su fragante aroma amizclado.

"Gracias por tu consejo sincero, Dun Mane." El rey se pone en pie, una figura vulgar y satisfecha. "Recordaré tu sabiduría."

Antes de que el druida se levante para despedir adecuadamente a su huésped, Uther deja la celda y desaparece por el oscuro corredor, como si no fuera más que un fantasma devuelto a las sombras.

***

Mientras el rey confronta a Dun Mane, la reina se entrevista con Riochatus en los apartamentos del obispo, que dominan las irregulares callejas de Maridunum. Lo ha buscado para preguntarle acerca de Miriam, la madre de *Yesu.* Su visión de la Madre Bendita perdura, conmovedora en su memoria.

El obispo, con ropajes rojos y sombrero pontifical, se sienta en una silla eclesiástica, un faldistorio curvilíneo transportado con él desde Londinium. Un clérigo de sotana parda localiza pasajes apropiados en la Biblia, colocada en el atril con las alas extendidas ante el padre de la iglesia. Riochatus pontifica prolijamente acerca de la sagrada concepción, el nacimiento virginal y el misterio de la ascensión a los cielos. Nada de lo que dice le recuerda a Ygrane la mujer mediterránea de tez oscura, frente escita y ojos vulnerables de gacela, cuya voluptuosa serenidad la liberó del Habitante Oscuro.

Cuando el obispo concluye, le pide a la reina que rece con él e Ygrane se arrodilla junto a la ventana mientras Riochatus entona litúrgicas súplicas desde su asiento. El

Librodot

abejoneo de sus palabras desaparece por el ventanal mientras que, cuando reza silente la reina, sus ojos cerrados convierten la oscuridad tras los párpados en una anhelante imploración, que deja un lugar frío en su alma por donde aquélla pasa al Mundo Superior: *Un pueblo moribundo te llama, madre de Dios. Tú, que diste tu hijo a la muerte y lo viste alzarse de nuevo, sálvanos. Nuestra alma cruza ya el portal del ocaso hacia el inframundo de los pueblos desvanecidos. Sólo tu hijo, Yesu, puede salvarnos de la oscuridad. Envíanos su magia para que portemos tu luz a través de las eras.*

Las exhalaciones del obispo y su clérigo le abren los ojos. Un ángel emerge del cielo de cuarzo humoso. Se cierne sobre los techos de paja como una malla de estrellas y sus rayos hilvanan un espectro humano. El temblor de sus alas despierta música en la sangre muda de los que lo contemplan. Un instante después, ha partido.

El clérigo se postra y el obispo cae tremolando de hinojos. Ardientes los ojos de lágrimas, clama: "¡Bendita madre de misericordia! Mi plegaria ha encontrado respuesta. Nuestro salvador es aceptado por los celtas." Torna su rostro febril hacia la reina. "¿Aceptas a Jesús como salvador tuyo, Ygrane, reina de los celtas?"

La reina suspira, lánguida, y se pone en pie. "No entiendes nada, Riochatus." Se vuelve y deja la estancia de un modo tan abrupto que el rostro macilento del obispo aún se ve beatífico y alegre, cuando los cortinajes se cierran tras ella.

La piedra estelar cae al suelo bajo el tridente de un rayo y un clamor de trueno. El unicornio destella, ligeros y luminosos los cascos, por las hoces zarzosas cerca de donde la roca cayó, en el país fluvial de los Dobuni. Ciervos asustados y centellas de pájaros pasan veloces, huyendo del estrépito. En un lecho de endrinos y ásteres, alto en un monte conocido como Caliburnus, la piedra arraiga como si hubiera estado allí desde un tiempo inmemorial.

Pero no... Al aproximarse a ella, Merlinus puede ver que no es como antes. La piedra se ha roto en dos mitades simétricas. Una de ellas se ha hincado en la orilla fangosa del arroyo que corre por la base del monte y sólo una esquina de la roca es visible. La otra mitad yace en la cima del monte, inserta como una muela. La espada está en ella erecta, atrapada aún la hoja en la fisura donde quedara atascada.

El corcel del mago se detiene sobre las piedras musgosas del arroyo y Merlinus desmonta para recuperar la espada Relámpago. Entorpecido por la triste decoloración anímica que sigue a la separación del unicornio, Merlinus asciende la orilla ayudándose con el bastón. Aferra con una mano la esquina expuesta del fragmento de piedra estelar y, cuando traslada su peso hacia ese brazo, la piedra se desliza horizontalmente sobre los guijarros lubricados de cieno. Su galardón huye y él rueda por la pendiente de la orilla hasta la gélida estupefacción del arroyo.

Merlinus se incorpora de golpe, chapaleando en el agua en busca de su sombrero, sacudiéndose el agua de la barba y el cabello, y asustando al unicornio. Cuando eleva la vista para elegir el camino con más cuidado, una sorpresa lo aturde. ¡La espada Relámpago se ha perdido! Deja caer el bastón y vuela por la riba, ágil como un mono.

La espada no ha desaparecido. Ha caído, únicamente, y yace plana sobre la piedra, velada por ella, si se la mira desde abajo. Merlinus la alza sin dificultad y la luz que despide su hoja espejeante le ilumina el interior del cráneo, encendiendo en él una intuición. Posa la espada en la piedra, desciende de nuevo la pendiente y empuja la otra mitad de la roca hasta su posición anterior. Cuando trepa de nuevo hasta la cima, la espada se ha soldado otra vez al yunque de roca y es imposible moverla.

Merlinus comprende entonces que la piedra estelar era en su origen dos rocas separadas: una encajadura de acero y una espiga magnética, fundidas. El impacto las ha

Librodot

separado. Ahora, al mover el imán, el acero gana o pierde la fuerza para retener la espada.

Aun sin saber todavía qué sentido tiene esto en relación al destino al que sirven la espada y la piedra, el mago está seguro de que no se trata de un accidente. Es magia. Y deberá estar atento para descubrir su propósito. Determinado a ello, empuja la mitad magnética de la piedra estelar hasta una posición libre, vuelve a la cima y toma la espada Relámpago. Su hoja acanalada refleja los ígneos colores del bosque: las flores anaranjadas de las calabaceras, arces rojos, robles bronce y abedules amarillos. Luego, con la espada en la mano, desciende la cuesta, recupera el bastón y el sombrero, monta el unicornio y ambos parten de nuevo, gráciles como el viento por las densas y enmarañadas veredas del bosque.

Las murallas de Maridunum aparecen en la distancia al emerger de las penumbras del bosque, rojizas contra la larga luz del sol. Si es aurora u ocaso, Merlinus no puede saberlo con certeza. El unicornio se detiene en el linde del bosque, que corona el parque detrás de los muros de la ciudad donde el rey y la reina celebraran las nupcias, parece, un milenio atrás.

Merlinus no quiere desmontar. Teme la tristeza que lo poseerá. El unicornio sacude la cabeza impaciente y el jinete lo azuza con las rodillas, deseando que continúe hacia delante, esperando que Ygrane los vea y retenga la criatura para Bleys. Si su maestro apareciera ahora, arrojaría la espada al suelo y lo subiría a la grupa para cabalgar juntos hacia las alturas.

Pero Ygrane y Bleys no vienen a él y el unicornio piafa nervioso, sibilantes sus cascos en la hojarasca como fragmentos de estrella. Merlinus desmonta. Una estupefacta melancolía lo asalta y todo lo que puede hacer bajo su mortaja es no dejarse caer a tierra. Taciturno y vacío se arrastra hacia la luz melada del campo abierto. Mira atrás sólo una vez. Vuela el vilano allí donde, colmado de amor y locura insondables, se alzara la empírea criatura.

Bleys llega caminando a través de nubes de hojas que arremolina el viento. "Ey, no te veo desde largo tiempo." Da una palmada a Merlinus en el hombro y observa la espada resplandeciente. "Ho, tú hace poderosa grande magia, no duda."

"Sin duda." Merlinus pasa junto a él pesadamente y alza el bastón para saludar a los guardias de las murallas que lo han visto. No hay signos ya en el parque del asalto de los demonios ni de la incursión de las Y Mamau. *¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces?*, se pregunta y observa confuso alrededor.

"¿Por qué tú lleva cara larga?" Bleys clava un dedo en el esternón del mago. "Sube poder... ¡aquí! Hace contento."

"No tengo fuerzas ya para ello, maestro. No tengo fuerzas."

Bleys asiente. "Sí, sí. Tú gran cabeza. Hace mucha grande magia. Cambia mundo, ¿hah?"

Merlinus dirige al pequeño personaje una mirada ceñuda, temeroso de hablar y sabiendo que, diga lo que diga, lo lamentará más tarde.

"¿Dónde Ch'i-lin ahora? Tú monta Ch'i-lin, ¿no hace monta a este uno?"

"No he podido ayudarte esta vez, maestro. El unicornio se detuvo en el bosque y no quería acercarse más a la ciudad."

"Shee... uno grande hombre mágico, tú. ¡Hah! Tú ni incluso puede monta unicornio. ¡Unicornio monta a ti!"

"Maestro, yo..." Merlinus no sabe qué decir. El portal posterior de la muralla de la ciudad se ha abierto y una cuña de fiana emerge impetuosa seguida por tres arqueros montados. Uther e Ygrane aparecen en la puerta y, cuando reconocen al mago, el rey da el alto a sus soldados. Éstos forman en dos líneas paralelas a los flancos. Merlinus se

Librodot

acerca con la espada Relámpago en alto, que irradia la luz anaranjada del sol.

"¡Merlinus!", lo saluda Uther. "¡Cuánto tiempo! ¿Dónde has estado?"

"En Ávalon, señor, tal como el rey-alce me ordenara." El mago baja la espada para mostrársela al rey, pero es Ygrane quien primero la reconoce.

"¡La espada del Furor!", identifica de inmediato la hoja. "Los bárbaros no pueden vencer esta magia, la mejor de sus propios dioses."

Merlinus torna la espada y la alza como una cruz para ofrecérsela al rey. "Un don de poder de parte de los Daoine Síd... y las Nueve Reinas de Ávalon."

Uther examina el arma con una mirada de sagrado temor. La blande con destreza y se vuelve hacia sus soldados. "¡Contemplad, una espada matadragones en la mano de vuestro rey! ¡Con ella venceremos a los invasores y expulsaremos a todas las hordas nórdicas de nuestro país!"

El hurra feroz de los guerreros asciende al cielo carmesí y un clamor responde desde las murallas, donde se han reunido los soldados de los barracones para presenciar el retorno del mago.

Ygrane se inclina para besar la mejilla de Merlinus. "Has obrado bien, Myrddin, y oportunamente. Los señores de la guerra britones y celtas se niegan a cooperar. Quizás ahora, Uther sea capaz de unirlos."

El rey muestra la espada Relámpago a los soldados. Sus reflejos les colman los rostros de un resplandor de esperanza, de una predestinada gloria. En ese momento, Bleys aparece detrás de Merlinus y susurra: "Mucha grande cabeza."

Dejando atrás su Cymru materno y su Britania paternal, Morgeu busca una morada tan al norte como puede hallarla. Más allá de los riscos del Muro Adriano y de las enmohecidas defensas de la frontera antonina, entre las foces brumosas de las tierras altas, encuentra ruinas romanas. Un dédalo de murallas quebradas y pavimento se imprimen en una herbosa meseta sobre una corriente entre rocas.

Hace cuatro siglos ésta era la fortaleza de Inchtuthil, el puño de hierro que daba a Roma la Caledonia del este. Ahora es un campo roqueño, cubierto de brezo. La docena de Y Mamau que Morgeu ha llevado consigo al norte planta las tiendas y empieza a trabajar en la construcción de techos de madera para los baluartes de piedra sobrevivientes.

Un asentamiento picto en las proximidades migra unas noches después, cuando luces verdes espectrales se dejan ver flotando entre las ruinas y los bosques circundantes. Azael hostiga con pesadillas a los habitantes del lago local y a los bandidos que habitan en cavas subterráneas de piedra hasta que unos y otros pierden la voluntad carnal de acosar a las mujeres recién llegadas. Los pictos se mantienen bien alejados de la embrujada fortaleza de Morgeu, a la que llaman la *Fey*, la Condenada.

Antes de que la ira del invierno descienda, varias Y Mamau retornan de Segontium con un carro desvencijado bajo cuyas provisiones de turba han ocultado una gran estatua de piedra de la diosa negra, Morrígan. Las danzas extáticas empiezan entonces y también los sacrificios de sangre. Pero esta vez, Morgeu está decidida a servirse tanto de la astucia política de su padre como del brujesco legado materno a la hora de enfrentar a sus enemigos y hacerse sitio en el mundo.

Lo que no comprende es que la misma voluntad de permanecer en estos vastos bosques helados proviene de Azael, que todavía anhela liberar a Lailokén de su saco de tripas. Su anhelo se ha hecho tanto más intenso desde que Bubelis y Ojanzán chocaron con los ángeles y quedaron reducidos a cenizas sobre Maridunum. Pasarán siglos antes de que se recuperen de una conflagración semejante y, mientras derivan desvalidos en

Librodot

su dolor por el frío y estupor del espacio, Ethiops y él deben proseguir solos la contienda.

Lailokén se gozaba en asesinar a los sacos de tripas azuzando sus pasiones y Azael ha decidido servirse de las mismas mañas con el mago. Ésa es la razón de que haya inspirado a Morgeu la idea de establecer su morada lejos de las tierras de sus padres. Con ayuda del demonio, se hará más diestra este invierno en la magia de Morrígan y lo bastante fuerte para creerse una hechicera en su propio reino.

Los pictos la temerán hasta honrarla. Habrá tratados y Morgeu servirá como intermediaria poderosa entre las tribus septentrionales y los celtas del sur. Disfrutará de poder político y magia. Y cuando las indulgentes ambiciones de Merlinus lo tornen vulnerable, ella estará preparada para golpear.

A menudo ese invierno ven los exploradores pictos a Morgeu vagar por las plateadas orillas del río murmurando encantamientos en voz baja. Habla con Morrígan sobre su propio destino como reina de los celtas. Discuten las viejas costumbres, los festines sangrientos que hacen fuertes a las secuaces de la diosa, a un mismo tiempo guerreras y brujas lunarias. Y planean la venganza por Gorlois y la destrucción de Lailokén.

Los exploradores y cazadores pictos desaparecen, y con ellos ceban Azael y las Y Mamau a la Bebedora de Vidas, el Dragón. La bestia inmensa, atraída por las ofrendas, arroja vapores y hace bullir el cieno en los pantanos próximos a Inchtuthil. Habla ásperamente a través del trance de las mujeres de su culto y pide con gemidos ser alimentado con el maestro de Lailokén. Azael planea sacrificarle el unicornio también y se lo dice a las hechiceras con la voz de Morrígan.

Morgeu recuerda con ternura sus dorados estíos con el unicornio. Están éstos entre las pocas membranzas felices de su madre, aunque tintadas también de cierta tristeza. Cuando Ygrane dejó de enviarle el unicornio, ella descubrió desesperada que carecía de magia propia, de poder para llamar a la encantada criatura, y de toda esperanza futura como mujer.

Aún un rictus amargo le cambia el rostro al recordar cómo la desdeñaban las familias romanas a causa de su madre pagana. Vapores de alisos y robles invernales pintan las peñas del río con los mismos brumosos matices que su dolor de entonces.

"Todo eso ha cambiado contigo, diosa mía", le dice a la corriente sombría que sumerge las almas oscuras de abetos y pinos. "Morrígan, que vives en las agujas negras de los árboles. Morrígan de la noche invernal, colma esta vasija de tu magia." A sus pies, la corriente ha esculpido el hielo en las formas sinuosas del cabello de una ahogada y espera ver aquí algún signo de su diosa.

Pero ni los faerïe ni el unicornio vienen a Morgeu como cuando los invocaba su madre. Cuando Morgeu llama a Morrígan, Azael debe conjurar una presencia. El demonio le responde con lagoterías que la confunden con ilusiones desmesuradas. Le muestra las chozas desvencijadas que las Y Mamau han artistado entre las ruinas de Inchtuthil y las presenta como un palacio: no una fortaleza romana, sino una aireada *mansio*, un templo sagrado a Morrígan con muros de magia en lugar de piedra. Desde aquí, gobernará el peligro y la demencia.

Lo más atractivo de todo para ella es que poseerá un reino propio, ni el de su madre ni el de su padre. Será un reino celtorromano nacido más íntimamente de ella que cualquiera heredado por un ser de carne y hueso, pues ella lo dará a luz realizando lo que ningún monarca se ha atrevido a hacer en treinta generaciones: continuar inmerso en la arcaica y sanguinaria pasión de Morrígan. Y hará esto como celtorromana, una hechicera del orden más antiguo bajo el aspecto de una noble moderna: Morgeu la Condenada.

Para el unicornio, las horas son nubes. Los colores frutales de las nubes del alba, las sombras sucias de los cúmulos tormentosos, la crin blanca de los cirros del meridión destilan el tiempo a través de sus formas proteicas. La criatura solar está harta de ello. Más allá del linde vaporoso del cielo, más allá del calor ulcerante del Dragón, el espacio se abre a los vastos campos del sol. El tiempo tiene un significado mayor allí, donde los horizontes son infinitos. El día y la noche, las estaciones y todas las estrictas pequeñeces propias de la vida en la esfera de un Dragón se desvanecen. Quiere volver allí, a la música de los suyos, inocente y jubiloso, ágil el cuerpo otra vez y licuefacto en el flujo de la manada.

El unicornio está preparado para abandonar la Tierra y romper el lazo que lo ata a la reina-bruja. Ygrane ha encontrado a su compañero y se ha introvertido para la creación de un retoño. Es tiempo ya de partir, piensa el unicornio... ahora, antes de que dé poder al Habitante Oscuro para montarlo otra vez. La bestia solar está cansada aún de portar la piedra sidérea desde Ávalon.

Sólo su promesa incumplida le impide aún el vuelo vertical. El Parásito Azul desafía todavía al Dragón. Bleys lo sigue a través de los árboles penumbrosos con sus ajadas colgaduras de cicuta y uva salvaje. Sabe lo bastante para detenerse al borde de una fisura telúrica, roja de zumaques y arces como una herida. Bruma se filtra por la hendidura y flota a poca altura entre los troncos de los árboles como una suave neblina matutina.

El unicornio frota su cuerno, afilando sus líneas. Las descamaduras que deposita en el suelo se funden con él como tributo postrero al Dragón antes de abandonar impetuoso la Tierra. Un arrebol del cantoensueño del ser inmenso fosforece el aire. El eco de la música apacigua la inquietud y frustración del unicornio y se pregunta si esta suave violencia que hace a su mente es parecida a lo que las criaturas orgánicas experimentan como sueño.

Calmado por la presencia del Dragón, por su resonancia con otros mundos, el unicornio crece en paciencia. Extiende su sentir hasta la reina-bruja a través del lazo que lo liga a ella y percibe que algo muy distinto rezuma de Ygrane. A diferencia de los contactos previos, en que la magia de la reina absorbía fuerza del unicornio para sus pociones curativas y sus extravagantes cabalgadas por la piel del Dragón, esta vez la energía penetra en Ygrane. Dentro de ella, palpita otra vida y dentro de esta vida diminuta un reino como el rayo rutila, una atronadora violencia, hermosa y terrible como la primavera.

El unicornio devuelve su atención a la fisura y a los rojos y dorados de la mueca creciente del invierno. Más sereno ahora, no sufre tanto la urgencia de retornar a la manada y contempla al Parásito Azul con mayor agudeza. La luz corporal del alquimista, zafiro como siempre, riela con aguanoso fulgor. Es la impaciencia del hombre. El unicornio puede verlo, el deseo vulnerable de Bleys. A su tiempo, ese deseo lo traicionará y el unicornio verá cumplida su misión para los Señores del Fuego.

Contento, el animal camina hacia la luz peregrina del sol, dispuesto a pacer tranquilamente en este caluroso lugar cuyas horas hierven cuajando la escoria del crepúsculo y la noche colmada de esquirlas de diamante.

Los conflictos florecen entre los aliados en Maridunum. Tres personas han sido ya asesinadas en varias disputas sobre minucias del protocolo: el orden de marcha de las tropas en los desfiles, el sitio que cada uno debe ocupar en el salón del consejo y el

Librodot

color de los estandartes. Semejante sinsentido enfurece a Myrddin y le urge a llevar a efecto su visión de la tabla redonda. Pero no tiene tiempo para poner en práctica esta idea.

Durante los días que ha estado lejos, Ygrane y Uther, en consejo con sus mentores, han decidido establecer una nueva ciudad, que será concebida y construida por manos celtas y romanas. Exigencias militares obligan a situarla al este de las tierras celtas, pero razones políticas imponen que se mantenga independiente de la influencia territorial de las poderosas familias romanas. Con este propósito se ha buscado un lugar solitario.

En una cadena de montes escarpados que domina la antigua vía romana de Fosse Way, se tala un amplio llano en un anguloso recodo del río Amnis. El unicornio dejó caer la piedra estelar de Ávalon en un tributario de esta corriente y Merlinus cree ahora que el río debió de ser la señal de los *Annwn*, los Señores del Fuego, que guió al animal.

Tanto militar como comercialmente el emplazamiento es ideal. Con promontorios de varios cientos de pies de altura por todas partes, la ciudad estará aislada y protegida, mientras que el río y la vía inducirán ágiles comunicaciones e intercambios. Se ha pensado también en un nombre que case las culturas del rey y la reina, algo nuevo en el lenguaje que represente la esperanza de un pueblo unido. Del latín se ha tomado *cameralis* —tesoro real— y del celta, lodd —servidor—, para forjar Camelot: el servidor del tesoro real.

Se han bosquejado ya los planos de una ciudad moderna y los arquitectos están atareados preparando sus últimos dibujos para que la construcción pueda empezar en primavera. Entre tanto, mientras el aquilón y sus nivosos guerreros mantienen ocupados el país —el mismo país que un año antes conquistara Ambrosius, el Señor del Dragón, mediante astucia y esfuerzo— la corte residirá en Tintagel.

Desde allí, en íntima proximidad con Armórica, los hombres del rey pueden vigilar con más atención a las traicioneras familias romanas e informar con mayor presteza acerca de sus movimientos. Estas planean sin duda la muerte de Uther Pendragón de la misma forma perversa en que han contendido entre ellas por el poder desde que las legiones partieron setenta años atrás.

Tintagel, encaramado en los acantilados costeros, parece virtualmente inexpugnable para las facciones celtas rebeldes. La triunfante incursión de las Y Mamau en Maridunum convence a los druidas de sancionar el traslado de su reina a la provincia cristiana. Es así como barcadas de familias celtas, aldeas enteras, se preparan para seguir a Ygrane.

Esto acaba de alarmar a los romanos del litoral y, durante los días que preceden al viaje regio, los druidas están muy revueltos por las protestas de la iglesia y las preocupaciones de Marcus Domnoni, sobrino de Gorlois y nuevo duque de la Costa Sajona.

Marcus pide garantías de que su autoridad local no se verá suprimida por la llegada de los comandantes militares de Ygrane y sus tropas. La iglesia exige que no se realicen rituales paganos en las vecindades. Otros magistrados territoriales expresan su ira por los impuestos con los que se les gravará para mantener a un ejército pagano. Calmar estos miedos ocupa todo lo que de tiempo les queda al rey y a la reina. Y todavía, en medio del tumulto, Bleys litiga con la reina una vez más para que le dé el unicornio, tal como prometió.

Ygrane está en el vestíbulo encolumnado de la *mansio*, donde se ha amontonado el equipaje de la corte: cajas, cofres, arcones y baúles cargados de las cosas de la casa y de los folios de los escribas.

"Lo siento", le dice al inmortal. "Lo siento de verdad, querido Bleys. Sí, tú has

cumplido tu palabra y has sido paciente. Y yo no olvido que te prometí el unicornio. Pero, como bien sabes, aquellas nupcias pusieron de manifiesto lo débil que soy y cuan más débil sería aun sin mi magia. Porque, cuando el unicornio parta, se llevará consigo lo mejor de mi magia. Así que debo pedirte, suplicarte en verdad, que esperes... un poco más. Por ahora, necesito la presencia y la magia del unicornio."

"Unicornio siempre necesita", protesta Bleys. "Tú hace promesa."

La reina se dirige a él con su más anhelante expresión. "La hice. Pero también he hecho una promesa a mi pueblo, la de crearle una vida. Estamos intentando sobrevivir."

"Si se me permite hablar por mi maestro", interviene Merlinus, "él está totalmente desapegado de nuestra lucha, mi señora. Para él ganar y perder, supervivencia y derrota son lo mismo."

"Sin duda, entonces, Bleys, si esto es así, la demora de tu propio deseo, ni siquiera su negación, puede tener escasa importancia. ¿Estoy equivocada? Dímelo si es así."

Bleys la mira con un rostro enloquecedoramente impasible, sin indicar nada.

"Sólo un poco más, mi buen Bleys. A diferencia de ti, a mí me atan dolorosos apegos a este mundo, a mi gente. Y por ellos, ahora, debo aferrarme al unicornio. Pero, te lo prometo, tendrás la criatura tan pronto como culmine mi tiempo con el Gandharva."

"En cierto modo, Bleys, eso es lo que en un principio acordamos", concede Merlinus.

La reina da las gracias al mago con una sonrisa reposada y estrecha gentil el codo del maestro antes de ser reclamada por las continuas exigencias de sus ajetreadas sirvientas.

"Tú mucha grande ayuda", regaña Bleys a Merlinus; se da la vuelta y sale por el pórtico.

Merlinus lo sigue y ambos se detienen unos momentos a contemplar el patio principal, atestado de carretas de transporte, mulas de carga y carromatos de bueyes. "¿Cómo puedes ser tan impaciente, maestro, tú, que te precias de estar desapegado de todas las formas? Ni frío ni calor, ni cuerpo ni mente, ni quedarse ni partir..."

"Tú hace tranquilo."

"Tu viaje a los cielos no se retrasará mucho más", dice Merlinus, demasiado vivaz acaso. "Por lo menos, si se compara con el tiempo que has esperado ya."

Bleys dirige a Merlinus una mirada oscura, contraída. "Este uno piensa tú no sabe qué hace, ¿eh? Tú ayuda reina, no ayuda este uno, porque tú quiere ir y tú quiere queda. Tú quiere todo, ¿sí?"

Merlinus hincha los carrillos en un suspiro de frustrada aquiescencia. "Tienes razón, maestro. Desde el principio de los tiempos, he querido retornar a los cielos. Pero ahora, ahora que me he hecho humano, ahora que tengo corazón... me sentiría mal, si dejase inacabado mi destino."

"¡Hah!" El inmortal se aparta de Merlinus y lo amenaza con un dedo. "Tú una grande cabeza. Grande destino. Grande hombre mágico. Cabeza tan grande, ya no más posible cielo. Tú queda, tú cultiva grande cabeza. Pero me deja ir." Dicho esto, se aleja del pórtico por las escaleras que descienden al patio. Sin embargo, en lugar de pasar vacío como una nube entre el barullo de los mozos que cargan en los carros el equipaje, choca de bruces con uno de ellos. Un tipo personudo con un rimero de folios hasta la nariz en sus brazos fornidos tropieza con el hombre menudo y lo lanza volando por la rampa de carga.

"¡Mira por donde vas, comadreja!", le grita el mozo y pasa de largo.

"¡Maestro!" Merlinus salta tras él y lo levanta mareado y tembloroso del enguijarrado. "¿Estás herido?"

Librodot

Bleys no contesta, sólo se mira a sí mismo y después alrededor, a los activos trabajadores que poco a poco se detienen y se aproximan para contemplar al estrafalario y chiquito sujeto. Una risa potente, histérica explota en él y aferra el brazo del mago para evitar caerse de nuevo.

"Myrddin", pregunta al mago quedamente un fiana que se acerca desde su puesto entre los carros cargados, "¿quién es este extraño? ¿Lo conoces? Parece un... un huno encogido."

"Sí, lo conozco", repone Merlinus malhumorado venciendo las estridentes carcajadas de su maestro. "Dejadlo pasar. ¡Y que todos estos hombres cierren la boca!" Alza hacia ellos el bastón. "¡Fuera! Seguid con el trabajo de la reina."

Tras haber presenciado la magia de Merlinus en la boda, el guardia actúa con especial presteza para dispersar a los curiosos. Merlinus le pone el brazo a Bleys en los hombros con intención de llevárselo a la *mansio*, pero el alquimista lo aparta.

"Bleys, ¿qué ha ocurrido?", inquiere Merlinus, preocupado por él.

"¡Ha! No más puede ayuda", dice boqueando y tratando de sofocar su risa. "¡Ha! Este uno se hace demasiado apego. ¡Ha-ha! Este uno pierde ser inmortal, hace mucho físico. ¡Mira-ve! ¡Ha-ha!" Se sacude el polvo de la chaqueta y devana una risilla ahogada. "Tú viene queda, tú viene va... ¡Demasiado!" Agita las manos despidiéndolo y se torna. "Debo queda solo. Debo ríe mucho como llora. Mucho comprende. Muy mucho."

Aturdido, Merlinus teme seguirlo, aunque es lo que querría hacer en estos momentos. Entiende lo que ha ocurrido: a pesar de todas sus habilidades y astucias, Bleys ha empezado a perder el efecto del elixir de la inmortalidad, porque se ha apegado a Merlinus, a Ygrane y Uther, y a toda su extraña misión. Y ahora, lo único que puede hacer el mago para ayudar a su maestro es dejarlo solo. Bleys necesita aislarse para hallar la libertad secreta y temible que se creara a sí mismo con la alquimia del cuerno del Ch'i-lin. Debe reclamar una vida entera de desapego. Sólo espera Merlinus, mientras observa a su frágil maestro sortear con cuidado los porteadores y el trasiego del día, que no sea demasiado tarde.

La vasta aura salina del mar envuelve Tintagel. Sobre la bruma y la espuma, los chapiteles de luminosa piedra calcárea se elevan contra la pura oscuridad de los acantilados: un palacio que parece construido de la sal del mar.

Consciente del título que otorga a Ygrane derechos sobre la fortaleza, Marcus Domnoni ha hecho trasladar todos los muebles de su tío muerto y ha encontrado empleo para los sirvientes en otras casas. La rutilante mañana otoñal en que llega la regia pareja, sólo luz colma las vastas cámaras del castillo.

Mientras el bagaje es descargado en la bahía, enviado a la fortaleza y desempacado, el rey y la reina recorren las estancias y deciden dónde irá el mobiliario. Han llegado regalos de boda de los jefes celtas y de las grandes familias romanas no sólo de las *coloniae*, sino también de reinos lejanos como Ægyptus, Thracia y Oriens, la desértica patria del mismo Jesús.

Uther está impresionado por la moderna arquitectura del palacio: sus torretas esbeltas como minaretes y las torres principales guarnecidas de curvos y abiertos balcones que dominan al mismo tiempo el mar occidental y los bosques de la costa. El agua corriente desciende de cisternas que acumulan en los tejados el agua de lluvia y fluye por tuberías de cerámica para llenar pilas de piedra en las habitaciones de las torres, mientras que una corriente subterránea sirve de cloaca para los baños y letrinas numerosos.

Librodot

Pero donde Uther halla novedad, Ygrane sufre obsesivos recuerdos. Aquí la trajeron los druidas para casarla con Gorlois. Mientras sus fiana montaban guardia en los corredores de piedra acariciados por los tenues mechones desprendidos del mar, ella bregaba con la lascivia de los amores del duque. Empleó la magia con astucia suficiente para hacer que aquel lúbrico encuentro no se prolongase demasiado, pero ni aun así pudo suavizar su violencia. Para el duque, acostarse con la reina celta era una conquista, un triunfo físico y brutal con el que forzó a su desdichada novia a recibirlo en una sucesión de sumisas posturas. Ygrane nunca volvió a yacer con él.

Las ecoantes habitaciones con sus amplios ventanales sobre el mar, inmunes a ataques desde el exterior, le recuerdan también a su hija, que nació y creció en este lugar. La mañana invernal en que la daría a luz, Ygrane hizo abrir las ventanas en contra de las órdenes de los físicos romanos y se estremeció con el viento marino, en compañía de faerïes y oceánicos duendes, mientras bregaba por alumbrar a Morgeu. Tres días después, dejó a la criatura con las nodrizas romanas y huyó de Tintagel para no volver en mucho tiempo.

Varios guardias de palacio que trataron de detenerla obedeciendo las órdenes del duque murieron aquel día a manos de los fiana. La alianza casi se rompió entonces. Pero Tall Silver, el druida supremo, apaciguó a Gorlois con un gesto que superó las expectativas del duque: envió a los mejores guerreros de Cymru a la Costa Sajona para limpiar las islas de todos los bárbaros e incursores. Ygrane, que se sentía responsable de este tributo en sangre por su libertad, acompañó la misión. A pesar de la consternación y protestas de Raglaw y de los druidas, sirvió con los cirujanos del ejército y presenció directamente el espanto cruel de la guerra.

Recuerda la noche que retornó al norte en una lancha atestada de gimientes heridos, rígidas sus ropas de sangre seca, coagulado el corazón de sufrimiento, y la impresión que le causó Tintagel con sus finas agujas y altas almenas, y su fulgor lavanda en la oscuridad que arrasaba la luna. Los gritos de los moribundos se calmaron al contemplarlo: una imagen de civilización por la que habían pagado con su propia sangre.

Ahora el mismo Gorlois ha pagado por esta visión que llegó a la Tierra con los Señores del Fuego... e Ygrane teme que Morgeu tenga razón, que ella, a través de su mago Myrddin, sea la responsable de la muerte del duque. Al apoyar a Uther no ha hecho sino desplazar a Gorlois. Y aunque sabe que está aquí en Tintagel con Uther para servir al bien de los romanos y los celtas por igual, le da miedo el futuro porque, cuando Gorlois murió, su sangre les salpicó a ambos. Y lo que con sangre comienza con sangre debe acabar.

Tintagel bulle de estibadores que descargan los carros y sirvientes industriosos ocupados en montar la casa. Merlinus se retira del bullicio a un solitario jardín circular detrás de la capilla para examinar sus sentimientos. La idea de que ha puesto en peligro la huida de su maestro de este mundo, de que quizás haya arruinado todo lo que Bleys construyera con sus actos mortales, ha pesado gravemente en su corazón desde la partida de Maridunum.

Entre los árboles desnudos y los restos de hojas muertas, Merlinus encuentra un rincón escondido donde sentarse. Se cubre la cabeza con la caperuza contra el brío del viento y durante un rato se entrega a sus reflexiones, en especial sobre Óptima y el vórtice de la sepultura.

Luego, el mago empieza a caer en una inquieta duermevela. En lo que al principio cree que debe de ser un sueño, retorna al Otromundo. Está ante una cavidad en un muro

Librodot

de piedra, bajo los destellos zafiro de unos astros grandes como flores de azafrán, el mismo lugar a la boca de la gruta de Wray Vitki donde Ambrosius hizo su oscura confesión de miedo. Abajo, en la gruta cercana al ultramundo cristiano, con sus fuegos y sus terrazas soleadas como peldaños al cielo, resplandece un ancho arco iris.

Merlinus reconoce, de sus viajes como demonio, este diapasón radiante de colores: Bïfrost, el puente arcoiris de los Æsir, que une las tierras raíz con el Hogar de los dioses en el Gran Árbol. Los húmedos matices del arco iris gigante atraviesan un bosque de abetos plateados y, allí donde el pie del meteoro resplandece como cristal manchado entre la urdimbre de las ramas de los árboles, hay dos figuras.

Una de ellas es enorme y Merlinus la reconoce al momento por su porte de cuervo, su barba violenta y la cava negra de su ojo perdido. El Furor, vestido con pantalones de piel de lobo ártico y manto rojo y lustroso de piel de oso, se inclina hacia delante en íntima conversación con una forma esbelta, alguien envuelto en una capa negra brocada de amuletos protectores.

Merlinus cree que la figura es un elfo. El diseño que crea en la ropa el hilo de oro tiene una complejidad élfica. Pero, cuando se aproxima, distingue el turbulento pelo rojo y el rostro pugnaz, blanco como la luna de Morgeu.

"Te han mentido desde el principio", afirma el Furor con su voz reverberante, observando con fijeza a la mujer mortal ante él. "Tú no eres noble. Eres una bastarda... un engendro de los Faunos vencidos y los celtas moribundos. No eres sino el polvo humillado de la misma tierra."

Morgeu le devuelve la mirada y su visaje descompuesto se refleja con toda su locura en el espejo negro de la inmensa pupila del dios. "Toda sangre es mezcla", asevera ella, firme y desafiante frente a la ciclópea divinidad nórdica. Las adujas de Azael se rizan como montes contra el cielo arcoiris y descuelga su rostro gigante a través de las ramas con humano semblante: el ceño encolmillado de Morrígan.

El palmario engaño aturde a Merlinus interrumpiendo casi su trance. Con esfuerzo pavoroso, logra controlarse y trata de calmar las sordas explosiones de su corazón para poder oír lo que Morgeu le dice al dios.

"Toda sangre es mezcla... y ello lo evidencian los pigmentos de la tierra, como bien sabes, tú cuyo dominio se extiende desde los cazadores de renos de la tundra hasta los habitantes de los bosques sajones. Eso carece de importancia. Lo que cuenta, poderoso Padre Universal, es la voluntad de los dioses. Te pido que aceptes a la diosa Morrígan como consorte y, con ella a tu lado, que recibas a la nación celta entre las tribus del Norte Perdurable."

El Furor y Azael tras su máscara de Morrígan comparten una espeluznante satisfacción. "Morrígan y yo somos viejos consortes. Yo la conocí en los tiempos en que tu pueblo no se había contaminado aún con la sangre y la magia del Sur Radiante. Tú eres una bastarda, Morgeu, y por eso mi gente te llama la Condenada. Aun con la ayuda de tu diosa, estás ante mí por fortuna únicamente. Mis enanos están juramentados para acabar con mis enemigos."

"Yo no soy enemiga del Furor... a menos que fuerces mi mano, como hiciste con mi madre. Entonces, verás por qué me temen tus gentes."

"¡Audaces palabras!" El rostro ceñudo del Furor se acerca y Morgeu busca en Azael la protección de su diosa. "Tu madre me engañó bajo la sanción de Noche Ancestro. Pero tú estás desvalida ante mí, Morgeu la *Fey*."

Inflamada por la influencia de Azael, Morgeu alza con bravura el mentón. "No estoy tan desvalida, Padre Universal. Tengo el favor de Morrígan." Da un giro orgullosa a la orla de su capa y el brocado jeroglífico sobre la urdimbre negra brilla como un fuego fatuo a la luz de las estrellas. "He hecho esta capa, que me protege de los ataques

Librodot

de tus enanos. Mi propia magia invocó el conocimiento necesario para ello y mi propio esfuerzo dio al conocimiento la forma de este objeto. Sin él, ¿estaría ahora aquí?"

"Sin él, los enanos te habrían destripado a estas horas." El Furor se acaricia la barba salvaje mientras calibra a la mujer. "Dices que me ayudarás contra los tuyos. ¿Por qué?"

"Soy una vidente... como mi madre, que me instruyó." Morgeu alza suplicante los brazos. "He visto tus victorias en la luz del trance. El Furor está destinado a gobernar estas islas y no hay poder que logre detenerlo. Vengo a ti para ser aceptada como guerrera tuya."

"Morgeu", dice oscuramente el Furor, "no tengo más que un ojo, pero veo con hondura. Tú no eres un aliado de los Æsir. Me estás mintiendo... y tu hermosa capa puede contener los ataques de mis enanos, pero no te protegerá de mi ira."

Morgeu no parpadea siquiera y ningún tremor suena en su osada voz. "¿Miento cuando digo que eres el dueño predestinado de estas islas? No. Tienes un solo ojo, es verdad, pero es un ojo fuerte y sabes que lo que predigo es verdad. Sabes también que no he dicho que vaya a ser tu aliada, sino sólo tu guerrera. Dame el poder de luchar contra nuestro enemigo común, Lailokén, el demonio que aconseja a mi madre. Él es quien asesinó a mi padre. Y yo quiero su vida a cambio de esa muerte. Es tu enemigo tanto como el mío. Dame el poder que necesito para destruirlo."

El Furor se cierne sobre ella en silencio, penetrándola con su malévola sabiduría. Por fin, una luz fría cintila en su ojo grande y dice con una voz que parece surgida de una fisura abismal. "Entonces, eres mía, Morgeu la *Fey*. Y tendrás el poder que necesitas."

Merlinus se despierta con un sobresalto, mientras la voz del Furor le hace hervir aún la sangre. Mira alrededor para recordarse a sí mismo que está despierto. Pero el jardín colapsado, con los árboles como castañeteantes esqueletos expuestos al viento gélido, no se lo confirma. Merlinus se estremece. El cielo gris, sombrío, cala hondo en su alma con la promesa de un frío mucho más terrible por venir.

Librodot

LA MAGIA PASA...
COMO EL AZUL EN LA HORA DE UN LUCERO

Ala luz de la luna, la marca de nacimiento entre los omóplatos de su marido tiene el contorno de un colmillo afilado. A la luz del día, los bermejos tonos carne revelan las sombras de unas alas, como la salpicadura rosácea de una insolación que, a su vez, se extendiese en abanico desde una mancha más oscura, cuya forma de cuña recuerda la tensa faz de una víbora. Cuando Uther está dormido junto a ella. Ygrane posa una mano magnética sobre la marca y siente su interior llegando hasta allí donde el *magus* se cuece en el hedor a cráter del planeta.

¿De qué parte del cuerpo de Adán vienes tú?, pregunta Wray Vitki en anticuado latín.

"Tallada de la costilla de Adán, la mujer que puede portar tu semilla al futuro", le responde suavemente Ygrane. "Necesitamos tu ayuda para combatir a nuestros enemigos."

El viejo hábito de la carne quebranta mi voluntad. Y muero.

Cuando aparta la mano de la espalda de Uther, ésta lleva un tenue olor exhausto al vaho de la ciénaga. El *magus*, en efecto, se desangra en el Dragón. Sus siglos de arrogante libertad por las tierras raíz del Gran Árbol, sus aventuras con los trolls y los gigantes y los dioses han acabado. En sus propias honduras, en ese núcleo de su ser que ya se ha convertido en el Dragón, se siente satisfecho de que así sea. Sólo por frivolidad, por el orgullo de sangre de su clan, desea ascender una vez más a la fría superficie. Bajo la mirada azul-ciega del vacío y en la explosión glacial de oscuridad que disuelve a las mismas estrellas, consumirá sus últimas fuerzas mágicas por Uther Pendragón. Pero el mero pensamiento de estas cosas lo empuja hacia las profundidades como bajo el impacto de una ola, separándolo de la mujer.

Ygrane se incorpora en el lecho. A menos que Wray Vitki reciba pronto vastas energías, se desvanecerá en los humos del interior del planeta. El corazón le pesa, porque no hay nada que pueda hacer por él.

Como el beso de un embustero, este pensamiento la colma de una insidiosa vergüenza. En realidad, sí tiene el poder de fortalecer al *magus*. Pero toda la magia del unicornio y todo su glamour personal lo invierte en un encantamiento de amor.

"¿Preocupada?", murmura Uther desde el linde del sueño.

Ygrane le dirige una sonrisa, dispuesta a susurrarle un conjuro que lo haga dormir; una mirada inquieta, filtrada a través de las inertes comisuras de su adormecida expresión la induce a responder con sinceridad: "Sí, Theo, lo estoy."

El se le acerca: "Dime."

"Desde que nos casamos, he estado acumulando magia."

El semblante amodorrado de Uther cambia en tristeza y confusión.

"Tú no lo habrías notado", lo tranquiliza ella deslizándole una mano fría por la frente. "Nuestro amor es verdadero y a ti no te he tocado con el glamour, queridísimo mío. Tú no la añoras. Pero nuestros soldados añorarán las pócimas que yo podría haber hecho. Y nuestro ejército añorará a Wray Vitki, porque yo me he servido de la fuerza que podría haberlo revivido."

Uther se estremece hasta despertar del todo ante el nombre del *magus.* "¿Wray Vitki?"

Librodot

"Theo, he sido egoísta."

Se desliza de la cama y abre un arcón chapado de caparazón de tortuga donde guarda sus talismanes. Algo brilla como una pequeña joya y él vislumbra sus piernas largas cubiertas por un finísimo velo de sombras. "Es un encantamiento de amor", le dice ella mostrándole la piedra deslumbradora.

Un nódulo toscamente tallado de escarchado mineral absorbe la luz dispersa de la oscura estancia y emite tenues rayos, un fulgor de agujas de plata. Al tocarlo, Uther no siente nada en la costra, aparte de la aspereza de la piedra cruda.

"Lo he hecho para Morgeu." Se arrodilla junto a él en el lecho. "Tú no sentirás nada en él, pero ella sí. Lo cierto es que me ha agotado. No tendré fuerza para volver a hacer las pociones hasta bien avanzado el invierno. Y no puedo ayudar a Wray Vitki tampoco. Vamos a perderlo."

Uther posa el amuleto otra vez en la mano de su mujer y cierra la mano sobre la de ella, consolándola. "Tienes por Morgeu el amor de una madre. Y yo lo admiro. Pero, ¿servirá esto de algo?"

"Si puedo conseguir que le llegue. Vive en una diabólica comunidad con las Y Mamau, en Caledonia."

"¿Entre los pictos salvajes?"

"La llaman la Condenada. Pero es el demonio que hay en ella la que la hace perversa. Morgeu no es mala. Soberbia, sí, incluso beligerante como su padre, pero no cruel. Ésa es la influencia del demonio."

"El demonio que trató de poseerte a ti también."

"Azael. Nunca he sentido una maldad tan esencial."

"¿Y este pedrusco detendrá a semejante demonio?"

"Si toca a mi hija, mi esperanza es que la purgue de esa cosa horrible. He puesto toda mi magia en esta... esta encarnación de egoísmo materno."

Uther le acerca el rostro y le susurra: "Estoy orgulloso de ti."

Ella le aparta el cabello de los ojos para apreciar mejor su sinceridad en las sombras. "¿No estás decepcionado, mi rey? Podría haber usado esta magia para nuestra isla, para nuestra gente."

"Lo que has hecho, esposa mía, es muy cristiano. Abandonas el rebaño por una única oveja perdida. Amas a quien te odia." Le sonríe encorajándola. "Es tu hija. Es deber tuyo cuidar de ella. ;Cómo conseguirás hacerle llegar el amuleto?"

"Falon."

"¿A Caledonia?" Uther frunce ahora el ceño. "Es el estratega clave de los fiana. ¿Cómo podremos prescindir de él?"

"De mi círculo, es quien mejor conoce a Morgeu. Y yo lo conozco a él. Es el único de mis fiana que tiene espíritu para esta misión."

Uther se deja caer hacia atrás en los cojines del lecho. No quiere perder a Falon. La magia de su mujer, cuyo poder no tiene él modo de evaluar, no figura en sus cálculos militares. Pero el jefe de los fiana es un guerrero crucial y el rey aborrece perderlo.

"Quizás Merlinus..."

"No", dice Ygrane y baja la cabeza, sintiéndose lastrada por un vergonzoso egoísmo. "Eso es lo que quiere Azael. Hemos de proteger a Myrddin de los demonios a los que ha traicionado para servirnos. Y con mi magia disminuida, necesitaremos tanto más la suya."

"Echaré a Falon de menos." Un vacío se ensancha en Uther. Desde que cabalgara a Wray Vitki, un obsesivo sentimiento lo ha saturado. Durante largos lapsos, su amor por Ygrane silencia ese sentir y vive contento, casi de un modo entusiasta, incluso. En horas como ésta, sin embargo, la música verde del Flautista y la febril hermosura de los

Librodot

bosques fantasmas despiertan en él una inmutable nostalgia. Cuando se descubre a sí mismo suspendido en la belleza de ese ocaso interior, se fuerza a concentrarse en su entorno. De forma invariable, se abre un vacío entre el mundo real y su añorar.

Se siente infiel a su mujer. Ella no quiere que acepte el trato con su dios. Con una actitud más cristiana que celta, le ha dicho una y otra vez que quiere confiar a Dios el don de un alma digna. Pero él recuerda la advertencia del druida supremo: *Si no bebes de la Fuente del Cuervo, Ygmne dará a luz otra Morgeu.*

Se pregunta si ello sería tan malo. Morgeu puede ser amada y salvada, como demuestra Ygrane con su amuleto. ¿Por qué, pues, no amar al niño que Dios les envíe? ¿No es un pecado creer que pueden engendrar a un salvador, acto que sólo a Dios pertenece?

La verdad ruge en él. No es que tema ofender a Dios. Se contiene a la hora de aceptar la oferta del rey-alce porque la desea. La iglesia le ha enseñado a temer el deseo y, a excepción de sus indómitos años de adolescencia, ha obedecido ese temor. Nunca antes, sin embargo, había experimentado semejante inundación de deseo como la que siente por los bosques encantados de las almas danzantes.

Ygrane, entumecida de cansancio y preocupación, no percibe el conflicto de su marido. Acepta su aquiescencia como una muestra más del vasto amor que comparten y lo besa con gratitud.

Bleys desaparece. Cuando Merlinus lo busca en Tintagel, halla sólo ese sentir inmenso como el cielo que el inmortal deja en su ausencia. Y con su partida, la magia de la vida de Merlinus se ensombrece. Sus poderes, que son la extensión de su demónica naturaleza, no disminuyen, pero el sentido de la magia, el portento del mundo, se desvanece. *Es sólo un sentimiento*, se dice tratando de rechazar este humor, pero lo cierto es que da color a todas las cosas, incluso al tiempo.

El tiempo, que tan lánguido llegó a parecerle en el pasado, fluye ahora con presteza. Los días vuelan como hojas al viento, heraldos de tormenta. El tiempo, cambiador de las formas, cambia ahora él mismo. El arriesgado traslado a Tintagel, que tiene lugar en la estación de las lluvias, se ha resuelto de un modo vertiginoso y sin incidentes. Todos los barcos cruzan el canal en un resplandeciente día de otoño y esa noche la partida real festeja en la gran sala del palacio.

Ygrane y Uther, ansiosos ambos de acabar con el traslado, organizan la casa rápidamente. El salón del consejo, los dormitorios y los apartamentos de los oficiales quedan establecidos en una mañana. Los comandantes fiana y los oficiales de campo romanos de la Costa Sajona han trabajado y combatido juntos en ocasiones anteriores, bajo el mando del último duque, y para el mediodía han acordado ya el protocolo militar entre ellos y las responsabilidades de cada uno este invierno. De forma gradual pero inevitable, durante los agitados días en que se organizan el sector de los oficiales y los barracones, el rey empieza a comportarse como imagina que lo habría hecho su hermano. Se encuentra cada día con los fiana y los romanos por igual, en banquetes y cacerías, hasta que éstos se sienten bien en su compañía.

Merlinus está orgulloso de la disposición de Uther a servir a los vivos después de haber contemplado la dicha mayor de los muertos. El mago sospecha que el glamour de la reina lo inspira, pero no dice nada. No quiere turbar la esperanza de una alianza duradera con sus inquietudes personales y se guarda para sí la infelicidad que lo acosa en ausencia de su maestro. Si Ygrane ha llegado a notar que Bleys no se deja ver desde hace tiempo en el lugar, no se lo ha mostrado al mago. También ella está preocupada, y no sólo por la organización del bastión real y la preparación de las pócimas para las

Librodot

batallas por venir, sino por su joven matrimonio.

A menudo descubre Merlinus a Uther e Ygrane cogidos de las manos, o cambiando elocuentes miradas, o incluso arrullándose uno a otro. Su obvia felicidad juntos, exhibida ante druidas y britones sin distinción, ha hecho más por la moral de la alianza que cualquier discurso o plan bélico. Al mago empieza a inquietarle que su propia tristeza pueda afectar los momentos de dicha compartidos por la pareja real y, en una cascada de accidentes concatenados, frustrar todo el proyecto.

Así, Merlinus imita a su maestro y deja Tintagel. Decide hallar la tabla que le han presentado sus visiones con Raglaw y las Nueve Reinas. Sin embargo, ningún sortilegio que pueda concebir se muestra útil para guiarlo. Vaga en busca del árbol predestinado, el roble caído de las visiones de su ojo fuerte, y más días vuelan aun como el ventoso celaje en las copas de los árboles.

Pequeñas aventuras le acontecen en aquellos bosques borrascosos y usa sus habilidades para ayudar a extraviados peregrinos y curar las desdichas que puede en las aldeas empobrecidas que lo reciben. En general, viaja solo, acompañado por la boyada del viento, las grandes nubes de otoño que se apilan en lo alto para cuajar un gris invierno.

Cuando el mago halla el árbol viviente de sus visiones en un bosque primordial al norte de Tintagel, en una región llamada Hartland, lo reconoce al instante. Un roble inmenso, partido por el rayo, ha caído atravesado en una corriente, que lo ha minado por debajo. Sus raíces se elevan hacia el cielo, altas como dos hombres. Merlinus aparta las pardas vellosidades de las raíces muertas que han medrado con los terrones de barro levantados por el árbol y escucha la lenta voz de contrabajo audible en la circulación de la savia. El behemoth está vivo. El árbol horizontal ha pasado el estío sobreviviendo en el riachuelo, que lo ha cubierto, esperando a Merlinus. Para el mago, éste es obviamente el símbolo de la era: el roble caído de Roma vivo sólo porque el fértil lodo de la isla no lo deja morir.

Pero el ancho perímetro del tronco frustra todos los intentos de Merlinus de seccionarlo. No importa el cuidado con que susurre sus bárbaros encantamientos: el poder pasa a través de él demasiado rápido, con excesiva fuerza. Los tarugos menores que emplea para poner a prueba su destreza se rompen en pedazos. Ninguna magia que posea es capaz de cortar la madera con la tersa precisión que necesita para satisfacer su visión. El mago necesita un carpintero.

Entre los constructores de barcos de los pueblos costeros, Merlinus localiza al mejor de los artesanos, un hombre larguirucho con aspecto simiesco, calvo, barbirrubio, con pequeños ojos redondos como ópalos azules. Abrumado de trabajo con la fabricación de barcos de combate para el señor de la guerra local, no quiere saber nada de Merlinus y menos del Alto Rey y su reina celta.

El mago podría haberlo embrujado y habérselo llevado consigo pero, después de Bleys, el pensamiento de implicar a otros en sus asuntos no le agrada demasiado. No espera menos de este maestro constructor que el mismo emblema del reino. Se niega a usar a obreros recalcitrantes para esta labor sagrada.

¿Por qué no?, se rebela en él su parte demoniaca. Este carpintero es el mejor de la región y la visión de su ojo fuerte exige la tabla. Merlinus pronuncia una palabra que hace quedar en silencio a todo el astillero. Las mazas se paralizan, las sierras callan, las azuelas pausan y allí, en el ancho esqueleto de un barco inacabado, veinte trabajadores aguardan como estatuas.

Antes de que Merlinus pueda discurrir un canto que hará que los obreros recojan sus herramientas y lo sigan, al maestro constructor se le escapa la maza que sostiene con su mano inmóvil y se golpea los dedos del pie, calzado por una mera sandalia.

Librodot

El dolor lo libera del encantamiento del mago y lo hace bailar alrededor. Se detiene de inmediato. Una sola mirada al silencioso lugar y comprende lo que ha ocurrido. Cuando enfrenta de nuevo a Merlinus, sus rasgos pecosos de nariz chata mutan rápidamente del asombro al miedo y de éste a la sorpresa, como un hombre que se descubriera de pronto cruzando el mar sobre un pez volador.

"Basta de magia", suplica el carpintero, alzando ambas manos. "Libera a mis hombres, maestro, y haremos como tú digas. ¿Al bosque, a cortar una tabla de un roble caído? De acuerdo, mi señor. Considéralo hecho."

Merlinus libera a los hombres y da las gracias al carpintero por su cooperación en esta tarea sagrada. "¡Salario doble para todo el mundo!", promete el mago real.

El maestro artesano sacude su calva cabeza. "Olvida el dinero, mago. Ya tenemos bastante de los señores de la guerra que compran nuestros barcos." Sus pequeños ojos se hacen más pequeños aun. "Quiero un deseo."

"¿Un deseo?"

"Sí." Su rostro de simio exhibe una mueca atolondrada y feliz. "Como en las historias que se cuentan junto al fuego. Tú eres un mago poderoso. Yo no quiero tu dinero. Quiero la ayuda de tu magia."

Merlinus frunce severamente el ceño y debe contener el impulso de forzar con un embrujo la labor. "¿Y cuál es ese deseo, maestro carpintero?"

"No te lo diré ahora, mago, no ahora." El carpintero muestra feliz sus dientes ganchudos. "Primero, cortamos y pulimos la tabla. Si te quedas satisfecho, me das permiso para acudir a ti cuando necesite tu ayuda. ¿Estás de acuerdo?"

"Si son las estrellas y la luna lo que quieres, hombre, olvídalo. Mejor harías tomando el oro. Triple salario."

El carpintero proyecta hacia Merlinus su barba rubia con un rictus de alegre desafío. "Guarda tu oro. Quiero tu ayuda cuando me sea necesaria y no te pediré nada semejante a la luna y las estrellas, eso te lo aseguro, maestro mago. Te lo aseguro."

"Un deseo al alcance de mis poderes, entonces... pero nada en contra del rey, ni de la reina, ni de nadie que se siente a su mesa, ¿entendido?"

La amplia sonrisa del maestro artesano da a su rostro afilado un aspecto tranquilo. "Muéstrame el árbol."

Merlinus hace trabajar duro a la cuadrilla a cambio de un único deseo para el maestro artesano. Dos carretadas de herramientas han de ser transportadas a mano porque los carros no pueden penetrar el bosque primitivo. Luego empieza la lluvia. Las tiendas chasquean con el viento mientras se toman las medidas y se discuten los planes. A la primera interrupción de los chubascos, los hombres aclaran el bosque alrededor del behemoth caído y levantan un taller junto al tronco. Se corta la tabla; después, una vez descortezada la madera, pulida y preparada de acuerdo con las instrucciones del mago, se laca el enorme disco con una mixtura oculta de resinas, savias, destilados y pigmentos que se secan dando lugar a una oscura chapa humosa.

Alrededor del borde y sujeta con grapas desmontables, una banda de hierro abraza la tabla haciendo de ella una rueda. Merlinus la conduce con órdenes mágicas y la saca rodando del bosque por senderos que talan los carpinteros. Por las lodientas carreteras de los mercados al sur de Tintagel, sólo una tempestad podría detener al monstruo. Los granjeros llegan corriendo de sus campos y los pastores dejan sus rebaños para contemplar el paso de la rueda gigante.

Esta tarea hace que Merlinus se sienta mejor, redimido en cierto modo de lo que ocurriera entre él y Bleys. Retorna casi triunfante. En la ciudadela de Tintagel, Ygrane y Uther tocan la banda gigante de hierro y contemplan sus propios rostros estupefactos en la superficie espejeante de la pieza maestra. "¿Qué es, Merlinus?"

Librodot

"Una leyenda", decreta el mago con orgullo. "Será conocida a través de la historia como la Tabla-Rueda."

"¿Es esto lo que te ha tenido ocupado todos estos días?", pregunta Ygrane. Funde su inquieta mirada con la del rey, que se lamenta: "Te fuiste sin decir adiós siquiera, Merlinus."

"Por el bien del reino", se defiende él. "Mi ruda ausencia ha comprado esta mesa sin cabecera."

Uther ha visto crecer sus dudas respecto a la salud del mago desde que Bleys desapareció durante el traslado de Cymru. Merlinus estuvo taciturno y ensimismado los días en que más necesario era su consejo. Y ahora que ya se han tomado todas las decisiones importantes, aparece radiante de felicidad con una absurda mesa rodante.

"Y lo mejor de todo, la he hecho de fácil transporte, diseñada para un reino sin capital fija."

"Está Camelot", protesta Uther.

"Oh, sí, cuando por fin esté construido, la Tabla-Rueda podrá reposar allí para siempre", accede Merlinus. "Pero pasarán años hasta entonces, años cruciales durante los que tendrás que recorrer tu reino. Así que piensa: con esta mesa, tu salón del consejo y de festejos irá contigo cuando viajes por las *coloniae*."

Los reyes cruzan entre ellos sutiles miradas de preocupación, pero Ygrane intenta esconder su escepticismo congratulándolo: "Ingenioso", dice recibiendo la expresión dubitativa de su marido con una relajada sonrisa. "Y es hermosa."

"Sí", concede el rey acariciando la veteada superficie con sus profundidades humosas. "La hechura es extraordinaria. ¿Cuánto le ha costado a nuestro tesoro?"

Ésta es una pregunta que se hace Merlinus a sí mismo también. El maestro carpintero se separó de él en cuanto la tabla salió del bosque. "Nada en absoluto, mi señor", responde el mago al rey con lo que, por el momento al menos, es la verdad. "Ha sido realizada por manos libres que no pedían dinero por su labor. Considéralo un regalo de tu pueblo."

Con esto se gana la aceptación de Uther y enseguida él e Ygrane empiezan a buscar el sitio adecuado para su colocación en la fortaleza. Queda situada por fin en una cámara que se abre a la terraza occidental, sobre los acantilados. Una vez quitada la banda de hierro y puesta la mesa sobre cuatro pies de mármol, la tabla redonda posee una autoritaria presencia, una sensación de peso e intemporalidad la envuelve, un tipo de gloria.

Esa misma primera noche en que hace las veces de mesa, con los comandantes fiana, los oficiales del rey, los druidas, el obispo de Britania y Merlinus sentados a ella, Ygrane anuncia que espera un hijo. Hurras saludan la esperanza de su futuro. Merlinus baja la cabeza y llora en silencio al recordar el tiempo que pasó en el seno de Óptima, aquel tiempo dichoso de bienaventuranza plena, y la promesa de cumplir el destino que ha heredado. Como un acorde profundo de música, la presencia de su madre —la presencia de *la madre*— resuena en él respondiendo a su plegaria secreta. Todo está bien. Por ahora. La gente de su círculo ha conquistado estas pequeñas cosas en un mundo oscuro, donde contienden gigantescos y terribles poderes. Y han triunfado con plegarias y la esperanza que trae consigo un niño no nacido aún.

Después, cuando el resto de los invitados ha partido y las estrellas titilan en un océano deslunado, Merlinus permanece con Uther e Ygrane. "¿Quién es esa alma que portas?", inquiere el mago.

"La que Dios tenga a bien enviarnos", responde Ygrane.

"Bien." Merlinus alarga la mano para tomar la de Uther, recordando el feliz esplendor que éste contemplara en el Otromundo. El mago está molesto aún con el rey-

Librodot

alce por mostrar a Uther aquel indicio del cielo. Pocos mortales expuestos a ese arrobado abandono pueden soportar el demorarse en este mundo baladí. "¿Has decidido, pues, rechazar el pacto ofrecido por Rey Alguien Sabe la Verdad?"

"Hemos decidido confiar en una autoridad mayor", confirma el rey. "Insistimos sólo en que el alma que Dios nos envíe para guiar a nuestro pueblo unido sea cristiana, así el rey-alce no tendrá parte alguna de nuestro matrimonio."

Merlinus extiende hacia Ygrane su otra mano, que la toma enseguida. "Myrddin, debo decirte que he estado estudiando la fe de mi marido, buscando en mi corazón el camino para unir nuestras religiones. Y he hallado que no son tan distintas."

"Si alguien puede encontrar una unión natural que case estos dioses del desierto y del bosque, del sur y del norte, has de ser tú, mi señora." El mago deja retirarse a la pareja real con más garantías de futuro de las que quizás merezcan. *¿Qué otra cosa pueden hacer, al fin y al cabo?* Su parte demoniaca sabe demasiado bien que sus decisiones —servir a sus pueblos como el destino lo ha decretado, casarse como el deber lo exige, amar como sus corazones lo requieren— están reguladas por un orgullo mucho mayor que el de sus personas.

A solas ante la gran tabla redonda, ante el mar de negrura y la noche atorbellinada de estrellas, Merlinus se siente tentado de abrir su ojo fuerte. El futuro yace dormido en esta mesa, como la mena en los silencios de la roca. Aquí se harán tratados y guerras. Aquí se conciliarán disputas, aquí se jurará lealtad. Los reyes y sus guerreros se reunirán en torno a esta mesa para conformar reinos.

Aquí, esta noche en que ha sido anunciada la concepción del predestinado salvador, ha tenido lugar un comienzo. ¿A dónde conducirá? ¿A través de qué campos de batalla? Y al final de su destino, ¿cuántos de esos campos de batalla se habrán convertido en granjas? ¿O está la Tierra condenada a ser el perpetuo campo de batalla de los ángeles y los demonios?

Tales pensamientos son los que mitigan su deseo de contemplar el futuro de esta mesa. Bleys tiene razón. Una ilusión es el futuro; un sueño el pasado. Sólo el presente es real. Y Merlinus está cansado. No de sueño. Está cansado de conflictos, de toda la oscura magia necesaria para prender este fulgurante destino. Quiere sentir otra vez la dicha del unicornio, la bendición de Óptima, la plenitud del cielo. ¿Dónde está Bleys, se pregunta, su maestro, que comprende este cansancio irreversible? ¿Dónde está la esperanza de libertad, de retorno al cielo, dónde está eso que en las profundidades de su corazón palpita suave como las estrellas?

Falon acepta agradecido la misión de encontrar a Morgeu y hacer que le llegue el amuleto de la reina-bruja. Está ansioso de aportar algo más a la alianza que pasear las brumosas salas de Tintagel hablando de estrategias de batalla. "¿La curará el amuleto de inmediato, Hermana Mayor?"

"En el momento que la toque", dice la reina y extiende la mano para darle la gema encantada mientras él se sienta en su montura.

Él la alza hacia la luz ventosa de los bosques y su cristal azucarado brilla como el metal. "¿Y a ese demonio, Azael, qué le ocurrirá?"

"El amuleto lo repelerá lejos. El verdadero peligro viene de las Y Mamau. Mi talismán protege contra sus conjuros, pero no contra sus dardos ni sus aceros." Mantiene la mirada de su guardia y amigo. "Ten cuidado, Falon. Te quiero a mi lado otra vez... con o sin mi hija. ¿Me has entendido, hermano menor?"

"Te he entendido, hermana mía." Se inclina y la cubre con sus bucles de oro rojo al besarle la frente. Al cabo de un instante ha partido.

Librodot

Ygrane, danzantes sus ropas al viento, permanece apartada de su escolta fiana mientras observa a Falon cabalgar por las grises distancias de aulaga. La luna, como un espectro acuoso, flota en el cielo diurno entre los hilos de araña que devanan las nubes de hielo. Toda esa etérea visión no atenúa el miedo de no volver a verlo.

La primera sesión política alrededor de la Tabla-Rueda tiene lugar quince días después, con la llegada de los seis señores de la guerra más poderosos de la isla. Tres son romanos; tres, celtas. Bajo los saludos entusiastas de la plebe cristiana, los romanos llegan con toda la panoplia del Imperio: las águilas emblemáticas, resplandecientes falanges de soldados con corazas de bronce y un bullicioso desfile de trompetas y tambores que tañen tan orgullosamente como si Roma no hubiese caído jamás. Los hombres, severos y disciplinados, vigilantes tras toda una vida de batallas, tienen un aspecto temible. Sus rostros desbarbados, sus ojos tan duros como sus quijadas han presenciado todas y cada una de las atrocidades de la guerra y muchos de ellos exhiben las cicatrices que sus triunfos les costaron en salvajes combates cuerpo a cuerpo.

Sus jefes portan antiguas corazas hechas de láminas de oro y plata, en las que están grabadas las cabezas de los emperadores de antaño. Uther y Merlinus conocen a estos hombres desde la marcha furiosa con Ambrosius a través del país: Bors Bona de Lindum, famoso por no dejar a nadie con vida, ni a los niños siquiera, en los asentamientos bárbaros que destruye; Severus Syrax, el *Magister Militum* de Londinium; y la autoridad local, el duque de la Costa Sajona, Marcus Domnoni.

Los rostros brutales de estos señores de la guerra, tan boquifieros y ojihoscos como sus tropas, lucen expresiones despiadadas, remotas, endurecidas por generaciones de hostilidad. Con militar rigor, disponen a sus hombres en formación en el patio apizarrado de Tintagel y saludan a Uther. El rey, a pie, les devuelve con gentileza el saludo; viste la púrpura, una dalmática de *imperator*, general en jefe de la república, y porta la espada Relámpago desnuda en la mano. El obispo Riochatus está tras él y bendice la alianza. Todo ello constituye un magnífico espectáculo para las gentes, pero Merlinus no halla devoción por el rey en los semblantes de los líderes guerreros, sino sólo una sombría, recalcitrante lealtad.

Los jefes celtas, por su parte, arriban de un modo silencioso, sin escolta ni fanfarria, virtualmente ignorados por el pueblo. Son hombres altos y los tres lucen grandes mostachos tradicionales y anchos hombros desnudos, tan admirados por su cultura. Lot de las Islas Septentrionales, con melena leonada y bigote de plata, llega vestido con pantalones de piel de carnero y el torso desnudo, cruzado su pecho macizo por las bandas que le sujetan a la espalda espada y escudo. Es un celta al viejo estilo y muchos de los fiana de Ygrane provienen de sus islas costeñas.

Su opuesto, el pelirrojo Kyner de las Montañas ha traído su caballo y porta eclécticos arreos: hombreras romanas de bronce, falda gaélica, botas ibéricas de cuero y un sable curvo búlgaro, el famoso Cortavida. Como cristiano, exhibe una gran cruz escarlata en su escudo ovalado.

El último es Urien de la Costa, cuya melena blonda, blanca casi, le cae hasta el cinturón de cuero que le sujeta sus pantalones de piel de lobo. No lleva armas. Bajo su manto rojizo, su pecho desnudo y su musculada espalda están desprotegidos. Todo lo que viste por encima de la cintura es un torce de oro, símbolo de su vasallaje a la madre divina.

Merlinus acompaña a Ygrane a recibir a los tres señores de la guerra en la cala donde los deja la barcaza de Maridunum y ellos la saludan bulliciosos, como hermanos reunidos con su hermana menor. Risas y estrepitosas canciones resuenan en los

Librodot

acantilados mientras recuerdan otros tiempos y charlan unos con otros en la vía que conduce al baluarte. Kyner sube la reina a su robusto caballo de guerra y conduce por el bocado al animal, rememorando el primer encuentro con Ygrane en los montes boscosos de su reino, cuando ésta no era más que una niña larguirucha de siete años, de pelo desarreglado y lacio, que sollozaba triste porque los druidas la habían llevado a su corte: una fortaleza de madera más parecida a un corral, si se la compara con los muros de piedra y las agujas de Tintagel. Pero a ella la apocaban el esplendor de los cortinajes de piel de oso y las cabezas de los ciervos que colgaban de las paredes como trofeos de caza. Todos ríen; y la reina también, aunque con una sombra más triste en la voz.

Merlinus se mantiene detrás, próximo a los mozos y asistentes, pero ninguno de los señores de la guerra, celtas o romanos, deja de mostrarle reconocimiento. Sólo entonces, en ese día azul y avendavalado de Noviembre, empieza el demonio-visitador a comprender qué formidable reputación ha adquirido su persona. Todos saben que es el mago real, famoso por haber promovido los hermanos Aurelianus a la nobleza y haber contenido los demonios de Morgeu durante las nupcias regias.

El obispo, que disfruta aún el beneficio del embrujo de Merlinus y no guarda recuerdo del diabólico ataque, cree que la influencia del mago es totalmente política y le presta sólo una atención superficial. Merlinus lo agradece porque ambos se sientan juntos en el banco próximo a la pared posterior del salón del consejo, que mira a la Tabla-Rueda y al porche abierto sobre el acantilado y el mar batiente. Al otro lado de Merlinus se sienta Dun Mane. Y los tres atienden, orgullosos testigos, al primer consejo de guerra de la alianza.

Diez sillas de altos espaldares tallados con dragones y unicornios rodean la mesa, y su oscura madera se refleja poderosa en la superficie pulida como peñas sobre una laguna. Cuatro sillas muestran el animal emblemático de la reina, cuatro más el del rey y dos los poseen a ambos. La espada Relámpago yace desnuda sobre la Tabla, con la punta dirigida a un asiento vacío tallado con el dragón y el unicornio, lomo contra lomo y rampantes: el lugar del enemigo, el Asiento Peligroso. El Asiento Sagrado, al que apunta la empuñadura, donde las dos criaturas se funden entreverando sus contornos, pertenece a Dios el Protector.

Uther está a la derecha del Asiento Peligroso, cerca del enemigo, e Ygrane ocupa la posición opuesta junto al oro y la plata de la guarnición. Severus Syrax, con el aspecto urbano que le da la seda verde de sus ropas y su moño oriental, abre las deliberaciones con esta protesta: "¿Por qué una mujer, aunque sea la reina, ha de sentarse a la mesa de los señores de la guerra? A menos que quiera seguirnos a la batalla, debería excusarse y abandonar el salón."

"A petición suya estoy aquí", replica la reina haciendo un gesto hacia la silla vacía junto a ella. Al mirar por encima de la punta de su bastón, Merlinus llega a distinguir un elfo en el Asiento Sagrado. Forzando la vista, el mago reconoce el perfil de Príncipe Noche Brillante. Merlinus invita a Dun Mane a mirar a través de la longitud del bastón y el rostro caballuno del druida se estremece al ver al príncipe élfico.

"Estad seguros", dice la reina, "de que no tengo intención de sentarme en el consejo y planear la guerra. Pero los Daoine Síd quieren que esté presente... para que dé a conocer sus contribuciones."

Los romanos bufan y cambian entre ellos elocuentes miradas de incredulidad. "¿Hemos de aceptar que representas el consejo de los elfos?", pregunta Severus, afinando sus ojos sable. "¿Que asignas el Asiento Sagrado a tu religión pagana? Ese lugar pertenece a Dios, no a los elfos."

"El pueblo élfico sirve a Dios." La reina recibe la burlesca incredulidad de los romanos con una indiferencia altiva. "Y yo les sirvo a ellos."

Librodot

Uther pone la mano en la mesa y mira a izquierda y derecha. "Ésta es una alianza con los celtas. Hemos de ser permisivos con su tradición."

"¿Y nuestra tradición?", le espeta Severus con un temblor muscular en la parte derecha de la quijada que hace crisparse las finas llamas negras de su barba. "¿Es que nos hemos convertido los cristianos en lacayos de estos montañeses para que debamos honrar a sus dioses paganos? ¿No aprendimos nada de Vortigern acerca de las alianzas con los paganos?"

"¡¿Y no eras tú el aliado incondicional de Vortigern?!". protesta Merlinus. Urien y Lot se levantan de sus asientos con los puños prietos. La reina los contiene con sus manos y les susurra que vuelvan a sentarse.

"Fui yo quien abrió las puertas de Londinium a tu hermano", apela Severus al rey. "Díselo, Uther. Tengo tanto derecho a esta mesa como cualquier otro y digo que limitemos nuestra compañía a hombres de carne y hueso."

"Toda alianza exige respeto", dice Uther con firmeza inclinándose hacia delante para afrontar la ira del atezado romano. Una permanente arruga entre las arqueadas cejas de Severus lo hace parecer ceñudo incluso cuando está de humor plácido. "Como cristianos, los trataremos con el mismo respeto que esperamos de ellos."

Severus se prepara para responder, pero la voz oscura de Kyner retruena en brusco latín: "Yo soy cristiano. He leído las Sagradas Escrituras: 'Había gigantes en la tierra en aquellos días.' Dragones. Unicornios. '¿Has tomado la anchura a la tierra o descendido hasta sus profundidades?'"

Antes de que el despreciativo Severus pueda responder, el obispo golpea tajante las losas con la cruz y se pone en pie con un chasqueo de su ropa escarlata. "'¿Dónde habita la luz? Y en cuanto a las tinieblas, ¿cuál es su morada?' Esto le pregunta Dios a Job en las Sagradas Escrituras. En el mismo versículo que sigue al que acabas de citar, Jefe Kyner." Hace un gesto de asentimiento con la cabeza al Señor de las Montañas y dirige luego una mirada fría a los romanos. "Los que os sentáis a esta tabla redonda sois la luz. La tiniebla avanza con las hordas nórdicas. Nuestro pueblo está siendo asesinado y destruida la palabra de Jesús por esos bárbaros. Los bardos celtas que los norteños masacran son arrojados a las mismas fosas que los cristianos martirizados. No debemos luchar entre nosotros. Somos la esperanza de Britania."

Severus se recuesta arrogante en el asiento. *La esperanza de Britania... ¡elfos!* Todos perciben su mofa en el modo fatalista en que cruza los brazos y menea el moño. "Entonces, empecemos con el consejo de los elfos."

Riochatus se sienta y la reina toma la palabra: "El porvenir que nos espera es el que conquistemos con la espada. Ésta es también la verdad de los nórdicos. El primero de sus príncipes es la muerte. Creen que es mejor matar y robar que construir. La muerte aferra la empuñadura de su espada sagrada. El nombre de su dios es Furor." Dirige una mirada tensa, intencionada a los romanos y a Kyner. "¿Quién mejor para sostener nuestra espada contra ellos que los Daoine Síd, que son el espíritu de estos bosques que luchamos por defender?"

"¿Por qué no Jesús?", pregunta Kyner. "El es nuestro salvador."

"Jesús es el príncipe de la paz", repone Ygrane. "No podemos esgrimirlo contra el príncipe de la muerte."

Riochatus, Uther, Severus y Dun Mane empiezan a hablar a la vez, pero la vasta voz de Kyner se sobrepone a todos: "'No he venido a traer la paz, sino la espada.'"

Esta vez es Dun Mane quien da un golpe con su vara druídica exigiendo silencio e inclina de tal modo la cabeza bajo su caperuza blanca que sólo una sombra parece hablar: "Los celtas reconocemos a *Yesu* —el Bálsamo Universal— y lo aceptamos como salvador. Que no haya más disputas. El Asiento Sagrado pertenece a *Yesu*"

Librodot

Los cristianos asienten con murmurios más tranquilos y Uther conduce la discusión hacia temas estratégicos con el propósito de planear la ofensiva de primavera. Merlinus se mantiene aparte en estos debates. Sabe ya qué perfecciones de guerra los esperan en la oscuridad del porvenir. Su atención se fija en la espada. Brilla ésta con un fuego astral, con los reflejos de la mesa como fulgor marino y hondura de cielo. Contiene la luz del mundo original, antes de que la concha de la oscuridad lo encerrase en la materia. Los ocho que rodean la hoja, con sus acuosos reflejos, son parte de una profecía más triste.

Merlinus ignora a los hombres y se concentra en el destello de la espada. Una sensación de milagro lo posee. A través de un tiempo eónico, Dios satura toda la creación. Su luz resplandece a través de las sombras de la realidad. Ygrane tiene razón. El porvenir de estos seres-sombra, mortales y elfos por igual, se logrará por la espada: esta espada, Relámpago, el arma del enemigo, redimida para salvar el pueblo al que debía destruir. Al igual que el mismo mago.

Observando con mayor penetración sus honduras metálicas, Merlinus comprende que es a la espada a la que debe servir, no a las sombras que la rodean. Los rudos señores de la guerra, las ropas arrogantes del obispo, la oscuridad encapuchada del druida, y el rey y la reina también, incluso la tenue luz de Príncipe Noche Brillante en el Asiento Sagrado, no son sino espectros. Merlinus mismo es un espectro. Sólo la luz que compone los mismos átomos de las cosas es real. En ello se concentra y una vivida energía lo pone en pie, lo escolta alrededor de la mesa y lo conduce al amplio pórtico que enfrenta el acantilado.

La luz delirante del mar lo obliga a bizquear y tantea como un ciego con el bastón hallando el camino por un corto tramo de pétreas escaleras hasta el borde de la terraza. Lentamente su vista retorna y ve, entonces, a su lado a Bleys. El maestro está sentado en un saliente barnizado de sal que domina las vaporosas olas rompientes y el canal allá abajo.

"Shee, tú hace este uno preocupa", le dice al mago parpadeante.

"Lo siento maestro." Merlinus se sienta junto a él. "Me doy cuenta de que te he agobiado con mis asuntos..."

"Por seguro", accede el viejo sabio. Encara su rostro plano hacia la brisa del mar y se lleva un dedo al pecho. "Pero este uno debe limpia otra vez... hacerse lleno y vacío como viento."

"He sido un peso para ti."

"No más habla." Curva sus labios oscuros sobre los dientes perlados. "Mucho habla. Este uno casi olvida. Cuerpo ilusión. Más mejor tiene que recuerda."

Dicho esto, se inclina bruscamente hacia delante. Merlinus intenta atraparlo y casi se lanza al abismo. Su mano pasa a través del vacío del inmortal y Bleys cae al precipicio, los miembros extendidos, la cabeza hacia atrás y el gorro volando tras ella, y una risa que decrece a medida que se aleja hasta desaparecer con un chasquido en las sombras.

El encuentro de los señores de la guerra se prolonga diecisiete días, durante los cuales Merlinus pasa el tiempo o bien sentado al borde del acantilado, o bien paseando por senderos blancos de guano entre nubes de estridentes gaviotas. Trata de no pensar en lo que la gente del salón está planeando. Se siente enfermo de presagios. La atmósfera hierve sólo de augurios bélicos y sanguinarios.

Una y otra vez llama a su maestro. Quiere hablar con él acerca del cielo. Quiere al menos que Bleys le ofrezca el camino de huida otra vez. No necesariamente para

Librodot

tomarlo. Sólo para saber que aún está ahí. El camino que rescata de un mal sueño.

Bleys no vuelve a aparecer en Tintagel. Merlinus sabe que su maestro está lejos en algún lugar, olvidándose de él y del unicornio y de su larga peregrinación por el mundo. Debe olvidar para recordar mejor la vacuidad serena que contiene estos tenues sueños como humo, el humo mismo que ellos son exhalado por las estrellas.

En realidad, Merlinus espera volver a ver a su maestro, cuando Bleys se haya hecho otra vez pleno y vacío como el viento y pueda perseguir al unicornio sin la tentación de ganar. Hasta entonces, ha de permanecer solo. El rey y la reina se tienen el uno al otro, y a su niño por nacer. Los señores de la guerra tienen sus batallas. Ninguno lo necesita en la mesa y el mago vaga por los alrededores, y se mezcla con la servidumbre de la ciudadela o con los pescadores de los pueblos costeros para realizar las buenas acciones que la memoria de su madre requiere.

Después de quince días de planear, discutir, compartir comidas e historias épicas, los señores de la guerra, si no se han hecho amigos, han logrado cuando menos establecer una relación cordial. Han acordado llevar la lucha al campo enemigo y todos ellos prometen un auténtico esfuerzo para la primavera. Una partida guerrera diez veces la que comandara Ambrosius hará rodar la Tabla-Rueda desde Tintagel en el oeste hasta Londinium en el este. Los ejércitos unidos de celtas y britones se dispersarán entonces por el país hacia todos los lados de la Tabla. Sirviéndose de aves mensajeras, tambores y señales de humo para comunicarse inundarán a los invasores y los expulsarán de las tierras del interior.

Luego, la primera turbonada invernal fustiga el mar y aúlla como un endriago de los riscos, desnudando los bosques de sus hojas postreras. Mientras brama, el consejo debate los objetivos: ¿purgar el país destruyendo a las tribus paganas, como Bors Bona quiere, o aterrorizarlas con acciones selectivas aunque carniceras y salvajes, como sugiere Lot? Severus, arriesgándose a despertar la ira de los demás, se ofrece a negociar con los paganos. El poder de la familia Syrax en Londinium, fundado en mano de obra barata y acceso a las Galias, depende de la buena voluntad de los asentamientos bárbaros; a ella, los beneficios le resultan de poner la otra mejilla, y así Severus se opone a expulsar todos los paganos de la isla.

No se alcanza ninguna resolución, ningún objetivo aparte de llevar la Tabla-Rueda a Londinium. Espoleados por el invierno, los señores de la guerra se apresuran a volver a sus reinos y, una semana más tarde, una ventisca transforma el rocoso paisaje en un jardín lunar.

Día de Navidad. Las campanas de la capilla de Tintagel tañen al alba. El cielo es un roción de sangre sobre el laberinto blanco del bosque. El rey y la reina convocan a Merlinus en la terraza oriental, adonde ha sido trasladada la Tabla Redonda, para que pase con ellos este día de sagrada festividad.

Tabla Redonda. Así es como todo el mundo ha empezado a llamarla, aunque el mago se refiere a ella aún como Tabla-Rueda. La calina del mar granula la superficie de la mesa y los sirvientes la limpian, diestros, con paños de piel de antílope blanco.

La pareja real y el mago se sientan a la mesa junto a braseros como duendes, en los que arden raras maderas y de los que brotan humos de fragante calidez. Rezan, hablan del niño que crece en el interior de Ygrane y observan al unicornio sumergirse en el bosque y emerger de él en ráfagas centelleantes y rociones de gélido cristal. Después, recibida por los gritos de alarma de los centinelas en las murallas, una fila de peregrinos vestidos de blanco y con capuchas negras surge de pronto de los bosques cerca del retozón animal. Las sombrías figuras avanzan en lenta procesión hacia el

Librodot

baluarte por la nieve prístina.

Nueve cenobitas descienden de las montañas en una línea ritual perfectamente espaciada. Cerca ya de la puerta oriental, se quitan las capuchas y revelan que son mujeres con largas guedejas cromáticas: castañas, platino, sable, gris-tempestad y matices diversos de la luz del sol. El corazón de Merlinus late con fuerza. Éstas son las Nueve Reinas vestidas como cenobitas. La mayor, Rna, como un halcón de plata, porta una copa incandescente de cromo con artísticas filigranas de oro: el Graal.

Merlinus corre a saludarlas en la plaza del palacio, pero ellas lo ignoran, bajos los ojos con humildad. Las sigue hasta la sala principal, donde se arrodillan ante el rey y la reina.

"Somos las Hermanas de Arimatea", anuncia Rna. "Eremitas reclusas, devotas de la Madre Santa. Durante cuatrocientos años, nuestra orden ha preservado el sepulcro secreto de José de Arimatea, donde rezamos incesantemente por la paz y la redención del mundo."

"Bienvenidas, hermanas", las saluda el rey con una expresión sorprendida y las invita a la terraza oriental, donde la luz del día da a la piedra el brillo del mármol.

"Nuestro voto de estricta soledad está en suspenso sólo durante el tiempo necesario para traerte este joram", repone Rna y entrega el cáliz de oro y plata a la mujer tras ella, que lo pasa a las demás.

"¿Joram?" Ygrane mira a Merlinus en demanda de una traducción.

"Joram de la Biblia 'trajo consigo vasos de plata'", cita Merlinus, "y a los vasos se los llamó jorams". Pero éste no es ningún joram casero hallado en las casas de adobe de Judea. Es un espejo orlado de oro con la forma de una copa majestuosa. En su superficie espejeante, las nueve mujeres portan velos negros.

El mago se frota los ojos. Las nueve Hermanas de Arimatea, humildes bajo la luz del alba, no revelan ninguno de los rasgos sobrenaturales que Merlinus descubre en sus reflejadas imágenes. Aparte de sus capuchas negras y sus blancos ropajes bordados con rojas cruces celtas, parecen mujeres ordinarias que sólo la serenidad hubiera hecho seráficamente hermosas.

La más joven sugiere diecisiete años; la mayor, ochenta. Empezando por Rna y siguiendo el Graal a través de la línea de mujeres hasta la pelirroja adolescente, habla cada una a su turno: "Las tribus paganas que desprecian al Príncipe de la Paz se amontonan en nuestras costas orientales y descienden desde las tierras altas."

"Adoran la muerte. Beben de los cráneos de sus víctimas. Somos animales sacrificados a su dios."

"El mundo enloquece por el mal que cometen."

"Toda esperanza de paz reposa en tu guerra sagrada, Uther Pendragón."

"La historia es una bestia negra. Enorgullécete, jinete."

"La luz de los carros funerarios muestra el camino a través de esa oscuridad."

"Protégenos de los saqueadores en la tempestad y de los ángeles de la muerte."

"Impide que los invasores arrasen esta isla, donde Miriam, la madre de Jesús, acabó sus días."

"Toma este joram. Lo hemos artistado en honor de la copa con que Jesús bebió durante su última cena. Y así lo llamamos el Santo Graal. Lo han consagrado nuestras plegarias por la paz y porta las bendiciones de Dios."

La más joven lo deposita en las manos de Uther y los brazos del rey vacilan con el peso inesperado del cáliz. "Lo acepto por toda la cristiandad", dice y se estremece en su interior por sus apasionados recuerdos del bosque musical del rey-alce.

Ygrane besa a cada una de las cenobitas; ellas bendicen a la reina y al niño en su seno y parten en orden inverso: la más joven guía la salida de la ciudadela y el retorno a

Librodot

los campos nivosos. El amanecer se aduja en la espiral del unicornio, que retoza alrededor de las cenobitas hasta que penetran en la foresta de cristal.

Tras su partida, tan repentina y solemne como la llegada, un silencio sagrado impregna el salón. Uther entrega el Graal a Ygrane, que lo sostiene con ligereza. No le parece a ella sino vidrio tejido.

"¿Qué significa esto, Merlinus?", pregunta maravillada y le ofrece el lustroso cáliz.

El mago observa las sombras húmedas en la concavidad de la copa y ve la luz turquesa que penetra por la puerta del salón y se estanca en el fondo. Un momento de concentración revela que el cáliz sirve de antena; Merlinus lo gira en sus manos y siente el poder fluir y arremolinarse. "Mi señora, ésta es una copa mágica. La han concebido los *Annwn* para que reciba el poder de los cielos. Amplificará tu propia magia de un modo inesperable."

Le devuelve el Graal; ella rota el prodigio como viera hacer al mago y siente, también, el flujo de poder que concentra en sí mismo absorbiéndolo del aire. La vigorosa corriente relaja la opresión que le tortura el pecho. Ahora tiene el poder necesario para revivir al *magus*.

"Es un milagro", logra decir al fin. "Con esto y la espada Relámpago a nuestro lado, no podemos fracasar."

"Muy fácilmente podemos fracasar", advierte Merlinus con ardor. "Estamos batallando demonios y dioses que no temen el mal. Hemos de tener mucho cuidado de no volvernos como ellos."

Uther cae de hinojos, avergonzado por su deslealtad a esta vida, e Ygrane se le une creyendo que se arrodilla en plegaria de gratitud. Pasado el momento de prueba, el rey levanta el rostro con dicha atemerada y envía su guardia personal a escoltar a las monjas hasta su capilla. Pero las monjas han desaparecido. Cuando los soldados alcanzan la línea de los árboles, el rastro cesa, los pasos finales se espacian dando lugar a unas zancadas imposibles para cualquier mortal.

El invierno es activo. A pesar de un número poco habitual de nevascas y tormentas sobre el mar, llegan emisarios de Armórica, del Reino Visigótico, del papa Simplicio de Roma, de los patriarcas orientales de Antioquía y del niño emperador Rómulus Augústulus, que habita en Rávena. Videntes celtas y místicos cristianos visitan la corte desde aldeas y ermitas distantes para bendecir al niño que Ygrane porta en su seno, y revelan que hasta en los rincones más lejanos del reino se es consciente de que algo importante está a punto de ocurrir.

Mientras Ygrane se dilata, Merlinus pasa su tiempo alerta en prevención de Morgeu y sus Y Mamau. Aunque se ha enviado a Falon para que repela a Azael, el mago sabe que el odio de Morgeu hacia él es más fuerte incluso que el demonio. Una y otra vez, llegan noticias a través de comerciantes y peregrinos que hablan de un culto asesino en Inchtuthil dedicado a la Devoradora de Todas las Cosas. Pero en todo el invierno, Morgeu no hace sentir su nefanda presencia ni su alianza con el Furor. No en Tintagel. Y, sin Bleys a mano, Merlinus es incapaz de volver a usar su ojo fuerte, surgir del cuerpo y visitar por sí mismo el diabólico santuario. Su energía resulta tórpida e incontrolable. También para el mago se abre el tiempo a una dimensión más veloz. Los días tropiezan unos con otros.

Merlinus, intentando hallar un punto firme en la escurridiza precipitación del tiempo, atiende a las muchas ceremonias del palacio —bendiciones cristianas, misas, procesiones de cirios—, acompañadas todas ellas por los cánticos litúrgicos de los coros

Librodot

que se han reunido en Tintagel, llegados de todo el país, para adorar el Santo Graal. También Ygrane, y muchos de sus druidas y fiana, atienden estos servicios sagrados. Se sientan a un lado y funden sus observancias celtas con las cristianas, rápidos en trabar con los dedos silenciosos signos rúnicos. La vida espiritual de la diócesis nunca ha sido tan febril y el obispo Riochatus, de rostro austero y demacrado desde su primer encuentro con Merlinus, tiene un aspecto feliz, rejuvenecido en realidad, más carnoso y vivaz. A todo el que se encuentra, para amargura y consternación de los fiana y muchos celtas, le dice que un ángel ha respondido a sus plegarias y que la conversión de todo Cymru ha sido prometida por el heraldo de Dios. Dun Mane y él pasan horas y horas enzarzados en vigoroso debate sobre las escrituras y el obispo sale de estos encuentros convencido por el druida de que debe imitar al mesías adhiriéndose a las estrictas reglas dietéticas del Levítico y dejándose crecer la barba y los rizos de las sienes al modo hebraico.

Para Ygrane y Uther, este invierno es el periodo más feliz de su vida juntos. Cuatro lunas de magia unida, fundido entendimiento, soberbio propósito. Cada noche, después de la celebración del Graal, se reúnen ante un fuego glorioso con los invitados reales —emisarios extranjeros, peregrinos de tierras lejanas, guerreros, poetas y oportunistas atraídos por Tintagel— y disfrutan de la comunión con el sueño humano, en toda la variedad de sus debilidades. Y cada mañana, después del júbilo de las campanas y el culto cantado, un humor festivo posee las terrazas y niveles escalonados de palacio cuando los músicos confluyen en pequeños grupos extáticos y acompañan a los moradores al trabajo. La ciudadela no ha sido nunca tan productiva.

Muchas cosas ocurren ese invierno, muchos cuentos se cantan para estímulo de todos los corazones; pero, para Merlinus, toda la estación destila en un único y vivido encuentro con la reina. Ygrane está en su jardín de invierno en el centro de Tintagel, haciendo sus pociones mágicas tal como él la viera siete años atrás y setenta leguas al norte, en el jardín estival de Segontium, cuando por primera vez Bleys y Lailokén se entrevistaron con ella.

Como en aquel tiempo, el unicornio está allí. Blanco como la nieve, apenas es visible contra las agujas escarchadas de los álamos que muran el jardín circular. Como un bosquejo de sí mismo, pasan sus ojos vivaces y sus cascos silentes mientras la criatura recorre el perímetro del jardín. Uther alimenta la madera de los braseros como duendes, nódulos de azafrán de resinas fragantes y límpidos óleos en separadas páteras de bronce, que reposan en trípodes sobre el fuego. Atento, observa a la reina-bruja escaldar pequeños matojos de hierbas, setas, musgos, helechos, corteza, raíces, diminutos mariscos, pequeños caracoles marinos y pervincas cromáticas como dulces.

Durante varias horas cada día, prepara bálsamos de rápido efecto para las batallas de la primavera, con Uther al lado, que la asiste con las mixturas, el fuego y la magia. El Graal, cerca de ellos, atrae energía del Gran Árbol y la reina renueva a menudo su propia fuerza tocando con su frente el borde de la copa. Necesita mucha energía porque quiere que cada soldado, sea cristiano o fiana, tenga un frasco de pócima curativa. Ello significa dejar gran parte del trabajo en manos de sus doncellas, la mayoría de ellas sanadoras y sacerdotisas por derecho propio. Laboran éstas diligentes en la ciudadela preparando medicamentos con las balas de hierbas curativas que la reina ha traído desde Maridunum, e Ygrane se reúne con ellas cada día para trabajar algunas horas más.

"Creo que haces demasiado", se queja Uther mientras la ayuda removiendo las pociones y controlando cuidadosamente el calor de las aromáticas llamas. "Atesora tu fuerza para la primavera y nuestro hijo."

"Merlinus, dile a Uther que tengo ya demasiada energía, ahora que gozamos de la compañía del Graal", repone ella y pausa para poner las manos sobre el vapor que

Librodot

emerge de los ardientes calderos. Cierra los ojos y dirige un flujo de magia a los elixires. Desde su pecho, Merlinus siente el poder curativo como un cálido aroma a tierra en el frío punzante. "¿Cómo podría estar acostada todo el día? Necesito usar esta fuerza."

"Dásela al niño", aconseja Uther. "Necesitará toda esa fuerza cuando llegue al mundo."

Muchas veces durante ese invierno, el mago querría abrir su ojo fuerte de nuevo, aunque sólo fuera para ver si el niño que porta Ygrane es en verdad varón. Teme que éste no sea el rey futuro sino otra Morgeu. Pero su fuerza vital no está lo bastante concentrada para que pueda atreverse a salir de su cuerpo. Tal como marchan las cosas, el mismo flujo del tiempo lo confunde con su avendavalada precipitación. El ojo fuerte es demasiado poderoso para que ose usarlo sin la presencia de seres más concentrados, como Bleys o las Nueve Reinas.

Uther lanza una pavesa en dirección al mago. "Merlinus, desde que dejamos Maridunum has estado como ausente."

"Desde que Bleys se retiró", corrige Ygrane. "Sin su maestro, va a la deriva."

"¿Es ésa la razón de que los niños canten historias sobre ti?", le pregunta el rey con un guiño. Merlinus agacha la cabeza ante esta embarazosa verdad. Sus intentos de mantenerse ocupado han sido causa de algunos percances en la ciudadela y los pueblos cercanos, donde ha dado lugar a ciertos malentendidos al tratar de obrar para el beneficio de otros.

"Tu madre te pidió que hicieses el bien", le dice Ygrane esa fría, clara mañana en el jardín de invierno. "Pero, santa como era, tuvo corazón para decirte la verdad. Tú no eres el salvador."

"No." Merlinus gira lentamente en torno a su bastón, siguiendo el alegre circuito del unicornio. La traicionera bienaventuranza que disfruta cada vez que toca a la criatura turba su corazón con recuerdos y se mordisquea el bigote. En el blanco resplandor, sus ojos bizqueantes parecen maliciosos. "No volveré a molestar a mi maestro hasta que podamos darle el unicornio."

Uther se sopla calor en las manos y se aproxima al unicornio. Sabe demasiado bien que no debe acercarse demasiado. El animal se asusta de él y en dos ocasiones ha retrocedido de un modo peligroso. Un destello de esos cascos oscuros y lustrosos, y ningún conjuro que el mago conozca podrá hacerlo retornar.

"Mirad este ser magnífico", dice el rey señalando las dos hendiduras rosas, verticales del morro y su exhalación de vaho misterioso. "Es la criatura más hermosa de la tierra." Los curvos ojos verdes se cierran y el cuerno amenaza como una daga de hielo.

Merlinus lo aparta con precaución. "No puedes gobernar esta criatura, Uther. La bestia que aguarda tu voluntad habita en el inframundo."

"Yo no llamaría bestia al ancestro Vitki", protesta mansamente Uther.

"Ahora es mucho más bestia que hombre", replica la reina. Ella lo sabe porque nutre cada noche a Wray Vitki con la fuerza del Graal. Se ha erigido un edificio, torre y santuario al mismo tiempo, con este propósito. A medianoche, con las auroras arremolinadas en los vientos estelares, Ygrane alza el Graal al cielo y dirige el flujo de poder celestial a través de su cuerpo y de las rocas de la torre hacia los espacios planetarios inferiores. La mayor parte de la corriente se cuela por apanaladas cavernas hasta el Dragón. Y su crin se agita violenta convertida en vapores sobre el océano invernal. Wray Vitki recibe poder suficiente para hacerse más fuerte.

"Bestia o no", les confía el rey, "ocupa mis sueños de nuevo, pero ahora como hombre. Hombre enteramente. Se parece a mi padre, a los bustos que he visto de él."

Librodot

"Sí", comprende Merlinus. "Porta su rostro humano para este último encuentro contigo. Aun con el poder del Graal, su vida no durará más allá de la primavera. Hemos de servirnos sabiamente de él en la batalla."

La anticipación de la guerra, como siempre, endurece la expresión del rey y se torna de nuevo hacia el unicornio. "El tiempo para la guerra no ha llegado todavía."

Merlinus dirige una mirada de complicidad, desventurada a Ygrane y ninguno de los dos tiene el corazón de decir lo que ambos saben y lo que, con toda seguridad, conoce el rey en el fondo de su corazón: que la guerra no tiene un tiempo propio. Heredada de la violencia y la furia de las estrellas, que arden desafiantes contra el frío absoluto del vacío hasta que se agota su fuego en las garras de su enemigo intemporal y explotan y, en sus espasmos de muerte, forjan el hierro y la sangre, la guerra es eterna.

Falon vaga el mundo invernal. A través de nevascas y de paisajes anónimos bajo sus lastres de nieve, marcha hacia el norte. El talismán de Ygrane lo protege de licántropos y vampiros, y él avanza rápidamente a través del territorio tempestuoso.

Tres caballos agota en los azules bosques fríos. Dos veces usa el oro de la reina para comprar nuevas monturas en los establos de las *coloniae* que atraviesa en su expedición a las tierras septentrionales. El tercero de los caballos lo roba de un campamento picto y huye galopando a través de un río helado que se quiebra tras él bajo el impacto de los cascos del corcel.

En las salvajes tierras altas, encuentra un eremitorio acosado por bandidos. Los doce escotes no lo ven hasta que surge de pronto a través de un matorral carambanado, con la espada trazando centelleantes arcos letales. Tres caen antes de que el resto pueda arrojarse sobre el extraño. Bravo, con el inmenso sol occidental bulléndole en la espalda entre los cúmulos tempestuosos que flotan sobre el bosque gris, acaba con otros cinco. Los demás huyen y Falon se derrumba del caballo mientras una herida bajo el brazo tiñe de escarlata la nieve apezuñada.

Los eremitas lo hallan inconsciente. Tras restañar la hemorragia, lo transportan a su santuario de piedra, que consiste en una aglomeración de toscos edificios con forma de colmena, en un promontorio rocoso. Lo llevan a la más próxima de las celdas y lo acuestan en un camastro de paja.

Mientras se afanan en limpiar y vendar la herida, tiran al suelo sin querer su bolsa de viaje y desparraman su tesoro de amuletos y talismanes paganos: cráneos de roedores guarnecidos de plumas y unidos por confusos nudos de pelo, hueso y tendón, con las cuencas engastadas de pedazos de cuarzo. Un pedrusco con una costra como de diminutos espejos acompaña esta hórrida exposición y todo el aborrecible equipaje va a parar a una hoguera de madera bendecida, dura y de fuerte combustión, donde es entregado al fuego lustral. Fervorosos rezan los eremitas para disipar el demoniaco embeleso que posee a este bravo guerrero herido; alzando más y más las voces, se preparan para salvar su alma pagana de la eterna condenación.

Falon emerge de su estupor al sonido de los cánticos fervientes y aúlla de horror al ver que su bolsa protectora arde en el exterior, devanando humo a través de la caída oblicua de la nieve. Salta de su lecho postrado con otro grito y aparta a los eremitas que tratan de detenerlo. Mete la mano izquierda en las llamas y recupera el amuleto de Ygrane, chamuscado pero intacto.

Falon no espera a que la creciente nevasca ceda para abandonar el eremitorio. Cabalga hacia el norte sumergido en una explosión de noche ártica. Sin los talismanes, es presa para toda criatura vil que el amuleto atraiga. Aunque él no puede sentir la magia en la piedra, hay malignas entidades desalmadas, criaturas tejidas de sombras,

Librodot

que sí pueden hacerlo.

Los proteicos licantrópidos son los peores, pero no los únicos terrores de la noche. Éstos son seres plasmáticos compuestos del icor que destilan las heridas del Gran Árbol. Son los magos quienes infligen esas heridas para sangrar el icor y, a partir de él, crean soldados y servidores astrales. Los que ahora acosan a Falon son los que han huido de sus dueños, entes proteicos y protervos que deben tomar de la fuerza vital de las criaturas orgánicas para vivir. Muchos de ellas tienen centenares de años de edad.

Sin los talismanes de la reina-bruja para rechazar a los predadores astrales, Falon ha de permanecer despierto por la noche, cuando esos seres terribles descienden del Árbol del Mundo. Por la mañana cabalga hacia el norte, sestea brevemente al mediodía y se apresura al ocaso, manteniéndose tan lejos como puede de las gentes. Su juramento fiana le prohibe ser portador de males para cualquiera que no sea un enemigo de la reina. Desamparado por los talismanes, el amuleto embrujado es una señal fulgurante para toda criatura ectoplásmica de la isla.

Las más lúcidas de esas entidades imploran, seducen y amenazan desde la oscuridad, y sólo sus ojos carmesíes titilan en las sombras del fuego. Le ofrecen ocultos tesoros, conocimiento secreto, lealtad para toda su vida. Pero nada de lo que puedan decir le influye. Sabe que con su pérfida inteligencia, usarían este poder para abrir de par en par las puertas entre los mundos.

Falon se tranquiliza al pensar que su reina posee la visión. Puede ver los turbulentos vientos del tiempo y leer el flujo de los eventos hacia el futuro. Puede ver ese flujo aun alrededor de cada guijarro y sin duda ha examinado las corrientes que empujan este vital amuleto. Ygrane sabe que el curso de los acontecimientos marcha límpida e inconteniblemente hacia su hija. A él no lo desperdiciaría en una misión imposible.

Seguro como una roca, el soldado de la reina se sienta junto al fuego, desnuda la espada en su mano y el amuleto de cristal atado a la parte posterior de su torce por mechones trenzados de su cabello. Noche tras noche permanece así, sin que lo toquen las estratagemas de los entes hostiles.

Hacia el tiempo del solsticio, con el viento aullando como endriago desde las tierras altas y el fuego protector danzando en un salpicar de pavesas, las entidades astrales parten ante una amenaza menos horripilante pero mucho mayor. Una vampira visita su círculo de luz.

Llega al principio en forma de visiones de Ygrane: desnuda, la clepsidra cristalina de su cuerpo baila de modo provocador. Así, lo debilita por dentro. Al igual que el resto de los fiana, la vida de Falon está ligada a la de la reina; ahora bien, todo deseo sexual que la concierna es negado y debe dirigirse hacia el exterior, al grupo de doncellas del que se espera que los fiana tomen mujer.

Falon, que perdió la suya a manos de los sajones el invierno antes de que Ygrane lo reclutase, nunca volvió a tomar otra. La vampira lo tienta con imágenes de Ygrane como esposa suya. La verdad es que, con los años, un deseo impío por su reina se ha desarrollado en él. Sobre la vergüenza y la grandeza se sostiene este deseo. Sin embargo, algo más que su juramento fiana le ha impedido sentir hasta ahora esta realidad. Ella es demasiado mayor para él. Ha sido reina-bruja durante muchas vidas ya, mientras que ésta es la primera oportunidad de Falon como guerrero.

Noche tras noche la vampira lo tienta con imágenes imposibles en las que él aparece en los brazos de la reina. Luego, una noche sin viento y con el cielo como una vasta conmoción de estrellas, llega sin disfraz, tal como es ella misma, y permanece inmóvil en las sombras cinabrio que limitan el círculo del fuego.

Es bella. Vetas de mineral iridiscente rutilan por el corazón del guerrero al verla y

Librodot

su hermosura le hiere el pecho. Su herida ha curado mal y los venenos destellan ardorosos cuando la hembra penetra en la luz. Su largo cuerpo se cimbrea como una llama blanca y sus ojos, diminutas estrellas de acetileno, lo clavan donde está.

Lentejuelas de gélido sudor tulgen en su frente, grandes como gotas de rocío, por el esfuerzo que le cuesta alzar la espada. Con la yema de un dedo, la vampira aparta el arma y se desliza hasta él. Su caricia fluida le cura el dolor... y, cuando la luz del día retorna, le abrasa como ácido.

Ahora, durante las horas de luz, cabalga a través de bosques oscuros y evita las ardientes saetas del sol. Cree que viaja al norte, pero la mayor parte del día tiene la mente lejos y el terreno baldío le resulta tan innombrable como el inframundo. Sólo por la noche, al resplandor del fuego, con ella acostada a su lado, se le aclaran las ideas. La hembra lo está devorando. Él lo sabe, aun en el mismo momento en que su fuerza vital le resuda febril a través de la piel. Lo sabe y no puede evitarlo porque, mientras ella se lo come, se come también su dolor... y el dolor del mundo con él.

Todo el invierno, Falon mengua en su abrazo. En un húmedo crepúsculo de luz ópalo, cuando el guerrero se ha encogido hasta un recuerdo de lo que fue y su piel tiene la textura de los hongos, la vampira juzga que está ya por fin demasiado débil para resistirla, le arranca el torce del cuello y aferra el amuleto hialino.

Abierta la boca en torno a un grito callado, todo el cuerpo se le acalambra a Falon con el esfuerzo de desenvainar la espada. Está encorvado, agarra la empuñadura con las dos manos, la hoja tiembla aún. Los ojos estrellares de la vampira lo observan a través del humo de su cabello; su sonrisa, en este ocaso de primavera, es azul y satén. Cuando Falon guía la hoja a través del corazón de su enemiga, no puede evitar sorprenderse: la hembra es suave como el musgo.

Las entidades hostiles que lo observan desde los árboles ven a la vampira morir, ven el colapso de su cuerpo en cieno y humos de un negro ardiente. Al vislumbrar la oportunidad de quitar el amuleto al hombre estrujado, se abalanzan sobre él desde el vapor lunar del bosque.

Falon aferra el torce con el amuleto atado a él y se aleja del hedor repentino. Se ha vaciado a sí mismo en la belleza de la hembra y ahora carece de la fuerza para huir. Se vuelve para enfrentar su muerte y ve tres moles iluminadas por la luna, grande cada una como un oso, que corren ladera abajo hacia él. Sus espantosos rostros grandes flotan laxos sobre largos cráneos y sus facciones deformadas, irreales, parecen la estela borrosa de una pesadilla.

Este horror inmundo rinde su agotamiento al miedo. A su izquierda, brotan los vapores violeta de una garganta y salta a su interior. Cayendo estrepitosamente entre raíces enmarañadas, desciende a una gruta de suelo rocoso lo bastante ancha para poder reptar por ella. Al fondo del húmedo, acre interior, se da la vuelta y aguarda con la espada dispuesta.

Cuando una sombra masiva retumba cerca, ataca. El aullido que sigue arde en el exterior de la caverna durante un tiempo interminable. Toda la noche, oscila Falon entre las voces repulsivas que lo amenazan desde el exterior y ese vacío imposible en sus adentros del que la vampira se ha alimentado.

Al alba, repta hacia la luz del sol y se abrasa con un dolor inefable. No rueda hasta las sombras, sino que se resigna a sufrir el fuego desgarrador. Quiere sufrir por la traición a su reina y a sí mismo, y se deja calcinar hasta que se desvanece.

El unicornio emerge del vértigo febril del mediodía. Ygrane ha buscado a Falon todo el invierno, desde el solsticio en que recibió el poder del Graal y pudo enviar su corcel solar a ayudarlo. Pero la vampira lo ha mantenido oculto en la oscuridad hasta hoy.

Librodot

El contacto con el cuerno del animal cura a Falon, que reemprende de inmediato su demanda. Y aunque no hay necesidad de acudir ahora a Inchtuthil, pues el unicornio sabe ya que Morgeu ha partido, se detienen allí de todos modos en su retorno al sur.

En el húmedo lugar, Falon ve las casuchas dilapidadas y las desvencijadas estructuras donde las Y Mamau moraran entre las ruinas romanas. Dispersos por el terreno hay agujeros, grandes como calderas, donde danzan llamas azules sobre el fétido cieno negro que se filtra del subsuelo.

La presencia del Dragón inquieta al unicornio y no se demoran. Por el camino de partida a través de los escombros de las chozas destartaladas y los pozos estancados, vividos de hedor fecal, encuentran un cúmulo de cráneos humanos, negros por la sangre cocida al sol y amontonados junto a la estatua danzante de Morrígan.

El momento dorado de los Pendragón acaba con la llegada de las tormentas primaverales. No recordaba la historia torrentes semejantes. Los relámpagos enmarañan sus redes ardientes entre las afiladas torres de Tintagel, día y noche durante una semana, y la ciudadela retumba y gonguea con los ecos portentosos de una orquesta de gigantes.

El dragón retorna a los sueños de Uther. Sus pezuñas membranosas levantan la tierra bajo él, tal como hicieran cuando Uther voló desde el Otromundo con el magus para salvar a Ygrane. Sus garras levantan al rey hacia la vasta mueca de sus colmillos y la malévola grandeza de sus cavernosos ojos dorados. Gotas de niebla detallan el pétreo morro de la criatura y cada una de sus escamas pesa y ofende como el metal. De pie bajo el aliento mustio y estremecedor del dragón ancestral, ante la fiera tenaza de su quijada, Uther ve piel raída colgarle del mentón como jirones de un leproso; ve las excrecencias sarmentosas, las canceradas descamaciones, en la brutal comisura de su boca. Y ve también que la bestia es muy, muy vieja.

"Uther-r-r", ruge su voz honda como los tambores de una legión.

Entonces, el corazón de Uther late desbocado y él se agita hasta despertar en un estertor de miedo. A veces, el mimo gentil de su esposa lo devuelve al sueño, pero la mayor parte de las noches permanece junto a la ventana de la torre y observa las sombras. Cuando la niebla repta por los bosques como los espectros de millares de muertos, cuando el miedo canta en las más oscuras veredas de anonimia y desesperanza de su corazón, Uther sabe que el tiempo de la guerra está ahí otra vez para él.

El Furor se sienta en consejo con sus demonios, Azael y Ethiops. Están acuclillados en la argéntea oscuridad del Otromundo. Las estrellas respiran con el lento aliento del Dragón.

"No volveré a encontrarme con vosotros aquí abajo", protesta el Furor y su ojo rutila desde las profundidades de su oscuro ceño. Aborrece sus deformes, hórridos cuerpos, aunque sabe muy bien que son sólo apariencias: uno de ellos es un calavérico rostro bulboso que cuelga de una viscosa contorsión de anguila; el otro, una nauseabunda piel de ballena repleta de nódulos y laboriosas bocas blindadas de colmillos como innumerables fibrillas.

"Señor", dice el viperino Azael con voz pálida de pura calma, "no nos acechan aquí los peligros del Dragón, entre estas raíces del árbol magnético de tu planeta."

"No pienses instruirme", advierte el Furor, manteniendo plana la voz, vacía de emociones. "Dos de los vuestros han muerto ya..."

"Muertos no, señor", corrige con blandura Azael. "Heridos."

"Están muertos en lo que a este mundo respecta", afirma más potente el Furor.

Librodot

"No sois rivales para los Señores del Fuego. Debería estrujaros ahora mismo para despojaros de la magia que os infundí y arrojaros de nuevo a la Morada de Niebla."

Los demonios se apretujan uno contra otro. "Somos tus servidores, señor", le asegura Azael, mientras piensa cuál es el mejor modo de controlarlo. La interferencia de los ángeles ha abrumado a los demonios y ahora difieren respecto a cómo utilizar el dios para arruinar la estrategia del enemigo. Ethiops quiere lanzar al dios furente y sus enjambres de sacos de tripas sobre la isla, para destrozarlo todo. Pero Azael presiente que, de algún modo, esto es lo que esperan y desean los ángeles. Los ángeles parecen haber investido de su poder a unos pocos humanos y creado así, de modo oportunista, una fuerza bélica de élite en torno a su embrujado compañero Lailokén. "Te hemos suplicado audiencia en este apartado lugar para pedirte que aguardes en Londinium la llegada de tus enemigos."

Ethiops permanece callado, sin querer traicionar su desacuerdo con Azael por miedo a enfurecer aun más a este dios ceñudo.

"¿Esperar?" El rictus fiero de la divinidad se tensa alrededor de su ojo enloquecido. "La última vez que me llamasteis a este lúgubre paraje fue para hacerme hablar con una niña... ¡y tú te disfrazaste de diosa! Resultó penoso. Y ahora me decís que espere." Se mesa la barba salvaje. "No esperaré. Destrozaré a mis enemigos. Y vosotros me ayudaréis."

"Nosotros queremos ayudarte, señor", protesta Azael con un tinte de impaciencia en la voz. "Los Señores del Fuego están dispersos a lo largo y lo ancho de su endeble creación. No pueden mantener unida por mucho tiempo más esta monstruosidad que llaman civilización. Podemos derrotarlos. Pero..."

"¡No acepto esa palabra!", truena el Furor. "¡Derrotaremos a los Señores del Fuego! He apostado por ello todo lo que soy."

"Y prevaleceremos", insiste Azael. "Te lo aseguro, los Señores del Fuego, queriendo abarcarlo todo, se han desperdigado demasiado para poder interferir en nuestros ataques. Podemos destruir imperios con toda impunidad. Los Señores del Fuego no pueden estar en todas partes a la vez."

"¡Pero!", gruñe el Furor. "Pero... ¿qué?"

"Sólo esto... los Señores del Fuego se están aprovechando de la irrisoria presencia de nuestro compañero Lailokén en un saco de tripas. Los ángeles están dedicando más esfuerzos que nunca a defenderlo a él y a su círculo... tus enemigos humanos."

"¿Por qué?"

"Nunca han tenido anteriormente un demonio que les sirva", razona Azael. "Creo que van a usarlo para establecer su nueva religión en estas islas... en todas las tierras del norte, si se les deja"

"¡No! Ha de ser destruido."

"Sí." Azael se le acerca, ansioso de forzar su manipulación. "Tú puedes destruirlo. Eres lo bastante poderoso para ello. Pero los Señores del Fuego protegen a Lailokén y ni siquiera tú podrás oponerte a ellos."

"Por eso me trajisteis la niña, la hija de la reina celta." El Furor empieza a comprender. Los Habitantes Oscuros son expertos en la destrucción, adeptos al uso de los seres más elementales para lograr sus violentos propósitos. "Morgeu es vuestro disfraz, ¿es eso? Vuestro modo de acercaros lo suficiente al demonio fugitivo para separarlo de los Señores del Fuego y que yo pueda destruirlo."

La sonrisa de Azael se abre en su calavérico rostro como un filo brillante. "Ethiops y yo distraeremos a los ángeles. Morgeu matará el unicornio, que es el ancla de los Señores del Fuego en este mundo. Están sirviéndose de su cuerpo solar para concentrar sus personas en la superficie del planeta. Desaparecido aquél, los ángeles

Librodot

quedarán dispersos de nuevo y tú tendrás la satisfacción de destruir a quien tanto te amenaza."

"Con Lailokén arrancado a su saco de tripas", dice Ethiops, contento de haber guardado silencio el tiempo suficiente para hincar hondo ahora el garfio de su influencia en el dios, "arrasarás triunfante a tus enemigos y conquistarás las islas. Los destruiremos a todos."

"¿Y es en Londinium donde preparáis esta masacre?", pregunta el Furor con una voz más relajada.

"Londinium", constata Azael, retrocediendo con su compañero a la tierra de las sombras. Y sus cuerpos espeluznantes se evaporan, insubstanciales como la oscuridad.

Cuando las torres de tormenta púrpura y gris-acero se retiran hacia el norte y dejan azul oscuro el cielo, la Tabla-Rueda abandona Tintagel; los reyes llevan el Graal y la Espada al mundo. No hay duda ya de que ambos vayan juntos a la guerra. Ellos son la alianza, el emblema viviente del reino, y deben enfrentar juntos todo el riesgo que supone su valía.

La marcha a Londinium comienza con impresionante fanfarria, como si los Pendragón desfilasen con el mismo César a la conquista de las Islas Británicas. En un solo día, sin embargo, se revela la verdad de su crítica situación.

Mientras las purpuradas tierras altas de Exmoor se elevan frente a ellos horizonte tras horizonte de aulaga, los atacan los bárbaros. Son una partida pequeña y vil de berserkers que quiebran la línea de voluntarios y dispersan por todas partes a los hijos de los granjeros y aldeanos reclutados. Con eficacia mortal, los incursores destrozan una docena de cabezas antes de que la caballería pueda cargar a través de la confusión y despacharlos.

El ejército de Pendragón, henchido como está de bienintencionados, soñadores, peregrinos y comerciantes, ofrece un triste espectáculo. La turba de voluntarios continúa interfiriendo la acción de los soldados entrenados. Así, Uther crea una división especial para ellos: los auxiliares del rey, asignada como apoyo a la infantería de Marcus Domnoni y la caballería de Uther. Con ellos viaja Merlinus y los acompaña en sus forrajeos diarios.

A intervalos regulares, partidas de berserkers surgen aullando de las grietas y barrancos que surcan las tierras solitarias por las que pasan. Son éstos los devotos de su pueblo, los adoradores más fervientes del Furor. Por la noche, barcos de poco calado varan en la orilla emergiendo del mar oscuro, tras días de navegación desde Frisia, Jutlandia o las Islas de los Gaélicos. Los hombres que arrojan a los yermos, armados de hachas fieras, están decididos a ir directamente a las Estancias de los Héroes entre los Æsir del único modo posible: muriendo en batalla.

La caballería mata a la mayor parte de ellos desde la distancia. Pero a veces, como en la primera escaramuza, rompen la línea frontal de combate y realizan su danza de muerte entre las filas despavoridas. Para el tiempo en que Pendragón alcanza la Ciudad de las Legiones, donde lo espera el ejército celta, sus tropas están bautizadas en sangre y miedo.

Kyner, Urien y Lot acampan fuera de la ciudad de negras murallas, en una amplia y cromática extensión de tiendas. Éste es el primer retorno de los celtas a las tierras bajas, que perdieron siglos atrás a manos de las tribus del norte y los romanos, y examinan el paisaje con una atención colmada de temor respetuoso: las llanuras fluviales de sus ancestros.

Los ejércitos aliados de celtas y britones ruedan hacia el este, como el tiempo. Los

Librodot

bárbaros huyen delante de ellos, tal como previera el consejo de guerra.

En las afueras de Aquae Sulis, adonde Bors Bona ha descendido con todas sus huestes, queda atrapada una partida de jutos y anglos. Durante dos días, se caza a clanes enteros que corrían por el bosque y se ocultaban en la maleza. El rey tiene a su izquierda una veintena de sacerdotes de campaña armados sólo con agua bendita y, a su derecha, el cuerpo de lanceros de Marcus Domnoni.

Todos los bárbaros desarmados que se inclinan ante los sacerdotes son bautizados allí mismo y se los lleva en carros de inmediato a las granjas de la iglesia para el estudio de la Biblia y una dura labor. Los que luchan son aniquilados: mujeres y niños desafiantes también. Y el cuerpo de lanceros lleva a cabo su carnicería con una furia rápida y precisa. La caballería da caza a los corredores salvajes. Uther quiere que toda muerte necesaria se realice de un modo veloz y no tolera ni torturas ni incendios. A los enemigos destruidos se les echa cal, se los recubre de césped y se les deja descansar bajo túmulos de roca.

Ygrane y sus fiana siguen al ejército a un día de distancia y obran magia sobre los túmulos. En las verdes nieblas del ocaso primaveral, la reina llama las almas paganas del Otromundo a sus huesos. Cuando emergen en ráfagas del crepúsculo, los Síd las atrapan y se las llevan al Bosque de los Dioses. Allí, las almas ensangrentadas de los cazadores bailan con el Flautista y el rey-alce y los Dioses Animales que cazaran. Muchas de estas almas enloquecen y su tiempo como cazadores acaba. Sólo vidas enteras pueden curarlas. Otras retozan. Los animales de sus adentros viven otra vez y comparten con ellas secretos, corriendo juntos bajo el balanceo de los árboles y los capullos por abrir.

Tras su labor con los muertos, Ygrane permanece en su tienda con el Graal. Gente menuda se arrodilla a su lado, faerïe que arden brillantes como pábilos, mientras ella hace girar el agua en el Graal. Los colores del cielo reflejados a través del humero abierto de la tienda arremolinan energía en el agua. Cuando bebe, se hace más fuerte, y también crece en fortaleza el niño en su interior, y su vista se torna lo bastante aguda para contemplar a su hermano Falon.

Inmensamente flaco, su rostro atezado busca en el linde meridional del bosque al unicornio, que lo guía hacia Londinium. Alrededor de su cuello, colgando del torce con cuerdas hechas de su propio cabello anaranjado, el amuleto de Ygrane fulge como un espíritu.

En los Montes de Costwold, plumas de humo señalan las tropas vehementes de Bors Bona y el fin de la magia de los túmulos. Entre flores dulces, hay familias paganas crucificadas en los árboles. Como excrecencias de las ramas, seres pálidos, amoratados, penden en grotescas contorsiones. Por un instante, se hace necesario creer que estas gárgolas moteadas, hinchadas, son una fungosidad del diablo: formas de hombres y mujeres en las horcaduras de los árboles y, bajo ellos, las negras eclosiones de sus críos.

El rey contempla sin parpadear los rostros abrasados de estos cadáveres. La piel le arde con el tufo y su caballo caracolea, azuzado por las moscas y asustado por el hedor de la muerte. Uther envía un heraldo a Bors con la orden terminante de enterrar a los muertos. Esa tarde, las llamas saltan de monte a monte. Bors se ríe gritando que ha enterrado en fuego al enemigo, al modo pagano.

Pero la risa cesa más tarde esa noche cuando, fustigado por el viento, el holocausto empuja el ejército hacia el este, a los cenagales que el deshielo ha creado en las llanuras fluviales. La Tabla-Rueda se atasca. Y, mucho peor, la caballería resulta prácticamente inútil en este infirme terreno. Los berserkers pictos surgen de los

Librodot

cañaverales, trabando combate cuerpo a cuerpo con los arqueros desmontados y hachándolos con sus armas masivas.

El pánico prende en las tropas noveles de aldeanos, que huyen en busca de un terreno más elevado hacia el sur. Los veteranos que han luchado ya con los nórdicos tratan de detener la turbamulta, pero incapaces de montar y usar sus flechas a causa de la multitud despavorida, se ven atrapados.

Aullando y bramando en su lengua bárbara, los pictos se precipitan directamente desde las peñas que dominan el avance. De lejos y a la luz de las estrellas, son un enjambre vaporoso de grandes sombras. El ejército se disuelve llevado por el pánico y queda separado por mogotes herbosos y pantanos negros. Los gritos en demanda de orden estallan contra los relinchos de los caballos.

Luego, los pictos llegan arrasando a través de los cañaverales y caen feroces sobre el ejército, como demonios que saltasen de otra dimensión. Calvas las cabezas alrededor de moños y crestas, tatuada la piel de sus vastos cuerpos, los terribles guerreros golpean con lanza, maza o hacha a todo el que encuentran en su camino. El horror de los chillidos mortales de los britones espolea a los supervivientes a volver a las filas, lo que produce su colisión con los regulares.

Uther demuestra ser un triste general. Separado de Marcus Domnoni, su mejor consejero militar, no sabe qué órdenes impartir. Merlinus lo ve desde su caballo volviéndose a uno y otro lado de la silla, aturdido, con la espada Relámpago irreflexivamente en alto. Sólo un puñado de hombres puede verlo en la oscuridad.

"¡Draco!", grita mientras ve disolverse su ejército en la noche. "¡Draco Vitki!"

Un caballo sin jinete caracolea junto a él, blancos los ojos de miedo, y se arroja con estrépito al cañaveral.

"¡Abuelo Vitki!"

Merlinus oye al rey llamar al *magus* y, aunque esperaba no tener que invocar al añoso hechicero tan pronto, pronuncia las palabras bárbaras que harán mostrarse al hombre-dragón.

La oscuridad amortaja la vista de Merlinus, pero aquellos que pueden ver, los arqueros y la infantería que están con él esa noche, contemplan una tormenta de rayos elevarse desde el aguanoso terreno. Los vapores de la ciénaga se transforman en verdes llamas. Centellas saltan sobre la maleza. El enérgico bridón del rey se encabrita envuelto en llamas azules hasta alzarse casi vertical. Un misterioso fuego astral surge de la espada Relámpago y con esta luz extramundana Uther convoca al ejército que lo rodea.

En una conflagración de fuego frío, el rey guía el avance contra los atemerados pictos. La pánica derrota se convierte en un instante en violenta victoria. Creyendo que el Espíritu Santo ha descendido sobre su rey, los mismos soldados cristianos se vuelven berserkers. Escuadrones enteros se sacrifican en frenéticas arremetidas contra los aturdidos bárbaros y acaban venciéndolos por pura superioridad numérica.

Cuando la aurora resplandece a través de los amplios llanos, el rabioso ejército aún acomete hacia el sur bajo las regias banderas de las luces boreales. Fuegos fatuos danzan a su alrededor mientras la masacre de pictos continúa, hasta que las primeras saetas de luz solar desgarran los espectrales fuegos del rey. Es entonces, cuando él delega en sus lugartenientes la lucha y cabalga exhausto a Ygrane.

Uther reposa en el aura brillante de la magia de su mujer y proyecta todas las sombras de sus miedos. Ella las toma y las mezcla con los muchos matices del azul de este día y de esta noche. El glamour lo calma, lo renueva. Y aliviado de sus animales

Librodot

temores, acepta su destino: no ser sino el portador de una semilla.

Extraña cosa una semilla: un destino compactado hecho del destino que lo precedió. Cada semilla es el fin del destino. Está muerta... hasta que crece. Luego, deja de ser una semilla para ser un portador de semilla, con su propio destino.

Todo esto tiene sentido ahora, con esta mujer de ojos verdes que yace a su lado en el pabellón. Pero mañana debe retornar al campo, donde las heridas de su corazón se abrirán otra vez. Sólo por esta noche tienen sentido el amor y el niño en el vientre de Ygrane. Mañana, volverá a oír las flautas de hueso y los misteriosos gemidos del viento que sopla de las Estancias de los Héroes. Esta noche, le bastan los auspiciosos movimientos en el vientre henchido de su mujer.

Dormido en el regazo de Ygrane, ve en sueños toda Europa desde Britania como un hondo campo verdecido que se extendiese hasta un rocoso horizonte, cuyo punto más lejano es el lugar del nacimiento del salvador. Allí está Jesús. No el Jesús que imaginara en la iglesia y sus plegarias, sino el Yeshua real, el hombre de perfil nazareno con los largos bucles y la barba de su fe. Es un hombre. Es un hombre moreno, semítico, de rasgos particulares, rasgos gentiles, viriles, no castigados aún por el beso de las espinas.

Uther retorna a su puesto de mando animado por su sueño. Su asombrosa victoria nocturna en la ciénaga le ha confirmado en su autoridad contra todos los errores que seguirán más tarde. Nadie volverá a disputársela, aunque él continúa siendo un terrible general.

El rey carece de imaginación para la matanza. Su mago le aconseja que, en el campo, deje mandar a sus generales. Merlinus insiste en que no es necesario limpiar todo el país de invasores, tal como Ambrosius intentara un día. Basta con que el rey y su mujer encinta alcancen Londinium para dar allí nacimiento a un nuevo orden.

"Las órdenes pueden darse después", concluye Merlinus, "una vez que nuestras fuerzas se hayan unido a las de Severus Syrax. Debes mantenerlo cerca de ti, pues ha heredado la infantería mejor pagada de la isla y, sin duda, es ahora tu aliado más débil."

Si Merlinus teme demorarse en la campiña, Uther es inmune a esos miedos y anima correrías para buscar y destruir las conocidas bandas de incursores. Con el sentimiento de su sueño próximo al corazón, halla coraje para culminar su propio drama crístico y ser el hombre particular que Dios ha hecho de él.

A medida que el tiempo pasa, las aldeas saludan a Uther y a su reina céltica con renovada ebullición. *Coloniae* previamente aisladas abren sus puertas a Pendragón y a sus celtas, y los reciben con frenesí de festivales y triunfantes ceremonias en su honor. Cada parada obliga a asentar la Tabla Redonda y exhibir la espada Relámpago y el Santo Graal. La marcha se convierte en un peregrinaje.

Parece no importar en absoluto que Uther Pendragón sea un general nefasto. Wray Vitki lo ha hecho grande. Las historias de las milagrosas victorias de Uther contra los paganos inflan sus filas con celosos voluntarios... más tropas inexpertas que drenan sus provisiones y hacen más lento el avance. El ejército se mueve con procesión tan solemne que la noticia del retorno del Señor del Dragón llega hasta las más remotas tierras septentrionales antes de que los aliados completen un tercio de la expedición.

Partidas paganas descienden de todas las tribus de más allá del Muro Adriano y el señor de la guerra sajón Horsa moviliza un ejército a través del Mar del Norte. Con amargura por la muerte de su hermano de clan Hengist, Horsa, jefe entre los bárbaros, reúne barcadas de vengativos guerreros y navega el Támesis hacia Londinium. Desde allí, envía grupos de asalto para distraer y debilitar la procesión de los aliados mientras los sajones arrasan la campiña e intimidan el ejército de Severus Syrax, pequeño y sin

Librodot

caballería.

La marcha entre las *coloniae* se torna más ardua y las huestes de Pendragón no tardan en no poder avanzar más de una o dos leguas diarias. Los ataques esporádicos del enemigo muerden en ellas. Éstas son las mismas batallas que Merlinus vio con Raglaw, combates brutales en los arroyos y las zanjas de los caminos con lluvias de sangre, huesos y detritus cerebral.

La excelente labor defensiva de los exploradores celtas garantiza que ninguno de los asaltos sorprenda a Uther... pero no hay término para ellos. Todas las tribus paganas de Europa han venido a Britania para vengarse de las humillantes pérdidas de sus congéneres a manos del Señor del Dragón. Los mensajes de Severus avisan de una inmensa aglutinación tribal a las puertas de la ciudad. Sus palabras dejan entrever que lo mejor sería negociar con Horsa.

Hacia el tiempo en que los árboles están en plena foliación y las bandas maníacas de asesinos en bosques y montes son más difíciles de ver, más letales, los aliados se olvidan de empujar a los bárbaros por delante. Los advenedizos quedan atrás. Los voluntarios se evaporan. Y Pendragón hace rodar su tabla redonda hacia el este, dejando la vieja carretera negra de sangre allá por donde ha pasado.

Sólo a los cristianos se les entierra y, a éstos, bajo un montón de piedras. A los celtas les basta con ser cremados; las piras arden para ellos día tras día. Los enemigos muertos quedan donde caen... y la Rueda de Pendragón sigue su curso. Ygrane y Uther cabalgan con la Tabla Redonda; el Graal marcha en medio de los dos, ya no exhibido sino encerrado en un arca cubierta de velos negros que transporta un carruaje.

Dos veces por día, al ocaso, Ygrane bebe del Graal. Ha creado en torno a ello una ceremonia que incluye a sacerdotes y druidas: una representación ritual del sacrificio sanativo de *Yesu*, que para los cristianos supone una misa en la que consagran su eucaristía y, para los celtas, un rito de diaria renovación.

Para Ygrane, ésta es la oportunidad de buscar al unicornio y a Falon, que va en pos de Morgeu. En su visión, éstos son imágenes diminutas, como en una montaña china. El unicornio rutila delante, anunciando el avance más lento de Falon. Fuerza vital emana de la bestia solar, pero muy atenuada estos días, reducida a un hilo casi por todo lo que la reina ha exigido del animal a lo largo del invierno.

El unicornio ha de yacer junto a Ygrane con el Graal entre ellos; debe beber de la luz del sol, de los astros, de la luna y de los icebergs de luz invisible que él magnifica en su cuerpo impoluto. Deben yacer de ese modo una luna entera para poder recuperar la fuerza que exige portar a un hombre.

Y a pesar de ello, Ygrane usa su magia y absorbe más y más de la vitalidad única del unicornio para el hijo que lleva dentro, más de su serenidad y su destemor. A veces, siente que se volvería loca sin el unicornio. La vida brinca en su interior. La vida explota desde cada monte y valle canoro. Pero en todas partes adonde mira, ve cadáveres. Con las manos en el vientre, dirigiendo magia de vida al niño de su seno, marcha en su litera con las cortinas abiertas. No aparta la vista de las carcasas. Éstos son los sacrificios a Morrígan que su vida requiere. Dios la ha llamado a esto. Ella lo acepta y nutre a su hijo con magia espantosa, temible: la vida se ceba en la vida... y sólo Dios hace santo este proceso.

Uther ha dejado de mirar. Observa las nubes rodantes portar el verano por el horizonte, traerlo un poco más cerca cada día. La gente lo considera milagrosamente imperial y lo vitorean, cuando no se esconden de los bárbaros. Pero él no es imperial. Está aterrorizado. En Tintagel, durante los frescos días otoñales alrededor de la Tabla, en la presencia severa de los señores de la guerra, la marcha a Londinium le había parecido tan plausible... Ahora es un inexorable horror.

Librodot

Ygrane continúa purgando a Uther con su glamour, pero proteger a su hijo de los aullidos de muerte y de los gritos de guerra que los fustigan día y noche empieza a exigir toda su fuerza mágica. Quiere que Uther cabalgue con ella, de forma que puedan ayudarse uno a otro. Pero ahora que los ataques han aumentado, Uther no se hurtará a la vista de sus tropas. El rey y la reina permanecen separados hasta que el ancho Támesis azul los guía frente las altas empalizadas y las humosas agujas de Londinium.

Cuando el horizonte de las huestes tribales de Horsa se hace visible, con sus campos de tiendas de piel y sus bosques de picas, Uther ha amasado una fuerza poderosa: una tropa de britones y celtas cinco veces mayor que la que hiciera formar Ambrosius en estas mismas llanuras fluviales sólo un año atrás. El rey alza su rostro a la tarde azul, a las nubes del estío que navegan hacia la eternidad, y reza con rabiosa esperanza de paz. Luego, ordena un ataque inmediato.

Quiere que acabe pronto. No quiere esperar ni siquiera el día que haría falta para combinar sus fuerzas con las de Severus Syrax. Ordena una poderosa acometida inmediata porque no quiere volver a enfrentar en sus pesadillas el cruel rictus reptiliano del *magus*. Toda. la matanza que aún quede por hacer, quiere que se lleve a cabo rápidamente. Su impaciencia se impone a las estrategias de todos sus consejeros militares, incluido Merlinus. El ejército está agotado. El enemigo en los llanos inferiores ha estado esperándolo, haciéndose fuerte, ardiendo en frenesí por las visiones y las visitaciones del Furor.

El rey no escucha los ruegos de sus jefes y éstos piden a la reina que interceda. Pero ella no lo hará. Los tiempos del viento soplan cada uno en una dirección. Todas las decisiones son válidas y ninguna lo es. El tiempo para el sacrificio ha llegado y el rey debe ofrecerse a su destino. Ella no intervendrá en las disputas.

Los acontecimientos, que para Merlinus han transcurrido hasta ahora como un vendaval, se atorbellinan ahora de tal modo que casi dejan atrás su capacidad para seguirlos. Bors Bona lidera la carga frontal a través de los llanos del río, directo hacia el desparramado campamento bárbaro. Marcus Domnoni y dos de los comandantes celtas, Urien y Lot, se desvían hacia el sur para un ataque por el flanco.

Parten mensajes a pie, en barco y por medio de aves mensajeras ordenando a Severus Syrax que acuda al campo de inmediato. Uther conduce su caballería y los celtas de Kyner a lo largo del río, por ambas orillas. Pero Severus no emerge al instante. Retornan confusos mensajes al rey, anunciando que han empezado ya las negociaciones con Horsa.

Pero para entonces, el combate ha estallado. Uther envía otra partida de mensajes a Londinium ordenando a Severus que salga de la ciudad y ataque el campo sajón. Después, protege con barricadas la Tabla —con la que quedan Ygrane, el mago y un puñado de los fiana para guardar el Graal—, pide su espada y cabalga al combate.

Bleys sigue al unicornio. Falon no lo ve, aunque por la noche aquél se sienta en el círculo del fuego y durante el día montan el mismo animal. A través de la lluvia y las inundaciones de sol, se apresuran hacia el sur en el ruano infatigable que el fiana robó a los pictos la pasada estación. La debilidad a la que lo precipitó la vampira cura gracias al inmortal, que busca complacer al unicornio.

La criatura no presta atención a las acciones del Parásito Azul, sólo a su presencia. Está cansado, demasiado agotado para servirse del Dragón contra Bleys. Con lo tórpido de sus reflejos, debe limitarse a los terrenos altos para no exponerse a caer bajo la garra de la bestia ctónica... y así es más vulnerable que nunca al persistente Parásito Azul.

¿Dónde están los Señores del Fuego?, se pregunta a medida que la magia de la

Librodot

reina-bruja lo ovilla más y más cerca de Morgeu y Azael. Está asustado. La muerte, que en la manada es el retorno al amor único, se cierne en el horizonte sobre el lomo del Dragón esparciendo sus flores negras. Campos abrasados y carbonizadas aldeas motean los verdes bosques estivales.

También Falon percibe la muerte delante. Los llanos del río destellan abajo en obsesivas distancias de cálida bruma y humo de batalla. El rastro de las Y Mamau deja en esta parte del país manchas más frescas: restos aún calientes de las hogueras, huellas recientes y cadáveres que flotan en el río, sin cabeza.

De los tres, es el inmortal quien más miedo tiene. El no morirá, desde luego... pero sí el unicornio y no podrá cabalgar al cielo. Hace lo que está en su mano para prevenir al animal, pero éste no le permite acercarse. Débil a causa de sus esfuerzos por ayudar a la reina y a su fiana, obedece la mágica voluntad de su señora y la sigue hacia el choque de los ejércitos.

Con su ojo fuerte, Bleys ve lo inevitable. Azael posee a Morgeu... y ella matará al unicornio. El único modo de impedirlo es interferir, usar su poder para proteger a su montura. Pero la idea de combatir contra un Habitante Oscuro y un dios pesa tanto en él que le hace dejar huellas en el mantillo del bosque. Y se detiene.

Morgeu se siente vibrante y henchida por la gloria de Morrígan. Cabalga veloz a través de los bosques, con sus guerreras precipitadas a los flancos. Azael infunde tanto poder en sus brutos que éstos vuelan como sombras. Al mediodía cruzan un paso entre montes bajos y emergen desde un bosque que se cierne sobre ellas como una hueste de barbados gigantes. El día azul se extiende por los pastizales donde el Támesis fluye, portador de innumerables prismas diminutos.

El lienzo amarronado de las cocinas de Londinium desciende del cielo y se entreteje con las humaredas de los campos del Furor. Más lejos, los herbazales despliegan un verde imperecedero. Y relámpagos bordan el horizonte de las tierras bajas, sumido en una neblina estival que sopla hacia el sur.

Las Y Mamau apuntan al oeste. Por las amplias llanuras, amosaicadas en tierras de labor por setos de robles enanos y cercas de piedra, avanza un ejército masivo. Aun desde la distancia, donde las tropas no parecen sino las sombras de las nubes que flotan sobre campos y caminos, Morgeu reconoce las negras y verdes oriflamas de Uther Pendragón.

Morgeu desmonta y camina entre los claveles y dedaleras del bosque elevado. Morrígan empieza a hablarle en el interior de su cabeza, sugiriéndole un ataque nocturno cuando los hombres de Uther acampen y se entreguen al descanso para la gran batalla del día siguiente.

"¡Pendragón ataca!", comienzan a gritar varias Y Mamau. Morgeu se libra de sus ensoñaciones y sube al caballo para ver mejor. Increíblemente, el caballerizo está ignorando las bases de la táctica militar. Carece de campo de mando, de formaciones, de un orden visible de ataque... ¡pero ataca! Las hordas reunidas en torno a él en su marcha victoriosa a través de la isla avanzan hacia Londinium.

Bajo un árbol de nubes, los ejércitos chocan. Morgeu y las Y Mamau cabalgan furiosas hacia la hecatombe. Debe acercarse lo bastante para infligir los espantos de su rabia. Azael la hincha de vigor, rapidez y suerte. También él se ha visto sorprendido por la irresponsabilidad de Pendragón. El ataque impulsivo de los aliados no le deja tiempo para encontrarse de nuevo con Ethiops. Y se ve obligado a abandonar a su camarada a su propia y pérfida ingenuidad.

Azael dirige a Morgeu y su grupo enmascarado a través de campos hollados, de

Librodot

salvajes hachas danzantes, y ninguna flecha o lanza las toca. El demonio arroja sus vengadoras contra la caravana central, donde un abanico de rayos luminosos brota de un carro empavesado de negro. El Graal está allí. Y por delante de él, en la ancha vía que traza una línea recta hasta la murada ciudad junto al río, una rueda gigantesca, estrafalaria, avanza. Azael está seguro ahora: Lailokén no puede estar lejos.

En la cima de un otero rodeado por los fanáticos de Kyner, pesadamente armados, Morgeu detiene su cabalgadura. La marea de inflamados guerreros se aparta ante la mortal presencia estremecedora de Azael y, por un momento, éste exulta: *¡Hágase el caos!*

Los gritos de guerra y los aullidos de muerte taladran el furioso clangor de los metales y se elevan sobre el rugido de hombres y caballos. Los pequeños detalles del campo de batalla —las moscas y las bandadas de cuervos y gaviotas que vienen a picotear a los muertos— interesan a Morgeu, mientras Azael trata de percibir la presencia de Lailokén. Desde que el mago dejó de hablarse a sí mismo en voz alta, se ha vuelto más difícil de encontrar.

Morgeu y sus guerreras observan con fascinación los humos alcanforados de las almas que trasudan de los muertos y arden en la vocinglera luz del día, como llamas sin cenizas. Un chillido colectivo brota de ellas cuando ven galopar el unicornio a través de los vapores ásperos, sulfurosos de la tarde, y entre cadáveres que se estremecen como borrachos bajo los cascos del animal.

Aun exhausto como está, el unicornio tiene fuerza suficiente para matar a Morgeu. Siente esta necesidad angustiosa a través del lazo psíquico que lo liga a la reina. Ygrane quiere libre a su hija del Habitante Oscuro.

Azael arroja las Y Mamau contra la bestia precipitada. El cuerno destella y cuatro de las guerreras enmascaradas revientan como odres. Los cascos golpean y otras cuatro amazonas caen al suelo rotas. Las cuatro restantes se dispersan para rodear al furioso fenómeno y atravesarlo con sus hojas. Pero éste elude las espadas y cocea cada una de las brujescas máscaras.

El demonio se desespera ante esta elusiva y vehemente criatura. Se concentra en el interior de Morgeu y desenvaina su cuchillo de obsidiana, la daga sacrificial que durante tanto tiempo ha satisfecho el apetito asesino de Morrígan. Si el unicornio pretende destrozar a la servidora del demonio, el animal morirá con ella.

En ese instante, Falon carga emergiendo del viento rayado de carbón y flechas flamígeras se cruzan en el aire tras él. Salta al otero y detiene al unicornio con un grito: "¡Tengo el amuleto!"

En cuanto ve la piedra en el puño de Falon, su costra recubierta como de copos de oro, Morgeu trepida y queda libre de la posesión de Azael. Los gritos sangrientos de la batalla se remontan poderosos y los colores se tornan más brillantes. La joven hechicera se sorprende de hallarse a caballo a punto de enfrentar el unicornio. La luz del sol que estalla en el cuerno del animal la deslumbra con irisadas cintilaciones y, por un momento, le vela el amuleto.

Ese instante oscuro, en que la luz inflige tinieblas en el cerebro de Morgeu, Azael decide sacrificar este saco de tripas a cambio de la criatura solar. Se precipita hacia ella, el caballo salta entonces y se encabrita en un acceso de electrocutada furia que arroja por los aires a su jinete. Desafiando la gravedad, la muchacha vuela hacia los verdes ojos de estrella.

El unicornio retrocede y Azael golpea con la hoja de obsidiana. En ese instante fatídico, Falon tira el amuleto, que alcanza el hombro de Morgeu con un resplandor. El impacto de la magia de la reina-bruja lanza el demonio violentamente hacia atrás, un viento negro que arrastra a su paso banderas y humo de guerra mientras cae de la tierra

Librodot

a través del cielo diurno y se precipita hacia la luna famélica.

Shi fa shr pao-sou de i-ch'e, resuena la voz de su *lao ye*, su viejo maestro, en la memoria de Bleys. *Malabarismo es el arte de conservar*. Esta fue la gran lección de su maestro, mucho tiempo atrás, en la lamasería del culto de la Tierra Noble. Fue el primero en revelar al joven Bleys —al joven Yeu Wei— el silencio que habla, las hojas de palma: aquellas escrituras dieron comienzo a esta demanda cuando le revelaron los secretos de la inmortalidad, el elixir que se extrae del cuerno del Ch'i-lin y la estrella negra que es el portal del cielo. Oír la voz del *lao ye* ahora, en este momento crítico de su viaje a la libertad, detiene a Bleys.

Al notar que dejaba huellas, se apartó de Falon y el unicornio. No esta dispuesto a arriesgar su preciosa inmortalidad contra los demonios y un dios. Con el tiempo, otros unicornios vendrán. Paciencia, se aconsejó a sí mismo... hasta que la voz del *lao ye* reverberó en los ecos de su memoria. Ahora no puede marcharse. El espectro de sí mismo lo llama desde el pasado. Su juventud, aquel que comenzó este viaje, no abandonará al unicornio... *no puede hacerlo*. Los preceptos de la Tierra Noble lo obligan a honrar el ser al que ha cambiado, el Ch'i-lin cuyo cuerno robó. Siente que ha creado el unicornio a partir de la bestia inmaculada que aquél fue una vez; ahora debe volver y aceptar la responsabilidad por el peligro en que lo ha puesto.

Malabarismo es el arte de conservar. Todo retorna y a todo se le ha de dejar partir, una vez y otra.

Bleys deja partir también sus ambiciones de la Tierra Noble y éstas tornan a sumergirse en la vacuidad que ya posee todas las cosas. Ahora está vacío. Sus pasos se hacen más livianos y no inquietan siquiera las hojas desprendidas. Donde pisa, no cae sombra alguna.

Bleys se torna y continúa tras el unicornio. No está solo. Camina con todos sus yos olvidados, los yos de cada una de sus vidas, como hacemos todos. En su caso, sin embargo —porque es inmortal, porque ha dominado el arte psíquico de colmar de vacío su ser—, sus muchas partes se acoplan perfectamente, en el flujo informe, como un ser imbuido de propósito.

La voz del *lao ye* lo llama a su ser verdadero; un significado llega a él con absoluta claridad. Tan claro que, aunque su pensamiento es aún más ponderoso que su miedo a la hora de arriesgar la inmortalidad, lo deja transparente: él es el servidor del unicornio.

Todos estos años que creía perseguir a la bestia celeste empujado por su propio propósito de libertad, el unicornio lo ha conducido por la traílla de su deseo. Simple y puro como creía a su deseo, comprende ahora que, como todos los deseos, el suyo es una ilusión.

Bleys surge del bosque a un montículo cubierto de hierba que domina los belígeros llanos del Támesis. El panorama atormentado de los ejércitos combatientes bajo el crudo azul del cielo resuena sólo tenuemente en la distancia... un suave trueno. Desde el límpido resplandor de lo increado, desde el vacío sin fin, sin futuro o espacio, el inmortal observa.

Acepta ahora que él sirve al unicornio, que lo ha conducido hasta esta quietud entre la victoria y la derrota, la vida y la muerte. Debe actuar. Todo lo que él es y no es lo exige. Pero descender al campo de batalla y actuar contra los demonios agotará todo el poder que ha atesorado, lo dejará exhausto y vulnerable. Su inmortalidad es la última ilusión que debe rendir.

El cuerpo del inmortal centellea en arco al cruzar el espacio, alejándose de la

Librodot

seguridad y del más absoluto de los deseos humanos para irrumpir directamente en la batalla rabiosa. Las flechas silban a través de él y caballos salvajes chocan ciegamente allí por donde él marcha, entre los cadáveres y los heridos que se retuercen en su dolor.

Un huracán alza los brazos de los muertos como suplicantes y arremolina a los cuervos, arranca yelmos, arrastra polvo, tamo y hojas con un rugido de precipitación cuando Azael pasa volando en su camino al espacio. Bleys se apresura al otero y se detiene allí de golpe, vacilante, aterrorizado al ver al unicornio moribundo.

Plácida y estremecida, la criatura yace sobre su negra sangre y su fuerza vital es una sombra que extiende su círculo por la hierba densa. Morgeu y Falon reposan entumecidos en la sombra, que es un pedazo de noche bajo un pelaje de estrellas. Alrededor, vapores de luz azafrán se llevan la cacofonía de la batalla al cielo azul, pero en el cerco de oscuridad de la vida derramada del unicornio, un silencio rige. Las dos almas manchadas por ella tienen la mirada perdida, llena del vacío que al animal desangra.

Bleys se arrodilla junto al rostro doliente del unicornio. Sus ojos largos se han dilatado oscuramente, pero se arredran al ver al Parásito Azul acercarse para tocarlo. Este palpa bajo el cuello la herida y su caricia es brillante. El azul entre sus dedos mitiga el flujo del frío que se ensancha en la llaga abierta. El dolor se relaja y morir se torna más fácil.

La confusión de la batalla se traga a Ygrane. Situada en una ancha avenida visible desde Londinium, debía marchar con el Graal a la ciudad, pero Severus Syrax no le ha despejado el camino. Las puertas continúan cerradas y la caravana de la reina y Merlinus con su Tabla-Rueda está detenida por barricadas incendiadas.

La infantería que Uther emplazó alrededor de ellos ha sido destruida por las olas de la élite del Furor, los Ángeles de la Muerte. Embadurnados de ceniza blanca para semejar cadáveres, los mortales guerreros lanzan lluvias de flechas llameantes y saltan aullando a través de las ráfagas de humo negro con las hachas danzantes. Los caballos de Kyner caracolean nerviosos y sus hombres pelean para dominarlos ante el asalto terrorífico.

Los veintisiete fiana a los que se ha encomendado el cuidado de la reina disparan flechas al enemigo desde los carros volcados y las cajas desperdigadas. Pero el humo de las descargas rivales y la proximidad del combate ofrecen pocos blancos. Las hachas de guerra crujen a través de músculo y hueso, y los caballos se desmoronan con estridentes gemidos. Otros corceles responden, se encabritan y dan tornos enloquecidos buscando un escape en la tenaza de frenética masacre.

Kyner emerge de la espesura del combate, donde su ancho sable búlgaro, Cortavida, resplandece carmesí mientras golpea a los guerreros como trasgos. La mitad de sus hombres está muerta. A través de los desgarrones del humo, ve ígneas alas arrastrar la oscuridad por el cielo cuando más y más flechas llameantes vuelan hacia su línea. Y por los velos del humo, más endriagos cargan, bramantes, teñido el cuerpo de blanco-cadáver y escardando a los corceles apiñados como si fuesen enmarañada maleza.

Haciendo señas a los atabaleros de los carros para que toquen retirada, Kyner se abre paso entre caballos caídos o desbandados y taja a los que se precipitan sobre él blandiendo sus hachas. Su destreza ecuestre le permite eludirlos y avanza arrasando hacia el carruaje de la reina. Hay que formar una nueva línea, aunque bien puede darse cuenta de que la defensa es ya imposible. Los Angeles de la Muerte caen desde todas partes. Su única esperanza razonable es morir antes de ver deshonrada y asesinada a su

Librodot

reina.

Los jinetes que pueden obedecer los tambores vuelan tras él hacia la caravana, donde los sacerdotes rezan de hinojos y los druidas danzan en plegaria. Estrepitoso sobre las losas del camino, Kyner grita al carruaje negro de la reina: "¡Muestra el Graal!"

Ygrane no puede oírlo. Desde el momento en que comenzó la lucha ha estado en trance, llamando al unicornio. Se arrepiente de haberlo enviado tras Morgeu... y este sentimiento ponzoñoso lleva consigo la amargura de cuatro vidas incompletas como reina. Cuatro veces en la historia, ha presidido la derrota de su pueblo en la batalla y la sangre de los campeones muertos mancha su alma. Este es su castigo por traicionar a Morrígan al detener los sacrificios y servir a los jefes. Su pueblo está condenado.

En una oscuridad nueve veces la profundidad de la noche, una rabia gélida palpita en ella por traicionar a su pueblo. La egoísta esperanza de salvar a su hija ha agotado su magia y no tiene ahora poder que lanzar contra los bárbaros. Sólo el Graal ofrece fuerza, pero ella es demasiado pequeña para portar su gloria. Necesita al unicornio, si quiere canalizar la suficiente energía del Graal para cambiar los vientos del tiempo. Y se retuerce de rabia por haber despachado a su animal durante este tiempo terrible.

El unicornio, sintiendo el sufrimiento de la reina, se ha apresurado a retornar e, inflamado por su venenosa amargura, ha osado destruir a sus enemigos. La matanza inspira una furia mortal en la bestia. Con cada estocada de su cuerno, las fuerzas vitales vertidas de los cuerpos orgánicos trepidan por su antena y él degusta la vida de los humanos.

Acres soledades se desjugan a través de la bestia estelar. Degusta la escuálida miseria, el miedo, la angustia, el brutal dolor físico infligido a los de la propia especie. Y el espanto de estas opacas, crueles vidas se compacta en una colérica urgencia de huir de las odiosas estrecheces de la piel del Dragón.

Entonces, Morgeu aparece abruptamente surgida de la sombra del Habitante Oscuro. Ver la hija de la reina lo libera de golpe de su ira. El fiana de la reina grita mientras se acerca cabalgando y el amuleto que porta toca el aire con la presión ardiente del sol. En repentina respuesta a esta magia resplandeciente, una tiniebla preñada de enormidad acomete desde detrás a Morgeu y la arroja de su montura.

El unicornio retrocede de un salto, pero demasiado tarde. Un dolor reverberante taladra al animal hasta ese núcleo suyo que pertenece a la reina. Y ésta grita. Sus sirvientas se precipitan a ella cuando emerge devastada del trance; ella las aparta y se agarra el hinchado abdomen. La sombra de la muerte del unicornio ha penetrado en ella. Y envuelve también el diminuto corazón en su seno.

Lailokén se alza sobre el borde de la Tabla-Rueda, desesperado por los torbellinos de lucha que ve en los campos atestados. Las puertas de Londinium siguen cerradas y no hay arqueros en las murallas que puedan ofrecerles fuego de cobertura. Uther y su caballería han desaparecido en el humo de la batalla y el mago sabe que debe llegar a él. El rey necesitará al *magus*. Pero en la carretera el combate es denso. Los soldados de Kyner están enzarzados con las olas furentes de los Angeles de la Muerte. Si su fila se rompe, el flanco izquierdo de la caravana quedará expuesto y los bárbaros, dementes en su ansiedad de trofeos, pronto se matarán unos a otros por el derecho de sacrificar a la reina. La Tabla... el Graal... ¡todo perdido!

El mago busca aliados entre la turba batalladora y no halla ninguno cerca, ni nadie atento a la crítica situación de la reina. Todos los jefes celtas luchan denodados en medio de la maraña de sus guerreros tribales, sedientos de sangre. Sólo los fiana y los

Librodot

restos de Kyner protegen a Ygrane.

Por un instante, Merlinus se maravilla de la letal astucia militar, la proterva inteligencia, que de un modo tan furtivo ha arrojado los aliados a este desesperado momento. Alguien ha coordinado con destreza la serie de acometidas que ha abierto el camino hacia el carruaje de la reina. El mago fuerza la vista por encima de su bastón en busca de demonios.

Atisba primero a Ethiops, su mole de mamut agachada no lejos de allí. Quieto como una montaña, el demonio se concentra en guiar a los Angeles de la Muerte a través de la confusa turbamulta de luchadores hacia la reina. Su ingrávida sombra desencarnada es la fuerza psicótica que nutre el frenesí de las tribus salvajes.

Merlinus pasea la mirada a lo largo de la carretera y ve, más cerca aun, a Azael. El demonio se aduja en torno a un cerro sembrado de los cuerpos muertos de las Y Mamau. Morgeu combate a caballo bajo pieles de lobo en el calor de las primeras horas de la tarde, tensa en la mano una daga negra, agitada la cabeza y danzante el cabello lívido como un jirón sangriento de carne desgarrada.

El mago se endereza al ver el unicornio. Extiende los filamentos sensibles de su corazón, pero no puede alcanzarlo. Con un grito mudo contra el tumulto, Falon cabalga a través de la niebla bélica y la piedra encantada brilla en su mano como un pedazo de sol. De repente, Azael caza a Morgeu en sus adujas y la lanza contra el unicornio. Una eternidad de sufrimiento clama desde la bestia cuando la hoja ritual lo hiere y, un instante después, del carro empavesado de negro, brota el rayo del grito de Ygrane.

Antes de que Merlinus pueda reaccionar, pasa Azael como proyectado por la explosión de una estrella. Desovillado el cuerpo negro y vaporoso como un cometa, desaparece rápidamente sobre el borde del mundo, titilando un instante mientras arde en su paso a través de la atmósfera hacia el espacio. Merlinus se agarra el sombrero, sus ropajes se levantan, ramas y tamo vuelan en la estela del demonio.

Sin perder un momento, el mago canta protección para la reina y penetra en ella con sus filamentos sutiles, intentando asegurarse de que no está herida. Siente su titánico dolor —la muerte del unicornio la mata— y Merlinus grita cuando el contacto se rompe. Aturdido, se tambalea un momento al borde de la Tabla-Rueda... luego, lo que ve lo hiela; su rostro es un borrón del miedo.

A horcajadas sobre la carretera se ha plantado el Furor como una torre y su barba gigantesca, tormentosa, huye de su rostro como los rayos fieros de una estrella.

Merlinus se arredra tras su bordón. ¡El Furor ha vencido! Azael ha infligido la muerte al unicornio... y el unicornio, el regalo del Furor, vierte la muerte en el seno de Ygrane. Ethiops masacra el ejército de Uther bajo los muros de Londinium, donde Ambrosius y Hengist murieron. Y Lailokén se humilla de pavor ante el dios furente.

Las palabras bárbaras que grita el mago se desvanecen ante la risa soberbia del Furor. La música en el alma del dios teje ya con esta victoria una historia que pronto cantará a su hija, Hermosura, y a todos los brillantes Æsir: la magia de los dioses le ha dado el poder de gobernar a los Habitantes Oscuros de la Morada de la Niebla y quebrantar al campeón de los Señores del Fuego.

Grises ropajes, vastos como velos de lluvia, se despliegan cuando el Furor apunta su lanza.

Lailokén aguarda, gritando aún sus fútiles conjuros bárbaros. Su fuerza es contra el dios como un chillido contra el tornado, pero aguarda desafiante ahora que reconoce lo inevitable de la muerte. El rayo estalla en el ático del cielo. El ojo del Furor gira de rabia y fija el blanco con rencorosa precisión en la criatura que los Señores del Fuego crearon.

"Tú y tus amos queréis asesinar el futuro... ¡pero los dioses de este mundo

abjuramos de vosotros!" El Furor arruga la frente de tal modo que da la impresión de que los huesos del cráneo vayan a irrumpir a través de la carne tirante. "¡Lailokén, enemigo de la Caza Salvaje, te maldije una vez! ¡Ahora conocerás la muerte!"

La lanza vuela hacia Lailokén, un relámpago dirigido por la mirada del colérico dios. "¡Óptima!", se lamenta el hombre-demonio por su madre, por la Madre, por Ella, que lo parió para esta muerte.

El rayo pasa desgarrando el aire junto a Merlinus, chamuscándole las barbas, lavándolo con su ardor blanco. El gorro cónico salta y sus cabellos de plata se erizan con una crepitante carga estática. En el fulgor que acompaña al tiro errado por muy poco, ve el ojo contraído del Furor abrirse de incredulidad... y de estupor después. Apuntó para matar a su enemigo y no quiere creer lo que ve.

Calor es lo que golpea a Merlinus desde detrás y éste se agacha con el bastón cruzado en las manos para prevenir un ataque por la espalda. Un instante después su alarma se dilata en perplejidad. La lanza del dios de la guerra se ha remontado sobre los llanos beligerantes para caer entre los hombres de Horsa y golpear a Ethiops. Allí donde el demonio estuvo, acechante, sumido en honda concentración, quedan sólo torbellinos de ceniza, carne astral incinerada que flota en el viento moribundo como un temporal de pétalos marchitos.

Los guerreros del Furor bajan las armas, aturdidos por el relámpago azul que ha destrozado el corazón de la hueste. Un trueno repentino tortura el aire y abandonan confusos el asalto a la caravana de la reina. Los hombres de Kyner los persiguen a través de los campos y no tardan en romper la torpe línea bárbara. Cada luchador queda aislado y, aunque se revuelve fanático y rabioso contra sus atacantes, enseguida es cercado por lanceros y arqueros que le dan la muerte del jabalí.

Merlinus salta de la atalaya que le ofrece el borde de la tabla, ansioso de llegar cuanto antes a la reina herida. El rostro incrédulo del Furor no es ya más que una mancha en el aire pardusco. El dios seguirá días ahí, rota su ira, estupefacto por el incienso de su derrota, el mórbido hedor de la guerra: entrañas derramadas, carne abrasada, podredumbre y miedo.

El mago aterriza sobre sus pies, pronuncia un conjuro de liviandad y el rebote de su sortilegio lo lanza a través de la carretera, por encima de una barricada de árboles caídos y carros volcados. Exhausto de pavor, se queda allí un instante como sin sentido y sólo empieza a darse cuenta gradualmente de que su nariz frota una zapatilla carmesí.

Cuando alza los ojos, se encuentra con el ceño cansado de su maestro. "Tú hace mucho problema para este uno", gruñe Bleys apoyándose pesadamente en el hombro de Merlinus mientras desciende de la barricada. "Mucho problema, no duda."

"¡Maestro!" El mago siente la solidez de Bleys cuando éste le toma el brazo para alcanzar el suelo. La hierba se dobla bajo su peso. "¡Maestro!", repite mientras empieza a comprender con lentitud... tan aturdido está por la precipitación de los eventos. "¡Has sido tú... tú quien ha desviado la lanza del Furor!"

Bleys no dice nada. Los puntos energéticos de su cuerpo están opacos.

Al no responder, Merlinus le da una palmada en la espalda y confirma que el alquimista es ahora sólido como un tarugo. "Maestro... ¿cómo has podido perder tu magia... por mí?"

Bleys disipa la sorpresa de su pupilo con un cansino encogimiento de hombros. "Ch'i-lin herido mucho... puede peor. Puede, muriendo ya. No puede monta a cielo ya. ¿Para qué pierdo a ti también?"

Cuando la lanza desviada del Furor golpea a Ethiops, el estallido abate a Uther de

Librodot

su montura, que cae sobre una alfombra de entrañas desparramadas. La batalla se detiene. Los luchadores se quedan estupefactos en los ecos atronadores que siguen a la explosión y miran férvidos a todas partes para ver quién invoca el rayo en el azur.

¡Brujería!

El cielo se llena del plasma crepuscular de Ethiops y el sol desmaya hasta no ser más que una acuosa luna roja en un lienzo púrpura. Densa, la bruma cuelga inmóvil como tela de araña en la calma repentina, como el humo de las descompuestas estrellas. Sombras revolotean veloces a través de la tiniebla: guerreros Síd que alancean a los secuaces del Furor, caídos o perplejos, desjugando el icor de sus almas en las fauces del Dragón.

Las pulsaciones de energía del relámpago del Furor, el estallido masivo con que el Parásito Azul desviara la lanza del dios y la vida que huye del unicornio atraen a la Bebedora de Vidas. Se alza la bestia hacia la costra del planeta y su presencia magnética asciende a través del Otromundo cavernoso al paisaje superior.

Con una crin de nubes violentas, ojos de roca azul de Carnarvon y esquisto de las Highland, y la garganta en el largo Támesis, el Dragón bebe el derrochado poder de los dioses, demonios y mortales por igual. Wray Vitki cabalga esta efusión de fuerza dragónica para ejecutar su última y gloriosa danza asesina. Negro como la coraza del escarabajo, con hombreras y yelmo de acero dentado, se manifiesta contra la laca amarilla del vapor diabólico. Monta el caballo de Uther... y la marea de un rugido crece cuando las tropas lo atisban corriendo entre los enemigos, cosechando cabezas bárbaras con la espada Relámpago. Las tropas aliadas avanzan con celo homicida pensando que es el rey. Y lo es.

Al intentar levantarse, Uther resbala en la carnicería donde cayera y sólo con esfuerzo logra ponerse en pie. También él sostiene la espada Relámpago. Wray Vitki lo ha copiado a él y al arma. Imaginándose que quizás el mago haya mimetizado su caballo también, lo busca con la mirada. En la bruma como brea es difícil ver nada con claridad y avanza a tientas entre las sombras de guerreros ensartados en lanzas que los sostienen de pie y otros que se tambalean con espantosas heridas.

Encuentra su animal en la penumbra que proyecta la yema rota del sol. Subiéndose a un bridón caído, monta su corcel y cabalga tras su ancestro. El campo de batalla es sepia y flota en él un resplandor de luces mate, misteriosas, vaporosas. Renovados sonidos de contienda se dejan oír aquí y allá, apagados, y voces que gritan como desde las profundidades. Cabalga a través de este paisaje fantasma con la espada Relámpago apuntalada contra el arzón, preparada para golpear a la derecha o barrenar a la izquierda. Pero nadie se le aproxima. Nadie lo ve. Es un espectro, como lo es su caballo, como lo es su espada, como lo es su futuro.

En la penumbra del crepúsculo, Wray Vitki fulge con su propia luz negra. Uther lo ve guiar a los suyos en brillantes acometidas, irrumpiendo y surgiendo de las filas enemigas con precisión de danzarín, inspirando en sus hombres ataques salvajes y audaces. Uther se lanza al galope, pero aun así no logra acercarse al torbellino de los jinetes.

En torno al rey, los Síd de rostros ferales siegan almas con sus lanzas. Con las formas ameboides de las almas humanas ensartadas en sus picas marchan al río y ceban al Dragón. En el ónice del agua, los amorfos burujos recuperan brevemente su antiguo aspecto: figuras ahogadas ruedan a las profundidades y fluctúan como nubes de kril antes de hundirse en las negras fauces del behemoth.

Sobre el río de las almas, Londinium rutila como un palacio en las tinieblas. Las puertas se abren de par en par y Severus Syrax marcha a la cabeza de una hueste elegante. Con las implacables falanges del *Magister Militum* presionando a las tribus

Librodot

desde la ciudad, poniéndolas al alcance de la caballería y los jefes celtas, la desbandada arrastra la gente del Furor —guerreros, mujeres y niños por igual— a los cañaverales. Después, la carnicería continúa en vórtices cada vez más angostos y sofocantes.

Uther se siente enfermo y se desliza del caballo. Apoyándose en la espada Relámpago, se arrodilla y se encorva, hueco por dentro, sobre una mano tronchada. Cuando levanta la vista, Wray Vitki está junto a él. Alza su visera de acero dentado y el visaje escamoso tortura el alma de Uther. Es el rostro humano de ojos viperinos y boca de áspid de sus pesadillas.

"Abuelo Vitki...", gime el rey.

El *magus*, que ha vivido quinientos años mirando de frente el peligro, forzando los detalles de cada dificultad a volcarse en la intensidad de la magia, saluda a su nieto distante. Aunque el joven rey no es más que una débil criatura, si se lo compara con los hombres de astucia letal que lo precedieron, es bondadoso. Quinientos años de batallas y sangre para crear un rey benigno como un sacerdote. Donde debiera haber un pecho, el *magus* siente orgullo, una misteriosa calidez que cuaja... casi amor. Tal es la emoción que ha elegido para que fuese su último sentimiento humano.

En lo alto, lanzas de luz desgarran los pardos efluvios y una brisa fresca suspira desde el bosque empujando la calina ámbar al río. La larga vida de Wray Vitki ha terminado. Uther extiende la mano en señal de gratitud, por llevar a cabo la matanza que él no pudo realizar. El abuelo Vitki se torna y no mira atrás. Su forma humana se escabulle entre las nieblas: la sombra de un lagarto.

***

Merlinus y Bleys hallan a la reina en el carro de lonas negras, acostada entre almohadones y atendida por sus lúcidas, calmas doncellas. Está pálida como un cirio. El dolor ardiente del unicornio herido crepita en ella.

"He de sentir tu daño." El mago se detiene detrás de la yacija, se inclina sobre la mujer y la toca con el fluido de su corazón. El drenaje de energía que ha sufrido Ygrane le hace flaquear las rodillas y Bleys tiene que sostenerlo.

El maestro pone la mano de Merlinus en la muñeca de la reina. "Hace escucha."

Merlinus oye el viento interior con las yemas de sus dedos, la precipitación de la sangre en el árbol humano, y detecta un gemido en el viento que parece provenir de la pelvis. "¡Estás sangrando!", grita alarmado.

Una sutil inflexión del iris le dice que ella ya lo sabe.

"¿Podemos salvar el niño?", le pregunta Merlinus tomando en la suya la mano gélida de Ygrane.

"Dímelo tú, mago". Cierra los ojos. "El unicornio muere. ¿Significa eso que mi niño debe morir?."

"Encontraré el unicornio... lo curaré", promete Merlinus.

Ella mueve su cabeza exhausta. "No. Déjalo. Es demasiado peligroso. La muerte cabalga el unicornio ahora."

"Entonces da Ch'i-lin a este uno", pide Bleys, arrodillándose junto a los pies de la reina. "Este uno sabe cómo hace mejora. Este uno conoce Ch'i-lin."

"Bleys... mi corazón está contigo..." Lo contempla a través de ojos estrechos, cansados. "Pero no puedo llamar al unicornio para ti. Está herido ahora. Absorto en su dolor. Dejará pronto nuestro mundo."

"Te mataría, maestro", le advierte Merlinus y mira con hondura mayor los ojos

Librodot

rasgados en el plato del rostro manchú. "Has dejado de ser inmortal." Mira a la reina, cintilantes sus ojos de plata, y le cuenta cómo Bleys ha sacrificado todo su poder para desviar la lanza del Furor hacia Ethiops.

"Y Theo..."Aferra el antebrazo del mago y tira de su fuerza vital lo bastante fuerte para abrir su ojo sutil. Uther está sentado en el lodo, entre los rizos carbón del humo de las piras, entero, pero con la mirada perdida. "Sufre."

"Iré a él", promete Merlinus. Mareado por la pérdida de fuerza, que ha absorbido la reina, hurta el brazo a la mano de la mujer. "Te lo traeré enseguida."

Ygrane contempla al maestro con ojo más claro. "Nos has salvado, Bleys. Has ganado el unicornio, pero has perdido la inmortalidad. El unicornio es peligroso para ti ahora... y la muerte no puede ser lo que quieres, maestro."

"Shee... ¿tú piensa este uno loco?" Bleys parpadea de asombro. "Este uno no muere. Este uno hace vacío otra vez poco a poco y monta Ch'i-lin camino de cielo. Tú mira. Este uno conoce aún mucha magia."

La reina se incorpora y alza una ceja al hablarle al atezado hombre menudo: "¿Puedes curar el unicornio?"

Bleys se encoge de hombros y la observa impasible.

Ygrane se recuesta otra vez. Cuando recupera algo de fuerza habla de nuevo, con esfuerzo: "He visto a Theo. Está sufriendo."

"Descansa ahora, mi reina", le aconseja Merlinus y le dice a Bleys con los ojos que es hora de partir.

"Morgeu... Falon..." Su rostro exhausto viste una triste, aprensiva expresión. "La sombra del unicornio está sobre ellos también."

"Azael...", reprocha Merlinus. "Hiciste bien en usar tu magia para expulsarlo, al fin y al cabo. Habría destruido a tu hija tanto como al unicornio."

Bleys se quita el gorro revelando una densa cresta de tieso cabello negro sobre su afeitada cabeza. Arranca el rubí y se lo entrega a Ygrane. "Fuego de rubí da fuerte medicina. No preocupa. Hace niño fuerte."

La reina aprieta la gema contra el vientre. "Gracias, Bleys. Eso es todo lo que yo quiero ahora", dice con suavidad y cierra los ojos otra vez.

Merlinus y Bleys se tornan para salir y el maestro vuelve a ponerse el gorro.

"Esperad...", los detiene la reina quedamente. "El unicornio es tuyo, Bleys", susurra sin abrir los párpados. "Lo llamaré para ti. Pero ten cuidado. El dolor... Está loco de dolor..."

Bleys golpea su palma izquierda con el puño y agita sus dos manos así trabadas en agradecimiento, con una sonrisa amplia. "¡Sí! Este uno mucho cuidado. Gracias, hah. Sí, sí."

Salta ágilmente del carro y se marcha con rapidez. Merlinus baja después de él. "¿Dónde vas, maestro?"

"Ve Ch'i-lin", responde alegre. "Este uno tiene mucho trabajo que hace. Hace Ch'i-lin más mejor."

En el cerro donde el unicornio fue herido, quedan Falon y Morgeu. Contemplan las aves en lo alto cruzar el cielo como bellos dardos y, alrededor, ven los campos de la muerte por todas partes. El silbido del vacío ensarta sus corazones. Han sentido el morir del unicornio y ambos han cambiado.

Falon, traspuesto, mudo, perdido en extrañas ensoñaciones, parece incapaz de concentrar lo bastante su voluntad para hablar. Los fiana se lo llevan de allí, locos de alegría al verlo vivo y estremecidos de temor al hallarlo tan escuálido y atezado que sus

ojos parecen joyones.

Nadie se acerca a Morgeu y ella no se mueve. Las carantamaulas de sus Y Mamau aniquiladas la miran desde el barro apezuñado. Lo recuerda todo, pero nada siente. La pérdida de Morrígan la ha privado de su magia pero le ha impreso el sello de su vacío en el alma. Lo que ahora es vacío volverá a llenarse, con el tiempo, de nueva fuerza; porque el amuleto de Ygrane le ha arrancado el demonio, pero la ha dejado entera.

¿Puede amarla su madre todavía? Sí, se responde a sí misma. Esto lo acepta ahora. ¿Cómo pudo haber estado tan ciega? Morrígan sumió a la muchacha en una atmósfera de aventura y, en su rastrera satisfacción por poseer la magia de la diosa, adquirir su propio poder, Morgeu ignoró verdades obvias. La diosa era demasiado poderosa y la colmó de una ira mucho más vehemente de la que su cuerpo o su alma podrían haber soportado mucho tiempo más sin grave peligro. Esta comprensión hiere su entumecimiento, mientras ella yace aquí, en este campo de la muerte. Su madre no es su enemiga. En realidad, la ha salvado de una locura cierta. Así, después de todo, Ygrane es aún la meta, el codiciado origen de amor y autoridad, no para ser dañado o desafiado, sino querido y explotado.

Su madre es una reina-bruja, con las sombras de sus vidas previas siempre presentes. Sentada en la hierba aplastada con los muertos como testigos, Morgeu sabe que no volverá a ser nunca una verdadera bruja. No en esta vida. No posee la visión ni el glamour. Sin embargo, si trabaja con ahínco aprovechando la impronta que Morrígan ha dejado en ella, volverá a ser capaz de salir de su cuerpo para visitar lugares distantes y descubrirá por sí misma cómo embelesar con la voz y la presencia. Hará de sí misma una encantadora.

El amuleto de la reina-bruja ha tenido efecto. Profundidades de amor abren sus abismos, simas y fisuras ante Morgeu. Allí abajo, en las regiones más íntimas de su corazón, un destino la espera. Ha presenciado de cerca las ventajas del poder político en la corte del duque donde creció y ve ahora que puede conseguir esa influencia para sí misma. Es hija de la reina y, por medio del amor y de las mañas del amor, exigirá su puesto en el reino que se ha ganado este día.

Pero la oscuridad se estanca en el fondo de su corazón. La sombra del unicornio muriente la colma de la ausencia de su padre, una ausencia que aún debe ser vengada con sangre. Ignora a la guardia fiana y a la doncella que su madre ha enviado a buscarla. No oirá sus voces ni verá sus gestos. Antes de abandonar este cerro donde su magia ha muerto, enfrentará al que mató a su padre y la arrojó en manos de Morrígan.

Cuando Merlinus y Bleys llegan en busca del unicornio, Morgeu se pone en pie. Donde la bestia etérica ha sangrado, la hierba se ha vuelto gris en un círculo perfecto de cuatro pasos de ancho. Morgeu deja huellas al cruzar la hierba cenicienta. Sus pequeños, crispados ojos caprinos miran directamente al mago, ardientes como una maldición.

El mago cruza el bastón para proteger a su maestro y los fiana se acercan, preparados para llevarse a Morgeu a rastras al primer gesto de Myrddin. Con la cabeza descubierta y su largo, cetrino cráneo expuesto, revela rasgos claramente demónicos en los hoyos de sus sienes y de las cuencas de sus ojos.

Morgeu se detiene y abre su manto de piel de lobo, exhibiendo su desnudez. La sangre mancha su cuerpo blanco en pardas espirales alrededor de su vientre y sus pechos: los sellos de Morrígan.

"Ámame, Lailokén", lo tienta con un provocativo contoneo. "Ámame por lo que me has hecho." Con la última sílaba aún en la boca, salta sobre el mago, dispuesta la hoja de obsidiana para tajar hacia arriba, al modo en que el duque le enseñó.

Lailokén pronuncia un conjuro de amor. Pero la impronta de Azael en la muchacha es demasiado profunda y las palabras suenan huecas. Morgeu choca contra el

Librodot

bordón, colérica la faz y lúcidos los ojos. La hoja negra alcanza las ropas del mago y las desgarra; en ese instante, los fiana la atrapan desde detrás y la contienen.

El mago le infunde sueño y éste halla en Morgeu amplia resonancia por la sombra del unicornio que le tiñe el alma. Queda inconsciente en los brazos de los guerreros celtas, que, agradecidos por ello, se llevan su cuerpo flácido de allí. Merlinus los observa marchar, aunque Bleys se ido ya por su lado. Ella no dormirá siempre y el hechizo de amor no será eterno. Lailokén se pasa una mano temblorosa por el rostro yerto; la carne aturdida le escuece aún por el odio de la mirada de la mujer y él no logra imaginar cómo podrá deshacer el vínculo fatal que los ata a los dos.

Merlinus sigue a Bleys por el campo del desastre, a través del hedor de la muerte y los últimos penachos de la bruma lúgubre de la sangre del demonio. La batalla ha patullado a miles de cadáveres, los ha aplastado y confundido con el cieno. En la calina ámbar de la tarde, está contento de ver que la lucha ha acabado. Los secuaces de Horsa se escabullen hacia el sur, fundiéndose con el horizonte, portando a sus heridos en una exhausta retirada.

"¡Ch'i-lin!", exclama Bleys.

Al otro lado de los campos neblinosos sembrados de muertos, en una arcada oscura del bosque, el unicornio brilla como una estrella. Merlinus se detiene y Bleys sigue andando. El daño de la criatura trepida en los filamentos sutiles del corazón del mago, haciéndole retroceder. "Maestro... parece peligroso."

"Tú queda", dice Bleys haciéndole un gesto por detrás, con la mirada clavada en el unicornio. "Este uno aún mucha magia. Este uno hace Ch'i-lin más mejor mucho rápido."

"Maestro, mira que el Ch'i-lin está muy mal herido." Merlinus lo sigue reluctante. El olor del relámpago los envuelve a ambos todavía a causa de la lanza del Furor y Merlinus no tiene miedo de morir. Pero no podría soportar ver morir a Bleys. Tiene con este hombre una deuda inmensa. Dos veces lo ha salvado su maestro de la lanza del dios. Y esta segunda vez, a costa de una pérdida enorme para sí mismo. "No corras tanto, maestro. Espérame."

"No para preocupa", le asegura Bleys saltando entre los cadáveres desparramados y los cuervos dispersos en su carrera cuesta arriba. "Ve ayuda rey. Reina mucha ayuda necesita."

"No, espera...", rabia Merlinus tras él, sin aliento ya por el paso que se ve obligado a llevar. Les canta fuerza a sus piernas y pulmones y usa su bastón para darse impulso. "Déjame que me acerque primero e intente calmarlo. Luego haz lo que quieras con el animal."

Bleys sigue apresurándose hacia el bosque sereno.

"¿Qué vas a hacer?", exclama el mago.

"No mete nariz", lo regaña el maestro. "Tú queda aquí. No va más cerca."

Merlinus se detiene porque el unicornio los ha visto y está aproximándose. Desciende cojeando los montes de terciopelo verde donde los tremedales se apiñan contra el muro primordial del bosque. Merlinus puede ver su herida, un desgarrón tintóreo en la base de su cuello de gacela. Alrededor, vuelan las moscas en el viento fétido y las mariposas incendian de colores las carcasas de los hombres y animales. Ahora que la niebla se ha consumido, la claridad del aire es tan cristalina que puede contar las moscas en los labios azules de la herida.

El unicornio se deja yacer en un campo lodiento, sembrado de muerte: troncos que los perros han vaciado de vísceras, faces sin ojos... y las mazas púrpura de fémures

solitarios.

"Maestro..." Merlinus extiende el brazo para detener a Bleys, pero el maestro corre muy por delante.

"¡Tú queda ya!" Pausa, mira vívidamente a Merlinus y señala el castigado suelo bajo sus pies. "Tú queda."

Merlinus obedece y observa a su maestro acercarse al muriente animal. Éste levanta la cabeza, acuchilla el aire con su cuerno y se desploma luego en el barro, exhausto de dolor.

Bleys mete la mano en su chaqueta y extrae un hueso espiral, no más grande que el pulgar, azul por fuera y, por dentro, del rosa de una concha de mar. "Cuerno Ch'i-lin."

La bestia herida lo mira sin color en los ojos, negros agujeros en el rostro. El deformante dolor le tortura la espina dorsal y se revuelve en el fango. Bleys le aparta los bucles de la frente y revela una pequeña depresión ovalada encima del cuerno. Presiona el hueso contra ese punto afelpado y lo mantiene así mientras murmura un sortilegio.

Una burbuja de luz blanca crece rápidamente desde la frente del unicornio, pasando a través de los dos hombres e iluminando todo el paisaje. En el centro cegador, Bleys se expande, joven otra vez. El animal, bicorne ahora, se estremece al levantarse con la fuerza telúrica que le recorre sus patas esbeltas. La mancha oscura de carne abierta se disuelve en el resplandor, llevándose consigo su ponzoña dolorosa.

Con gracia extraterrena, el Ch'i-lin inclina su cabeza noble ante Bleys, que lo observa, perfecto y desnudo como Adán.

Cuando la ráfaga luminosa cede, Bleys vuelve a ser el hombre menudo y enfardado en sus ropas de siempre. Mantiene cogido el cuerno del Ch'i-lin y la negra herida no muestra ningún cambio. Sin embargo, el unicornio está de pie, más fuerte que antes, y reposa su rostro aterciopelado en el hombro del maestro. Este frota la frente del animal con el fragmento de hueso; el unicornio aparta por fin suavemente la cabeza y renquea de vuelta al bosque. Bleys lo sigue y hace a Merlinus un gesto de despedida. "Este uno queda cerca Ch'i-lin. Años... muchos años... cuando este uno vacío otra vez, entonces puede monta cielo. No para preocupa. Este uno vuelve, ve a ti cuando Ch'i-lin mejor."

Luego, antes de que Merlinus pueda decir nada, antes de que pueda despedirse siquiera, el alquimista desaparece a toda prisa. Merlinus lo observa correr tras el Ch'i-lin y cree oír risas mientras ambos aparecen y desaparecen por los estarcidos que el sol dibuja en el bosque.

Merlinus halla a Uther sentado en el barro, derrumbado, entre las piedras salvajes y los cuerpos muertos de aliados y enemigos. Tres veces ha blandido contra sus propios hombres la espada oscura de masacre, para alejarlos de allí, para hacerles comprender que quiere estar solo. Una calima de moscas envuelve su cuerpo lúgubre.

"¡Uther!", lo llama el mago y hace un gesto a los guardias confundidos para que se queden atrás.

El rey le apunta con la espada Relámpago, echándolo como a los demás, pero el mago le infunde calma con un conjuro a media voz. Merlinus no tiene más que murmurar el sortilegio en este entorno de pútrida quietud y el rey, de mala gana, baja el arma y se serena. No parece aturdido ni desconcertado. Una lucidez animal brilla en sus ojos ámbar y Merlinus no osa hacerlo dormir... u olvidar.

"La reina..."

"Envía a buscarte. Ha perdido el unicornio... y quizás pierda a tu hijo."

La fatiga de la batalla entumece la mente del rey y le impide sentir toda la

Librodot

hondura de este dolor. Algo parecido a luz de estrellas coagulada revela en sus ojos lágrimas. El niño es la vida de la alianza, el futuro del reino. Tópicos éstos que han perdido todo su sentido para él... pero para su reina, imagina, semejante muerte sería un negro augurio y llora en sus adentros por ella. Antes de poder preguntar si el mago tiene facultades para ayudarla, Merlinus le posa en el hombro una mano calmífera y Uther se sume de nuevo en sus meditaciones.

"El ancestro Vitki murió aquí", dice con triste naturalidad. "Murió donde murió mi hermano, bajo la sombra de la ciudad donde nuestro padre murió."

Merlinus tiembla al pensar en lo que significan la metáfora y la historia magníficamente unidas por la muerte: es un pensamiento de demonio y considera más sano expulsarlo de su mente. Devana un silbido a través de la barba y se inclina hacia el rey, apoyando las manos en las rodillas.

El rey mira los campos de cadáveres alrededor y el palio necrótico bajo el vivido azul del cielo. "La guerra está muerta", dice en la quietud del sortilegio que lo posee.

¿Lo ha tocado acaso la lanza del Furor? Terribles recuerdos de aquel infierno angosto hielan a Merlinus, que extiende el fluido de su corazón para compartir el daño de Uther. Pero no... el rey está entero, sólo arrobado por el inmenso altar maculado de la tierra. Recuerdos salvajes de la lucha zumban en sus huesos doloridos, en sus músculos batidos. El horror y el agotamiento se han fundido en una omniabarcante lucidez.

Merlinus se sienta junto a él en el fango y le susurra tranquilidad. Los hombros de Uther se relajan y abaten, la cabeza le cuelga. "He fallado como rey, Merlinus."

"Fallado, ¿en qué sentido, mi señor?"

"¿En qué sentido?" Suspira y se aparta las moscas del rostro. "Mi sentido es la vida, Merlinus. ¡Y mira los muertos!" Hinca su espada en el suelo, agarra la guardia del arma con ambas manos y oprime con su frente la empuñadura. "No puedo encontrar las lágrimas, Merlinus. Todo mi llanto se agotó durante la marcha. Ahora la guerra está muerta."

Con otro silbido ambiguo, Merlinus asusta a las moscas y devuelve la atención del rey al momento presente. "La guerra no está muerta." Le pasa el brazo por los hombros y lo aparta suavemente de la espada. "Pero, si quieres, puedo hacerte olvidar esta guerra... todas las guerras..."

Los ojos de Uther se sesgan airados. "No. No quiero olvidar." Respira hondo. "La guerra está muerta para mí porque nunca olvidaré. El ancestro Vitki y mi hermano hallaron espíritu para la guerra. Yo no puedo, te lo aseguro."

Merlinus murmura un conjuro de paz, un abejoneo perceptible apenas.

"El abuelo Vitki ha muerto en este día, Merlinus", dice blandamente. "Es algo terrible pensar que yo soy el último de los Aurelianus al que habrá servido. Porque no podré olvidar mientras viva la gloria asesina que me otorgó." Salta sobre sus pies y señala la espada. "Wray Vitki es digno de la espada Relámpago. No yo."

Cojea tres pasos y cae sobre una de sus rodillas. Sus guardias se precipitan hacia él y lo ayudan a levantarse. Luego, enderezándose dañosamente, abandona sostenido el campo, dejando la espada atrás.

Merlinus recupera la espada Relámpago y sigue a Uther a través de la tarde amarilla hacia las cenagosas orillas del Támesis. Mientras se baña en el agua fría, el mago lava el arma, la limpia con musgo y algas. Arqueros montados vigilan desde la orilla y varios caballeros se han metido en el agua hasta las caderas vistiendo armadura. Nadie habla, porque el rey está en silencio. Flota boca arriba, como un cadáver.

Severus Syrax llega con una guardia flamante de soldados de la ciudad en un

Librodot

desfile de bronces resplandecientes y elegantes plumas. Ultimo en acudir al combate, está ansioso de ser el primero en anunciar al rey la completa victoria de britones y celtas sobre las tribus del norte que cercaban Londinium. Bors Bona, Lot y la caballería real han cazado las carretas familiares de las hordas en retirada y han masacrado tribus enteras. El mismo Horsa fue capturado y su cabeza ha recorrido ya en una pica las calles de la ciudad para apaciguar a las gentes locales.

Las aletas de la nariz se le dilatan a Uther al oír al *Magister Militum*. Merlinus le infunde paz. Uther se recuesta en el agua blonda y se sumerge en ella desapareciendo de la vista de todos. El mago llama aparte a Severus. "Ve de inmediato a Londinium y detén toda vejación del enemigo. Prepara el camino para tu señor y su dueña, la Reina de los Celtas. Ocuparán todo el palacio del gobernador. Despéjalo por completo y emplaza sólo fiana y arqueros reales en él. Nos reuniremos contigo allí muy pronto."

Uther vuelve a la superficie con un grito herido y Merlinus hace amago de cantarle un hechizo de calma, pero aquél se lo impide sacando del agua una mano. "¡Basta, Merlinus!" Sale pesadamente del río y despide a sus hombres con un gesto, que se han apresurado a traerle ropa limpia de los carros de la impedimenta. "Basta de encantamientos. Quiero ver a solas a Ygrane."

Mojado como está, camina a grandes pasos por el tremedal hasta allí donde la orilla se eleva y se cubre de césped. Merlinus lo sigue con la espada Relámpago en la mano, mientras el rey se apresura por la hierba hacia su corcel. Silencioso, cubre su desnudez con una capa de montar carmesí y parte al galope dejando a Merlinus de pie entre el verbasco, ocupadas las manos con espada y bordón, bajo la deriva solar de la tarde.

A través de un terreno cubierto de carcasas y bajo un cielo claro que tremola con el ardor del relámpago, el rey cabalga hasta el campamento de Ygrane. Las barricadas han sido desmontadas ya; con la madera se han prendido varios fuegos y se ha dispuesto un espacio para los heridos alrededor de la Tabla-Rueda y el pabellón, que ostenta la bandera blanca y azul del unicornio.

Los fiana saludan sombríamente al rey y lo escoltan por un dédalo de maltrechos guerreros celtas que yacen en improvisados camastros. Los más graves son los más próximos a la tienda de la reina. Las sacerdotisas de Ygrane, con sus *camisas* verdes embadurnadas de sangre, se afanan junto a druidas y cirujanos de campo en poner torniquetes a los miembros cortados y coser abdómenes rotos. Gemidos y gritos de agonía brotan de un millar de infiernos individuales.

Una doncella alza la cortina de la tienda al verlo acercarse y Uther irrumpe en el penumbroso interior a través de un velo de sutiles colgaduras. La reina está sentada en el lecho, derramado su cabello de bronce sobre un lino menos pálido que la llama espectral de su faz.

"Theo..."Abre los labios hinchados. "¿Eres tú?"

Él se arrodilla a su lado, sumerge el rostro en su pelo y en el aroma a bosque que emana de Ygrane. Él está mojado y huele a río, y ella se alegra, porque está vivo y entero. Cuando levanta la cabeza para mirarla, ella le regala una sonrisa abierta, fuerte, y le muestra el rubí que Bleys le ha dado. "Es esto lo que me hace sentir mejor", dice bravamente.

"¿Sangras?" Uther le estudia el rostro, busca signos en él. "Merlinus dice que el unicornio está herido...y que el niño peligra."

La sonrisa se deshace en el rostro de la mujer. El rubí le ha dado fuerza para permanecer consciente, incluso para mantener el niño con vida. Pero sólo el tiempo justo. "El unicornio se ha ido, Theo." Se le iluminan los ojos de lágrimas al decirlo y Uther se desploma junto a ella.

Con el unicornio herido, el rey puede sentir la magia de Ygrane obrar contra ella

Librodot

ahora: la reina le ha dicho a veces que en sus trances ve huesos rosas, astillados, entrañas desparramadas parecidas a luminosas berenjenas y uvas blancas, muerte y crueles tormentos. ¿Se ha cumplido esa mórbida visión hoy, con esta sangrienta victoria? ¿O también ella ha de morir?

Ygrane presiona con un dedo el surco preocupado entre los ojos dorados de su marido. El dolor ha empezado a disminuir poco a poco, ahora que la energía sutil del unicornio pasa de ella a Bleys. En su último trance, vio al unicornio en un halo de frío azul, herido pero no moribundo; sufriendo vivir, ni más ni menos que toda vida. Camina entre las húmedas luces del bosque, portando pesadamente su negra herida.

Esa imagen se ha apagado con lentitud tras sus párpados hinchados, mientras la magia del unicornio se desvanecía. Cuando el sol se pone, Ygrane sabe que está perdiendo todos sus poderes —su visión y su glamour—, que durante muchos años han estado ligados a la magia del unicornio. Ahora, la criatura se los lleva consigo y ella está contenta de volver a ser como fue de niña: secreta y misteriosa para sí misma otra vez. Cuando cierra los ojos, ve sólo oscuridad. Su vida como reina-bruja ha terminado y un nuevo futuro la aguarda, invisible en la deslumbradora oscuridad.

"Algo antiguo en mis anhelos ha quedado satisfecho hoy", murmura la reina en un hilo de voz.

Uther se le acerca más aun, hasta tocar con su cuerpo el de su esposa, y reza con ella tal como le enseñó el día de su primer encuentro: "En ti, Señor, no hay mal que no se transforme en un bien mayor."

Ordena que dispongan otro lecho junto al de Ygrane, de forma que ambos puedan compartir su desvalimiento. Viéndose a sí mismos tan débiles, tan pequeños, el rey y la reina de todo el país ríen con frangible oscuridad. Los gemidos incesantes que llegan del exterior les recuerdan lo mucho que se han alejado de aquellas alegres figuras que se encontraron en el templete de paz, hace apenas siete meses.

Destrozada, exhausta por el dolor y la pérdida del unicornio, y sin magia alguna que sirva de contrapeso a su hondo desaliento, Ygrane se desliza a una inestable duermevela de la que entra y sale sin querer. "Theo...", susurra en el declive de su vigilia. Aunque han reído juntos, una oscuridad brilla en los rasgos absortos de su marido y ella busca palabras para animarlo antes de resbalar al sueño otra vez. "No dudes de nosotros....Aunque es la guerra la que nos ha reunido, el amor es el que nos ata..."

Uther le toma la mano mientras ella recae en el sopor... ¿o es la muerte? Se torna hacia ella para escuchar su aliento hasta que se asegura de que dormita. Luego se pone en pie y la contempla, memorizando el quebrantado agotamiento en sus párpados hialinos y en sus facciones que, inmóviles, abren una belleza más profunda a su inspección.

Si Ygrane vive, el trabajo que le aguarda será mucho más duro que morir ahora, comprende él, y pide a Dios que la libere, que en sueños la deje partir. Pero ella quiere vivir, es evidente. Sus nudillos resplandecen, mientras su mano aferra el rubí. Ella y el niño son en verdad la historia del futuro. Uther Pendragón es el pasado, el último del clan Aurelianus marcado por el *magus* del Dragón.

Se estremece al recordar la batalla y un frío le muerde los huesos. Una fatiga más vasta que el dolor entumecido de sus tendones y junturas lo invade. Buscando coraje, posa la mano en el vientre de su mujer. Desde ahora, no habrá un *magus* que se manifieste y gane batallas. Sea quien sea este niño, un alma como la suya tendrá que forzar su camino a través de un mundo desgarrado por la guerra.

"Tendrás que ser fuerte", le susurra a la criatura aún no nacida. "Muy fuerte en verdad para hacer que cambie este mundo, sin un dragón." Un escarceo bajo las yemas

de sus dedos le infunde una atención mayor, como si el futuro escuchase. Contra los lívidos gemidos del exterior, él no eleva la voz, sino susurra más suavemente aun: "Estará Merlinus, desde luego. Él te protegerá, como me protegió a mí..." Nota sabor a sal en la boca antes de darse cuenta de que está llorando. Se limpia los ojos, negándose la pena, queriendo una bendición mejor para su hijo. "Para ayudar al mundo, para ayudar a todas las almas de tu era, niño, necesitarás mucho más que protección. Deberás ser noble de corazón, digno de la grandeza que demostró Cristo."

Sacrificio. Esta idea le hace preguntarse qué alquimia de sangre y cieno y estos gritos infernales de sufrimiento está actuando en él.

Besa la frente de su mujer, orgulloso de ella, y se crispa, lo bastante sorprendido por su frío cadavérico como para preguntarse si vive todavía. Cuando ha comprobado que es así, se levanta y en su rostro hay un cambio: no más lágrimas, sino una mirada resuelta, soberbia como las nubes que se apartan del sol.

***

Con una escolta de arqueros, Merlinus porta la espada Relámpago al campamento de la reina. El rey, con la armadura negra de la caballería sobre una túnica púrpura, ha montado ya y espera al mago fuera de allí. Llama aparte a Merlinus y despide a los arqueros.

Cuando el mago y él cabalgan solos por el campo de batalla domado, Uther envaina la espada y señala el humo de las piras, que mancha el cielo como jirones de ocaso o ráfagas de la risa de Dios. "Nuestros enemigos están muertos, Merlinus. Mi obra está acabada."

"Recién empezada, mi señor", lo corrige Merlinus. "Gobernar es servir... y tú no has hecho sino dar comienzo a tu servidumbre."

"No soy yo el destinado a servir. Y tú lo sabes, mago." Alza un rollo de corteza de álamo, menudo, del tamaño de un dedo, atado con un mechón de cabello. "He cumplido mi destino", dice con obvia certidumbre. "No hay nada más que pueda ofrecer… A menos que acepte la oferta del rey-alce."

Merlinus bizquea de sorpresa. No ha visto esto con su ojo fuerte. Extiende los filamentos sutiles de su corazón, siente la fatiga tensa, implacable, de Uther y murmura: "El reino te necesita, señor."

"No." Él sacude la cabeza para impedirse una risa maníaca a la cara del mago. "Este país no necesita un rey al que la guerra haga desventurado. Se lo he dicho ya a los druidas y Dun Mane me ha dado esto. Es un encantamiento que debo leer... cuando estemos bien lejos de aquí. El druida me lo escribió allí mismo con un pedazo de carbón y lo ligó con el bucle de un cadáver. No debo abrirlo hasta que estemos a tres leguas al oeste de este punto." Torna el caballo en esa dirección y lo espolea lanzándolo a un trote elegante. "Vamos, Merlinus. La Fuente del Cuervo nos espera."

"Señor, no creo que esto sea una decisión sabia", dice Merlinus intentando no quedarse atrás. "Pronto se hará oscuro."

"Ya lo es, Merlinus." El rey abandona los llanos de la muerte y cabalga hacia una arboleda de cerezos en flor. Los pétalos vuelan a su alrededor en un temporal de nieve de primavera.

"Beber de la Fuente del Cuervo desafía tu religión", balbucea el mago.

"¿Otro discurso del demonio sabio de Óptima?", pregunta con una sonrisa triste. "¿Sabes lo cansado que estoy, Merlinus?"

Librodot

"Entonces para. Vuelve al campamento", presiona Merlinus. "Toma esta decisión con la cabeza despejada."

"No he tenido nunca tan despejada la cabeza", responde él, hueca la voz.

De la cereceda emergen a un herbazal abierto y vacío. Por el campo afelpado y hasta la alta cresta de una colina galopan; luego recobran un paso más desahogado. Abajo, las anchas llanuras del Támesis brillan revelando todas las laminadas distancias de Britania: el mar dorado al sur, que trepa hacia el oeste por manchas de ciénagas cada vez más oscuras y se alza, desde las cuencas fluviales del este, a través de montañas azules que hacia el norte se apiñan, hasta los canalones púrpura del cielo.

Merlinus comprende que no podrá apartar fácilmente a Uther de su plan. Para llenar el silencio, hablan de fe y de filosofía, como una vez hicieron en el descampado tras las cuadras, en la Ciudad de las Legiones. La calma que por dos veces infundió el mago al rey le ha proporcionado cierto alivio de su fatiga física. Merlinus considera en serio la posibilidad de infundirle sueño ahora.

"Y al final nos encontramos con esto...", dice el rey. "Esta cosa instantánea que llamamos decisión. ¿No fuiste tú quien me enseñó que la decisión correcta es un cincel? ¿Un instrumento capaz de cortar el diamante del destino y dar forma al tiempo?"

"Puede que dijera eso", admite Merlinus reluctante. "Pero eso no significa que hayas de beber de la Fuente del Cuervo. Uther, no he visto para ti fin semejante con mi ojo fuerte. Vi tus batallas... ni victoria ni derrota vi. Te lo pido, mi señor. Debes seguir vivo para decidir lo que resultará a partir de hoy."

Él mueve la cabeza, inflexible. "No, Merlinus. El abuelo Vitki está muerto. Lo sentí morir a mi alrededor... y dentro de mí. ¿No lo comprendes? Para mí la guerra se ha acabado. No puedo luchar por nuestro pueblo." Observa a Merlinus de soslayo, como si acabase de darse cuenta ahora mismo de algo. "Piensas que estoy sacrificándome." Devana una sonora risa. "No es un sacrificio, Merlinus. Lo que voy a hacer hoy es egoísta. Dios mío, piensa en lo que Ygrane tiene todavía por delante. Mi labor está concluida. Dios me hizo rey por esta única razón solamente. Para casar las almas de los cristianos y los celtas. Hoy, la alianza está bautizada con sangre." Cabecea y sostiene la mirada alechuzada de Merlinus, seguro de sí. "Y quiero volver al rey-alce. Recuérdaselo a la reina. Quiero bailar con aquella música... por mucho, mucho tiempo. Tiempo bastante para olvidar los gritos."

"Pero no ahora, Uther. ¿Qué pasará si Ygrane pierde el niño? ¿Qué del peligro que supone el Furor?"

"Por eso debe hacerse ahora, Merlinus." Traba la oscura mirada del mago con una expresión de incisiva claridad. "He visto a Ygrane. He hablado con ella. Nuestro hijo vive en su vientre. Pero ella se está muriendo. Tú lo sabes y no puedes hacer nada."

"La sombra del unicornio penetró en su interior..." Merlinus se tira del cabello inquieto. No puede encontrar ninguna vía razonable para disuadir al rey de la Fuente del Cuervo y teme porque sabe que Óptima desaprobaría esto. "La plegaria puede curar a Ygrane. Los Señores del Fuego podrían acudir..."

"Se está muriendo."

Merlinus no puede zafarse a la firme mirada del rey. "Sí. El golpe fatal de Morgeu pasó del unicornio a Ygrane. Bien podría morir. El golpe ha matado su magia ya."

Él hace con la cabeza un gesto de incesante convicción y dirige sus ojos hacia delante. "Si acudo al rey-alce, él la hará vivir. Es algo que prometió. Es algo que debe hacer para mantener vivo al niño. Ha jurado que mi muerte los salvaría a los dos."

"Uno por muchos", dice Merlinus cansinamente. Entran en un robledo, acre a causa de la humedad, las hojas marchitas y el polen caliente de la alcatifa floral. "¿Quién gobernará el reino?"

Librodot

"El alma grande y guerrera que los Síd envíen para ser bautizada como hijo mío."

"Pasarán doce años o más antes de que pueda reinar."

El rey mueve la cabeza. "No tengo respuesta para eso. Confío en la providencia... y en ti, Merlinus. Tú eres un demonio, por la gracia de Dios. No menospreciarás el mal. Mi hijo, mi reino, mi memoria no pueden estar en mejores manos."

Merlinus contempla sus manos nudosas, moteadas, y las alza con gesto de desesperación. "Así pues...Todo en orden, mi señor. Dios lo ha arreglado todo para ti... no podía esperarse menos de Ella. Los britones y los celtas...Wray Vitki y el unicornio... Jesús y el rey-alce..."Apunta con el bastón a las ventanas del cielo en el oscuro dosel. "Entonces, ¿por qué no confiar en Dios? ¿Por qué tomar el destino en tus propias manos? ¿Por qué beber de la Fuente del Cuervo?"

Uther sonríe con calma, complacido por la lealtad del mago. "Dios me hizo rey porque El... o Ella, como tú insistes, sabe que puedo hacer esto. Yo nunca quise ser rey, Merlinus. Deberías saberlo mejor que nadie."

"Sí, y para ser alguien que quiso ser sacerdote", protesta el mago, "estás actuando de una forma sospechosamente pagana. ¡Sacrificarte así!"

"Mi alma no está en peligro", le asegura Uther con seriedad. "Ni mi fe en contradicción. Voy ahora a un lugar pagano y, a cambio, algo pagano viene a este mundo cristiano. Lo que yo soy no cambia."

"Sólo de sitio en la economía divina", ironiza Merlinus; luego, mueve la cabeza con solemnidad. "El bien no puede venir del mal... ni siquiera de un mal realizado en aras del bien."

Ante este desafío, Uther se concede un instante de introvertida reflexión, luego pregunta: "¿Crees que mi trueque con el rey-alce está inspirado por el mal?"

Merlinus pausa. "No puedo ofrecerte verdades acerca del bien o el mal. Pero te pido que consideres esto: la fe de Óptima, que me convirtió de íncubo en lo que soy, es lo que has decidido abandonar. ¿Te llama esto la atención por su bondad?"

"Te lo repito, no voy a abandonar mi fe. No es eso lo que el rey-alce exige. Soy cristiano ahora y lo seré allí."

"No será fácil, mi señor, vivir en un paraíso pagano como cristiano. Allí se danza en honor de dioses bestiales, ya lo sabes."

"Si Dios lo quiere, los convertiré." Osa reír, sabiendo bien lo frágil que su broma resulta. "Lo que a mí me espera es fácil. Seguir adelante será mucho más arduo para Ygrane."

En conciencia, Merlinus no puede permitir al rey beber de la Fuente del Cuervo. No en este estado mental. El hombre está deshecho, agotado por la batalla y desvaría imaginando que podrá convertir a los dioses. Merlinus decide detenerlo con un conjuro y hacerlo descansar antes de permitirle tomar tan perentoria decisión.

Con un silbido, incita el caballo a parar, pero el rey se da cuenta al instante de lo que el mago quiere hacer. Espolea fuerte los ijares y el embrujado animal salta con gesto asustado e irregular.

Merlinus ve a Uther caer en una escena de movimiento lento, ineluctable. Sorprendido en medio del encantamiento, no puede gritar el conjuro de levedad que atenuaría el golpe. La cabeza del rey golpea el suelo primero, luego el cuerpo. Y éste yace al fin sobre la densa, alegre hierba del verano, vacío, como si el alma se hubiese desancorado del cuerpo ya.

El flujo sutil de Merlinus se atasca en el interior de su propio corazón batiente y debe forzar la calma en sí mismo antes de poder penetrar en Uther y aferrar su vida. Halla en él sólo una cascara: huesos abandonados, un inmóvil corazón, sangre que se cuaja. Durante un lapso terrible, escucha el ruido crepitante de los capilares del cuerpo

Librodot

al cerrarse y el crujir de las junturas mientras los ligamentos comienzan la lenta, invencible tensión que desembocará en rigor mortis. Luego, el mago se rinde y cierra los ojos del rey.

Uther Pendragón está muerto, aplastada la parte posterior del cráneo. Los conjuros de Merlinus no sirven de nada, pues el alma de Uther ha partido y danza ya al ritmo del Flautista.

***

Merlinus corre alrededor, horrorizado por haber matado al rey. "¡No ha sido voluntario!", grita bien fuerte, al añico de luna. "¡Sólo intentaba impedir que se matara él!"

La locura sopla su nota estridente en los nervios del demonio-visitador, como una tsetse que portase su escalofrío letal a la médula del hombre. Deja caer el bordón y recorre inquietos círculos en torno al cuerpo roto, mesándose los cabellos, turbado, desvalido. Un pensamiento fiero se crispa en él: debería matarse a sí mismo.

Frenéticamente, coge el escudo del rey y tira de la espada Relámpago. Cuando la hoja azul y plata se libera de la vaina con un siseo, él se tambalea hacia atrás. Con el hacedor de la muerte en sus manos, un rictus de determinación le posee el rostro. Se deja caer al suelo y empieza a cavar un agujero en la tierra muelle, junto al cuerpo del rey, para fijar la espada con firmeza, la punta hacia el cielo.

Sumido en agrios sollozos mientras trabaja, vierte la rabia sobre sí mismo. Cuando acaba, la espada queda enterrada hasta la guardia junto a Uther, en el ángulo apropiado para que el mago se arroje sobre ella. Pero, tras haber derrochado tanta fuerza en plantar la hoja, carece de la furia necesaria para llevar a cabo su acción.

Se queda quieto ante el lúcido acero, vacilante, dementes los ojos, temblorosos los músculos tensos del rostro. Detrás de él, el espacio azul carga hacia todas partes, llevando consigo todo el flete del verano: nubes como inmensas masas cerebrales, el vuelo de los pájaros, abigarradas libélulas, flores en las manos del viento.

Merlinus no puede matarse. Todo aquello para lo que vive le niega este final. A pesar de lo horrible del acto que ha cometido contraviniendo las plegarias de su madre por él, deberá vivir con esta muerte amadrigada en su corazón. Aferra la hoja afilada con ambas manos y se desliza hacia delante, abriéndose las palmas, nutriendo el dolor de su desesperado arrepentimiento.

El mago se retuerce, se desploma con la frente contra el muslo del rey muerto, agarra su mano fría.

"Estás absolutamente cambiado, Lailokén", dice una voz oscura, chispeante, desde encima de él. "Nunca pensé que viviría para ver a un demonio sollozar por un saco de tripas muerto."

La vista pitañosa de Merlinus roza las puntas de unas botas de cuero amarillo y él levanta el rostro desconsolado hacia la figura alta, angulosa, de Príncipe Noche Brillante. Su cabello rubescente fluye en una brisa imperceptible a través de su cara picara, sonriente. Las cicatrices de su batalla con los demonios durante las nupcias reales se han reducido ya a finas líneas pálidas en los cobrizos tonos de su tez. Ha recogido el bastón del mago y se apoya en él mientras mira a Lailokén con sus rasgados ojos verdes.

"¡He matado al rey!", balbucea Merlinus.

"¿Ah, sí?" El príncipe le ofrece la mano y lo ayuda a levantarse. "¡Y mira tus

palmas!" Desgarra una tira de lino de su túnica azul; después, muerde el borde y rompe la banda en dos. "Te has vuelto casi tan loco como cualquier mortal, Lailokén. No me lo habría creído, si no lo hubiera visto con mis propios ojos."

Merlinus se queda quieto e insensible como el agua mientras el príncipe elfo le venda ambas manos. "Uther está muerto", murmura el mago.

"Desde luego." Ata las vendas y tensa los nudos con los clientes. "Se entregó al rey-alce, ¿no es así? Hicieron un pacto."

"Pero yo lo he matado", se lamenta Merlinus.

"No es verdad, Lailokén." Noche Brillante posa la suela de su bota contra la espada Relámpago y la desentierra. "Yo elegí esta misma piedra como última almohada para su cabeza. Y lo tiré del caballo yo mismo."

"Tú..."

Noche Brillante se pasa la mano por el cabello suelto y brillante, se inclina y toma del guante del rey el pequeño rollo que le diera el druida. Suelta el nudo, despliega la tira de corteza de álamo y se la entrega a Merlinus. Escrito en alfabeto rúnico, el conjuro dice:

Cada poro de carne es la Fuente del Cuervo:
Un deseo basta para llegar al Rey Elfo.

Merlinus se queda boquiabierto ante el texto; lo lee una vez y otra. Cuando su sentido penetra al fin su propia angustia, cae de hinojos y sufre bascas vacías sobre la hierba alegre.

Ygrane despierta refrescada y libre de dolor... y comprende de inmediato. Ausente, lo que Uther era para ella se hace más verdadero. Pavor y pérdida chocan con la dicha fértil de la salud del niño. La vida la posee suavemente. Y la muerte escapa con su Gandharva.

Reza por Theo. Reza al Dios de su marido —su propio Dios ahora y el Dios de su hijo—, pidiéndole que cuide de él. Y llora al pensar en él: un cristiano que ha encarnado el antiguo amor del rey sacrificado.

Después de sus plegarias, Ygrane acude directamente a Morgeu, decidida a terminar con la amargura que las separa. Los fiana retienen a la joven hechicera en una pequeña tienda rodeada de antorchas. Nadie se ha atrevido a levantar la cortina de la tienda desde que la trajeron aquí, tras su ataque al mago.

Ygrane despide a sus fiana y entra sola en el oscuro pabellón. Una humedad animal la envuelve y el interior se llena de las sombras que huyen de su lámpara. Morgeu yace sobre un colchón de paja, encorujada bajo pieles de lobo, dormida. Sin su magia, la reina no percibe la impronta fatal del demonio en su hija. Así, se sienta con orgullo, por un rato, junto a ella, escuchándola respirar. Su niña duerme a su lado sin que sueños la perturben y, mucho menos, demonios. Azael ha vuelto a su infierno y Morgeu se pertenece a sí misma otra vez. Y, por ello, Ygrane está satisfecha de que su última magia fuese un sortilegio de amor.

Príncipe Noche Brillante ayuda a Merlinus a fabricar una parihuela con ramas y árboles jóvenes, y colocan el cuerpo del rey sobre ella, detrás de su caballo, con los brazos cruzados sobre la espada desnuda.

"¿Rey Alguien Sabe la Verdad mantendrá su promesa?", pregunta ansioso

Librodot

Merlinus. "¿Enviará el alma de su mejor guerrero al niño de Ygrane?"

El príncipe elfo se endereza con una expresión infeliz. "Te haré un favor, Lailokén, no diciéndole que lo has preguntado."

El mago se acaricia inquieto la barba. "Hará falta un alma grande en verdad para compensar el sacrificio que mi rey ofrece a la Fuente del Cuervo."

"Cuchuláin", dice el príncipe y una reverencia mágica colma el aire entre los dos como un campo de fuerza. "Nuestro mejor guerrero ha decidido acudir voluntariamente en defensa de su pueblo. Cruza ya el mar del olvido en el vientre de Ygrane."

Merlinus cabecea con cansina satisfacción y monta su caballo. "Iré al Otromundo a ver por mí mismo si Uther está contento con su suerte."

"Ven, si quieres", dice el elfo alcanzándole el bastón. "Hallarás dichosa a su alma, como todas las que danzan en las eternas forestas."

Con esto, retrocede y se desvanece más allá del alcance del Bastón del Árbol de la Tormenta. Merlinus coge las riendas del caballo del rey y lo conduce, con el cuerpo de Uther en la parihuela arrastrada por el animal, de vuelta al campo de batalla junto a Londinium.

Llegan a través de la roja calina del sol poniente. Ygrane los aguarda, avisada por los gritos de los centinelas. Su aspecto vibrante, con la vida que brota a raudales en ella, persiste. Despide a sus preocupadas doncellas y se aproxima.

Antes de que Ygrane pueda verlo por sí misma, Merlinus salta al suelo y anuncia a los rostros que las llamas satinan: "Uther Pendragón, Alto Rey de los Britones, ha muerto."

Ygrane no se arredra, aunque las lágrimas asoman a sus ojos. Queda, se arrodilla junto al cuerpo de su esposo, consciente de la vida que prospera en ella: la vida de Uther soldada a la propia. Le aparta del rostro azul los largos bucles de cabello cuervo y lo contempla sólo un instante. El dolor no la sorprende. Ella es la mujer de un guerrero. Lo que la sorprende es la ausencia de la voz de Uther, de su mirada dorada, el vacío al que ha ido a parar todo ello dejando atrás esta mera efigie de una vida.

Qué vasta parece la sima en la que la vida de su amante ha desaparecido, tan veloz. Todo el pasado ha partido con él, precediéndolo; ese vacío, sin embargo, sigue tan vacío como antes. Por un momento, la ira destella a través de su ser y oscuramente desea que todo futuro cese. Pero al instante siguiente, siente al niño moverse en su interior y toda su cólera huye ante este aserto de vida.

Sus servidoras la ayudan a levantarse y ella mira a Merlinus con ojos brillantes. "No creo que fuese doloroso", dice y oprime con su rostro el pecho del hombre. "Por ello, siento gratitud."

"¿Sabes cómo murió?", pregunta Merlinus.

"Mi magia se ha ido", dice con la frente contra el tórax huesudo, "pero cuando murió lo supe. Mi agotamiento pasó y me encontré bien. Sé cómo murió." Se aprieta más contra él y su voz surge apagada por la ropa. "La Fuente del Cuervo."

"Su última palabra fue tu nombre", le dice Merlinus con franqueza. "Pensaba en ti...y en las dificultades que te aguardan."

Ella se aparta del mago con grave, ebria turbación. "¿Qué será del niño?"

Merlinus no ha considerado todavía esta cuestión y su mirada vacua asusta a la reina.

"Los demonios tratarán de matarlo", teme ella y su voz surge teñida de una violenta vibración. "Los demonios que hicieron a las Y Mamau. Myrddin, hemos de ser más precavidos que nunca. La muerte de Theo no debe ser vana."

"Protegeré al niño con mi vida", jura el mago.

Ygrane cierra los ojos, recupera el sentido, la calma, y cuando vuelve a abrirlos

están claros y ecuánimes. "Ve a Londinium, Myrddin, y encuentra al obispo de la ciudad. Dile que venga a mi tienda."

Merlinus obedece y halla al obispo no en la ciudad, sino en el campo crepuscular, bendiciendo las almas que parten a la luz de las antorchas. Sólo la capa escarlata sobre su considerable envergadura y el gorro episcopal en su cuadrada cabeza declaran su dignidad, pues tiene la anchura muscular y el semblante correoso de un soldado endurecido. Merlinus le anuncia la muerte del rey; el obispo toma la antorcha de uno de sus sacerdotes y sigue al mago a través del resplandor aguanoso de la última luz.

Fuera de la tienda regia, se desprenden de sus botas lodientas y acceden al anaranjado interior. Ante una mesa baja cubierta de flores de sauce y dulces capullos de avellano, está sentada la reina, inmóvil, sin prestar atención a sus visitantes. Tiene los ojos rojos, pero no llora ya. Sus servidoras traen cojines y les ofrecen una bandeja de dulces de miel y copas de sidra. Tanto el obispo como el mago están hambrientos y comen mientras Ygrane permanece sentada en su silla, mirando fijamente las flores.

"Éste es un altar para los *Annwn*", les dice al fin con voz distraída. "He estado orando aquí para que nos salven de los invasores... y para la salud del niño dentro de mí." Les sonríe con ternura. "Ambas plegarias han sido respondidas."

El obispo le expresa su condolor por el accidente del rey y empieza a concertar los planes funerarios, sugiriendo una gran procesión por los mismos llanos que Uther ha arrebatado al enemigo.

"Todas estas cosas las dejo a tu cargo", lo interrumpe la reina. "No te he hecho llamar por el alma de mi marido, pues eso está ya en manos de Dios." Inclina la cabeza. "Te he llamado, padre, porque quiero tu bendición. He decidido vivir a partir de ahora como cristiana."

"Los druidas...", salta de asombro el obispo.

Ella lo detiene con una mirada tajante. "Hasta este día, los druidas han tenido de mí todo lo que han querido. Pero se ha acabado. El niño que porto será el Alto Rey de toda Britania, de los celtas también. Uther y yo lo habíamos acordado ya. Nuestro hijo será cristiano."

"Sea hijo o hija", la voz densa del obispo llena toda la tienda, "Jesús da la bienvenida a vuestras almas."

Ygrane se arrodilla y recibe la bendición del eclesiástico. Tras un rápido y provisional catequismo, parte dejando su crucifijo entre las ofrendas florales del altar de los *Annwn*.

Merlinus hace con la cabeza un gesto de complicidad. "Tú no eres más cristiana que celta tu marido; y sin embargo, él murió al viejo modo, en la Fuente del Cuervo, en sacrificio por tu niño, nuestro futuro."

El rostro de la mujer se ilumina. "Theo es... mi Gandharva, Myrddin, mi verdadero amor. ¿Y no es el amor el alma misma? Así pues, mi alma está ya en el Mundo Superior, danzando, cantando alabanzas a los *Annwn.*" Se pone la mano sobre los pechos hinchados. "Y yo soy todo lo que ha quedado del alma de Theo en el Pequeño Mundo. Honraré su muerte céltica con mi vida cristiana."

Ocultos por matorrales de aliso, Falon e Ygrane están frente a frente en un embarcadero del Támesis. Grandes cúmulos se elevan sobre el río, rosados y naranjas a la luz de la aurora, arrastrando ígneas sombras por el agua plácida.

"¿Cristiana?" Vestido con las botas y pantalones tradicionales de piel de carnero, y la espada cruzada en el torso desnudo, Falon se siente abrumado ante Ygrane. Tiene la cabeza como si fuera una gavilla de heno. En cualquier instante, alguien le prenderá

Librodot

fuego: una inundación de calor prospera en él. ¿Es ardor o ira? No puede decirlo: su cuerpo es una bruma de dolores. Añora intensamente las medicinas mágicas de la reina y su glamour. Pero, sobre todo, la añora a ella. Parece... ausente. Pensándolo bien, eso debe de ser inevitable, cree el fiana, pues Ygrane lo ha perdido todo: su rey, su magia, el unicornio... y ahora esta difícil revelación, la pérdida de la fe en sus propios dioses. Se balancea hacia atrás, sobre sus talones, y contempla a las nubes hincharse en olas de majestuoso algodón. A veces se pregunta si está todavía en el Otromundo, vagando para toda la eternidad, y si toda esta miseria acontecida desde las nupcias es sólo una larga caminata espectral.

Ygrane le habla de su conversión, del sacrificio de Uther por el sueño que le colma el vientre, de su visión de Miriam, del pasado viviente compartido por hebreos y celtas. Falon escucha de una forma remota. La sombra del unicornio le mácula todavía el alma con su silencio otromundano. Lo que le habla con más fuerza es la orilla cubierta de violetas y margaritas que ve por encima del hombro de la mujer, o la garza erecta sobre su reflejo.

Ygrane pausa. Sin su magia, no puede llegar al interior de su guerrero y hacerle comprender. La brisa ligera que mueve la hierba esbelta tiene más que decirle a Falon que ella misma. A la luz del alba, lo estudia con minuciosidad, buscando en él efectos del daño. La vampira ha dejado su cicatriz —una vena negra como la remolacha en la parte del cuello donde se afijaba cada noche—, pero ésta curará. Tiene el aspecto deshecho por sus viajes, pero está fuerte aún. La sombra del unicornio pasará también; está segura de ello por el modo en que Falon se aferra a este mundo. Pronto estará entero otra vez.

Aliviada, la reina se acerca más a él y posa su mano en la mejilla del guerrero. "Eres un hombre bravo y el mejor de mis fiana." Luego, le quita el torce de oro alrededor del cuello.

La mano de Falon se alza para impedirlo y se detiene enseguida, cuando sus ojos se encuentran con la mirada de Ygrane, verde y determinada. "Hermana Mayor, ¿qué estás haciendo?"

Ygrane sonríe tenuemente. "Eres libre, Falon. Tu servicio a la reina ha quedado cumplido."

Con los codos levantados, las manos en la garganta, Falon observa a la mujer estupefacto. "Yo no quiero apartarme de ti", protesta. "Todo lo deseable está aquí, contigo."

Ella le sostiene serena la mirada ardiente, luego arroja el torce lejos, al río, a las honduras de las aguas cinabrio. "La reina ha partido, Falon." Le habla a su centro aturdido, inalcanzable, como si aún poseyese el poder de su glamour. "La reina ha partido."

"¿Quién gobernará el reino?"

La reina cruza los brazos, protectora, sobre su vástago no nacido. "No seré yo. Los jefes decidirán esta cuestión entre ellos. Yo volveré a Tintagel para dar a luz el hijo del rey." Le ofrece una mirada frágil, esperanzada. "Dentro de pocos años, necesitará un maestro de armas. ¿Vendrás a él entonces?"

"Déjame ir ahora."

Ella ríe, chispeante. "Me seguiste al Árbol del Cielo y recorriste el inframundo por mí, Falon. Pero no creo que quieras venir adonde yo debo ir ahora." Gentil, le toma la mano. "Te lo aseguro, la reina ha partido y me ha dejado convertida en una mujer de paz. Vuelvo a Tintagel para fundar una orden religiosa. Eres bienvenido."

"¿Del culto al dios crucificado?" La mano de Ygrane le resulta pequeña y femenina, carente por entero de su vivida, argéntea fuerza. Todo lo que ha dicho es

Librodot

verdad: la reina ha partido... y eso le deja el alma convertida en un balde de agua. Difícil de portar; fácil de derramar. Las emociones bailotean en él: rabia, decepción, melancolía. Aprieta su mano gris, humana, hasta que estos sentimientos se calman lo bastante para que Falon se vea reflejado en el agua de sí mismo.

"Él es *Yesu*", le dice Ygrane. "Ha venido a curar a todos y cada uno de nosotros. ¿Le dejarás que te cure a ti?"

Falon le suelta la mano y retrocede. "No. Mi Hermana Mayor me ha curado ya. Ella es la reina de los celtas, la reina-bruja de los Daoine Síd. Su magia me curó años atrás."

Ygrane asiente, satisfecha con su fe, y se aparta un paso de él. Pero la forma en que él la mira la hace sentirse amada y ello la turba. Estos sentimientos contenidos hacen luchar al niño en su seno con su insospechado destino, e Ygrane habla abruptamente, para suprimir este estado de ánimo: "Me has servido bien, hermano menor. Has enfrentado dioses y entes malignos y nunca ha decaído tu devoción. Tengo una recompensa para ti. Los jefes han acordado cederte cada uno una parte de sus tierras, de modo que tengas hogar en todos los rincones de Cymru."

Falon empieza a caminar hacia atrás. "No, Hermana Mayor. Yo soy un fiana, un guerrero errante. Nada poseo y no soy poseído por nadie más que la reina. Adonde ella ha ido, debo ir yo también."

Cuando se da la vuelta, el viento le toca el cuello con su frescura. Donde acostumbraba a portar el torce, siente ahora el roce de un lazo nuevo: la libertad.

Ygrane vive su palabra. Después del funeral de Uther Pendragón en Londinium, vuelve a Tintagel, donde realiza sus votos como monja. Finalmente, constituye la Orden del Graal. Muchos de sus fiana se convierten también; otros hallan santuario en los dominios de los jefes paganos y marchan con Falon y el resto de los druidas al oeste.

El rey-alce vive su palabra también. Canaliza hacia Ygrane las energías vitales de las raíces del Gran Árbol y el embarazo florece. Avanzado el verano, mientras cae la estrella blanca de Venus y leyendas de sangre se elevan con Marte, da a luz una criatura robusta, blonda, con los ojos amarillos de su padre. Merlinus tiene que disuadirla de ponerle el nombre de Uther.

"Mi señora, ese nombre sería una sentencia de muerte para el niño."

Ella lo recibe en la terraza occidental de la ciudadela, sobre el acantilado y los vaporosos cachones del mar murmurador. Ahí se ha emplazado la Tabla Redonda y el Graal ocupa el centro en honor del nacimiento del futuro rey. Ygrane yace en un asiento amplio cubierto de sedas florales, con el niño en el pecho. Merlinus, encorvado en una silla junto ella, acaba de examinar el cuerpo del recién nacido. Buscaba la marca del dragón, pero no ha encontrado ninguna.

"Añoro terriblemente mi magia, Myrddin", confiesa Ygrane. "Sin ella, sin los trances, no puedo saber si hay demonios cerca o lejos. Y me asusta, porque sé que su odio y su propósito perduran."

"Más intensos ahora que perteneces a la fe de Uther", concuerda el mago. "El Furor y ellos harán cuanto esté en su poder para matar al niño antes de que se haga hombre."

Ygrane contempla el mar brillante con una sonrisa de alegre desafío y habla con una voz que es baja, pura y clara: "Morgeu fue un fracaso de amor, Myrddin. Mi fracaso. Este niño debe redimirlo. No por mí... o por Theo. Este niño ha de vivir por el amor mismo." Acaricia a la pálida criatura en sus brazos. "¿Estás absolutamente convencido de que el hogar que le has encontrado es seguro?"

Librodot

"Si me permitieses decirte cuál es, tu corazón se alegraría por él."

"No, no me lo digas. No me atrevo a saberlo. Temo la magia del Furor. No debo conocer ni su paradero ni sus circunstancias."

"Entonces, conoce al menos el nombre", le ofrece Merlinus deseando darle algo para ese momento difícil, que se cierne ya sobre ellos, en que Ygrane deberá entregarle el crío. "Y guárdalo para ti."

La mujer calla, observa la criatura, la vida que ha crecido de su interior, en el lugar sagrado donde su magia moró, donde una vez vio el unicornio y conoció al hombre que amaría. "Hay un nombre", dice al fin mirando a Merlinus con sorprendente serenidad, dada la trascendencia del momento, "que vino a mí estando en plegaria, cuando cantaba las Sagradas Escrituras. El pasaje de Mateo acerca del amor a los enemigos. Me resultó claro entonces que el nombre de este niño no debería ser ni celta, ni romano, sino un nombre del que el enemigo nunca llegase a sospechar. Ha de ser uno de sus propios nombres." Y hablándole al crío: "Te llamarás Águila del Trueno."

El centro calmo del hechicero recibe este nombre con afabilidad. El águila romana fundida con el tempestuoso símbolo celta del dragón. Ambos animales emblemáticos declaran a Uther. "Águila Tonante."

"Sí", repone Ygrane con un brillo malicioso en sus ojos verdes. "Pero al trueno lo llamaremos por el nombre de su dios bárbaro :Thor. Y ése será el nombre de este rey de Britania, el Águila de Thor; un nombre enemigo y dicho en su propia lengua, para que los bárbaros comprendan que la grandeza del monarca los incluye a ellos tanto como al propio pueblo del rey."

Alza al niño y se lo ofrece a Merlinus. El rostro claro de la mujer sonríe con tal franqueza y benignidad —no hay en ella una sombra de duda o arrepentimiento— que el mago acepta el burujo sedoso como si se le donase una prenda de ropa, o un par de zapatos, y no al futuro rey del país.

Merlinus trata de hallar algo apropiado que decir, pero ella se lo impide con un gesto de la cabeza que hace caer el cabello sobre su rostro, velando la apaleada tristeza que empieza a emerger a él. "Llévalo a su lugar de amparo. Cuídalo. Y cuando se haya hecho fuerte y capaz, cuando sea digno de la memoria de su padre, hazlo volver a mí. Quiero verlo como hombre... y como rey. Quiero darle con mis propias manos el Graal y, con mis propias palabras, contarle la historia de Uther e Ygrane."

El mago se retira, con el precioso fardo contra su corazón batiente. "Retornará un día", promete. "Fuerte y capaz."

"Lo sé." Sus brazos vacíos se cierran alrededor de sí misma y se hunde en el asiento, cubierto el rostro por la melena y desposeída de lo último que de su Gandharva le quedaba. "Volverá, sí. Ha empezado ya su retorno. Y cuando venga a mí, me conocerá, y yo lo conoceré y lo llamaré por su nombre: Arthor."

Librodot

Epílogo

Merlín: Un Recuerdo del Futuro

Aquel que lo hizo
puede acercarle la espada

Job: 40:19

Librodot

***M**ujer. Todo lo que soy se lo debo a Ella. Todo el bien y todo el mal de mi vida. Toda la magia y el misterio. Toda la sabiduría y la locura. Y aquí, en mis manos, está el futuro dado por Ella. De Ygrane proviene este pequeño, frágil ser confiado a mi cuidado. Y de Morrígan, la sombra de su muerte. Entre ambas realidades, me corresponde a mí establecer la diferencia.*

Merlinus silencia su voz interior. Las palabras vienen sólo de menguas en su luz corporal, que es su porción de magia. Y él necesita ahora toda la magia que pueda atesorar.

El niño Arthor, envuelto aún en las sedas y brocados de su madre, yace sumido en su sopor. Antes de dejar Tintagel, Merlinus le infunde sueño y luego lo hurta por un pasadizo poco usado del castillo, que desciende angosto por el interior del acantilado. Nadie los ve emerger de la cueva costera que la marea oculta dos veces por día.

Sólo las gaviotas observan la huida del mago entre incesantes rocas negras y la explosión de las olas. Con la ropa chasqueándole como una llama oscura, Merlinus avanza rápido entre los charcos de agua salada y las crecientes dunas, mientras los vapores salvajes del mar se ajironan a su paso y él abraza al crío contra el pecho. Trepa luego por los salientes de piedra calcárea que conducen al bosque. Se detiene junto a un olmo partido por el rayo y posa al niño dormido en un agujero que las lechuzas han hecho.

"Reposa ahora, mi rey", le susurra. "Cuando despiertes, te habré encontrado leche. Pero por ahora, descansa un poco más. Descansa en el linde oscuro de ese sueño, aun más hondo, del que has ascendido. Habrá tiempo suficiente para despertar a este mundo. Tiempo suficiente... mucho, y terrible."

Merlinus recuerda los planes de las Nueve Reinas y los ángeles para Arthor. Pues ha de ser él testigo de la humanidad, despierto por los siglos de los siglos. Ha de ser el primero de los padres del espíritu de su pueblo.

Sólo si sobrevive. La voz de Merlinus se alza en él con precavida intensidad. Rápidamente se obliga a callar y la inquietud por el bien del niño palpita y resplandece en él como el metal vivo al fuego. Ésta es la materia cruda, el deseo ardiente, de los que debe forjar un arma tan resistente como un escudo, tan precisa como una espada.

Con este miedo pulsante, Merlinus proyecta tantas cosas para Arthor que no puede abarcarlas todas en su mente a la vez. Respira como su maestro le enseñó, dejando que se desmadejen sus pensamientos, se desmarañen en el flujo energético del universo, mientras su percepción se calma y ensancha como un río.

La hierba ámbar, brillante, susurra con los espasmos fetales de una tormenta a dos días de distancia. La lluvia cuaja a partir del aire y del rugido del mar y del tojo de los pantanos y de todos los ranales del bosque. Las lluvias cuajan como diminutos pensamientos. Se arremolinan con vasto propósito, acumulando fuerza para invadir las Islas Británicas. Arrastrando las cadenas de sus rayos llegará la tormenta y nadie podrá contenerla.

Ésta es la mente de Dios, piensa, sintiendo al tiempo verterse dentro de él y adujar su poder.

Todo su miedo pasa. Una inteligencia más grande ensamblará todos sus planes

Librodot

para Arthor del mismo modo que la tempestad reúne sus pedazos. Los ángeles tienen un plan para el niño. Debe servir a la raza del norte al modo arcaico: cumpliendo la misión de guiar a su pueblo por medio de los sueños solamente.

Pero esa ardua esperanza está lejos, a años de este momento, a una vida entera de distancia. Por ahora, el cielo es claro y la melodía de los pájaros cruza la foresta entre rociones de sol. Antes que en las lluvias, hay que pensar en conseguir leche al niño y un lugar donde pueda permanecer oculto del mal para hacerse fuerte en el amor.

¡Amor! La palabra suena extraña. El meticuloso amor de Óptima palpita muy atrás en su mente, tras los recuerdos de la triste Ygrane, cuyo amor porta él con su hijo sin madre. Amor… Y Uther muerto por amor.

El mago debe concentrarse en su respiración otra vez para serenarse. Apenas puede creer que esté aquí, entre rododendros y cerezos salvajes... con el rey, la esperanza de los britones. La profecía de Óptima se derrama en torno a él, se vierte en la realidad de este momento; él mira alrededor para afirmarse en el momento, para sumirse más en el hoy. Sarmientos pardos, agostados, enmarañados como sargazos entre los viejos robles captan su atención. Una mariposa blanca, delicada como un alma, flota un instante sobre la flores del brezo y parte luego revoloteando entre los rayos de sol y las ramas y su estela de sombras.

Nunca imaginó que las cosas serían así, que estaría en un bosque soleado sobre los acantilados, peludo y apergaminado como un profeta del desierto... y rejuveneciendo. Pensó que serviría al rey profetizado por Óptima en un palacio, no en las soledades y espesuras.

La respiración lenta, honda, devuelve a Merlinus su serenidad, que es el estado adecuado para la alta magia. Una calma alerta lo recorre suavemente, majestuosa como un ancho río. Cierra los ojos y se abandona a la luminosa oscuridad interior.

Fluir con esta energía le trae los recuerdos de sus más oscuros momentos como demonio, cuando tocaba los negros espacios entre las estrellas en sus viajes insomnes hacia otros mundos. Qué amargura la de entonces. Y sin embargo, aun en las garras de su furia, conoció esta paz benigna. Bajo la faz de la eterna noche, todo parecía tedio. Pero desde que se tornó mortal, desde aquellos primeros días asombrosos en que Óptima lo cazó en las mallas de su sangre y le tejió este cuerpo, lo que fue tedio se ha vuelto magia.

Merlinus eleva su voluntad hacia el portal sobre sus ojos, la sexta puerta, el umbral de la profecía. Quiere abrir su ojo fuerte y mirar adelante, sólo lo suficiente para hallar una nodriza digna de Arthor.

En lugar de ello, abre sus ojos mortales: el sol húmedo brilla en las lentejuelas de rocío que cubren la hierba y los nidos de las arañas. El berro y la celidonia mezclan sus fragancias con los espumosos susurros del mar.

Arthor se mueve y el mago lo calma con un sortilegio gentil. El niño necesita leche. Ésta es la primera misión de Merlín como guardián del rey. Orgulloso, recoge al niño en la curvatura de uno de sus brazos; luego, abriéndose camino entre la maleza con el bastón, camina hacia la oscuridad palpitante del bosque.

En la oscuridad rubí del interior de la tierra, el Dragón se nutre. Una dicha corpulenta lo posee, pues ha absorbido las energías derramadas de los demonios, un dios, un inmortal y el unicornio, así como miles de almas menudas cosechadas por los Síd. La ráfaga de energía aventa el corazón ardiente, férreo, de la criatura y su cantoensueño fulgura con intensidad mayor.

Canta con pensamientos que, hasta ahora, le han resultado más fugitivos que

estimados. *Todas las cosas crecerán hacia la luz. Luz significa vida.*

Con ojos vividos, con mayor penetración, ve en su mente fortalecida el mundo y nota claramente por primera vez las descamaduras, los copos, las virutas del cuerno que la criatura solar le ha enviado. Están mezcladas con la greda de polvo estelar que se filtra por las fisuras de su concha, astillas iridiscentes demasiado pequeñas para que antes las percibiese y mucho más para que pudiese hacer algo con ellas.

Pero con esta lucidez, el Dragón recoge del polvo los filamentos y los examina. Al contemplarlos de cerca, las obleas de hueso revelan sus secretos a la mente iluminada de la bestia. Son mapas. En tres dimensiones, le muestran al Dragón sus otros yos, la células dispersas de su cuerpo cósmico. Le muestran la integridad del Dragón.

***

Desde su confrontación con Morgeu en el campo de batalla a las puertas de Londinium, Merlinus no ha vuelto a ver a la devota de los demonios, esa vengativa y peligrosa arma del Furor. No ha visto al Furor tampoco. Ni a Azael. El amuleto de la reina-bruja lo expulsó de su hija, pero no quebrantó su poder. El Furor y él volverán a mostrarse de nuevo con crueldades que a Merlinus, como demonio que fue, no le cuesta imaginar... pero sólo lo harán cuando estén letalmente seguros del triunfo.

No pueden dejar que el niño de Uther Pendragón y la reina celta viva. El Furor, con su ojo demente y profetice, verá el alma guerrera de esta criatura y las muchas muertes y reveses que podría infligir a los secuaces del dios. Y antes o después, Morgeu, que sin duda odia ya a este retoño con pasión abominable, volverá guiada por su férrea convicción de que Merlinus mató a su padre para que Ygrane pudiese copular con su amante soñado. Y Azael, ansioso por liberar a Lailokén de su prisión carnal, tratará también de matar al niño, aunque sólo sea para quebrantar el espíritu de Merlinus y su anclaje mortal en la vida.

Nunca antes ha estado el mago tan alerta. Desde el día en que Uther Pendragón dio su alma al rey-alce, Merlinus ha portado una carga profunda. Si fracasa —si matan o mutilan al niño—, el inmenso sacrificio que su rey y su reina han ofrecido será inútil. El destino que su propia madre le reveló, la esperanza de que su Dios se imbrique en el tiempo, se colapsará en el vacío. Ese mismo vacío en el que él perdió a su Dios al principio del tiempo. El mismo vacío que le inspiró su cólera diabólica. La misma vacuidad que rodea el planeta con frío absoluto y cuya oscuridad es el destino último de casi toda la luz migratoria de las estrellas.

Casi toda, se recuerda Merlinus con cuidado y con frecuencia estos días parleros. Algo de luz se ha enfriado en forma de materia; y la materia porta aún la luz original del cielo como energía atómica, uniones moleculares, síntesis proteínica y las eclosiones sorprendentes y numerosas de la vida. Algo de luz ha escapado a los espacios oscuros y, modelada por los ángeles, se ha convertido en las hambres voraces y en las pasiones de las que Lailokén, como demonio, tan violentamente se burló.

Por esa luz, por la esperanza del cielo, Merlinus no se atreve a fracasar. Eso lo condenaría a la locura y, peor, a su antiguo y destructivo desespero de diablo. Así, vive con extrema precaución. Evita su ojo fuerte, porque éste lo separa de su cuerpo y del cuidado del niño, y debe confiar exclusivamente en el flujo sensible de su corazón para explorar el entorno en previsión de enemigos.

Con una nodriza de Tintagel a su lado para que alimente a la criatura, lleva a Arthor hacia el norte, a los montes salvajes. Es ésta una misión peligrosa, porque

Librodot

Morgeu y sus Y Mamau hostigaron una vez estos bosques y ello podría volver a ocurrir. Tiene los filamentos sutiles de su corazón extendidos de forma constante por las avenidas arbóreas y, al principio, no nota nada malo durante el viaje. Después, un repentino peso frío desciende a través de los árboles estivales y reconoce el toque frígido de otro ojo fuerte.

Con una palabra —'sueño'— la nodriza y el niño se hunden en un sopor sin ensoñaciones entre plumas de helecho y un brote de dientes de león. Él concentra todo su ser en el río vertical de un roble. Se convierte en el silencio brillante que es el brasero ardiente de sus ramas más altas. La mirada fría del ojo fuerte pasa sobre ellos y nadie los ve.

El aroma es desconocido; el sabor de la leche, extraño. Arthor llora por su madre; y el pezón lo calla. Después de la reciente placidez en el regazo cálido de su madre y tras la bienaventurada oscuridad uterina de la que creció, el bosque le resulta extraño. Rayos salvajes de luz tardía le dañan los ojos. Los chirridos de las aves lo asustan. Y los olores substanciales de las hojas marchitas y las heces animales lo abruman con sentimientos confusos. ¿Dónde está el calor que lo hizo? ¿Dónde está su madre?

Llora... y de nuevo lo calla el pecho desconocido.

Muy atrás, en su mente naciente, esta desventura despierta informes recuerdos. Éstos destellan a través de él, asustados de sí mismos, reconstruyendo visceralmente el primer dolor de perder la calidez que lo nutriera siempre. En los huesos que conforman la cruz de sus hombros, un dolor espasmódico pervive desde ese momento fiero en que su cabeza había nacido y el resto de su ser estaba varado en las angosturas del nacimiento. Bizqueando de dolor, los ojos apenas desencolados, le abrasa la luz el cerebro tal como le abrasa la carne el frío.

Cuando hubo nacido, una alucinación similar al sueño flotó a través de su cuerpo minúsculo, una visión carnal del tipo que precede a la reencarnación. Y en esa visión espantosa, el horror de la agonía no era el nacimiento, sino la muerte. El dolor de sus hombros se transformó en unas tiras de cuero que lo ataban erecto a un poste... un palo, no, una lanza. Su propia lanza, firmemente hincada en el suelo. Él colgaba de ella, ligado por correas de piel animal para que muriese de pie.

Eso era importante. Ahora olvida por qué.

Hinchado y grotesco a causa de sus heridas, no se reconoció a sí mismo desde fuera, libre del cuerpo, al contemplarse morir. Su garganta estrangulada efundía sangre y su cabeza monstruosamente hinchada y maltrecha oscilaba de lado a lado y babeaba. Estaba desnudo; sólo un anillo de oro vestía alrededor del cuello, oro barnizado de sangre. Su pelo largo, sucio de toda la materia de su daño, colgaba en rojas guedejas de su cabeza caída. La piel se le había desgarrado en la frente y el rosicler del cráneo brillaba a su través.

"¡Cuchuláin!", gritó alguien en ecos hondos que se asolapaban uno a otro.

Un alarido de guerra brotó como por milagro del cuerpo roto y la sangrienta figura se desmoronó, muerta. Estrellas de sangre oscurecieron el polvo junto a sus magullados pies.

Arthor flotó entre dos existencias. El cuerpo muerto de su anterior encarnación sangró resplandor por sus numerosas heridas. La gaseosa luz solar rieló y fluctuó como *ignis fatuus* ante el cadáver, pulsante, con un amarillor más intenso y más semejante al sol. En su destello, el cuerpo muerto se redujo a sombras pastel.

Otra figura apareció: surgía caminando del fuego solar y era un hombre más pequeño, más oscuro, que portaba armadura romana de cuero negro. Uther Pendragón

Librodot

avanzó a través de la bruma solar, aunque Arthor-Cuchuláin no tenía idea de quién era. Otro guerrero...

"Sí", dijo Uther, "habrá guerra. Y tú has de ser guerrero otra vez... por tu pueblo. Te necesitamos. Necesitamos al guerrero más grande nacido en este país en todos los tiempos. Necesitamos que defiendas a tu pueblo."

Una voz que Arthor no reconoce —su propia voz— respondió: "Estoy enfermo de tanto matar."

"Hay un bálsamo para esa enfermedad allí donde vas."

"Ningún bálsamo hay salvo la muerte", contestó el alma del guerrero. "El mundo es un campo de batalla. Felices son los muertos."

"No." Uther habla con gentileza. "Hay otro bálsamo, un bálsamo más grande que yo me he negado a mí mismo para que tú puedas gozar de él. Pertenece a los vivos y a los muertos."

"Una muerte brava es el único bálsamo del guerrero", dice la voz desconocida que era la suya. "Todo lo demás es falso gozo."

Tras el acuciante dolor que aún palpitaba de sus heridas de guerra y el futuro nacer, otros recuerdos fluyeron, tropezando unos con otros, borbollantes y excitados: la milagrosa, absorbente seducción de las Tierras Aventuradas donde los muertos soberbios van. La parte entrañable, extramundana de su ser quería volver allí de inmediato.

"Déjame muerto...", susurró sin fuerza bastante para dar voz a semejante debilidad.

"Tú has nacido ya", dijo Uther, "y yo ya estoy muerto. Tú ocuparás mi lugar en el mundo y yo el tuyo en el más allá."

Una ola inmensa de tristeza arrasó a Arthor-Cuchuláin. "Entonces la muerte me tiene a su sombra otra vez."

"Tienes fuerza para luchar con los más fuertes de los vivos", le aseguró el hombre oscuro de los ojos ámbar. "Ésa es la razón de que tu dios viviente te haya escogido."

"¿El Gran Dagda me ha escogido?" La bruma solar palpitó más brillante, abruptamente cálida. "¿Nazco entonces de padres nobles?"

"Sí", reconoció Uther con un gesto orgulloso de la cabeza. "En esta vida eres noble. Para cumplir con ese privilegio de cuna, debes servir de nuevo a tu pueblo con tu misma vida."

"Te lo repito, estoy enfermo de matar. Déjame en las Tierras Aventuradas."

"Y yo te lo repito a ti: tengo el bálsamo para esa enfermedad... aquí." Uther empezó a desatarse una cuerda del cuello.

"Extraño, no puede haber mayor largueza de corazón que sacrificar la vida en batalla por amor al propio pueblo. La efusión de esa sangre es sagrada."

"Dices verdad. Y aquí está aquel que sacrificó su vida por amor a todo su pueblo... incluso a sus enemigos."

De debajo de su peto color ébano, extrajo un pequeño crucifijo delicadamente labrado en piedra verde. A pesar de lo diminuto de la imagen, ésta estaba colmada de heridas tan sangrientas como las insignias del infierno que distinguieron el cadáver de Cuchuláin.

El crucifijo se elevó ante él y saetas de luz deslumbradora surgieron de aquellas heridas numerosas para coalescer en el sol desnudo. La visión se fragmentó en los colores abrasadores de los ojos recién abiertos de Arthor niño. Sangre placentaria se derramó bajo él y, mientras resbalaba por entero al exterior, todo recuerdo de su vida previa se deslizó a la noche insondable que iluminan las estrellas emancipadas, las fulgurantes erupciones y los humos etéricos del cielo interior.

Esos fuegos psíquicos resplandecen detrás de sus ojos cerrados bajo el peso suave del pecho de su nodriza. Ella cambia el peso, de modo que la carne cálida se aparta de su rostro diminuto y las fragancias telúricas del bosque lo bañan. Tiene miedo. Quiere recuperar el calor familiar, acostumbrado. Quiere volver a ella. Y, mientras parpadea bajo los últimos rayos pardos del día, su ser más profundo sabe que pasará todo el resto de su predestinada vida retornando a ella.

***

Mientras siga en presencia de Merlinus, Arthor estará en grave peligro de que sus enemigos lo localicen. Tan rápido como puede, el mago escolta a la nodriza y el niño a las profundidades del yermo y, a través de éste, al reino montañoso de Kyner. Merlín ha escogido a este jefe porque es cristiano y celta a la vez. El rey futuro aprenderá bien de él tanto su nueva fe de paz y de amor, como el conocimiento intemporal del pueblo de su madre.

Los filamentos sutiles de su corazón guían a Merlín directamente al campamento del señor de la guerra. El humo se resuelve en rizos serpenteantes sobre las copas de los árboles del enclave cercado. Las puertas están abiertas y un grupo de cazadores retorna con un ciervo atado a un palo que transportan dos hombres. Éste le parece al mago el momento propicio para llamar a Kyner. Desde las sombras esmeralda del bosque, Merlinus busca por el campamento ajetreado al jefe de todas las tribus montañosas con su poder sutil.

Encuentra a Kyner en la larga estancia principal, con sus paredes adornadas de trofeos cinegéticos, enseñando a su hijo pequeño, Cei, a sostener una espada. El pequeño, enfardado en linos, aguanta la empuñadura con las dos manos y empuja la hoja por el suelo como un arado. La risa estruendosa de Kyner hace venir a las amas, que se llevan el niño y dejan al jefe derramando alborozadas lágrimas.

Con un conjuro suave cantado una y otra vez, Merlinus instila en Kyner el deseo de pasear por fuera del campamento. Emerge éste con ambas manos enredadas en su cabello rojo, los codos levantados, estirándose, respirando hondo el calor silvestre de la tarde. Ajustándose la falda, marcha hacia el bosque, alzado el rostro bermejo a la luz resquebrajada que desciende de la densa cúpula.

Merlinus induce sueño en la nodriza, la pone a dormir oculta bajo un matorral y coloca el niño desnudo sobre un lecho de hongos y hojas en una concavidad que forman las raíces de un roble. El mago aguarda detrás del árbol hasta que Kyner atisba a la amodorrada criatura y camina, desconfiado, hacia ella. Pasea por todas partes su mirada e incluso examina desde abajo el roble esperando hallar a la madre del infante. Cuando se inclina y levanta al niño, se muestra Merlinus.

"¡Myrddin!", gruñe Kyner frunciendo el ceño ante la aparición repentina del anciano.

"Tú no me ves, Kyner."

"Te veo..." Sus ojos azules se encogen. "¿Qué diablura intentas? No quiero tratos con magos ni demonios, Myrddin. Soy un hombre cristiano. ¡Vete de aquí!"

"Me iré pronto", repone Merlín y canta un sortilegio que le abre los ojos y los oídos del alma. "Ahora escucha con cuidado, Kyner. Cuando yo me vaya, olvidarás por completo que me has visto aquí. Al niño que tienes en brazos lo adoptarás como propio. Ha de ser llamado Arthor —Águila de Thor— porque es el fruto de una violación, el vástago infligido por un bárbaro a una aldeana anónima, que trajo aquí la criatura para

Librodot

que el bosque se bebiera su pequeña vida."

Kyner escucha atento la mentira, abrazando protector al niño contra su fuerte regazo.

"Educarás a Arthor como cristiano", ordena Merlinus, "y lo entrenarás personalmente en todas las artes viriles. Lo amarás como a tu propio hijo, Cei."

"Lo amaré...", murmura Kyner.

Merlinus se escabulle detrás del roble y espera.

Kyner se despeja en cuanto el mago desaparece de su vista y lanza un grito potente que asusta al niño y lo hace llorar. Aturrullado de pronto, el jefe mece al bebé en sus brazos macizos y se apresura a volver al campamento, donde encuentra los soldados que corrían ya en respuesta a su clamor. Merlinus recoge a la nodriza y se la lleva a las profundidades del bosque. Arthor vive ahora en las manos de Dios. El mago ha hecho todo lo que podía para hallarle un santuario y ahora se aleja veloz del lugar. Mientras no esté en las proximidades del pequeño, ni Morgeu, ni el Furor, ni los demonios tienen forma de saber que este infante es el rey futuro.

Por fin, Merlinus devuelve la nodriza a Tintagel. Sin embargo, él no va allí. Purga la mente de la mujer de todo lo que ha presenciado y substituye los momentos vividos por el recuerdo caprichoso de la búsqueda de un tesoro, recompensándola con una bolsa de monedas de oro que con su magia encuentra bajo un olmo, en la esquelética garra de un legionario muerto mucho tiempo atrás.

Borradas las huellas, Merlinus se concentra en su siguiente tarea, la última que deberá realizar por el rey muerto. Debe recuperar ahora la espada Relámpago de la tumba de Uther Pendragón.

Como anillos cada vez más grandes de agua, remolinos de ocaso brotan de un desfiladero en las montañas donde el día ha muerto. El Furor camina por los bosques alpinos, el viento y la tempestad en la barba, buscando entre los abedules y los fresnos color fuego a Lailokén. Quiere venganza. Quiere desgarrar con sus propias manos el cuerpo carnal que el demonio ha poseído y volver a arrojar el Habitante Oscuro a la Morada de Niebla.

El Furor sabe que no tendrá tal satisfacción esta noche. El astuto Lailokén ha aprendido mucho desde su primer encuentro en el reino de Cos... ¿cuánto tiempo atrás? Al tuerto chamán le parece que hace sólo un instante. Lailokén resultaba algo tan patético entonces. ¿Cómo se hizo con la fuerza para desviar a Bebesangre?

"¡Demonio!", grita colérico y el trueno retumba por el horizonte. No puede aceptar que su magia haya desembocado en esto, que el sortilegio se haya roto, que se le niegue la conquista y que el mundo entero ruede más veloz hacia el Apocalipsis. Ironía es lo que le escalda. El único Habitante Oscuro que su magia arrojó inadvertidamente a la tierra se ha convertido en la espada letal de los Señores del Fuego. *Lailokén debe ser hallado y destruido*, grita su sangre ardiente.

Los fuegos amorosos de sus guerreros por la vida, por su pueblo, por el mundo fértil, verde-edáfico, lo abrasan con violencia mayor en esta derrota. El dios lucha por algo mucho más grande que él mismo y su clan. Su furiosa pasión consiste en desafiar algo tan profundamente terrible que es muy superior a los dioses y, para vencer, él debe hacerse superior a sí mismo.

Inclinándose a través de la alta niebla para explorar las hoces oscuras, se humilla a sí mismo en su búsqueda desesperada cuando se agacha lo bastante para ver los helechos canela y las edelweiss que sofocan las gargantas. Su rabia ebúrnea lo lleva incluso a oler el suelo por si halla el rastro de su presa y sus pulmones se colman del

Librodot

tufo denso del humus otoñal. Pero el almizcle humano está ausente y la frustración le muerde el pecho.

Desde la muerte de Horsa, el Furor ha recorrido vanamente estas islas tras la pista de Lailokén. Ni siquiera las runas revelan nada acerca del demonio. Y ello templa la ira del Furor con un tinte de miedo. Si el Habitante Oscuro puede esconderse de las runas, supone una amenaza mortal, pues significa que puede moverse de modo tangencial al tiempo. Posee magia, la voluntad verdadera que obedece a sus propias adivinaciones.

El Furor se reprocha haber llegado a pensar que la locura infligida por la punta de su lanza podría incapacitar a una criatura del abismo. Tenía que haber destripado a aquel anciano de aspecto desvalido cuando tuvo la oportunidad... y esto lo comprende ahora. La arrogancia de su mofa, eso es lo que emponzoñó el sortilegio realizado al borde de la Sima.

Los gorriones se deslizan viento abajo huyendo del olor a tormenta del dios cuando éste se endereza y retorna al cielo con una lenta rabia patulladora. El rojo del ocaso se ha agotado y asombrosos frentes y honduras de nubes, azules como la luz de luna, ascienden las alturas cobalto.

Los halcones dibujan en el viento sus anillos, con espirales más y más elevadas en la estela del movimiento del Furor. Allí, baja en el borde occidental del mundo, está la hoz de la luna, que sigue tras la tierra al sol; pero donde el cielo toca la primera orilla auroral de las Alturas, el fuego solar incendia el horizonte.

Guarda de las Manzanas de Oro lo espera allí, tras haber visto desde arriba la salvaje caminata del Furor. Fue la que bebió menor cantidad de la poción narcótica y ha sido la primera en despertar. Cabello blanco-blondo, enmarañado por el viento a causa de su larga estancia en esta orilla fiera, le cubre el rostro, y el Furor se aleja porque no quiere ver su sonrisa burlona.

"Un-Ojo", lo llama ella con su voz gentil.

¡Fah! ¡No burla sino piedad!, piensa el Furor y se aleja hacia más brillantes alturas, hacia el Hogar.

"¡Un-Ojo!", llama Guarda petulante. "¡Espera!"

El Furor pausa. "Guarda, no tengo ánimos para esto ahora. Déjame en paz."

"Tenemos un pacto por concluir", dice; se aparta el cabello revuelto con una mano y ofrece con la otra una Manzana Dorada.

"¿Qué es esto?", pregunta el Furor severo. "No te burles de mí, Guarda."

"Señor", repone ella y se arrodilla formalmente, "te ofrezco la recompensa que te prometí por tu conquista de las Islas Occidentales."

El Furor tuerce el gesto. "¿Estás ciega, mujer? Mis enemigos me han derrotado. El jefe de mis guerreros en las Islas Occidentales está muerto. Los Señores del Fuego han quebrantado a los Habitantes Oscuros que invoqué de la Morada de Niebla. He perdido."

"No, Señor", dice Guarda mientras el Furor la ayuda a levantarse. "Allá abajo en el campo de batalla tú no podías ver las cosas tal como eran, pero yo las he visto desde las Alturas y, te lo aseguro, Un-Ojo, has ganado." Le posa la mano en la mejilla y él sacude la cabeza. "Los ejércitos dispuestos contra ti se han desbandado. Su líder está muerto. Ya lo sabes."

"Un príncipe Síd lo mató", murmura. "Extraña sangre, la de esos hermanos. Matan a su propio rey."

"Como en tiempos de la Madre", dice Guarda moviendo la cabeza. "Se lo han sacrificado a Cabeza de Alce."

"Sí... Cabeza de Alce", murmujea el Furor. "Me encontré allí abajo con él."

"Lo sé. Lo acosaste bravamente."

Librodot

"Acosarlo... sí, eso es todo lo que logré."

"No, Señor. Has hecho mucho más que eso. Me has demostrado a mí y a todos los dioses que las Islas Occidentales son nuestras. La victoria de nuestro enemigo es hueca y tu derrota es sólo aparente, una ilusión que el tiempo disipará. Carecen de un rey que los guíe contra nosotros, ya sea entre mortales o dioses. Cabeza de Alce ha de contender con el dios crucificado de los Señores del Fuego. Luchan entre ellos. Te lo aseguro, Un-Ojo, ellos están divididos y nosotros no hemos estado nunca tan unidos."

El Furor siente el golpeteo de su corazón en el pecho, no ya de ira sino de excitación. "Lo que dices es verdad", admite, "porque quiero creer que es así." Toma con sus manos el rostro ardiente de la diosa y pega su frente a la de ella. Guarda tiembla al gustar su olor caliente con el toque acre del campo de batalla.

Su relación es tierna, comprensiva, envolvente, y ello la estremece, la debilita. El hecho de que el rey de los dioses del Norte la necesite para conocer su propia fuerza la asusta y ennoblece al mismo tiempo.

"Había pensado que te reirías de mí", confiesa el Furor apartándose de ella unos pasos pero sin quitar su mano maciza del brazo de la diosa. "Burla merezco por mi arrogancia. Y fui arrogante cuando prometí tomar estas islas de inmediato." Su ojo solitario se frunce en un gesto amable. "Pero ahora veo que, en la derrota, tú eres más gentil conmigo de lo que puedo serlo yo mismo."

"No derrota, Señor... ni siquiera un revés", asevera con orgullo, "sino un tiempo de espera. Y yo y todos los dioses que presenciamos tu bravura esperaremos contigo." Ofrece una Manzana Dorada con ambas manos. "Te has ganado esto."

El Furor se opone aún, solemne y severo. "No... no todavía. No probaré las Manzanas de Oro hasta que caminemos juntos entre nuestro pueblo por las Islas Occidentales."

Guarda de las Manzanas de Oro acepta estas palabras y baja la faz.

El Furor le alza el mentón y dice: "Ven, hablaremos con los demás y juntos encontraremos el mejor modo de quebrantar a nuestros enemigos y salvar al mundo del Apocalipsis."

Guarda, tocada por la presciencia que obsesiona a su señor, sabe bien que el fin llegará a su tiempo y que no puede ser mitigado. Sin embargo, sonríe con suavidad y toma su pesado brazo. Caminan lenta pero firmemente, con la majestad de un futuro cierto. Bajo las prósperas estrellas, se remontan orgullosos hacia la cima fluorescente del Hogar.

En Londinium, los hermanos Aurelianus yacen uno junto a otro en una de las criptas marmóreas construidas sobre las seculares *columbaria* de los romanos. Merlinus entra en los campos funerarios por la noche. Las antorchas de la ciudad brillan en sus terrazas, fijas contra el cielo deslunado, como estratos de almas expectantes. En lo alto, la luz de las estrellas sopla tenuemente, muy tenuemente en verdad, a través de la inefable oscuridad de todos los tiempos.

Con sus conjuros, al mago no le resulta difícil abrir las puertas cerradas o apartar la losa de mármol que sepulta al joven rey. Vapores necróticos suspira la cripta, llenando el sepulcro de un olor mefítico que sofoca a Merlinus. Uther yace vestido con la túnica púrpura y los arreos negros de caballería que llevaba al morir. La espada Relámpago está en sus manos, próxima la empuñadura al corazón y la vaina sobre el tronco y las piernas.

El calor del estío ha hecho su trabajo. Gusanos blancos se retuercen en la carne putrefacta, que se ha tensado poderosamente sobre el cráneo, y la ardiente, eterna mueca

Librodot

de sus mandíbulas se muestra ya a través de la negra consunción de sus labios. La vida, amor y virtud del hombre han huido de este lugar y retozan ahora con los danzarines del rey-alce, olvidada ya la exigua carne.

Merlinus necesita la fuerza de sus sortilegios para arrancar la espada al hermético poder del cadáver. La espada Relámpago se desliza fuera de su vaina en un éxtasis de peso etérico y luz líquida. El levanta el arma en saludo a la memoria de los hermanos Aurelianus y su servicio a los ángeles. Se estremece entonces al ver sobre su hombro, en la superficie espejeante de la hoja ancha, el rostro blanco-luna de Morgeu.

"¿Hay depravación que desconozcas, demonio Lailokén?", dice agria, impúdicamente la hechicera. "Ahora debo añadir la profanación y el robo de sepulturas a los pecados de alcahuetería y asesinato que ya conocía de ti.",

Merlinus se da la vuelta despacio y apunta con la espada a la pálida criatura. *¿Es un espectro o está en verdad delante de mí?*, se pregunta. Las luces de la ciudad que cintilan a través de su cabello rizado arrancan a las guedejas un resplandor de gena y la seda escarlata de sus ropas envuelve voluptuosa su forma núbil. Merlinus da una estocada y la hoja atraviesa limpiamente la figura.

Destella la risa de Morgeu. Rápido, él busca por detrás el bastón, que dejara apoyado contra el friso funerario, y el rostro del espectro se endurece. "Todo lo que tienes", rechina ella, "lo has robado. Tu cuerpo lo engendraste prostituyendo a tu madre. Tu conocimiento se lo hurtaste a un alquimista con una promesa vacía. Y tus armas —la espada Relámpago y el Bastón del Árbol de la Tormenta— pertenecen al Furor."

"Tu amo", se mofa Merlinus.

"Mi amo no es un ladrón furtivo, Lailokén. El Furor toma lo que quiere luchando, no por medio de cobardes y tramposos asesinatos."

Merlinus agarra el bastón y el fantasma retrocede.

"Te he buscado mucho tiempo", le dice Morgeu. "Escúchame, mago."

"¿Qué quieres?"

"Lo que quiero acabaré por hacerlo mío", repone la hechicera. "Quiero tu muerte. Y la tendré a su tiempo. A su tiempo."

"Ni tú, ni todos los demonios del vacío", jura él y golpea el suelo de mármol con el bastón. "Yo sirvo a Dios."

"¡Ja! Sirves a la locura."

"¡Lárgate, bruja!"

"Antes, dime dónde has escondido a mi medio hermano."

Es entonces cuando ríe Merlinus... y se arrepiente de inmediato, porque ello sólo puede inflamarla más aun, hacer más honda su convicción de que él está loco. Y sin embargo, esa ira ilimitada se manifiesta en una mortal oscuramente cómica.

"¿Qué esperas, Lailokén?" Sus ojos diminutos se crispan. "¿Crees en verdad que el hijo de tan obscena pasión merece la vida? ¿Qué esperas que logre con su sucia existencia?"

"Será el Alto Rey de los Britones y el señor de los celtas, como lo fueron sus padres antes que él."

"¿Ah, sí?", bufa ella. "No lo creo. El tiempo de los britones ha pasado. El Furor se hará con sus vidas y sus tierras. Tal cosa está tallada en el cristal del tiempo y no puede impedirse. Deberías saberlo, Lailokén. Tú fuiste uno de los demonios que destruyeron a los Faunos, los únicos que podrían haber apocado al Furor. Ahora, todo lo que Roma fue pertenece al dios del Norte."

"Mi rey unirá a britones y celtas", asegura Merlinus, "y el Furor gustará la derrota otra vez.." *Aunque sólo sea por el lapso de una generación.*

"El sueño de un demente", se burla Morgeu. "Los britones están condenados. En

Librodot

cuanto a los celtas, yo soy la hija de la reina céltica y del duque de la Costa Sajona. Si ha de haber un rey de los celtas, será mi hijo."

"¿Y quién será el padre? ¿El Furor?"

"Mófate, si quieres, demonio. Mi estirpe se reirá a través de la historia de tus esfuerzos patéticos por gobernar este país. Voy a casarme con Lot de las Islas Septentrionales, que reverencia las viejas tradiciones celtas y será el padre de auténticos reyes guerreros... mis hijos."

"¿Sabe él que se casa con una devota de los demonios? ¿Conoce tu alianza con el Furor? ¿Quiere que la madre de sus hijos sea el peón de un dios enemigo?"

La mirada de Morgeu se arredra. "Nunca te creerá. Lo he embrujado con un amor más fuerte que toda tu magia."

"Ni trataré siquiera de romper tu influencia sobre Lot... si dejas en paz al hijo de Uther e Ygrane."

La ira habla por Morgeu: "¡Paz! ¿Es eso lo que crees que arrojas sobre el, mundo con ese niño concebido por el asesinato y la lascivia?" Se acerca a él flotando. "Haré todo lo que pueda para destruirte a ti y al hijo del caballerizo antes de que hagas males mayores a este mundo."

Merlinus golpea con el bastón y éste taja el espectro con un sonido como de estaño hendido. Fuego ectoplásmico chisporrotea por el sepulcro levantando abruptamente de las tinieblas las esculturas funerarias —caballos de guerra, ángeles, guirnaldas triunfales— para volverlas a sumir en oscuridades aun mayores al instante siguiente.

Morgeu ya no está.

Sin perder tiempo, con la lóbrega densidad de su odio bañándolo todavía, el mago sella la tumba de Uther, pone el cerrojo a la puerta al salir y se lleva la espada Relámpago bajo la noche encapuchada de estrellas.

Una dicha inextinguible posee al Dragón. La energía absorbida por él es suficiente para vividos y vibrantes contactos con otros yos que antes eran tenues ecos discordantes. Sus cantoensueños brotan de esta dicha y ruedan con lentitud al espacio exterior, hacia los mundos innumerables del Dragón único.

Al cabo de pocas horas, los mundos más próximos responden excitados desde las honduras de sus secretas interioridades. Una música de pulso denso llega de ellos. El Dragón bebe de este cantosoñar que ha evocado en los demás con su fuerza acrecentada y canta con intensidad mayor aun.

Los torbellinos del éxtasis del Dragón atraen una circunferencia cada vez más vasta de interés. Cada hora, mundos nuevos, más distantes, responden con sus reacciones gozosas. Día a día, el cantar se intensifica en el puente angosto, rutilante, del arco galáctico.

Buscando modos de variar los cantoensueños y hacer más profunda su belleza, el Dragón recurre a los modelos holográficos de los archipiélagos galácticos que el unicornio le transmitió. Tantas cosas aclaran estos mapas precisos... Las células del Dragón que poseen estas coordenadas y a las que no les falta poder son capaces de dirigir su cántico a los mundos más remotos. Con tiempo suficiente, podrán establecerse comunicaciones mucho más allá de la galaxia sin tanto riesgo de derrochar energía en las vacuolas entre los claustros galácticos.

El Dragón incluye los hologramas siderales en su cantar, enriqueciendo así a sus vecinos. Las beatíficas reacciones de estos últimos exaltan al Dragón hasta el borde del paroxismo. Columpiándose alegremente en él, recuerda cómo consiguió de estos

Librodot

hologramas del unicornio. La criatura solar se los dio en pago por la energía telúrica que ella tomara. En aquellos momentos, sin la fuerza necesaria para usarlos, las ebúrneas virutas del cuerno tenían sólo un interés potencial para el Dragón. Pero ahora el verdadero significado del don del unicornio se revela en las cataratas de gozosos cánticos que retornan al Dragón de sus muchos yos esparcidos por los profundos horizontes.

¿Qué ha sido de aquella frágil criatura?

El cantoensueño se detiene. El Dragón se desovilla, abandonando por unos momentos su honda comunicación con los demás, y busca en el exterior al unicornio. Encontrarlo es fácil, porque está encorujado en la curativa penumbra del Parásito Azul. Por supuesto, se hallan en la cresta de una maciza cornisa, fuera de su alcance, aunque eso es insignificante ahora que sus luces brillan demasiado tenues para despertar el apetito voraz del Dragón.

La bestia telúrica llama y el unicornio despierta lentamente, demasiado débil para dejar el lado del Parásito Azul. El Dragón debe escuchar con mucha atención para sentir el estremecimiento espectral de su contacto. Su corriente se ha desvanecido casi por completo y su campo tiene una carga menor que la de un caballo ordinario.

Bleys y el unicornio reposan en un bosquecillo de cipreses enanos que hay sobre un despeñadero cenagoso, por el que caen arroyos deshilachados desde una fuente roqueña. En el aire resinoso silba un halcón; verdes pinzones se dispersan en explosiones que se suceden como carambolas por los árboles hirsutos. Bleys no se mueve. Está sumido en un trance hondo y dirige sus energías a la curación de su corcel.

El Dragón vuelve a llamarlo. Esta vez, el unicornio no se menea en absoluto. Las sombras se alargan. El silencio del unicornio se adensa en vacío y el Dragón se sumerge de nuevo hacia su centro.

"Espera...",la voz vaga del unicornio lo llama desde lejos: una calina plateada de voz, que se desmadeja como el humo.

El Dragón retorna al linde de sí mismo y una niebla espesa brota de la corriente cenagosa. Esto inquieta a Bleys, que abre los ojos y mira directamente el lugar donde el Dragón se manifiesta en la superficie. Seguro de que el behemoth no puede alcanzarlo, se sume de nuevo en el trance, en su autoinducida visión de sanar al unicornio muriente.

"Dragón...",la voz del unicornio brota en un hilo fantasmal de su cuerpo quieto.

"Te escucho." El Dragón se esfuerza en alcanzarlo. La niebla repta por los desniveles del tremedal hasta el bosquecillo de cipreses enanos y entonces, por fin, el Dragón siente la frágil liviandad del unicornio otra vez. "He usado los mapas que me diste para mis cantoensueños. Comprendo ahora tu don."

"Ayúdame..." La súplica flota en el viento del no-ser. Su desamparo rompe con toda su tergiversada historia.

"¿Cómo?"

"Estoy muriendo. Devuélveme mi fuerza para que pueda vivir."

El Dragón, involuntariamente, se arredra, se ovilla en sí mismo ante la mera idea. Perder ahora este inextinguible poder... caer de semejante bienaventuranza...

Se impide a sí mismo alejarse por completo. Vibrante aún por la noble consideración que ha recibido de los demás al compartir los mapas estelares, el Dragón no puede negarse al unicornio. Las otras células del Dragón quieren recompensar al animal por su presente. Quieren que esta célula, este dragón terrestre, le dé las energías que implora.

Sin ignorar en absoluto que, cuando dé esta energía al unicornio, quedará demasiado débil para compartir los gloriosos cantoensueños de los demás, el Dragón se la concede: "Te devolveré la fuerza que tomé de ti."

Librodot

"Dragón, necesito más."

La petición desgarra el corazón de la bestia planetaria y un trueno desde abajo sacude de los cipreses el rocío, arranca de su trance a Bleys. "¿Más?" La pregunta del Dragón envuelve el cipresal en el silencio de una tormenta a punto de estallar. "¿Para qué habría de darte más poder?"

"Para llevarme al Parásito Azul."

El Dragón retrocede al oírlo y un viento estremecido acarrea las oleadas de niebla del risco nemoroso. "Si te doy tanta de mi energía, no me quedarán fuerzas ni para estar despierto. Me perderé a mí mismo en sueños."

El unicornio responde con murmullantes filamentos de voz: *"Entonces, debes dormir. El Parásito Azul lleva consigo lo que los Señores del Fuego me dieron... su magia, que te hará obedecerlos. Por eso intenté seducirlo y precipitarlo a ti, para que lo devorases y con él, la magia de los ángeles. Eso te cambiará. Les hará más fácil a los Señores del Fuego usar tu poder para lo que ellos quieren.*

Entendiendo al fin la verdadera razón de que el unicornio haya jugado de ese modo con el Parásito Azul, el Dragón quiere ver a la criatura de nuevo. Retorna a la peña cenagosa, se extiende tanto como se lo permite la barrera fría de su piel, pero con cuidado de no acercarse demasiado a Bleys.

Ahora sabe que es un virus peligroso y el Dragón contempla al hombre fascinado. Le parece ordinario. No es ya, de hecho, un Parásito Azul sino de un color amarillo, oro, pues su poder se ha atenuado. Pero sea como sea, en el patrón ondamórfico de este pequeño ser está el código de los Señores del Fuego, las señales que podrían tomar la energía de los cantoensueños. ¿Para qué usarían ese poder los ángeles?, se pregunta brevemente antes de darse cuenta de que no lo quiere saber. Quiere ser libre para cantar, para comulgar con el resto; se aparta así del parásito y se retira veloz a sí mismo.

Bleys se pone en pie cuando ve la niebla retroceder entre los árboles como una jauría de podencos espectrales. El unicornio yace perfectamente inmóvil, sumido en un sueño profundo. Está sirviéndose de su fuerza tenue para comunicarse con el Dragón.

"Duerme... y sabe que glorificas a la plenitud del Dragón. Duerme, y yo usaré el poder que me des para llevarme al Parásito Azul... al espacio... de vuelta a los campos del sol..."

El Dragón no duda más. Efunde su fuerza y la dirige hacia el inconsciente animal. De un modo lento, gentil, para no abrumar a la delicada ondaforma de la frágil criatura, la bestia planetaria vierte sobre ella su poder magnético. Apagadamente al principio, después de una forma más y más brillante cada vez, el unicornio fosforesce y el bosque caliginoso brilla como bajo un baño de luna.

El Dragón retorna a su mente más íntima; allí los cantoensueños se han desvanecido en un silencio donde cintilan luces internas. Los cantos han huido; sólo el sueño queda. La fatiga crece hasta dejarlo exhausto y la añoranza satura al monstruo. Quiere volver a oír la inagotable belleza de sus hermanos más allá de la galaxia. Y así será, se promete a sí mismo. Ahora que ha experimentado el amor glorioso de los cantoensueños, sabe que encontrará la fuerza para tornar a ellos.

Y fija esta resolución en la mente, un sueño de mil años hace descender su tonelaje sobre el Dragón.

Bleys abre los ojos. El aire rutila como preñado de escamas de pez. Más cercana que nunca, la presencia del Dragón se tensa, pero sus humos y su hedor drástico han disminuido dejando en la arboleda una densidad de resinas coníferas y luz fiera.

El alquimista se sienta, aturdido, escuchando sus adentros, incapaz de oír nada.

Las voces han cesado. Sonaban como el crujir de los glaciares: voces extrañas cuyo asombroso sentido empieza sólo ahora a revelarse, al desovillarse con la sedosa ligereza de una ilusión, apenas el susurro de un pensamiento, una muda comprensión que roza su mente más honda. Sin embargo, ello basta para que la dicha lo consuma.

¡El unicornio vivirá!

El Dragón, por razones inalcanzables para el alquimista, está dirigiendo su fuerza vital hacia la herida criatura. Puede ver ese poder estremecer el aire. Centellea sobre el unicornio, que yace como antes sobre uno de sus costados, los ojos cerrados, pálido como una alberca de bruma.

Todas las dudas de Bleys huyen como chispas al viento. Parpadea ante esta explosión emocional, esperando sentir otra vez los calambres lancinantes de su ondaforma hecha carne. Pero no hay dolor y su cuerpo físico no se condensa. El influjo de energía del Dragón carga el entorno con intensidad suficiente para sostener su cuerpo de luz.

Bleys salta de dicha alrededor del unicornio. Entona canciones chamánicas de su juventud y la excitación de lograr al fin su meta desemboca en una danza jubilosa. Toda la mañana la pasa bailando, cantando. El campo que su ondaforma teje con sus círculos alrededor del unicornio ayuda al animal a absorber la fuerza del Dragón.

La música de ese poder empapa el cerebro de la herida criatura, y el jaspeado de heridas y golpes que borda su largo cuerpo se borra. Incluso los labios negros de la cuchillada desaparecerán poco a poco, como tinta en una fina corriente.

Al mediodía, el unicornio se levanta.

Bleys, reducido a una franja de cielo vespertino por su danza continua, se detiene. Su ondaforma vibra hasta remodelar la figura del hombre joven, imberbe, desnudo, de cabeza afeitada, que fue aquel primer, brumoso invierno en la lamasería, cuando aprendió a leer en las hojas de palma los mensajes de un tiempo olvidado.

Sonríe ante esos recuerdos. El Ch'i-lin y el elixir de la inmortalidad no eran entonces más que palabras escritas en una hoja. Hace una reverencia al unicornio, la realidad de sus sueños.

El animal se aparta humildemente. Ha fallado en su misión a los Señores del Fuego. No puede volver a las seductoras intimidades de la manada después de esta deshonra. Así, probará su valor cabalgando con el inmortal al abismo. Si hay allí un cielo, tal como cree el Parásito Azul, el unicornio encontrará el camino de vuelta a la manada. Si no, al menos su valor habrá quedado demostrado.

El unicornio toca con su estoque el suelo, transmitiendo a la tierra su gratitud. El Dragón, desde luego, no lo oye, pues el sueño lo transporta por un submundo vasto, de una distancia de mil años, donde sólo ensoñaciones pueden alcanzarlo.

Al recordar cómo se pegaba la espada Relámpago a la piedra estelar hasta que se movía el núcleo magnético, Merlinus comprende el propósito del aerolito. Es una máquina. Los *Annwn* la han fabricado para él. Y esta intuición, le permite ver de qué modo sirve la piedra al destino de Arthor.

Su caballo alarga el paso por la vía que se aleja de Londinium y, a través del paisaje septembrino, él explora el sendero con los filamentos sensibles de su corazón buscando la ruta más rápida hasta la piedra. Más allá de los bosques se extienden tierras pantanosas, horizontes azules superpuestos como nubes. Muchas veces, durante los días siguientes, cuando su exhausto corcel se hace inmune incluso a los estímulos de la magia, desea galopar sobre el unicornio por esas distancias abigarradas.

Al ascender por fin a las alturas del reino montañoso del Río Amnis, debe soltar al

Librodot

caballo para no arriesgar su vida en la tremenda escalada. Trepa a pie las últimas millas escarpadas hasta la eclosión de un bosque nuboso, donde los helechos y alfredillas crecen entre los cedros gigantes, que los romanos plantaron aquí mientras los primeros cristianos trabajaban las ajetreadas orillas de Galilea.

Mirando atrás desde estas alturas, hacia el este, a la neblina esmeralda de las tierras bajas, Merlinus calcula la vista que Camelot ofrecerá cuando esté construido en estos altos montes. El reino está en su mano cuando extiende el brazo hacia el horizonte y recorre el limpio promontorio. Colores de silencio brillan desde los paneles de luz en los bosques montuosos y las argénteas tormentas sobre los llanos del río. Este aquilino panorama del país es un mapa de lluvias y el mago está satisfecho porque servirá bien a su rey.

La construcción continúa. El lugar ha sido talado en un altozano sobre el Amnis y las tiendas de artesanos y obreros brotan como hongos en las peñas boscosas. El mago se cuidará de que los seis señores de la guerra sigan financiando la construcción del castillo. Con la ayuda de Dios, para el tiempo en que Arthor sea rey, ésta será la capital más exquisita del país.

La visión riela en hondas de convección y un viento repentino se eleva de la hoz del río para soplar esplendorosamente a través de él. Merlinus mira nervioso la espada y el bastón, que yacen en la hierba, pero una ráfaga explosiva de aire en los árboles cercanos eleva su atención al cielo. Como un novio envuelto en colorido que cabalgase hacia su prometida, Bleys emerge sobre el unicornio de la espuma de las nubes.

Merlinus salta de asombro y cae de rodillas ante el unicornio, que resplandece como nieve bajo el sol. Su energía es tan poderosa que, como un recuerdo del rayo, le mancha la vista cuando la aparta.

"¡Maestro!", grita Lailokén bizqueando y encorvándose contra la radiación. "¡No puedo creerlo! ¡El unicornio y tú estáis transfigurados!"

Bleys, joven, vestido de escarlata y oro, extiende los brazos mientras el unicornio camina en círculo. Su silencio blanco-estrella arrasa los colores de la hierba y las rocas próximas. "En verdad", responde el inmortal en preciso latín, "estamos transfigurados."

"¡Los Señores del Fuego!" Merlinus se levanta como borracho, con el corazón como un colibrí. "¡Los ángeles os han salvado!"

El unicornio se le acerca, el cielo infinito brilla sobre él como un halo azul y el inmortal se inclina sonriendo con paternal amor. "Sí, Lailokén, al Dragón se le ha convencido de darnos poder, mucho más poder del que tuvimos nunca. ¡Por fin podemos cabalgar hacia el sol negro! ¡Vamos, hermano! ¡El cielo empieza aquí!"

Bleys ofrece un brazo luminoso a Merlinus. Estupefacto, el mago salta hacia detrás y cae sobre sus posaderas provocando el inmortal a una risa inmensa.

"¿Al cielo?", croa Lailokén, pegado al suelo por la sorpresa. "¿Ahora?"

"¡De inmediato!", grita Bleys y el destello de su risa se evapora dando lugar a un rictus de sobria compasión. "Lailokén, estamos en gran peligro al detenernos aquí por ti. En este mundo, los extremos se convierten rápidamente en sus opuestos, ¿recuerdas?"

Merlinus se incorpora apoyándose en los codos, vacía y aturdida la cabeza, colmado su batiente corazón. "No te esperaba, maestro... no tan pronto. Es... demasiado repentino. Yo... yo debo pensar."

"Los demonios, dioses, gigantes, trolls, brujas y hechiceros abundan, Lailokén. Todos ansiosos de hurtarnos este poder." Los dedos de su mano esplendorosa se abren para tomar la de Lailokén. "¡Vamos! No pienses más. El pensamiento es el enemigo de la experiencia. ¡Vamos! ¡Experimenta el cielo otra vez!"

Merlinus está transfijo. Sí, debe partir, debe volver al cielo. ¿Qué más puede hacer aquí? Arthor ha nacido y su nacimiento conlleva la garantía de su muerte. ¿Y luego

Librodot

qué? Después de Arthor, la milenaria oscuridad. ¿Por qué habría de velar él en la noche que llega?

La carne le cuelga pesadamente del esqueleto porque sabe que debe permanecer. Esta misma certeza lo ha acosado cada vez que consideró la posibilidad de escapar con Bleys. "No puedo ir contigo, maestro", responde mirando a su propia sombra arder en la suciedad. "He de quedarme. Y tú deberías hacerlo también. Tenemos que trabajar todos juntos, en especial aquellos que gozan de tus facultades. Te necesitamos aquí, para resistir al mal que nos divide."

"Esto es el abismo, Lailokén", determina con impaciencia Bleys. "Aquí todo está dividido, forma y vacío, luz y oscuridad... y tú y yo también, a menos que vengas conmigo."

"Hemos de quedarnos y trabajar", insiste el mago. "Sólo la fuerza moral colectiva puede unir el mundo."

"Pero ¿por qué?", inquiere el maestro. "¿Por qué habría que responder al mal con el bien? ¿Por qué unir el mundo en absoluto? Ven a la unidad que ya existe, la totalidad del cielo."

"No puedo." Merlinus sacude la cabeza con gesto inflexible. "Tengo un propósito en este mundo."

"¿Propósito?" Bleys se endereza abruptamente, su rostro se ensancha de revelación. "Ah, sí... ¡propósito! ¡Significado!" Cruza los brazos e inclina hacia un lado la cabeza. "Lailokén, ¿es que nunca aprenderás? ¿Qué es significado? Como la luna distante, no ofrece calor, sólo imagen. ¡Vámonos de una vez!"

Lailokén recuerda el terrible desarraigarse del cielo y los huesos se le estremecen ante la expectación de volver a casa... esos huesos que quieren liderar el motín de todos sus sentidos contra el propósito y el significado, porque recuerdan la totalidad y no han olvidado la dicha. Si pudieran hablar, no habría duda acerca de unirse a Bleys. Pero son mudos en su sufrimiento, como son ciegos en su gozar.

Aquel que sí habla debe responder ante el alma, la mujer en su interior que es parte de Óptima; y así, triste pero firme, dice: "No, maestro. He vivido como un demonio y me he mofado del significado; he vivido como hombre y he sido burlado por él. Pero ahora que tengo la misión de crear un significado para un pueblo, siento su necesaria belleza. Me necesita, maestro; ese significado me necesita o no existirá en absoluto. Y el pueblo de este mundo... ellos me necesitan también, por el significado de esperanza que pueda concebir para ellos. Ellos me necesitan. El cielo no."

Bleys suspira, aturdido. "Todo significado es promiscuo, Lailokén. Siempre existe otro plano de la realidad."

"Así es la vida en el abismo", le recuerda Merlinus y se encoge de hombros. "Aquí es donde Ella me ha traído... y yo no me iré sin Ella." El mago da unos pasos atrás y levanta el brazo en gesto de despedida. "Vete ya, Yeu Wei. Me uniré a ti, cuando llegue el tiempo."

"Cuando llegue él tiempo, entonces, amigo mío." Bleys le sonríe con orgullosa comprensión. "Eres un *bodhisattva*, al fin y al cabo. Eres uno de los ardientes. Que tu luz camine poderosa por las tinieblas y que tu fuego resplandezca en beneficio de todos los seres."

El unicornio caracolea y con un último, excitado gesto del inmortal, salta a las corrientes del cielo. Como un reflejo en el agua, jinete y corcel fluctúan y estallan en pura luz, franjas de húmedo, fúlgido color que irrumpen en las nubes como una renegada sonrisa.

Un trueno explota sobre el mago, que se sienta pesadamente en la hierba afelpada y observa el celaje vagar entre las semillas que porta el viento.

Librodot

El pesar lo acosa sólo un instante, antes de darse cuenta de que la poderosa presencia de Bleys y el unicornio le ha abierto su ojo fuerte. Un avión comercial repta cielo abajo y las autopistas siguen los contornos del paisaje en líneas concretas. Éste es el futuro del reino de Arthor, los tiempos por venir a los que apeló desde que la lanza del Furor le infligiera la locura.

Recuerda haberse dirigido a esa edad de acero para hablarle de sí mismo. Sentado aquí sin su maestro, huérfano del cielo, se siente absurdo por todas aquellas veces que furtivamente buscó esta ilusión para darle razón de sí, de su vida y sus trabajos. ¿Quién creía que estaba escuchándole? La era misma, alucinaba.

Eso fue antes de que se abriera la sexta puerta de su cuerpo y el ojo fuerte bombeara al cráneo la energía de su garganta, dejando atrás una estela de risa. No hay risa que lo inunde ahora, porque el ojo fuerte se cierra mientras su fuerza vital se eleva todavía hacia la séptima puerta.

Merlinus se incorpora en la hierba al recordar la promesa de su maestro de ayudarle a abrir las siete estaciones de su cuerpo. Cierra los ojos y se concentra en la vigilia oscura de su centro. Con el ojo fuerte cerrado con firmeza, Merlinus pulsa suavemente en la escurana de su cerebro y dirige hacia arriba su energía y su consciencia.

De pronto, blancura y helor: una fustigante tempestad de viento bramante y centelleante luz blanca. Abre los ojos y ve la radiación que emana de él como sombras frías. Se ha vuelto como Bleys y el unicornio, ¡se ha transfigurado en luz! Fuerza vital humea de él en velos viscosos de plasma ígneo que el viento desgarra. Y mientras arde, se hace más y más pequeño.

Alrededor, un mundo pálido lo contempla encogerse. Cedros masivos brillan translúcidos como ámbar y jade, y en sus profundidades puede él ver las vigas de las salas y las nervaduras de las bóvedas hechas de su madera en Camelot. Puede ver Camelot: la hoz de un río por foso defensivo y, por murallas, los montes; y en una cima elevada con un vasto panorama del oeste, una ciudad de torres de piedra blanca cuyos techos de tejas azules son tan altos que parecen robarle su color al cielo.

El abrupto realismo de la visión lo atemoriza y aparta los ojos. Tiritando de frío, vuelve la vista alrededor y encuentra a Azael en la distancia, encogido, ocultándose en las sombras al filo de la luz que proyecta el mago.

Rayos brotan de la corona sutil en el cráneo de Merlinus: la boca de un horno abierta que permite medrar dentro al frío torturante. Su intensidad mantiene el demonio a distancia, pero el mago puede leer el miedo y la rabia en su rostro pelón... y la repentina sonrisa mordiente, con la esperanza de que Lailokén se haya destrozado así mismo.

Merlinus se ve disminuir. Se torna más frío a medida que el viento latigante se lleva el calor vital de su cuerpo a las vastas regiones del espacio. Se le ocurre el absurdo pensamiento de que, quizás, también esto sea sólo una ilusión química... los venenos de su saco de tripas. Sospecha que acaso Azael lo haya destruido ya y su cerebro muriente esté vomitando un sueño.

Merlinus enfoca sobre sí mismo su corona de luz y ve que está entero, sólo que más pequeño a medida que se encoge y se debilita. Si sigue mucho tiempo en este estado de consciencia, acabará por evaporarse. Ansioso, busca el camino de retorno a su cuerpo físico. Ha de bregar contra su propia energía, que mana a borbotones para perderse en el vacío.

Precipitándose contra la poderosa corriente, se arrastra por el suelo del mundo hasta que halla una estrecha fisura. Reducido a un bullente gotear de mercurio, se desliza por esa grieta y se filtra de nuevo en sí mismo. Cada gota de su ser rutila con reflejos globales del bosque de cedros, la cumbre vacía de Camelot, y su propia escuálida

figura sentada en la hierba, blanco el cabello, espinosa la barba, asustados los ojos que observan el exterior desde cuencas oscuras.

Iridiscentes torbellinos olean la superficie de cada gota. Y dentro de cada una, el mago ve una extraña verdad: la erupción que arrojó ángeles y demonios al vacío no fue un evento singular, sino que ocurre todo el tiempo. Cada universo es un desgarrón en la fría, oscura urdimbre del vacío... desgarrones desde los que fluye el poder del infinito.

Retornado a su cuerpo, Merlinus reposa alerta en la joven tarde resonante y sus nervios cintilan con el carillón de las aves. ¡La séptima puerta es el camino de huida! Sonríe ante esta intuición: el mismo cuerpo que él creyera su prisión es, en realidad, un portal a los reinos de energía donde una vez vivió como demonio. Ahora tendrá la oportunidad de saber cómo vivir allí en calidad de ángel.

Si hay muchos Big Bangs, muchos universos, entonces la creación es la luz derramada no por una caída, sino por un interminable caer: un majestuoso verterse del fuego de la creación. Merlinus querría hablar con su maestro de inmediato sobre todo esto, pero él ha de ser su único maestro a partir de ahora.

Por unos instantes, se mira las manos, sin pensar, observando sólo los huesos azules bajo la piel tirante de los nudillos. Su destino está en ellas otra vez. Quizás, como Bleys, logre hacer verdadero su sueño individual; quizás a Ella pueda hallarla aquí, como ya ocurrió en el interior de Óptima. No lo sabe. El mismo misterio que lo atrajo a un vientre de mujer lo arrastra ahora al futuro, más joven cada día y más rico en magia.

Decide entonces que, de hecho y de nombre, él creará su propio destino. Ya no será más el británon Merlinus ni el celta Myrddin, sino Merlín, el mago de todo el pueblo del reino.

Su desnudo orgullo embaraza al hechicero y estira sus músculos cansados al tiempo que se recuerda a sí mismo que todo es posible, pero que sólo las acciones son reales en este frío rincón del universo. Sueños y esperanzas no bastan.

Está en el bosque de cedros, sujeto a su cuerpo físico. Se pone en pie. Ni ángeles ni demonios hay a la vista. Del ovillo de las sombras, los cedros tejen los chales de niebla que vestirán al ocaso. Una brisa resinosa le aclara la cabeza. Merlín recoge su bastón y la espada Relámpago, y reemprende el viaje.

Merlín desciende por filosos roquedales que visten chalinas de liquen y elige rápidamente su senda entre los deslizantes, musgosos peñascos. Se siente más fuerte y más ágil que nunca en esta vida mortal. La séptima puerta vierte su luz al vacío y su cuerpo la repone. Él rejuvenece. Hoy tiene vigor para correr por el resbaladizo camino bajo las cascadas y arcos iris de los riscos que dominan el amarronado serpenteo del Amnis.

La escarpada ruta zigzaguea hasta sumergirse en las sombras de los montes. Cuando alcanza honduras mayores del verde cañón, el bosque de roble y rododendro da lugar al de sauce y yedra, y a viejos árboles como dragones que atesoran los rayos de sol presos en la fina calina dorada.

En este bosque profundo, Merlín localiza el arroyo que conduce a la piedra de las estrellas. Éste gotea entre eclosiones de lotos, se apresura por declives rocosos de musgos azul-hielo y pasa sobre abetos caídos y junto a islas luminosas de abedules. El mago avanza ahora con mayor lentitud, memorizando el paisaje en esta primera escena de su destino. Aquí, el hado escindido de Uther e Ygrane toca el futuro de Arthor.

El arroyo rodea una peña fragosa, que se llamaba Mons Caliburnus cuando los romanos tenían en ella una torre de vigilancia, siglos atrás. Alondras se remontan a las costuras del cielo entre ramas frondosas. Cuando alcanza el aerolito, Merlín empuja la

Librodot

roca inferior hasta su sitio para activar la fuerza magnética entre las dos mitades. Reúne pesadas piedras que el agua ha abrillantado y las coloca contra la roca magnética, de forma que no pueda ser movida. Fértiles sarmientos encortinan la elevada orilla: en uno o dos veranos, el lóbulo inferior del bólido estelar habrá desaparecido por completo de la vista.

En la cima de la peña, con la espada Relámpago en la mano, el mago se detiene ante la roca negriargéntea. Su recuerdo del futuro, la imagen de las Nueve Reinas dispuestas alrededor del rey muerto en la barca hacia Ávalon se conforma destello a destello para ofrecerse a su ojo interior. Al ver ahora esta escena vívidamente, reconoce a cada una de las Reinas: Rna, la halconesa cesante, y las otras ocho, innombrables, que permanecerán con Arthor y a las que visten todos los matices y resplandores del otoño. Tienen rostros orgullosos, pero pacientes. El cielo arde tras ellas como un fuego ceremonial. Y unas pocas, crepitantes estrellas se declaran heraldos de la noche.

Merlín no puede estar seguro de que su estrategia y su magia vayan a preservar a Arthor... o, como diría cualquier demonio, a sacrificarlo como rescate de sangre a los Señores del Fuego y sus misterios.

La visión pasa y él se halla otra vez en la tarde dorada de Mons Caliburnus, con las mariposas trepando por las escalas del cielo. Arthor mismo deberá decidir a quién servirá. Pero para conseguirle siquiera esa posibilidad de elección, el mago debe actuar. Mirando hacia arriba, a las altas ramas que criban la luz del sol, se pide a sí mismo diligencia para el trabajo aún por hacer y, sobre todo, suerte... el nombre calumnioso de Dios.

Las abejas tocan los ovillos dorados de las hierbas que anidan el meteorito. Un tordo gorjea en las guedejas colgantes de los árboles y una trucha salta en el arroyo. Los sonidos se funden en una especie de música, la paz de lo que hay de bueno en ser humano.

Entonces, Merlín toma la espada y golpea la piedra.

Librodot